



BARBARA WOOD

LA SERPIENTE
Y EL BÁCULO



Annotation

La anciana Abigail no olvida la noche de la caída de su querida ciudad y hogar, Jericó, cuando se convirtió en exilada de su patria. Hoy Abigail es ciudadana de Ugarit (Siria), madre de Elias (un acaudalado comerciante de vinos) y abuela de Leah, Tamar y Esther. Junto a ellos vive la tía Rakel, conocedora de los poderes curativos de las hierbas. Abigail espera con ansia el casamiento de su nieta Leah con Jotham, que les convertirá en una de las familias más ricas de la ciudad. Pero la presencia de Zira, hermana del futuro novio, y la actitud despectiva de ambos, ensombrece la ceremonia de presentación de Leah. Por su parte, Elias se niega a entregarle su hija a Jotham, de quien se dice que sufre una enfermedad consanguínea. El desaire ofenderá al pretendiente, que decidirá arruinar a la familia y no casarse con Leah. En ese momento vendrá a trabajar para Elias el joven escriba Daveed, cuyo anhelo es llegar a formar parte de la Hermandad de Escribas. Pronto, Leah y Daveed se enamorarán.

-
- [PRÓLOGO](#)
- [PRIMERA PARTE](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)

- [Capítulo 15](#)
 - [Capítulo 16](#)
 - [Capítulo 17](#)
 - [FIN](#)
-

Barbara Wood

**La serpiente y el
báculo**

Traducción de Helena Trías Bello
Grijalbo
www.megustaleerebooks.com

PRÓLOGO

Recuerdo dos cosas de la noche en que cayó Jericó.

Recuerdo que tenía dieciséis años y que estaba enamorada.

Daba vueltas en la cama, escuchando los sonidos de la ciudad más allá de mi balcón —Jericó, junto al río Jordán, nunca dormía—, y en lo último en lo que pensaba era en la guerra. No podía quitarme de la cabeza el hermoso rostro de Benjamín.

Aquella noche escuché truenos lejanos. Una tormenta primaveral procedente del Mar Grande, pensé. Nubes negras se cernían sobre las poblaciones costeras, sobre Jerusalén, para saciar la sed de Jericó. Demos gracias al Señor, recé para mis adentros. Las palmeras de dátiles de mi padre necesitaban la lluvia.

En aquel momento mi padre estaba en el templo, sacrificando un cordero joven y pidiéndole al Todopoderoso que nos librara de la sequía. Su hermano, mi tío, que era un prestigioso médico, estaba en el barrio pobre, donde la sequía había causado más estragos. Todos los pobres lo conocían y lo llamaban «querido médico».

Pero aquella fatídica noche de primavera yo no podía pensar en las acciones caritativas de los hombres piadosos. Cerré los ojos, vi la imagen de Benjamín y me deleité en su sonrisa, en sus anchos hombros y en su manera de andar. Soñaba con casarme con él. Benjamín era hijo de una rica familia que controlaba el próspero comercio textil de Jericó. Su padre era un buen amigo del rey.

Estábamos prometidos.

Aquella noche, mi padre me había dado un beso de buenas noches y me había prometido hablar con el padre de Benjamín sobre la fecha de la boda. Se celebraría en verano, porque no hay época más feliz para casarse. Mi vida era perfecta. Mi padre era uno de los ciudadanos más ricos de Jericó, y mi madre era descendiente de un rey de Siria, en el norte. Vivíamos en una casa palaciega con columnas de mármol, dentro de las altas murallas de una ciudad fortificada. Jericó era la ciudad más segura del mundo, y nuestra casa —la más elegante después del palacio del rey— estaba bajo la sombra protectora de la formidable torre del sudoeste de Jericó, desde la que los soldados

defendían la ciudad desde hacía siglos. Teníamos criados y muebles elegantes. Mis hermanas y yo nos vestíamos con ropa de la lana más delicada, llevábamos joyas de oro y comíamos en platos de plata. Veía ante mí, como un festín servido en una mesa, una vida próspera, feliz y llena de posibilidades.

Era la chica más feliz del mundo.

Aquella noche, los truenos se acercaron rodeando las montañas del oeste. Por el balcón me llegaron gritos procedentes de las calles y me pregunté por qué podía alguien temer la lluvia primaveral.

Y entonces oí un chillido en el piso de abajo. Un estrépito. Pasos recorriendo el brillante suelo de piedra. Salté de la cama y corrí hacia la galería interior que rodeaba el segundo piso de nuestra casa. Miré hacia abajo, hacia la sala central, donde recibíamos a los invitados y celebrábamos fantásticos banquetes. Cuando vi a soldados entrando a grandes zancadas, se me salieron los ojos de las órbitas. No llevaban las túnicas verdes de las tropas cananeas, sino faldas blancas, corazas de piel y cascos ceñidos en la cabeza. Al oírlos gritar órdenes a los aterrorizados criados me di cuenta de que eran egipcios.

Me di cuenta también de que los truenos que había oído no eran el sonido de la lluvia acercándose a Jericó, sino el ruido de carros de guerra avanzando por las llanuras que rodeaban la ciudad.

Me quedé paralizada al ver a un soldado agarrando del pelo y arrastrando por el suelo a una de nuestras criadas, que pateaba y gritaba. Apareció una niñera con un bebé en brazos: mi hermana menor, que todavía no tenía nombre. Un soldado arrancó a la criatura de los brazos de la niñera, la agarró por el pie con su poderosa mano y la lanzó contra la pared. Vi los sesos y la sangre brotando de su blando cráneo.

Oí pasos detrás de mí y me giré rápidamente. Era mi tía Raquel, con un quinqué en las manos. Oí el sonido sordo de sus sandalias pisando el suelo de mármol. Su túnica blanca flotaba en el aire como una nube. Estaba pálida.

—Corre, Abigaíl —me dijo—. Vístete. Tenemos que ponernos a salvo.

Me vestí a toda prisa y bajamos a la planta baja por una escalera de la parte de atrás. Encontré a mi familia reunida ante la puerta de un pasadizo secreto. Mi madre abrazaba a mis dos hermanas menores con ojos aterrorizados. Al verla me asusté. Mi madre era una belleza de sangre real, con un aplomo que maravillaba a todo el mundo, pero en aquel momento era la viva imagen del pánico.

Oíamos los gritos que invadían la casa, el ruido de objetos rompiéndose,

y temblábamos. Aquellos hombres gritaban en egipcio. Seguro que estaba soñando. Aquello era una pesadilla de la que no tardaría en despertarme. El rey nos había asegurado la paz entre Jericó y Egipto; habían firmado un tratado.

Apareció el mayordomo, con su larga túnica negra desaliñada y el fajín rojo colgando. Se llamaba Abraham y llevaba dos generaciones con nuestra familia.

—La casa no es segura, señora —le dijo a mi madre—. Los egipcios están invadiendo todas las casas. Estaremos más seguros al otro lado de las murallas. Las llevaré a las montañas.

—Pero mi marido...

—Deprisa, señora.

Mi tía Raquel me cogió de la mano.

—Vamos, Abigaíl, tenemos que ponernos a salvo.

Mi tía estaba pálida. El miedo invadía sus ojos. Su marido —mi tío— estaba en el barrio pobre, y mi padre estaba en el templo. ¿Los protegería el Todopoderoso?

Seguimos a Abraham por un estrecho pasadizo que habían construido entre las paredes hacía mucho tiempo para salir huyendo, porque Jericó había sido saqueada muchas veces a lo largo de los siglos. Corrimos asustados, con el corazón latiéndonos a toda velocidad y los gritos de nuestros criados golpeándonos los oídos.

De pronto salimos al caos y al tumulto de la noche. La gente corría por las calles, perseguida por soldados extranjeros a caballo. Nos apiñamos y esperamos a que Abraham encontrara la manera de trasladarnos a los campos del otro lado de las murallas. Junto a las puertas abiertas de la ciudad vimos escenas terribles: antorchas encendidas, soldados luchando cuerpo a cuerpo, generales en carros dorados, gritos fantasmales y sangre, mucha sangre.

Corrimos.

Los habitantes de Jericó huían por todas partes, por las calles y por los campos de cultivo, cargando con sus hijos y algunas posesiones, algunos medio desnudos. Los soldados egipcios los perseguían con espadas y lanzas.

Nuestro grupo cruzaba un campo de cebollas a la luz de la luna llena cuando un egipcio montado en un inmenso caballo apareció de pronto de la nada galopando hacia nosotros. Giré bruscamente para escapar de las tremendas pezuñas del animal. Mi madre salió corriendo en sentido contrario y se libró también de las pezuñas, pero el soldado levantó la espada y trazó un

espantoso arco. La hoja rebanó el cuello de mi madre tan limpiamente como una guadaña segando una gavilla de trigo. Vi su cabeza volando por los aires, con una mirada de estupefacción en el rostro. El caballo pasó de largo y vi el cuerpo de mi madre, con su túnica blanca, derrumbándose como una estatua derribada.

Me detuve con la boca abierta. En aquellos momentos no entendía lo que estaba viendo, lo que había pasado. Busqué la cabeza de mi madre con la mirada. No sé por qué lo hice, pero en aquel momento me pareció importante encontrarla.

Después, lo único que recuerdo es que unos fuertes brazos me sujetaron y que todo se volvió negro.

Cuando recuperé la conciencia estaba con un grupo de refugiados en las montañas del oeste de Jericó. Todavía no había amanecido. Muchos se habían puesto a salvo en las cuevas y en las densas arboledas. Se apoyaban unos en otros y observaban horrorizados cómo Jericó caía en manos del poderoso ejército del faraón.

Una figura alta y delgada surgió de la oscuridad. Alabado sea el Todopoderoso, era el hijo de Raquel, mi primo Yacov. Me contaron que había sido él quien me había trasladado a las montañas y luego había vuelto a la ciudad para enterarse de lo que estaba pasando.

—Rezad una oración —dijo Yacov—. Los hombres han muerto. Los han acorralado, los han llevado al Templo de la Luna y los han asesinado. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Mi padre? —le pregunté.

—Y el mío —me contestó Yacov con ojos sombríos—. Lo han arrastrado desde la cama de un paciente y lo han matado de forma salvaje. Pero ahora están con el Todopoderoso. Alabado sea.

—Señor Todopoderoso, que sus almas estén contigo —murmuró mi tía Raquel cubriéndose la cara con las manos.

Se le resbaló el velo, que dejó al descubierto su abundante melena caoba. El pelo y la barba de Yacov eran del mismo color.

—¡Es el fin de Jericó! —gritaron los demás—. El fin del mundo.

—El faraón no destruirá la ciudad —intervino Yacov—. No es eso lo que pretende. Lo que quiere es ocupar Jericó, una rica ciudad por la que pasan gran cantidad de lucrativas rutas comerciales, pero no podemos volver a nuestras casas, porque se las darán a ciudadanos egipcios. —Y añadió amargamente—: Así es como el faraón expande su imperio, conquistando las

ciudades y los pueblos de Canaán y convirtiéndolos en vasallos de Egipto.

Mis hermanas, de nueve y once años, se estremecieron y gimieron llevándose las manos a la cara.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos a ir?

—Yacov, ¿podemos esperar? —preguntó mi tía Raquel—. ¿Podemos quedarnos aquí hasta que concluyan las hostilidades y negociar para recuperar nuestra casa?

Mi tía se retorció las manos con fuerza intentando no perder el control. Mis padres muertos. Su marido asesinado. De Raquel y de su joven hijo dependía que los demás nos salváramos.

Yacov negó con la cabeza.

—Los egipcios están violando a las mujeres. Lo hacen para esparcir la semilla egipcia, y así, con sus bastardos mestizos, asegurarse la futura lealtad al faraón. Madre, ni tú ni las niñas podéis volver.

—Pero ¿por qué, hijo mío? —gritó Raquel, que necesitaba entender aquella calamidad.

—Dicen que el faraón necesita trabajadores para construir su nueva ciudad. Sus tropas están asaltando las tierras del sur para capturar prisioneros y llevárselos por la fuerza a Egipto. En su mayoría son habiru, porque los habiru son pastores nómadas indefensos a los que pueden capturar fácilmente, pero se han llevado también a algunos cananeos.

—El faraón debe de estar loco —dije amargamente abrazando a mis dos hermanas—. Los habiru son un pueblo incivilizado que solo sabe hacer tiendas con piel de cabra, no edificios de piedra.

—¡Abigaíl, reza una oración! —me dijo mi tía Raquel—. Nunca debes hablar con desprecio de gente de la que no sabes nada.

—Enseñarán a los habiru a construir edificios —dijo mi primo Yacov.

Las lágrimas me resbalaron por las mejillas.

—No temas por Jericó, madre —dijo Yacov—. Los reyes vienen y van, los reinados nacen y mueren, pero Jericó será eterna. No hay ejército en el mundo que pueda derribar estas enormes murallas.

Mientras mi primo observaba la ciudad, donde las batallas empezaban ya a extinguirse, mientras hablaba de «ataques sorpresa» y «tratados rotos», y enumeraba todas las traiciones egipcias que habían acabado con la paz con Jericó, yo buscaba a mi madre por la oscura llanura. Mi madre, hermosa, querida por todos y brutalmente decapitada. Quería llorar, pero ya no me salían las lágrimas. Era como si el soldado a caballo me hubiera golpeado a

mí también, y mi cuerpo yaciera junto al de mi madre, como si me hubiera convertido en un espectro insensible.

¿Y dónde estaba Benjamín, mi amor, mi prometido?

—Tenemos que marcharnos de aquí —dijo Yacov levantándose.

Tenía solo dieciocho años, pero al acercarse a nosotras con su túnica marrón hasta la rodilla, atada por la cintura, y una capa negra sobre los hombros, parecía un gigante. Se sacó unos aros de oro del fajín.

—Tengo dinero —siguió diciendo—. Nos juntaremos con otras familias para estar protegidos.

—¡No podemos marcharnos así de nuestra casa! —gritó Raquel.

—Madre, en cuanto se hayan asegurado la ciudad, las tropas del faraón rastrearán estas montañas en busca de los que han escapado. No tenemos elección.

Su madre lo pensó un momento.

—Tuve un sueño que presagiaba esta noche. Cuando se lo conté a mi marido, me dijo que no era nada, que no hiciera caso, pero sé que los sueños son mensajes del mundo oculto, quizá incluso del Todopoderoso, así que no hay que pasarlos por alto. Nunca volveré a subestimar el poder profético de los sueños. —Se giró hacia su hijo y le dijo muy seria—: Tenemos primos en el norte.

Mi tía mantenía la compostura porque era la mayor de todos nosotros, y aunque acababa de quedarse viuda, no podía permitirse el lujo de dejarse arrastrar por su dolor.

Es lo que más recuerdo de aquella noche: la entereza de mi tía Raquel, su fuerza.

—Abigaíl —me dijo—, tienes que ocuparte de tus hermanas. Tenemos un largo camino por delante. Debemos ayudarnos entre nosotros y no perder la fe. El Todopoderoso nos guiará a un nuevo hogar en el norte. Ahora rezaremos y después nos pondremos en camino hacia Ugarit, en Siria.

Observé la ciudad en la que había nacido, en la que solo había conocido la felicidad y la seguridad, y sentí que se me partía el corazón. No podía soportar el dolor. Mi padre y mi tío, muertos. Mi madre, tirada en un campo. ¿Y dónde estaba mi amado Benjamín? Aunque mi tía Raquel nos aseguraba que nuestros primos de Ugarit nos acogerían, yo sabía que no sería feliz en aquella ciudad lejana, en una casa que no era la nuestra.

Y así dimos la espalda a Jericó y empezó nuestro triste éxodo, aferrándonos unos a otros, llorando y dejando atrás la casa de nuestros

antepasados cargados solo con nuestra ropa. Una marea humana de refugiados sin casa que no sabían lo que les depararía el futuro. Pero aunque dejamos atrás nuestras valiosas posesiones —muebles de cedro y de pino, jarrones de alabastro y de malaquita, joyas que habían pasado de generación en generación—, llevábamos con nosotros nuestro máspreciado bien: las historias de nuestras familias, los nombres, acontecimientos, tragedias y victorias —también los secretos, porque toda familia los tiene—, que recordábamos y guardábamos en nuestra mente y nuestro corazón. Podíamos perder nuestra casa, pero nunca perderíamos nuestra identidad. Siempre recordaríamos que éramos cananeos, descendientes de Sem, hijo de Noé, y que por lo tanto éramos los elegidos del dios El, el Todopoderoso.

Para mí, Abigaíl bat Samuel, no fue aquella noche cuando Jericó cayó en manos de Egipto, ni en el trayecto a Jerusalén, donde nuestros amigos nos acogieron y nos ofrecieron provisiones para el arduo viaje que nos quedaba por delante, sino en la llanura de Sarón y Jezreel, en las montañas al oeste de Galilea, cuando acampamos con nómadas y pastores —el viejo Abraham, mi tía Raquel, su hijo Yacov, mis dos hermanas, tres criadas y yo— y recé al Todopoderoso por las almas de mi padre, mi tío, mi madre y mi amado Benjamín, cuando dormí bajo estrellas frías e impersonales preguntándome por mi incierto futuro, cuando apoyé la cara en las manos, lloré y pensé que jamás volverían a unirse los pedazos de mi corazón roto, y para mis adentros hice un juramento secreto, privado, que nadie supo aparte de mí. Juré que nunca volverían a quitarme mi casa. Nunca más permitiría que un enemigo hiciera daño a mi familia. Hasta el fin de mis días, me llevaran mis pasos a donde me llevaran, cualquiera que fuera la ciudad extranjera, el país extraño al que llegara, echaría raíces, conseguiría un lugar para mí y para mi familia, y nunca más nos expulsarían, como hicieron aquella fatídica noche de primavera en que cayó Jericó.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

—¿Qué piensas, abuela?

Al no recibir respuesta, Lea se giró.

—¿Abuela?

Abigaíl, sumida en sus pensamientos, se sobresaltó. Era una noche de primavera, y a lo lejos se oían truenos. Cada año, cuando las tormentas primaverales llegaban a Ugarit, volvía a su memoria aquella terrible noche. La caída de Jericó. Habían pasado muchísimos años, pero seguía viva en su recuerdo, como si hubiese escapado de la ciudad el día anterior.

Abigaíl observó el objeto que tenía en la mano: un pequeño amuleto de oro elegantemente trabajado en el que se había esculpido el rostro de una mujer, dos pechos y un pubis, los rasgos característicos de Qadesha, la prostituta sagrada, diosa de la procreación y del placer sexual. Era un amuleto para despertar el deseo en los incautos hombres, y Abigaíl rezaba para que aquella noche funcionara con Jotam, el rico constructor de barcos.

Los habitantes de Ugarit eran devotos de la diosa, y aunque reverenciaban a El, el dios de Jericó, el Todopoderoso no era su único dios. Abigaíl, que se había casado hacía muchos años con un devoto de Baal, poco a poco se había ido acostumbrando a rezar a los muchos dioses del norte de Canaán.

—Lea, cuando estés con nuestro invitado, no levantes la mirada —le dijo a su nieta metiéndole el amuleto por dentro del cinturón—. Jotam no dejará de mirarte, y si sus ojos se cruzan con los tuyos, lo interpretará como un gesto atrevido y se ofenderá. No hables ni vayas de un lado a otro. No muevas las manos y mantén la cara cubierta.

—Sí, abuela —murmuró Lea con el corazón latiéndole a toda velocidad.

Era increíble que uno de los hombres más ricos de Ugarit se hubiera fijado en ella, sobre todo porque a sus padres empezaba a preocuparles que nadie la pidiera como esposa. Lea tenía dieciocho años, así que había superado la edad a la que las chicas solían comprometerse. Había estado prometida con un chico de otra familia, y se habría casado con él el verano anterior si no hubiera muerto a consecuencia de una epidemia de peste que había asolado la ciudad. Lea empezaba a temer que se quedaría toda la vida

soltera cuando llegó el inesperado mensaje de la casa de Jotam.

Y ahora, en la casa de Elías, la familia y los criados corrían de un lado a otro preparando la llegada de tan ilustre invitado.

Lea y su abuela estaban en las habitaciones de las mujeres de la villa palaciega, un aislado mundo femenino de lámparas tenuemente iluminadas y diáfanas cortinas que oscilaban en la noche primaveral, en el que el suave aroma de las flores se mezclaba con los delicados perfumes de las mujeres, y el tintineo de sus pulseras con el sonido de las fuentes.

Otras dos mujeres y otras dos chicas participaban en los preparativos de la fiesta: la madre de Lea, Ana, la anciana tía Raquel y las dos hermanas menores de Lea, Tamar y Ester, que ayudaban a Lea con la ropa, las joyas y el maquillaje.

—Cuando sirvas a nuestro invitado —siguió diciendo la abuela de Lea —, muestra sumisión y humildad. Que vea que serás una esposa obediente. Recuerda que una buena esposa nunca habla si no se dirigen a ella.

Abigaíl hizo una pausa para beber un trago de vino y calmarse. Todavía no habían llegado al acuerdo de celebrar el matrimonio. El rico constructor de barcos Jotam, charlando con el próspero viticultor Elías, le había dado a entender que estaba interesado en casarse con su hija mayor. Habían organizado un encuentro para que el ilustre Jotam pudiera conocer mejor a Lea, a la que había visto varias veces en los bazares de Ugarit con su madre, sus hermanas y las criadas. *Halla!*, pensó Abigaíl arreglando los pliegues y los dobladillos de la falda y los velos de Lea. Si Jotam se casa con Lea, la unión de nuestras dos casas dará lugar a la familia más poderosa de Ugarit, quizá de todo Canaán. Con nuestros viñedos y los barcos de Jotam dominaremos el comercio de vino desde aquí hasta las fuentes del Nilo.

Metió debajo del velo de Lea un mechón de pelo que se había quedado fuera.

—Le he dicho al honorable Jotam que tu madre ha dado a luz seis veces, y que incluso ahora está embarazada por séptima vez. Así sabrá lo fértiles que son nuestras mujeres.

Lo que Abigaíl no le había dicho era que todos los embarazos de Ana habían sido niñas, y que solo tres de ellas habían sobrevivido al parto. Miró a su nuera, que debido a su embarazo estaba sentada en una silla especial. Todo el mundo rezaba para que fuera un niño.

Lea aguantaba estoicamente a su abuela, que no dejaba de retocarle la ropa y el velo, mordiéndose el labio. Sentía que los nervios se unían a la

multitud de emociones que le habían disparado el corazón. Sabía lo que hacían los hombres y las mujeres, lo que sucedía al otro lado de la puerta de los dormitorios, y prometió ser una esposa buena y obediente, y hacer todo lo posible por tener niños varones. No solo por el bien de la familia. También para ella era necesario. A las mujeres cananeas no se las llamaba por su nombre, sino por su parentesco respecto del macho protector. A Lea se la conocía como «bat Elías», la hija de Elías. Si las cosas iban bien aquella noche, pasaría a ser «isha Jotam», la mujer de Jotam. Y el nacimiento de su primer hijo le concedería el honorable título de «em», que significaba «madre de». A las mujeres que no daban a luz al menos un varón se las tenía lástima, porque su estatus nunca dejaba de ser el de esposa, por muchas hijas que tuvieran.

—Recuerdo cuando mi Yosep vino a elegir a su futura mujer —dijo Abigaíl dando otro trago de exquisito vino tinto—. Había también chicas de otras familias, pero a mí me dedicó mucho rato. Estiró el brazo y me pellizó las nalgas con descaro, como si estuviera comprando una oveja, y yo pegué un grito. Creo que por eso me eligió. Estuvimos casados treinta años y solo tuvo dos concubinas. Que los dioses lo bendigan.

Abigaíl suspiró maravillada por el largo camino que había recorrido en los últimos cuarenta años, desde que había escapado de Jericó.

Tras recorrer ochocientos kilómetros a pie, sufriendo privaciones y contratiempos, llegaron a la ciudad de Ugarit, donde unos primos los acogieron. Desde el sur llegaban noticias de que los egipcios habían recogido todos los cadáveres de los cananeos asesinados y los habían quemado en un enorme corral. Decían que el humo se veía hasta en Jerusalén. A Benjamín y a su familia los mataron salvajemente. Los egipcios se quedaron con las casas de los ricos, tiraron las vajillas, los muebles y los dioses cananeos, e instalaron sus vajillas, sus muebles y sus dioses. El rey de Jericó pudo quedarse en el trono, pero se convirtió en un simple hombre de paja. Los representantes del faraón se apoderaron del gobierno de Jericó y de las poblaciones de los alrededores.

Dos años después, Abigaíl, que por entonces tenía dieciocho años, se fijó en un rico vinatero llamado Yosep. Aunque ella no tenía un céntimo, quería casarse con él. Pese a que carecía de riqueza personal, Abigaíl poseía algo valioso: era de sangre real. Y el hecho de que perteneciera al linaje de un famoso rey de Ugarit, llamado Ozedia, convertía a Abigaíl en una esposa todavía más deseable. Cuando Yosep se la llevó a su casa, al pie de las

montañas y rodeada de verdes viñedos, Abigaíl supo que había encontrado su hogar y sus raíces, y prometió que nunca se marcharía de allí.

Miró a su nieta con el ceño fruncido.

—Lea, tienes las caderas estrechísimas. Tamar, cariño, tráeme aquel velo. —Abigaíl dobló la tela y la deslizó por debajo del vestido de Lea—. Así está mejor —dijo observando su obra.

—Pero ¿no se enfadará Jotam cuando descubra el engaño?

Abigaíl se rió.

—Confía en mí, cariño. Ningún hombre se toma la molestia de medir las caderas de su mujer durante la noche de bodas. Ahora escúchame. Jotam te preguntará algo para oír tu voz. Cuando le contestes, dirígete a él como «mi señor», como si ya fueras su mujer. —Abigaíl volvió a retocar el velo de Lea—. Tienes un pelo precioso, largo y tupido. Ojalá pudieras mostrárselo a Jotam. No dudaría en elegirte como esposa.

Abigaíl dio un paso atrás para admirar a su nieta. Lea era muy guapa. Alta y delgada, de tez clara y con ojos grandes y luminosos. Tenía una hermosa frente que Abigaíl esperaba que algún día estuviera adornada con aros de oro que mostraran la riqueza de su marido, como su propia frente.

—Reza una oración, Lea. Si todo va bien esta noche, pronto serás la señora de una casa elegante con vistas al puerto. Tendrás muchos esclavos y criados a tus órdenes. Y cuando tengas tu primer hijo, serás la envidia de todas las mujeres de Canaán.

Abigaíl sentía que al hablar se le llenaba el corazón de alegría. Por primera vez en años estaba en paz con el mundo y segura de que su familia iba a sobrevivir.

Como nunca había olvidado la pesadilla de Jericó, Abigaíl había trabajado duro y con determinación para garantizar en todo momento la seguridad de su familia. Con este objetivo, en cuanto se trasladó a vivir a aquella casa, nada más casarse, había empezado su metódica campaña para asegurarse de que su familia estaría segura. La casa de Elías estaba ahora protegida por leales fuerzas de seguridad formadas por robustos vigilantes que hacían de centinelas y patrullaban alrededor de los muros a intervalos regulares. Iban armados y habían jurado luchar hasta la muerte contra todo invasor. Para asegurarse todavía más de que protegerían a su familia, Abigaíl había prometido a todos los vigilantes una generosa recompensa si algo así llegaba a suceder. También se había ocupado astutamente de que un familiar de cada vigilante trabajara en la casa como esclavo o como criado, un incentivo

más para luchar contra los agresores.

Las medidas de seguridad incluían además una casa escondida en las montañas y llena de provisiones, un lugar al que su familia podría huir si invadían Ugarit. En aquella casa secreta había enterrado oro para que si ella y su familia se convertían en refugiados, tuvieran dinero para comprar comida y conseguir un lugar en el que refugiarse. Su obsesión durante todos aquellos años, desde lo sucedido en Jericó, había sido asegurarse de que su familia nunca tendría que pasar por lo que pasaron ella, sus hermanas y Raquel.

Y en aquella noche vio la culminación de su duro trabajo y de su determinación. Lea iba a prometerse con uno de los hombres más ricos de Siria, así que su futuro estaba asegurado y garantizado. Después Abigaíl buscaría marido a Tamar. Por primera vez en muchos años no pensaría en carros de guerra ni se asustaría cada vez que oyera truenos. Sabría que solo sería el sonido de la lluvia, y su alma volvería a aquella lejana noche en que estaba en la cama pensando en su amado Benjamín.

Sonrió. Había cerrado el círculo. La vida era bella y su familia era feliz.

Quizá incluso podría viajar a Jericó. Los dioses se habían llevado a sus hermanas, y Yacov había muerto hacía mucho en un accidente. Abigaíl y su tía Raquel eran las únicas que quedaban de aquella terrible noche. Jericó volvía a ser cananea. Aquel espantoso ataque había sido el último. Dijeron que los egipcios tenían suficientes esclavos habiru para construir sus monumentos. Los ciudadanos desperdigados volvieron a sus casas, y muchos egipcios regresaron a su país, hasta que solo quedaron algunos representantes que se ocupaban de asegurarse de que la ciudad pagaba su tributo anual a las arcas del faraón. Abigaíl pensó con nostalgia que sería bonito volver a ver su antigua casa.

Entró una esclava y murmuró algo a su señora.

—Alabada sea Asera —dijo Abigaíl sonriendo—. Jotam ha llegado y ya está bebiéndose su primera copa de vino. Podemos entrar. Pide a los dioses que te bendigan y recuerda que debes mantener la cara cubierta con el velo.

—¡Espera! —dijo la pequeña Ester, que tenía doce años.

Se puso de puntillas y deslizó un jazmín blanco recién cortado y de dulce fragancia por encima de la oreja de Lea.

—Gracias, Ester —le dijo Lea.

Pobre Ester. Había nacido con labio leporino, lo que la afeaba tanto que estaba destinada a convertirse en la solterona de la familia, la que cuidaría de sus padres cuando fueran viejos.

La hermosa Tamar, de dieciséis años, no quiso quedarse atrás.

—Esto es para ti, querida hermana —dijo quitándose un anillo y poniéndoselo a Lea.

Abigaíl miró sorprendida a su segunda nieta, que todos sabían que era muy egoísta.

—Muy generoso por tu parte, Tamar.

—Es solo por esta noche. Tiene que devolvérmelo.

Por un segundo Abigaíl dirigió sus pensamientos a su nieta menos querida y entendió qué había detrás de su generosidad: no podía casarse hasta que se hubiera casado su hermana mayor. Y sabía que Tamar se había encaprichado del hijo de un oleicultor. Abigaíl pensó que sería otra pareja estupenda, aunque sospechaba que Tamar nunca sería feliz, se casara con quien se casara.

—Tenemos que salir ya —dijo girándose hacia Lea, su nieta favorita—. Pide a los dioses que te bendigan.

La casa estaba construida alrededor de un patio central descubierto por el que entraba la luz, el sol y la lluvia, que llenaba el depósito de agua, situado en el centro. El patio pavimentado estaba rodeado de una galería de columnas desde la que se accedía a las habitaciones. En la mitad oeste de la casa tenían lugar las actividades diarias y se recibía a las visitas. La cocina, la lavandería, la despensa y, en un patio vallado, los animales de corral y las ovejas estaban en la mitad este de la residencia, para que los vientos procedentes del Mar Grande se llevaran los malos olores de la casa.

En un primer momento la casa tenía una sola planta, pero con el paso de las generaciones habían ido construyendo habitaciones en la azotea, de modo que ahora toda la casa tenía una segunda planta, en la que estaban los aposentos privados de Elías, el cabeza de familia, y había dormitorios vacíos a la espera de que hijos y nietos los ocuparan. Al otro lado del patio estaban los dormitorios de las mujeres, y sus patios y jardines protegidos, en los que no podían entrar los hombres.

Por encima del segundo piso había una azotea llena de plantas desde la que se veían los viñedos de la familia, que crecían en las laderas de las montañas, y más allá, la ciudad de Ugarit. La casa de Elías el cananeo era una de las más altas, grandes y lujosas de la zona, y también la envidia de muchas familias ricas.

Abigaíl acompañó a Lea a la sala en la que recibían a las visitas, en la que su hijo Elías estaba atendiendo a su invitado. Los dos hombres estaban tendidos en lujosas alfombras, apoyados en grandes cojines e iluminados por

lámparas de bronce. Varios esclavos colocaban ante ellos bandejas de oro recién salidas de la cocina: vieiras con su concha, barras de pan con formas caprichosas, espárragos fritos muy bien presentados, chuletas de cerdo, cochinitillo y uno de los platos preferidos en Ugarit, la morcilla. El hecho de que Lea entrara en la sala al mismo tiempo que la comida simbolizaba su papel de sirvienta de su amo.

- *Shalaam*, em Elías —dijo Jotam a Abigaíl lanzando una rápida mirada a la silenciosa chica que estaba a su lado.

A diferencia de su anfitrión, que llevaba una túnica marrón y una sobria capa ceñida por la cintura, Jotam había cubierto su corpulento cuerpo con una llamativa túnica roja y una capa a rayas. Había dejado las sandalias junto a la puerta, de modo que estaba descalzo, pero se había aceitado y rizado el pelo castaño oscuro y la barba, y sus gruesas muñecas estaban rodeadas de brazaletes de oro. En la mesa baja situada delante de él brillaba a la luz de las lámparas el regalo que había llevado a la familia de Lea: cinco bolas de una resina de goma aromática que llamaban incienso. Un regalo generoso.

- *Shalaam*. Que Dagan te bendiga —le contestó Abigaíl.

Intentó no fruncir el ceño al ver a otra persona sentada en un taburete: Zira, la hermana de Jotam, que llevaba un vestido largo de color negro y un velo también negro que le cubría la cabeza y los hombros. Abigaíl no sabía que la mujer iba a acompañarlo. Detrás de ellos estaba el escriba de Jotam y un abogado, ambos preparados para tomar nota del encuentro y redactar un contrato. Detrás de Elías, en un taburete, estaba su escriba personal, también preparado para tomar nota del encuentro en tablillas de arcilla.

—Bienvenida a la casa de mi hijo, em Yehuda —dijo Abigaíl a Zira.

Pensó que los aros que adornaban su frente, todos ellos de oro, ni uno de plata o de cobre, eran un poco ostentosos. Zira no se parecía a su hermano, que, si no estuviera tan gordo, podría considerarse atractivo. Zira era delgada, con los pómulos muy marcados y una espantosa dentadura de caballo.

Sorprendida de sí misma por el hecho de que la hermana de Jotam le hubiese disgustado tanto a primera vista —quizá Zira fuera muy amable—, Abigaíl se disculpó y se retiró al otro lado de un biombo, donde se reunió con Ana, la tía Raquel y las dos chicas más jóvenes, y desde donde podían observar sin que las vieran. Abigaíl se sentó.

—Que Asera nos guarde —murmuró la anciana Raquel—. No me gusta la hermana de Jotam. A su madre debió de pegarle un susto un burro.

Abigaíl y Raquel centraron su atención en Lea y en los invitados. De

repente Ana se inclinó hacia delante y se llevó las manos a la barriga con expresión preocupada.

Aquella noche había tenido un sueño inquietante: *Un cuervo entra volando en su dormitorio, en el que está con su marido, Elías, y la despierta. El cuervo se posa a los pies de la cama y le dice: «Bastará con doscientas ánforas de tu mejor cosecha».*

Al momento, una chica que se parece a su hija Lea entra en la habitación con un cuenco de sopa humeante. Ana percibe el olor a almejas. Mientras la chica se acerca a la cama, el cuervo alza el vuelo graznando frenéticamente y batiendo sus alas negras. La chica grita, se le cae la sopa de almejas y se desploma entre convulsiones.

Ana no puede moverse y Elías no se despierta. Observa horrorizada a la chica, que se retuerce en el suelo echando espuma y babas por la boca. Sacude los brazos y las piernas, cada vez más rígidos, y su garganta emite un sonido muy agudo.

Ana se despertó y pasó todo el día asustada preguntándose qué significaba aquel sueño.

De pronto había recordado el espantoso sueño con todo detalle porque la hermana de Jotam, con su ropa de viuda y su nariz en forma de pico, parecía un enorme cuervo negro. Ana se apretó el pecho con la mano y sintió que el corazón le latía muy deprisa.

Lea empezó a servir la comida. Se cubría hábilmente la cara con el velo mientras ofrecía bandejas de comida a su padre y a sus invitados. Jotam cogió una aceituna negra rellena de ajo y se la metió en la boca.

—Te aseguro, amigo mío, que los egipcios son perversos —dijo el constructor de barcos—. Imagínate. El país más poderoso del mundo, el más rico y avanzado, gobernado por una mujer...

—Pues entonces diría que no son los más avanzados —replicó Elías cogiendo una ostra cruda bañada en vinagre.

El vinicultor Elías, que todavía no había cumplido los cuarenta años y que llevaba barba, como todos los cananeos, era robusto, simpático y conocido en toda Ugarit como un hombre justo.

—Las mujeres no están capacitadas para pensar en cosas complejas ni para gobernar un país. Hatshepsut debe de tener muchos consejeros.

—El niño que ha heredado el trono es demasiado joven —dijo Elías, que siempre veía los dos lados de una situación—. Tutmosis necesita a alguien que regente con él. Su madrastra solo está orientándole hasta que pueda reinar por

sí mismo.

—Elías, amigo mío, puedo aceptar a la viuda de un rey como reina, pero esa escandalosa mujer se ha proclamado rey, no reina. Hatshepsut lleva ropa de hombre e incluso se pone una barba falsa. ¿Cómo pueden ser los egipcios tan blandengues como para tolerar semejante obscenidad? ¡Uf! A los egipcios solo les preocupa cómo conseguir otra jarra de cerveza. No deberían permitir que una mujer tuviera tanto poder. Es peligroso.

—Aun así, la reina Hatshepsut es lo bastante inteligente para recaudar en Ugarit un impuesto anual que hace pasar por un acuerdo amistoso.

—Sí, y todos los cananeos se quejan y juran que algún día se rebelarán.

—Basta de política —dijo Elías—. Bebamos hasta que la uva nos eleve por los aires.

E invitó a Jotam a probar un vino nuevo. El constructor de barcos miró su copa y frunció el ceño.

—¿Me has servido agua?

—¡Para nada! ¡Pruébalo!

Jotam lo probó con cautela.

—¡Es vino! Pero este color... Bueno, la verdad es que no tiene color.

—Es vino blanco, amigo mío, una variante especial que he perfeccionado. Empecé probando qué sucedía si retiraba la piel de la uva pisada antes de que empezara a fermentar. Fue solo una prueba, por curiosidad. Y este ha sido el resultado. ¡Alabados sean los dioses!

Jotam dio otro trago y se relamió.

—Ligero, refrescante y ligeramente dulce. Creo que tendrá mucho éxito. Sabes, amigo mío, que tengo previsto abrir un nuevo astillero en Chipre. Desde allí iniciaré nuevas rutas comerciales por el Mar Grande. Si uniéramos tus legendarios vinos y mis veloces barcos, podríamos hacer un gran negocio. Pronto todo el mundo disfrutaría de esta excelente variedad.

Había recalcado ligeramente la palabra «uniéramos» y desviado la mirada hacia Lea mientras la decía.

Elías sonrió y alzó su copa.

—¡Por el vino y los barcos, amigo mío! Esta noche los dioses están con nosotros.

Jotam brindó con él y vació su copa de un trago.

—Delicioso —murmuró clavando la mirada en las caderas de Lea.

Elías y sus invitados disfrutaban del surtido de cerdo asado, vieiras en salsa y patas de cangrejo gigantes con el susurro de fondo de la lluvia

primaveral. Al principio era un sonido muy agradable, pero no tardó en hacerse más intenso. La lluvia chapoteaba en el depósito del patio y frías corrientes de aire se abrían camino por la casa.

Zira, la hermana de Jotam, se limpió la boca con una servilleta y habló por primera vez.

—Deberías estar contento de que queramos llevarnos a Lea de tu casa, teniendo en cuenta su edad.

Elías frunció el ceño.

—Mi hija no es tan mayor.

Zira alzó la barbilla.

—Aun así, la gente se preguntará qué le pasa, por qué tiene ya dieciocho años y todavía no se ha casado. Tenemos que pensar en nuestra reputación, ya sabes.

—Mi casa es conocida en todo Canaán —le contestó Elías—. Cualquiera persona de buena posición y con cierto estatus sabe lo que le sucedió a mi hija.

—¿Que es digna de lástima? —le preguntó Zira.

- *Halla!* —murmuró entre dientes Abigaíl, detrás del biombo—. ¡Esa mujer tergiversa las palabras de mi hijo, y ya veis que Jotam no le dice nada, no le pide que rectifique!

Abigaíl sabía que la hermana viuda de Jotam vivía con él, pero, como Zira era menor y no tenía marido, había supuesto que no tendría tanto poder en la casa. Lo que veía ahora era diferente. Jotam tenía gran influencia entre los hombres de su posición y era un próspero negociante que se relacionaba con todos los ricos de Canaán, pero parecía que en su casa lo dominaba su hermana.

- *Halla*, madre Abigaíl —cuchicheó Ana—. No me gusta esa mujer.

Abigaíl miró a su nuera embarazada, una agradable mujer del norte, hija de un cultivador de dátiles. La alarmó su postura tensa, su manera de inclinarse hacia delante llevándose las manos a la hinchada barriga. Abigaíl había ido al templo de Asera diariamente durante treinta y ocho días para pedir que su nuera tuviera un niño.

—Hija, reza ahora mismo una oración.

Les llegó la voz aguda de la hermana de Jotam:

—¿Tu hija es trabajadora, Elías? En mi casa no tolero la holgazanería.

- *Halla!* —volvió a susurrar Ana presionándose la barriga con las manos—. Hará que mi hija trabaje como una esclava. Lea no tendrá una vida fácil.

—Ana, vete ahora mismo a tu cuarto y reza una oración. Debes proteger al bebé.

Pero Ana no quiso marcharse.

—No me gusta cómo Jotam mira a mi hija —susurró en tono preocupado—. Que los dioses la protejan.

—Es un hombre —le contestó Abigaíl dándole golpecitos en el brazo—. Se supone que tiene que mirarla así.

—Mira cómo se relame. Su lujuria es tan obvia que da asco. Dicen que sus anteriores mujeres murieron de tanta actividad en la cama.

—Cálmate, Ana —le dijo Abigaíl maravillándose del poder del amuleto de la fertilidad de Qadesha, porque era verdad que Jotam estaba desnudando a Lea con la mirada—. Estás angustiándote innecesariamente. Invoca a los dioses y piensa en el niño que todavía no ha nacido.

—Es tan viejo... Cuarenta y cinco años, y no ha sobrevivido ninguno de sus hijos varones. Esa casa tiene mala suerte.

Abigaíl podría haberle comentado que lo mismo sucedía en la casa de Elías y que esperaba que, rezando a Qadesha y a Asera, la unión de las dos familias cambiara su suerte, pero, asombrada por la repentina preocupación de su nuera y lo que la había provocado, le dijo:

—Ana, querida, no te preocupes. Yo me ocuparé de que en la casa de Jotam traten a Lea como es debido. Tú debes pensar en el bebé que llevas en el vientre. Todavía le quedan dos meses de sueño. No hagas que tenga pesadillas. Invoca el bendito nombre de Asera.

Pero Ana estaba cada vez más inquieta. Se quedó pálida. Solo pensaba en su pesadilla, en el cuervo que le había hablado de ánforas de vino y en la chica que se parecía a Lea retorciéndose en el suelo.

Lea se disponía a servir a Jotam un cuenco de sopa de almejas.

—Madre Abigaíl... —empezó a decir Ana en voz tan baja que su suegra no la oyó.

—Tendrás que aportar algo más para la boda —dijo Zira maliciosamente.

Elías y las mujeres que estaban al otro lado del biombo esperaban que Jotam la hiciera callar, pero el gordo constructor de barcos centró toda su atención en una morcilla y permitió que su hermana dijera lo que quisiera.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Elías, que no estaba acostumbrado a hablar de negocios con una mujer.

—Mi hermano va a casarse con una chica a la que dejaron plantada. ¿Qué pensará la gente?

—¿Plantada? —dijo Elías bruscamente—. El chico murió.

Zira se encogió de hombros.

—Mi hermano quiere una compensación por quitártela de encima. Bastará con doscientas ánforas de tu mejor cosecha.

—¿Cómo? —exclamó Elías.

Detrás del biombo, Ana, su mujer, susurró a Abigaíl:

—Madre Abigaíl, el sueño del que te he hablado esta mañana... Es exactamente lo mismo que me dijo el cuervo. Y luego la chica que se parecía a Lea cayó al suelo entre convulsiones. Ahora ya sé a qué se refería el sueño. Me advertía de que la epilepsia corre por las venas de Jotam. Creo que la chica que se parecía a Lea era su futura hija. Los dioses nos advierten de que si Lea se casa con Jotam, sus hijos heredarán la epilepsia.

Abigaíl miró fijamente a su nuera. El rumor de que el hijo de Zira sufría ataques había corrido por toda la ciudad, pero Zira tenía ambiciones políticas para su hijo, y en política nunca podía creerse en los rumores. Sin embargo, como desde su huida de Jericó la tía Raquel le había inculcado el respeto al poder profético de los sueños, la preocupaba la posibilidad de que el sueño de su nuera fuera realmente una advertencia de los dioses.

—Madre —dijo Ana—, la chica del sueño llevaba en las manos un cuenco de sopa de almejas. Mira a Lea.

Abigaíl asintió muy seria.

—Vamos a aclarar este asunto ahora mismo —le dijo a Ana dándole golpecitos en la mano.

Para sorpresa de su hijo y sus invitados, Abigaíl salió de detrás del biombo y se detuvo delante de ellos con la espalda muy recta.

—Perdona que os interrumpa, hijo mío, pero es preciso responder a una pregunta de la mayor importancia antes de que las negociaciones sigan avanzando. —Se giró hacia Zira y dijo—: Mil disculpas, em Yehuda, pero antes de que entregue a mi nieta para que se case con tu hermano debo hacer una pregunta delicada. Perdona que te lo pregunte, pero entenderás que es de suma importancia. Se rumorea que tu hijo, Yehuda, sufre epilepsia. ¿Es eso cierto?

—¡Madre! —exclamó Elías.

Zira se incorporó de un salto.

—¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque, si es verdad, tendré que reconsiderar la posibilidad de entregar mi nieta a tu hermano. Siempre se ha dicho que la epilepsia se

transmite por la sangre. Si es así, Lea corre el riesgo de tener niños que padezcan esta enfermedad. Por eso te lo pregunto, Zira em Yehuda: ¿sufre tu hijo de epilepsia?

Zira apretó los labios.

—No es más que un rumor malicioso.

Abigaíl miró a la mujer a los ojos y observó que retorció las manos y temblaba.

—¿Estás dispuesta a jurar ante Asera que tu hijo no padece esta enfermedad?

Zira abrió la boca, Elías y Jotam observaron en silencio, y Lea se quedó de pie con el cuenco de sopa en las manos. Entonces Zira cerró la boca sin haber dicho una palabra.

- *Halla!* —exclamó Abigaíl—. Así que es verdad. Yehuda es epiléptico.

Se oyó un grito agudo procedente del otro lado del biombo.

—¡Abuela! —chilló Tamar—. ¡Algo le pasa a mi madre!

Abigaíl se giró hacia un criado.

—Dile a Baruch que vaya inmediatamente a buscar al médico. Que le diga que lo necesitamos para un parto. ¡Deprisa! Que los dioses te acompañen.

Y corrió a ayudar a Ana.

Al oír el grito de su madre detrás del biombo, Lea se giró bruscamente y se le resbaló de las manos el cuenco de sopa de almejas caliente, que fue a parar a las rodillas de Jotam. El constructor de barcos gritó y se levantó de un salto. Los esclavos corrieron hacia él con toallas de lino. Elías lo miró horrorizado, y una furiosa expresión oscureció el rostro de Zira.

Lea miró al otro lado del biombo y se quedó paralizada. Oyó los sollozos y los gemidos de su madre alejándose, porque las mujeres se la llevaban a toda prisa al otro lado de la casa.

—¡Hija! —dijo Elías bruscamente.

Lea se giró y se sobresaltó al ver la túnica escarlata de Jotam cubierta de sopa de almejas y a los esclavos limpiándolo frenéticamente. Su padre se había levantado y la miraba con expresión amenazadora.

—Pide disculpas a nuestro invitado.

Cuando Lea estaba a punto de pedir perdón, oyó otro grito y entendió que su madre se había puesto de parto. Pero era demasiado pronto.

Se dio media vuelta y, ante la atónita mirada de su padre y sus invitados, salió corriendo de la sala en la que recibían a las visitas.

Lea llegó a la habitación en la que estaba dando a luz su madre y la encontró tumbada en la cama y gritando. Abigaíl y las esclavas intentaban ponerla cómoda. Lea se acercó a su madre, se arrodilló junto a la cama y la cogió de la mano.

—¿Estás bien, madre?

Ana negó con la cabeza. Estaba pálida y tenía la cara empapada de sudor.

—Me duele mucho —susurró—. Algo no va bien.

Lea observó a Abigaíl levantando la ropa de Ana y dejando al descubierto el vientre hinchado.

- *Halla!* —exclamó al ver la piel tersa moviéndose por las contracciones.

Tamar y su hermana menor se mantuvieron apartadas, con ojos temerosos.

—Traed vino con especias y un atizador para calentarlo —dijo Abigaíl sin perder la calma—. Necesito un barreño con agua y sábanas limpias. ¡Deprisa! Tamar, si quieres echar una mano, enciende incienso en el altar de Asera. Ester, reza por tu madre.

Aunque Abigaíl hablaba en tono tranquilo, estaba aterrorizada. Todo el mundo sabía que las palabras adquieren vida propia en cuanto son pronunciadas, y pueden ser una bendición o hacer mucho daño. Las palabras de Zira habían lanzado la mala suerte por los aires, como un viento maligno, habían entrado en los oídos de Ana y habían llegado hasta su vientre, donde dieron inicio a su diabólica labor contra el bebé que todavía no había nacido.

—Deprisa, Ana, invoca a los dioses —dijo inclinándose hacia su nuera y colocándole una mano en la frente—. Tienes que calmarte. Tenemos que detener las contracciones. El bebé no puede nacer todavía. No sobreviviría.

—Esa mujer horrible, horrible —dijo Ana apretando los dientes y con las venas del cuello hinchadas—. No permitiré que se lleve a mi hija. Es un cuervo que transmitirá a mis nietos la epilepsia.

Ana gritó y de entre sus piernas brotó un líquido que se extendió por la cama.

- *Halla!* —exclamó Abigaíl haciendo un signo protector en el aire. Recorrió la habitación con los ojos—. ¿Dónde está el vino? ¿Dónde está la chica con el barreño y las sábanas? Ester y Tamar, no dejéis de rezar. Invocad a Asera y a Dagan. ¡Rápido! Que los dioses estén con nosotros.

Abigaíl cogió una vela de un candelabro y recorrió la habitación encendiendo incienso. El humo dulzón que mantenía alejados a los malos espíritus no tardó en invadir el aire. La mujer salió luego al pasillo y miró arriba y abajo a lo largo de las columnas iluminadas por antorchas.

Lea escuchaba el sonido de la lluvia, que ahora caía con más fuerza, cuando sintió que alguien le cogía de la mano. Alzó los ojos y vio el rostro arrugado de su tía Raquel, con su pelo canoso al descubierto, porque se le había resbalado el velo. Raquel era la mayor de la casa de Elías, donde llevaba veinte años viviendo.

—Mera, cariño, ve corriendo a la cocina y trae el elixir de Asera.

—¿Qué dices, tía?

—Corre, tráelo ahora mismo. Mi marido me dio la receta. Como era médico, cultivaba todo tipo de plantas y flores, incluso algunos árboles. Eso era en Jericó, donde nací. La gente venía a nuestra casa para que mi marido los curara. Si estuviera aquí, le daría a Ana el elixir de Asera.

—¿Qué es el elixir de Asera?

Raquel apoyó su vieja mano, blanca y con venas azules, en el vientre de Ana.

—Por la gracia de los dioses, detiene las contracciones del parto. Mi hermana estaba embarazada de siete meses cuando un halcón entró volando en la casa. No encontraba el camino de salida. Intentamos atraparlo, pero el pájaro voló de una habitación a otra hasta que se chocó contra una columna y cayó muerto. Mi hermana se puso de parto y casi perdemos al niño, pero mi marido le dio el elixir, las contracciones se detuvieron y el bebé se quedó en el vientre hasta el final del embarazo. Es mi sobrino Ari, que hoy está vivo y goza de buena salud.

Abigaíl volvió a la habitación con el ceño fruncido.

—¿Qué dice la tía Raquel? ¿Quién es Ari?

—Mera, tienes que ir a la cocina —gritó la anciana—. No podemos perder a Rebeca otra vez.

—¿Rebeca? —Abigaíl miró perpleja a Raquel y de repente pareció entenderlo—. *Halla*, Ari y Rebeca murieron hace años. Creo que Mera era una criada cuando yo era niña. Lea, sal a la calle a ver si llega el médico. Raquel, querida, ven, vamos a tu habitación. Vas a asustar a Ana con tus palabras.

—Pero el elixir de Asera la ayudará. Salvará al niño.

—Ven, pórtate bien y ve a tumbarte un rato. Reza a los dioses. Ah, aquí está el vino.

Abigaíl cogió el vaso y corrió hacia la cama. Se sentó al lado de su nuera y le acercó el vino a los labios.

—Bebe todo lo que quieras, querida, y sigue invocando a los dioses —le dijo—. Esto reducirá las contracciones. Te tranquilizará y así el niño se

quedará dentro del vientre.

—¡Que Asera me ayude! ¡No puedo! —gritó Ana—. ¡El niño está en camino!

Abigaíl apartó el vaso con mano temblorosa y se desplazó a los pies de la cama. Como se le había resbalado el velo de la cabeza, su pelo caoba con mechones plateados brilló a la luz del candil. Se inclinó hacia delante con los labios apretados y las manos preparadas para actuar.

—No podemos pararlo. Ahora está en manos de Asera. Lea, ven a ayudarme.

Lea se acercó a su abuela con ojos asustados y observó horrorizada la llegada del bebé, rápida y bañada en sangre.

—Los dioses sean alabados. Es un niño —dijo Abigaíl.

Pero su tono no fue alegre. Envolvió al lloroso recién nacido en una manta, se lo pasó a Lea y volvió a centrar su atención en Ana.

Mientras Abigaíl cortaba el cordón umbilical con un afilado cuchillo de cobre, Lea observó a la criatura que tenía en brazos, con la cara roja, los ojos muy apretados y el cuerpo pringoso. De su boca abierta brotaba un llanto parecido al maullido de un gato y se estremecía cada vez que respiraba.

Es tan pequeño, tan indefenso, pensó Lea. Sus lágrimas caían sobre el bebé mientras rezaba en silencio pidiéndole a Asera que le salvara la vida.

Entonces entró el mayordomo de la casa, sin aliento y con la ropa empapada.

—El médico no estaba en casa, señora —le dijo a Abigaíl—. Su criado me ha dado la dirección de un médico cercano que estaba disponible. Me ha dicho que vendría enseguida.

—¿No estaba en casa?

Como todas las familias ricas, la casa de Elías tenía a un médico a su servicio permanentemente. Se suponía que debía estar disponible las veinticuatro horas del día para que nunca tuvieran que ir a buscar a un médico a la Casa de Oro, como hacían los ciudadanos corrientes. Abigaíl arrugó la nariz y miró hacia la puerta.

—Pero, bueno, ¿dónde está ese hombre? Lo necesitamos urgentemente...

Sus palabras quedaron interrumpidas por un sonido entrecortado. Se le pusieron los ojos en blanco al ver a un extranjero cruzando en silencio la entrada, alto y vestido de blanco, con una larga peluca negra y un maletín colgado al hombro con una correa. Abigaíl se quedó tan atónita que por un momento no pudo decir nada.

Se giró hacia el mayordomo.

—¿Has traído a un egipcio a nuestra casa? —le preguntó—. *Halla!*
¡Traes una maldición!

Indicó con un gesto al recién llegado que se marchara, pero el hombre se acercó a ella y le dijo con un fuerte acento extranjero:

—Estudié en la Casa de la Vida de Tebas. Puedo ayudarles.

Abigaíl se estremeció. Creyó que iba a marearse. Fuera, el rugido de los truenos se abría camino entre la lluvia primaveral, y ahora tenía ante sí a un egipcio. Volvía a estar en Jericó.

Lea, de pie en un rincón y con el bebé en brazos, observó la conversación y pensó que el médico parecía inofensivo. Era limpio y educado, y parecía que de verdad quería ayudar, pero sabía que su abuela tenía arraigados prejuicios contra su raza. Observó al hombre asentir escuetamente a su abuela, dar media vuelta y salir de la habitación. Lea se preguntó qué milagrosos remedios contendría el maletín que llevaba colgado del hombro.

—Mi niño —susurró Ana—. Dádmelo, por favor.

Lea miró al niño y vio que había dejado de temblar. Tenía los brazos flácidos y la diminuta boca caída.

—¡Abuela! —exclamó Lea.

Abigaíl se acercó corriendo y miró al niño.

—Los dioses se lo han llevado —murmuró trazándole la sagrada señal de Asera en la frente.

- *Halla!* —gritó una voz masculina.

Se giraron y vieron a Elías en la entrada, un hombre corpulento que parecía inútil y torpe en aquella habitación de mujeres.

—Elías —dijo Abigaíl preocupada—, no deberías estar aquí. Da mala suerte.

—Ana dejó de gritar. Esperaba noticias, pero nadie ha venido a decirme nada.

—Hijo mío —le dijo Abigaíl acercándose a él y abrazándolo—, el niño ha muerto. No hemos podido salvarlo.

Elías se arrodilló junto a la cama, besó a su mujer y dejó caer sus lágrimas sobre el bebé sin vida. Luego hundió la cara en el pecho de su mujer y lloró desconsoladamente.

—¡Amor mío, amor mío! ¡Agradezco a los dioses que estés viva! ¡Que me aniquilen por agradecerles que, si uno de los dos tenía que morir, haya sido el niño! ¡No puedo perderte, amor mío!

Y siguió llorando.

Ana, agotada, levantó un brazo y pasó la mano por el tupido pelo de su marido.

—Por favor, no mandes a Lea a vivir con esa horrible mujer —le susurró—. Nuestros nietos sufrirían la enfermedad, como el hijo de Zira.

Abigaíl se acercó muy seria.

—Elías, has dejado solos a nuestros invitados —le dijo temblando—. Tienes que volver con ellos. Yo saldré en cuanto pueda.

Elías volvió apesadumbrado a la sala en la que recibían a las visitas y se disculpó ante sus invitados por haber interrumpido la cena y por tener que pedirles que se marcharan.

—Ahora estamos de luto. Los dioses se han llevado a mi hijo.

—Es intolerable —dijo Zira bruscamente—. Cuando nació mi Yehuda, la princesa Sahti y su familia estaban en nuestra casa. Rompí aguas en medio de la cena y me excusé educadamente sin decir por qué. Me fui a mi habitación y di a luz a mi hijo yo sola. Fui tan respetuosa con nuestros invitados que ni siquiera se dieron cuenta de lo que sucedía. No solo tu hija Lea ha sido tremendamente desobediente, sino que tú mismo nos has dejado solos. Y no perdonaré a tu madre, que me ha insultado con sus mentiras sobre mi hijo.

Elías no podía responder. Se llevó las manos al cuello de la túnica y tiró de él con fuerza hasta romperlo. Luego se afeitó la barba y se esparcía ceniza por el pelo.

—Te acompaño en el sentimiento, Elías —dijo Jotam muy serio—, y espero que tu hijo esté con Dagan, pero me has ofendido gravemente. Me has hecho quedar mal. Si me entregas a tu hija, lo consideraré una compensación.

Elías lo miró sorprendido. Todavía no habían hablado de la boda. Negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo mío, pero no puedo —le dijo en tono agotado.

El rostro de Jotam se ensombreció.

—Te arrepentirás, Elías. Tu hija y tu madre han avergonzado tanto a mi familia como a la tuya. ¿Qué eres, un castrado?

—¡Por todos los dioses! —gritó Elías—. Acabo de perder a mi hijo. ¿Crees que puedo sufrir más? —Se frotó la cara. Se sentía como un viejo de cien años—. Aquí la única vergüenza, Jotam, es la tuya por no respetar esta casa en un momento de luto.

Jotam inclinó la cabeza indignado.

—Me has hecho quedar mal delante de mi hermana. ¿Cómo voy a dirigir

mi casa ahora?

Elías pensó en decirle que nunca había dirigido su casa, pero se mordió la lengua. Sentía sobre sus hombros todo el peso del mundo. No podía pensar con claridad. Su primer hijo varón había muerto.

—Ya verás, Elías —dijo Jotam inclinándose hacia delante—, llegará el día en que me supliques que me lleve a tu hija. Y te prometo ante Dagan y Baal que Lea será mía o no será de nadie.

Capítulo 2

—Elías, esta situación es intolerable. Si no hacemos algo, tus hijas se quedarán sin marido.

Abigaíl y su hijo charlaban en el patio de los aposentos de las mujeres. Los hombres que no formaban parte de la familia no podían entrar en aquella parte de la casa, y los de la familia solo con permiso de las mujeres. Era una tradición que habían inaugurado hacía mucho tiempo las mujeres, que querían vivir en sus propios dominios, recluirse en un mundo que no dominaran los hombres y en el que pudieran vivir a su ritmo y criar a su familia al margen de las tormentas del mundo exterior. Abigaíl dirigía aquel ámbito privado, y su hijo estaba allí en calidad de invitado. En realidad, lo había hecho llamar.

Elías giraba el gran anillo que llevaba en el pulgar. Era de calcedonia, tallada con el sello que identificaba a Elías: un hombre sentado debajo de un emparrado de uvas y rezando a los dioses con las manos en alto. Lo utilizaba para firmar contratos, cartas, recibos y documentos legales.

—No sé qué hacer, madre. No pensé que Jotam sería tan vengativo.

A Abigaíl también la sorprendía la extrema virulencia de Jotam, aunque no la de Zira. La madre de Elías había descubierto que la enfermedad de su hijo era cierta. Aunque más tarde aseguró a Zira que jamás diría una palabra sobre la epilepsia de Yehuda, el hecho de que Abigaíl hubiera destapado el secreto les había acarreado represalias. La venganza de Jotam era de largo alcance. Los amigos de Elías seguían manteniendo una buena relación con él, pero temían la ira del constructor de barcos.

Abigaíl esperaba que, gracias a su linaje, Elías fuera inmune a la vengativa campaña de Jotam. Ella era descendiente de Ozedia, uno de los grandes reyes de Canaán, y por lo tanto sus nietas gozaban de especial prestigio. Pero no. Los posibles maridos no se acercaban a la casa de Elías.

Abigaíl estaba preocupada. Había trabajado tan duro para garantizar el futuro de su familia, había estado tan segura de haber cumplido su objetivo, que no había tenido en cuenta los caprichos del destino. Había pensado en una casa escondida en las montañas, un lugar en el que refugiarse, en guardar oro bajo tierra y en tener vigilantes. Se había centrado en la seguridad física de su familia sin imaginar jamás un ataque como aquel. Y ahora el hogar del

vinicultor Elías era una casa de mujeres. El único hombre que vivía en ella era el propio Elías. Las habitaciones destinadas a las barbas y a las voces roncadas estaban vacías. Bendita Asera, rezó Abigaíl, trae hijos a esta casa o nuestro linaje desaparecerá.

Volvió a pensar en su situación en aquellos momentos. La familia estaba en crisis. Como Jotam no había podido conseguir a Lea, ningún otro hombre podía. Una palabra aquí, una velada amenaza allá... Jotam se ocupaba de que los hombres de Ugarit decidieran que era más inteligente buscar mujer en otra parte que enemistarse con el poderoso constructor de barcos.

Abigaíl observó a su nieta más joven, Ester, que ensartaba cuentas en un collar. Era una chica dulce, obediente y humilde. Habría sido una buena esposa. Pero con aquel labio leporino, que dejaba sus dientes al descubierto, su nieta de trece años nunca se casaría ni tendría hijos. Su rumbo estaba decidido. Abigaíl no tenía que preocuparse por Ester.

Pero luego miró a Tamar, su nieta de diecisiete años, que tejía en un telar al sol. Le preocupaba mucho su segunda nieta. En aquel cuerpo esbelto ardía el fuego. Tan joven y ya tenía un fuerte apetito sexual.

—Abuela, cuéntame otra vez cómo será mi noche de bodas.

Por supuesto, nada tenía de malo una mujer con la libido alta. En Ugarit las mujeres podían divorciarse legalmente de sus maridos si no las satisfacían en la cama. Pero aquella curiosidad no era propia de una chica virgen. ¡Y cómo se retiraba el velo y miraba a los hombres en el mercado! Abigaíl se había dado cuenta de cómo la miraban, porque Tamar era de una belleza sorprendente, ese tipo de belleza que puede ser una carga para una mujer, pero que Tamar sabía utilizar en su provecho. Incluso de niña le había gustado sentarse en el regazo de los hombres y tirarles de la barba para que le dieran caramelos. Abigaíl sabía que debían casar pronto a Tamar si no querían que su naturaleza la llevara a la ruina.

Sin embargo, Tamar no podía casarse hasta que se hubiera casado su hermana mayor, de ahí la urgencia por encontrarle marido a Lea.

—Escribiré a mi prima de Sidón —dijo por fin Abigaíl—. Tiene cinco hijos sanos. Uno de ellos podría casarse con Lea. Mándame al escriba Samuel y le dictaré una carta ahora mismo.

Lea peinaba a su madre intentando recordar algo sobre la prima de su abuela que vivía en Sidón, en especial sobre sus cinco hijos. Por casualidad había oído a su abuela dictándole la carta a Samuel, el escriba de la familia:

«Lea es una chica fuerte y sana, obediente y habilidosa». Se preguntaba a qué hijo mandaría la prima y rogaba a los dioses que no fuera muy feo y que fuera amable. A sus diecinueve años, Lea sabía que no podía ser muy exigente.

Lea y su madre estaban sentadas al sol primaveral, escuchando las alondras que cantaban al otro lado del alto muro que rodeaba el patio. Dos mujeres a las que el adobe y la pena mantenían apartadas del mundo.

No estaban solas en el patio. Tamar tejía y Ester hacía un collar con cuentas de arcilla azules y rojas que había comprado en el mercado. La tía Raquel estaba sentada a una mesa baja, pelando con una maza de madera almendras con las que después haría pasteles.

Lea deslizaba el peine de marfil por la tupida cabellera de su madre pensando en las inesperadas consecuencias de aquella terrible noche del año anterior. Había oído los gritos de su madre y no lo había dudado. Su madre era lo más importante. No se arrepentía de lo que había hecho aquella noche, aunque lamentaba haber causado tanto sufrimiento a su padre. Sus amigos lo evitaban y empezaba a tener problemas en los negocios, porque antiguos buenos clientes compraban ahora el vino a otros vinicultores. Lea incluso le había dicho a su padre que estaba dispuesta a casarse con Jotam si todavía la quería, pero su padre se negó. Se lo había prometido a su madre.

—Madre, ¿qué velo vas a ponerte hoy? —le preguntó pensando que a su madre siempre le sentaba bien el color azul claro.

—Mi velo de estar por casa, cariño. No necesito ningún otro.

Ana estaba en esos días del mes en que las mujeres se aislaban. No salían de casa ni recibían visitas. Eran días sagrados, días que desconcertaban y aterrorizaban a los hombres, pero que ponían en contacto a las mujeres con la luna y la diosa. Las mismas antepasadas que habían decidido que la mitad de la casa debía ser para ellas solas habían decretado también que las mujeres debían descansar durante la menstruación. Eran sus días de recogimiento y de reflexión. No se les podía pedir que trabajaran, que recibieran visitas y que asumieran responsabilidades. Las mujeres deseaban que llegaran esos días para dejar de lado las preocupaciones de la vida y los deberes de la casa, descansar física y mentalmente, y dedicarse a actividades ociosas. Para los hombres eran días tabú, pero para las mujeres eran sagrados.

Sin embargo, Lea sabía que para su madre eran también días de tristeza y de doloroso recuerdo de una pérdida. Ana había pasado por doce ciclos desde la noche en que había muerto su bebé. Había recibido a Elías en su cama muchas veces, pero no se había quedado embarazada. Ana tenía casi cuarenta

años. Sabía —toda la casa lo sabía— que sus días fértiles estaban llegando a su fin.

Y no había conseguido darle un hijo a Elías.

Al sentir el dolor de su madre, Lea no pudo evitar sentirse culpable. Aunque lo que había provocado el parto prematuro de su madre habían sido las duras palabras de Zira y el sueño profético, aquella noche Lea había sido tremendamente desobediente. Y todo el mundo sabía que los dioses castigaban la desobediencia. ¿Era ella la responsable de la muerte del niño?

Abigaíl entró en el patio con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—He encontrado a una familia que viaja a Sidón para asistir a una boda, así que avanzarán a buen ritmo y solo harán paradas breves. Me han asegurado que llevarán la carta a mi prima en cuanto lleguen.

Cogió una cesta con ropa para remendar. Aunque la familia era rica y podía permitirse comprar ropa nueva, Abigaíl era frugal y no le gustaba derrochar.

—Lea, cariño, mañana empezaremos a hacerte el vestido de novia.

—Sí, abuela.

—Y con la bendición de Dagan y de Asera, en cuanto estés casada, Jotam dejará de lado sus malvados ataques contra nuestra casa.

Abigaíl cogió una larga túnica de Elías con el dobladillo deshilachado y miró a Tamar, que seguía en el telar. Los hilos de la urdimbre, atados a la parte superior de una sencilla estructura de madera, colgaban muy rectos y tensos, sujetos con piedras por abajo. Tamar pasaba hebras de hilo marrón entre la urdimbre con una aguja de madera pulida. Abigaíl observó que las manos de Tamar se movían muy deprisa, se saltaban hilos, y que la chica no dejaba de mirar el sol, que descendía sobre el muro del jardín. Tiene prisa, pensó Abigaíl. Está calculando la hora. ¿Para qué? Abigaíl rezó para que su prima de Sidón mandara a un marido para Lea lo antes posible, y así podría centrarse en casar a Tamar con un hombre que controlara a la alocada chica.

—De camino a casa me he encontrado con Kina —dijo Abigaíl echando un vistazo al dobladillo deshilachado—. Me ha dicho que ayer noche el hijo de Zira tuvo otro ataque. Llamaron a tres médicos, pero no pudieron hacer nada.

—Es epiléptico —dijo la tía Raquel colocando una almendra en una piedra plana y abriéndola hábilmente de un solo golpe de maza.

Abigaíl no dijo nada. Se limitó a elegir una aguja de bronce de la cesta de la costura. El recuerdo de aquella desastrosa noche, hacía un año, seguía

fresco en su memoria. La alegraba haber salvado a Lea de un destino terrible, pero la entristecían las inesperadas repercusiones que había tenido el incidente.

—¿Cómo puede esperar que su hijo llegue al trono de Ugarit con semejante maleficio? —preguntó Abigaíl en tono amargo—. Dicen que se cae al suelo, tiembla y echa espuma por la boca. Esa enfermedad no tiene cura.

¿Cómo se atrevía Zira a mantener en secreto aquella desgracia familiar cuando estaba negociando un contrato matrimonial?

—Sí que se cura —dijo Raquel sacando la almendra intacta de la cáscara rota—. Mi marido curaba la epilepsia con un remedio que cultivaba en su jardín. En aquella época teníamos jardines maravillosos. Yo misma he empezado a cultivar uno —dijo cogiendo otra almendra de la cesta—. Encontré un trozo de tierra abandonado junto al muro del sur, justo debajo de las cocinas. Abigaíl, querida, ¿lo sabías?

—Estoy pensando en otras cosas, tía Raquel. En el vestido de novia de Lea. *Halla!* —exclamó de pronto levantando bruscamente la cabeza—. ¿Vivirá su marido aquí, con nosotros, o se la llevará a Sidón? ¡No había pensado en eso!

—Eso si llega el marido... —dijo Tamar mirando el telar con fastidio.

—Invoca a los dioses, niña —le espetó Abigaíl—. Las palabras son el destino. Bastante mala suerte tenemos en esta casa para que encima traigas más.

¡Asera! ¿Por qué su nieta era tan mezquina?

—Sé cómo conseguir un marido para Lea —dijo la tía Raquel levantando la mirada de sus almendras—. Una poción mágica que utilizábamos en Jericó. Todas nuestras mujeres encontraron buenos maridos gracias a la poción.

—¿Es verdad, abuela? —preguntó Lea, que se puso tan nerviosa que dejó el velo de su madre suspendido en sus manos—. ¿Existe esa poción?

—Pues claro que existe —le respondió Raquel—. ¿La recuerdas, Abigaíl? Elaborábamos pociones de la suerte para todo tipo de ocasiones. Nuestra familia estaba muy bien protegida.

—Supongo, pero las pociones no sustituyen a los rezos —dijo Abigaíl deseando que su anciana tía se retirara a echar una siesta.

Tenía mucho en lo que pensar, mucho que organizar, así que lo último que le apetecía era tener las palabras de Raquel zumbándole en los oídos, sobre todo porque le traían recuerdos del pasado que prefería no recordar.

—Lea, cariño —dijo Raquel dejando la maza y levantándose—, ayúdame

a recoger las plantas para la poción de la suerte. Recuerdo hasta el conjuro que hay que decir cuando te la bebes.

—Madre, ¿puedo ir con la tía Raquel? —le preguntó Lea a Ana.

Ana miró a la anciana y sintió una punzada de celos. Raquel estaba ya en sus años «sabios» y había vivido tanto tiempo que todo el mundo la reverenciaba por su edad. Lo único que se esperaba de ella era que siguiera viva y recordara a los demás que era posible vivir muchos años. Ana pensó: Yo he quedado reducida a mi vientre, porque es lo único que soy ahora. Y si mi vientre está vacío, ¿qué sentido tiene mi vida? ¿Viviré el resto de mi vida como isha Elías, sin que me llamen jamás en Ari, o como se hubiese llamado mi hijo?

Pero sonrió.

—Por supuesto, cariño —contestó a su hija—. Vete ahora mismo. Creo que iré a echarme una siesta.

Lea se marchó con su anciana tía, que llevaba al aire su alborotado pelo blanco porque se le había resbalado el velo. Pese a su avanzada edad, Raquel era una mujer muy activa y dinámica. Lea sabía que era por el tónico que su tía se bebía cada mañana para desayunar desde que era una niña. Raquel aseguraba que aquel brebaje especial era el que le había permitido vivir tantos años y alcanzar una edad tan avanzada sin dolores en las articulaciones, sin problemas digestivos y con la vista y el oído todavía excelentes. Era una receta muy antigua, que había pasado de una generación a la siguiente, pero en la casa de Elías nadie la bebía. Abigaíl la había probado una vez y había dicho que era repugnante. También era cara, porque uno de los ingredientes era muy difícil de cultivar, de modo que había que importarlo. Sin embargo, lo que más disgustaba a Abigaíl del desayuno de su tía era que su principal ingrediente —el que era caro y difícil de cultivar— era una planta autóctona de Egipto que en Ugarit solo podía encontrarse en el mercado egipcio, en el que Abigaíl se negaba a comprar. Raquel no tenía el menor reparo en entregar sus aros de oro a los mercaderes egipcios. Solía decir que no eran los mismos egipcios que cuarenta años atrás. Además, no podía prescindir del zumo de aquella extraña planta, a la que llamaban apio. Cada mañana lo mezclaba con bayas de enebro trituradas, perejil y zumo de zanahoria. Añadía también semillas de amapola y comino, otro ingrediente importado de Egipto. Solo Raquel conocía la fórmula exacta, la cantidad necesaria de cada ingrediente, y a Abigaíl la alegraba que así fuera.

—Tía Raquel, ¿dónde vamos? —le preguntó Lea.

—A mi jardín especial, cariño. No sabías nada de él, ¿verdad? Nadie sabe nada. Empecé a cultivarlo el año pasado, en memoria de la criaturita a la que se llevaron los dioses la noche en que el odioso Jotam y su hermana con cara de caballo vinieron a casa. Ahora verás lo que he hecho.

A Lea la alegraba ver a su querida tía tan animada y fuerte, y la tranquilizó que el recuerdo de la extraña noche en que nació el niño hubiera durado tan poco. Desde entonces, Raquel había sido la misma de siempre, tejía en su telar, supervisaba al numeroso personal de la cocina, llevaba retamas a los umbrales para mantener alejados a los malos espíritus y creía que ninguna mujer, por rica que fuera, debía estar ociosa.

Y Raquel parecía tener respuesta para todo. No había nada que no pudiera solucionar. Hacía años Lea había llegado a casa con un gato callejero que quería quedarse, pero, como el animal no estaba acostumbrado a vivir en una casa, se le escapaba. La tía Raquel le dijo: «Ponle nata en las patas y se quedará».

Lea se preguntó por qué ponerle nata en las patas iba a conseguir que un gato se quedara en un lugar en el que no quería vivir, pero hizo lo que le había dicho su tía, y mientras observaba al gato limpiándose meticulosamente, lamiéndose la nata de las patas durante horas, Lea entendió que cuando el gato hubiera conseguido limpiarse del todo, se habría acostumbrado ya a los olores y sonidos de la casa y pensaría que había vivido allí toda su vida. El gato se quedó en la casa ocho años, gordo y feliz, hasta que murió.

En otra ocasión Ester se retorció de dolor porque se le había metido algo en el ojo. Su madre y su abuela intentaban en vano sacarle la mota del ojo hasta que llegó la tía Raquel con una cebolla recién cortada. Pasó la cebolla por delante de la cara de Ester, lo que provocó una catarata de lágrimas que expulsó la mota del ojo sin causarle el más mínimo dolor.

Era fantástico tener semejante tesoro en la cabeza, solía pensar Lea.

—La poción de la suerte es una receta egipcia —le dijo.

Raquel condujo a su sobrina nieta por la casa. Recorrieron pasillos, rodearon columnas y atravesaron puertas. Lea se preguntaba adónde iban. Conocía bien los diversos jardines de la casa y sus alrededores, pero los habían dejado todos atrás.

—Los egipcios tienen la magia más poderosa del mundo. ¿Lo sabías, cariño? Te enseñaré a triturar bien las hojas y a ponerlas en remojo en agua caliente. Hay que hacerlo así para que la magia funcione. Ay, las maravillas que esconde mi jardín, querida niña... Fui al mercado y compré semillas y

esquejes de lugares lejanos. Díctamo de Creta, sándalo del Indo y papiro de Egipto. Hice venir a trabajadores de los viñedos de tu padre y les pedí que me hicieran un estanque para nenúfares y peces dorados. Me construyeron una fuente que no deja de manar, enrejados para que trepen las flores, un bebedero de piedra para pájaros, bancos y estatuas. Es un jardín digno de los dioses, cariño.

Mientras Raquel describía las plantas medicinales y las flores aromáticas que había plantado en su jardín secreto, del que se ocupaba ella sola, Lea se imaginaba el paraíso y se preguntaba si su tía le dejaría llevar allí a su madre, Ana, que estaba muy afligida, para que aquella exuberancia la consolara.

Llegaron al límite este del muro que protegía la casa, una zona olvidada de la finca por la que Lea apenas había pasado. Detrás del muro había prados en barbecho y, más allá, la ladera de la montaña.

—Mi familia ha elaborado recetas medicinales durante generaciones, recetas que se transmitían de madres a hijas —dijo Raquel—. Y por supuesto me casé con un médico. Pero me temo que he olvidado muchas, y soy la última de mi linaje. Te las enseñaré a ti, querida niña, mientras me ayudas a cosechar, mezclar y almacenar los valiosos remedios.

La puerta de madera estaba en un alto muro de piedra que había estado cubierto de vegetación. Lea veía las huellas de las parras que habían trepado por él hacía mucho tiempo. Raquel le dijo que las había quitado ella misma, con sus manos, para que los espíritus del jardín supieran quién era su nueva ama.

—Recuerda, querida niña, que lo importante no es solo conocer las plantas. Hay que saber cuándo plantar la semilla en la tierra, cuánta agua necesitan y qué fase lunar es la mejor para cosecharlas. Algunas flores se abren solo por la noche. ¿Lo sabías? Otras gritan en voz baja cuando las arrancas de la tierra. Y están además los conjuros que hay que cantar cuando se planta y se cosecha. En fin, hay mucho que aprender de mi jardín, querida niña.

La puerta crujió al girar sobre las viejas bisagras de madera. Lea abrió mucho los ojos para abarcar el mayor espacio posible y contuvo la respiración. El corazón le latía muy deprisa, esperanzado. Una poción de la suerte que le aseguraría un marido de Sidón.

Y de repente se quedó boquiabierta. Miró fijamente el polvo, las raíces retorcidas y las hojas secas esparcidas por el suelo. Un pedazo de tierra estéril cubierto de escombros, con un tronco de árbol mustio en el centro.

Todo estaba muerto. Aquello tenía poco de paraíso.

Miró a su tía, que sonreía orgullosa. Raquel tendió a Lea una cesta agujereada.

—Bueno, Rebeca, ¿empezamos? —le preguntó.

Tamar se aseguró de que Ester estaba dormida antes de salir sigilosamente de la cama. Se puso las sandalias, cogió una túnica y salió corriendo del dormitorio.

Los olivares flanqueaban el camino que llevaba a la ciudad. Tamar recorrió la breve distancia hasta el lugar donde sabía que Baruch estaría esperándola. Corrió con la alegría y el entusiasmo de una chica locamente enamorada. Llevaba un año viéndose en secreto con Baruch, y aquella noche iban a prometerse. El futuro marido de Lea estaba en camino, procedente de Sidón, así que Tamar podría casarse por fin.

Allí estaba, a la luz de la luna, entre los olivos de su padre, andando de un lado a otro como un caballo impaciente por empezar una carrera. Esta noche haremos el amor, pensó Tamar corriendo hacia él. Hemos sido castos todo un año. No puedo esperar más.

—Abrazame —dijo corriendo hacia los impacientes brazos de Baruch.

Sentía su cuerpo de hombre, sus anchos hombros y sus músculos duros como una roca, tan diferentes del abrazo de una mujer, con sus hombros estrechos y sus manos débiles.

Esperaban que yo fuera un niño, y también que lo fuera Lea, aunque mi padre la quiere igualmente. Cuando llegué yo, dijo: «Esta vez los dioses me darán un niño». Pero no fue así. Después de mí, una niña que murió. Cuando nació Ester, con su boca deformada, a mi padre le dio lástima. Después, otras dos niñas, que vivieron muy poco, y por fin, el año pasado, el niño, que nació prematuro y murió. Mi padre sigue esperando un hijo, pero cuando me mira siempre aparece la sombra de aquella primera desilusión.

Tamar conocía a Baruch desde siempre. Sus padres habían sido amigos en la infancia, y en aquellos momentos Elías y el padre de Baruch eran los supervisores del templo de Dagan, un privilegio muy apreciado para los que no pertenecían al clero. No sabía cuándo se había enamorado del hijo mediano del oleicultor. ¿Había sido en un festejo de Asera o en una de las muchas bodas, bautizos y celebraciones de su familia? Baruch era como un hermano, y de repente, de un día para otro, despertó en ella el deseo sexual.

Empezaron a verse a escondidas, al principio solo para charlar. Pasado

un tiempo, se cogían de la mano, y últimamente habían empezado a besarse y a acariciarse por encima de la ropa. Cuando Baruch presionaba su miembro contra su cuerpo, Tamar ardía en deseos. Pero en los últimos tiempos el fuego no se apagaba cuando se separaba de él. Ardía día y noche, y solo había una manera de sofocar ese fuego.

—Mi abuela ha mandado una carta a una prima de Sidón pidiéndole que envíe a un marido para Lea, así que tú y yo podremos casarnos.

—Tamar...

La chica no podía dejar de besarlo. Se aferraba al cuerpo de Baruch y lo devoraba con las manos. Sentía su excitante dureza debajo de la túnica.

—Por favor... —le susurró al oído—, necesito sentirte dentro de mí.

—Espera —le contestó el chico con voz entrecortada—. No debemos hacerlo.

—El deseo me quema. Por favor, demuéstreme que me quieres.

—Claro que te quiero, pero...

—Demuéstramelo, demuéstramelo.

Baruch gimió. Sus jóvenes mejillas imberbes ardían.

—Tamar, tenemos que ser fuertes. Tienes que llegar virgen a tu noche de bodas.

—¡Estoy harta de ser fuerte! Y esta es nuestra noche de bodas. Si Lea no le hubiera faltado el respeto a Jotam, ahora estaría casada con él, y tú y yo estaríamos prometidos.

—Pero...

Tamar silenció sus protestas con un beso. Y cuando su mano descendió hasta la ingle del chico y sus dedos rodearon su miembro erecto, Baruch soltó un grito ahogado y cayó de rodillas arrastrando a Tamar con él.

La prudencia y el sentido común le abandonaron. Baruch ardía en deseos tanto como Tamar y ahora solo era capaz de fijarse en el precioso cuerpo que se retorció debajo de él, del tacto suave de su piel. Le levantó la falda y le acarició los muslos. Para su sorpresa, la chica no llevaba su recatada ropa interior. Su ardor fue aumentando hasta que pensó que todo su cuerpo iba a explotar. Y de pronto había entrado en Tamar y las piernas de ella lo rodeaban, lo aferraban y lo empujaban con más fuerza. La chica gimió ligeramente de dolor y después le besó el cuello con voracidad, clavándole los dientes. De su garganta surgieron sonidos animales, y también él gruñó y gimió mientras la penetraba.

Como era joven y era su primera vez, terminó enseguida. Soltó un grito

ahogado y se derrumbó encima de ella. Tamar dejó escapar un profundo y satisfecho suspiro. No había llegado al clímax, pero sabía que con práctica y experiencia sus relaciones sexuales serían sublimes.

—Tamar, Tamar, mi hermosa y traviesa Tamar... —murmuró por fin Baruch incorporándose y mirando a la chica a la luz de la luna.

Tamar se rió. El chico le acarició el pelo y ella le deslizó la mano por debajo de la túnica para acariciarle los músculos de los muslos. No había nada mejor que el cuerpo de un hombre. Estaba impaciente por ser su mujer y sentir aquello cada noche.

Baruch se apoyó en un codo y la miró con expresión seria.

—Tamar —le dijo en un tono que la chica nunca antes le había oído—, por Dagan, siento tener que decírtelo, pero debo hacerlo. Tamar, te quiero, pero no puedo casarme contigo.

La chica lo miró atónita.

—Mi padre hace negocios con Jotam —siguió diciendo Baruch—. Los barcos de Jotam transportan las aceitunas y el aceite de mi padre por todo el mundo. Si me caso con una mujer de la casa de Elías, Jotam dejará de transportar el aceite de mi padre.

A Tamar le costaba respirar.

—¡Estás de broma!

Baruch se sentó. Sus ojos reflejaban el dolor que sentía.

—Que Dagan se apiade de mí, pero no tengo elección, Tamar. Tu hermana y tu padre ofendieron a Jotam y a Zira, y no les pidieron perdón. Toda Ugarit lo comenta.

—Pero yo no puedo hacer nada. Te quiero, Baruch.

—Yo también te quiero —le dijo levantándose y arreglándose la ropa.

Tamar lo miró fijamente. Adoraba a aquel chico, que había colmado sus sueños y sus pensamientos, que la había hecho arder de deseo y al que acababa de entregar su virginidad.

Halla! ¿Qué he hecho?

—Por favor —le dijo con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Lo siento, Tamar. Pongo a Dagan por testigo de que lo siento, pero tengo que hacer lo que mi padre me dice. No puedo volver a verte. Mi madre ha arreglado mi boda con una prima de Ebla. Me marcho este mismo mes. — De repente hincó una rodilla en el suelo, sujetó la cara de Tamar con las dos manos y le dijo con voz profunda—: De momento te dolerá el corazón, pero con el paso del tiempo me olvidarás, Tamar. Me olvidarás porque aparecerán

otros hombres que caerán ante tus encantos.

La chica contenía la respiración y caía ante el poderoso encanto de Baruch.

—Querida Tamar, te juro por mis antepasados que lo que te digo es verdad. Puedes oírlo en mi voz y verlo en mis ojos. Lo sabrás cuando duermas y sueñes. Eres muy guapa, Tamar, aunque nadie de tu familia te lo haya dicho. No naciste chico, y por eso has pensado que eras insignificante, pero te juro por Dagan y por Baal que eres mucho más que guapa. Eres fuerte, mucho más fuerte de lo que piensas. Los hombres caerán rendidos a tus pies y te ofrecerán riquezas. El mundo será un fruto maduro en la palma de tu mano, y olvidarás a Baruch.

Se levantó y se marchó. Tamar se quedó arrodillada en el suelo cubierto de hojas y observó a Baruch, con su espalda recta, sus anchos hombros y sus fuertes muslos, desapareciendo entre los olivos. Pensó en lo que acababa de decirle. Las palabras le zumbaban en el cerebro. Su fuerza y su belleza. ¿Era verdad? ¿De verdad los hombres caerán rendidos a mis pies?

No, pensó en un ataque de tristeza y de rabia. No quiero a otros hombres. Quiero a Baruch. Y juro por Asera que me encargaré de que no me deje. Mi fuerza conseguirá que Baruch desafíe a su padre y vuelva conmigo.

El escriba Samuel vivía en su casa con su mujer y sus criados. Elías era su único cliente porque el negocio del vino le ocupaba todo su tiempo: etiquetar tinajas, etiquetar los vinos, hacer inventario, ocuparse de los documentos del transporte y de los recibos, hacer de contable, cuadrar las muchas cuentas de Elías, saber quién debía dinero y a quién había que pagar, estar al corriente de las listas de esclavos y criados, de los sueldos y las horas trabajadas, y redactar y leer la correspondencia, tanto la personal como la del negocio.

Entre las responsabilidades de Samuel se incluía la de llevar las cartas a la ciudad y dejarlas en caravanas que estuvieran a punto de salir. Pero la carta que Abigaíl le había dictado aquella mañana, que el escriba había grabado cuidadosamente en arcilla, la había llevado ella personalmente al caravasar, lo que daba muestras de su desesperación por encontrarle un marido a su nieta. Abigaíl no había confiado en que Samuel encontrara una caravana lo bastante rápida que se dirigiera a Sidón.

Samuel suponía que la carta era un intento inútil. Temía que para la fecha en que el primo la recibiera, la casa de Elías habría desaparecido.

Eso fue lo que le decidió a presentar su dimisión y dejar al jefe para el que había trabajado veinticinco años.

Cada uno tiene que pensar en sí mismo. Que digan que soy una rata que abandona un barco que se hunde, pensó Samuel. No le importaba. En cualquier caso, había llegado el momento de jubilarse. Sabía lo que en realidad tramaba Jotam, algo mucho más siniestro que dañar la reputación y los negocios de Elías. La familia se enfrentaba a la ruina segura, y Samuel quería estar muy lejos cuando sucediera.

Por un momento pensó en advertir a Elías del desastre que se le avecinaba, pero temía que se desencadenara una contienda legal que acabaría con abogados en los tribunales y en la que Samuel tendría que testificar. Podría durar años. Lo mejor era guardar silencio y alejarse de los problemas.

Encontró a su jefe en la sala de fermentación, un edificio de piedra que formaba parte de la bodega, situada detrás de la casa. Dentro hacía frío y apestaba a levadura y a fruta podrida. Allí metían la uva aplastada en enormes cubas de madera bajo la supervisión de especialistas en vino que removían las mezclas y las probaban, una antigua profesión. Elías estaba supervisando cómo se llenaban las primeras ánforas de una cosecha joven cuando entró Samuel y se quitó con respeto el gorro que le protegía del sol la coronilla calva.

—Debo presentarte mi dimisión, amigo mío —le dijo—. Te has portado muy bien conmigo, pero los años se me han echado encima y quiero jubilarme y vivir tranquilo.

Elías lo miró atónito.

—Siempre has dicho que morirías con un estilete en la mano.

—Desgraciadamente, mis ojos ya no son lo que eran.

Era mentira, pero resultaba creíble. Samuel tenía casi cincuenta años.

—He comprado una casa en Chipre —siguió diciendo el escriba.

—¡Chipre! ¡Al otro lado del Mar Grande! Nunca volveré a verte.

Se miraron a los ojos, y de pronto los hombros de Elías se desplomaron.

—Lo entiendo, amigo mío. No es culpa tuya que ofendiera a Jotam y que desde entonces se dedique sistemáticamente a hacer una guerra deshonrosa contra mí y contra mi casa. No te culpo por querer marcharte.

Pero Samuel también tenía sentimientos.

—Me he encargado de que alguien ocupe mi puesto. Escribí a un amigo de la Hermandad de Escribas de Lagash, junto al Éufrates, donde hay multitud de buenos escribas, pero no puestos vacantes para todos. Le pregunté si

conocía a algún escriba joven que buscara trabajo y me contestó que me recomendaba encarecidamente a un joven muy preparado que estaba dispuesto a venirse a vivir a Ugarit.

—¿Recién salido de la escuela? —preguntó Elías frunciendo el ceño.

—Elías, te va a resultar muy difícil encontrar a un escriba con mi experiencia que venga a trabajar para ti.

—¿Cuándo llega?

—Ya está en camino, así que llegará dentro de unos días. Elías, amigo mío, no te desanimes. Teniendo en cuenta tus circunstancias, puede ser una ventaja para ti. Un escriba joven estará dispuesto a trabajar de aprendiz a cambio del alojamiento y la manutención. Y su deseo de complacerte te beneficiará.

Otra mentira, aunque pequeña. En realidad, el amigo de Samuel le había advertido de que el nuevo escriba, Daveed, era un príncipe bastante arrogante y muy ambicioso. No es necesario mencionarlo, pensó Samuel. Cuando Elías descubra la verdad, yo estaré cómodamente instalado en mi casa, al otro lado del mar.

Capítulo 3

—He oído decir que la reina de Ugarit es insaciable —dijo Nobu cogiendo una chuleta de cordero de las brasas—. Dicen que tiene un amante diferente cada día, a veces uno por la mañana y otro por la noche, y que le gusta que sus amantes estén bien dotados. Dicen que la reina pide que le lleven a los candidatos ante ella, desnudos, para inspeccionar sus partes íntimas.

Daveed dio un trago de vino.

—No creas todo lo que oigas sobre las reinas —murmuró.

Nobu masticó la carne tostada y miró a su amo, sentado al otro lado del fuego. Daveed, de veinticuatro años, era atractivo, con ojos oscuros y nariz grande, como correspondía al príncipe de una casa real. Nobu se preguntó si el hecho de que Daveed hubiera desestimado lo que acababa de decirle tenía algo que ver con su madre, la reina de Lagash, famosa por su estricta moralidad. Decían que había seguido siendo casta incluso después de haberse casado con el rey. Tras haberle dado doce hijos, dijo que «todo aquello se había acabado» y se trasladó a otro dormitorio.

Nobu se encogió de hombros y se cerró la capa para protegerse de la fría noche de primavera. A Daveed el frío no parecía importarle, porque solo llevaba una túnica de lana que le dejaba un brazo al aire, como se estilaba en Lagash. En el brazo desnudo llevaba una daga enfundada sujeta con una correa, símbolo de una elitista hermandad secreta denominada Zh'kwan-eth.

—Recemos para que la reina de Ugarit no se fije en ti, amo. Se olvidaría de todos los demás y no te dejaría salir de su cama hasta que tuvieras los testículos más arrugados que una uva pasa.

Tiró al suelo el hueso de la chuleta y cogió otra de las brasas. Él y Daveed eran los únicos sentados junto al fuego, porque viajaban solos, con dos caballos y una mula de carga. Al día siguiente concluiría su largo camino desde Lagash hasta Ugarit.

Nobu mordió la grasa tostada con sus grandes dientes y sacudió la cabeza pensando en una mujer que seguramente hacía el amor setecientas veces al año, pero no dijo nada, porque sabía que sus palabras llegarían a oídos sordos. Su joven amo observaba las llamas de la hoguera preocupado, con una copa dorada de vino en las manos.

El esclavo barrigón sabía que la cabeza de su amo estaba llena de ideas emocionantes. Nobu era un esclavo del palacio cuando lo asignaron al joven príncipe, que a los siete años de edad entró en la Escuela de la Vida para aprender la profesión de escriba. Desde entonces se había ocupado del chico.

—Piensa una cosa, amigo mío —dijo Daveed alzando sus oscuros ojos llenos de pasión y de vitalidad—. Cuando el gran rey Gilgamesh fue a buscar la planta de la eterna juventud, que llamaban «El viejo se vuelve joven», la encontró en el fondo del mar. Pero mientras Gilgamesh dormía, apareció una serpiente y se comió la planta. Y por eso la serpiente es inmortal, por eso muda la piel y vuelve a nacer, mientras que los seres humanos mueren porque perdieron la planta de la inmortalidad. Nobu, he oído decir que en la biblioteca de la Casa de Oro de Ugarit hay un mapa de ese fondo marino que indica cómo llegar al lugar donde durmió Gilgamesh, donde todavía crece la planta de la eterna juventud.

Nobu, muy interesado, abrió los ojos como platos.

—¿Vas a consultar el mapa, amo? ¿Vamos a ir al fondo del mar? No me imagino viviendo para siempre.

—Shubat te proteja de tu sacrilegio, mi loco amigo. La planta es sagrada. Pero en la biblioteca de Ugarit hay más, muchísimo más. Por Shubat, dicen que tiene más de veinte mil libros. Y escritos hace tanto tiempo que se comenta que los escribieron los propios dioses. Y en ellos, mi incrédulo amigo, se encierran las respuestas a todas las preguntas que se haya hecho cualquier hombre.

Nobu suspiró y se rascó una nalga. Para él, la única pregunta que necesitaba hacerse cualquier hombre era cómo conseguir la siguiente comida, pero no dijo nada y dejó que su maestro siguiera con sus ideas. Estaba seguro de que no faltaba tanto para que se fueran al traste, y Daveed estaría tan hastiado y sería tan escéptico como cualquiera.

Una voz susurró en la cabeza de Nobu: *Quizá, pero no olvides que tu maestro ama su profesión, que es muy entregado. Coloca el honor y la integridad por delante de todo lo demás. El día en que cumplió siete años y de pronto entendió la primera frase, «oyó» una llamada. ¿A qué? Daveed dijo que no estaba seguro, pero sabía que su dios le mandaría una señal, y cuando le dijeron que un rico vinicultor de Ugarit necesitaba a un escriba personal, aseguró que aquella era la señal. Y míralo ahora. Entusiasmado, lleno de vitalidad y de planes, como un niño en vísperas del festival de invierno, que no puede dormir, que solo piensa en los dulces pasteles que lo*

estarán esperando en cuanto se despierte. Un joven escriba impaciente por llegar a Ugarit y empezar a servir a su dios.

La voz siguió su incesante susurro: Pero no es bueno que un hombre tan joven sea tan religioso. Limita sus opciones en la vida. Daveed debería dedicarse a ir a las tabernas y a acostarse con todas las mujeres que pudiera. Pero lo que hace es ir a bibliotecas y abrazar sus amados libros. Y cuando ha tenido necesidades físicas, ha recurrido a las prostitutas sagradas de Ishtar.

Nobu cogió la bota de vino y dio un largo trago hasta que la voz se esfumó de su cabeza.

Entendía que su amo estuviera tan entusiasmado. Al día siguiente llegarían a la casa de Elías, a las afueras de Ugarit, donde Daveed empezaría su año de aprendizaje como escriba personal del próspero vinicultor. Y después ingresaría en la Hermandad de Escribas.

Entrar en la Hermandad no era fácil, pero Nobu sabía que Daveed confiaba en que lo aceptarían, porque el muy respetado Samuel, al que iba a sustituir, lo recomendaría. Solo aceptaban a nuevos miembros si tenían algún contacto. Pero Nobu sabía que la ambición de Daveed no se detenía ahí. Pensaba en dirigir algún día la Hermandad de Escribas, una fraternidad elitista que vigilaba y protegía la gran biblioteca de Ugarit, que albergaba decenas de miles de tablillas, un archivo que se rumoreaba que contenía la historia del origen del mundo, los hechizos que crearon la vida en la Tierra, los secretos de la inmortalidad y el paradero de la planta divina que devuelve la vida a los muertos y la juventud a los viejos. Un tesoro de conocimientos secretos y sagrados llegados de todos los rincones del planeta, porque Ugarit ocupaba un puesto de honor en las rutas comerciales y marítimas. Nobu sospechaba que el deseo de Daveed de servir a su dios no respondía solo al tesoro que albergaba la Hermandad. Amaba tanto su profesión, le apasionaba tanto el mundo de la escritura, que sentía que su vocación no podía limitarse a ser un mero escriba, y no había vocación más elevada que ser rab de la Hermandad.

El rab, que en cananeo quería decir «maestro», era el sumo sacerdote y profesor de la Hermandad de Escribas. Aquel era el objetivo de Daveed, y no había razón para que no lo consiguiera. Nobu se sentía orgulloso de que su joven maestro hablara y escribiera cuatro lenguas, incluidos los incomprensibles jeroglíficos egipcios. En cuanto ingresara en la Hermandad, nada detendría su escalada hasta el puesto más elevado.

Nobu se levantó del taburete y se dirigió a unas rocas para orinar.

—Sí, sí —refunfuñó bajo la luna primaveral—. Lo sé.

Nobu tenía cuarenta y cuatro años, veinte más que su amo, y llevaba el pelo corto, como todos los esclavos. Aunque tenía una barriga prominente, no estaba gordo, pero tenía un aspecto divertido. Lo llamaban Tortuga porque andaba con los hombros caídos y la cabeza hacia delante. Sus gruesos párpados caían sobre unos ojos que bizqueaban, y como tenía que alzar las cejas para ver mejor, tenía la frente muy arrugada. Pero Nobu era conocido no por su aspecto cómico, sino por las voces de los dioses que resonaban en su cabeza. Algunas veces les respondía entre dientes. La gente decía que era un regalo de los dioses, pero Nobu no lo creía, aunque tenía sus ventajas: las mujeres lo querían como padre de sus hijos. Era especial para los dioses, así que esperaban que también sus hijos oyeran voces. Todos se habían acostumbrado a los murmullos de Nobu mientras trabajaba, observaba el fuego e incluso mientras otros hablaban. Sabían que estaba contestando a sus voces interiores.

Pero lo que nadie sabía, ni siquiera Daveed, era que a Nobu no le gustaba escuchar aquellas voces, tanto si procedían de los dioses como si no. Deseaba que su cabeza se quedara en silencio. Y el día en que descubrió que el alcohol acallaba aquellas voces, se entregó al vino con excepcional devoción.

Pero se ocupaba de que el vino jamás interfiriera en sus obligaciones como esclavo personal de Daveed. Mantenía en perfecto estado el amplio vestuario de su amo, cuidaba su equipo de escriba y lo acompañaba a todas partes. Una de las tareas más complicadas de Nobu era peinar a su amo, a quien, como a casi todos los jóvenes, le gustaba presumir de pelo. Conseguir rizos perfectos exigía una habilidad especial, herramientas adecuadas y tiempo. Tenía que enrollar los largos mechones de pelo negro en un atizador calentado al fuego, untar cada rizo con aceite para que brillara y sujetarlo con un aro de oro para que su amo pareciera realmente el príncipe de una noble casa real.

Mientras Nobu vaciaba la vejiga y pensaba en sus cosas, cinco pares de ojos lo observaban.

Los bandidos sonrieron al ver el pequeño campamento con solo dos hombres. Tenían caballos —eso quería decir que eran ricos— y vestían con elegancia, especialmente el más joven, que llevaba oro en el pelo. El jefe de los harapientos bandidos se rió sin hacer ruido. Aquellos viajeros solitarios se lo tenían bien merecido. Así aprenderían a no salir de viaje sin un solo escolta que los protegiera.

Nobu se colocó bien la ropa, volvió a la hoguera, dio otro trago de la bota de vino y observó las llamas, ya muy débiles. Esperaba que la casa a la que se dirigían fuera lujosa. Sin duda un hombre que poseía viñedos y enviaba vino por barco a todo el mundo debía de ser rico. En Ugarit encontraría esclavas jóvenes y guapas, o al menos un burdel decente. Después de todo, era un puerto, y por lo tanto una ciudad de marineros.

Daveed oyó pasos, levantó la cabeza y vio acercarse a cinco hombres corpulentos, con túnicas mugrientas y sonrisas de oreja a oreja en sus rostros barbudos.

—Mirad lo que tenemos aquí —dijo un bandido a sus compañeros—. Un ricachón y su esclavo. —El intruso miró a derecha e izquierda—. Y sin protección.

—Amigo, mejor que no te acerques —le dijo Daveed en tono tranquilo—. Vete en paz con los dioses.

El bandido, al que Daveed tomó por el jefe, echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Estoy temblando, amiguito. Mis hermanos y yo no tenemos nada que hacer con un gigante como tú.

—Créeme —le dijo Daveed en tono cansado—, solo quiero que me dejéis tranquilo. Vuelvo a pedirlos que deis media vuelta y os marchéis en paz. No os lo pediré por tercera vez.

—Pues no lo pidas. Nos basta con que nos entreguéis todo el oro que tenéis. Nos llevaremos también la plata y el cobre. Y os libramos de estos estupendos caballos. Y me gusta mucho la bonita capa en la que estás sentado.

Daveed se levantó despacio.

—Nobu, ponte a salvo.

—Sí, amo —le contestó Nobu retrocediendo para escapar del alcance de los bandidos.

Los bandidos se rieron.

—¿Qué clase de ricachón eres tú? Viajas solo, sin escolta, y ni siquiera tu esclavo barrigón peleará por...

No vieron el movimiento de Daveed. No lo vieron sacándose la daga del brazo izquierdo a la velocidad del rayo, ni vieron el curvado estilete volando por los aires hasta llegar al hombro del jefe de los bandidos, que gritó sobresaltado y cayó hacia atrás por el impacto.

Los demás pestañearon sorprendidos. Daveed se llevó las manos a la cintura y, antes de que los bandidos hubieran avanzado hacia él, salieron

volando otras dos dagas, que se clavaron en un brazo y en un muslo. Los dos hombres gritaron y también se tambalearon hacia atrás por el impacto de las armas.

Con tres hombres en el suelo retorciéndose de dolor, los dos que quedaban cerraron filas y, hombro con hombro, avanzaron a grandes zancadas hacia Daveed con los puños en alto y una mirada feroz en el rostro. No vieron que el joven noble llevara más armas. Era menos corpulento que ellos y estaba solo.

Daveed movió la cabeza.

—Deberíais aprender a escuchar, amigos míos. Deberíais hacer caso de las advertencias.

—¡No somos amigos tuyos! —gritó uno de los dos.

Y corrieron hacia delante con los brazos y los puños levantados.

Daveed los esquivó y le pegó a uno un puñetazo en la cabeza. Luego giró sobre un talón y pegó una patada en las piernas al otro. En un segundo estaba frente a ellos, con otra daga en la mano, que se había sacado de detrás del cinturón.

—Solo me queda una —les dijo—, así que os dejo elegir a quién le toca.

Detrás de él, uno de los bandidos tirados en el suelo intentaba ponerse de pie y arrancarse la cuchilla del hombro con grandes muecas de dolor. Antes de que hubiera terminado de extraerla, Daveed se giró y le lanzó la daga que le quedaba directamente al pecho. El bandido cayó hacia atrás, con sangre borboteándole en la garganta. Daveed corrió hacia los otros dos que estaban en el suelo, les arrancó las dagas del muslo y del brazo, se arrodilló y colocó cada daga a pocos centímetros del pecho de cada uno. Miró a los dos que estaban incorporándose.

—He concedido a vuestros amigos el beneficio de la duda con mis tres primeras dagas —les dijo Daveed—. Podría haberlos matado directamente, porque tengo tan buena puntería que podría lanzar una de estas dagas y cortaros el pelo por encima de la oreja sin que os dierais ni cuenta. No quiero mataros, ni a vosotros ni a vuestros amigos, pero puedo hacerlo, y lo haré si no nos dejáis a mí y a mi esclavo en paz.

A los dos bandidos que habían recibido el puñetazo y la patada les costaba respirar, pero vieron que el joven noble ni jadeaba ni tenía una gota de sudor en la frente. Y sus manos seguían firmes por encima del vulnerable pecho de sus compañeros.

Uno de los dos quería rendirse, pero su compañero se enfadó todavía

más.

—Tus fanfarronadas caen en oídos sordos, joven señor, porque, mientras lanzas una daga, uno de mis amigos podría levantar el brazo y derribarte.

—Si eres sordo, elige la oreja que echarás menos en falta.

—¿Qué?

Daveed se encogió de hombros.

—Muy bien, la izquierda.

—¿Qué estás...?

El hombre sintió el dolor antes de que sus ojos hubieran visto la mano de Daveed moviéndose, un dolor agudo y punzante en la zona izquierda de la cabeza. Mientras se llevaba la mano a la oreja, Daveed lanzó al segundo bandido la otra daga, que se le clavó en la pantorrilla derecha. Ambos cayeron al suelo. Daveed inmovilizó con las rodillas a los dos primeros, cuya sangre se derramaba sobre la arena del desierto.

Desde su lugar seguro, Nobu movió la cabeza. *Nunca aprenden*, dijo la voz de su dios. *Pero seguro que de ahora en adelante estos tarugos no vuelven a atreverse con un escriba guerrero.*

—¡Me has cortado la oreja! —aulló un bandido.

Daveed arrancó la daga de la pantorrilla a otro, que gimió. Sus compañeros, que se lamentaban y sangraban, miraron tímidamente a Daveed y después se miraron entre sí.

—Los dioses te han favorecido —dijeron con los hombros caídos.

Alzaron las manos ensangrentadas para indicar que se rendían.

Ayudaron a sus amigos heridos a alejarse del campamento y arrastraron al muerto. Cuando ya ni se les veía ni se les oía, Daveed se puso a limpiar sus dagas especiales. Nobu apartó de una patada la oreja cortada y volvió junto al fuego.

—Desde Lagash hasta el Mar Grande todo el mundo reconoce a un escriba guerrero —dijo—. Ven la famosa daga que llevas en el brazo, se dan cuenta de que eres experto en la antigua arte marcial de zh'kwan-eth y no te molestan. Pero está claro que estos gamberros no tenían ni idea de a quién asaltaban. Espero que haya sido el primer y el último encontronazo de este tipo en nuestro viaje, amo, y que los habitantes de Ugarit respeten tu posición. Desde luego, amo, ver estas peleas no es lo mejor para hacer la digestión —añadió Nobu frotándose la barriga.

—Rebeca, cariño, tenemos que encontrar a un vendedor de menta —

decía Raquel avanzando con Lea por la calle llena de gente—. Tu tío Yacov tiene ardor de estómago.

Yacov era el hijo de Raquel, que había muerto hacía años tras caerse de un carro en una cacería de leones. Aunque ya no estaba entre los vivos, Raquel conservaba el respetuoso título de em Yacov. Por desgracia, no quedaba nadie que pudiera dirigirse a ella de este modo, porque todos los de su edad y sus amigos estaban con los dioses, y su familia la llamaba «tía». El castigo o la recompensa por haber vivido tanto tiempo, supuso Lea. Pero a Raquel no parecía importarle. De hecho, parecía creer que seguían vivos, y por eso Lea, preocupada por el estado de ánimo de su tía, no comentó el problema con el médico de la familia. Temía que se lo contara a Abigaíl, y entonces la pobre Raquel tendría que someterse a interminables revisiones, llamarían a sacerdotes y a magos, y realizarían rituales para expulsar a los demonios que le nublaban la mente.

Lea había llevado en secreto a Raquel a la Casa de Oro con la esperanza de encontrar a un chamán que conociera una cura sencilla e indolora.

Hacía muchos años, cuando Ugarit era una ciudad pequeña, en el muro oeste del palacio habían construido una cámara de piedra para guardar el tesoro real. Con el paso de los siglos habían ido añadiendo edificios: una Escuela de la Vida, un archivo, un juzgado y la sede de la Hermandad de Escribas, con su biblioteca de veinte mil libros. Pero seguían llamándola la Casa de Oro, y allí, en el centro de aquel complejo de edificios, había un gran patio público en el que cada mañana los médicos, abogados y escribas de Ugarit esperaban a sus clientes. Todo ciudadano podía ir a la Casa de Oro a buscar a un profesional que le escribiera una carta, le llevara las cuentas o le solucionara los problemas legales y de salud.

Lea se acercó a la inmensa puerta de los altísimos muros de piedra, entre un alboroto de gente que entraba y salía. No sabía adónde ir. Pasó un brazo por encima de los hombros de Raquel, entró en el patio, con dos esclavos siguiéndoles los pasos, y se unió a la multitud. Se sintió abrumada al ver a tanta gente, las hileras de columnas que se sucedían hasta el infinito. Y tantos hombres elegantes que discutían, gesticulaban o estaban sentados con las piernas cruzadas, con tablillas de arcilla, estilete, papiro y pluma.

- *Halla!* —exclamó Raquel—. Que los dioses nos protejan. ¿Qué es esto?

—Aquí encontraremos lo que buscamos, tía Raquel —le contestó Lea, aunque su tono denotaba que no estaba tan segura.

¿Cómo encontrar un médico en aquel caos?

—Allí, señora —dijo un esclavo, un hombre mayor que también hacía de guardaespaldas en aquella ciudad portuaria que podía ser peligrosa para dos mujeres solas.

Lea siguió su dedo y vio, bajo la sombra de una galería, una fila de hombres sentados en taburetes y con un grupo de gente apiñada frente a ellos. Cada uno atendía a un paciente, le auscultaba el pecho, le revisaba la boca, le aplicaba una cataplasma o le extraía un diente. Uno estaba arrodillado junto a un niño tumbado. Otro abrió un trozo de tela e inspeccionó el contenido. Lea vio que de cajas de madera sacaban pequeños botes o morrales con cobre o aros de oro para pagar. Vio que los que esperaban tosían, estornudaban, cojeaban, hacían muecas de dolor, pegaban un brazo al pecho o se llevaban un trapo a la nariz. Todos esperaban para que los atendieran los hombres sentados en los taburetes.

Los médicos.

Lea se acercó con sus tres acompañantes preguntándose a qué médico elegir para consultarle respecto de Raquel. En el patio el ruido era casi ensordecedor, no solo por los pacientes, sino también por las voces que se alzaban al otro lado, donde los abogados oían quejas y daban consejos, y los ciudadanos dictaban en voz alta cartas, contratos y recibos de ventas a los escribas. Aquella manera de gestionar los negocios profesionales no parecía muy organizada.

Como Lea no sabía adónde dirigirse, avanzó con Raquel hacia los médicos, y le llegó de pronto el olor de los cuerpos enfermos. Mientras intentaba decidir a cuál elegir —quizá el que estaba sacando un diente solo era dentista y no sabía nada más, y el que estaba curando un hueso roto no sabía nada de males de la mente—, un hombre alto con una larga túnica blanca y un maletín colgado al hombro se acercó a ella.

- *Shalaam*, señorita —le dijo en cananeo con marcado acento extranjero—. ¿Puedo ayudarles en algo?

Lea se giró hacia él y estuvo a punto de dar un paso atrás. El extranjero se diferenciaba de los demás porque llevaba una larga peluca negra y se había pintado los ojos, algo que los cananeos no hacían, y además estaba recién afeitado, mientras que los hombres de Canaán se sentían orgullosos de su barba. Era egipcio, y aunque Lea sabía que su reacción respondía al hecho de haber crecido con los prejuicios de su abuela, no pudo evitarla. No era el mismo médico que había ido a su casa la noche en que había muerto el bebé. Los médicos egipcios no se quedaban mucho tiempo en Ugarit, porque el odio

que los cananeos sentían por su raza estaba profundamente arraigado. El hombre no tenía pacientes —los enfermos y heridos preferían hacer cola antes que recurrir a un despreciable extranjero—, de modo que Lea sabía que también él tardaría poco en marcharse de Ugarit.

—Pareces un joven amable —dijo Raquel sonriendo antes de que Lea hubiera podido alejarse del médico—. Mi madre me ha mandado a comprar leche de amapola, pero no encuentro al vendedor.

El egipcio frunció los labios y miró a Raquel. Llevaba los párpados pintados de color verde.

—¿Su madre? —le preguntó observando su pelo blanco, su regordeta cara arrugada y su espalda curvada.

—A mi tía le falla la memoria —intervino rápidamente Lea—. Aparte de eso, está bastante bien.

El médico sonrió a Raquel. Lea sintió que los hombros de su tía se relajaban bajo su brazo protector.

—¿Y para qué utiliza la leche de amapola, señora? —le preguntó.

—Para un ungüento para que los ojos no se sequen ni los ciegue el sol. Hay que machacar hojas y flores de acacia en idénticas proporciones, mezclarlas con leche de amapola y aplicar el ungüento con una venda. Si la mezcla es demasiado espesa, puede rebajarse con unas gotitas de zumo de acacia.

—Así es —dijo el egipcio, visiblemente impresionado—. Conoce usted la fórmula correcta, señora. Muchos compatriotas míos sufren enfermedades de los ojos.

Raquel soltó una risita infantil.

—Me recuerdas a mi tío, un curtidor de Jericó. Es alto y guapo, como tú.

Lea no se lo podía creer. Su anciana tía estaba coqueteando.

El egipcio volvió a sonreír.

—Lo he visto antes —dijo dirigiéndose a Lea—. Los recuerdos de algunos ancianos empiezan a retroceder en el tiempo. No se sabe por qué. Se cree que cuando el alma se prepara para volver con los dioses, se despoja de las preocupaciones y los males de la carne y de la vida. En algunas personas, como su tía, ese despojarse de años de experiencia y de memoria deja al descubierto antiguos recuerdos olvidados hacía tiempo. Es como si retrocedieran en el tiempo. Su tía no tardará en pensar que vuelve a ser una niña, y todo lo que le diga será como si estuviera años atrás. El proceso no es doloroso ni angustiante. En realidad, puede ser bastante placentero. Pero no se

puede curar. Su tía experimentará una regresión en el tiempo hasta que ya no le queden años que volver a vivir.

Terminó la frase alzando una ceja, y Lea lo entendió: cuando ya no le quedaran años, Raquel moriría.

Le dio rápidamente las gracias y, preguntándose con efectos retardados si debería haberle pagado, sacó a Raquel de entre la multitud y se dirigió con ella a la carretera, donde había menos gente.

—¿Qué pasa con la menta y la leche de amapola? —le preguntó su tía con impaciencia.

Lea no le contestó. Ir a la Casa de Oro no solo no había servido para encontrar un remedio para el estado mental de su tía, sino que la había preocupado todavía más. Sabía que en cualquier momento llegaría la respuesta de Sidón sobre su futuro marido. La familia esperaba que el nuevo yerno viviera en la casa de Elías, aunque tenía derecho a instalar su hogar en cualquier otro sitio, y si así lo decidía, Lea tendría que marcharse y su tía Raquel iría adentrándose en una cárcel mental de la que quizá jamás saldría.

Tengo que ayudarla.

Y se le ocurrió una idea, algo que estimularía la mente de su tía y quizá detendría la regresión.

Cogió a su tía del brazo y le dio un apretón.

—¡Las cultivaremos nosotras! —le dijo sonriendo—. Podemos plantar lo que queramos, querida tía. ¿Te gustaría plantar apio para el tónico que tomas por las mañanas? Así no tendrás que venir a la ciudad y comprárselo a los egipcios.

Y si tengo que marcharme de la casa de mi padre, mi tía Raquel estará sana y salva en su jardín de plantas medicinales.

—¿Por qué tarda tanto? —dijo Nobu entre dientes—. ¿Cuánto tiempo se supone que tenemos que esperarlo?

Daveed y Nobu habían llegado a la villa palaciega situada al pie de las montañas que rodeaban Ugarit y el puerto, y se presentaron a los centinelas de la puerta. Al otro lado de los altos muros que rodeaban la casa principal había edificios anexos, huertos, corrales y gran cantidad de viñedos que ascendían por la ladera, kilómetros de ricas viñas con esclavos trabajando entre las hileras de vides, podando, arrancando las malas hierbas y espantando a los pájaros de la delicada fruta.

Un centinela entró, y cuando llegó el mayordomo de la casa, Daveed le

pidió que los llevara con el escriba Samuel. Los acompañaron al patio en el que recibían a las visitas, y allí esperaron a que apareciera Samuel.

Los dos recién llegados oyeron pasos y se giraron esperando ver a un digno caballero, pero abrieron los ojos como platos al ver a una chica joven corriendo de forma muy poco femenina. Como llevaba los faldones sujetos al cinturón, se le veían los pies descalzos y las piernas. Para su sorpresa, tenía la cara sucia, llevaba la cabeza descubierta, el pelo le caía hasta los hombros y portaba en las manos algo que parecía una cesta con piedras. Tenía un aspecto tan salvaje que Daveed y Nobu se quedaron sin palabras.

Lea detuvo de repente su apresurado correteo por la casa y observó a los dos extraños que esperaban en la entrada de la casa de su padre. Por sus túnicas con flecos y su pelo cargado de oro dedujo que eran extranjeros. En especial el joven, que iba vestido con tanta ostentación que se preguntó si no se habría equivocado de casa.

—¡Eh, tú, chica! —exclamó el más viejo—. ¡Dile a tu amo que Daveed de Lagash no va a pasarse la vida esperando!

Los ojos de Lea se cruzaron con los del joven, cuya túnica estaba sujeta a un solo hombro, lo que dejaba el otro hombro y el brazo al aire. Sin duda eran extranjeros. Entonces, recordando su aspecto desaliñado, murmuró:

—Se lo diré.

Y se marchó a toda prisa.

Pero todavía no había salido del patio cuando oyó al mayor diciendo:

—Este Elías no puede ser muy sofisticado si permite que sus esclavos vayan por ahí con esas pintas.

Daveed observó marcharse a la chica pensando que algo no encajaba. Su ropa era demasiado elegante para ser una esclava, y aunque estaba despeinada, tenía el pelo brillante y cuidado. Y había algo en sus ojos... En aquel breve instante Daveed había percibido la chispa de la inteligencia y quizá el destello de una fuerte voluntad.

Y entonces un digno caballero entró en el patio.

- *Shalaam* —les dijo—. Soy Elías. Bienvenidos a mi casa. Que los dioses nos acompañen. ¿Eres el nuevo escriba? Tenemos mucho que hacer. ¿Puedes decirme qué es esto? —le preguntó tendiéndole una tablilla.

Daveed, sorprendido por la ausencia de formalidades y porque ni siquiera les hubieran ofrecido un refrigerio después de un viaje tan largo, se recompuso y echó un vistazo a la pequeña tablilla, del tamaño de la palma de su mano. Vio que estaba cubierta de signos cuneiformes en lengua cananea.

—Sí, sé leerlo, pero ¿podría antes ver a Samuel para que me explicara cuáles son mis obligaciones?

—Samuel ya no está aquí. Se ha jubilado y se ha marchado a Chipre.

Daveed miró fijamente a su nuevo jefe. ¿Samuel no estaba? ¿Y cómo se suponía que iba a aprender en qué consistía su trabajo? Las cosas no se hacían así. Los aprendices siempre pasaban una temporada como ayudantes de un escriba experto.

Miró a Nobu, que le devolvió una mirada incrédula.

—Bueno, ¿qué es? —le preguntó Elías.

Elías sabía leer muy poco, pero lo suficiente para haberse dado cuenta de que la tablilla era una letra de cambio firmada con el sello de Jotam. Pero no le debía dinero, así que ¿de qué se trataba?

—Es un aviso de cobro, señor —le contestó Daveed—. Debe dinero por la compra de ánforas.

—¡Ánforas! No he comprado ánforas a Jotam.

Daveed frunció el ceño. Estaba seguro de haberlo leído correctamente.

—La factura especifica que se trata de ánforas con peana, y la cantidad entregada asciende a quinientas cincuenta.

—¡Es absurdo! Desde hace años compro las vasijas para exportar el vino a Thalos el minoico. Me las manda de su fábrica y yo le pago cuando he cosechado las uvas. Así lo hemos hecho siempre. ¿Por qué Jotam me manda...?

—Elías se detuvo—. ¿Has dicho quinientas cincuenta ánforas con peana?

—Eso pone.

—¡Es la cantidad que le pedí a Thalos! ¡Todas con peana! Por Dagan, ¿qué está pasando? —dijo cogiendo la tablilla—. Tengo que ir a hablar con ese hombre. Ven conmigo.

La fábrica de Thalos el minoico estaba al sur de Ugarit. Era un amplio recinto de talleres, hornos, almacenes, salas de exposición y viviendas para los muchos hombres que trabajaban la arcilla con las manos y en los tornos. Cuando Thalos vio a su viejo amigo Elías bajando de un palanquín frente a los talleres de alfarería, con el olor a polvo de cerámica y a fuego flotando en el aire, se levantó su larga túnica azul, dejando a la vista sus pies, calzados con sandalias, y corrió a saludarlo.

—¡*Shalaam*, amigo mío! —le dijo tendiéndole su mano regordeta y doblando con energía su generosa cintura.

Como todos los minoicos, Thalos llevaba el pelo recogido en una larga cola de caballo.

—Confío en que tú y tu familia estéis bien y gocéis de prosperidad.

Elías no estaba de humor para cortesías.

—Hoy me ha llegado esta notificación —le dijo tendiéndole la tablilla—. Dice que debo a Jotam las ánforas que te compré a ti.

Thalos se retorció las manos. El sudor empezó a gotearle por el rostro imberbe.

—Querido amigo, pongo a los dioses por testigos de que no pude negarme. Como sabes, tengo cuatro hijas en edad casadera y debo prepararles la dote. Jotam se ofreció a comprarme tu letra de cambio de inmediato y por casi el doble de su valor, así que no pude rechazar su oferta.

Elías se enfureció por un segundo, pero enseguida se le pasó el enfado. No podía culpar a Thalos. Cuatro hijas que necesitaban dote. Lo entendía. Pensó además que seguramente Jotam lo había presionado. En aquella gran fábrica de cerámica se hacían cuencos, vasos, jarras, cántaros y ánforas que se mandaban a otras tierras. Jotam podría negarse a transportarlos en sus barcos.

Elías se giró para marcharse.

—Ten cuidado, amigo mío —le dijo Thalos muy serio, apoyando una mano en su brazo—. Que Dagan te proteja.

—El que necesitará que Dagan lo proteja será Jotam —gruñó Elías.

Y se dirigió apresuradamente a su palanquín.

La lujosa casa de Jotam y Zira estaba en un promontorio desde el que se veía el puerto, de modo que Jotam podía controlar su flota de barcos y el estado del mar. Como Ugarit era un importante centro de transporte marítimo, Jotam estaba siempre al tanto, atento al caprichoso mar, que podía ser cruel o caritativo. Por eso se ocupaba a diario de ofrecer sacrificios a Yam, el dios cananeo del mar, y por si acaso también a Baal, dios del cielo y de la lluvia.

Estaba encendiendo incienso en el altar familiar cuando el mayordomo entró y le anunció la llegada del vinicultor Elías.

El constructor de barcos sonrió. Hacía un año que no se veían, pero sabía que la letra de cambio —oro por las ánforas— llevaría a Elías ante su puerta.

En los meses que habían transcurrido desde la noche de la gran ofensa había aumentado el deseo de Jotam por la hija del vinicultor. Lo que sentía por Lea no era ni amor ni ningún otro sentimiento noble. Era puro deseo carnal. Quería a Lea en su cama. Y cuanto más se la negaba Elías, más ardía en deseos por ella. Sabía que ahora no tardaría en ser suya.

—Que me espere en el patio —dijo Jotam al mayordomo.

Salió del altar y se dirigió a sus aposentos, desde los que se veía el mar azul y las nubes blancas, se sentía la fresca brisa y se oían los ruidos del ajetreado puerto.

Jotam se tomó su tiempo para ponerse grandes anillos de oro en los dedos, untarse la barba con aceite perfumado y ponerse una diadema de oro alrededor de la frente, adornos propios de un hombre extremadamente rico. Se puso una capa púrpura sobre los hombros y pensó que parecía un rey. Iba a disfrutar de su victoria sobre Elías.

Mientras avanzaba por salas de mármol en las que los esclavos se apartaban rápidamente para que pasara, Jotam se alegró de que Zira no estuviera en casa. Su hermana siempre se entrometía en los asuntos de los hombres. No era del todo culpa suya. Su madre había muerto cuando eran niños, y aunque Zira era menor que Jotam, había asumido su papel. No le importaba que fuera una mandona. Algunas veces incluso lo libraba de tomar decisiones incómodas. Pero Jotam quería controlar personalmente el tema de la hija mayor del vinicultor.

Además, Zira quería que se casara con Lea por razones muy diferentes de las suyas. A su hermana no le gustaba la casa de Elías, pero la madre del vinicultor, Abigaíl, era de un linaje con un prestigio incuestionable, porque descendía del legendario rey Ozedia. El matrimonio de Jotam con una mujer de aquel linaje catapultaría a su familia a un estatus superior y permitiría que el hijo de Zira aspirara al trono de Ugarit. Como los reyes de Ugarit no accedían al trono por su linaje, sino por el voto de las familias ricas y poderosas de Canaán, era preciso hacer campaña. En aquellos momentos Zira estaba en casa de un amigo rico e influyente, tejiendo su red de intrigas y de persuasiones.

Su hermana no vivía para otra cosa. Trabajaba día y noche para ver al inútil del sobrino de Jotam con la corona de Ugarit en la cabeza. No le importaba que el rey Salomón fuera muy popular entre la gente, que lo elogiaran en todos los rincones de la ciudad. Zira creía que su hijo lo haría mejor. Que sueñe y haga los planes que quiera, pensó Jotam, pero que me deje disfrutar de Lea en paz.

—Estás yendo demasiado lejos —gritó Elías en cuanto Jotam entró en el patio, dejando de lado las formalidades y la etiqueta.

Daveed y Nobu se mantuvieron a una discreta distancia, conscientes de que estaba a punto de desatarse un drama.

—Pongo a Dagan por testigo de que te lo advertí —dijo el perfumado y

enjoyado Jotam. Jadeaba por culpa de su barriga, que había aumentado en el último año—. Deberías haberme hecho caso. Deberías haberme respetado como merecía. Me insultaste y permitiste que tu hija me insultara. Tu madre insultó a mi hermana. Exijo que repares las ofensas.

Jotam se sacó de debajo de la túnica púrpura la tablilla original de las ánforas, con el sello de Elías estampado en la arcilla, que había comprado a Thalos por un precio tan elevado.

—Si no me pagas este oro ahora mismo, te llevaré ante los tribunales.

Elías miró la tablilla con furia en los ojos. Apenas podía articular palabra.

—Muy bien —dijo por fin—. Mandaré a mi mayordomo a la tesorería. Lo calcularemos hoy mismo y asunto concluido.

—Antes de que te pongas a fanfarronear, te advierto que me debes también esto —dijo Jotam sacando otras dos tablillas grabadas con escritura cuneiforme.

Elías se quedó atónito y entendió lo que Jotam pretendía: comprar todas sus letras de cambio y reclamárselas. Lo llevaría a la bancarrota.

—Elías, antiguo amigo mío —dijo Jotam muy serio—, cancelaré estas letras de cambio si me entregas a Lea para que me case con ella. Te aconsejo que seas prudente, Elías, porque si no aceptas mis condiciones, te arruinaré. Y cuando estés totalmente arruinado, tendrás que venderte como esclavo, y a tu familia también. Y entonces compraré a Lea, pero ya no será mi honorable esposa, sino mi objeto de placer. Tú decides.

Abigaíl estaba en el umbral de la finca de su hijo, mirando nerviosa el camino y esperando a que Elías volviera. Aquella mañana había salido de casa justo cuando había llegado el nuevo escriba para ir a aclarar un asunto con Thalos el minoico. A aquellas horas debería haber vuelto ya. Abigaíl estaba impaciente por disponer del nuevo escriba. Acababa de llegar una carta de Sidón y estaba desesperada por saber lo que decía.

Esperaba que fueran buenas noticias y que el futuro marido de Lea estuviera en camino. Anunciarían el compromiso de inmediato y no esperarían un año para celebrar la boda, como solía hacerse. Un plazo respetable, quizá tres meses, y después un banquete digno de la primogénita de Elías y Ana.

Después Abigaíl pensaría en Tamar. Estaba preocupada por su segunda nieta. En los últimos días la chica estaba extrañamente silenciosa, de mal humor y llorosa, aunque insistía en que no le pasaba nada.

Abigaíl miraba a un lado y a otro del camino, por el que pasaban soldados a caballo, familias en burro, pastores con ovejas y miembros de la nobleza en palanquines con cortinas que iban a visitar a amigos. De pronto vio a un grupo de harapientos, fácilmente identificables por la ropa a rayas roja y marrón propia de su tribu.

Abigaíl no sabía a qué respondía su antipatía por los habiru, pero siempre se había sentido extrañamente incómoda entre los nómadas del desierto que vivían en tiendas, sin patria y con una religión tan irrisoria que tenía un solo dios. ¡Y ni siquiera tenía cara! Imagínate, un dios único e invisible, el pobre. Decían que los habiru rezaban a una zarza ardiendo, y su único símbolo era un árbol con siete ramas. Sus únicas raíces eran un lejano antepasado de la antigua Ur. No se relacionaban con otras tribus y tenían costumbres secretas. Abigaíl sabía de dónde venían sus prejuicios contra los egipcios.

Pero los habiru...

Era casi como si hubiera nacido con aquella antipatía hacia los salvajes nómadas, porque parecía más un instinto que una idea consciente. Y por más que intentara no sentir repulsión al verlos, no podía evitarlo. Muy pocas veces entraban en la ciudad, pero cuando lo hacían, los ciudadanos los rehuían y cerraban los postigos.

Lo raro era que los cananeos hablaban la misma lengua que los habiru, aunque nadie sabía por qué. Un mito contaba que un hombre llamado Sem sobrevivió al diluvio universal que enviaron los dioses para castigar a la humanidad. Sem se subió a un arca con sus hermanos, y cuando las aguas retrocedieron, llegaron a la Tierra de los dos Ríos y engendraron una nueva raza. Los llamaban semitas, de los que descendían los cananeos. Abigaíl no sabía cómo ni por qué los habiru adoptaron la lengua semítica, pero eso les permitía vivir algunas temporadas entre las ciudades de Canaán.

Allí estaba el palanquín de Elías, que llevaban a hombros seis fuertes esclavos, seguidos por los guardaespaldas y el ayudante del nuevo escriba.

Cuando Elías y el joven escriba bajaron del palanquín, Abigaíl corrió a saludarlos, impaciente por saber qué había sucedido con Thalos el minoico. Elías le contó las nefastas noticias sobre Jotam.

—Esta carta será nuestra salvación —dijo mostrándole la tablilla grabada con escritura cuneiforme que acababa de llegar—. Un marido de la casa de mi prima de Sidón impedirá que Jotam lleve a cabo sus planes, porque mi prima es rica y tiene aquí, en Ugarit, muchos amigos leales.

Entraron rápidamente en la casa y se dirigieron a la misma sala en la que Lea había derramado la sopa de almejas sobre las rodillas de Jotam. Abigaíl pidió que les sirvieran vino y pasteles de miel, y mandó llamar a su nuera y a sus tres nietas. Todos debían estar presentes para escuchar lo que decía la carta de su prima.

Cuando Lea entró y se sentó en un gran cojín, vestida con ropa limpia y con un velo sobre el pelo, perfectamente peinado, vio que el nuevo escriba la miraba fijamente y oyó a su amigo murmurar:

—Mira a quién llamé esclava. Es hija del dueño de la casa.

Sus ojos se cruzaron con los de Daveed y sintió gran curiosidad por él.

También Daveed sintió curiosidad por la chica. En el camino de vuelta desde la casa de Jotam, Elías le había puesto al corriente de los problemas familiares.

—Ahora eres nuestro escriba, así que tienes que estar al tanto de nuestros secretos. Confío en que los escribas de Lagash hacen juramento de confidencialidad, como los de Ugarit, y que no comentarás con nadie los asuntos de mi familia.

Daveed observó a Lea, sentada al otro extremo de la sala, y pensó: Así que esta es la causa de tan venenosa enemistad, que perfectamente podría suponer la ruina del vinicultor Elías.

Daveed recordó de pronto que Jotam había asegurado que la chica sería suya y sintió lástima por ella.

Abigaíl se acomodó en el asiento de honor y todos centraron su atención en ella. Como todos los presentes eran miembros de la familia o criados, no era necesario retirarse detrás del biombo. En cuanto llegaron Ana, Ester y Tamar —la única que no estaba presente era Raquel, que al volver de la Casa de Oro se había tumbado a descansar—, y los esclavos empezaron a servir el vino, Abigaíl le entregó la carta a Daveed.

Mientras volvían de la casa de Jotam, Elías había informado a Daveed sobre los miembros de la familia. Sabía que aquella mujer bajita y rolliza era Abigaíl, la abuela. La madre —Ana, la esposa de Elías—, aunque también rolliza, era alta, rasgo que habían heredado sus tres hijas, especialmente la mayor, Lea.

Daveed observó a la esposa de su nuevo jefe. Los ojos de Ana reflejaban dolor, una tristeza permanente, como si los llevara pintados con cosmético. Era una mujer atractiva y con porte orgulloso. Imaginaba que era una esposa tranquila y obediente, pero que también aconsejaba a su marido con sensatez.

Daveed supuso que la mujer de Elías no era una arpía que dominaba a su familia.

Daveed pensó que la que dirigía aquellos dominios era Abigaíl.

El silencio invadió la sala mientras Daveed recorría los signos grabados en la dura arcilla, identificaba la lengua y el sistema de escritura, y se familiarizaba con los símbolos y la cadencia de la «voz» de quien había escrito la carta. Mientras esperaban, Nobu se ocupó, como siempre hacía, de observar a los anfitriones de su amo.

El vinicultor parecía amable, aunque algo ingenuo al negociar con el enfurecido constructor de barcos. Las tres chicas jóvenes debían de ser sus hijas. La mayor era la que Nobu había creído que era una esclava, y la pequeña tenía el labio superior deformado, lo que dejaba grotescamente expuestos sus dientes. Pero la que más le llamó la atención fue la mediana. Había oído a Abigaíl llamarla Tamar. Era una belleza extraordinaria, pero no era eso lo que observaba ahora Nobu, sino que la chica miraba a Daveed con ojos casi intrigantes.

Esta familia tiene problemas para dar y vender. Si creen que el gordo constructor de barcos va a causarles quebraderos de cabeza, deberían prestar atención a las chicas de la casa.

—¿Qué le pasa a tu esclavo? —preguntó Elías.

Daveed alzó la mirada.

—Escucha a los dioses. Oye voces.

—Dile que no les conteste, por favor.

Daveed lanzó a su esclavo una mirada de reproche. Nobu entendió la reprimenda y se mordió el labio para evitar hablar. Entonces Daveed cerró los ojos para rezar un instante a Shubat, su dios personal, cosa que siempre hacía antes de ocuparse de palabras escritas. Como todo el mundo, sabía que las palabras tenían un inmenso poder. Una palabra precipitada o mal dicha podía arrastrar la calamidad hacia la persona que la había dicho. Las palabras escritas eran todavía más potentes, porque permanecían, cosa que no sucedía con las dichas, y por eso trataba los escritos con respeto y prudencia. Que Shubat guíe mis ojos y mi lengua, rezó para sus adentros.

Después carraspeó y su potente voz invadió la sala.

—«Querida prima, que la paz y las bendiciones de Dagan sean contigo. Todos mis hijos están casados. No puedo mandarte a ninguno. Lo lamento mucho. La familia está bien.»

Dejó de leer y se hizo el silencio. Nadie se movió.

- *Halla!* —exclamó Abigaíl haciendo un signo protector en el aire.

Elías miró a su madre.

—¿Qué hacemos ahora?

La mandíbula de Abigaíl se tensó.

—Tengo otra prima en Damasco. Si no puede enviarnos a un hijo suyo, encontrará a alguien, pero esta vez voy a pedir dos, porque Tamar debe casarse también. —Y dijo a Daveed—: Voy a dictarte una carta.

—Si no le importa, señora, me gustaría bañarme y rezar antes de que me la dicte. Mi esclavo y yo acabamos de llegar de un largo viaje, y es indigno de mi profesión que maneje el estilete y la arcilla sin haberme quitado de encima el polvo del viaje.

—No hay tiempo. Tenemos que hacerlo ahora para que pueda llevar la carta al caravasar antes de que anochezca.

Daveed ocultó su disgusto e hizo un gesto a Nobu, que se acercó con su maletín de herramientas y materiales. Todos observaron al escriba sacando una estatuilla del tamaño de su mano, tallada de una sola pieza de diorita verde oscuro. El dios estaba sentado con las manos cruzadas sobre el pecho. Llevaba una larga túnica grabada con símbolos en forma de cuña que lo identificaban como a Shubat, el dios de la sabiduría, el conocimiento y la escritura. Llevaba un turbante en la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos y exageradamente grandes, lo que denotaba su carácter divino. Daveed siempre escribía sus dictados ante la atenta mirada de Shubat.

—¿En arcilla o en papiro, em Elías? —preguntó—. ¿Y en qué lengua la quiere?

—En arcilla —le contestó Abigaíl—. Y en cananeo.

Daveed pidió agua. Cuando se la llevaron, rezó en voz baja a Shubat y sacó un paquete sellado del maletín. Lo abrió y cogió un trozo de arcilla húmeda. Le echó agua y la modeló hasta que adquirió la forma adecuada en la palma de su mano izquierda y estuvo lo bastante húmeda para escribir en ella.

Seleccionó una caña con la punta afilada de su colección de instrumentos de escritura, la sujetó con la mano derecha, rogó a Shubat que guiara su mano y lanzó una mirada expectante a Abigaíl.

La mujer empezó a dictar y la mano de Daveed se movió rápidamente. Presionaba el estilete sobre la arcilla húmeda y trazaba líneas verticales, horizontales e inclinadas que formaban triángulos. De vez en cuando giraba la caña y presionaba solo un extremo del triángulo. Movía la mano con tanta velocidad que, cuando Abigaíl se detuvo, la mano de Daveed se detuvo solo

un segundo después. A Elías le impresionó la habilidad de su nuevo escriba, aunque no todos en la sala estaban tan contentos. Mientras Abigaíl decía: «Por favor, mándanos a dos de tus hijos. No pedimos dinero por las chicas. Pagaremos lo que nos pidas», Lea se consumía de humillación y Tamar se enfurecía en silencio.

Su abuela estaba comprando maridos.

—Lo siento, amo —dijo Nobu—, pero sin fuego para calentar la varilla para rizarte el pelo, no puedo hacer más.

Daveed observó su imagen en el espejo de cobre. Nobu había tenido que recurrir a rizarle el pelo con los dedos y vigorizarlo con aceite. Giró la cabeza a uno y otro lado para asegurarse de que las horquillas de oro que le sujetaban los rizos a la nuca estaban rectas y observó su ondulado pelo negro, peinado hacia atrás. No le iría mal darle un poco de vida. También tenía que arreglarse la barba, pero no le habían llevado agua para que se lavara.

—¿Y dónde está tu bañera? —masculló Nobu metiendo los utensilios de aseo en su maletín de barbero—. La limpieza es una cuestión de amor propio, cosa de la que está claro que carecen los cananeos. La cortesía también, y la etiqueta, virtudes de las que los hombres de Lagash nos enorgullecemos. Toda la familia parece haber olvidado que en su casa hay recién llegados.

Daveed se levantó del taburete y se dirigió hacia una hornacina en la que había una lámpara de aceite.

—Tráeme al dios —le dijo a su esclavo—. Tengo que rezar.

Después de que Daveed hubiera terminado de escribir la carta en la arcilla, cocieron la tablilla en el horno de la cocina para que se endureciera, la dejaron enfriar y después la señora de la casa, Abigaíl, se la había llevado asegurando que encontraría una caravana rápida que transportara la carta a Damasco. Elías, distraído, había explicado a Daveed cuáles eran sus obligaciones y le había dicho que el mayordomo les mostraría sus aposentos, donde vivirían los siguientes doce meses. Pero Daveed pensó en el ataque económico del constructor de barcos y se preguntó si Nobu y él tendrían jefe dentro de un año, por no hablar de un lugar en el que vivir.

Daveed contempló sus aposentos. No eran más que un pequeño cuarto que podía recorrer a lo ancho y a lo largo en seis zancadas. La cama era estrecha, y el baúl de madera, sencillo y sin pintar. En las paredes solo había cuatro barras de madera para colgar la ropa. No le importaba. Todos los que acababan de sacarse el título de escriba tenían que hacer un año de

aprendizaje antes de instalarse por su cuenta, así como los médicos y los abogados recién salidos de la escuela tenían que aceptar ser ayudantes de otros antes de colgarse tablillas que informaban a los ciudadanos de que estaban en activo.

—Tengo hambre —refunfuñó Nobu sacando la estatuilla de Shubat de su caja especial y llevándosela a Daveed—. ¿Los cananeos no saben lo que es la hospitalidad?

—Sé un poco comprensivo —dijo Daveed cogiendo al dios—. Hemos llegado en mal momento. Y al fin y al cabo, somos sirvientes, no invitados.

—Pero ¿qué va a pasar contigo, amo? El hombre que iba a recomendarte a la Hermandad ya no está aquí, y tu nuevo jefe parece que acumula enemigos a marchas forzadas.

—Tengo que pensar en otro plan —dijo Daveed colocando con gran respeto la estatuilla de Shubat en la hornacina—. Debo encontrar a alguien que me recomiende a la Hermandad antes de que concluya mi año de aprendizaje.

Pero ¿cómo? Daveed era un extraño en Ugarit, y para entrar en la fraternidad de los escribas había que tener contactos. Iba a resultarle difícil hacer amigos en aquellas circunstancias.

Ojalá no hubiera tenido aquella terrible discusión con su padre. El rey de Lagash tenía amigos y contactos en Ugarit, pero, tras su pelea, Daveed sabía que no se atrevería a recurrir a ninguno de ellos. Y sabía que la situación no cambiaría hasta que le pidiera perdón, cosa que nunca iba a suceder. Habían discutido por su condición de escriba guerrero.

Desde su más tierna infancia, además de estudiar los libros, Daveed aprendía una antigua lucha cuerpo a cuerpo llamada zh'kwaneth, que hundía sus raíces en la noche de los tiempos, cuando los militares se llevaban a los escribas a la batalla para que quedara constancia de sus conquistas por los siglos de los siglos. Como el escriba era uno de los miembros más valiosos del ejército, y perderlo suponía que la historia perdiera las proezas de un rey, los escribas estaban preparados para defenderse, sobre todo porque estaban también al corriente de las estrategias y los planes secretos del ejército, así que cuando los capturaban, los torturaban para sacarles la información. Nadie sabía cómo se había originado el zh'kwan-eth, pero era una forma de lucha rigurosa y exigente, muy admirada por todos. Daveed se había hecho un nombre por su puntería y su audacia lanzando dagas. Era tan rápido y preciso que ciudadanos que vivían a muchos kilómetros de distancia se desplazaban a su ciudad para verlo en los juegos.

Pero Daveed no quiso formar parte del ejército de su padre. No le gustaban las batallas y no quería ni luchar ni tomar nota de las hazañas bélicas. Su vocación era más elevada, y por esta razón discutió con su padre antes de marcharse de Lagash. Daveed no solo había decepcionado a su padre, sino que el rey aseguraba que su hijo lo había deshonrado a él y a su familia.

—¿Es cierto lo que dijo el constructor de barcos? —le preguntó Nobu—. ¿Le habían prometido a la hija de tu nuevo jefe y se echaron atrás?

Daveed no le contestó. Los problemas de la familia no eran asunto de Nobu. Pero en el palanquín, volviendo de casa de Jotam, Elías le había explicado que Jotam se había enfadado porque no habían llegado a un acuerdo de boda con él. Sin embargo, Elías aseguró a Daveed que no se había roto ningún contrato, que no habían incumplido ninguna promesa. Las reclamaciones de Jotam no tenían ninguna base legal.

Aun así, el constructor de barcos estaba muy enfadado y no dejaba de amenazar con vengarse. Algo más debía de haber sucedido. Si sus reclamaciones no tenían base legal, quizá se tratara de un asunto personal.

—Amo, ¿has oído la carta que te ha dictado la mujer? —preguntó Nobu—. ¡Está mendigando maridos! En esta casa solo hay mujeres. ¿Creen que no tenemos orgullo? Esto nunca habría pasado en Lagash, porque los padres tienen autoridad sobre sus hijos, y las hijas obedecen. Las voces me dicen que deberíamos marcharnos de aquí lo antes posible.

Siguió desempaquetando el equipaje y preparó la túnica y la capa de su amo para la noche. Él ocuparía la pequeña habitación de al lado, donde dormiría con un ojo abierto, como siempre, por si su amo lo necesitaba. Nobu se movía despacio y metódicamente, con la cabeza inclinada hacia delante y sin dejar de mover los gruesos párpados de sus ojos de tortuga. De vez en cuando hablaba entre dientes. Las voces de los dioses le llegaban con la misma fuerza en Ugarit que en Lagash.

—Aunque no sé cómo vas a encontrar otro trabajo que te ofrezca un lugar para vivir.

Daveed compartía aquel temor.

—Algo se me ocurrirá —le dijo preguntándose por dónde empezar.

Nobu se llevó la mano a la barriga.

—¿Cuándo nos llamarán para comer? Tampoco estaría mal que nos trajeran un poco de vino. Buscaré a alguien —gruñó dejando las sandalias de repuesto de Daveed junto a la cama.

—No, iré yo.

La lámpara de la hornacina no tenía aceite, y no podía rezar a Shubat sin una llama purificadora. Se echó la capa sobre el hombro izquierdo, dejando el hombro y el brazo derechos al aire, y salió de la habitación, en la que Nobu respondía entre dientes a sus voces, que le hablaban en susurros.

La casa era un enorme laberinto de pasillos, puertas, columnas, jardines inesperados y caminos que no llevaban a ninguna parte, como si a lo largo de generaciones los diversos propietarios hubieran ido ampliándola de cualquier manera. Daveed pensó que era una casa muy grande para una familia tan pequeña. En Lagash habían oído hablar de la enfermedad que había arrasado la ciudad portuaria de Ugarit. Su padre, el rey, había hecho sacrificios diarios a sus dioses rogándoles que impidiera que los malos espíritus de aquella plaga descendieran el Éufrates. Sus súplicas surtieron efecto. Las ciudades al este de Ugarit se salvaron, pero les habían llegado noticias de que todas las familias de Ugarit habían sufrido pérdidas. Daveed entendía la desesperación de la abuela por repoblar la casa.

Cuando Daveed estaba a punto de pedir ayuda, oyó voces, una grave y masculina, y la otra aguda y femenina.

Siguiendo las voces, giró una esquina y fue a parar a un pórtico lleno de columnas con los capiteles pintados como flores en el que descubrió que las voces procedían de una puerta abierta. Reconoció la voz de su nuevo jefe, Elías, y se dirigió hacia la puerta con la intención de pedirle que le enviara a un criado a sus aposentos.

Se detuvo. Elías estaba sentado en una silla, y a sus pies estaba arrodillada la chica, Lea, con la cara alzada como una flor. Daveed contuvo la respiración. No lo habían visto llegar y no se atrevía a moverse.

—Hija —decía Elías con tristeza—, en los treinta y nueve años que llevo en el mundo he aprendido una cosa: que el amor es más valioso que el oro. Sin amor no somos nada, somos como animales en el campo. Y no hablo solo del amor de un padre por su hija, que en mi corazón está fuera de toda medida, porque eres muy importante para mí, Lea, sino también del amor entre un hombre y una mujer. El amor que siento por tu madre va más allá de las estrellas y durará eternamente. Y rezo para que algún día, Lea, encuentres un amor como el mío. Conocerás a un hombre y tu corazón sabrá que vuestras almas son una. Cuando llegue ese día, entenderás por qué no puedo romper la promesa que le hice a tu madre. Por mucho daño que nos haga Jotam, no es nada comparado con el tremendo error que cometería si no cumplo la palabra que di a la mujer a la que amo.

Daveed no podía dejar de observarlos. Elías era un hombre de porte orgulloso. Estaba sentado en su silla con reposabrazos como un hombre de estado o un príncipe, mientras que la chica arrodillada en el suelo parecía muy pequeña y vulnerable, con su esbelto cuerpo pegado a las fuertes piernas de su padre, inclinado sobre sus rodillas. Daveed vio que las lágrimas le humedecían la cara.

—Pero, papá, estoy dispuesta a ir a la casa de Jotam. No tienes que romper tu palabra.

—Querida niña —le dijo Elías acariciándole una mejilla con ternura—, le prometí a tu madre que te quedarías aquí. Si dejas que te marches, romperé esa promesa. Además, tu abuela cree que la epilepsia corre por la venas de Jotam. No temas, Lea. Ten fe en los dioses. Todo irá bien. Jotam no podrá seguir así toda la vida. No tiene todo el dinero del mundo. Y todavía me quedan amigos. No me discutas —le dijo poniéndole un dedo en los labios—. Soy tu padre, Lea. Mi deber es protegerte y cuidarte. Esto no es más que una tormenta pasajera. Ya lo verás.

Cuando Lea se derrumbó y lloró en el regazo de su padre, Daveed retrocedió sin hacer ruido. Ahora sabía lo que de verdad había ocurrido en aquella casa. Elías había hecho una promesa a su mujer, por amor. También se daba cuenta de que su nuevo jefe, un hombre orgulloso, estaba dividido entre el honor de la familia y su amor a su mujer.

Recorrió el pórtico pensando en sus hermanas, las cuatro princesas de Lagash, mujeres mimadas y malacostumbradas con matrimonios concertados. Aunque se habían marchado de buen grado a casas ricas y privilegiadas, porque la familia real solo podía casarse con familias nobles de excelente linaje, dudaba que hubieran encontrado el amor del que hablaba Elías y dudaba que estuvieran dispuestas a sacrificarse personalmente por el bien de su familia.

Al girar por otro pasillo, Daveed se preguntó por qué de repente pensaba en hermanas y en esposas, cuando aquellos temas jamás se le habían pasado por la cabeza. Pensó en Abigaíl pidiendo maridos desesperadamente. ¿Qué pasaría si su prima de Damasco no podía mandárselos? ¿Qué haría entonces Elías? Con Jotam acechando ante su puerta como un lobo, y tres chicas en edad casadera que no encontraban a un hombre, ¿qué medidas desesperadas tomaría el cananeo? ¿Qué harían su mujer, su madre y sus hijas?

Se le pasó por la mente una palabra que no solía emplear: «sacrificio». Elías sacrificando su riqueza y su reputación para complacer a su mujer. Y la

chica ofreciéndose a casarse con el odioso Jotam para salvar a su padre.

Daveed solo había conocido a su padre como «mi señor», un hombre sentado en un gran trono que esperaba que su hijo se inclinara en su presencia. Su madre había sido distante, se preocupaba solo de divertirse y de sus muchos amigos, y se pasaba horas en el tocador. Daveed solo había vivido en el palacio de Lagash y en la Casa de la Vida. Era la primera vez que estaba en una casa de verdad, con una familia normal.

Y de repente pensó: ¿Podría hacer algo para ayudarlos?

Cruzó un patio con una fuente susurrante y recorrió un frío pasadizo que lo llevó ante un muro de piedra con una vieja puerta de madera. Se preguntó qué habría al otro lado y la empujó. Descubrió un espacio rodeado de un alto muro que alguna vez debía de haber sido un jardín. Calculó que tendría diez grandes zancadas de ancho por veinte de largo. Llegó a la conclusión de que hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí, porque los caminos de piedra estaban cubiertos de hojas secas, los bancos de mármol estaban rotos, el árbol del centro estaba mustio, y al fondo...

Su mirada se detuvo. No, no todo estaba muerto. Había un trozo plantado, un pequeño cuadrado con tierra recién removida por la que asomaban pequeños brotes. La tierra estaba húmeda, como si acabaran de regar.

- *Halla!*

Al girarse la vio, con los ojos rojos e hinchados, y la cara todavía húmeda.

—Mi criado tiene hambre —le dijo—. He salido a buscar a alguien y he venido a parar aquí.

—¡Lo siento! Pensé que mi madre o mi abuela habrían... —le dijo secándose los ojos con el dorso de la mano—. ¿Qué vas a pensar de nosotros?

Daveed observó sus párpados, hinchados por el llanto. Una chica dispuesta a sacrificarse por su familia. Pensó que era muy guapa y que hablaba con dulzura. En otras circunstancias, tendría una cola interminable de pretendientes para elegir, incluso estaría ya casada. Sintió que era un crimen que el rencor de Jotam supusiera una maldición tan injusta para la chica.

—No soy nadie para juzgaros —le contestó en tono amable—, pero si quieres saberlo, veo a una familia que sufre una desgracia injusta y ruego a los dioses que os libren de esta adversidad.

Aunque hasta entonces Lea había pensado que el jardín era grande y espacioso, de repente le pareció pequeño. Aquel extraño de anchos hombros lo llenaba con su tamaño y su fuerza. Lea se preguntó si algún hombre habría

pisado alguna vez aquel recinto privado. Lo dudaba. Y por primera vez le sorprendieron las enormes diferencias entre los hombres y las mujeres. Ante él se sentía más pequeña, más vulnerable, y lo raro era que aquel sentimiento le gustaba. Intentó no mirar el brazo desnudo del escriba a la luz del atardecer, demasiado musculoso para un hombre que se pasaba el día escribiendo cartas. Era el brazo de un trabajador del muelle o de un albañil. Si la sujetara con una sola mano, no podría deshacerse de él.

Todavía más intrigante era la daga que llevaba sujeta al brazo descubierto. ¿Era guerrero además de escriba?

Le impresionó su largo pelo de brillantes rizos negros que le caían sobre los hombros, con cada tirabuzón sujeto al cuero cabelludo con una horquilla de oro. Un peinado elegante y complicado que imaginaba que exigía mucho tiempo. Su barba era escasa, no le había salido del todo, y la llevaba muy corta. Vestía como un extranjero. Su túnica con flecos dejaba al descubierto un hombro y un brazo, y llevaba un cinturón ancho, que ceñía una estrecha cintura sobre fuertes muslos. Como los cananeos llevaban ropa ancha, su cuerpo solo podía adivinarse. Los jóvenes de Lagash debían de estar orgullosos de su físico.

—Todo es culpa mía —dijo Lea, que sentía deseos de contar sus penas a aquel atractivo extranjero. Pero de pronto, avergonzada de su egoísmo, le dijo —: Perdóname. Tu criado tiene hambre. Estamos siendo poco considerados.

Daveed sonrió.

—Nobu puede aguantar una hora hambriento.

Se ajustó la capa y su mano lanzó un destello de color rojo. Al ver que los ojos de Lea seguían el destello, Daveed extendió la mano para que viera el anillo. Para su sorpresa, la chica le tocó ligeramente la mano al inclinarse para verlo de cerca.

El anillo de sello de cornalina llevaba grabadas dos figuras humanas frente a frente y con las manos levantadas, como si se saludaran. De la espalda les salían alas gigantes. Lea no sabía si eran hombres o mujeres, pero igualmente los reconoció, porque el panteón de Ugarit contaba con los mismos seres, que eran ángeles, mensajeros de los dioses. Pensó que debía de ser el blasón real de Lagash, el sello con el que Daveed firmaba documentos, cartas y recibos.

El breve contacto con la piel de la chica lo hizo estremecer. Solo fue un segundo, pero con la intensidad de un rayo. Una reacción inesperada y excitante. Daveed observó la coronilla de Lea mientras ella se inclinaba para

ver de cerca el anillo. Su pelo brillante despedía una dulce fragancia. Estaba muy cerca de él. Podía oír su débil respiración. El mundo se quedó en silencio. Una mariposa agitó sus alas alrededor de la cabeza de Daveed y después de la de Lea, como si tirara de un hilo invisible que los mantenía unidos. Era azul y dorada, y al volar brillaba como las piedras preciosas. Luego se marchó, Lea soltó la mano de Daveed y se apartó.

—Es un anillo muy bonito —le dijo.

Daveed pensó: Es muy guapa y tiene una voz interesante. Cuando sonrío se le forman hoyuelos. Mueve la mano con gracia para apartarse de la cara un mechón de pelo. De pronto recordó al gordo y grasiento Jotam, y se descubrió a sí mismo horrorizado solo de pensar en las manos lujuriosas de aquel hombre sobre la chica. Recordó la ternura entre padre e hija que había presenciado, aquel amor desnudo. Su propia madre llamaba a su padre «mi señor». Era rígida, formal y fría, aunque le había dado doce hijos. Daveed imaginaba sus escenas de cama tan rígidas, formales y diligentes como si estuvieran en la sala del trono recibiendo a embajadores.

Interrumpió su pensamiento. Miró la tierra yerma de aquel jardín olvidado y le maravilló el trozo plantado. «Todo es culpa mía», le había dicho la chica. Quería que le contara más cosas, pero era demasiado respetuoso para fisgonear.

—Estás plantando un jardín —le dijo por fin.

En su recorrido por la casa había pasado por varios huertos y jardines, de modo que sabía que los grandes estaban al otro lado de aquel alto muro, junto a las cocinas y los corrales. ¿Para qué cultivaba aquel trozo de tierra descuidado?

—Es para mi anciana tía. Está fallándole la cabeza, y he pensado que quizá cultivar plantas y hacer un jardín como el que tenía cuando era joven la ayude a no desorientarse tanto.

Daveed nunca había cultivado nada. Ni siquiera estaba seguro de cómo se hacía, porque se había pasado la vida en salas silenciosas con libros y profesores. Su cabeza estaba llena de símbolos, líneas y dibujos con significado, pero le desconcertaba una sencilla hoja en ciernes. Pensó que saber dar vida a la tierra era un don.

—Si no perdemos la casa —añadió Lea en voz baja—. Hoy has conocido a Jotam. Sabes los problemas que tenemos con él. Todo es culpa mía. Lo que trajo la calamidad a mi familia fue mi desobediencia hace un año, cuando Jotam y su hermana vinieron a visitarnos. Por eso es responsabilidad mía

arreglar esta situación. Solo yo puedo solucionarlo. Pero ¿cómo? Mi padre no permitirá que me vaya con Jotam. Debo esperar a que mi abuela me encuentre marido. ¿Cómo puedo quedarme de brazos cruzados y permitir que todos se arruinen por mi insensatez?

—Todo irá bien —le dijo Daveed preguntándose en qué había desobedecido. No le parecía una persona testaruda y desafiante—. Tengo experiencia en estos temas. Dos tíos míos son abogados, y otro es banquero. Me he pasado la vida entre asuntos legales y económicos. Tu padre es un hombre de negocios inteligente y encontrará la manera de solucionar sus problemas. Buscará a los acreedores a los que cree que Jotam podría dominar fácilmente y les pagará lo que les debe. De momento puede olvidarse de los que cree que le serán leales y no aceptarán que Jotam les compre sus letras de cambio.

Para su sorpresa, Lea negó con la cabeza.

—No será suficiente. Tengo que hacer algo, pero no sé el qué.

Daveed se quedó un instante pensativo.

—¿Puedo preguntarte en qué consistió tu desobediencia?

Lea alzó la mirada y vio dos ojos oscuros llenos de bondad. Puedo confiar en este extranjero. Y le contó la increíble historia de la fatídica, trágica y triste noche de la ofensa. Cuando hubo acabado, Daveed entendía por fin el drama de aquella familia. Quería estar con su madre, pensó. Hizo lo correcto. Jotam debería entenderlo y perdonarlo. Y también su hermana, si la historia de su hijo enfermo era cierta.

De pronto Daveed se enfureció con el arrogante constructor de barcos y sintió el extraño deseo de proteger a aquella chica.

—Quizá no sea con Jotam con quien tengas que solucionarlo. ¿Has pensado en su hermana?

Lea frunció el ceño.

—¿Zira?

—Por lo que acabas de contarme, parece que Zira tiene una gran influencia sobre su hermano. ¿No fueron sus duras palabras las que dieron mala suerte a tu madre? Jotam no le pidió que se callara, aunque debería haberlo hecho. Quizá Zira sea la clave.

Lea pensó en la enfermedad del hijo de Zira, en su tía Raquel diciendo que su marido sabía curar la epilepsia...

—¿Vas a quedarte? —le preguntó.

De repente se había animado. Todo el mundo sabía a lo que aspiraba Zira

para su hijo. ¿Qué estaría dispuesta a dar a cambio de que lo curaran? Empezaré mañana. Le preguntaré la fórmula a la tía Raquel...

—Aunque nuestras circunstancias no sean las que esperabas —siguió diciendo Lea—, sobre todo teniendo en cuenta que has tenido que dejar tu casa y viajar desde tan lejos, ¿vas a quedarte con nosotros?

La pregunta pilló a Daveed por sorpresa.

—He viajado desde tan lejos no por tu padre, ni por mí mismo, sino para honrar a mi dios. Y mantendré la promesa que le he hecho a tu padre. —De pronto sintió la necesidad de reducir el espacio que los separaba y dio un paso hacia ella—. Tienes que saber una cosa sobre mí, Lea bat Elías. Adoro el mundo de la escritura y vivo para servir a la profesión de escriba.

Habló con tanta pasión que Lea se quedó atrapada en la intensa emoción de su tono, en la tensión de su cuerpo y en la luz que brillaba en sus ojos.

—El milagro de un hombre que escribe algo en una tablilla para que otro hombre, a cientos de kilómetros de distancia, o quizá dentro de cientos de años, pueda leer esas palabras y entenderlas. Dos extraños unidos por un conducto invisible, hablándose a través de la magia de la escritura, que los dioses regalaron a los hombres. Por ese milagro deseo servir a mi amada profesión siendo miembro de la Hermandad de Escribas, haciendo que se sientan orgullosos de serlo y siendo un honroso ejemplo de su noble fraternidad. Es la mejor y más elevada manera que conozco de mostrar a Shubat mi devoción por él. Con cada símbolo que imprimo en arcilla, honro a mi dios y a aquello que es noble en el hombre. Además te digo otra cosa, Lea bat Elías. Cuando terminé mis estudios en la Casa de la Vida, juré a mi dios que acataría las normas y la ética de mi profesión, que nunca utilizaría mi arte para hacer daño a nadie y que sería una persona lo más íntegra y respetable posible. La obediencia a Shubat y el honor están por encima de todo lo demás. Sin embargo, para mantener mi juramento y cumplir con mi deber como aprendiz en esta casa, tengo que encontrar la manera de asegurarme de que la casa de Elías seguirá en pie hasta el año que viene. Haré todo lo posible por ayudarlos...

Se detuvo de golpe.

El corazón de Lea latía a toda velocidad.

—¿Pasa algo?

—Sería más útil si vuestro anterior escriba, Samuel, estuviera todavía aquí, porque iba a recomendarme como miembro de la Hermandad. Ahora me temo que tendré que buscar a otro que me recomiende, pero no sé cómo,

porque soy extranjero en Ugarit. Aun así, cumpliré mi promesa de servir a tu padre.

—¿No hay nadie en Ugarit que pueda ayudarte?

—Estoy solo en esta ciudad, y aunque soy un príncipe, por razones personales no puedo recurrir a los amigos de mi padre.

—En Ugarit vive gente de Lagash. Quizá conozcas a alguien.

Lea observó su ropa elegante y su pelo enojado y acicalado. Samuel les había dicho que era un hombre rico, un príncipe de Lagash, así que solo conocería a personas de clase alta.

—Conozco a una familia que vive a un kilómetro al sur de aquí. Son muy ricos. Tienen campos de almendros famosos en toda la región. El padre se llama Isaac y es de Lagash.

Daveed se quedó en silencio, intentando desplazarse en el tiempo mentalmente, pero negó con la cabeza.

—No recuerdo a ningún Isaac que cultive almendras.

—Entonces hay un comerciante de piedras preciosas que tiene una tienda cerca de la Casa de Oro. También él es de Lagash y presume de estar emparentado con la casa real. Se llama Mantus.

Daveed frunció el ceño. El nombre le sonaba. Volvió a buscar en su memoria.

—¡Por Shubat! La mujer de mi tío tiene un hermano que vive aquí, en Ugarit. Es comerciante de piedras preciosas como la cornalina y el lapislázuli. Y sí, ahora recuerdo que se llama Mantus. Lo había olvidado.

Lea sonrió.

—Puedo llevarte a su tienda.

Daveed miró fijamente a Lea durante largos segundos.

—No creo en las casualidades ni en las coincidencias —dijo por fin—. Nuestros dioses personales dirigen nuestra vida paso a paso, así que no he entrado en este jardín por casualidad. Shubat me ha traído para que me encontrara contigo. De momento tengo un plan, sé lo siguiente que tengo que hacer, cosa que no sabía antes, cuando me enteré de que Samuel se había marchado a Chipre. Mañana por la mañana iré a presentar mis respetos a Mantus, el comerciante de cornalina. Como es pariente de mi madre, me ayudará. Los familiares, por lejanos que sean, siempre deben ayudarse. Y quizá, bat Elías, mi relación con Mantus pueda ayudar de alguna manera a tu familia.

—Me llamo Lea —le dijo en voz baja.

Daveed sonrió.

—Gracias por ayudarme, Lea. Sé que mañana todo me irá bien, porque Shubat me guiará. Es mi protector y mi guía espiritual. Nunca me ha fallado. Ahora te dejo tranquila. *Shalaam*.

Pero dudó, como si lazos invisibles lo retuvieran. Pensó que prometer ayuda y prometer quedarse no bastaba. Daveed quería contar muchas otras cosas a aquella chica cuyos ojos parecían ver directamente su alma. El día primaveral se desplazó ligeramente, como si la tierra contuviera el aliento, como si la magia se hubiera introducido sigilosamente en aquel pequeño y descuidado jardín. ¿De verdad había llegado a la casa aquella mañana? ¿Solo habían pasado unas horas desde que pisara Ugarit por primera vez? Se sentía de alguna manera diferente. Daveed de Lagash había llegado a aquella ciudad con planes, aspiraciones y un proyecto concreto, pero entretanto las cosas habían cambiado, y en muy poco tiempo. Ahora aquella fascinante mujer había entrado en su vida. En Lagash había conocido a otras mujeres, chicas guapas y encantadoras que esperaban casarse con un hombre como él, pero Lea no había coqueteado como ellas, no parecía ir a la caza de un marido, aunque sin duda su abuela sí. Daveed tenía la clara impresión de que se interesaba por él como persona, no como posible marido, y era un sentimiento extraño, aunque halagador.

- *Shalaam* —volvió a murmurar moviendo la cabeza.

Y se marchó del jardín de mala gana.

Lea lo observó marcharse y sintió la electricidad en el aire, la energía que dejaba a su paso, como una parcela de césped en la que ha brillado el sol y que sigue caliente cuando el sol ya se ha ocultado detrás de una nube. Le sorprendió la pasión de Daveed por su fe. La gente hablaba de los dioses, los servían de puertas para afuera, pero nunca había visto auténtica devoción. Cayó en la cuenta de que no había pensado en pedir ayuda a los dioses, pero ahora la profunda fe de Daveed en la divinidad la alentaba a hacerlo.

Observó el viejo sicomoro del centro del jardín, ahora muerto y sin hojas, pero en cualquier caso era un árbol, y el árbol era el símbolo de Asera.

Sí, pensó.

Se giró hacia el descompuesto tronco del árbol, extendió los brazos y rezó en voz baja: «Bendita Asera, te pido que perdones mi desobediencia de hace un año. Falté al respeto a los invitados de mi padre, y al hacerlo falté al respeto también a mi padre. Lo lamento de corazón. De ahora en adelante, bendita Asera, obedeceré a mi padre, tu voluntad y las leyes de los dioses.

Nunca volveré a desobedecer a mi padre, a mis mayores y a los dioses. Solo te pido que a cambio, madre de todas las cosas, tu generoso corazón devuelva a mi familia el honor y la buena fortuna de que gozábamos hasta la noche en que mi desafío nos trajo la mala suerte».

Pero incluso mientras pronunciaba su juramento, Lea sabía que la mera promesa de ser obediente no bastaría para salvar a su familia. Los dioses debían ser testigos de su obediencia, y por eso, en aquel momento de trémula esperanza, surgió su peor miedo: que sería sometida a una dura prueba y que no tendría ni la fuerza ni el valor de superarla. Y como no sabía en qué consistiría la prueba, ni cuándo le llegaría, no la reconocería como tal y fallaría.

Y quizá aquel era el mayor de sus miedos.

Capítulo 4

El fugitivo esperó hasta que el capitán y la tripulación se alejaron del barco entre risas. Se dirigían a la taberna más cercana para disfrutar del vino y las mujeres del lugar. Le habían propuesto que fuera con ellos, pero declinó la invitación.

Había embarcado en la ciudad costera de Sidón, donde el capitán del barco, que se dirigía al norte, tuvo que entrar en el puerto porque había perdido tripulación en una tormenta. Como necesitaba manos desesperadamente, no hizo preguntas, y el fugitivo, que estaba tan desesperado como él, tampoco dio información sobre sí mismo. Hizo lo que le pedían, remó, izó las velas, y al final, en el puerto de Ugarit, descargó los últimos linos y papiros egipcios. Luego el capitán cargaría el barco de cedro de los bosques de la zona y navegaría de vuelta al sur.

El fugitivo, un hombre que estaba solo en el mundo, observó el puerto, donde amarraban o fondeaban embarcaciones de todos los tamaños y nacionalidades, algunas ocupadas y con luces encendidas, y otras vacías y a oscuras. El muelle estaba iluminado por luz procedente de puertas desde las que la música y las risas se derramaban hasta la cálida y húmeda noche. En el embarcadero se alineaban también enormes almacenes, y entre ellos, carreteras que llevaban a la ciudad.

No sabía adónde ir. Había asesinado a una familia en Sidón y había huido con su ropa a la espalda. Lo primero que tenía que hacer era encontrar un sitio en el que esconderse, porque sin duda el príncipe de Sidón alertaría a las autoridades de otras ciudades de que andaba suelto un asesino. Si lo pillaban, no perderían el tiempo haciéndole preguntas. En Canaán la justicia era rápida.

Se echó la capa por encima —una prenda que había robado en el mercado antes de huir de Sidón—, eligió una taberna y avanzó sigilosamente por el muelle en dirección a la luz.

Tenía que encontrar cuanto antes un lugar en el que esconderse y un nuevo nombre.

El fugitivo no sabía cómo se llamaba, ni cuántos años tenía, ni dónde había nacido. Lo primero que recordaba de su vida era que vivía en una jaula y que varios hombres abusaban sexualmente de él. Se reían cuando chillaba, y

por eso lo llamaban Cerdito. No sabía si su madre lo había vendido o si lo habían raptado. Cuando creció, se escapó y desde entonces había deambulado de un sitio a otro. No sabía en qué ciudad o provincia había estado enjaulado. Lo único que sabía era que se trataba de un lugar en el que teñían lana, y que cuando los hombres aparecían por su jaula para hacerlo gritar, llevaban el cuerpo manchado del tinte azul índigo de los tanques en los que trabajaban.

Fue entonces cuando aparecieron sus demonios azules, demonios invisibles que de vez en cuando invadían su cuerpo y lo atormentaban.

Nunca había sabido qué despertaba a los demonios, pero cuando se apoderaban de él la cabeza le estallaba y no podía respirar. Lo único que lograba alejarlos eran los gritos de los cerdos. En cierta ocasión los demonios no habían aparecido durante todo un año, así que se preguntó si se habían cansado de atormentarlo y se habían marchado para siempre, pero de pronto despertaron con feroz apetito y no se dieron por satisfechos hasta oír gritos de cerdos durante siete noches consecutivas. Aquello sucedió en Jerusalén. Buscó a una prostituta cada noche, se la llevó al campo y la hizo gritar. La séptima noche, tras haber enterrado al séptimo «cerdito», se le despejó la cabeza, recuperó la respiración y supo que los demonios azules se habían marchado.

En Sidón, se detuvo junto a una granja para beber en el pozo. Los demonios azules aparecieron de repente, sin previo aviso. Por eso asesinó al granjero y a su familia. Los demonios no se marcharon hasta que las niñas, las hijas menores del granjero, gritaron también. Entonces tuvo que escapar de Sidón y volver a ser un fugitivo.

Aquella noche no fueron los demonios azules los que lo empujaron a buscar una víctima en una taberna del muelle. Necesitaba un nuevo nombre y un lugar para esconderse. A lo largo de los años había tenido muchos nombres, demasiados para recordarlos. Aquella noche no sería distinto. Se detuvo en la puerta y observó a los clientes a la pálida luz de las lámparas de aceite. Tenía que elegir a sus víctimas con cuidado para que su nueva identidad funcionara. Era importante engañar a la mayor cantidad de gente posible, en especial a las autoridades, y para eso tenía que cambiar no solo de nombre, sino también de aspecto. El fugitivo se había dejado el pelo largo muchas veces, o se lo había cortado, se había afeitado o se había dejado barba, había engordado o adelgazado. Le recordaba a algo maravilloso que había visto una vez en un mercado en el que artistas callejeros entretenían a la multitud a cambio de aros de cobre. Un mago sacó un lagarto marrón que se volvió verde al ponerlo encima de una hoja. El mago había dicho que era un camaleón. Eso soy yo,

pensó observando a los clientes, algunos demasiado delgados, demasiado bajos o demasiado morenos. Soy un camaleón.

Lo único que no podía cambiar era una cicatriz por encima de la ceja izquierda, un mordisco de uno de sus «cerditos».

Al final, sus ojos agudos y calculadores dieron con un ruidoso fanfarrón al fondo de la taberna, y sus labios dibujaron una sonrisa.

—Os digo, amigos míos, que en todo el mundo no hay hombre con más suerte que yo —alardeaba el viajero de Damasco ante varios clientes aburridos—. Ahí estaba yo, de duelo por la pérdida de mi mujer y además de mi sustento, porque el negocio textil era suyo, así que al morir pasaba a sus hermanos. En fin, que estaba lamentando mi triste destino cuando a mi hermana le llegó una carta pidiéndole maridos para las hijas de una prima lejana. Una prima muy rica, además —dijo Caleb atolondradamente indicándole con un gesto a la tabernera que le sirviera más vino.

Pero no fue la chica la que le llevó la jarra y otro vaso, sino un extranjero con barba, piel curtida y oscuros ojos hundidos que llevaba una capa que parecía mejor de lo que podía permitirse.

—Me gusta tu historia, amigo —dijo a Caleb dejando la jarra en la mesa y sentándose en un banco frente a él.

En la mesa baja había queso, nueces, aceitunas y pan, que el enigmático extranjero empezó a devorar.

A Caleb de Damasco no le importó. En cuanto se instalara en su nuevo hogar, al pie de las montañas, tendría comida para dar y vender. Se sirvió vino de la jarra y bebió un largo trago.

—Sí, mi historia es increíble —le dijo al extranjero—. Tienes ante ti a un hombre que va a tener una vida regalada. Y lo único que tengo que hacer es casarme con una de las hijas, darle hijos y recoger los frutos de ser el yerno de un hombre rico.

El fugitivo lo escuchó. Cuando Caleb se acabó el vino, el fugitivo pidió más y lo pagó con sus últimos aros de cobre. Caleb siguió con su inconexo discurso.

—Ni siquiera saben que he llegado. Convencí a mi hermana de que no contestara a la carta. ¿Para qué contarles antes de tiempo que soy un viudo sin oficio ni beneficio? Mejor me presento en su casa, y así no les doy la posibilidad de que me rechacen. Me han dicho que la casa de Elías está al lado de uno de los viñedos más ricos de Canaán, en la carretera que se dirige

al sur. Mañana a primera hora estaré allí.

Mientras Caleb se bebía el vino, cogiendo el vaso con las dos manos porque empezaba a tambalearse, el fugitivo analizó su historia con todo detalle. Observó que el fanfarrón era solo unos años mayor que él. Era algo menos corpulento, pero tenía su mismo pelo tupido y hablaba la lengua local con un acento fácil de imitar. El fugitivo de Sidón sonrió.

—Cuéntame más cosas de ti, amigo. Me pareces un tipo muy interesante.

El hombre de Damasco, Caleb, el antiguo comerciante de telas, empezó a contarle anécdotas diversas. Mencionó nombres, lugares y acontecimientos. Pasaba de un tema a otro arrastrando cada vez más las palabras y trabándosele la lengua.

—Estoy borracho —le dijo por fin a su nuevo amigo mirándolo con ojos bizcos.

El fugitivo sonrió y se levantó de la mesa. Era un hombre corpulento, con hombros anchos como un buey y manos como ancas de venado, o eso le parecieron a Caleb, que había empezado a ver doble.

—Gracias, amigo —le dijo sujetando la mano que le tendía el fugitivo sin dejar de balancearse—. Por suerte, estoy en una posada del muelle, a dos pasos de aquí. Si me ayudas a llegar a mi habitación, te daré un aro de oro. A partir de mañana tendré aros de oro en abundancia.

El fugitivo se detuvo de repente en un callejón detrás de la taberna, un espacio entre dos edificios tan estrecho que la luz de las estrellas y la luna no lograba filtrarse. Caleb se chocó con él.

—Tengo que orinar —le dijo el fugitivo.

Y mientras Caleb se balanceaba en sus inestables piernas, el hombre de Sidón —que había asesinado a tanta gente que ni siquiera podía llevar la cuenta— se sacó un cuchillo del cinto. Caleb, que vio dos, parpadeó.

—Oh —dijo.

—¿Por dónde se empieza a matar un cerdo? —preguntó el fugitivo sonriendo.

En aquel momento no lo empujaban los demonios azules. También le gustaba matar por matar. El niño indefenso que años atrás había vivido encerrado en una jaula necesitaba sentir que ahora era un hombre y tenía fuerza. Obligó a Caleb a arrodillarse ante él y a suplicarle por su vida, y al poco tiempo, antes de que pudieran descubrirlos, el fugitivo le rajó el cuello de oreja a oreja, despacio, para que el fanfarrón de Damasco sintiera todo el horror de estar perdiendo la vida.

El fugitivo se apoderó de la bolsa y los aros del cadáver, le quitó su bonita capa y siguió su camino hasta la posada. Subió las escaleras pensando: Un hombre tan tonto como para jactarse de su buena suerte en una taberna extranjera y entre extraños merece morir.

En la habitación roncaba el criado de Caleb, tumbado en un camastro. Un rápido chasquido del cuello y el hombre estaba muerto.

El fugitivo pasó un buen rato inspeccionando los bienes de Caleb y admirando su ropa elegante y sus joyas. Mientras se probaba las prendas, satisfecho, pensaba en los nombres, lugares y acontecimientos que le había contado y los almacenaba en su memoria para cuando los necesitara. ¿Quién sabía lo que el vinatero Elías le preguntaría sobre sus parientes lejanos?

El damasceno le había dicho que prácticamente le habían pagado para que se desplazara a Ugarit. Todo parecía indicar que la familia estaba desesperada. Y eso quería decir que la hija era fea o estaba tarada.

Al fugitivo no le importaba. Por una vida holgada, por vivir bajo un techo y comer todo lo que quisiera —y disponer de un escondite seguro en el que nadie pudiera encontrarlo—, estaba dispuesto a casarse con un cerdo. Sonrió ante la ironía. Llevaría una vida desahogada hasta que tuviera que hacer gritar a su mujer, y entonces se marcharía.

Cuando la lámpara se quedó sin aceite, se metió en la cama y pensó: Caleb, un nombre como cualquier otro.

A unos diez kilómetros del puerto, dejando atrás la ciudad por la carretera que se dirigía hacia el sur, los habitantes de la casa de Elías también se preparaban para irse a dormir.

—La llaman fruta del amor —decía Raquel mientras Lea le cepillaba suavemente su larga melena canosa.

Era tarde. A Raquel no le gustaba que una esclava le arreglara el pelo antes de irse a dormir. Prefería la delicadeza de su sobrina, porque tenía el cuero cabelludo muy sensible.

—La llaman así porque la mandrágora calienta la sangre a los hombres y estimula el vientre a las mujeres. Pero ten cuidado cuando recojas mandrágora, cariño. Hay que arrancarla de la tierra con suavidad. Si tiras de ella con fuerza, grita, y dicen que los gritos de la mandrágora vuelven loco a quien los oye. Mi Ari y yo bebimos una poción de fruta del amor, y el resultado fue mi hijo Yacov. Está estudiando leyes, ¿sabes? Mi hijo va a ser abogado.

—Todos estamos muy orgullosos de Yacov, tía —le contestó Lea dejando el cepillo en la mesa.

Odiaba mentir, pero al darse cuenta de que la anciana se ponía muy contenta cuando aceptaba su mundo imaginario, decidió que aquellas mentiras eran perdonables.

—Pero ¿qué sabes de la cura de la epilepsia?

Lea se lo preguntaba cada día, sin resultados. Estaba cada vez más impaciente.

Habían pasado dos meses y seguían sin noticias de la prima de Damasco. Estaban en pleno verano. La uva fermentaba en las tinajas, y en la casa de Elías todos estaban tensos y preocupados. Lea se preguntaba por qué no habían contestado de Damasco. ¿Tampoco allí había maridos disponibles? ¿O acaso el malvado poder de Jotam llegaba tan lejos?

Todos sabían que un hombre sería una ayuda en la casa, grande o pequeña, dependiendo del hombre. Elías tenía que enfrentarse solo a Jotam, así que un yerno, en especial si era joven, fuerte y aportaba riqueza e influencia a la familia, daría a Elías una oportunidad.

Lea sabía que su padre no se había quedado de brazos cruzados. Como Daveed, el nuevo escriba, había anticipado, Elías no había escatimado tiempo en ir a ver a sus amigos para pedirles que no lo traicionaran y que resistieran, y había pagado todas las deudas que había podido antes de que Jotam se apoderara de ellas. Vendió posesiones a los pocos clientes que no estaban influidos por Jotam y siguió trabajando en el vino, porque después de la cosecha los vinos viejos estarían listos para la venta y Elías ganaría mucho dinero.

Ojalá aguantaran hasta entonces. Era lo que le preocupaba a Lea. Otros tres acreedores habían vendido sus letras de cambio a Jotam, que se las llevó a Elías para que se las pagara en el acto. Lea temía que su padre tuviera que declararse insolvente antes de empezar a vender el vino, y por eso se había ofrecido a cepillarle el pelo a su tía Raquel antes de que se fuera a dormir. Tenía que encontrar el remedio para la epilepsia lo antes posible.

Estaba segura de que Zira adoraba tanto a su hijo que aceptaría cualquier cosa a cambio del remedio para su enfermedad, incluso convencer a su hermano de que dejara de vengarse de Elías.

Pero aquel valioso remedio estaba atrapado bajo el pelo canoso que ahora Lea recogía en largas trenzas.

Como el médico egipcio le había dicho en la Casa de Oro, Raquel pasaba

cada vez más tiempo en el pasado y hablaba de años atrás como si fueran el presente. También detallaba remedios y recurría a la sabiduría popular, pero su pensamiento era errático e incoherente. Raquel pasaba de hablar del mejor lugar para plantar menta a cómo prevenir la caspa con un champú de corteza de sauce.

—Ponme un pañuelo más fino esta noche, cariño —dijo Raquel cuando Lea terminó de hacerle las trenzas—. El de invierno es demasiado grueso para dormir. En aquel baúl guardo mis pañuelos de verano.

Estaban en el dormitorio de Raquel, amueblado con una cama, barras de madera en las paredes para la ropa, hornacinas para los dioses y para lámparas, y varios baúles grandes de madera que guardaban las pertenencias de toda una vida. Lea abrió un baúl de cedro.

—No, cariño, no es ninguno de esos —le dijo Raquel—. Esta noche me gustaría ponerme mi pañuelo de lino. Hace mucho calor.

Lea se dirigió a un baúl de ébano con incrustaciones de marfil y al abrirlo encontró bonitas prendas cuidadosamente dobladas, joyas y copas de oro.

—Creo que está al fondo —dijo Raquel recorriéndose las trenzas con las manos para asegurarse de que no se había escapado ningún mechón.

Lea buscó debajo de vestidos, velos y capas. No encontró ningún pañuelo de lino, pero, al fondo, debajo de unas zapatillas de piel, vio unas tablillas de arcilla. Parecía que alguien las hubiera escondido allí.

—Tía —dijo con cautela sacando una tablilla del baúl—, ¿sabes qué es esto?

Raquel se giró, echó un vistazo a la tenue luz de la lámpara y movió la cabeza negativamente.

—¿No será una fórmula medicinal? —le preguntó Lea intentando contener los nervios.

—No tengo ni idea de lo que es, cariño. ¿Por qué no se las llevas al nuevo escriba de tu padre? Se llama Daveed, ¿verdad? Él te las leerá. Me gustaría saber lo que pone.

Lea estaba siempre encantada de tener una excusa para hablar con Daveed. Aunque legalmente era un criado, Daveed era de sangre real, un príncipe, y tenía mejor formación que el hombre al que servía. Los escribas aprendices, como los médicos y los abogados aprendices, gozaban de un estatus peculiar en los hogares de las clases altas de Ugarit. Aunque eran sirvientes, los trataban como a miembros de la familia, de modo que Daveed

cenaba con Elías y su mujer cada noche, participaba en los rituales religiosos diarios, y por la naturaleza de su profesión estaba al corriente de temas confidenciales y compartía todas las noticias y los asuntos de la familia. Por eso Lea se cruzaba con Daveed a diario, a menudo varias veces al día.

En algún momento de los dos últimos meses se había plantado la semilla de la mutua atracción, quizá en su primer encuentro en el pequeño jardín, cuando charlaron entre la maleza y el polvo, con el trozo de tierra recién plantado a sus pies. Quizá fue entonces cuando se sembró la semilla. Y desde entonces, día a día y semana a semana, los encuentros casuales, las sonrisas y los saludos habían ido regando aquella semilla. Se tenían cada vez más confianza, pasaron de ser extraños a ser algo así como amigos, más que conocidos pero menos que familiares, y entre ellos empezó a surgir un respetuoso cariño, como un plantón que crece hasta convertirse en un pequeño árbol. Daveed y Lea se sentaban en cojines a la mesa baja y se servían la comida comunicándose silenciosamente con los ojos. Bromeaban mientras su padre y su abuela comentaban cotilleos de la ciudad, o se miraban divertidos cuando la tía Raquel se tiraba un pedo disimuladamente. Breves momentos a lo largo de dos meses, unidos como un collar, pensó Lea, hasta que de pronto empezó a pensar en él todo el tiempo y sentía la semilla creciendo y floreciendo en su interior. Lea se preguntaba esperanzada si aquella semilla crecía también dentro de Daveed.

Sin duda Lea no imaginaba la alegría de Daveed cuando se encontraban en un pasillo de repente, de forma inesperada. Articulaba un precipitado «Oh», sonreía de oreja a oreja, titubeaba incómodo y se ruborizaba ligeramente. Su corazón latía tan deprisa como el de Lea. ¿Pensaba también Daveed en ella por la noche, tumbado en la cama antes de quedarse dormido? ¿Le pedía a Shubat que la protegiera, como ella pedía a Asera que cuidara de él?

Lea subió la escalera de piedra que llevaba a la azotea, consciente de que Daveed estaba arriba contemplando las estrellas, como solía hacer cada noche. Acarició un secreto deseo: rogó que no llegara un marido para ella de Damasco.

Sabía que pensar algo así era ser desobediente, pero su desobediencia era tan mínima que seguro que Asera la perdonaría. En realidad no era ni un deseo ni un ruego. Lea nunca pediría a los dioses que sus parientes de Damasco no enviaran a un marido. Era más bien algo así como una fantasía maravillosa que le daba vueltas en la cabeza cuando se metía en la cama, al

tenue resplandor de las lámparas de aceite, que mantenían alejados a los malos espíritus, el sueño infantil de que un atractivo príncipe de Lagash viviera bajo su techo, sirviera a su padre, se enamorara de ella y al final de su año de aprendizaje le pidiera que se casara con ella. Sabía que la mayor ambición de Daveed era formar parte de la Hermandad, pero los escribas podían ser miembros, no tenían que vivir en la Casa de Oro y podían casarse. Daveed buscaría una casa en la mejor zona de la ciudad, se colgaría su tablilla, como hacían los profesionales, y escribiría cartas para clientes ricos, redactaría contratos, sería testigo de bodas y redactaría escrituras de propiedades. Lea sería su mujer y se ocuparía de la casa, lo cuidaría y le daría muchos hijos. No, no era un pensamiento desobediente. Solo era un sueño.

Pero cuando salió a la azotea y lo vio a la luz de la luna, cuando el deseo le hizo un nudo en la garganta, le ardió la sangre y pensó que podría morir de dolor por él, no pudo evitar la súplica desobediente: Por favor, que no llegue un marido para mí de Damasco.

Porque lo que vio a la luz de la luna la abrumó tanto que se quedó sin aliento y habría jurado que el corazón le había dejado de latir.

Daveed no estaba contemplando las estrellas. Iba vestido con un simple taparrabos y hacía una extraña y rigurosa gimnasia. Lea lo observó saltando, agachándose, levantándose, corriendo y girándose. Su ágil cuerpo brillaba de sudor. Corrió por la azotea y de repente extendió los brazos, como si lanzara armas imaginarias. Se inclinó hacia un lado, se movió de arriba abajo y zigzagueó como si estuviera luchando con un enemigo invisible.

Parecía salvaje, aunque contenido. Lea pensó que jamás había visto nada tan excitante y hermoso.

Cuando Daveed la vio, se detuvo de golpe, respirando con dificultad, y la miró fijamente desde el otro extremo de la azotea iluminada por la luna.

—Perdona —susurró Lea—. Te he interrumpido.

Daveed no podía apartar los ojos de ella. El vestido y el velo de Lea eran de color rosa claro, el color del amanecer y del atardecer, sus momentos del día favoritos. Pensó en un ciprés caprichosamente podado, delgado, esbelto y de algún modo misterioso. ¿Cuándo ha sucedido?, se preguntó sintiendo el deseo agitándose en su interior. ¿Qué día, a qué hora pensó de pronto en ella como algo más que la hija de su jefe? Hasta aquel momento solo pensaba en entrar en la Hermandad, y de repente Lea ocupó todo su pensamiento.

Sabía que su atracción por ella se había ido fraguando lentamente, tan

despacio y con tanta suavidad que no se había dado cuenta de lo que estaba germinando en su corazón hasta que se convirtió en una flor y ya no pudo pensar en nada más. Pensaba tanto en ella que no podía dormir por las noches ni descansar durante el día. Su mente y su devoción estaban divididas, porque ahora Lea era tan importante para él como la Hermandad. Pero ¿qué era exactamente aquel sentimiento que se había apoderado de él? ¿Qué sentía por Lea? ¿Era atracción? ¿Curiosidad? ¿El cariño de un hermano? Aquello era lo que lo mantenía despierto por las noches, intentando entender sentimientos que le eran desconocidos y que se le escapaban, intentando analizarlos y comprenderlos para recuperar el equilibrio y la determinación.

—No me interrumpes —le contestó dándose cuenta de que estaba en taparrabos y cogiendo la capa para cubrirse el cuerpo casi desnudo—. Es un ejercicio nocturno para mantenerme en forma.

—Es bonito. Como una danza, aunque también parece lucha.

—Se llama zh'kwan-eth, una antigua arte marcial que inventaron hace muchos años los escribas para defenderse. Mi padre quería que fuera un escriba guerrero y que acompañara a sus generales a las batallas para atestiguar las victorias de Lagash sobre sus enemigos, pero a mí no me gusta la guerra. Adoro el mundo de la escritura. Mi padre y yo tuvimos una fuerte discusión y me dijo que no me reconocería como a su hijo hasta que cediera y me uniera a su ejército. Quiero a mi padre, pero...

—Lo siento —susurró Lea.

En un instante infinito los dos se dieron cuenta de que habían entrado en un círculo íntimo en el que nadie más podía entrar. Entonces Lea rompió la magia.

—He encontrado esto —le dijo maravillándose de las montañas y valles de marfil que la luz de la luna esculpía en sus manos y en su torso, porque se había colocado la capa por encima de un hombro.

Le tendió una tablilla, pero los ojos de Daveed se detuvieron en el rostro de Lea. A Lea le dio la impresión de que apartaba la mirada de mala gana para examinar la tablilla. Y por un instante vio que la preocupación o el miedo le recorrían la cara.

—¿Es de Damasco? —le preguntó.

—No —le contestó.

En el rostro de Daveed apareció una expresión de alivio. ¿Acaso también él esperaba que no llegara ningún marido?

—La he encontrado al fondo de un baúl de mi tía Raquel —prosiguió Lea

—. Dice que no recuerda lo que es.

Daveed se acercó la tablilla a la cara para analizar los símbolos y determinar en qué lengua estaba escrita.

—Es antiguo —le dijo—. Cananeo del sur.

—¿Puedes leerlo?

—Sí.

Lea no apartó los ojos de la cabeza inclinada de Daveed, de los rizos de su tupido pelo negro, que le caían sobre los hombros mientras leía:

—«Mi amor es como un cedro. Es fuerte y duradero. Cubre mis arrugas con su delicada crema».

Daveed carraspeó incómodo.

—Parece un poema de amor.

Sus ojos se encontraron. Lea no dijo nada. Entre ellos volaron palabras no dichas como palomas invisibles. Quería que siguiera leyendo.

Daveed volvió a inclinar la cabeza y leyó en un susurro:

—«Los pechos de mi amor son como dos lunas. Me deleitan. Están llenos de miel. Espero a mi amante bajo el tamarisco. Espero sus besos y sus abrazos. Me abraza toda la noche y me vacía. Su marcha es el más frío de los amaneceres. Vivo sumido en el dolor hasta que vuelve a traerme la alegría».

Daveed mantuvo la mirada en la tablilla por unos segundos y después levantó la cabeza y miró a Lea. La chica vio algo en sus ojos oscuros. Deseo, anhelo, pensó. Compartían un secreto. Estaban enamorándose. Ahora lo sabía. ¿Lo sabía también él?

¿Nos atreveremos a admitirlo ante nosotros mismos y a decírnoslo el uno al otro?

Al devolverle la tablilla, sus dedos se rozaron.

—Me gustaría haberlo escrito para ti.

A Lea se le disparó el corazón.

De los viñedos de los alrededores llegó una brisa perfumada que los rodeó y los sumió en un apasionado deseo. Habían llegado al límite. Ambos sabían que estaban a merced de fuerzas más poderosas que ellos, de una fuerza antigua y sagrada, pero no podían rendirse a ella. Las leyes de los hombres y los dioses dictaban cómo debían actuar. Lea estaba esperando a un marido de Damasco, y el destino de Daveed estaba entre las paredes de la Hermandad de Escribas.

Lea dio un paso atrás. Quería decirle que lo quería. Solo dos palabras. Vio que Daveed entreabría los labios, como si también él quisiera decirlo.

Había pensado que la tablilla era de Damasco. Había temido que lo fuera. Lea lo vio en sus ojos. Quizá, si no llegaba ningún marido, y su padre lograba salvar sus viñedos, su casa y su reputación, si todo aquello sucedía en los meses siguientes, entonces quizá, pero solo quizá, su fantasía infantil podría hacerse realidad.

—Buenas noches, Daveed —susurró—. Que Shubat guarde tu sueño.

Daveed estaba paralizado, confundido. Aquel joven que se dedicaba a escribir, cuya vida entera eran las palabras y los significados, no pudo abrir la boca mientras Lea se alejaba y desaparecía en la oscuridad. Solo cuando oyó el sonido de las sandalias de la chica descendiendo la escalera y diluirse hasta que lo único que se oía era el viento y el aullido solitario de un chacal, pudo el escriba y príncipe de Lagash murmurar:

—Que Asera guarde tu sueño, Lea bat Elías.

El fugitivo que había adoptado el nombre de Caleb se despertó y salió de la habitación de la posada antes de que amaneciera. Evitó el callejón en el que por la mañana encontrarían a un extranjero asesinado —y llamarían al magistrado y a los guardias— y se dirigió hacia el muelle, donde los hombres que no tenían trabajo esperaban encontrar algo que hacer. Vigilando que no hubiera guardias y con la capa por encima de la cabeza para que no se le viera la cara, eligió a un hombre robusto y se lo llevó con él a la posada para que cargara con los regalos que el damasceno había traído para las mujeres de la casa de Elías: rollos de bonita tela, por los que Damasco era famosa; espléndidos collares de perlas, turquesas y lapislázulis; brazaletes de cuarzo, topacio y amatista; peines de marfil y copas de oro, y jarras de aceites y ungüentos caros. Trabajaron deprisa, pero con cuidado. Aunque Caleb había cubierto el cuerpo del esclavo asesinado con una manta, con el calor del verano no tardaría en oler mal.

Los dos hombres se dirigieron al mercado sin decirse una palabra. En el camino, Caleb controlaba a los guardias que patrullaban por la zona para evitar llamar su atención. Los primeros comerciantes recogieron los frutos de haberse levantado tan temprano. Tesoros impresionantes, y el hombre que los vendía ni siquiera regateaba. Caleb aceptó apresuradamente los aros de oro y plata que le ofrecieron a cambio de la mercancía, mirando cada dos por tres por encima de su hombro y prestando especial atención a los guardias.

Pagó al hombre que había cargado las cosas, volvió a toda prisa a la posada, subió sigilosamente a su habitación para que el posadero no lo viera,

recogió las últimas pertenencias del damasceno y se marchó antes de que se hubiera montado un alboroto por el hombre asesinado en el callejón (y su criado, al que no tardarían en descubrir). Cruzó las puertas de la ciudad sin que los centinelas se fijaran en él y avanzó por la carretera que llevaba a la casa de Elías, un escondite seguro en el que le esperaban una vida fácil y una mujer solícita. Hasta que llegara el día en que tuviera que ponerse en camino otra vez.

—Te habría encantado nuestra casa de Jericó —dijo Raquel a Lea, que pasaba hábilmente la aguja de bronce por la tela.

Raquel, una mujer devota, contribuía a sufragar el templo de Asera y se ocupaba de que las sacerdotisas llevaran ropa adecuada a su sagrado oficio. Compraba cara lana de angora, que importaban de un lejano país montañoso del norte y transportaban a Ugarit por caravana y barco. Llevaba el frágil y lujoso pelo de cabra a un experto hilandero y tejedor, que fabricaba con la lana telas tan suaves que valían su peso en oro. Cuando llevaban a la casa de Elías aquellos rollos de tela, Raquel y sus sobrinas nietas pasaban tardes enteras bordando las prendas con delicados hilos teñidos en toda una gama de colores, decorando los dobladillos y los extremos de las túnicas con flores, mariposas e imaginativos dibujos. En las fiestas de Asera, Raquel y las chicas los llevaban como ofrenda a las sacerdotisas del templo.

Aquella tarde soleada Ester no estaba con ellas, porque había acompañado a su abuela Abigaíl a la terminal de las caravanas para ver si había llegado carta de la prima de Damasco. Tamar tampoco ayudaba en la costura. Nadie sabía dónde estaba. Y Ana, la madre de las chicas, que tenía buena mano con las agujas, estaba en la cama con dolor de ovarios.

Lea no respondió a su tía. Terminó una rosa y cortó el hilo con un pequeño cuchillo de cobre. Pensaba en Daveed. Era como si en su corazón no hubiera espacio para nada más, ni quería que lo hubiera. Pensar en Daveed le causaba una aturdidora alegría. Al imaginárselo, una sensación de dulzura le recorría el cuerpo. Amaba no solo al hombre, sino también la idea de él. Parecía tan fuerte cuando practicaba zh'kwan-eth... A solas, susurraba su nombre y se deleitaba sintiéndolo en su boca y escuchando su sonido. Murmuraba «Mi Daveed», y sus labios dibujaban una sonrisa. Lea se rió para sus adentros ante el sorprendente e indiscutible placer de estar enamorada.

Hacia poco Ester le había preguntado: «Lea, ¿cómo sabes si estás enamorada? Enamorada de verdad. ¿Cómo sabes que es él, que nunca habrá

otro pase lo que pase y vivas los años que vivas? ¿Cómo lo sabes, Lea?».

En aquellos momentos Lea no había sabido contestarle, pero la noche anterior, en la azotea, todo había cambiado —Daveed le había dicho que le habría gustado escribir aquel poema de amor para ella—, de modo que ahora le diría: «Sabes que estás de verdad enamorada cuando lo miras y de repente te das cuenta de lo breve que es la vida. De pronto quieres vivir para siempre». Pobre Ester, que era casi una belleza. Los hombres la miraban por la calle, en los templos y en el mercado. Cuando llevaba velo, la miraban interesados, pero Lea sabía que si su hermana se quitara el velo, sus rostros reflejarían asco y piedad. «Quiero enamorarme, Lea. Quiero saber qué es enamorarse», le había dicho Ester, y ahora que Lea sabía lo que era realmente el amor, lo excitante que resultaba, ahora que centraba todos sus pensamientos en su amado, no en ella, y vivía esperando el momento de verlo, la ocasión de tocarlo o de besarlo, deseaba aquella dicha también para Ester. Pero ¿qué hombre en el mundo se enamoraría de ella?

—Éramos felices en Jericó antes de que los egipcios asaltaran nuestra casa y nos echaran —dijo Raquel acercándose la prenda a la cara para revisar el bordado.

Aunque le encantaba el tacto de la tela de angora, habría preferido regalar lino a las sacerdotisas. Pero como el lino solo procedía de Egipto, y Abigaíl no permitía que entrara en la casa nada «de esa despreciable raza», Raquel tuvo que conformarse con angora.

—Cuando yo era niña, teníamos esclavos habiru —siguió diciendo—. Eran muy limpios. Los habiru tienen leyes sobre el baño, no como otras razas. Esas leyes proceden de su dios invisible, que no tiene nombre. Es muy raro, porque ¿cómo puedes rezarle a un dios que no tiene nombre? ¿Cómo vas a invocar su poder y sus bendiciones?

- *Halla!* ¿Qué estáis haciendo?

Lea se giró y vio a Abigaíl junto a la puerta.

—Abuela, ¿hay noticias? —le preguntó apartando rápidamente la costura.

Por favor, que no llegue ningún marido de Damasco para que pueda casarme con Daveed.

—No ha llegado carta de Damasco —le contestó Abigaíl frunciendo el ceño—. Niña, ¿de qué estabais hablando Raquel y tú?

—Creo que puedo ayudar a mi padre, abuela —le dijo Lea ocultando su alegría—. El hijo de Zira sufre epilepsia, y la tía Raquel sabe un remedio. Mi padre puede ofrecérselo a Zira si convence a Jotam de que lo deje en paz.

Abigaíl frunció los labios y miró a Raquel, que tenía su canosa cabeza inclinada sobre las labores.

—La epilepsia no se cura, Lea. Todo el mundo lo sabe. Tu padre encontrará una solución a sus problemas con Jotam. No eres tú la que tiene que preocuparse de estas cosas. No tengo nada más que decir.

—Pero, abuela...

—Reza una oración ahora mismo y haz lo que te digo, niña. Te prohíbo que molestes a tu tía con el pasado. No hay que hacerla sufrir con recuerdos dolorosos. Ni una pregunta más, ¿de acuerdo? Invoca a Asera por tu impertinencia.

Abigaíl se dirigió a toda prisa a la cocina para supervisar la cena, decepcionada por no haber recibido noticias de su prima. Y encima Lea preguntando a Raquel por sus recuerdos... Sintió que le revoloteaba en la cabeza una fastidiosa duda. ¿Por qué la había preocupado tanto el hecho de que Lea hiciera preguntas a su tía? ¿Lo que la preocupaba de verdad era que expusiera a Raquel a recuerdos dolorosos? Quizá. Pero había algo más.

Los problemas de memoria de Raquel deprimían a Abigaíl. ¿Dónde estaba aquella mujer fuerte que los sacó de una Jericó devastada por la guerra, los mantuvo unidos, hacía trueques en los pueblos que encontraban en el camino y les contaba historias por las noches, cuando acampaban bajo las estrellas, con su enorme dolor aún fresco, pero ocultándolo por el bien de los demás? Sin la tía Raquel no habríamos sobrevivido, pensó.

Pensar en el pasado, retroceder hasta la época de Jericó y la casa en la que ella misma había nacido, le provocó de pronto un confuso e inexplicable miedo. Pero ¿miedo a qué? Negó con la cabeza. Tenía muchas otras cosas de las que preocuparse. Jotam y sus letras de cambio. Zira difundiendo veneno entre las mujeres de clase alta de Ugarit. Su familia, que estaba en peligro. Lea era una chica buena y obediente. Dejaría en paz a su tía. El pasado y todo lo que conllevaba se quedarían atrás.

Lea observó a su abuela marchándose sin terminar de creérselo. Había pensado que a Abigaíl la alegraría que hubiese encontrado una posible solución a sus problemas. ¿Por qué le había prohibido que preguntase a su tía por el pasado?

Se giró hacia Raquel, que parecía no haberse enterado de la conversación que acababa de mantener con Abigaíl. Miró el pelo blanco de su tía, que brillaba a la luz de la tarde, y pensó: La solución a todos nuestros problemas

está dentro de esa frágil cabeza. Ojalá encontrara la manera de llegar a ella.

Pero ahora mi abuela me lo ha prohibido, y prometí a Asera que sería obediente.

—Lea, cariño —le dijo la tía Raquel—, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí, del remedio para la epilepsia. Se necesitan hojas de sueño de Moloch.

Lea la miró atónita. Había preguntado a Raquel muchísimas veces por el remedio para la epilepsia, y cada vez la anciana le había contestado que no lo recordaba. Y ahora, justo cuando su abuela le acababa de prohibir que volviera a hablar con ella del pasado, le venía a la memoria.

Pero aquello era lo que podría solucionar los problemas de la familia. Una oferta a Zira de valor tan incalculable que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa a cambio.

—¿Sueño de Moloch? —repitió Lea preguntándose si estaba siendo desobediente—. ¿Qué es eso?

—Una planta sagrada que utilizaban hace mucho tiempo nuestros antepasados cuando sacrificaban a sus hijos en el altar de Moloch. Para evitar que los niños sufrieran en el fuego, les daban hojas de sueño de Moloch, que les arrancaba el alma del cuerpo y les hacía flotar como ángeles mientras observaban cómo el fuego consumía su carne.

Lea nunca había oído hablar de aquella práctica.

—¿Tiene esa planta algún otro nombre?

—Así la llamábamos en Jericó. No sé cómo la llaman aquí, en Ugarit. Es una planta alta, con grandes manojos de hojas puntiagudas.

—¿Cómo vamos a encontrarla si no sabemos cómo la llaman en Ugarit?

Raquel sonrió.

—Si la veo, la reconoceré. El sueño de Moloch parece maleza sin valor. Podemos buscarlo nosotras mismas. Tenemos que ir al mercado de plantas de la ciudad, cariño.

Lea se entusiasmó.

—Tía Raquel, ¿puedes enseñarme a hacer la medicina del sueño de Moloch?

—Sé la receta, pero debemos tener cuidado. Si se pone demasiado, el alma se aleja excesivamente del cuerpo y no puede volver. El enfermo se queda sumido en un sueño que es como la muerte. —Acarició la mano de Lea—. Mañana iremos a la ciudad a comprar las semillas. Y ahora me gustaría echarme una siesta.

El jardín de Lea, que ya no era secreto, porque hacía unas semanas la curiosa Ester lo había descubierto, estaba más verde y tenía más arbustos y follaje. Había robado momentos de sus obligaciones domésticas para llevar semillas y esquejes al santuario olvidado, plantarlos y regarlos. Pero allí, en el centro, seguía el viejo sicomoro, un nudoso tronco sin una sola hoja y sin un fruto. El jardinero de su padre había dicho que era insalvable. Lea le había pedido consejo. «Córtalo y arranca el tocón», le contestó.

Era un lugar tranquilo, apartado de las zonas más transitadas de la casa, donde los esclavos corrían de un lado a otro, Elías recibía visitas importantes y su abuela, preocupada por su casa y su familia, discutía con su hijo. Allí, entre aquellos viejos muros, Lea podía estar sola y pensar en sus cosas.

¿Qué debo hacer?, se preguntaba sentada en el banco, debajo del viejo árbol. ¿Obedezco a mi abuela o la desobedezco? El remedio para la epilepsia salvaría a mi familia, pero para encontrarlo tengo que desobedecer a mi abuela, y por lo tanto incumplir mi promesa a Asera.

«Todopoderosa diosa Asera —susurró Lea levantando las manos y tapándose los ojos con veneración—, dime lo que tengo que hacer, por favor. Mi familia tiene problemas. Mi hermana Tamar está llena de amargura y de ira por mi culpa. Ha dejado de ver a Baruch, el chico al que ama, porque lo mandaron a Ebla para casarse, y me echa la culpa a mí. Mi padre corre el peligro de perder sus viñedos y su reputación por mi culpa. Y Zira está consiguiendo que mi abuela pierda amigos, también por mi culpa. Todo es culpa mía, así que resolver las cosas debería ser responsabilidad mía. Si sigo buscando el remedio de la tía Raquel para la epilepsia, podremos hacer las paces con Zira y su hermano. Pero para hacerlo tengo que desobedecer a mi abuela, y todos estos problemas empezaron por haber sido desobediente. Bendita madre de todas las cosas, ¿qué debo hacer? ¿Qué camino debo tomar? Asera, mándame una señal, por favor.»

Lea se quedó a la escucha, todavía con las manos cubriéndole la cara. Oyó el canto de los gorriones en árboles cercanos, voces de esclavos en los corrales y el ruido sordo de ruedas de carretas que se dirigían a los viñedos, pero Asera no le susurró ningún mensaje.

Se retiró las manos de la cara y buscó una señal en el jardín. Recorrió con los ojos las flores del verano, en las que zumbaban las abejas. Buscó entre los arbustos de moras que había plantado y que ya habían dado fruto, entre los plantones y los retoños que empezaban a crecer, entre los tréboles que Daveed había descubierto aquel día en el que había ido a parar al jardín por

casualidad.

Daveed...

Halla! Estaba divagando. ¿Cómo iba Asera a tomarse su oración en serio si se dedicaba a pensar en el hombre del que se había enamorado? No debería estar pensando en él.

Pero no olvides que fue Daveed el que te dio la idea de apaciguar a Jotam por medio de su hermana, argumentó su conciencia.

«Bendita Asera», murmuró Lea, que hasta hacía un año solo había pensado en ser madre y una buena esposa.

No estaba acostumbrada a dar muchas vueltas a las cosas ni a tomar decisiones. Los temas relativos a la ética y la moral, y sus consecuencias, eran cosa de hombres, no de una chica a la que se le podía pedir poco más que decidir qué velo llevar con cada vestido.

Sus hombros se derrumbaron. Asera no le mandaba una señal. No iba a poder resolver su problema...

De pronto se quedó paralizada. Se fijó en algo que no había visto antes. En el suelo que rodeaba el tronco del sicomoro muerto algo verde brillaba a la luz de la tarde.

Lea parpadeó, se inclinó hacia delante y lo miró fijamente.

Allí, en el yermo suelo, en un lugar en el que Lea no había plantado ni semillas ni esquejes, un brote verde luchaba por alzarse hacia el cielo. Era una planta con grandes hojas verdes de bordes dentados, tres y cuatro lóbulos por hoja. Lea vio que eran hojas de sicomoro y la sorprendió descubrir que la planta debía de ser un «hijo» del árbol muerto. ¿Había estado la semilla dormida tantos años, esperando que la despertaran con agua? Lea se daba cuenta ahora de que el agua que había llevado hasta el jardín para regar las plantas se había derramado del recipiente y había humedecido aquella tierra descuidada.

Sonrió pensando en el milagro de la naturaleza, en lo mucho que ella se había esforzado por devolver la vida a aquel olvidado jardín, mientras la vida se abría camino por su cuenta. Cuidaría el pequeño brote, lo regaría, eliminaría las malas hierbas y los insectos, y lo abonaría. Y llegaría un día en que podría coger los primeros higos, rojos y dulces, de sus ramas. El viejo árbol muerto seguiría viviendo en su «hijo».

Lea observó que el frágil brote estaba muy cerca del árbol padre, que lo protegía del sol, el viento y la lluvia, aunque dejaba pasar la suficiente luz y la suficiente agua para que floreciera. Es una señal de Asera, pensó.

La diosa está diciéndome que con las personas sucede lo mismo que con el viejo árbol, que sigue viviendo en el brote. La generación mayor enseña a la joven. ¿No es lo que nos ha dicho mi abuela tantas veces, año tras año? «Huimos de Jericó con solo la ropa que llevábamos puesta, pero llevábamos en el corazón y en el alma los recuerdos y los conocimientos que habían llegado hasta nosotros de generación en generación.»

Sí, pensó cada vez más entusiasmada. La diosa quiere que Raquel me transmita sus recuerdos y su sabiduría. Lo haré de manera que mi abuela no se moleste. Encontraré otras vías que me lleven a la cabeza de mi tía, pero antes la llevaré al mercado, compraremos semillas de sueño de Moloch, volveremos a casa, las plantaremos y cuando llegue la época de la cosecha, le pediré a mi tía Raquel que me enseñe a hacer la medicina que cura la epilepsia.

Un regalo para Zira. Nuestra fortuna familiar volverá a estar segura. Y entonces Daveed y yo...

—¡Lea! —exclamó Ester irrumpiendo en el jardín con su deformado rostro resplandeciente de alegría—. ¡Ven, corre! ¡Da gracias a los dioses! ¡Ha llegado el primo de Damasco! ¡Tu marido, Lea!

Daveed no había ido a Ugarit con la intención de enamorarse, pero había sucedido, y su amor era tan ineludible como el cielo azul del verano. La noche anterior, después de que Lea se marchara de la azotea, no se había ido a dormir. Se había quedado bajo las estrellas reflexionando sobre los misterios de un mundo en el que un hombre estaba tan seguro de su destino, de sus prioridades y de conocerse tan bien a sí mismo que no esperaba que la vida le diera sorpresas. Y de repente todo se había puesto patas arriba.

Volvía a la casa de Elías por la carretera del sur. Pensó que allí estaría Lea y aceleró el paso. El mero hecho de pensar en ella lo alteraba. Estaba impaciente por que llegara la hora de la cena, cuando Elías y su madre, y de vez en cuando también Ana, su mujer, intercambiaban los cotilleos que habían escuchado durante el día, o comentaban un nuevo plan para frustrar los vengativos ataques de Jotam, o quizá sencillamente hablaban de la cosecha de aquel año, de cómo los largos días de verano, sin la habitual neblina procedente del mar, harían que el vino fuera más dulce. Nobu, sentado en su taburete en una esquina, bebía demasiado vino y respondía en susurros a las voces de los dioses, y Ester y Tamar hablaban de una vecina que iba a casarse con un primo que no era de la ciudad. Y mientras la familia cenara y charlara

tranquilamente, como siempre, Daveed y Lea intercambiarían miradas y compartirían su secreto.

En la Hermandad no había normas que impidieran que un escriba se casara. Incluso el rab podía tener mujer, a menudo incluso lo animaban a que la tuviera, porque se creía que un hombre casado se preocupaba más por mantener su honor. Daveed se había dedicado tanto a prepararse para su profesión que nunca había pensado en el matrimonio, pero, ahora que la dulce Lea ocupaba todo su pensamiento, había llegado a la conclusión de que le gustaba la idea de ser un hombre casado.

Sin embargo, no iba a ser fácil conseguirlo. No podía pedirle que se casara con él siendo un escriba sin dinero y sin credenciales. Lo mínimo que podía hacer era formar parte de la Hermandad, porque eso le daría prestigio. Había pasado la mañana en la ciudad intentando encontrar a alguien que lo recomendara, pero por desgracia le habían cerrado la puerta en las narices tras preguntarle quién era su jefe y contestarles Daveed que el vinatero Elías. ¿Cómo sortear la malévola red que Jotam tejía día a día contra su enemigo?

Daveed avanzaba por la carretera bajo el cálido sol del verano. Era una carretera muy transitada en dirección al sur, que serpenteaba paralela a la costa desde Ugarit hasta ciudades como Jericó y Meguidó siguiendo un río que desembocaba en un mar muerto. Una carretera importante para los desplazamientos y el comercio, que se decía que sería la ruta que tomaría Egipto si decidiera invadir la ciudad. Por eso las murallas más sólidas de Ugarit, con centinelas en las torres, daban al sur. Aunque Egipto estaba a más de mil quinientos kilómetros de distancia, la amenaza siempre planeaba en la mente de los cananeos.

Dos meses atrás Daveed había ido a la Hermandad para registrarse e informarse de si había alguna manera de formar parte de la misma sin la ayuda de Samuel, pero le dijeron que era preciso que alguien lo recomendara, que no había otro modo de entrar en la Hermandad. Daveed fue entonces a buscar al cuñado de su tío, Mantus, pero le dijeron que el comerciante de piedras preciosas había emprendido un largo viaje a Gosén, donde se rumoreaba que habían encontrado esmeraldas.

Pero ahora, dos meses después, ya se le había ocurrido otro plan. Y ahora tenía una razón todavía más importante para ingresar en la Hermandad: ser digno de pedirle a Lea que fuera su esposa.

Un esclavo salió a buscarlo a la carretera.

—El amo Elías pregunta por ti —le dijo el esclavo—. Es urgente.

Ana salió de un baño purificador que señalaba el final de su encierro mensual, pero la idea de volver a reunirse con su familia y retomar su vida no la alegró tanto como de costumbre. Otro ciclo lunar y otro disgusto. Sabía que le quedaba poco tiempo para darle un hijo a su marido. Y no tenían noticias de Damasco, no llegaban maridos para sus hijas.

Ana le había preguntado a Abigaíl si podía escribir a su hermana del norte, porque en aquella parte de su familia había muchos hombres, pero su suegra había descartado la idea. Ana no procedía de un linaje impresionante. Eran simples cultivadores de dátiles con muy poco dinero. Abigaíl solo buscaría en su propia familia, que tres generaciones atrás había estado emparentada con el querido rey Ozedia. Ana no negaba que su suegra tuviera un buen pedigrí, pero ¿podían permitirse elegir en aquellas desesperadas circunstancias?

Por desgracia, en este tema Elías se posicionó del lado de su madre. Aunque no podía negarse a las peticiones de su mujer en otros temas, en lo relativo a encontrar maridos para sus hijas se obstinaba en seguir los criterios de Abigaíl.

Ester entró corriendo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ha llegado un primo de Damasco! ¡Un marido para Lea!

El fugitivo de Sidón, vestido con la ropa que le había robado a Caleb de Damasco, el hombre al que había asesinado, estaba sentado en la silla de honor de la sala de las visitas. Un esclavo le lavaba los pies.

- *Shalaam*, y bienvenido a mi familia, hijo mío —le dijo Elías, el cabeza de familia, muy efusivamente.

—Que los dioses os bendigan —le contestó el falso Caleb con una amplia sonrisa.

La casa era más grande de lo que había imaginado, espaciosa y lujosa. Desde la carretera había visto los viñedos que alfombraban la ladera de la montaña, con todo un ejército de esclavos recogiendo la fruta madura. Y ahora lo trataban como a un rey. El fugitivo de Sidón no podía creerse que hubiera tenido tanta suerte.

Se acercó a él una mujer más mayor, regordeta, con el pelo castaño, vestida con elegancia y con aros de oro y de plata alrededor de la frente. Dedujo que era la matriarca de la que le había hablado el borracho Caleb,

Abigaíl.

- *Shalaam*, Caleb —le dijo—. Que los dioses nos acompañen. Espero que no hayas sufrido incidentes en tu viaje. Dime, ¿cómo está mi prima?

El fugitivo se sumergió en el pozo de información que había reunido la noche anterior.

—Os manda recuerdos, em Elías. La gota se le ha aliviado y la granja de su marido va muy bien.

Abigaíl resplandeció de felicidad.

—Llámame abuela, por favor, porque pronto serás mi nieto.

Dio una palmada, y las pulseras de oro tintinearón en sus muñecas. Aparecieron esclavos con bandejas, que sirvieron ante el invitado de honor, en una mesa baja, todo un festín. Abrió los ojos como platos y se le hizo la boca agua: filetes de cerdo fritos, pan caliente cubierto de miel, pescado al horno que olía a ajo y tomillo, garbanzos y lentejas guisados en aceite y, aunque no era la temporada, granadas tan buenas como si fueran frescas, todo ello acompañado de generosas copas de vino dulce.

Abigaíl pensó entusiasmada que al día siguiente ofrecería al nuevo miembro de la familia la comida típica de Ugarit, la morcilla. Y en su honor, ella misma la prepararía con su receta personal. Trocearía la grasa de cerdo, la mezclaría con sangre, cebolla y especias, introduciría la mezcla en trozos de intestino, cerraría los extremos y cocinaría las morcillas a fuego muy lento. No las dejaría en manos de los esclavos, que solían cocerlas demasiado y ponían muy poca cebolla.

—Por favor —dijo—, honra a los dioses disfrutando de nuestra humilde comida.

Caleb se sirvió, se llevó a la boca una cucharada de compota de pera, manzana y semillas de sésamo tostadas y aseguró a Abigaíl que su cocina debía de ser la mejor de toda Ugarit. Pese a su escasa educación, el hombre que se consideraba un camaleón había aprendido cómo se comportaban las clases altas, sus modales y sus convenciones sociales, para ganarse el favor de las familias más nobles. Vio en la mirada que intercambiaron Abigaíl y Elías que les había caído muy bien su primo de Damasco.

Mientras masticaba y tragaba la comida, entraron en la sala tres chicas con la cara recatadamente cubierta con un velo. Por un momento apartó los ojos de la comida y se preguntó cuál de ellas sería su futura esposa. Les presentaron al respetable invitado y las chicas se retiraron el velo y en voz baja le dieron la bienvenida a la familia. Seguro que la menor, con aquel labio

partido, no era su futura esposa. ¿Sería la que despedía fuego por los ojos y lo miraba con descaro? Entonces vio a la más alta, sin duda la mayor. Parpadeó. ¿Era aquella la chica para la que la familia tenía que comprar un marido? ¿Qué le pasaba? Alguna tara oculta, pensó. O la lengua demasiado afilada. Quizá era desobediente. Bueno, no tardaría en corregirle todos sus defectos.

Una mujer de mediana edad entró en la sala y lo saludó. Olía como si acabara de tomar un baño. Como se parecía mucho a las chicas, pensó que debía de ser Ana, la madre. Detrás de ella irrumpió en la sala un joven con mirada sombría y andares orgullosos, seguido por un esclavo que avanzaba con la cabeza inclinada hacia delante. A juzgar por el maletín que el esclavo llevaba colgado al hombro, el joven debía de ser el escriba de la familia.

—Ah, ya ha llegado Daveed —dijo Elías—. Por favor, no te ofendas, primo, es una mera formalidad. Ya lo entiendes.

Caleb asintió amablemente. Habían llamado al escriba para verificar su identidad y su pedigrí en una tablilla especial que todos los hombres con recursos y los comerciantes llevaban consigo. En la tablilla constaba su nombre, el de su padre y el de su abuelo, su domicilio, su profesión, si había nacido libre o se había emancipado y su lugar de nacimiento. Al final, cuando la arcilla estaba todavía húmeda, se estampaba el sello personal. Daveed examinó la tablilla, reconoció el sello real de Damasco y comparó el sello personal del hombre con el gran anillo de obsidiana que llevaba en la mano derecha.

—Todo en orden, señor —dijo a Elías devolviendo la tablilla a Caleb.

Elías pidió que sirvieran vino a todo el mundo y dijo que aquel mismo día se formalizaría el compromiso. Daveed se sentó y se preparó para escribir lo que Elías le dictase. Intentó no mirar a Lea para que sus ojos no delataran su decepción. El solicitado marido había llegado. Daveed pensó que aquel era el día más triste de su vida. Vio a Lea sentada con las manos en las rodillas, observando atentamente a Caleb, el recién llegado. Daveed vio inseguridad en sus ojos y quizá un poco de miedo. Se amonestó a sí mismo amargamente por haber sido un tonto, por haber alimentado una fantasía que no podía hacerse realidad. Aquel hombre iba a ocuparse de Lea, a la que jamás podría conseguir.

Recordó sus obligaciones, recurrió a la profesionalidad, sacó la estatuilla de Shubat del maletín y la colocó a su lado. Aunque estaba muy triste, murmuró una oración, sacó un trozo de arcilla húmeda y preparó el estilete.

La frente inclinada de Nobu, que se había sentado detrás de su amo, se inclinó todavía más al ver al recién llegado. Alargó la cabeza como una tortuga y parpadeó. La ropa de este hombre no es de su talla, pensó.

Parece de alguien más bajo. El dobladillo de la túnica no le llega a las rodillas. La tela está demasiado tensa en la espalda y los hombros. Lleva anillos solo en los dedos rosados. La diadema de oro no le llega a la frente. Y hay algo sospechoso en sus ojos hundidos, que no dejan de moverse de un lado a otro.

—No me fio de él —susurró Nobu.

Al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta, se bebió rápidamente una copa de vino para silenciar la voz del dios y miró a su alrededor. Por suerte, como todo el mundo estaba hablando, nadie lo había oído.

En aquel momento entró en la sala la tía Raquel. Al ver al recién llegado se le iluminó la cara.

—¡Yacov! —exclamó acercándose a él con los brazos abiertos.

Abigaíl miró a su tía con preocupación y de pronto recordó que Lea había querido sondear aquella venerable cabeza. No quería que su nieta despertara los recuerdos de Raquel, y aunque confiaba en que había obedecido su orden de no preguntar a su tía por el pasado, pensó que lo mejor era trazar un plan. Se le ocurrió una idea.

—Elías, hijo mío, creo que no debemos esperar mucho tiempo para la boda. Al fin y al cabo, Lea está a punto de cumplir veinte años y tenemos que pensar en Tamar. Lo mejor sería casar a Lea dentro de un mes.

—¡Un mes! —exclamó Ana—. Madre, ¿un compromiso tan corto?

—Después de un año de dificultades, lo que esta familia necesita es una boda este mismo verano —dijo Abigaíl asintiendo con decisión—. Chicas —dijo girándose hacia sus nietas—, tendremos que dedicar todo nuestro tiempo a hacer el vestido de novia de Lea. No podemos perder un segundo.

Así Lea no tendría tiempo para sondear la mente de Raquel, para recuperar insidiosos recuerdos del pasado. Lo mejor era dejar algunas cosas enterradas.

—Y ahora vamos a sellar formalmente el compromiso —le dijo a Daveed—. ¿Estás listo?

—Estoy listo, em Elías.

Elías extendió los brazos, hizo un gesto a Caleb y a Lea, y les pidió que se acercaran a él.

Abigaíl y Ana observaron a la pareja con una sonrisa feliz, Ester se llevó

una mano a la boca para ocultar su risa y Raquel asintió satisfecha, contenta de que su hijo Yacov se casara por fin.

Solo un miembro de la familia no estaba contento.

Tamar se retorció los dedos hasta que se le pusieron blancos. No había tenido ocasión de poner a prueba su poder femenino y volver a seducir a Baruch entre sus brazos. Su padre lo había enviado a toda prisa lejos de Ugarit, así que las palabras del chico —las de que ella tenía un poder sobre los hombres— seguían resonándole en los oídos.

Por un momento había considerado la posibilidad de seducir a Daveed, pero al final decidió que solo era un criado de la familia y que podía aspirar a algo más. Ahora posó sus ojos de negras pestañas en el recién llegado, Caleb de Damasco, que era alto, sonriente y llevaba ropa cara y anillos de oro en los dedos.

Vio que a su abuela, a su padre y a su madre les gustaba, que apreciaban sus cumplidos y se rendían ante sus cautivadores modales. Lea iba a casarse con aquel hombre elegante, cuando por culpa de su desobediencia Tamar había perdido a su amado Baruch. Desde entonces la odiaba, y en aquellos momentos, en aquella tarde trascendental, una idea germinó en la calculadora mente de Tamar: pondría a prueba su poder femenino con aquel encantador damasceno y al mismo tiempo castigaría a su hermana por lo que le había hecho.

Lea, que nada sabía de los maliciosos y venenosos pensamientos de su hermana, de las sospechas del esclavo de Daveed y de la preocupación de su abuela porque solo hubieran mandado a un marido, que no sabía que su madre rezaba en silencio para que aquella unión diera un hijo varón antes de un año, que no era consciente del desastroso contrato que iba a firmarse, solo pensaba en que con aquel hombre alto e imponente, obviamente rico y de fuerte carácter, que ayudaría a Elías a defender a su familia, por fin tenían la esperanza de vencer a Jotam.

Le dolía el corazón al pensar en perder a Daveed, pero se tragó el dolor y se dijo que solo había sido un estúpido sueño. Ahora se alegraba de no haberle dicho a Daveed que lo quería, de que tampoco él se lo hubiera dicho, porque así podría olvidar al atractivo escriba, dejarle terminar su aprendizaje y trasladarse a la Casa de Oro, y haría lo posible por olvidarlo a él y su infantil amor por él.

Y ahora podría dedicarse a plantar y cultivar el remedio para la epilepsia, ya que la boda le concedería una libertad que sabía que su abuela

Abigaíl respetaría. Al pasar a ser isha Caleb, Lea no tendría que pedir permiso para ir a la ciudad y podría buscar el sueño de Moloch.

Mientras el fugitivo de Sidón —mentiroso, asesino, ladrón y violador—, de pie al lado de Lea, repetía los votos del compromiso que enunciaba Elías y prometía estar en aquella misma casa treinta días después, bajo el baldaquín matrimonial, y tomar a aquella chica por esposa, volvió a maravillarse de su increíble suerte y por primera vez en su dura y solitaria vida deseó que llegara el día de su boda. Después, como yerno legal de Elías, «Caleb» se ganaría el favor de la familia, y su falso encanto le reportaría grandes beneficios.

Y cuando llegara el día en que los demonios azules volvieran a apoderarse de él, Elías y su familia, como el granjero y sus mujeres a las afueras de Sidón, le proporcionarían gritos suficientes para satisfacer incluso al más hambriento.

Capítulo 5

Jotam se colocó el espejo de cobre entre las piernas y se inclinó para ver la imagen de sus testículos.

¿Estaban encogiéndose?

Se los palpó con la mano que le quedaba libre preguntándose si era una imaginación suya que sus genitales estuvieran reduciéndose.

Maldijo entre dientes y cogió otro espejo. Ahora tenía uno en cada mano. Giró su obeso cuerpo a un lado y a otro moviendo un espejo por encima de la coronilla y buscando la imagen en el otro. ¡Ahí estaba!

Volvió a maldecir. Su calva era cada vez mayor.

De repente pensó en el vinatero Elías. Aunque eran de la misma edad, Elías tenía un físico fuerte y esbelto, unos andares resueltos que no lo dejaban sin aliento y, lo peor de todo, una tupida mata de pelo. A sus casi cuarenta años, Elías ni siquiera tenía canas, mientras que Jotam tenía las sienes blancas. No podía evitar pensar que su virilidad disminuía, mientras que Elías, que había sido amigo suyo, estaba en el esplendor de la madurez.

Se sulfuró pensando que apostaría a que a Elías no se le estaban encogiendo los testículos.

Su enemigo no solo tenía mejor aspecto que él, sino que además no se había rendido ante sus tentativas de arruinarlo. Para colmo, Abigaíl había conseguido encontrar un marido para Lea, un damasceno de buena posición y además corpulento, por lo que le habían dicho sus informadores. Y en cuanto la chica se casara, jamás podría ser suya.

Seguro que había alguna manera de impedir que se celebrara la boda.

No solo seguía deseando a Lea, sino que, ahora que estaba comprometida, su lujuria era todavía mayor. Recordó el mito creacional que contaba que El, dios supremo y padre de toda la humanidad, había creado a un hombre y a una mujer en un paraíso. Podían hacer uso de todo el jardín, excepto de un árbol cuyos frutos estaban reservados a los dioses. Lea es ese fruto, pensó Jotam. Rolliza, madura y sabrosa. Prohibida. Cuanto más pensaba en ella, más la deseaba.

Dejó los espejos e hizo un gesto a su criado, que le llevó el taparrabos y la túnica, y lo ayudó a vestirse. Mientras este le aceitaba la barba a su amo,

apareció el mayordomo de la casa y anunció que acababa de llegar una visita. Jotam lo esperaba.

Recibió al hombre en la sala de las visitas, intercambió con él los habituales deseos de paz y salud, e invocó a los dioses.

—Necesito saberlo todo de ese tal Caleb —le dijo por fin.

El recién llegado era un hombre de confianza que había espiado para él en el pasado.

—Busca a hombres de Damasco que vivan aquí, en Ugarit, y también a los que estén de paso —siguió diciéndole—. Pregúntales. Caleb era comerciante de telas. Alguien debe de conocerlo.

—Sí, señor —dijo el espía, un hombre alto y desgarbado de piel amarillenta y hombros caídos—. Iré a los caravasares y haré discretas preguntas sobre los comerciantes y viajeros que han llegado hace poco de Damasco. También iré a hablar con los que viven en la ciudad. Mis numerosos informadores están muy al corriente de las idas y venidas de los ciudadanos de Ugarit.

—Dicen que Caleb es viudo. Investiga todo lo que puedas sobre su mujer y su familia política. Investiga qué relación mantiene con Abigaíl, la madre de Elías. Y sobre todo encuentra un punto débil. No debo permitir que ese hombre pronuncie los votos matrimoniales.

—Seré el viento y la noche, mi señor. Con la bendición de Dagan, cumpliré sus deseos antes de que hayan pasado tres días —dijo sonriendo—. Todo el mundo guarda un secreto. Pronto conocerá el de Caleb, se lo prometo.

Jotam gruñó y lo despachó. Confiaba y a la vez odiaba a aquel tipo empalagoso, y nunca le preguntaba cómo conseguía la información. El hombre jamás le había proporcionado una información errónea, de modo que sabía que todo lo que le contase sobre el damasceno Caleb sería exacto.

Jotam cogió una tarta de uvas, observó su querido puerto, en el que sus barcos cargaban y descargaban mercancías, y sonrió al imaginarse entrando en la sala de visitas de Elías, interrumpiendo la boda y desvelando los más sucios secretos del hombre que estaba a punto de ser su yerno.

—Me han dicho que Egipto está pidiendo más tributos a las ciudades de Canaán —dijo Hadar, la mujer de un rico comerciante de tintes.

Estaba jugando con Zira al popular juego de los cincuenta y cinco agujeros. El tablero era redondo, de marfil y con incrustaciones de oro y lapislázuli. Las fichas eran de ébano pulido, como los bastones tallados que

determinaban los movimientos de los jugadores. Hadar era una mujer madura con las manos regordetas, y cuando lanzaba los bastones, las numerosas pulseras de oro de sus muñecas sonaban como un repiqueteo de espadas.

—¡Pidiendo! —exclamó bruscamente Zira lanzando los bastones y moviendo su ficha de cinco agujeros—. Querrás decir exigiendo. La reina Hatshepsut lo llama diplomacia pacífica, y nuestro cobarde rey Salomón está capitulando. No me importa lo que la gente diga sobre nuestro rey, que lo adore y que cante sus alabanzas. Necesitamos a un gobernante fuerte. Cuando mi Yehuda sea rey de Ugarit, y sé que puedo contar contigo y con tu marido cuando llegue el momento de elegir al rey...

Hadar aguzó el oído.

—... mi Yehuda no se mostrará tan cobarde ante los egipcios.

Hadar trazó un signo protector en el aire.

—Que los dioses nos protejan de esa repugnante raza. Nunca se bañan, como sabes, y dicen que los hombres egipcios orinan en las calles, cosa que los cananeos nunca hacen.

—Como los perros —dijo Zira.

—Sí, como los perros. A mi marido no le queda más remedio que negociar los tintes púrpura con exportadores egipcios, y cada día vuelve a casa diciendo que se siente sucio.

El marido de Hadar tenía el monopolio de la extracción del valioso tinte púrpura de las conchas de murex de las aguas de la zona, por lo que era un hombre rico y poderoso. Su mujer era una buena amiga de Zira y una acérrima defensora de la política local.

Zira lanzó los bastones, leyó los números grabados y movió su ficha en el tablero. Estaban descansando en la casa de Hadar, en las montañas, donde la fresca brisa aliviaba el calor del verano. Pese a que los días eran largos y las temperaturas altas, Zira llevaba, como siempre, un velo negro y un vestido del mismo color, aunque hacía mucho que los dioses se habían llevado a su marido.

—Hablando de cosas desagradables —dijo Hadar en tono comedido—, he recibido una invitación de boda de la casa de Elías.

No dijo nada más. Observó cómo reaccionaba Zira ante la noticia.

Las dos amigas estaban comiendo crujientes galletas de merengue rellenas con una dulce pasta de almendra. Zira se metió una entre los dientes, tan prominentes que recordaba a un burro, y la mordió delicadamente. La masticó, se la tragó y bebió un sorbo de vino.

—Esa familia ha causado un infinito dolor a mi pobre hermano —dijo—. Imagínate. Le ofrecen a una hija en matrimonio y luego se echan atrás. Pero antes permitieron que la chica nos faltara al respeto y no la obligaron a disculparse.

—Un insulto tras otro —murmuró Hadar—. ¿Adónde vamos a ir a parar si se permite que las chicas cabezotas hagan lo que les dé la gana?

Zira ladeó su puntiaguda barbilla.

—Asera sabe que por lo menos Abigaíl debería haberme pedido disculpas. No importa lo que pase entre hombres. Abigaíl tendría que haber venido a verme, con otras mujeres, y haberme dicho a la cara que lamentaba la ofensa de aquella noche. ¿No se da cuenta de con quién está tratando?

Zira estaba orgullosa de que se dirigieran a ella como em Yehuda, y todavía más de que su hijo fuera a ser el siguiente rab de la Hermandad de Escribas. ¿Acaso los dos últimos reyes no se habían abierto el camino al trono desde la Hermandad? Rey Yehuda de Ugarit. Le gustaba cómo sonaba.

Su rostro se ensombreció. La noche anterior la habían despertado los gemidos de su hijo.

Como Yehuda era miembro de la Hermandad, no estaba obligado a dormir en el dormitorio común de los escribas. Podía vivir donde quisiera, y nadie lo censuraba por preferir vivir con su tío, cuya casa con vistas al mar era una de las más elegantes de Ugarit. La noche anterior Zira había corrido a su habitación y lo había encontrado en el suelo, sacudiendo los brazos y las piernas y babeando. Un esclavo especialmente preparado para tratar su enfermedad estaba arrodillado junto a Yehuda para asegurarse de que no se mordía la lengua ni se hacía daño. A Zira le partió el corazón ver a su único hijo con semejante ataque. Yehuda tenía treinta años, era alto y por lo demás gozaba de buena salud, pero cuando sufría un ataque de epilepsia se quedaba más indefenso que un niño y se caía al suelo, porque no podía controlar sus extremidades. Y cuando el ataque pasaba, se sumía en un profundo sueño del que nada podía despertarlo.

¡No es justo!, quiso gritar Zira. Mi hijo es noble y bueno. Se sentará en el trono de Ugarit. ¿Por qué sufre la maldición de esta terrible enfermedad? Pero Zira no dijo nada en voz alta, mantuvo sus finos labios fruncidos sobre sus prominentes dientes y observó a Hadar moviendo su ficha en el tablero. Zira trabajaba duro para labrar la imagen pública de Yehuda, para que las familias de Ugarit que tenían derecho a voto lo eligieran, y les recordaba que sería muy ventajoso tener un rey que supiera leer y escribir, habilidades que ni siquiera

el querido Salomón poseía.

—Por supuesto, todo el que asista a la boda de la casa de Elías dejará de ser amigo mío —dijo Zira recogiendo los bastones.

—Por supuesto —le contestó su amiga, que, aunque tenía cariño a Elías y a Abigaíl, temía a Zira y a su hermano.

Las tres mujeres y las tres chicas de la casa, más las esclavas y las criadas, estaban en los aposentos de las mujeres, muy ocupadas haciendo la ropa para la boda de Lea. Solo les quedaban catorce días para terminar todo el vestuario.

—Para evitar que los jardines se llenen de caracoles hay que poner platillos de cerveza —dijo Raquel, que estaba bordando, sin dirigirse a nadie en concreto—. Los caracoles van a la cerveza y se ahogan.

Las mujeres no le hacían caso, pero Lea había oído lo que su tía acababa de decir y lo guardó en su memoria para ponerlo a prueba. Quería mantener su voto de obediencia, así que procuraba no hacer preguntas a su tía Raquel. Se limitaba a llevar a la anciana al mercado para que viera el sinfín de productos medicinales por si reconocía el sueño de Moloch. Hasta aquel momento no había sucedido, pero entretanto Lea había reunido información interesante y quizá valiosa («La achicoria mezclada con aceite de rosas y vinagre alivia el dolor de cabeza») que almacenaba en la memoria cada noche, al meterse en la cama, susurrando una y otra vez las fórmulas como si fueran oraciones hasta que se le quedaban grabadas en la mente. Cuando su jardín hubiera crecido, tenía previsto cosechar los ingredientes y hacer brebajes para la familia.

—Esto es muy aburrido —dijo de pronto Tamar, que se quejó además de que le dolía la espalda.

La brisa arrastró hasta los aposentos de las mujeres una risa masculina.

—Caleb es demasiado ruidoso —añadió Tamar sin venir a cuento—. No me gusta.

—Reza una oración ahora mismo —dijo Ana a su hija mediana—. Decir estas cosas sobre el marido de otra da mala suerte. Deberías alegrarte por Lea. Y pronto Caleb será tu hermano. Invoca a los dioses, niña, y sé respetuosa.

Tamar puso los ojos en blanco y siguió cosiendo.

A Lea le habría gustado que su hermana fuera más generosa con Caleb, como lo era toda la familia. No solo solía reírse a carcajadas, sino que su carácter amable y cordial lo convertía en un gran aliado para su padre. A Elías

le complacía el entusiasmo de Caleb por aprender el negocio de los vinos, y el interés y la preocupación que mostraba por su complicada situación económica. Todos esperaban que la implicación de Caleb fuera un indicio de que no tenía previsto llevarse a Lea a Damasco y vivir con su familia. Como marido, estaba en su derecho, y nada había en el contrato matrimonial que se lo impidiera.

—No es más que envidia —le había asegurado su abuela Abigaíl más de una vez—. Tamar cambiará de opinión en cuanto tenga un marido para ella.

Pero ¿cuándo llegaría ese momento?, pensó Lea bordando el camisón que llevaría en su noche de bodas. Su abuela había dejado tan poco margen de tiempo entre el compromiso y la boda que iba a costarles terminar el vestuario.

Entró un esclavo con una tablilla en las manos y se dirigió a Abigaíl.

—Ha llegado un mensaje para el amo —le dijo.

Abigaíl frunció el ceño. Bendita Asera, que no sea otra invitación rechazada. ¿Cómo iban a celebrar una boda sin invitados? Ni siquiera asistirían los parientes de Damasco. Caleb le había dicho a Abigaíl que les había escrito anunciándoles la boda, pero le habían contestado que estaban pasando por momentos difíciles porque alguien había caído enfermo, de modo que ningún miembro de su familia se desplazaría a Ugarit.

—Elías está en la ciudad, y el mensaje puede ser urgente. Se lo llevaré a Daveed ahora mismo. Tengo que saber lo que dice.

Lea dejó rápidamente a un lado sus labores.

—Iré yo, abuela —le dijo—. Hace demasiado calor para ti.

Había oído a Daveed diciéndole a su padre que si lo necesitaba, estaría en la azotea de la zona norte de la casa, trabajando en un asunto personal. Lea subió corriendo la escalera de piedra. El corazón le latía a toda velocidad ante la perspectiva de volver a ver a Daveed. Sabía que no debía pensar en él, pero no podía controlar su caprichoso corazón. Había logrado mantener en secreto sus sentimientos por él, y estaba segura de que en cuanto estuviera casada y tuviera que centrarse en su marido, su amor por Daveed se desvanecería.

El sol, en su cenit, caía a plomo sobre los tejados de Ugarit. Como el calor del verano era sofocante, aunque necesario para cocer las tablillas, Daveed se había quitado la capa y la túnica, y trabajaba al sol de la tarde solo con taparrabos y sandalias.

Había colocado con gran veneración la estatuilla verde de Shubat frente a él, en un muro bajo, para que velara por su trabajo.

Aquel era su proyecto personal: cartas de garantía, elaboradas e inscritas con todo cariño según la tradición y con las que pensaba presentarse ante los ciudadanos de clase alta de Ugarit. Se le había ocurrido la idea el día en que había llegado Caleb de Damasco. Cuando hubo comprobado que la tablilla de identidad de aquel hombre era auténtica, pensó en las cartas de garantía que circulaban en el mundo de los negocios y del comercio, y entre los hombres de cierta posición y nivel. Había hecho treinta, todas de algo más de cuatro dedos de largo por tres de ancho y con el mismo mensaje en escritura cuneiforme: «La familia real de Lagash debe un favor al portador de esta tablilla. Le será concedido». Daveed había estampado en la arcilla con su anillo el blasón real de Lagash, los dos ángeles alados, que los hombres de negocios de todas partes conocían. Comprar y vender favores era una práctica común en los negocios y para establecer relaciones, y las cartas de garantía de Daveed eran especialmente valiosas porque los favores de una familia real eran bienes muy escasos. Las tablillas podían venderse, por ejemplo, a los caravaneros que viajaban al este, que pagarían un buen precio por ellas. Y Daveed sabía que, aunque estuviese enemistado con su padre, el rey pagaría aquellos favores.

Pensaba utilizar las cartas de garantía para conseguir que alguien lo recomendara a la Hermandad. Y si, por culpa de las amenazas de Jotam, una no bastaba, ofrecería dos o tres, lo cual haría que su valor fuera tan elevado que nadie podría rechazarlas.

Daveed empezaría a visitar de inmediato a las familias ricas e influyentes de Ugarit, se presentaría, les explicaría sus circunstancias y les ofrecería favores reales a cambio de su ayuda. Seguro que había alguien en Ugarit que estaba dispuesto a ayudarlo.

Frunció el ceño. ¿Y si no bastaba? ¿Y si el estigma de ser el escriba de Elías era excesivo incluso para aquellas valiosas tablillas? ¿Qué haría cuando concluyera su año de aprendizaje si no lo conseguía?

Seré como un sacerdote que ha disgustado a su dios. No puedo permitirlo. Encontraré la manera de ingresar en la Hermandad, por Shubat.

Oyó un ruido, se giró y vio a Lea bajo el sol, con su vestido y su velo blancos brillando al calor de la tarde. Lo miraba fijamente con los labios entreabiertos y llevaba algo en las manos.

Volvió a inundarle el doloroso deseo que sentía cada vez que la veía, oía su voz o le llegaba el sonido de su risa. Había pensado que con fuerza de

voluntad lograría despojarse de sus sentimientos por ella, pero eran cada vez más intensos. Pensar que Caleb la poseería le hacía hervir la sangre y desearla aún más.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó.

Ahora que estaba comprometida con otro hombre, Daveed había decidido tomar distancia y dirigirse a ella en tono deliberadamente formal.

En la azotea, que casi abrazaba la ladera de las altas montañas, la brisa revoloteaba como si fuera un espíritu. Daveed observó que el travieso viento agitaba el velo de Lea, como si la desafiara a descubrirse el pelo. Quería ver aquel pelo, tocarlo y respirar su fragancia.

—Ha llegado esto —le contestó la chica mostrándole la tablilla—. El mensajero ha dicho que era urgente, pero mi padre no está en casa.

—La leeré —le dijo alargando la mano.

Lea se acercó a él como un tímido ciervo, y al entregarle el cuadrado de dura arcilla, dejó su mano entre las del escriba. Daveed se quedó atónito. La miró largo rato, consciente de que el cielo los abrazaba, de que Lea y él se elevaban sobre la ciudad, de que el mundo estaba a sus pies, como si fueran dioses, y le inundó un torrente de emociones tan intensas que por un momento no pudo articular palabra.

Se obligó a mirar la tablilla, leyó la firma y reconoció que era de un rico importador de marfil de África y la India. Luego leyó el texto.

Mientras esperaba, Lea sentía el calor de la tarde introduciéndose entre su ropa y calentándole la piel hasta hacerla arder. Daveed tenía el pecho empapado en sudor. Sus brazos musculosos resplandecían al sol. Volvió a sorprenderle que no tuviera el cuerpo de un escriba que presionaba arcilla húmeda con un estilete, sino el de un hombre que trabajaba duro, que construía carros y puentes. Le costaba respirar el aire caliente. Tenía que hacer fuerza para que sus pulmones se llenaran de aire. ¿Por qué le resultaba tan duro respirar?

Cuando Daveed levantó la cabeza y sus ojos oscuros se encontraron con los de Lea bajo el sol dorado, la chica sintió una extraña puñalada en el estómago, y a continuación un dulce dolor. Sabía que era deseo, un deseo prohibido. Intentó con todas sus fuerzas no amar a aquel hombre.

—Es una disculpa —le dijo Daveed—. El comerciante de marfil y su mujer no podrán asistir a tu boda. Lo siento —añadió al ver que la decepción y el dolor invadían los ojos de la chica.

Como Lea, como toda la familia, Daveed se preguntó si asistiría un solo

invitado.

Sintió el repentino impulso de abrazarla, de consolarla y de protegerla de aquel mundo cruel. Estaba enamorado de ella, de una chica que iba a casarse dentro de catorce días.

—Gracias —le dijo Lea—. Se lo diré a mi abuela.

La lista de invitados se reducía día tras día.

Pero no pudo marcharse. No quería marcharse. Quería quedarse en la tranquilizadora presencia de Daveed durante el resto de su vida. Observó las tablillas que se endurecían al sol. Sabía lo que eran. Su padre también utilizaba cartas de garantía, aunque en los últimos tiempos parecían tener poco valor.

—Las utilizaré para encontrar a alguien que me recomiende a la Hermandad —le dijo Daveed—. Son favores de la casa real de Lagash. A alguien le parecerán lo bastante valiosas como para ayudarme.

—Sí —susurró Lea haciendo esfuerzos por respirar.

El calor, Daveed brillando al sol como un dios, y otra invitación declinada...

Daveed la miró. Parecía incapaz de moverse, perdida, como si el calor y la tablilla del importador de marfil le hubiesen debilitado la mente. Se compadeció de ella, pero reprimió su deseo. Iba a casarse con otro hombre, y él estaba destinado a ser el rab de la Hermandad de Escribas.

—Ojalá supiera leer —dijo de pronto Lea—. Debe de ser maravilloso ver símbolos y saber lo que significan.

Daveed nunca había imaginado a las mujeres haciendo otra cosa que criar a sus hijos y obedecer a su marido. Las mujeres y su mundo eran un misterio para él. Nunca se había preguntado qué pensaban, de qué hablaban y qué opinaban. Hasta aquel momento. Lea le había despertado la curiosidad. Se descubrió a sí mismo preguntándose por sus esperanzas y sus sueños, por sus aspiraciones, preguntándose incluso si era feliz. Por primera vez se le pasó por la cabeza que las mujeres podían tener cerebro.

De pronto quiso que Lea entendiera su pasión. Aunque la intimidad entre ellos nunca podría traspasar aquel límite, quería que al menos vislumbrara aquella parte de su alma.

—Cuando era niño, me fastidiaban las clases. No quería ser escriba. Los demás niños jugaban e iban a pescar, pero yo era un príncipe de la casa real y estaba destinado a ser un hombre educado, de modo que no podía jugar. Tenía que quedarme estudiando mis tablillas. Los símbolos no significaban nada

para mí. Copiaba textos y presionaba el estilete como me enseñaban mis profesores, pero para mí no significaban nada. Eran simples formas decorativas en arcilla. Cada día me quejaba a mi padre, hasta que una tarde me llevó en su carro a la Estela de los Buitres, una piedra que señala el límite de la ciudad, y me dijo que la mirara. Me aburría. Miraba un halcón que sobrevolaba por encima de nuestras cabezas y daba patadas a la arena. Pero mi padre no estaba dispuesto a que nos marcháramos hasta que hubiera centrado mi atención en la estela, así que al final lo hice. Tenía hambre y quería volver a casa. Me pidió que le dijera lo que ponía, pero no sabía leerlo. Las marcas de la piedra no significaban nada para mí... Y de pronto empecé a leerlas.

Daveed hablaba muy deprisa, sonriendo, gesticulando y con expresión maravillada. Su entusiasmo era contagioso. Lea sonrió, como si ella misma acabara de entender un símbolo escrito.

—Estaba leyendo palabras grabadas por hombres que hacía mucho tiempo que habían muerto y se habían convertido en polvo. Me hablaban a mí. Así surgió mi pasión. Y una renovada fe en los dioses, porque aquella tarde con mi padre aprendí que las palabras son sagradas. No son simples sonidos que emiten los hombres, voces sin sentido que forman los labios y la lengua. Las palabras nacen en el corazón, son la poesía del alma. Lo que dice un hombre, Lea, es una parte de sí mismo que regala, como un trozo de su corazón, una parte de su alma. Nunca trataré las palabras a la ligera, ni las mancillaré, ni traicionaré con ellas a un hombre con el que hable en confianza. Creo devotamente que las palabras que alguien te dedica son confidenciales.

Se detuvo y sonrió a Lea. Le maravilló aquella inesperada efusión de fe ante una chica a la que apenas conocía. Pero su manera de mirarlo, como hipnotizada por lo que estaba diciendo, como si absorbiera sus palabras y las aferrara contra sí, hizo que sintiera deseos de contarle más cosas, muchas más, de rodearla entre sus brazos para que sintiera cómo se sentía. Y pensó que sí, que era una lástima que nunca la hubieran enseñado a leer y a escribir, porque sabía que su propia vida no tendría ningún valor sin las palabras.

—Aquella tarde sentí en lo más hondo de mí una llamada —añadió Daveed en voz baja y dándose golpecitos en el pecho—. No sé explicarte cómo lo supe, pero aquel día dejé atrás la Estela de los Buitres sabiendo que Shubat me había elegido para una importante misión. Creo que esa misión consiste en ingresar en la Hermandad de Escribas aquí, en Ugarit, y algún día conseguir el puesto de rab.

—Nunca había oído hablar de Shubat —le dijo Lea.

Deseaba que siguiera, que le contara todas las historias de su infancia, que le llenara la cabeza de imágenes de su ciudad, de su palacio y de sus padres. Quería saberlo todo sobre aquel príncipe.

Daveed fue a comprobar si las tablillas estaban secas. Lea clavó la mirada en los movimientos de los tendones y los músculos bajo su piel tersa.

—Antes del diluvio universal que destruyó la humanidad, la gente no sabía leer ni escribir —le explicó Daveed—. No sabían nada de símbolos, tablillas, tinta y papiros. Nadie había dibujado un jeroglífico ni grabado en arcilla con un estilete puntiagudo. Los dioses llegaron a la conclusión de que por eso se habían apartado de las leyes, se habían vuelto inmorales y rebeldes, y decidieron destruirlos y volver a crear el mundo. Varios sobrevivieron en un arca gigante, y cuando las aguas remitieron y el arca quedó encallada en una montaña, los dioses deliberaron entre sí y decidieron mandar a la Tierra a uno de los suyos para que les enseñara a comunicarse por escrito. Así grabarían sus leyes en piedra y jamás volverían a apartarse de su gracia. El elegido fue Shubat —dijo señalando la estatuilla—. Vino a la Tierra adoptando forma humana. Recorrió la región buscando a hombres buenos y honestos para que fueran sus alumnos. Cuando hubieron aprendido todos los símbolos, caracteres y jeroglíficos, y los pintaban e inscribían con habilidad, se despojó de su aspecto mortal y volvió a la tierra de los dioses. Sin embargo, antes de marcharse hizo un regalo especial a cada uno de los trece escribas: un símbolo secreto que les permitiría reconocerse entre sí cuando fueran por el mundo enseñando a escribir a los hombres. Pero con el paso de los siglos el símbolo secreto se perdió. Somos un gremio fragmentado y disperso que no podrá reunirse hasta que encontremos ese símbolo.

—Quizá deberíais crear otro.

Daveed la miró sorprendido.

—Sería arrogante, porque es un privilegio de Shubat.

Pero, pese a sus palabras, Lea vio que sus ojos brillaban interesados.

—Tengo que marcharme —le dijo de mala gana—. Mi abuela estará preguntándose por qué tardo tanto.

—Espera —le dijo Daveed sin saber por qué lo había dicho. Lo único que sabía era que quería que se quedara un rato más—. ¿Cómo va el jardín?

No había vuelto por allí desde hacía tres meses, cuando por casualidad había ido a parar a aquel olvidado rincón de la casa.

Lea sonrió. Daveed había compartido algo personal con ella, una parte

importante de sí mismo. Quería algo similar a cambio. El corazón se le llenó de alegría.

—Pensaba que el sicomoro estaba muerto, pero encontré un brote. Creció pese a que nadie lo había regado ni se había preocupado de que le diera el sol. Creo que es un signo de Asera para que siga con mi objetivo, aunque mi abuela me lo ha prohibido. He cuidado el brote, que sigue creciendo, y cuando lo veo convertirse en un arbolito fuerte y robusto, sé que Asera me habla y me asegura que estoy en el camino correcto. Algún día, Daveed de Lagash, mi brote crecerá y se convertirá en un gran árbol lleno de dulces frutos. Espero que para entonces... sigas en Ugarit y vengas a probar nuestros higos.

Daveed se quedó sin palabras. Lea apenas había dicho nada, pero era muchísimo.

—Tengo que marcharme, de verdad —dijo la chica, y al retroceder señaló las tablillas que estaban secándose al sol—. Te deseo suerte con tus cartas de garantía, Daveed de Lagash. No tengo la menor duda de que en Ugarit hay hombres que estarán orgullosos de recomendarte a la Hermandad.

Y dio media vuelta.

—Lea...

Al volver la cabeza, Daveed vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Daveed —susurró.

Se acercó a ella en dos zancadas, la sujetó por los brazos, la atrajo hacia su cuerpo y la besó con fuerza en los labios.

Lea no pudo reprimir un gemido, y al instante lo rodeó con sus brazos y se pegó a su cuerpo. El beso era cada vez más ardiente. Ambos sentían el sabor del otro, su fuego. El calor de la bahía caía a plomo sobre ellos, el sol los cubría de un brillo dorado, el deseo les brotaba de la piel y se deleitaban sintiéndose el uno al otro.

De repente Daveed se obligó a retroceder.

—He luchado contra mis sentimientos, mi querida Lea, porque no puedes ser mía —le dijo en tono firme, aunque con los ojos bañados en lágrimas—. No debería decírtelo, pero tengo que hacerlo, porque nunca más te lo diré. Te quiero, Lea bat Elías, y te seguiré queriendo hasta el fin de mis días, incluso cuando seas Lea isha Caleb. Siempre podrás contar conmigo. Cuando me necesites, esté donde esté, responderé a tu llamada.

Lea sollozó. Quiso decirle que no se casaría con Caleb, que se marcharía con él y estaría a su lado toda la vida. Pero al ir a pronunciar las palabras, recordó su promesa a Asera, recordó que sabía que tendría que pasar por una

dura prueba y que su peor miedo era no reconocerla y fallar. Pero era fuerte. Al final había reconocido la prueba, porque ahí estaba.

Se tragó las palabras que la condenarían tanto a ella como a Daveed, y a su familia. Guardó silencio sabiendo que aquella era la última vez que estaban juntos. En adelante pertenecería a otro hombre.

—Hijo mío, no nos lo podemos permitir.

Elías raramente levantaba la voz a su madre, pero esta vez lo hizo.

—¡Pongo a los dioses por testigos! ¡La boda de mi primera hija no será un hazmerreír! No voy a permitir que Jotam me la arruine. Podemos escatimar gastos con Tamar, pero mi hija mayor tendrá una boda que toda Ugarit recordará.

—¿Cómo va a recordarla toda Ugarit si seguramente no vendrá nadie? Ay, Elías, hijo mío, ojalá estuviera de acuerdo contigo, pero la fortuna de la familia está menguando por culpa del malvado Jotam. Y también empiezas a perder clientes, hombres que preferirían beber vino rancio que enfrentarse a Jotam.

—Ya he tomado la decisión, madre, y no la voy a cambiar. Mi hija tendrá la boda que se merece.

Abigaíl sabía que lo hacía más por Ana que por Lea, de modo que estaba segura de que no cambiaría de opinión.

—Muy bien —dijo asintiendo—. Al fin y al cabo, solo nos quedará una boda más. Ester, con su cara deformada, nunca se casará, así que ya seremos frugales con el convite de Tamar, si seguimos teniendo una casa para celebrarlo.

Daveed y Nobu llegaron a la primera casa de la lista de posibles patrocinadores. Daveed se había puesto su mejor túnica de lana roja y azul, con flecos dorados y un cinturón ancho de piel con incrustaciones de plata. Nobu se había vestido más humildemente, aunque era evidente que su ropa era la de un esclavo de élite. Estaba junto a su amo con dos bolsas colgándole de los hombros, una con la estatuilla de Shubat, y la otra con las cartas de garantía que Daveed iba a repartir.

El dueño de aquella enorme casa del barrio norte de la ciudad, cerca del palacio real, era muy rico y tenía gran influencia. Si recomendaba a Daveed, su admisión en la Hermandad estaría prácticamente garantizada.

Mientras esperaban a que el mayordomo les abriera la puerta, Daveed

observó el sello grabado en el pilar de piedra de la entrada. Identificaba al dueño de la casa como un fabricante y comerciante de caro tinte púrpura. Reconoció el sello porque lo había visto en una de las tablillas que habían llegado a casa de Elías declinando la invitación a la boda.

De pronto Daveed tuvo dudas. Aquella gente evitaba a Elías y causaba un gran dolor a Lea. Sería desleal por su parte intentar conseguir el favor y la recomendación de aquel hombre, pero su nombre prácticamente bastaba para que entrara en la Hermandad.

Nobu, a su lado y con la cabeza hacia delante, respondía entre dientes a las voces de sus dioses. Daveed no sabía lo que le decían, ni le importaba. Cuatro meses atrás, cuando se había marchado de Lagash, confiaba en sí mismo y había tomado una decisión respecto de su futuro, pero ahora no solo su futuro era incierto, sino que dudaba de sí mismo y no sabía qué hacer. Lo cierto era que acudir a aquella casa pidiendo ayuda lo hacía sentir como un traidor a Elías. Y a Lea.

Los recibió la señora de la casa, una mujer rolliza llamada Hadar que les explicó que su marido estaba en sus talleres, al norte de la ciudad. Daveed conocía la fábrica, un lugar pestilente en el que los esclavos se dejaban la piel entre tanques humeantes y hogueras para extraer el escaso y caro tinte púrpura de conchas marinas llenas de púas. Había guardias vigilando atentamente a los esclavos para asegurarse de que no robaban ni una pizca del valioso tinte.

- *Shalaam*, y que los dioses la bendigan, señora —le dijo—. He venido a pedirle un favor a su marido.

Le tendió una tablilla, que Hadar ojeó con interés. En aquellos momentos su marido competía con fabricantes de tinte de Tiro y Sidón que luchaban por controlar el comercio con Lagash. Las cartas de garantía de aquel joven, de las que respondía nada menos que la familia real, podrían favorecer a su marido en aquella lucha.

—¿Qué favor quieres que te haga? —le preguntó.

Hadar pensó que el recién llegado querría alojamiento, que le presentara a gente o incluso un puesto en la plantilla de su marido, cosas que a este no le costaría nada ofrecerle.

Daveed pensó en la Hermandad, en el elegante edificio que albergaba el dormitorio comunitario, los jardines, la fraternidad de los miembros, la gran biblioteca y los archivos, que decían que contenían los más antiguos secretos de la humanidad, pero sobre todo pensó en la posibilidad de servir a su dios de la forma más elevada y noble que estuviera en su mano, y de pronto lo tuvo

claro, sus dudas y sus incertidumbres se desvanecieron y supo lo que tenía que hacer.

—Me gustaría que su marido y usted asistieran a una boda.

Ester, que tenía trece años, corrió una vez más hasta el final del camino para ver si los invitados llegaban de la ciudad, pero la carretera estaba a oscuras.

¿No iba a asistir nadie a la boda?

Los esclavos de Elías llevaban dos días trabajando para preparar un banquete que esperaba que diera que hablar durante años: judías verdes en vinagre, nabos cocidos con piñones, col en salsa amarga, ensalada de cangrejo, vieiras al vapor, cochinitillo, pescado frito relleno de frutos secos y ajo, morcilla, tarta de nueces, sandía con sal, pasteles de higos con miel y pudín de dátiles. Habían preparado también barras de pan de diversos tamaños y formas con sirope de granada y pera, aceite de oliva caliente y bañadas con mantequilla de cabra. Y se llenarían las copas con los vinos más caros de Elías y cerveza importada de los ricos trigales de Jericó.

Aunque estaba convencida de que era un error, Abigaíl había contratado a un grupo de bailarines y acróbatas, y también a músicos y a cantantes. Había comprado lámparas, candiles y antorchas extra para que todos los rincones de la casa estuvieran iluminados. El caro incienso perfumaba el aire. Colocaron mesas y cojines con rosas y azucenas frescas para los invitados. En el piso de arriba, Lea terminaba de retocarse el vestido de novia, y Elías y Daveed hacían lo posible por sustituir a los parientes de Caleb mientras también él se vestía con ropa elegante.

Estaban listos. La casa bullía de luz y entusiasmo. Solo faltaban los invitados.

Ester entró consternada. Llevaba su mejor vestido y su mejor velo, de color azafrán, y le habían permitido que se pintara los ojos y se pusiera colorete. Estaba tan nerviosa que no había podido dormir, pero ahora veía las mesas y los cojines vacíos, las tenues luces y a los músicos cabeceando sobre sus instrumentos.

Tamar estaba sentada a la mesa de la familia con expresión huraña, enfadada con la situación. Había escuchado por casualidad la discusión de su abuela con su padre. Lea tendría la mejor boda, pero ella debería conformarse con una frugal. No era justo. Y ahora se alegraba de que no llegara nadie. Nadie vería la ceremonia nupcial de Lea bajo el baldaquín, donde prometería

obediencia a Caleb.

Una boda frugal para Tamar...

Había intentado utilizar su poder femenino con Caleb para comprobar si lo que Baruch le había dicho la última noche que pasaron juntos era cierto, que los hombres caerían a sus pies y harían lo que ella quisiera. Caleb le sonreía de oreja a oreja y parecía encantado con ella, pero trataba exactamente igual a toda la familia, de modo que no podía estar segura. Cuando faltaba ya poco para que se celebrara la boda, Tamar decidió dejar de intentar seducir al prometido de Lea.

Pero ahora volvió a cambiar de opinión.

Si lo que le deparaba el futuro era una boda frugal, al menos se resarciría seduciendo al marido de su hermana para demostrar que lo que le había dicho Baruch era cierto, para demostrarse a sí misma que podía hacer algo y para castigar a Lea por aquel desafortunado giro de los acontecimientos.

¡Cling, clang! ¡Cling, clang!

Tamar levantó la cabeza tan deprisa que se le cayeron las flores del velo. La campana de la puerta. Se oyó en toda la casa. Abigaíl, que estaba en la cocina, se quedó paralizada. Lea, en el piso de arriba con su madre y su tía Raquel, se detuvo a escuchar. Elías salió al balcón con Caleb para echar un vistazo.

¿Por fin había llegado un invitado?

El mayordomo abrió la puerta y miró boquiabierto a la multitud que se había reunido en el umbral, hombres y mujeres elegantemente vestidos que habían llegado en palanquín, a caballo y en carro, con esclavos que llevaban las antorchas y los regalos. Todos saludaron y felicitaron a la familia, como era tradicional.

—Ya han llegado, señora —dijo el mayordomo a Abigaíl con mirada sorprendida al encontrársela en el jardín—. ¡Deben de ser cientos!

Fueron entrando. Abigaíl y Elías los recibían y los acompañaban a su sitio. Todos iban vestidos con ropa de colores vistosos, y sus joyas de oro centelleaban a la luz de las lámparas. Todos se conocían entre sí y se reían alegremente ante la perspectiva de darse un festín.

Abigaíl aceptaba sonriendo las bolas de incienso que muchos invitados le ofrecían y las encendía para que ardieran en todas las habitaciones de la casa, la llenaran de humo perfumado y mantuvieran alejados a los malos espíritus durante la ceremonia.

Cuando todos estuvieron instalados y listos, bajó Lea con su madre y

Raquel entre una nube de incienso, acompañada por el sonido de los platillos. Una solemne procesión entusiasta y alegre. Lea llevaba un vestido de muchas capas y colores, laboriosamente bordado, y llevaba la cara y las manos cubiertas de signos protectores pintados con henna. Alrededor del cuello, muchos amuletos que representaban a los dioses de Ugarit, talismanes y una bolsita de hierbas para repeler a los demonios, que todo el mundo sabía que sentían celos del amor humano.

Caleb entró por otra puerta con Daveed y Elías. Se acercaron al baldaquín, donde habían cubierto y decorado dos sillas como si fueran tronos.

—¡Alabados sean los dioses de Canaán, que están con nosotros esta noche! —exclamó Elías alzando los brazos—. Rogad todos a Asera, Baal y Dagan que bendigan y protejan esta unión.

Pidió a la pareja que se colocara debajo del baldaquín. Recitaron los votos, Elías enlazó sus muñecas con una hebra blanda de cáñamo y los declaró marido y mujer. Daveed, sentado cerca de ellos, plasmó el momento en arcilla.

Los invitados aclamaron a los novios, Caleb y Lea se sentaron en los tronos, Elías indicó con un gesto a los músicos que empezaran y Abigaíl dio instrucciones al mayordomo de que procedieran a servir el banquete.

Ana ocupó su sitio en la mesa de la familia con una sonrisa, orgullosa y aliviada. Su hija ya no era bat Elías, sino isha Caleb. Si los dioses querían, antes de que hubiera pasado un año la llamarían em Josías o em Abraham, y su estatus estaría asegurado. (Y quizá también, dentro de poco, los dioses me den un hijo para mi amado Elías.) Tamar, sentada al lado de su madre, observaba a Lea, bajo el baldaquín, majestuosa como una reina. Pensó en Baruch, el chico al que había perdido por culpa de Lea, en su boda «frugal», en todas las injusticias del mundo, y volvió a prometerse que seduciría a Caleb.

Lea estaba sentada en su trono, muy rígida, cargada de joyas y con un tocado lleno de aros que le había regalado su padre. Observaba la celebración con indiferencia. Pese a que esperaba que no apareciera nadie, ahora le resultaba imposible contar cuántos eran, la flor y nata de la ciudad. No terminaba de creerse que acabara de casarse con el hombre que estaba sentado a su lado, en silencio, un hombre que seguía siendo un extraño para ella.

Por su parte, Caleb estaba muy atento a todo y se obligaba a sonreír mientras observaba las ricas ropas, las joyas, el oro y la plata. Despreciaba a aquella familia. Eran blandos, débiles y tontos. Todo el mundo había oído hablar de dos asesinatos en el muelle, un hombre rico y su esclavo, que no eran de Ugarit, sino de Damasco, pero a Elías y a sus insulsas mujeres no se

les había ocurrido relacionarlo con él. Caleb iba a sacar el mayor partido. Recorrió con la mirada los rostros sonrientes de su nueva familia política y se detuvo en uno que sospechaba que ocultaba pensamientos malvados, el de Tamar, de dieciséis años, cuyos ojos despedían un oscuro fuego. Era la que menos le gustaba, porque reconocía en ella un corazón tan negro como el suyo propio.

Nobu contemplaba a los esclavos que servían el vino. Los dioses le habían hablado a voces a todas horas desde el momento en que su amo empezó a desperdiciar cartas de garantía valiosísimas por una chica que le daba lástima. *Pobre Nobu, a este paso nunca entrarás en la Hermandad, nunca conocerás el prestigio y el lujo de vivir entre las paredes de la Casa de Oro. Estás condenado a ser esclavo de un simple escriba.* Agarró la primera copa que encontró a mano y se bebió de un trago el vino hasta que las voces se desvanecieron.

Entre los invitados estaban Hadar y su marido, que, tras discutirlo y pensarlo mucho, al final no habían podido resistirse a tres cartas de garantía de la casa real de Lagash. Hadar decidió que ya lidiaría con el enfado de Zira cuando llegara el momento. Lo primero era su marido, que ahora disponía de grandes ventajas para llegar a acuerdos comerciales con mercaderes de Lagash deseosos de comprar su tinte púrpura.

También estaba allí el importador de marfil africano, con su mujer y sus hijas, y todos los demás ciudadanos a los que Jotam y Zira habían pedido, directa o indirectamente, que no asistieran a la boda. La flor y nata de Ugarit había llegado a la conclusión de que Jotam no podría castigarlos a todos por haber ido, y al fin y al cabo ahora disponían de valiosas cartas de garantía de Lagash.

Entre los invitados estaba también el hombre de hombros caídos y rostro amarillento que espiaba para Jotam. Hasta el momento no había encontrado nada raro sobre Caleb, pero seguiría investigando, y si era preciso, se trasladaría a Damasco.

Y estaba Daveed, que, aunque triste, dio gracias a Shubat en silencio. Le alegraba que las cartas de garantía hubieran funcionado, y al ver llegar a tantos invitados pensó que había merecido la pena sacrificarse. Sabía que no podría hacer más, porque si había demasiadas perderían su valor. Además, sin duda su padre solo estaría dispuesto a responder de cierta cantidad.

Tendría que buscar de otra manera a alguien que lo recomendara.

Observó a Lea, sentada en su trono nupcial junto a su sonriente marido, y

le partió el corazón imaginársela en el piso de arriba, esa misma noche, sola con Caleb. Lea ya nunca sería suya. Daveed llevaría en el corazón su amor secreto y se dedicaría a servir a la Hermandad de Escribas, guardianes de la antigua y sagrada biblioteca de la Casa de Oro.

Al final se hizo tarde. La fiesta terminó y los invitados empezaron a pasar por el baldaquín para felicitar a la pareja, les ofrecieron sus regalos y se marcharon. Mientras Ana, Raquel y Abigaíl acompañaban a Lea a su cámara nupcial, Elías apoyó una mano en el hombro de Daveed y se lo llevó aparte.

—Sé lo que has hecho, Daveed. Sé el sacrificio que has hecho por mi hija. Esas cartas de garantía te habrían permitido conseguir a alguien que te recomendara a la Hermandad. Nunca lo olvidaré. Ahora que tengo en casa a un yerno fuerte y a un escriba inteligente, Jotam dejará de acosarnos —añadió sonriendo—. Sobre todo cuando se entere de cuántos amigos se han reunido conmigo esta noche. Gracias a ti. Estoy en deuda contigo.

En el piso de arriba, en el dormitorio que iba a compartir con su marido, Lea se preparaba y Caleb esperaba a que lo llamara. No estaba enamorada de él, pero muy pocas mujeres lo estaban en su noche de bodas. A Lea le habían contado que el amor llegaba después. Y las cosas serían como había previsto. Estar casada le ofrecía ventajas que hasta aquel momento no había tenido. Como isha Caleb, podré ir a la ciudad cuando quiera y llevarme a mi tía Raquel a los puestos de semillas y plantas para que encuentre sueño de Moloch.

Lea se bañó, se perfumó, dijo a las esclavas que avisaran a Caleb de que ya podía entrar y que se marcharan, y se deslizó entre las sábanas. Sabía lo que iba a suceder, porque se lo había explicado su abuela. Además, había oído a sus padres haciendo el amor en su dormitorio, a su madre diciendo: «Acércate, mi querido Elías. Abrázame fuerte».

Había escuchado también el poema de amor del baúl de roble de su tía Raquel, que le había leído Daveed: «Mi amor es como un cedro. Es fuerte y duradero».

Pero Caleb la sorprendió. Ni la besó, ni la abrazó, ni la acarició. Sin decir una palabra, le cogió la mano, la llevó hasta su miembro y la obligó a que lo aferrara hasta que se puso duro. Entonces le dio la vuelta, le levantó el camisón y la penetró por detrás. Lea notó que se le desgarraba el himen y sintió dolor mientras su marido empujaba violentamente contra su cuerpo una y otra vez, hasta que llegó al clímax. Entonces gimió, se apartó, se tumbó de

espaldas a ella y se quedó dormido.

Lea parpadeó en la oscuridad. Caleb no la había abrazado, ni la había tocado para provocar su deseo. No había actuado por pasión, sino por frío deseo animal. Ni siquiera había dicho su nombre. Cuando sus padres hacían el amor, se oía su pasión y su deseo. Caleb había gruñido como una bestia. Ni siquiera la había mirado a la cara.

Se levantó y fue a lavarse. Tenía los muslos manchados de la sangre del himen desgarrado. Se lavó en una jofaina, se secó y se cambió el camisón. Al día siguiente quemaría el que acababa de quitarse.

Escuchó el silencio de la noche e intentó no pensar en Daveed, no llorar por el amor perdido, las ocasiones perdidas y lo que pudo haber sido. Ahora aquella era su realidad. Las fantasías infantiles debían quedar en el pasado, junto con el recuerdo de un beso apasionado en la azotea, bajo un sol dorado.

Ya no era virgen, pero se sentía la misma persona. Quizá su cuerpo había experimentado alguna alteración, pero su corazón no había cambiado. Y al día siguiente actuaría como una esposa satisfecha. Todo el mundo se dirigiría a ella como isha Caleb. Y pronto, si los dioses querían, tendría un hijo, y el recuerdo de aquella noche se desvanecería.

Capítulo 6

La leyenda habla de una antigua raza humana que vivía en una isla en medio del Mar Grande. Eran inmortales, porque habían descubierto la fórmula de la eterna juventud, y practicaban una magia especial llamada *al-khemia*, mediante la cual podían transformar cualquier sustancia corriente en un material muy valioso. Un catastrófico terremoto destruyó la isla, y sus habitantes murieron, pero unos cuantos lograron escapar y se dirigieron a la costa este del Mar Grande. Allí vivieron una temporada, hasta que los dioses se los llevaron también a ellos, pero antes escribieron sus maravillosos secretos en tablillas de arcilla.

Se decía que aquellas tablillas, que contenían el secreto de la vida eterna, sin enfermedades y sin preocupaciones, estaban en la gran biblioteca de Ugarit, que custodiaba la Hermandad de Escribas.

Por desgracia, aquellos secretos estaban escritos en una lengua muerta desde hacía mucho tiempo y nadie había descubierto siquiera el código.

En eso pensaba Daveed mientras se acercaba respetuosamente al pórtico principal del complejo de edificios que incluía la biblioteca, el archivo real y el santuario de la Hermandad: en el fabuloso tesoro y en la posibilidad de servir a la humanidad descubriendo aquellos códigos antiguos y los secretos de los dioses.

Había ido antes a la Casa de Oro para observar aquella interesante costumbre de que los profesionales se sentaran en un gran patio y atendieran a los ciudadanos corrientes, una práctica que no se llevaba a cabo en las ciudades al este. También había ido una vez para inscribirse en el registro de escribas y para informarles de sus intenciones de solicitar su ingreso en la Hermandad al año siguiente.

Aquel día su cometido era más humilde.

Como no había encontrado a nadie que lo recomendara, decidió ir directamente a la Hermandad y quedar a su merced, dejar su maletín ante ellos, explicarles las circunstancias especiales que escapaban a su control y pedir una dispensa. Seguro que se compadecerían, porque al fin y al cabo eran una hermandad.

—Amo —le dijo Nobu en tono inquieto—, ¿qué va a ser de mí?

Incluso en Lagash, y más lejos, la Hermandad de Escribas de Ugarit era famosa por su austeridad y sus estrictas reglas de abstinencia y moderación, en especial en el primer año, el noviciado, durante el cual incluso se exigía el celibato. Daveed dudaba que le permitieran tener un esclavo personal. Se giró hacia su viejo amigo y compañero, cuyos ojos de párpados caídos pestañearon lentamente. Nobu, más alto que Daveed, tenía la cabeza inclinada hacia delante.

—No temas, viejo amigo, encontraré una solución para ti —le contestó con una sonrisa y apoyando una mano en su brazo para tranquilizarlo—. Además, sabes que los escribas de la Hermandad no comen carne ni beben vino, y que recomiendan encarecidamente el celibato. No serías feliz entre tanta abnegación. Veré si puedes quedarte con Elías y su familia en algún cuarto de la casa.

Daveed quería pensar que lo haría porque le preocupaba el bienestar de su compañero, pero sabía que, con Nobu en la casa de Elías, tendría una buena excusa para pasarse por allí cuando se alojara en el dormitorio común de la Hermandad, una razón perfectamente aceptable para ir de visita a la casa de su antiguo jefe, ver a su viejo amigo Nobu y preguntar por Lea, quizá encontrarse con ella por casualidad y asegurarse de que estaba bien.

—Ahora vete a casa, Nobu. Esto tengo que hacerlo solo. Seguramente volveré tarde, porque supongo que tendré mucho que hablar con mis hermanos.

Observó a Nobu alejándose despacio, con sus andares de tortuga y respondiendo a las voces de los dioses entre dientes, y supo que iba a echarlo mucho de menos.

Pero mientras avanzaba por la sala de columnas en la que las voces se alzaban hasta el techo de mármol, dejó de pensar en Nobu y en la Hermandad, y se centró en Lea. Se dijo a sí mismo que era mejor que la chica se hubiera casado, porque la Hermandad iba a exigirle todo su tiempo y su corazón. Sabía que incluso después del período de noviciado iba a quedarle poco tiempo para cualquier otra cosa.

El corazón volvió a inundársele de amor pensando en ella, imaginándosela... y recordando su beso bajo un sol dorado, hacía solo un mes. Daba gracias a los dioses por haberles concedido aquel momento precioso, que les daría fuerza el resto de su vida.

Pero ahora se preguntaba si era suficiente.

Su mente se ensombreció al pensar en el marido de Lea. Le parecía extraño que Caleb no le hubiera dictado aún una carta para su familia en

Damasco. Abigaíl había escrito a su prima, por supuesto, informándole de que Caleb había llegado bien y que estaba ya casado con su nieta, una bienvenida incorporación a la familia, y la había invitado a visitarlos. Pero Caleb no había dicho una palabra (aunque era raro que hubiera dicho a Elías que había escrito a su familia para comunicarles su boda y que le habían contestado que había alguien enfermo y tenían problemas económicos. Quizá había recurrido a los servicios de un escriba de la Casa de Oro).

Llegó a la entrada, una gran puerta de madera de doble hoja que giraba sobre bisagras y que en aquel momento estaba abierta. A ambos lados, inscripciones cuneiformes en piedra identificaban el edificio como la biblioteca y los archivos. Dentro vio un largo pasillo con antorchas metidas en candelabros a lo largo de las paredes. El suelo resplandecía. Se estremeció de orgullo al pisar el umbral. Los ciudadanos corrientes no podían entrar en aquel recinto sagrado. Y era sagrado porque contenía las palabras escritas más antiguas, escritas por los propios dioses en el origen de los tiempos. Allí tenía previsto honrar algún día a Shubat ejerciendo la más elevada profesión.

Por una puerta lateral apareció un escriba vestido con el uniforme de los hermanos, una camisa ajustada de lana marrón y una falda blanca de lino plisado hasta los tobillos. Llevaba barba, el pelo largo y rizado, y una diadema de oro en la cabeza que indicaba que era un hombre con estudios.

Daveed se presentó y le explicó el motivo de su visita. El hombre asintió.
- *Shalaam*, hermano. Que Dagan te bendiga. Ven conmigo.

Mientras cruzaban puertas abiertas, Daveed observó altas columnas con capiteles esculpidos y pintados con motivos florales, como si majestuosas flores soportaran el elevado techo de mármol. Vio a escribas sentados en bancos, trabajando a la luz de lámparas de latón, moviendo rápidamente el estilete sobre la arcilla. Daveed sabía que algunos serían alumnos y otros trabajarían para el gobierno. La responsabilidad de que una ciudad funcionara recaía en los hombres que sabían leer y escribir. Al ver a aquellos hermanos escribas desempeñando su sagrada labor, el corazón de Daveed se llenó de orgullo y ardió de impaciencia por empezar a trabajar con ellos, por llevar la vida reglamentada de una hermandad que le exigiría sacrificio, en la que sus hermanos serían más importantes que él mismo, una vida en la que en todo momento se pondría a prueba su fe.

Se preguntó, cada vez más entusiasmado, si habría alguna manera de unirse ya a la Hermandad y seguir sirviendo a Elías.

Al final del pasillo, su acompañante lo llevó hasta otro escriba con

bandas de oro alrededor de los brazos, anillos de oro en los dedos y una diadema más elaborada en la cabeza. Era de un nivel superior.

- *Shalaam*, hermano —le dijo.

Y se presentó. Pero Daveed estaba tan nervioso, tan absorto en la majestuosidad del santuario y en el hecho de estar tan cerca de su destino, que en un primer momento no se dio cuenta de lo que le había dicho. Se había presentado como Yehuda. Cuando le preguntó si por casualidad era pariente del constructor de barcos Jotam, y el escriba le contestó que era su sobrino, Daveed se quedó pasmado.

Había oído decir que el sobrino del enemigo de Elías era escriba, y ahora tenía frente a él a un miembro de la familia que estaba arruinando la casa a la que servía. Se quedó sin palabras.

Aunque nunca había visto a Zira, había oído a los leales criados de Elías llamarla «bruja con cara de caballo». Daveed observó la mandíbula hundida y los dientes superiores saltones del escriba y llegó a la conclusión de que se parecía a su madre. Yehuda era alto y tenía los ojos hundidos. Al ver aquellos ojos sombríos, recordó que Lea le había dicho que aquel hombre era epiléptico, aunque había oído decir que sus ambiciones políticas eran tan elevadas que aspiraba a sentarse en el trono.

—¿Qué deseas, hermano? —le preguntó Yehuda.

Daveed observó que su tono era nasal y grave.

—¿Puedo ver al rab?

—Ahora mismo está durmiendo.

Daveed frunció el ceño.

—Espero que esté bien. Es ya mediodía.

—Está muy mayor —le contestó Yehuda—. Nombraremos a un nuevo rab en la próxima luna creciente.

Algo en su tono, o quizá en su gesto, hizo que Daveed pensara que aquel hombre quería ser el sucesor del rab.

—Noble Yehuda... —empezó a decir.

De pronto sintió una inesperada puñalada en la conciencia. El tío de aquel hombre intentaba destruir la familia de Lea, pero era un hermano escriba, un hombre al que Daveed debía honrar y respetar.

—Quiero ser miembro de esta Hermandad dentro de ocho meses —siguió diciendo Daveed, que eludió el tema del empleo que tenía en aquel momento para no mencionar a Elías—, pero soy extranjero en Ugarit, así que no tengo a nadie que me recomiende.

Daveed había esperado que su linaje, el hecho de ser príncipe de la casa real de Lagash, le ayudaría a ingresar en la fraternidad, pero ahora debía tener cuidado de no mencionar Lagash, porque sin duda Yehuda habría oído que el nuevo escriba de Elías era de aquella ciudad.

—Podemos hacer excepciones —le dijo Yehuda.

Las antorchas de los candelabros que los rodeaban proyectaban sobre el anguloso rostro del escriba una procesión de sombras en movimiento. A Daveed le costaba interpretar su expresión. Esperó a que Yehuda dijera algo más, pero el escriba no dijo nada.

—¿Qué tipo de excepciones?

—Tenemos a hermanos miembros que tampoco entraron con recomendación.

—¿En serio? —preguntó Daveed muy interesado.

Sospechó lo que hacían para sortear la tradición de recurrir a recomendaciones. Seguramente aceptaban a escribas que demostraban ser hábiles y rápidos, con valores éticos y honestos. Daveed pensó que le harían un examen y se entusiasmó, convencido de que lo aprobaría.

—Permíteme que te muestre el edificio —le dijo Yehuda amablemente—, y si luego estás seguro de que quieres unirse a nosotros, te contaré lo que tienes que hacer. —Se detuvo y observó el brazo descubierto de Daveed—. Una pregunta: ¿qué significa esa daga? ¿Eres un escriba guerrero? Aquí no tenemos esa casta.

—Yo no lucho —le contestó Daveed—. La daga es solo simbólica.

Recorrieron la residencia de la Hermandad, un edificio de dos plantas con habitaciones privadas. Daveed oía música y risas femeninas al otro lado de las puertas cerradas, y habría jurado que le llegaba el olor a carne asada, cerdo y cordero. Pasaron por un santuario con un dios sentado en un altar, y observó que el incienso estaba frío, que la llama purificadora se había apagado. Daveed no dio crédito a sus ojos al tropezar con un escriba con la falda llena de manchas. Sin la menor duda aquellas manchas eran de vino.

Llegaron a un archivo con estantes polvorientos y mesas llenas de plumas, tinta, papiros, estiletes y arcilla. A Daveed le dio la impresión de que aquello era un desbarajuste, de que todo estaba desordenado. Las tablillas estaban apiladas al azar en los estantes, algunas de ellas rotas. Entró un escriba tan gordo que arrastraba los pies y tiró de cualquier manera una tablilla en un estante abarrotado, sin preocuparse de dónde iba a parar. Era evidente que el orden brillaba por su ausencia. Habían ido dejando tablillas

tiradas en el suelo hasta formar grandes pilas. Daveed estaba cada vez más furioso. Aquello era un delito.

Pero el mayor delito era el famoso emblema de la Hermandad, un disco rodeado de llamas, como un sol ardiente, y en el centro un ojo humano abierto que observaba. Era un símbolo tan antiguo que la neblina del tiempo había ocultado su origen y su significado. Daveed se preguntó si representaba a una deidad solar, puesto que tenía forma de sol. Pero era evidente que no la veneraban. A lo largo de su visita con Yehuda había visto aquel símbolo por todas partes, en las columnas, en las paredes y en las jambas de las puertas, pero pensó que nadie se ocupaba de ellos, porque estaban llenos de polvo y deteriorados. Aquel abandono era una falta de respeto.

Sintió vergüenza ajena. En Lagash, los escribas estaban orgullosos de su símbolo y le daban las gracias respetuosamente con un gesto o con palabras reverentes cada vez que se encontraban con él. El símbolo de una hermandad era como el nexo de una red gigante, que mantenía todos los hilos unidos. Si el nexo era débil, la red se desmoronaría.

Pero aquello no era todo. Como la palabra escrita, los símbolos —tanto los impresos en arcilla o piedra como los pintados en madera— tenían poder en sí mismos. La mera creación de un símbolo otorgaba vida a su esencia y trasladaba el poder del símbolo a las personas que lo contemplaban. Pero nadie respetaba el sol de la Hermandad, estaba totalmente descuidado, como si los hermanos lo consideraran mera arcilla, piedra o madera pintada.

Daveed estaba pasmado, paralizado. ¿Dónde estaba el respeto por su sagrada profesión?

—¿Alguna pregunta? —le dijo Yehuda.

Daveed pensó en el descuidado dios que habían dejado atrás.

—¿A qué dios rezan los hermanos antes de que empiecen a dictarles?

—Al que quieran, o a ninguno. Aquí no tenemos reglas tan estrictas. Los hermanos son libres de vivir como quieran. Solo tenemos una regla: cuando un escriba cobra por sus servicios, debe entregar parte de sus ganancias a la Hermandad.

—¿Cómo se organiza el día?

Yehuda arqueó una ceja.

—¿A qué hora se reza? —le preguntó Daveed—. ¿A qué hora hay que levantarse? ¿A qué hora comen los hermanos? ¿A qué hora hay que irse a dormir?

—No somos como otras casas, que creen necesario tratar a los hermanos

como a soldados. Cada quien vive como quiere.

—¿Se me permitirá ver la biblioteca sagrada cuando sea miembro de la Hermandad?

—Ya la has visto —le contestó Yehuda señalando hacia la sala por la que acababan de pasar.

Daveed sintió como si un caballo le pegara una coza. ¿Aquel montón de tablillas y papiros polvorientos, desordenados y desatendidos era la biblioteca sagrada?

—Pero ¿dónde puedo encontrar el Libro de la Creación, por ejemplo? —le preguntó sintiendo una fuerte opresión en el pecho—. No he visto etiquetas.

—No lo sé —le contestó Yehuda encogiéndose de hombros—. Nunca lo he buscado.

—¿Quién se ocupa de la biblioteca?

—Todos, de alguna manera —dijo observando atentamente a Daveed—. Quizá nuestra fraternidad no es lo que estás buscando. Parece que prefieres llevar una vida más estructurada.

—No, no, por Shubat, sigo queriendo entrar, si estoy preparado.

—¿Preparado? ¿Qué quieres decir?

—Que sin duda tendré que hacer exámenes...

Yehuda sonrió.

—No hay exámenes. El único requisito para entrar es una medida de oro.

—¿Oro? ¿No les interesa poner a prueba mi capacidad?

Yehuda se encogió de hombros.

—Aquí hay hermanos con diferentes aptitudes y niveles. Algunos son más hábiles que otros. Cuando entres en nuestra casa, te destinaremos al puesto en el que puedas ser más útil.

—Pero ¿cómo van a saber si al menos sé escribir? —le preguntó haciendo esfuerzos por no gritar.

Yehuda no dijo nada. Se limitó a mirarlo con sus ojos hundidos. Daveed se dio cuenta de algo espeluznante: hombres con un conocimiento rudimentario de su profesión, incluso sin el menor conocimiento, podían comprar su ingreso en la elitista Hermandad de Escribas.

Sintió náuseas. ¿Dónde estaban el honor y el orgullo? ¿Dónde estaba el exigente nivel que situaba aquella Hermandad por encima de todas las demás? El símbolo del disco del sol, descuidado y deshonrado...

—Perdóneme —logró articular—. Tengo que marcharme... Me lo pensaré.

Y dando tumbos volvió a cruzar los vestíbulos y pasillos impregnados del olor a carne asada y a perfume de mujer, y en los que se oían flautas y risas. Se cruzó con hombres gordos que olían como si no se hubieran bañado en semanas. Intentó alejar de su mente la imagen de la descuidada biblioteca, el polvo, las telarañas, las tablillas rotas y el revoltijo de documentos escritos que podían ser tanto el antiguo Libro de las Profecías como la escritura de propiedad de un criador de ovejas.

Salió tambaleándose a la cegadora luz del patio, donde médicos, abogados y escribas ejercían su profesión a cambio de oro, a donde llegaban los ciudadanos con sus necesidades y sus deseos, hombres y mujeres inocentes que creían que aquellos profesionales eran honrados y que se regían por la ética —porque ¿eran los abogados y los médicos mejores que los escribas?—, y se abrió camino entre la multitud sintiendo que el mundo se derrumbaba a su alrededor y que su sueño se desmoronaba. El dolor de decepcionar a su dios le oprimía el corazón.

Tomó la carretera principal que salía de Ugarit sintiendo que la oscuridad le arrasaba el alma, porque no había nada peor que la desilusión y la pérdida de los ideales. Con los ojos llenos de lágrimas, se hizo una promesa a sí mismo: En cuanto acabe mi aprendizaje con Elías, me marcharé de Ugarit y de su corrupción, y me llevaré a Nobu y a Shubat a una ciudad en la que nadie me conozca. Me colgaré mi tablilla, conseguiré una clientela de hombres acaudalados y poderosos, y me haré rico. Y no volveré a llamar «hermano» a nadie.

Lea se preguntaba dónde había ido Daveed aquella mañana, vestido tan elegante. Era raro que Nobu hubiera vuelto poco después, sin su amo. Intentaba no pensar en él y ser una buena esposa, pero le resultaba muy duro. Si al menos Caleb hubiera mostrado pasión, emoción, algo... Pero la trataba con total indiferencia, como si fuera una mesa o una silla.

Se acercó a la puerta del jardín. Aquella mañana, mientras su tía Raquel se bebía su tónico diario, le había dicho: «La mirra es lo mejor para evitar que los malos espíritus infecten las heridas. Como es una planta sagrada, la resina de mirra es un emplasto perfecto para hacer curas». Lea se preguntaba si podría plantar un arbusto de mirra. Iría al mercado de la ciudad a comprar semillas o esquejes.

Habían encontrado sueño de Moloch. Raquel había visto la planta y la había reconocido de inmediato, aunque el mercader la llamó cannabis. Al ver

que en Ugarit podía conseguirse aquella planta medicinal, Lea se preguntó en voz alta si Zira no se la habría dado ya a su hijo, pero su tía Raquel le dijo: «Solo mi marido conocía sus facultades curativas para la epilepsia. Las descubrió por casualidad y nunca se lo contó a nadie». Para asegurarse, Lea preguntó al mercader por las propiedades curativas del cannabis, y aunque el hombre le recitó una larga lista, entre ellas calmar a los demonios que producían dolor, congestión, rigidez en las articulaciones e insomnio, no incluyó la epilepsia, de modo que Lea pensó que podría ofrecer a Zira una cura que no conocía.

Raquel y ella plantaron el esqueje, y desde entonces Lea había cuidado del sueño de Moloch y de todas las demás plantas que cultivaba en su jardín privado, con las que elaboraría pociones medicinales.

Apoyó una mano en la vieja puerta de madera y con los dedos de la otra apretó un medallón que había comprado en el templo de Asera con la esperanza de que su poder diera fuerza a sus plantas. El medallón era una piedra redonda y plana, de color rosa claro y con un grabado en forma de árbol, el símbolo sagrado de Asera.

Empujó la puerta, entró y necesitó unos segundos para entender lo que estaba viendo. El jardín no estaba como lo había dejado el día anterior, con sus tallos verdes, su hiedra, sus pequeños brotes y su tierno césped. En un primer momento pensó que el viento debía de haberse abierto camino entre aquellas paredes, porque todas las pequeñas plantas y los brotes estaban arrancados de raíz y esparcidos por todas partes. El sueño de Moloch estaba tan destrozado que era imposible salvarlo. ¡Su planta! El «hijo» que luchaba por sobrevivir a la sombra del «padre» muerto estaba tirado junto al muro, sin raíces. El viento no podía hacer algo así. Era evidente que detrás de todo aquello había una persona. Pero ¿quién?

Entonces vio una flor de marfil entre los tallos y las hojas esparcidas. No era una flor de verdad, sino la peineta favorita de Tamar, que debía de habersele caído sin que se diera cuenta.

Tamar le guardaba rencor desde que Baruch se había marchado a otra ciudad a casarse porque su padre temía no poder recurrir a los barcos de Jotam para exportar sus aceitunas. Tamar tenía derecho a culpar a Lea de haberle roto el corazón, y la propia Lea aceptaba que las desgracias familiares eran culpa suya. Pero ¿cómo había podido hacer algo así?

Lea buscó a Tamar en la planta baja y después subió al piso de arriba. Mientras buscaba a su hermana, su enfado inicial dio paso a la tristeza, porque

entendía que le había hecho mucho daño. Ahora que estaba enamorada de Daveed, sabía lo que había sentido Tamar por Baruch.

Tamar perdió su oportunidad con Baruch por culpa de mi desobediencia. Encontraré la manera de arreglarlo. Haré las paces con ella.

Llegó al dormitorio de su hermana y llamó a la puerta. Tamar le gritó que entrara. Lea abrió la puerta, dio un paso... y se quedó paralizada.

Tamar y Caleb...

De pronto sintió que la habitación daba vueltas, como si las paredes se le cayeran encima. Lea oyó vagamente la carcajada presuntuosa de Tamar y vio, como entre neblina, los fríos ojos de Caleb. No se movieron. Se quedaron como estaban, desnudos bajo una sábana, sin el menor gesto de consternación, de pudor o de sorpresa por haber sido descubiertos.

Lea se llevó las manos al estómago, se giró y salió corriendo.

Daveed volvía de Ugarit tan sumido en sus amargos pensamientos y desilusionado que al principio no vio a Lea saliendo de la puerta principal y corriendo por la carretera.

Ya estaba haciendo planes para marcharse, aunque tendría que esperar unos meses. Se informaría sobre las posibilidades de trabajo en otras ciudades y se enteraría de dónde necesitaban escribas, pero buscaría también una ciudad con gran cantidad de familias ricas. No se trasladaría a una población ganadera o agrícola, y sin duda tampoco a un pueblo, sino a una ciudad próspera como Damasco o Jericó, incluso más al sur. Quizá podría desplazarse al lejano Egipto, donde los escribas eran honorables y tenían un código ético y moral.

Se detuvo al ver a Lea corriendo con la melena al viento. La llamó y la chica siguió corriendo hasta chocarse con él. Daveed la sujetó y la abrazó. Lea lloró entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado?

Lea abrió la boca, jadeó e intentó respirar.

- *Halla!* —gritó—. ¡Daveed, no puedo respirar! No puedo dejar de llorar. ¡Ayúdame!

Daveed la sacó de la carretera y la llevó bajo la protección de un emparrado que crecía junto al muro norte de la casa. Lea seguía jadeando, como si se ahogara.

—No puedo...

Su garganta emitía sonidos preocupantes. Henchía el pecho, pero el aire

no le llegaba a los pulmones. No dejaba de llorar y le sobresalían las venas del cuello.

Daveed la sujetó por los hombros, como si fuera a sacudirla.

—¡Lea!

De lo más profundo de su pecho surgieron extraños sonidos. Abrió la boca. No podía respirar. Daveed la rodeó entre sus brazos, apretó con fuerza y sintió las convulsiones de las frágiles costillas de la chica.

—¡Respira, Lea!

Lea echó la cabeza hacia atrás.

—No pue...

Daveed inclinó la cabeza hacia delante, colocó la boca sobre sus labios y expulsó aire hasta que la garganta de Lea se calmó. La chica se aferró a él mientras respiraba por ella, mientras le introducía y le expulsaba el aire, hasta que sintió que su cuerpo empezaba a relajarse y los extraños sonidos remitían.

Daveed levantó por fin la cabeza y la miró.

—¿Puedes respirar?

Lea lo miró a los ojos. Sus dedos se aferraban a la tela azul de su capa.

—Sí —susurró.

—¿Qué ha pasado?

—Mi jardín... Tamar...

Con palabras vacilantes y frases entrecortadas le explicó la increíble historia de odio y destrucción, de adulterio y traición.

Cuando terminó de contárselo, Daveed estaba tan atónito que no supo qué decir. No le contó su desilusión de aquella mañana en la Hermandad, porque le pareció demasiado, y egoísta por su parte. Lea volvió a llorar entre sus brazos, suavemente y sin histeria, Daveed sintió el temblor de su cuerpo, y en aquel preciso momento el mundo de Daveed volvió a cambiar. Los planes de trasladarse a otra ciudad se desvanecieron. Supo que jamás se marcharía de Ugarit. Supo que jamás abandonaría a Lea.

Al final Lea se apartó con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Qué hacemos con Caleb y Tamar?

—De momento no digas nada a tu padre y a tu abuela. Tengo que pensarlo. La reputación de tu familia todavía es demasiado frágil para resistir otro golpe. Respeto a tu padre y no quiero que sufra. Quizá hable con Caleb.

Pero Lea sabía que el problema no era Caleb. Ahora sabía que no quería a nadie, que era un hombre desapasionado y frío, que seguramente tampoco sentía deseos. No lo culpaba. Creía que sencillamente algunos hombres eran

así. El problema era Tamar, que había utilizado a su marido contra ella. Y Lea sabía que Tamar volvería a hacerlo.

—Daveed, ¿puedes pedirle a tu esclavo que se marche, por favor? —dijo Elías—. No puede ver lo que quiero mostrarte.

Nobu no esperó a que su amo le diera la orden.

—Tengo que ocuparme de tus túnicas —dijo inclinando la cabeza y saliendo discretamente.

Ser el acompañante personal de un escriba tenía sus ironías. Por un lado, estaba al corriente de asuntos de la familia que los esclavos de la casa no conocían, pero, por otro, como contaban al escriba los secretos más privados de la familia, necesariamente tenían que despachar a su esclavo.

Nobu salió del almacén de vinos y recorrió el polvoriento camino de vuelta a casa sin darle demasiadas vueltas. Las voces de los dioses no dejaban de acosarlo desde el día anterior, cuando su amo había vuelto a casa y le había comunicado que al final no entraría en la Hermandad y que no tenía ni idea de lo que harían cuando acabara su año de aprendizaje. Nobu dio las gracias a los dioses por vivir en casa de un vinatero, ya que nunca le faltaba el remedio para acallar aquellas voces.

Daveed siguió a su jefe hasta el fondo del almacén, donde exquisitas variedades de vino esperaban en barricas de madera a que las envasaran y las empaquetaran para transportarlas por barco. Intentaba prestar atención a lo que Elías le decía, pero solo podía pensar en Lea. La noche anterior había dicho que le dolía la cabeza y se había retirado temprano para evitar a su abuela y a sus hermanas, que sin duda se habrían dado cuenta de que le pasaba algo. Daveed había pasado toda la noche en vela yendo de un lado a otro de la terraza, enfadado y confundido, intentando analizar el torbellino de emociones en el que estaba atrapado. Había sido un día de grandes conmociones. Primero su desilusión con la Hermandad, y luego enterarse de la escandalosa conducta de Caleb y Tamar. Le había dicho a Lea que pensaría lo que hacer, pero no se le había ocurrido nada. Aquella mañana todavía no la había visto, porque, nada más salir el sol, Elías lo había mandado llamar.

Mientras pasaba entre los barriles de vino escuchando el nuevo plan de Elías para salvar a su familia y su negocio, Daveed se preguntó si debía hablarle de la despreciable conducta de su yerno.

Para facilitar las transacciones comerciales, los hombres ricos, como Elías y Jotam, recurrían a la oficina de cambio situada junto a la Casa de Oro,

donde los prestamistas ofrecían almacenes seguros para el oro y la plata, y donde los acreedores y los mercaderes presentaban letras de cambio y recibían por ellas dinero. Sin embargo, la mayor parte de las riquezas siempre se guardaba en casa para no perderla de vista.

—He encontrado a un propietario de barcos que transportará mis vinos por la costa y Chipre —dijo Elías deteniéndose ante un gran barril de vino—. Y a cuatro caravaneros que los trasladarán al norte y al este. Pero me piden que les pague por anticipado. No quieren esperar a que el destinatario me pague. También voy a liquidar la deuda con mi último acreedor para que Jotam no pueda seguir haciendo de las suyas.

Elías desplazó el barril hacia un lado y dejó al descubierto una trampa de madera en el suelo. Cogió una antorcha encendida de un candelabro de la pared, se inclinó para levantar la trampa y Daveed vio una escalera que descendía a una bodega.

—Ven conmigo —le dijo Elías.

Y bajaron.

—Como no me queda dinero en el banco, debo recurrir a mi fortuna personal. Será un gasto importante, pero el sacrificio detendrá la recesión que me ha provocado Jotam. En esta bodega tengo dinero suficiente para estabilizar mi fortuna, librarnos de la amenaza de Jotam y dejar una parte para...

Se detuvo en seco cuando llegó al último escalón y la antorcha iluminó la cámara subterránea de piedra.

Estaba completamente vacía.

Daveed miró a su alrededor confundido. Elías seguía paralizado. En el suelo polvoriento se veían las marcas que señalaban dónde habían estado los cofres. Las paredes estaban cubiertas de estanterías vacías, y en las hornacinas no había absolutamente nada.

- *Halla!* —exclamó Elías adentrándose en la cámara—. ¡Que Dagan nos proteja! ¿Qué ha pasado? He estado aquí hace muy poco, y la cámara estaba llena desde el suelo hasta el techo.

Recorrió la bodega con los ojos muy abiertos, sin terminar de creérselo. ¿Dónde estaban las piedras de ónice, ágata, cornalina y turquesa? ¿Dónde estaban las joyas de perlas, cristal y coral que habían pertenecido a su familia durante generaciones? ¿Y los jarrones de plata de Babilonia, las bandejas del más delicado oro y la bonita urna de malaquita, todo ello de valor incalculable?

Una figurilla sumeria, una cabra con las patas delanteras levantadas y comiéndose las hojas de un árbol, toda la pieza de oro macizo y cubierta de lapislázuli pulido. Una estatua de oro de Dumuzi procedente de Ur, con los ojos de rubí y la corona de marfil. Un escudo de bronce de una famosa batalla de hacía casi cien años, y una espada con gemas incrustadas en la empuñadura.

Los ojos de Elías se llenaron de lágrimas. Durante más de un siglo, cada generación había aportado objetos valiosos a aquella colección para legarla a los descendientes futuros.

Todo había desaparecido.

—Jefe, ¿quién más sabía dónde estaba esta cámara secreta? —le preguntó Daveed.

Adivinó la respuesta antes de que Elías hubiera abierto la boca. Su nuevo yerno, Caleb. Debía de saberlo, porque estaba destinado a ocupar el lugar de Elías como cabeza de familia y a ponerse al frente del negocio de vinos.

—Traje a Caleb el otro día —le contestó Elías en un susurro—. Me juró que guardaría el secreto. Le dije que algún día todo eso sería de sus hijos y de sus nietos.

—¿Cómo puede habérselo llevado? Seguro que tantas riquezas pesan mucho.

Elías no podía articular palabra. Daveed supuso que Caleb habría sobornado a un par de esclavos encantados de llevarse algunos aros de oro y escapar a un lugar donde nunca pudieran encontrarlos. Supuso también que si Caleb se había llevado el tesoro, seguramente Elías y su familia no volverían a verlo.

Daveed fue de pronto consciente de lo que aquello significaba, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. El último dinero de Elías había desaparecido. No habría manera de detener la caída.

Las mujeres estaban en el patio remendando ropa.

—Hoy he ido al barrio egipcio... —dijo Ana.

Abigaíl hizo un gesto de desdén.

Ana no le hizo caso. No compartía el odio de su suegra a los egipcios. De hecho, sus artículos le parecían bonitos y prácticos, y casi todos los comerciantes egipcios con los que hablaba eran muy amables.

—Me ha llegado el rumor de que la reina Hatshepsut está enferma. No sé si será verdad, pero, si lo es, ¿qué pasará si su hijastro llega al trono?

—Todo el mundo sabe que el príncipe regente Tutmosis arde en deseos

de conquistar el mundo —dijo Abigaíl.

Soltó un suspiro exasperado, deshizo una puntada y siguió cosiendo. El mero hecho de pensar en los egipcios le hacía perder el control de la aguja. Habían pasado dos generaciones desde que el primer Tutmosis invadiera Canaán, tomara ciudades como Jericó, estableciera cuarteles fortificados al mando de oficiales militares, creara puestos administrativos para gobernar las ciudades y convirtiera a los reyes locales en vasallos del faraón. Pero desde entonces Egipto había perdido el control de las poblaciones del norte, incluida Ugarit, aunque debían pagarle un tributo anual.

—Abuela, ¿habrá guerra si Hatshepsut muere?

Pero ya estaban en guerra. Abigaíl llevaba años viendo indicios, los indicios del cambio. Las modas y las costumbres egipcias, los artículos importados e incluso los dioses se infiltraban poco a poco en la sociedad cananea. Le aterrizzaba. Todos decían que era producto de la inteligente política exterior de Hatshepsut. Utilizaba el comercio pacífico para hacer de Egipto el país más rico del mundo. En lugar de construir carros de guerra y fabricar armas, la reina construía barcos mercantes y fabricaba artículos que transportaba a todos los países, lo que creaba una demanda de productos egipcios como nunca antes había existido, porque los ciudadanos de los demás países creían que no podrían vivir sin cristal, perfume, papel y turquesas de Egipto.

Ni siquiera las sacerdotisas de Asera eran inmunes. Durante generaciones, las mujeres de la casa de Elías habían cosido las elegantes túnicas de las mujeres que se ocupaban del templo de Asera, pero ahora decían que querían ropa de lino, y el lino solo procedía de Egipto.

Así es como nos conquistarán, pensó Abigaíl con temor. Las armas que utilizarán nuestros conquistadores serán las baratijas y la ropa. Invasión mediante la persuasión. Conquistar un pueblo sin que se dé cuenta siquiera.

Lea estaba ante su telar, guiando la aguja hábilmente entre los hilos de la trama. Las mujeres que estaban con ella nada sabían de sus turbulentas emociones. La imagen de Tamar y Caleb en la cama... Como le había aconsejado Daveed, no se lo había contado a nadie. La noche anterior se había quedado despierta en la cama, a oscuras, esperando a Caleb, pero no llegó. ¿Y dónde estaba Daveed por la mañana? Pensó que lo vería, que le diría lo que había pensado que debían hacer, pero no lo había encontrado en toda la casa.

Abigaíl habría preferido que Ana no sacara el tema de Egipto. Le recordaba su antigua casa de Jericó, en donde nació. Su madre era de Ugarit,

por eso procedía del linaje del rey Ozedia. La familia de su padre había vivido en la casa de Jericó durante generaciones, pero de pronto, una noche en llamas, se la quitaron. Y por esta razón Abigaíl había prometido que nunca volverían a quitarle su casa. No se la quitarían los egipcios, y desde luego tampoco Jotam y Zira.

—¿Es verdad que los egipcios circuncidan a sus hijos? —preguntó Ana—. Dicen que los habiru también lo hacen.

Abigaíl lanzó una mirada suplicante a su nuera.

—Ana, querida, ¿te importa que cambiemos de tema, por favor? ¿Dónde está Tamar? Ha dejado abandonada la costura. Ester, ve a buscar a tu hermana. Últimamente está cada día más holgazana.

—Sí, abuela —dijo Ester.

Y se marchó.

—Ana, querida —empezó a decir Abigaíl—, la verdad es que no sé qué mosca te ha...

—¡Caleb! Caleb, ¿dónde estás?

Las dos mujeres se giraron en dirección a los gritos de Elías.

- *Halla!* ¿Qué le pasa a mi marido?

Elías entró hecho una furia, con Daveed pisándole los talones.

—¿Dónde está Caleb? ¿Dónde está ese canalla?

Abigaíl dejó el bordado a un lado y se levantó de la silla.

—¡Hijo mío, invoca a los dioses! Pareces muy asustado. Cálmate. ¿Por qué estás buscando a Caleb? ¿Por qué lo llamas canalla?

—Vengo de la bodega. ¡El tesoro de la familia ha desaparecido! ¡Absolutamente todo! Y aparte de mí, solo Caleb sabía dónde estaba escondido.

Ana y Lea se levantaron de un salto.

—Reza una oración, hijo mío. Sin duda has perdido el juicio —le dijo Abigaíl—. Es tu yerno. No se atrevería a robarnos.

Pero mientras lo decía, un terrible presentimiento se apoderó de ella. Salió corriendo del patio sin decir una palabra más. Elías y los demás la observaron correr y al momento oyeron un grito.

—¡Madre! ¿Qué sucede?

Abigaíl apareció temblando por el pasillo.

—¡Que los dioses nos protejan, Elías! Mis anillos de oro y plata... Mis joyas... Todo ha desaparecido.

—¡Abuela! —exclamó Ester entrando en el patio—. Tamar no está. Ha

desaparecido su ropa, sus joyas, sus zapatos y sus peinetas. ¡Abuela, la habitación de Tamar está vacía!

—¡No me importa Tamar! —gritó Elías—. ¿Dónde está Caleb?

—Debe de haberse ido también, padre —le contestó Lea en voz baja y en tono tranquilo.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está?

Los ojos de Daveed se encontraron con los de Lea.

—Los encontré ayer juntos... en la cama.

Elías se tambaleó y Daveed lo sujetó. Ayudó a su jefe a sentarse en una silla.

—Mis anillos de oro y plata eran herencia de tu padre —dijo Abigaíl con voz entrecortada. Retorcía tanto las manos que se le habían quedado blancas. Temblaba—. ¡Asera! ¡Dagan! ¡Baal! ¡Ayudadnos! Hijo mío, tu hija y el marido de Lea... —Se le cortó la voz—. Nos han robado y se han fugado juntos. —Se cubrió la cara con las manos—. Bendita Asera, ¿qué hemos hecho para merecer esto?

—Daveed, vamos a escribir cartas ahora mismo —dijo Elías muy serio—. Mi madre te dictará una, y después yo tengo que escribir varias más.

—¿Yo? —preguntó Abigaíl.

—Escribirás a tu prima de Damasco y le dirás que nos mandó a un ladrón adúltero. Exijo una compensación. La familia de tu prima tendrá que devolvernos el dinero que he perdido. Vendrán en persona y nos pedirán perdón en la plaza pública. En cuanto se corra la voz, y se correrá, porque no podréis cerrar la boca de todos los esclavos y clientes de esta casa, seremos el hazmerreír de toda Ugarit. Y el que más se reirá será Jotam.

Pasó una semana. Las cartas estaban ya en camino. Cartas destinadas a los amigos de Elías que seguían siéndole leales pidiéndoles ayuda, a la oficina de cambio, a los prestamistas y acreedores, pero sobre todo a la prima de Damasco. Abigaíl le había escrito una dura queja e insistió en que debían devolverles el dinero que les habían robado.

Daveed iba y venía por el suelo lleno de piedras preguntándose si la pareja adúltera habría vuelto a la casa de Caleb. Si había decidido buscar refugio allí, su familia no devolvería el dinero.

Aunque quizá estaban muy lejos, en una ciudad extranjera, gastándose la fortuna de Elías y riéndose.

Pensó en la familia de Elías. No merecían aquella desgracia. En especial

un hombre tan honorable y honrado como su jefe.

Habría querido hacer algo, pero todavía no había hecho amigos ni contactos en Ugarit y había agotado todas las cartas de crédito para el banquete de boda.

Pero sobre todo lo lamentaba por Lea. Mantenía la cabeza alta y había insistido en ir al mercado, aunque, como Elías había previsto, las noticias se habían extendido por la ciudad como un fuego imparable. Los chismorreos sentían especial debilidad por las desgracias de los ricos y poderosos. Daveed la había seguido para asegurarse de que estaba bien, pero Lea había recorrido con dos criados los puestos de los mercaderes, se había detenido a mirar productos e incluso había bromeado con la gente sin hacer caso de las miradas, las sonrisas y los murmullos. Una esposa abandonada.

Daveed estaba cada vez más atormentado.

Luego había ido a aquel lugar remoto, en el campo, lejos de la ciudad, para dirigirse más fácilmente a sus dioses y encontrar respuestas. No entendía cómo los dioses podían escuchar las oraciones que la gente susurraba en los templos o en los altares de sus casas, donde había demasiado ruido y distracciones. Sin embargo, allí, en la naturaleza de Canaán, lejos de los hombres, de las murallas y de los carros, bajo el sol y el aire puro, entre árboles, arbustos y flores fragantes, era posible encontrar un camino que llevara directamente a los dioses y hablarles desde el corazón.

No se llevó con él a Nobu, solo a Shubat, al que ahora sacó del maletín que lo protegía. Encontró una piedra grande entre las rocas esparcidas por aquel paraje, la limpió y colocó encima a Shubat, que, sentado en su trono, fijaba sus divinos ojos en Daveed.

Se arrodilló y empezó a rezar.

De pronto se levantó una brisa que desconcentró a Daveed y le hizo abrir los ojos. Algo se movió a un lado de su campo visual. Giró la cabeza y vio una serpiente moviéndose muy despacio entre la hierba. El animal era de color rosa con manchas marrones oscuras que formaban un dibujo a lo largo de todo su cuerpo. Avanzaba por el suelo levantando la cabeza, plana y triangular. Como Daveed reconoció que no era venenosa, mientras reptaba hacia él contuvo la respiración y la observó. La nariz de la serpiente chocó contra una roca, y Daveed esperó que se diera la vuelta, pero la serpiente se quedó inmóvil. De repente empezó a frotar la cara en la dura superficie. Daveed la contempló fascinado. Al momento entendió que la serpiente estaba a punto de mudar la piel, y le maravilló todavía más.

Aunque se creía que encontrarse una serpiente daba buena suerte, ser testigo de cómo mudaba la piel se consideraba la mayor de las fortunas, porque, como muy pocas personas vivían esa experiencia, quería decir que algo maravilloso iba a sucederle a quien la presenciaba. Toda Ugarit hablaba todavía del mendigo cojo que, después de ver una serpiente mudando la piel, se encontró una bolsa de aros de oro que al parecer no tenía dueño.

El aire vespertino se volvió más cálido y denso. Daveed no apartaba los ojos de la serpiente. Como estaba a escasos centímetros de su sandalia, podía contemplar la perfección de su largo cuerpo cubierto de escamas, un milagro de la naturaleza, una obra de los dioses. El zumbido de las moscas y las abejas invadió el silencio, y el joven escriba se abandonó a la pureza del campo, incapaz de moverse y respirando con dificultad.

Observó sobrecogido a la serpiente frotando una y otra vez la cara contra la piedra hasta que la piel blanquecina se le desprendió de los ojos y dejó al descubierto dos brillantes córneas marrones con estrechas hendiduras. El animal siguió frotándose contra la piedra hasta que consiguió desprenderse de un envoltorio de piel vieja y apareció debajo una bonita piel nueva. Daveed pensó que una serpiente que ya era hermosa se convertía ahora en un animal todavía más impresionante.

Se sumergió en aquel milagro maravilloso mientras el sol se deslizaba hacia el oeste. Estaba presenciando el renacimiento de una criatura inmortal. Las sombras de los árboles y de las rocas se hacían cada vez más grandes. Las verdes montañas que lo rodeaban adoptaron un tono dorado y después lavanda. La serpiente siguió su difícil labor pacientemente, sin descanso, ondulándose de forma hipnótica mientras la piel externa se enrollaba como una diadema de tela. El animal se movía y Daveed lo observaba. El campo empezó a refrescar y las flores empezaron a cerrarse. Los estanques se quedaron a oscuras. Y la piel muerta de la serpiente seguía enrollándose alrededor de su cuerpo.

Daveed contuvo la respiración mientras la serpiente empujaba la última parte de su antigua vida del cuerpo brillante de su nueva vida. Después se alejó reptando muy despacio, como orgullosa o como si le doliera, o estuviera cansada, hasta que desapareció debajo de un seto, y Daveed se quedó solo con los restos de una criatura inmortal.

Pasó un largo rato. Daveed se sentía atrapado entre la realidad y lo sobrenatural. No sabía cuánto tiempo había pasado allí, observando el milagro, pero no estaba agarrotado, ni cansado, ni hambriento. Se sentía

inesperadamente eufórico.

Era como si la mano de Shubat lo hubiera tocado.

Se inclinó para coger la piel que había dejado la serpiente —debía de ser valiosísima—, pero se detuvo. Las serpientes, que todo el mundo sabía que eran inmortales, eran sagradas, así que la piel que dejaban también lo era. Había que dejarla que se desintegrara y regresara a la tierra.

Daveed se volvió hacia la estatuilla. Había oscurecido tanto que apenas se veía.

—Gracias, Señor, por ofrecerme este día de esperanza. Estaba totalmente hundido y me has levantado con un milagro.

La serpiente había mudado la piel delante de un ser humano, se había expuesto ante su peor enemigo. No se había alejado reptando para hacerlo a escondidas, sino que había decidido colocarse ante un hombre que habría podido matarla.

Aquello era una señal de Shubat.

Y Daveed sabía lo que significaba: Shubat le había enviado una señal para que recordara que la vida se renueva constantemente, como el invierno da paso a la primavera. El gran ciclo sagrado de la vida. Y así como la tierra había muerto y tuvo que volver a nacer, exactamente igual que la serpiente, como el día, que moría en la noche para volver a nacer, las demás cosas también debían corromperse antes de recibir una nueva vida.

La Hermandad.

Aquella era su misión. Ayudar a la Hermandad a renovarse. Shubat estaba diciéndole que no bastaba con ser rab de la Hermandad, con ser el guardián de la biblioteca sagrada. Su destino iba más allá. Debía devolver la fraternidad al camino recto, la pureza y la integridad. Ahora lo entendía. La Hermandad debía volver a nacer, como la serpiente.

Lea estaba en la azotea, contemplando las luces de la ciudad.

Como la gente temía a los malos espíritus de la noche, en cuanto se ponía el sol encendían lámparas. En todas las casas, desde la choza más humilde hasta el palacio real, se encendían antorchas, velas y lámparas para mostrar a los malos espíritus que aquella casa estaba ocupada y que no podían entrar. Por eso Ugarit brillaba y centelleaba, como si las estrellas hubieran caído del cielo para decorar la ciudad.

Lea estaba muy triste por su padre y por toda su familia. Se habían convertido en la comidilla de la ciudad. Ester lloraba cada día. Abigaíl

discutía a todas horas con Elías. Y ella había sido abandonada por su marido.

Oyó un ruido, se giró y vio a Daveed a la luz de las estrellas.

Al acercarse a ella, Lea observó un extraño brillo en sus ojos. Daveed le abrió su corazón y le contó por fin en tono calmado su desilusión en la Hermandad, cómo su sueño se había hecho añicos. Y después le habló de lo que había sucedido con la serpiente y del mensaje de Shubat.

—Salí de la Hermandad enfadado y confundido, pero Shubat me ha abierto los ojos. Ahora me doy cuenta de que mis hermanos escribas están perdidos. Necesitan que alguien los guíe para recuperar una vida respetable y honorable. Encontraré la manera de ver al rab y comentarlo con él. Y si hablar con el rab no sirve de nada —siguió diciendo en tono apasionado—, ingresaré en la Hermandad y lucharé por conseguir el puesto de rab, porque cuando sea el director devolveré a mis hermanos escribas al camino de la honestidad, la integridad y el honor. —Cogió a Lea por los hombros—. Lea, hasta ahora no éramos libres. No podía hablarte de mi amor, pero te quiero, y en cuanto pueda, en cuanto haya concluido mi noviciado, quiero que estés a mi lado.

—No puedes pensar en estas cosas, Daveed —le contestó Lea llorando—. Ni yo tampoco, por mucho que desee estar contigo. Sigo estando casada. Caleb es mi marido, esté donde esté. Y mi obligación es dar a mi padre un nieto, cosa que solo puedo conseguir si tengo marido. Tengo que rezar para que Caleb vuelva.

La expresión de Daveed se ensombreció.

—¿Permitiría tu padre que ese hombre volviera a su casa?

—Si Caleb se arrepiente sinceramente y promete devolver el dinero que robó, mi padre permitiría que volviera para tener un nieto y para salvar la imagen y la reputación de la familia.

Daveed le clavó los dedos en los hombros. Temblaba de deseo. Quería besarla, hacerle el amor a la luz de la luna, pero jamás deshonraría a la mujer a la que amaba.

—Entonces solo puedo rezar para que Caleb no vuelva —dijo muy serio—. Según la ley, si dentro de siete años no ha vuelto, serás libre, Lea. Y podrás casarte con quien quieras. Y rezaré, mi querida Lea, para que sea yo.

Capítulo 7

Ana acariciaba el rostro de Elías, que estaba dormido.

Habían hecho el amor y, como siempre, Ana tardaría un rato en dormirse. Su marido le daba tanto amor y se sentía tan bien que le gustaba prolongar aquel momento.

Elías era atractivo, alto y corpulento, bondadoso y de mentalidad abierta. Todo el mundo lo quería, incluso los que tenían tanto miedo a Jotam que no hacían negocios con él, o no iban a su casa, o ni siquiera lo saludaban por la calle. Lo que más conmovía a Ana era la calma con la que su querido marido se tomaba aquella adversidad. «No te preocupes, cariño —la tranquilizaba una y otra vez—. Jotam no podrá seguir así mucho tiempo. Los dioses están con nosotros. Venceremos.»

¿Venceremos?, se preguntó ahora. Por primera vez en los veintidós años que llevaba con Elías se preguntaba si lograría que la familia resistiera aquella tormenta. Hacía ya un mes que Caleb y Tamar se habían fugado, y todavía no habían vuelto. Nadie sabía dónde estaban. La prima de Damasco no los había visto. A Ana no le importaba no volver a ver a Caleb, pero echaba de menos a su hija y rezaba para que estuviera bien. Además, al haberse marchado Caleb, no había esperanza de que Lea se quedara embarazada.

Todo por los rencorosos Jotam y Zira. ¿Durante cuánto tiempo les guardarían rencor? Ana se había ofrecido para pedirles disculpas públicamente, pero no habían aceptado. Y ya no podían entregarle a Lea, porque Jotam había perdido el interés por ella. Decía que no iba a quedarse con lo que otro hombre había dejado (aunque no dio por concluida su terca venganza contra Elías).

Y así, sin Tamar y sin la posibilidad de volver a casar a Lea, y con Ana entrando en esa fase de la vida en que empezaría a perder la menstruación, y por lo tanto dejaría de ser fértil, la casa de Elías perdía las esperanzas de engendrar a un heredero.

Se levantó de la cama, se cubrió con una túnica de lana —las noches de otoño eran frescas y húmedas— y salió a la galería interior que daba a la sala de las visitas, donde había empezado todo: las palabras de mal agüero de Zira, la pregunta de Abigaíl sobre la epilepsia de Yehuda, el parto prematuro

de Ana y el niño que nació antes de tiempo. La casa estaba en silencio pero iluminada, porque en cada habitación había al menos una pequeña lámpara de aceite encendida.

Ana sabía que al final Lea podría volver a casarse, pero tenía que esperar siete años. Supuso que aquella ley que parecía absurda tenía su origen en un episodio lejano, en algún marido que viajó a un territorio distante, sufrió algún percance y tardó años en volver a su casa, y al llegar se encontró con que su mujer se había vuelto a casar. Seguramente los legisladores consideraron que siete años era un plazo razonable, porque cualquier hombre, por extremas que fueran sus circunstancias —tanto si lo metían en la cárcel como si lo capturaban los piratas—, si de verdad quería volver a casa, en siete años podía conseguirlo.

Ana suspiró. En cualquier caso, la ley era la ley. Y como no tenían más hijas que pudieran darles un nieto, que la casa tuviera un heredero dependía solo de ella.

De pronto pensó en un tema doloroso que había intentado evitar. Los hombres recurrían a esclavas para proporcionarse placer. Era una práctica tan antigua como la humanidad. Si tenían descendencia, el hombre decidía si reconocía o no al niño y si le otorgaba la ciudadanía y todos los derechos de una persona libre. A las niñas raramente las reconocían. E incluso en el caso de los niños, entraban en juego diversos factores.

El vinatero Elías nunca había tenido que enfrentarse a aquella decisión, porque nunca había buscado placer con una esclava o con cualquier otra mujer. Se había casado con Ana a los diecinueve años y solo tenía ojos para ella. Estaba loco por ella, como diría Abigaíl. Al principio, a su madre le complacía. Adorar a la pareja era admirable, siempre y cuando no interfiriera en la buena marcha de la familia. Pero la casa necesitaba hijos, de modo que Abigaíl creía que Elías estaba siendo egoísta, cosa poco propia de él, y así se lo había comentado a Ana. Aunque todo el mundo pensaba que era generoso y justo, en este caso Elías estaba siendo egoísta y obstinado. Abigaíl se había quejado abiertamente a su nuera de que Elías solo plantara su semilla en ella cuando debería fertilizar otros surcos. Si una concubina daba un hijo a Elías, podría reconocer al niño para que fuera un ciudadano de Ugarit. Podría concederle todos los derechos de una persona libre y nombrarlo su heredero, y su linaje dejaría de correr el peligro de extinguirse.

Un linaje, como a Abigaíl le gustaba puntualizar, que descendía del rey Ozedia.

Pero como Ana sabía que su marido jamás recurriría a una concubina, el linaje dependía de ella.

No soportaba la idea de que su amado abrazara a otra mujer. Ana sabía que le rompería el corazón y que el dolor que le causaría se añadiría al que ya sentía por haber perdido a un niño, pero era necesario para que la familia sobreviviera. Necesitaban hombres. Solo con mujeres el linaje desaparecería.

Como no estaba acostumbrada al pensamiento abstracto, de forma vaga, desde algún rincón de su mente, Ana se preguntaba si la tradición era retrógrada. ¿Por qué el linaje no dependía de las mujeres, cuando una madre siempre sabía que su hijo era suyo, mientras que el padre nunca lo sabía a ciencia cierta? Suponía que por esta razón algunos hombres esperaban un tiempo antes de reconocer la paternidad de un hijo, hasta que hubiera crecido lo suficiente para ver si se parecía a la familia, a su familia.

Suspiró. Qué idea tan extravagante. La realidad era que en la cultura cananea debía haber niños, y solo había una manera de conseguirlo. Después de la impactante marcha de Tamar y Caleb —y Ana dudaba que volvieran—, las posibilidades de que naciera un niño en la familia eran prácticamente nulas (¿había un solo hombre en el mundo al que pudieran convencer o comprar para que se casara con la pobre Ester?). Ana sabía que Elías no daría los pasos necesarios. La amaba con toda su alma. Por eso la repugnante y dolorosa labor recaía en ella.

Debía buscarle una concubina a su marido.

Era la época de la cosecha, y el ruido de palmadas y de fuertes pisadas inundaba el cobertizo en el que se pisaban las uvas. Los hombres andaban en largos zancos para no resbalar en el barro impregnado de zumo de uva, subían y bajaban las piernas al ritmo de las palmadas. Las mujeres y los niños, sentados de piernas cruzadas entre las cubas, entrechocaban palos y cantaban.

Los edificios situados en la ladera de la montaña, más allá de los viñedos, bullían de actividad. Los esclavos llegaban con cestas llenas de uvas y las vaciaban en las cubas de madera para que las pisaran. En el almacén principal —una estructura de adobe que encalaban cada primavera—, Elías contaba las ánforas que quedaban por llenar. Daveed, a su lado, anotaba los cálculos.

A Elías le preocupaba la cosecha. El negocio del vino seguía un proceso: volcaban la uva madura en cubas para pisarla, depositaban el zumo obtenido en los primeros barriles de fermentación y después en los segundos, y al final

metían el vino en ánforas para enviarlo a los clientes de la zona o a caravanas y barcos que lo exportaban. Era un proceso antiguo y eficaz, pero exigía que todos los pasos se hicieran en su momento, que al final del mismo se hubieran vaciado las últimas cubas. Pero como a Elías le costaba encontrar clientes, no tenía espacio para almacenar el nuevo vino. Las ánforas de las últimas cosechas seguían en la bodega, porque nadie las había comprado. Se había visto en la necesidad de comprar más ánforas (a Talos el minoico, en esta ocasión pagándole al momento en oro, no a crédito, como solía hacer, y no le resultó fácil, ya que su propia hija le había robado toda su fortuna). Si no encontraba clientes, tendría un gran excedente de vino.

Agradeció a los dioses que todavía pudiera contar con un transportista que trasladaría sus vinos en barco a lo largo de la costa y a lugares más lejanos, el capitán Yagil, un hombre honrado que odiaba a Jotam. Los beneficios de aquellas exportaciones mantendrían la familia a flote.

Mientras Daveed hacía el inventario de ánforas vacías no pensaba ni en los recipientes ni tampoco en el excedente de vino. Pensaba en Lea.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de Lea llorando en su pecho, intentando respirar y temblando entre sus brazos. En aquellos momentos lo había invadido la violencia, el ciego deseo de buscar a Caleb y matarlo. Pero ahora el salvaje había desaparecido y Daveed sabía que la clase alta de Ugarit murmuraba que Lea era la culpable de que la hubieran abandonado, por no ser una buena esposa, ya que los maridos felices no se marchan.

Daveed quería ayudar a Lea y a su familia. Unirse a la Hermandad era ahora mucho más que un objetivo personal. Era la manera de devolver la fuerza a aquella casa. Cuando sea rab, proclamaré que Elías es amigo mío, que su familia es mi familia, y nadie se atreverá a tocarlos.

Además de recuperar la determinación de ingresar en la Hermandad, decidió que no pagaría sobornos para conseguir ser miembro. Se negaba a empezar su carrera en aquella antigua y noble fraternidad por medios tan poco honorables, de modo que redobló sus esfuerzos por encontrar a alguien que lo recomendara.

En aquel momento entró el mayordomo y entregó a su amo una tablilla que acababa de llegar. Elías se la pasó a Daveed, que la leyó y frunció el ceño.

—Es un aviso del capitán Yagil diciendo que no puede seguir transportando tu mercancía y que tienes que ir al muelle a recoger tus ánforas.

Elías miró sorprendido a su escriba.

—¡Por Dagan, no puede ser! Todo el mundo sabe que Yagil siempre mantiene su palabra y que es enemigo de Jotam. Me prometió que transportaría mis vinos.

—También a mí me sorprende, jefe, pero no hay error posible. Es lo que dice el aviso.

Elías tiró de su labio inferior.

—¿Estás seguro de que es su sello? No tengo la menor duda de que el capitán Yagil está en Sidón, embarcando un cargamento de cerveza de cebada. No volverá en semanas.

—Necesitaría otro con el que compararlo. ¿Tienes algún contrato con el capitán?

Elías negó con la cabeza.

—Sé que Jotam está detrás de todo esto —rugió—. No satisfecho con comprar todas mis deudas, ha recurrido a la falsificación.

—Debemos tener pruebas, porque se trata de una denuncia seria —dijo Daveed—. Necesitas un abogado.

Elías hizo un gesto con la mano.

—Los abogados son muy caros. No me los puedo permitir. ¿No hay otra solución?

Daveed pensó en los escribas de la Hermandad. Sin duda ellos podrían comparar la firma de aquella tablilla con otras del capitán Yagil almacenadas en el archivo real, pero no confiaba ni en su capacidad ni en su honor. Sin embargo, el rab quedaba al margen de todo reproche, puesto que se sabía que era un profesional del más alto nivel. Daveed había intentado conseguir una audiencia con el director de la Hermandad, pero siempre estaba ocupado, ya que era el hombre más poderoso del reino, después del rey.

—Le pediré al rab que lo compruebe —dijo Daveed a Elías—. Quédate aquí. Te necesitan en los viñedos. Es el momento del año con más trabajo. Me ocuparé del tema y volveré a casa en cuanto tenga una respuesta.

Daveed había vuelto a la Hermandad cuatro veces en el último mes, pero en cada ocasión le habían dicho que el rab estaba ocupado. Y en todos los casos se lo había dicho Yehuda, que le hablaba haciendo pausas significativas para que Daveed completara las palabras. Sabía que el hijo de Zira estaba esperando que lo compensara por permitirle reunirse con el rab. En Lagash, todos los ciudadanos podían acceder al director de los escribas, aunque tuvieran que esperar cierto tiempo para que les concedieran la audiencia. Pero a Daveed ni siquiera le habían dado hora. Ni se la darían si no pagaba un

soborno.

Aun así, en cada una de sus visitas, Daveed se había fijado con todo detalle en las salas y los pasillos, había prestado atención a las idas y venidas de los escribas y había observado la conducta de Yehuda al pasar por determinadas puertas. En una ocasión el hijo de Zira había llegado a colocarse delante de él con la intención de bloquearle el camino. A su espalda, una puerta sencilla y humilde, como para disimular el hecho de que al otro lado se ocultaba algo o alguien muy importante.

Todos los escribas registrados en Ugarit tenían libre acceso a la biblioteca, de modo que Daveed avanzó por el pasillo principal a paso ligero, con confianza y determinación, como si tuviera algo que hacer. Sonrió y saludó a los escribas con los que tropezó, vigilando por si se encontraba a Yehuda, y cuando llegó a la puerta sencilla, se detuvo y miró a su alrededor. El pasillo estaba desierto. Nada que destacar, aparte de voces masculinas procedentes de otras habitaciones y el parpadeo de las llamas de las lámparas de latón. Apoyó la mano en el picaporte de bronce y se deslizó dentro.

La habitación era grande, aunque sorprendentemente oscura, iluminada por una única lámpara de latón colgada del techo con cadenas. Iluminaba una cama, una alfombra, sillas y una mesa. Era el cuarto de alguien, pero había demasiada poca luz para que fuera de un escriba. Daveed contuvo la respiración y escuchó. Sabía que no podía estar allí, pero sospechaba que había entrado en una habitación especial. El aire estaba impregnado de incienso, y Daveed notó que se trataba de un incienso escaso y caro. Allí no se alojaba un hombre cualquiera.

—¿Hay alguien ahí? —oyó en la oscuridad.

Daveed se asustó y miró a su alrededor. El centro de la habitación estaba ligeramente iluminado, pero los alrededores estaban sumidos en la penumbra, y más allá todo estaba oscuro. No veía las paredes.

- *Shalaam* y que Dagan lo bendiga —dijo Daveed en voz baja—. Perdone la intrusión. ¿Es esta la habitación del honorable rab?

- *Shalaam*. Acércate, hijo.

Daveed avanzó hacia la voz, atravesó el círculo de luz y se detuvo en la zona totalmente oscura.

—Perdóneme, pero no veo nada —dijo.

—Tampoco yo, hijo. Acércate más, por favor.

Cuando los ojos de Daveed se acostumbraron a la oscuridad, vio la silueta de un hombre sentado. La silla tenía reposabrazos y estaba colocada en

una tarima, como un trono. Los pies del hombre reposaban en un escabel. Daveed vislumbró un pelo canoso y ralo, y una larga barba blanca. La túnica del hombre también era blanca y brillaba en la oscuridad como si fuera un fantasma. Detrás de él, en la pared, resplandecía un disco de oro rodeado de llamas y con un ojo humano en el centro. El emblema sagrado de la Hermandad.

—¿Es usted el rab? —le preguntó Daveed.

—Sí —le contestó el hombre.

Al oír su voz, Daveed pensó en hojas secas y en polvo.

Buscó algo que decir, pero no le salían las palabras. Estaba frente al rab de Ugarit. Llevaba años soñando con aquel momento.

—Perdone la intrusión, rabí —le dijo recurriendo al apelativo cananeo que significaba «mi maestro»—. Llevo tiempo intentando que me concedan una audiencia con usted. Le traigo saludos de mi maestro de Lagash y la bendición de Shubat.

Le latía el corazón a toda velocidad y tenía las palmas de las manos húmedas. ¿Qué decirle a alguien que para él era un héroe?

—¿Te incomoda la oscuridad, hijo? Si quieres luz, hay velas y pedernal. Como no veo, no merece la pena que tenga luz.

—La oscuridad no me molesta, rabí, y poco a poco mis ojos se acostumbran —le contestó Daveed.

Se preguntó si el declive de la Hermandad se debía a que el rab se había quedado ciego. Quizá los hermanos lo consideraban un lisiado, y un líder lisiado pierde el respeto de sus seguidores. Si los hermanos habían perdido el respeto a su rab, si ya no lo respetaban, entonces habían perdido el respeto por sí mismos y por su profesión. Daveed tembló solo de pensarlo. Sentía deseos de gritar que aquello era un ultraje, de salir de aquella habitación echando chispas, coger a los hermanos de la oreja y arrastrarlos para que se postraran ante su glorioso líder. ¿Cómo podían faltar el respeto a su rab hasta ese punto, deshonorar su noble profesión y a sus dioses?

—¿Eres escriba, hijo?

El asombro de Daveed dio paso a la ira. ¿Dónde estaba el honor en aquella fraternidad? ¿Por qué dejaban a aquel noble líder sentado solo en la oscuridad mientras los hermanos se divertían con música, mujeres, carne y vino?

—Sí, soy escriba, rabí —le contestó en tono tenso—. Estoy registrado en el censo de escribas de Ugarit, pero me formé en Lagash, donde mi padre es

rey.

El rab asintió y Daveed observó una mueca de aprobación en los rasgos del anciano.

—¿Vienes a pedirme algo?

Daveed le habló de la tablilla que sospechaba que habían falsificado.

—Llévasela a uno de tus hermanos —le dijo el rab—. Podrá compararla con los registros que guardamos en el archivo.

Daveed dudó si decirle al rab lo que estaba sucediendo fuera de aquella reclusa habitación. No quería que pensara que era un chivato. Pero al final decidió que la integridad de la Hermandad era más importante que lo que el rab pudiera pensar de él, así que le habló al anciano de los sobornos, de la ausencia de disciplina, de la pérdida de la moral y la ética, del desorden de la biblioteca... Las lágrimas mojaron su rostro mientras pronunciaba entrecortadamente aquellas infames palabras.

Cuando hubo terminado, el rab se quedó largo rato pensativo.

—Me preocupaba que mi ceguera causara problemas —dijo por fin—. Ahora veo que así ha sido. Siempre he tenido una vista perfecta y he podido servir a mi profesión. Mi ceguera es muy reciente, pero está claro que ha afectado negativamente a esta fraternidad. —El rab hizo una pausa—. Me doy cuenta de que estás muy enfadado, Daveed de Lagash. Has hecho un largo viaje para unirme a nosotros y descubres que la Hermandad no es lo que esperabas.

—Estoy decepcionado, honorable rabí.

—¿Cambiarías las cosas si fueras rab?

Aunque la pregunta lo pilló por sorpresa, Daveed apenas tardó un instante en contestar.

—Las cambiaría, rabí. Se lo juro por Shubat.

—Entonces tienes que saber algo. No he estado así siempre. La ceguera fue apoderándose de mí poco a poco. Mi predecesor acabó ciego, y también el rab anterior. Es el precio que pagamos por servir a nuestra elevada profesión. Cada vez que miramos una tablilla, leemos una carta, redactamos un contrato y hacemos un inventario, cada vez que creamos una palabra o leemos una frase, perdemos un poco de visión. Nadie sabe por qué. La visión es sagrada. Es como la sangre. Si cada día te abres una vena y te sacas un poco de sangre, llegará el día en que no puedas sacarte más. Eso es lo que pasa con la vista de los escribas. ¿Estás dispuesto a perder la vista por el honor de servir a tu profesión?

Hubo un tiempo en que Daveed habría contestado que sí de inmediato, pero en aquel momento pensó en Lea, en lo mucho que le gustaba mirarla cuando ella no se daba cuenta, en aquel mechón más rizado que los demás que se negaba a mantenerse detrás de su oreja, como si fuera la propia Lea, no necesariamente malintencionado o desobediente, sino con un fuerte carácter y un espíritu libre. Lea levantaba el brazo y distraídamente volvía a meterse el largo tirabuzón debajo del velo, pero enseguida se le volvía a salir. Sí, esa era Lea, pensó Daveed, una mujer que quería adaptarse y ser diligente, pero con un alma inquieta, perspicaz, aunque ella no lo supiera.

Si se quedaba ciego, dejaría de verla.

—Dudas, hijo.

—Es una pregunta difícil, rabí.

El anciano asintió.

—Reza. Pídele a tu dios que te guíe. Y ahora, en cuanto a la tablilla que quieres comprobar, ve tú mismo al archivo, busca un documento firmado por ese hombre y compara los sellos. Si no funciona, ve al patio y busca a un abogado honrado.

Daveed sonrió y se preguntó si el rab estaba de broma. Nadie confiaba en los abogados.

—Le agradezco que me haya dedicado su tiempo, honorable rabí, y espero tener el privilegio de volver a verlo. Que Dagan lo bendiga y le dé salud muchos años.

Ahora el anciano sí que se rió. Su risa sonó áspera, aunque alegre.

—Que los dioses te bendigan, hijo. Mis días están contados. Y quizá el hombre que me suceda devuelva a la Hermandad su honor y su integridad.

Daveed se quedó rígido y se preguntó si se atrevería a ser tan audaz. Pero ¿acaso no había sido el propio rab quien había sacado el tema?

—¿Ha elegido ya a su sucesor?

—Entonces ¿quieres llegar a ser rab algún día?

—Como le he dicho, honorable rabí, soy príncipe de la casa real de Lagash. Me he formado durante diecisiete años en las mejores escuelas del Éufrates. Sé leer y escribir en cuatro lenguas, desde el babilonio hasta el egipcio. Domino tres variedades de escritura cuneiforme y los jeroglíficos egipcios, tanto los clásicos como los hieráticos. Soy seguidor del antiguo dios Shubat y he dedicado mi vida a servirlo. Adoro mi profesión, y mi nivel moral es el más elevado. Le ruego, honorable rabí, que me dé la oportunidad de ponerme a prueba. Me gustaría ayudar a que la Hermandad recuperara la

rectitud. Con este fin, dedicaré mi persona y mi tiempo a buscar a alguien que me recomiende como miembro y conseguiré entrar. Le doy mi palabra.

—Ya he elegido a mi sucesor —dijo el rab—. ¿Conoces a un hermano llamado Yehuda, hijo de Zira y sobrino del constructor de barcos Jotam? Es un hombre que merece ocupar mi lugar, aunque últimamente me han llegado rumores preocupantes sobre él. Dicen que es epiléptico. Si es verdad, Yehuda no puede ser rab de la Hermandad, pero si solo es un rumor, entonces el elegido será él, por noble que seas y por preparado que estés, Daveed de Lagash, porque él es de Ugarit.

—También a mí me ha llegado ese rumor, pero no sé si es cierto —dijo Daveed decepcionado—. Nunca he visto con mis propios ojos a Yehuda sufriendo un ataque.

—Acércate, hijo —dijo el anciano haciéndole un gesto con la mano—. Quiero decirte algo que estas paredes no pueden oír.

Daveed se inclinó hacia delante, el rab le acercó la cara y le susurró algo que hizo que Daveed respirara hondo y exclamara:

—¡Shubat!

Ana odiaba el mercado de esclavos.

Siempre había dejado que Elías comprara a los esclavos de la casa, y cuando podía, les permitía que acabaran comprando su libertad. Aunque para algunos la esclavitud era la única forma de vida que habían conocido, y para otros era el castigo por haber cometido un delito, para muchos era la única salida a una situación desesperada. A menudo eran los problemas económicos los que provocaban que un hombre se vendiera como esclavo, y también a su familia, y el dinero iba a parar a sus acreedores. O padres con muchas hijas vendían a las chicas para mitigar las cargas económicas. Había miles de razones. Ana avanzaba entre los grupos de hombres, mujeres y niños enjaulados —el mercader de esclavos le gritaba al oído las virtudes de uno u otro— preguntándose qué cualidades debía buscar en una concubina.

Cuando por fin explicó al mercader para qué quería exactamente a la esclava, el hombre le mostró una jaula especial en la que había mujeres de buena crianza. Cada vez que llegaban nuevos esclavos al mercado, apartaban a las mujeres jóvenes, de piel lisa y buena presencia, para clientes especiales.

—¿Algún requisito especial? —le preguntó el mercader llevándose ávidamente la mano a la bolsa que llevaba colgada del cinto e imaginando que no tardaría en pesar el doble.

Ana lo pensó un instante.

—No puede ser egipcia —dijo por fin.

El hombre asintió. Todo el mundo tenía el mismo prejuicio.

—Y no puede ser habiru —añadió Ana recordando el otro prejuicio de su suegra, aunque no entendía a qué se debía.

El mercader arrugó la nariz.

—Las habiru nunca llegan a esta jaula especial. Pero tengo una que podría interesarle, señora.

Se colocaron frente a una chica delgada, sentada en un rincón. Llevaba una sencilla túnica y un velo de color pardo. A Ana le pareció limpia y saludable.

—Se llama Saloma —dijo el mercader de esclavos—. Tiene diecisiete años, inmaculada de la cabeza a los pies. Es virgen. Tiene las manos suaves porque es de una familia de pastores, y todos sabemos que los pastores tienen las manos suaves.

Siguió explicando que a la chica la habían vendido sus cinco hermanos porque sus mujeres envidiaban su belleza. A Ana le dio lástima que Saloma hubiera tenido hermanos tan sumisos. Hizo varias preguntas y se enteró de que la chica venía de una familia que engendraba muchos varones.

Era perfecta, aunque Ana dudó. La primera vez que había pensado en llevar a casa a una concubina, no se había planteado cómo debía ser la chica, pero ahora tenía un dilema. Debía ser lo bastante atractiva para que Elías quisiera acostarse con ella, pero de repente la idea de llevarse a casa a una chica atractiva la hizo sentirse celosa. A decir verdad, ella no era nada del otro mundo. Incluso sus padres habían perdido la esperanza de encontrarle marido cuando un joven y atractivo vinatero de Ugarit pasó por su ciudad y se enamoró de su hija. Desde entonces Ana había estado segura de que Elías la amaba, pero ahora, por primera vez, pensó: ¿Y si Elías se enamora de ella?

—Me la llevo —dijo.

Se quitó de la muñeca las pulseras de oro que Elías le había regalado cuando se casaron, aunque había prometido que nunca se las quitaría. Pero era el único dinero con el que contaba para comprarle una segunda mujer a su marido.

—No se sabe por qué —dijo la tía Raquel trabajando con Lea en el jardín—, pero si se aplica a una herida hojas de tomillo machacadas y mezcladas con grasa, se mantiene alejados a los espíritus de la infección.

Arrancó varias ramas del arbusto, cortó uno a uno los tallos con un cuchillo pequeño y echó las hojas en un cuenco de madera. La actividad de Raquel impregnó el aire otoñal de una agradable fragancia.

—El aceite de esencia es todavía más potente. Destilaremos estas hojas, Rebeca, para hacer aceite de tomillo, que contiene un potente espíritu sanador.

Lea y su tía estaban rodeadas de la frondosa vegetación que Lea había vuelto a plantar en el jardín después de que Tamar lo destruyera. Había cambiado varias jarras de vino de su padre por esquejes y brotes, plantas pequeñas y otras maduras, porque las semillas habrían tardado demasiado en germinar y estaba impaciente por aprender de su tía Raquel todo lo que pudiera antes de que perdiera la memoria para siempre.

Pero Lea conocía ya las propiedades medicinales del tomillo —de hecho, había aplicado el ungüento en la herida de una esclava que se había cortado en la cocina, y el tomillo había surtido efecto—, de modo que aquella mañana pensaba en cosas más importantes: ¿Qué parte del sueño de Moloch se utiliza en las medicinas? ¿Las hojas? ¿Las semillas? ¿Las raíces? ¿Cómo se prepara? ¿Cómo se administra la medicina? ¿Se bebe? ¿Se añade a alguna comida? Lea no se atrevía a hacer todas aquellas preguntas a su tía Raquel.

Aquella mañana su abuela le había dicho: «He observado que últimamente la tía Raquel habla mucho de Jericó. ¿Le estás preguntando por el pasado, Lea? Recuerda tu promesa. Asera es testigo de que debes cumplir tu palabra y no molestar a la tía Raquel con preguntas sobre el pasado».

Lea se sentía atada de pies y manos. Sin duda había otra manera de explotar aquel valioso filón de información medicinal.

—Perdóname, tía Raquel —dijo levantándose del banco de mármol—. Vuelvo enseguida.

Lea cruzó la puerta, la cerró, se apoyó en la pared y apretó entre las manos el medallón de la diosa que llevaba alrededor del cuello. Cerró los ojos y susurró: «Asera, perdona que te decepcione, pero tenemos problemas, así que tengo que encontrar la manera de llegar al cerebro de mi tía».

Esperó un momento y volvió al jardín.

—Tía Raquel...

—Dime, cariño.

—Ha llegado un mensajero del templo de Moloch. Dice que los sacerdotes necesitan sueño de Moloch. ¿Tenemos algo?

Raquel miró hacia arriba con el ceño fruncido.

—¿Sueño de Moloch? —Se giró a mirar una planta pequeña de la

esquina—. Está muy verde. Hay que esperar a la primavera. El sueño de Moloch se recoge cuando las glándulas de resina empiezan a ponerse blancas y los pelillos empiezan a ponerse naranjas. Y aun entonces hay que recogerlo con mucho cuidado y secar las hojas. Los sacerdotes las queman en un cuenco, ya sabes. Así conversan con los dioses. Inhalan el humo y tienen visiones.

Lea sonrió.

—Gracias, tía Raquel. Se lo diré al mensajero.

Cuando Ana volvió con la concubina, encontró a Elías en el recinto de los alrededores de la casa, supervisando cómo colocaban las ánforas que había mandado el día anterior al muelle, pero que se había visto obligado a traer de vuelta.

—No sé qué voy a hacer, Ana. No tengo sitio para guardarlas. Si no están a la sombra, perderemos toda la cosecha.

—Mételas en casa —le dijo—. Tenemos habitaciones vacías que son frescas y a las que no les da el sol. Podemos dejar las ánforas allí hasta que hayas solucionado el problema con Yagil o encuentres a otro transportista. Elías, quiero presentarte a alguien. Ven conmigo.

En la sala de las visitas Ana le presentó a la chica. Elías se quedó atónito.

—Se llama Saloma —le dijo—. Ocupará mi lugar hasta que te dé un hijo.

—Ana...

Ana levantó una mano.

—Por favor, Elías, esto es muy difícil para mí. No me lo hagas más duro. Conozco mis deberes para con mi familia. Hasta ahora no lo he conseguido, así que la solución era responsabilidad mía. Saloma se instalará en una habitación debajo de nuestro dormitorio. Formará parte de la familia y la trataremos con respeto. Y reza para que los dioses nos concedan un hijo.

Llevó a Saloma con el mayordomo, al que indicó lo que tenía que hacer. Luego fue al dormitorio vacío de Tamar.

La abrumaba la tristeza. No había tenido un hijo varón. Y de tres hijas, en realidad solo una había salido bien. Nunca sabemos por dónde nos llevará la vida, pensó sentándose en la cama sin sábanas. Cuando empecé con mi Elías, imaginaba una casa llena de niños sanos y alegres. Ahora solo hay un hombre y cinco mujeres.

Contempló las paredes desnudas, los percheros sin ropa, el baúl vacío, las hornacinas para los dioses y las lámparas también vacías, y pensó: ¿Cómo

pueden salir tres hijas del mismo vientre y ser tan diferentes? Lea es una niña espiritual. Ester tiene la cara tan deformada que apenas sale de casa, aunque es una niña muy alegre. Y Tamar, ya desde que empezó a andar y a hablar, parecía calcular todo lo que hacía. Ana no sabía de dónde procedía la avaricia de la chica. Se preguntaba si se remontaba al embarazo, si ella misma habría pasado por un momento de avaricia y sin querer había plantado aquella semilla en la niña que todavía no había nacido. Decían que todo lo que le sucedía a la madre en ese período afectaba directamente al niño. Solo había que ver a Ester. Ana se echaba la culpa del labio deformado que dejaba los dientes de la chica al descubierto. Había ido a comprar al mercado y se había chocado con un hombre que tenía aquel mismo espantoso labio leporino.

Durante su embarazo de Lea, como era el primero, Ana se había quedado en casa cosiendo, pasando las tardes al sol y durmiendo, y por eso su hija mayor era obediente, excepto aquella noche un año y siete meses atrás. Pero ni siquiera aquello podía llamarse egoísmo, porque Lea solo había salido de la sala de las visitas porque estaba preocupada por su madre.

En cuanto a Tamar, toda su infancia y su adolescencia había sido avariciosa, intrigante y egoísta. Ana la quería igualmente y estaba muy preocupada por cómo estaría. Robar a su propia familia. Escapar con aquel hombre horrible.

Ay, Tamar, ni niña, dónde estás...

Habían pasado siete meses desde que se lanzara a los brazos de Baruch, en el olivar de su padre. Una hora de felicidad en la que había conocido el amor más puro y más dulce, justo antes de que el chico le dijera que nunca volvería a verlo.

Tamar había pensado que jamás superaría el dolor, pero el tiempo había curado la herida. El tiempo y sus días con Caleb. Desde el momento en que había pisado su casa por primera vez, había notado algo oscuro en él, supo que había llegado a su casa con planes ambiciosos y se sintió intrigada. Cuanto más se esforzaba por seducir al prometido de Damasco, menos se acordaba de Baruch, hasta que, el día en que Caleb sucumbió a sus encantos, se dio cuenta de que Baruch tenía razón: era cierto que poseía un poder especial sobre los hombres.

Cuando Tamar y Caleb se metieron a escondidas en la bodega para llevarse el tesoro escondido de su padre, la chica sonrió muy contenta, disfrutó de su pecado y de su venganza, y se deleitó pensando en el horror de

su padre al encontrarse la cámara vacía. Después se llevó los anillos de oro de su abuela... ¡Ay, qué placer solo de pensarlo! Imaginar lo mucho que se disgustarían todos. Siguió deleitándose mientras Caleb y ella estaban en camino, andando hacia el sur en busca de una caravana, comprando burros en poblaciones por las que pasaban, durmiendo junto al camino y haciendo el amor apasionadamente bajo las estrellas.

Pero estaba cada vez más harta de estar con él. Ahora que ya sabía que era una seductora inteligente, que podía tener a cualquier hombre en el que se fijara, quería irse por su camino. Al norte, pensó, a la legendaria ciudad de Ebla. O quizá hacia el este, donde abundan los hombres ricos.

Pero Caleb y ella siguieron hacia el sur por la carretera de la costa que se dirigía a Sidón y seguía hasta ciudades del interior —Har Meguidó, Jerusalén y Jericó—, a las que Tamar no quería ir. Por eso, cuando aquella mañana se despertó temprano en la habitación que compartía con Caleb en un hostel del puerto, Tamar salió sigilosamente, sin despertarlo, y corrió al caravasar, al norte de la ciudad, en busca de un mercader que se dirigiera hacia el norte y después hacia el este. Hacia una nueva vida.

Y encontró la caravana. Comerciantes de Jerusalén que transportaban papel, lino y lapislázuli de Egipto. Jerusalén era la ciudad más al norte de las rutas comerciales procedentes de Egipto, donde se intercambiaban los productos con caravanas que se dirigían al sur. Las caravanas transportaban también noticias y rumores sobre la delicada salud de la reina Hatshepsut, sobre la posibilidad de que su hijastro asumiera el trono de Egipto y sobre el joven Tutmosis, cuya mayor ambición era conquistar Canaán.

A Tamar no le interesaba lo más mínimo la política. Se rió mientras volvía a toda prisa al hostel del puerto, donde Caleb todavía estaría roncando. Tamar había descubierto que podía dormir horas y horas, sobre todo cuando había bebido demasiado vino. Y la noche anterior ella se había ocupado de que su copa estuviera siempre llena. Mientras escapaban de Ugarit, Caleb había vendido los tesoros de su padre a mercaderes que no hicieron preguntas. Cambió las pesadas copas, bandejas y estatuas por aros de oro y plata, más cómodos de transportar. Tamar cogería esos aros, volvería a toda prisa a la caravana y se pondría en camino antes de que Caleb se hubiera despertado.

Se cerró la capa, porque el viento otoñal procedente del mar era frío, observó los botes y los barcos del pequeño puerto —ni siquiera sabía cómo se llamaba aquella ciudad de pescadores— y se detuvo al ver una embarcación alejándose del muelle. Iba cargada de mercancías y navegaba impulsada por

cuarenta remos, veinte en cada lado, que subían y bajaban al ritmo de un tambor. Tamar se fijó en un pasajero frente a la barandilla, que observaba alejarse la ciudad portuaria con las piernas abiertas. El hombre miró fijamente a Tamar sin sonreír, sin fruncir el ceño y sin dar indicios de reconocerla.

Seguramente el hombre solo se parecía a Caleb, pensó buscando a un agente del puerto entre la multitud. Pero no. Aquellos hombros como montañas gigantes, aquel grueso torso...

—Señor —dijo corriendo hacia un hombre que gritaba órdenes a los trabajadores portuarios que estaban descargando un barco—, ¿adónde va ese barco?

El hombre miró hacia donde señalaba Tamar.

—A la isla de Minos.

—¡Minos! ¡Pero si está al otro lado del Mar Grande!

Al ver la angustia de la chica, y girarse y ver al hombre en la cubierta del barco, el agente se encogió de hombros y se marchó. Otra mujer abandonada, pensó sin alterarse. Era lo que sucedía en las ciudades portuarias. A los hombres les resultaba muy sencillo marcharse.

Tamar subió las escaleras del hostel y vio la puerta de su habitación abierta. El mesonero estaba dentro, barriendo el suelo. La miró sorprendido.

—Pensaba que se había ido con él. No puede quedarse en la habitación, porque un mercader me la ha pedido para un mes. Tiene que marcharse.

Caleb se lo había llevado todo, incluso su ropa. La había dejado sin nada.

Sintió que de un profundo y frío hueco en lo más hondo de sí misma se alzaba una marea negra que la inundaba y le helaba los huesos, la sangre y por último el corazón. ¡Cómo se atreve a dejarme!, pensó, olvidando que también ella había planeado abandonarlo. Apretó los puños. Otro hombre que la traicionaba.

Pero no volvería a suceder. Tamar estaba segura. Baruch y Caleb podían haber vencido, pero serían los últimos. Estaba aprendiendo deprisa. La próxima vez la victoria sería suya. Ella sería la que decidiría.

Sin embargo, el problema inmediato era que no tenía dinero ni un lugar en el que alojarse.

Volvió al muelle a ver cómo se alejaba el barco de Caleb rumbo a Minos. Lo observó hasta que se convirtió en un pequeño barco en el mar. ¡Por fin!, pensó. Sigo siendo hija del vinatero Elías, y nieta de Abigaíl de Jericó, descendiente del querido rey de Ugarit Ozedia. Mi madre ya no tiene edad

para tener hijos, Lea no tiene marido y Ester nunca tendrá a un hombre.

A la retorcida mente de Tamar se le ocurrió un nuevo plan que la ayudó a clarificar sus ideas. Sonrió. Un nuevo plan que le garantizaba seguridad, dinero y estatus social. Sobre todo, un plan que le garantizaba la supervivencia.

Recorrió el ajetreado puerto, en el que hombres tiraban de cuerdas y de velas, cargaban mercancías a la espalda, se reían, discutían o salían de las tabernas dando traspiés. Muchos eran de la misma estatura, fuerza y color que Caleb. Sería muy fácil. Cuando vuelva a casa con el vientre hinchado —con el primer nieto de mi padre—, no tendrá más remedio que aceptarme. Le contaré con lágrimas en los ojos que Caleb me obligó a irme con él, me violó y me abandonó.

Tamar paseó despacio por el muelle, donde las tabernas esperaban a los marineros sedientos. Sería selectiva. Elegiría solo a hombres que presumieran de tener muchos hermanos o hijos. Pediré que me paguen y buscaré un hostel hasta que haya logrado mi objetivo.

A mi familia no le quedará otra opción que recibirme con los brazos abiertos. Y cuando me canse de ellos, empezaré a buscar una vida llena de riquezas y comodidades.

Nobu estaba tan alterado que olvidó beberse el vino, de modo que los dioses le gritaban más que nunca. No le importaba. Ni los escuchaba ni les respondía. Había llegado un estupendo mensaje para su amo y estaba impaciente por entregárselo.

Mientras arreglaba la ropa de Daveed, Nobu pensó en la cena. Elías y su familia trataban tan bien a su escriba que cenaba a su mesa cada noche, lo que significaba que también Nobu comía bien. ¿Qué servirían aquella noche?, se preguntó preparando lenta y metódicamente la bonita túnica azul oscuro con flecos dorados y una capa negra de lujosa angora. Aquella ropa sería perfecta. Un príncipe tenía que recordar a la gente que era un príncipe.

Y desde hoy, pensó Nobu muy contento, toda Ugarit lo recordará.

En la carretera, de vuelta a casa, Daveed tenía que obligarse a andar con decoro. Estaba tan entusiasmado que deseaba correr.

Quería ver a Lea, contarle las buenas noticias, lo que el rab le había susurrado al oído, pero antes tendría que informar a Elías. Después de haber visto al rab, Daveed había ido al archivo y buscado transacciones comerciales del capitán Yagil para comparar los sellos, pero los archivos estaban tan

desordenados que no había encontrado ninguna. Seguiría buscando hasta verificar si el sello era auténtico.

Se dirigió a su habitación para bañarse y cambiarse de ropa antes de ir a ver a su jefe. Nobu lo saludó muy contento y alborotando como una gallina. Daveed se preguntó qué le pasaba a su esclavo. ¿Había bebido demasiado vino para acallar las voces?

—¡Amo! ¡Invoca a Shubat! Ha llegado un mensaje de tu pariente, el rico comerciante de piedras preciosas. Ha vuelto de Gosén y está impaciente por verte. Amo, creo que has encontrado a alguien que te recomiende a la Hermandad.

Buenas noticias, sin duda, pensó Daveed lavándose las extremidades y poniéndose ropa limpia.

—Tengo que hablar con Elías —le dijo a Nobu—. Te veré en la cena.

Pero Daveed se encontró antes con Lea. La chica cruzaba corriendo la sala de las visitas y casi se choca con ella.

—¡Daveed, tengo noticias estupendas! —le dijo.

—¡Y yo!

La cogió de la mano con audacia, sin importarle que los vieran, tiró de ella hacia la escalera y juntos subieron a la azotea, donde estuvieron solos bajo los vibrantes rayos de un dorado atardecer otoñal, con la fresca brisa azotándolos, como si pretendiera mantenerlos muy juntos. Daveed la cogió por los hombros y sintió deseos de besarla. Le maravilló su capacidad de resistencia, porque necesitó todas sus fuerzas para no acercar sus labios a los de la chica. La miró a los ojos, que brillaban con una alegría nueva, y sintió que la felicidad lo elevaba. Pensó que podría subir hasta los rayos dorados del atardecer y bailar encima de ellos.

—Cuéntame tus noticias —le pidió a Lea.

Sentía deseos de llamarla amor mío, o cariño mío, pero no se atrevió, porque Lea seguía estando casada, así que respetaría su estado hasta que hubieran pasado siete años.

Lea le contó lo que había sucedido aquella mañana en el jardín con su tía Raquel.

—¡Me ha contado algo maravilloso! Pero tú primero, Daveed. Cuéntame tus noticias.

Lea estaba atrapada en la electricidad del momento, disfrutando de los últimos rayos del día sobre su cuerpo, observando el cielo detrás de Daveed, que brillaba en tonos amarillos, naranjas y rojos, como si el sol se inclinara

ante aquel príncipe de Lagash.

—He visto al rab, y cuando estaba a punto de marcharme, me ha susurrado algo. Lea, ¡el rab en persona va a recomendarme a la Hermandad! Y sé que podré demostrarle mi valía, porque me ha dicho que lo que la Hermandad necesita para recuperar la rectitud es «sangre de fuera». Solo Yehuda se interpone en mi camino, pero si es verdad que es epiléptico, el rab me nombrará a mí. Y ahora dime, ¿qué te ha contado tu tía Raquel?

Lea dejó de sonreír y el atardecer se volvió frío.

—Me ha contado el remedio para la epilepsia. Bueno, una parte. Se elabora con hojas de una planta llamada sueño de Moloch.

Daveed la miró fijamente. También él sentía que empezaba a hacer frío. La azotea se llenó de sombras que parecían espíritus malignos mientras la miraba a los ojos.

—Por Shubat —susurró sin terminar de creérselo—. Lea, el rab me ha dicho que podría ser su sucesor si se demuestra que Yehuda es epiléptico. Pero si encuentras el remedio...

—Tengo que encontrarlo —le contestó Lea sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Es la única manera de salvar a mi familia de una ruina segura.

Daveed se giró y se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha.

—¡Yehuda no puede ocupar el puesto de rab! ¡Consiente los sobornos! ¡Hace la vista gorda ante las negligencias, ante los escribas, que pasan por alto las normas de su sagrada sociedad y cometen sacrilegios!

—Lo siento...

—Shubat es testigo de que Yehuda permitirá que la corrupción sea tan profunda que la noble fraternidad se pudrirá por dentro y se escindirá hasta que ya nadie quiera formar parte de ella, y entonces desaparecerá. ¿Y qué pasará con los hombres de Ugarit que quieran leer y escribir? ¿Dónde aprenderán? ¿Quién les enseñará? El arte de la comunicación escrita podría incluso desaparecer. Lea —gritó tanto que sus palabras salieron volando de la azotea—, mi sagrado deber es vigilar a Yehuda, y si veo que sufre un ataque, debo informar al rab, y el rab descartará a Yehuda como su sucesor.

—Y yo debo encontrar el remedio para la epilepsia de Yehuda, porque es la única manera de que Zira deje en paz a mi familia —dijo Lea con lágrimas resbalándole por las mejillas—. No aguantaremos mucho más. Daveed, no puedo dar la espalda a mi familia.

—Y yo no puedo abandonar a mis hermanos —dijo Daveed muy serio.

Lea se derrumbó llorando sobre su pecho. Sus lágrimas humedecían la túnica de Daveed.

—Daveed, ¿qué vamos a hacer?

La rodeó con su brazo. También él lloraba, y sus lágrimas caían sobre el velo de Lea. Tenía un nudo en la garganta. No podía hablar. Los dioses eran crueles. Daveed no tenía más opción que denunciar la enfermedad de Yehuda, y Lea no tenía más opción que curarla.

Capítulo 8

—El rey sufre la enfermedad del demonio que aprieta la tráquea, en Yehuda. Dicen que tiene problemas respiratorios. Maleficios que le provocan asfixia. Está empeorando hasta el punto de que no puede respirar y se le pone la cara roja del esfuerzo por llenarse los pulmones de aire. Está rodeado de sacerdotes y médicos, y en los templos de todas las ciudades se ofrecen sacrificios. Los ciudadanos rezan por él.

Zira sabía lo que los habitantes de Ugarit sentían por su monarca. El rey Salomón era sabio, un gran diplomático con talento para mantener la paz y el orden y complacer a las potencias extranjeras. El tesoro siempre estaba lleno, los impuestos eran bajos y los ciudadanos estaban contentos. Y cuando se sentaba a juzgar casos importantes, lo hacía con justicia, y muy pocos discutían sus decisiones. Su nombre real no era Salomón. Se llamaba Yedallah, pero la gente lo quería tanto que lo llamaba Salomón, que significaba «pacífico».

Mientras el hombre concluía su informe —un espía al que pagaban para que se enterara de lo que se decía en el palacio real—, Zira observaba a través de los diáfanos cortinajes que colgaban del arco que daba al balcón, desde el que se veía el mar. Era un nuboso día de primavera que amenazaba lluvia, y desde el puerto llegaban los sonidos del trabajo y de la prosperidad. Pero Zira no prestaba atención a nada de aquello. Se mordía el labio inferior, pensativa. Le quedaba poco tiempo. Yehuda tenía que ser nombrado rab antes de que el rey muriera.

Despidió al hombre con un gesto —le había pagado bien, así que no era necesario darle las gracias— y decidió que había llegado el momento de intervenir.

Zira encontró a su hijo en su jardín privado, donde daba clases a hijos de hombres ricos, chicos que solo necesitaban saber leer y escribir mínimamente, que no tenían la intención de ser escribas profesionales. Decía que así se alejaba un poco de las presiones del trabajo en la Hermandad. Le gustaba dedicar su tiempo libre a los chicos. No era un trabajo duro. No aprendían mucho, lo justo para que sus padres se quedaran contentos. Yehuda decía que le encantaba la risa de los chicos. Adoraba su juventud y su inocencia. A Zira

no le gustaba ver a Yehuda, un hombre de treinta años, con sus alumnos, que no pasaban de quince. Pensaba que los tocaba demasiado, les daba palmaditas en la espalda para animarlos y les apretaba los brazos. De vez en cuando pasaban la noche en casa.

Se lo quitó de la cabeza. Los escribas y su mundo no eran asunto suyo. Tenía problemas más importantes en los que pensar. Aspiraba a vivir en el palacio real desde siempre, y ahora su mano se acercaba a aquella fruta madura. Había comentado el tema con su hijo en varias ocasiones, pero Yehuda siempre le hacía un gesto con la mano para que se marchara. Como era su madre —em Yehuda—, tenía que obedecer. Pero esta vez iba a mantenerse firme.

—Pídeles que se vayan —le dijo señalando a los chicos.

Yehuda hizo de mala gana lo que su madre le pedía.

—Has interrumpido su clase.

¿Clase de qué?, se preguntó Zira.

—La enfermedad del rey empeora. No puedes seguir retrasándolo, hijo mío. Tienes que hablar con el rab sobre tu nombramiento.

Yehuda se levantó del banco. Era alto y delgado. Llevaba una camisa estrecha de lana de color marrón y una falda plisada blanca. Un hombre elegante, pensó Zira, aunque algo arisco.

—Madre, la situación es muy delicada. Exige tacto y diplomacia. No es tan fácil como crees.

—¿Por qué eres tan tozudo?

—Y tú, ¿desde cuándo eres tan bruja?

Zira ahogó un grito. Yehuda vio que su madre se había quedado tan atónita que se sintió culpable. El trono era idea suya. Él estaba satisfecho con sus alumnos. ¿Por qué se empeñaba en ser la madre de un rey? ¿Por qué tenía que ser como aquella mujer egipcia, la malvada Hatshepsut, que sin duda controlaba a su desgraciado hijastro como su madre lo controlaba a él? ¿Qué les pasa a las madres con sus hijos?, quería gritar. ¿Por qué no nos dejáis en paz? ¡Ni siquiera quería ser escriba! Tengo mis amigos, mi carro, mi arco para cazar y a mi querido Enoc, al que acabas de echar...

—¡Ay! —gritó de pronto Yehuda.

Zira corrió hacia él.

—Hijo mío, ¿qué te pasa?

Pero ya sabía lo que le pasaba. Ya lo había visto poner los ojos en blanco, emitir sonidos ahogados, caerse al suelo y que todo el cuerpo le

temblara como un pez tirado en el muelle, la espuma en la boca, la mancha húmeda extendiéndose en su falda plisada, las venas a punto de reventar y la piel púrpura.

—¡Hijo mío, hijo mío! —gritó lanzándose hacia él.

El sonido de la cabeza de Yehuda golpeando el suelo de mármol era escalofriante. Sus músculos se sacudían y se convulsionaban. De sus labios goteaba vómito. Y de pronto otra mancha, más innoble, empezó a extenderse por la falda blanca.

Su amigo llegó corriendo con una almohada y correas para las muñecas. No se podía hacer nada contra aquellos ataques, aparte de esperar a que pasaran y evitar que Yehuda se hiciera daño. Después su amigo lo bañaría, lo cambiaría y lo metería en la cama. Y Yehuda dormiría profundamente hasta el día siguiente.

Zira se apartó, se sentó en un banco de mármol y se cubrió la cara con las manos.

—Asera, protege a mi hijo —dijo llorando.

Pero, aunque el sufrimiento de su hijo la había dejado horrorizada y angustiada, seguía analizando la situación con total claridad. Si Yehuda no hablaba pronto con el rab, ella misma solicitaría audiencia y dejaría claro que si su hijo no era nombrado sucesor en breve, retiraría su financiación a la Hermandad, que con los años había llegado a ser una suma de dinero considerable.

Pero antes iría al templo de El, padre de todas las cosas, ofrecería un sacrificio y rogaría al dios todopoderoso que librara de aquella abominación a su hijo.

Abigaíl miró al singular vendedor ambulante con desconfianza. Era habitual que los comerciantes se acercaran a la puerta de la casa de Elías, ya que estaba en la carretera principal que llevaba a las ciudades del sur. Solía despedirlos, porque pensaba que sus artículos eran demasiado humildes para su familia. Pero en aquella ocasión no fue tan selectiva y dedicó un rato a ver lo que le ofrecía el vendedor. En general se trataba de ropa barata o queso, pero aquel hombre, que se protegía del húmedo frío de los primeros días de primavera con una andrajosa túnica a rayas rojas y negras, y que llevaba una barba descuidada, intentaba venderle unas aves muy extrañas.

—Se llaman gallinas, señora —dijo el hombre con un acento cananeo que le recordó a su lejano hogar—. Ponen huevos cada día y no vuelan, así que no

es necesario meterlas en jaulas.

—Ninguna ave pone huevos cada día. Los huevos son un producto de temporada. ¿De dónde son?

—Del valle del Indo.

—No me suena de nada —dijo mirando con el ceño fruncido los gordos animales marrones de la jaula que el hombre había dejado en el suelo.

Eran más redondeados que los pájaros normales y hacían un curioso cloc cloc.

—Y también se comen. Son aves sabrosas y tienen mucha carne.

Abigaíl pensó que si aquellas aves ponían huevos a diario, tardaría poco en amortizarlas. Luego volvió a mirar al mercader, echó un vistazo a la carretera y vio que viajaba con su familia, porque al otro lado había una mujer y dos niños sentados en un escuálido burro.

Entonces se dio cuenta de que eran habiru, vagabundos sin casa que adoraban a su dios en una tienda, y decidió que ni los huevos ni las aves rollizas que pudiera servir en su mesa lograrían convencerla de hacer tratos con aquella gente. Dijo «Buenos días» y entró en la casa.

Apartó de su mente a los nómadas habiru y cruzó a toda prisa la sala de las columnas pensando en mil cosas a la vez. Tenía mucho que hacer.

Desde que Caleb y Tamar se habían escapado con el tesoro de Elías, Abigaíl se las había tenido que ingeniar para que la familia comiera y dispusiera de ropa. En la zona donde lavaban la ropa, cerca de la cocina, recogió un montón de túnicas y prendas harapientas que en circunstancias normales habrían dado a los pobres, pero que ahora remendaban y volvían a ponerse. La mayor preocupación de Abigaíl era recortar gastos.

Aunque tanto ella como los demás se sacrificaban sin quejarse, Abigaíl lamentaba haber tenido que despedir a sus guardias personales. También había tenido que vender la casa escondida en las montañas y que desenterrar el oro que había guardado allí para un caso de emergencia. Ya no les quedaba ninguna de las medidas de seguridad que había acumulado durante años, desde que habían escapado de Jericó.

Pero Abigaíl era dura de roer. Aunque había crecido en una familia privilegiada, una de las más ricas de Jericó, y por sus venas corría la sangre de una antigua casa real, desde niña le habían enseñado el valor del trabajo honrado y a ser emprendedora. Todas las mujeres de su casa —Ana, Ester, Lea e incluso la anciana Raquel— se dedicaban a sus quehaceres domésticos, tanto coser y remendar como cuidar los huertos y ordeñar las cabras. Como Elías

había tenido que vender esclavos y dejar marchar a los criados a sueldo, la familia tenía que asumir su trabajo. Gracias a los dioses, Saloma, la concubina —que estaba embarazada de seis meses, y todos rezaban para que tuviera un niño—, los había sorprendido a todos con sus dotes para hilar lana cruda y convertirla en hilo resistente. Incluso la lana más barata que Abigaíl pudiera comprar se convertía en hilo de calidad en las hábiles manos de Saloma.

Pero había algo en lo que Abigaíl no reparaba en gastos. Todo proveedor y vendedor de amuletos, hechizos mágicos, incienso y aceite que llegara a la puerta de la casa encontraba en la desesperada y supersticiosa Abigaíl a una buena clienta. Ahora todas las chicas llevaban amuletos extra para alejar la mala suerte. Cada mañana y cada noche todos los miembros de la familia rezaban a Asera y a Baal. Abigaíl se ocupaba de que así fuera.

Se acercó al patio, donde sabía que encontraría a Ester ensartando cuentas, preguntándose si podrían vender los collares que hacía su nieta. La chica tenía un talento especial para hacer original bisutería con cuentas baratas y creaba diseños preciosos. Quizá el agente que había vendido discretamente los tesoros de Abigaíl podría ayudarla a vender la bisutería de Ester sin que nadie supiera de dónde había salido, por supuesto.

En el jardín situado junto al patio habían construido hacía mucho tiempo un pequeño estanque. Allí encontró Abigaíl a Ester, arrodillada en la orilla, inclinada hacia delante y observando el agua. Pero en aquel estanque no había peces. ¿Qué demonios miraba la chica?

Abigaíl se detuvo en seco al darse cuenta de que Ester contemplaba su propia imagen. Ester, a la que no había manera de convencer de que se mirara en un espejo. Abigaíl observó a su nieta y pensó que lo que hacía era muy raro.

—Niña, ¿qué haces?

Ester se levantó y Abigaíl se quedó estupefacta. ¡Qué alta era! Y esbelta. ¿Cuándo había crecido tanto? ¿Cuándo se había convertido en una mujer? *Halla*, pensó Abigaíl. He estado tan ocupada llevando la casa adelante y manteniendo unida a la familia que no me había dado cuenta de que mi nieta menor estaba creciendo.

Y, para sorpresa de Abigaíl, poniéndose muy guapa.

No había otra manera de describir a la chica que se acercaba a ella con elegancia. Ester se había colocado el velo sobre la cara, justo por la parte inferior, por debajo de la nariz, para que le tapara la boca y la barbilla. Abigaíl cayó en la cuenta de que se parecía mucho a Lea, pero lo que sobre

todo descubrió fue que, si se tapaba el labio leporino, Ester era toda una belleza.

—La tía Raquel me ha dado la idea —dijo Ester soltándose el velo por una esquina—. Me ha dicho que, cuando era niña, las mujeres de Jericó se cubrían la cara cuando salían de casa. Quería ver cómo me quedaba.

—Sí —le contestó Abigaíl muy despacio, recordando aquella época con dolor—. Pero ¿cuándo te lo ha dicho, cariño?

Ester se encogió de hombros.

—La tía Raquel habla de Jericó cada día.

Abigaíl dejó de sonreír y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Yo no la he oído hablar de su vida en Jericó. Al menos últimamente.

—Habla con Lea, en el pequeño jardín que cuidan cada día, donde hacen medicinas.

Abigaíl miró a su nieta, que, ahora que se había quitado el velo, volvía a ser deforme y fea.

—Ester, ¿de qué estás hablando? —le preguntó, aunque empezaba a sospecharlo.

—Lea está intentando aprender el remedio para la epilepsia, así que la tía y ella...

Abigaíl tiró al suelo el montón de ropa para remendar y salió corriendo. Ester la miró atónita.

—No hay que secar el sueño de Moloch al sol, porque disminuye su potencia —decía la tía Raquel mientras enseñaba a Lea a cortar las hojas de los largos tallos y a dejar solo los cogollos que brotaban—. Hay que secarlo girando los cogollos en un lugar oscuro y ventilado durante una o dos semanas. Cuando el tallo se rompe, ha llegado el momento de cortar los cogollos. Luego se meten en frascos y se sellan. Se abren los frascos varias veces al día para que pierdan la humedad. Hay que hacerlo durante varios días, hasta que los cogollos estén secos y en los frascos no se acumule humedad. Y ya se puede utilizar el sueño de Moloch.

Lea estaba sentada a la luz primaveral, cortando hojas para dejar al descubierto los cogollos, que contenían una potente medicina. Pensó entusiasmada que en muy pocos días habrían conseguido el remedio para la epilepsia y podría ofrecérsela a Zira a cambio de la paz.

Lo único que le faltaba por saber era cuántos cogollos secos administrar,

y cómo, porque la tía Raquel le había advertido de que si se excedía la cantidad adecuada, el alma abandonaba el cuerpo para siempre sin que el paciente muriera.

Le encantaba ir cada día a aquel jardín con su tía Raquel, cuidar los arbustos, las hojas y las plantas, rodeada de flores rojas, blancas, rosas y amarillas, escuchar el zumbido de las abejas, deleitarse en los destellos de las alas de las mariposas mientras recogía hierbas y raíces, hacía ungüentos, pomadas e infusiones que aliviaban las dolencias de su familia, pero aquella mañana, mientras recogía sueño de Moloch con Raquel, estaba triste.

Daveed no tardaría en marcharse.

Aunque lo había visto poco en los meses que habían transcurrido desde que se encontraran bajo los rayos de un atardecer dorado y descubrieran que sus caminos eran opuestos, y aunque él pasaba casi todo el tiempo con sus hermanos escribas, haciendo discretamente amistad con compañeros que creían, como él, que era necesario reformar la Hermandad, Lea sabía que seguía allí, que oficialmente vivía en su casa y trabajaba para su padre. Una presencia tenue, pero presencia al cabo. Pronto la casa parecería vacía.

—Tía Raquel, ¿cómo se le da sueño de Moloch a un paciente? ¿Se inhala, como hacían los sacerdotes de Jericó? ¿O se bebe en infusión?

La anciana no respondió. De pronto se inclinó, arrancó una pequeña planta del suelo y observó sus diminutas flores rosas.

—Vaya, es comino. ¿Sabes, Rebeca? El comino hervido con grasa de ganso y leche es un excelente remedio para el dolor de estómago. Mi Yacov tiene problemas de estómago. Creo que es porque abusé de las especias cuando estaba embarazada de él.

—Tía Raquel, ¿quién tenía epilepsia en Jericó? ¿Cómo se le administraba el sueño de Moloch?

En aquel momento la puerta chirrió y apareció Abigaíl, que miró perpleja a las dos mujeres sentadas en el banco de mármol: a su esbelta nieta, con vestido y velo de color crema, y a su anciana tía, rolliza y encogida, vestida de gris oscuro.

—¡Lea! ¿Qué estás haciendo? ¡Reza una oración! Te dije que no atormentaras a la pobre tía Raquel con tus preguntas.

Lea se levantó del banco.

—Abuela, perdóname. No quería hacerte sufrir, pero...

—¡Hacerme sufrir! Lea, invoca a los dioses ahora mismo. ¡Me has desafiado! ¿Y lo mantenías en secreto para evitar que me enfadara? —gritó

encolerizada—. En el nombre de Asera, ¿qué pasa contigo?

—Rebeca —intervino la tía Raquel—, reza una oración ahora mismo. ¿Cuántas veces te he dicho que gritar no es propio de señoritas? —Dejó caer el comino y miró a su alrededor—. Tengo que ir a buscar algo. Creo que está en mi habitación...

—Raquel, querida, ¿por qué no te acuestas un rato? —le preguntó Abigaíl acompañando a la débil anciana a la puerta.

Cuando la tía se hubo marchado, Abigaíl se acercó a Lea.

—¿Lo ves? La has puesto nerviosa. Dime por qué has desobedecido mi orden de no hacer preguntas a Raquel.

—Abuela, mira —dijo Lea señalando la alta y frondosa planta que crecía junto al muro, con grandes hojas verdes, puntiagudas y dentadas, entre las que brotaban los cogollos—. Lo plantamos hace unos meses y ahora estamos recogiendo la parte que contiene medicina. Se llama sueño de Moloch, y la tía Raquel dice que curará la epilepsia. Podemos ofrecérselo a Zira a cambio de que Jotam nos deje en paz.

Abigaíl apretó los labios.

—Deberías habérmelo consultado.

Lea observó la expresión preocupada de su abuela, la sombra del miedo en sus ojos.

—Abuela, con todos los problemas que tenemos, ¿por qué no ibas a dejarme buscar la cura de la epilepsia?

Abigaíl se retorció las manos. Buscó las palabras adecuadas, una explicación que darle a su nieta, pero su reticencia —su miedo— era algo que no se podía definir. Tenía que ver con el pasado de Raquel y con Jericó. No sabía por qué la aterrorizaba tanto que Lea preguntara a su tía por el pasado. Lo único que sabía era que Raquel conocía secretos, y que algunos secretos era mejor no desvelarlos.

—Niña, simplemente creo que hacerle recordar el pasado puede ser doloroso o angustiioso para ella.

—No lo hago por mí, abuela. Lo hago para salvar nuestra familia. Ay, abuela —dijo de pronto girándose y retorciendo las manos—, ojalá no tuviera que hacerlo. Ojalá no supiera que la epilepsia puede curarse. Que Asera me perdone, pero preferiría no tener nada que ver con todo esto.

Miró con expresión angustiada a su abuela, que a su vez la miraba sorprendida.

—Pues no busques ese remedio. Olvídalo.

—Abuela, ¿sabías que Daveed se marchará dentro de poco? Su período de aprendizaje casi ha terminado. Va a entrar en la Hermandad de Escribas.

Abigaíl parpadeó. ¿Daveed? ¿El escriba? ¿Qué tenía que ver con todo aquello?

—Sí, lo sabía, pero se ha ofrecido a venir cuando Elías lo necesite.

—Pero ¿sabías que Daveed ha jurado evitar que el hijo de Zira sea el sucesor del rab de la Hermandad?

Abigaíl observó a su nieta favorita, que ya era una mujer de veinte años a la que, pese a que su marido había desaparecido, todos llamaban isha Caleb. Abigaíl era consciente del dolor de su nieta por ser una mujer abandonada, de la humillación por ser objeto de rumores y de lástima porque su marido se había fugado con su hermana, pero... le dio la impresión de que el dolor que observaba en la chica no tenía nada que ver con aquello. Vio una expresión diferente en su cara, como si le hubieran arrancado una coraza que hubiera dejado al descubierto una agonía que intentaba esconder a los demás.

—¿Qué te pasa, Lea? —le preguntó en tono amable—. Cuéntamelo. Asera está con nosotras. ¿Qué te preocupa tanto?

—Daveed me ha dicho que la Hermandad tiene problemas. El rab se ha quedado ciego y los hermanos han caído en conductas inmorales.

- *Halla* —susurró Abigaíl haciendo un signo protector en el aire—. ¿Cómo es posible?

La Hermandad simbolizaba el honor, la integridad y la estabilidad de toda Ugarit.

—¿Estás segura, Lea? —preguntó Abigaíl.

—Daveed lo ha visto con sus propios ojos. Los hermanos piden sobornos por sus servicios, deshonran a los dioses, no cumplen con sus obligaciones y han relajado su moral. Daveed dice que será todavía peor si Yehuda se convierte en el próximo rab, de modo que lo está vigilando para comprobar si es epiléptico. Y cuando lo verifique, informará al rab, y Yehuda no podrá ser su sucesor. Entonces Daveed pondrá en práctica un plan para salvar la Hermandad.

Abigaíl escuchó lo que le contaba su nieta, observó la pasión con que se lo contaba e intentó asimilarlo. Y de repente lo entendió: Lea estaba enamorada del escriba. ¿Por qué otra razón la angustiaría tanto encontrar el remedio para la epilepsia?

Abigaíl se sintió agotada y se sentó en el banco. Se había centrado tanto en sacar adelante a la familia que no había visto el amor prohibido que había

surgido bajo su propio techo.

—Abuela —dijo Lea sentándose en el banco junto a Abigaíl—, si encuentro un remedio para Yehuda, la Hermandad estará perdida. Pero si no lo encuentro, estará perdida nuestra familia. ¿Qué tengo que hacer? —Y añadió antes de que su abuela hubiera podido responder—: Asera es testigo de que todo es culpa mía. Yo traje la desgracia a la familia, y ahora soy la responsable de buscar una solución, pero eso significa traicionar a Daveed. Me parte el corazón pensarlo, pero mi padre tiene que trabajar en el cobertizo.

Abigaíl cogió a Lea de las manos.

—En primer lugar, trabajar honradamente no es ninguna vergüenza. Y no todo es culpa tuya. ¿Crees que aquella noche de hace dos años estabas tú sola en casa? Yo estaba aquí, y tu padre, Ester, Tamar y Raquel. Aquella noche pasaron muchas cosas. Zira podría haber recordado cuál era su lugar y haberse callado. Yo podría haberle ordenado a tu madre que fuera a su habitación a tumbarse y podría no haber preguntado sobre la enfermedad de Yehuda de forma tan directa. Y tu padre podría haber pedido disculpas a Jotam. Asera es testigo, Lea, de que todos tenemos nuestra parte de culpa, y ahora todos tenemos que colaborar un poco para solucionarlo.

Suspiró. Como su nieta, ahora también ella tenía que tomar una decisión difícil: dejar enterrado el pasado por miedos indescriptibles o dejar a un lado los miedos por el bien de la familia.

—Y si para solucionarlo —siguió diciendo Abigaíl— hay que encontrar el remedio para la epilepsia y ofrecérselo a Zira...

—¿Y qué pasará con Daveed? —le preguntó Lea llorando—. Si curamos a Yehuda, la Hermandad morirá.

Abigaíl sintió el peso de todas aquellas preocupaciones sobre sus hombros, el destino de la familia y de la casa.

—Invoca a los dioses, niña. La Hermandad no es responsabilidad tuya. Ni Daveed. Estás enamorada de él, pero tu deber no es con él. Sigues casada con Caleb, y tu prioridad es tu familia. Siento que hayas cargado con este peso tú sola, mi niña. Encuentra el remedio para la epilepsia. Pregunta a Raquel hasta que te lo diga, y yo se lo llevaré personalmente a Zira y le ofreceré la paz.

—Ay, abuela, ¡estoy tan confundida!

Lea se derrumbó y lloró en brazos de Abigaíl.

Mientras consolaba a su nieta pensando en lo compleja e injusta que podía ser la vida, empezó a ser consciente de la enormidad de la situación.

Hasta aquel momento había pensado que lo tenía todo bajo control, cuando en realidad no controlaba nada.

El mayordomo entró en el jardín. Era un hombre amargado que cada día disfrutaba menos de su puesto en la casa de Elías. Cuantos más esclavos vendían y más criados se marchaban, más trabajo recaía sobre él.

—Señora, ha llegado una visita especial pidiendo audiencia con usted.

—¿Quién es?

¿Jotam con más ataques? ¿Zira a regodearse? ¿Un acreedor anónimo de otra ciudad, cansado de mandar avisos de cobro?

—Es la señorita, señora. La segunda hija de la casa, Tamar bat Elías.

Después de que Tamar y Caleb desaparecieran, Abigaíl había dicho a la gente que Elías había mandado a su yerno a un viaje de negocios y que su segunda hija había ido a Jericó a casarse con un pariente. No importaba que no la creyeran. Tenía que guardar las apariencias.

Ahora corría por la casa en medio de un torbellino de emociones — ¡Tamar había vuelto!—, preguntándose qué iba a decir a la gente.

—Hola, abuela —dijo Tamar en voz baja cuando Abigaíl entró en la sala de las visitas sin decir una palabra.

Tamar había elegido cuidadosamente prendas discretas que se ajustaban a su humilde situación: un vestido marrón oscuro hasta los tobillos, holgado por debajo de los pechos, una capa beis atada a la cintura y un velo tostado sin adornos. Las únicas joyas que llevaba eran un collar de cobre y una pulsera de cáñamo trenzado.

—¿Dónde está Caleb? —le preguntó Abigaíl sin la menor ceremonia.

—Escapé de él en cuanto tuve una oportunidad, abuela. Me obligó a marcharme con él.

Tamar recitó el discurso que había preparado durante todo el viaje. Mejor no decirle que se había ido a Minos. Mejor que creyeran que podría volver.

Abigaíl levantó una mano.

—No quiero escuchar una palabra más, porque no te creo. Ya no eres mi nieta, y esta ya no es tu casa. Vete y no vuelvas.

Pero en lugar de marcharse, Tamar se abrió la capa.

- *Halla!* —exclamó Abigaíl al ver la barriga hinchada—. ¡Que Asera esté con nosotros!

Lo primero que pensó fue: Adúltera.

Y lo segundo: El nieto de Elías. Y mi primer bisnieto. Aunque Saloma daría a luz en tres meses, podría tener una niña. Pero si el bebé de Tamar era un niño...

Un repentino atisbo de esperanza hizo temblar a Abigaíl. ¿Era una señal de los dioses? ¿Significaba que su mala suerte estaba a punto de cambiar? Un nieto para Elías. Pasarían por allí los vecinos a felicitarlo, a darle regalos y bendiciones, y al retomar las amistades, los antiguos clientes llegarían a la conclusión de que la suerte de Elías había cambiado y volverían a comprarle vino. Habría tanta alegría y esperanza en aquella casa que poco a poco volverían a la vida que llevaban antes de la noche del desastre, hacía dos años.

Abigaíl apretó las manos con tanta fuerza que le dolieron los dedos. En otras circunstancias, cuando la familia era próspera y tenía buena suerte, no habría tenido que tomar aquella decisión. Habría echado a Tamar de casa sin contemplaciones. Pero las circunstancias habían cambiado. Abigaíl ahora pensó: Los dioses atienden nuestras peticiones de las maneras más inesperadas.

—Muy bien —dijo a su nieta—. Puedes quedarte.

Contaré a la gente una tragedia. Les diré que el joven marido de Tamar murió. Caleb tuvo que atender sus obligaciones familiares y aceptar a la viuda Tamar, la hermana de su mujer, bajo su protección, como concubina. La dejó embarazada, pero después los piratas lo hicieron cautivo. ¿Se lo creerían?

¡No importa! Bendita sea Asera, pensó Abigaíl pasando de las débiles esperanzas a la felicidad. Tamar podría tener un niño. La casa de Elías se salvará.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Elías entrando a grandes zancadas en la sala de las visitas con su atractivo rostro colorado y las manos teñidas de púrpura, que daban muestra de que tenía que esforzarse como un trabajador cualquiera—. Pongo a los dioses por testigos de que no puede estar bajo este techo. ¡Ha avergonzado a mi familia! ¡Es una puta!

Pero Abigaíl protestó dándole palmaditas en el pecho.

—Elías, hijo mío, reza una oración. Si el bebé es un niño, será tu nieto. ¡Piénsalo!

Elías se quedó tan inmóvil e inmutable como una estatua, planteándose, atrapado entre su deseo de tener un nieto y preservar su honor. Un hombre tenía su orgullo.

Ana, que se había enterado de la noticia, entró con el velo revuelto y

miró fijamente a Tamar. Su rostro expresaba el deseo de abrazar a su hija.

—Amor mío, Tamar es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Nosotros la concebimos.

—Nos ha avergonzado. Me robó y se acostó con el marido de su hermana.

—Pero ha vuelto. Los dioses están con nosotros. Está arrepentida y embarazada. Elías, sé práctico. Son dos manos más para trabajar.

—Y otra boca que alimentar.

—Borda muy bien. Podremos vender sus labores, Elías. Puede ganarse el sustento.

—Escribiré ahora mismo a mi prima de Damasco —intervino Abigaíl al ver que Elías no decía nada—. Les alegrará enterarse de las noticias.

Y quizá manden regalos, pensó. Oro y plata para el primer hijo de Caleb.

—¡No! —exclamó Elías por fin—. Caleb nos robó. Cometió adulterio con la hermana de su mujer. Abandonó a su mujer. Debían saber que era un hombre malo. Nos mandaron a un ladrón y a un canalla a sabiendas. Cuando les escribimos explicándoles la traición de su pariente, dijeron que no sabían nada. Han perdido todo derecho sobre este niño. No quiero que les escribas. —Cuadró los hombros y levantó la barbilla con orgullo—. Mujer —dijo a su esposa en un tono severo al que Ana no estaba acostumbrada—, dile a nuestra hija que puede quedarse, pero que jamás me dirija la palabra ni aparezca ante mi presencia. Que ella y el niño se alojen en una habitación apartada. No quiero volver a verla.

Giró sobre sus talones y salió hecho una furia. Tamar se colocó el velo para esconder su sonrisa victoriosa.

Se llamaba *Edrea*, y Jotam estaba prendado de él.

El constructor de barcos golpeaba la madera pulida del mástil principal, cuyo sonido acallaba los ruidos del ajetreteado puerto, los graznidos de las gaviotas, los gritos de los marineros de cubierta y los estibadores, y el fuerte viento procedente del Mar Grande. Todo se desvanecía, porque Jotam solo tenía oídos para el sonido de los cabos, las velas y las jarcias del *Edrea*.

Ese día iba a botarlo. Jotam asistía al bautizo de todos sus barcos, se ocupaba personalmente de ponerles nombre y les tenía mucho cariño. Si alguna vez pillaba a un capitán o a un marinero mal tratando uno de sus barcos, mandaba que lo azotaran hasta que estuviera a punto de perder la vida.

«No es normal», se quejaba su hermana. Pero ¿qué sabía Zira, o

cualquier mujer, sobre la relación de un hombre con los barcos que construía? «Es porque no tienes hijos», le decía. Y Jotam tenía que admitir que quizá tenía razón. Nunca era más feliz que cuando estaba en sus astilleros del muelle, supervisando cómo colocaban las planchas, medían las cuerdas y las velas e incluso pintaban símbolos de la suerte en la proa y la popa. Y tenía la precaución de elegir solo nombres que influyeran positivamente en el funcionamiento del barco. *Edrea* significaba «poderoso» en cananeo.

Este barco llegará lejos, pensó emocionado. Navegará a Minos, a Micenas y a las costas del norte de África. Mi preciosa obra transportará aceite y vino, marfil y cereales. Le darán la bienvenida en todos los puertos del mundo, y cuando navegue a toda vela sobre las olas del mar, a todo el que lo vea se le llenarán los ojos de lágrimas.

Jotam lo imaginó con orgullo. Para eso vivía, para crear aquellas bellezas.

Se apartó del mástil principal, miró su nuevo barco de punta a punta, la cubierta de madera resplandeciente, las perfectas hileras de remos, las velas plegadas de lino tejido, y sintió...

Frunció el ceño. Ahí estaba de nuevo la confusa preocupación que sentía en los últimos tiempos.

Echó una mirada al brillante mar del puerto, inhaló el fresco aire marítimo, sintió la caricia del sol dorado sobre su cuerpo y experimentó un extraño anhelo dentro de sí. No sabía cuándo había empezado a sentirlo, pero era cada vez mayor. De repente sintió que los barcos no bastaban para satisfacerlo.

¿Qué era lo que anhelaba? Sabía que no deseaba a una mujer. Ahora que Jotam era uno de los hombres más ricos de Canaán, podía tener a todas las mujeres que quisiera. Y como era tan fácil conseguirlas —muchas madres hacían desfilar a sus hijas solteras ante él—, le aburría su vida sentimental. Lea, la hija de Elías, era la última chica a la que de verdad había deseado, pero en cuanto se casó con su pariente Caleb perdió todo interés por ella, y al parecer por las mujeres en general.

Estaba rascándose la axila y preguntándose si aquello era el aburrimiento cuando vio a uno de sus espías subiendo por la rampa a su nuevo barco, un hombre vestido con una falda de piel y una capa a rayas marrones y negras. Era el espía al que Jotam había contratado para que buscara información sobre el pariente de Elías que había llegado a la ciudad para casarse con Lea, Caleb. Pero cuando el muy tonto huyó con su hermana Tamar, Jotam ordenó a su

agente que dejara correr el tema y se dedicara a algo mucho más urgente e interesante: espiar a los misteriosos hititas del norte.

Jotam levantó una mano para detenerlo. Como todos los hombres de mar, era muy supersticioso. Nadie podía subir a bordo hasta que el *Edrea* estuviera bautizado como era debido, los sacerdotes hubieran entonado sus conjuros y los dioses hubieran soplado para inflar la vela mayor.

- *Shalaam* y bendiciones, señor —gritó el hombre.

Jotam bajó del barco y se dirigió a él mirando con curiosidad el paquete que llevaba en las manos. De pronto imaginó lo que podía ser y su interés aumentó.

- *Shalaam* y bendiciones, amigo. Los dioses estén con nosotros. ¿Me has traído algo?

—Tengo que mostrárselo en privado, señor.

Entraron en el portal de un almacén de Jotam. El agente miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie los veía, desató la cuerda y retiró el envoltorio de tela.

A Jotam se le salieron los ojos de las órbitas.

- *Halla!* —exclamó—. ¡Invoca a los dioses, amigo mío! ¿Los rumores son ciertos?

—Lo son, señor —le contestó el agente muy nervioso—. He arriesgado la vida para sacarlo de Hatti y he tenido que pagar hasta el último aro de cobre que tenía.

Jotam le quitó de las manos el cuchillo de metal negro y se maravilló ante la prueba evidente de lo que solo podía llamarse un milagro.

En los últimos años habían corrido rumores sobre misteriosas forjas en las montañas del norte en las que se fabricaban armas en secreto. Los rumores decían que las hacían con hierro, aunque todo el mundo sabía que el hierro solo era útil para hacer pesas. Y ahora Jotam tenía en las manos un arma forjada con mineral de hierro. ¿Cómo era posible?

—El secreto es el calor, señor. Calientan el hierro en hornos gigantes de piedra a temperaturas tan altas que el metal se vuelve líquido y se separa del mineral. Entonces lo echan en moldes y con el martillo le dan la forma que quieren, como espadas y dagas, incluso puntas de lanzas y flechas. Es más duro que el cobre y el bronce. Lo he probado.

El espía se llevó la mano al cinturón y sacó una daga de bronce de una funda disimulada debajo de la capa.

—Golpéeme con el cuchillo de hierro, señor —siguió diciendo el espía.

Jotam lo miró con escepticismo.

—¿Estás seguro? Piensa que tengo puntería y fuerza...

—¡Golpéeme!

Jotam levantó el cuchillo y lo abatió con fuerza sobre el espía, que en un rápido movimiento alzó la daga de bronce para detener el golpe. La daga de bronce se partió por la mitad.

- *Halla!* —exclamó el constructor de barcos cortando el aire para sentir el peso y la fuerza del arma—. Que los dioses nos acompañen.

Y un nuevo anhelo se apoderó de su corazón.

A Tamar no le importaba el niño que llevaba en el vientre. No era más que un medio para conseguir un fin, la garantía de su supervivencia. En cuanto saliera de su cuerpo, lo dejaría con niñeras, con su madre y con su abuela. Le daba igual. Lo único que pensaba Tamar respecto del futuro era lo rica que iba a ser. Ahora que tenía casa y nombre, podría dedicarse a su plan de encontrar a un hombre al que cautivar, un hombre rico que se la llevara lejos, a una tierra exótica en la que tendría una vida fabulosa.

Se alegró cuando sintió el primer dolor. Tamar odiaba haberse puesto tan gorda y torpe. Tenía los tobillos hinchados y necesitaba orinar cien veces al día. Al segundo dolor informó a Abigaíl, que reunió a las mujeres de la familia para que encendieran incienso, rezaran a los dioses y ayudaran en el parto.

El parto duró quince horas. Tamar no dejaba de gritar: «¡Sal de mi cuerpo!». Al final llegó. Era un niño sano con potentes pulmones. En el momento en que se lo colocaron en el pecho, Tamar sufrió un cambio drástico. Miró la carita colorada de su hijo, lleno de sangre y arrugado, lo vio mover sus diminutas manos, oyó su llanto, y una extraña emoción se apoderó de todo su ser. Amor. Amor maternal. Lo estrechó contra su pecho, pensó que era una criatura maravillosa y lloró.

Mientras Tamar se recuperaba del parto, con el niño en su pecho, no podía evitar regodearse en su triunfo. No podía evitar felicitarse por ser tan lista. Y pensó: Este es el verdadero poder femenino. Porque he creado la vida. Y ahora nunca podrían echarla de casa. Les había dado su anhelado nieto. Mira cómo sonrían. Están dispuestos a perdonarme. Mira cómo corre mi abuela a contárselo a sus amigos, a preparar la fiesta para ponerle nombre y a rezar a los dioses por haber traído la alegría a su casa.

Hacía un mes que había vuelto a casa y que su padre había asegurado que

no quería volver a verla, pero ahora se acercaba a su cama cada día y se maravillaba ante la criatura a la que ella amamantaba, ante el niño al que ella había dado la vida. Veía que su padre se sentía orgulloso y pensaba: No nació niño, pero te he dado uno. Sabía que su padre la había perdonado y que con el tiempo llegaría a ser la hija más respetada de la familia. Quizá la mujer más respetada de la casa, porque ni siquiera su madre había tenido un hijo que lograra sobrevivir.

—Mi hijo...

No había previsto el amor maternal, el fuerte vínculo que la unía a aquel recién nacido, carne de su carne. En la ciudad pesquera había estado con muchos hombres. Había olvidado sus caras y sus olores. No tenían nada que ver con la creación de aquel niño perfecto. Es mío. Solo mío.

—Te llamaré Baruch, y de ahora en adelante, hasta el fin de mis días, ya no seré bat Elías. Seré la respetable em Baruch.

Ana llegó con comida. Pese a la felicidad de Abigaíl por tener por fin un niño en casa, solo Ana había perdonado del todo a Tamar. Pensaba que una madre tenía la obligación de perdonar las faltas de sus hijos y cubrirlos de amor.

Dejó la bandeja al lado de la cama, una generosa y cara ofrenda a base de morcillas, chuletas de cerdo y vino.

—Tu abuela y yo estamos organizando la fiesta para poner nombre al niño —le dijo—. ¡Cuánta alegría entre tantas preocupaciones! Muchos amigos nos han confirmado ya que vendrán a celebrar nuestra felicidad. Y hemos hablado del tema del nombre. Como en Damasco la familia tiene la tradición de llamar al primer hijo Uriel, respetaremos esa tradición.

—No, no la respetaremos —le contestó Tamar en tono tranquilo, contemplando a su niño y sin poder contener las lágrimas ante su perfección—. El niño es mío. Yo le he dado la vida. Ha brotado de mi alma. Yo elegiré su nombre.

—Tonterías —dijo Ana inclinándose para coger al niño.

Pero Tamar se apartó.

—¡No! Es mío. No vas a ponerle tú el nombre, ni lo criarás, ni siquiera lo tocarás.

—¡Soy su abuela!

—La concubina de papá está embarazada. Puedes quedarte con el niño de Saloma, pero no tendrás el mío.

Abigaíl oyó los gritos y entró en el dormitorio.

—Tamar, reza una oración ahora mismo. Harás lo que te digamos. Tenemos que ponerle un nombre de la familia de Caleb.

Tamar se apartó el pelo de la cara.

—No es hijo de Caleb.

Las dos mujeres la miraron atónitas. Tamar frunció los labios y cogió la sábana en la que envolvía al niño. Odiaba con todas sus fuerzas a la mojigata de su abuela y a su débil madre, con sus aires de grandeza, convencidas de que eran importantes. No iban a quedarse con su hijo.

—El niño no es de Caleb —repitió, disfrutando del horror que aparecía en sus caras—. No me escapé de él —siguió diciendo, envalentonada—. Caleb me abandonó. Se fue a Minos. Lo vi marcharse en barco y sé que nunca volverá. Me dejó antes de que estuviera embarazada. Sabía que solo podría volver a casa con una condición, así que me acosté con muchos hombres, marineros, agricultores, viajeros y herreros. Cuando estuve segura de que estaba embarazada, volví. Así que el niño es solo mío. No podéis tocarlo.

Se hizo el silencio. Una avispa entró volando desde el jardín y zumbó por la habitación, incapaz de encontrar la salida. Abigaíl abandonó la estancia sin decir una palabra y volvió con Elías. En su rostro había una mirada que Ana nunca había visto antes y que le heló el corazón.

—Tamar —dijo Ana inmediatamente—, retira lo que has dicho. Dinos que el niño es de Caleb. Dilo tres veces y pide a los dioses que te protejan.

Pero antes de que Tamar se diera cuenta de lo que estaba pasando, su padre gritó:

—¿Crees que no voy a echarle porque tengas un hijo?

—¿Echarme? —preguntó Tamar atusándose el pelo y apretando a su hijo contra su pecho—. ¿De qué estás hablando?

—Eres una puta barata y no voy a permitir que críes a mi nieto.

—¿Y vas a privar a tu único nieto de su madre?

—¡Tiene madre! —gritó Elías—. ¡Su madre es Lea!

Ana y Tamar miraron a Elías boquiabiertas.

—Eras la concubina de Caleb, como Saloma es la mía. El niño que dé a luz Saloma será de Ana, y el que has tenido tú es de Lea. Legalmente es así.

Tamar se dio cuenta de pronto de la terrible realidad, del error que había cometido.

—¡No! —gritó—. ¡Soy su madre!

—Le quitaste el marido a Lea, pero no la privarás de ser la madre del

hijo de su marido.

—¡No es hijo de Caleb! Me acosté con marineros, con campesinos, con jóvenes y con viejos... ¡Hasta con egipcios!

—¡Por los dioses, eres un demonio!

Elías le arrancó al niño de los brazos y se lo tendió a la pálida Abigaíl. Agarró a Tamar por el pelo, la sacó de la cama, la arrastró por la habitación y la sacó a la galería dándole patadas y gritando. Ana corrió tras él.

—¡No, marido mío! ¡No lo hagas! ¡No me quites a mi hija!

Tiró de su ropa, pero Elías la empujó con tanta fuerza que cayó al suelo.

Arrastró por toda la casa a Tamar, que no dejaba de gritar, abrió la puerta principal y la arrojó al camino de piedra, a la cálida noche estival. La chica aterrizó en el suelo a cuatro patas y levantó la cabeza aturdida.

—¡Vete de esta casa! —gritó Elías con lágrimas de furia en los ojos—. Ya nos has avergonzado bastante. Se acabó.

Pasaron toda la noche sentados en lúgubre silencio, escuchando los patéticos gritos de Tamar, que suplicaba que la dejaran entrar y ver a su niño. Elías se mantuvo firme y le dijo a Lea que ahora ella era su madre. Encendió incienso en todas las habitaciones hasta que el humo les irritó los ojos. Rezó a Dagan y a Baal, e invocó a todos los dioses que recordaba. Hizo llamar a Daveed y le dictó un documento declarando que su hija Tamar había muerto, y otro para asignar el niño a Lea. Daveed anotó todas las duras palabras de Elías mientras Nobu se movía de un lado a otro en la oscuridad. Cuando terminó, Daveed rezó a Shubat para sus adentros.

Era una casa con mala suerte, condenada, y no podía hacer nada por salvarlos.

Por la mañana ya no se oían gritos. Lea se asomó a echar un vistazo y Tamar se había ido.

Aunque su padre había asegurado que no permitiría que «la puta» volviera a casa, que no iba a alimentarla ni a darle cobijo, que nadie volvería a mencionar su nombre, Lea salió en busca de Tamar y la encontró acurrucada en el olivar del padre de Baruch.

—Por favor, dile a nuestro padre que me deje volver —le suplicó—. Por favor, dile que lo siento. —Estaba sucia, con el pelo lleno de hojas y lágrimas resbalándole por las mejillas—. Pongo a Asera por testigo de que no puedo soportar que me aparten de mi hijo.

—Volveré esta noche —le contestó Lea con cariño—. Te traeré comida y ropa, y todos los aros de cobre que encuentre. Pero nuestro padre está muy

enfadado. No te dejará volver a ver a tu hijo.

Aquella noche, bajo la luna, enloquecida por la pena, el hambre y la sed, Tamar corrió entre los fantasmagóricos troncos de los olivos arañándose la cara con las ramas más bajas.

—Baruch, amor mío, ¿estás ahí? ¿Dónde estás? El niño es tuyo, Baruch. Es tu hijo. Todos aquellos hombres... —Se le quebró la voz—. No significaron nada. Mientras estaban encima de mí haciendo sus porquerías, pensaba en ti. El niño es hijo tuyo, un hijo fruto de nuestro amor. Oh, Baruch, ¿dónde estás?»

Miró la luna y vio el rostro de Baruch, su amado. Se habían jurado amor eterno, pero se marchó. Le daba vueltas la cabeza. Sentía que el corazón se le encogía de dolor.

—¡No puedo soportarlo!», gritó a las estrellas.

Sollozaba y jadeaba. Se agarró el camisón, se lo quitó por encima de la cabeza y lo tiró al suelo. Se arrodilló, cogió la tela, buscó las costuras, tiró de las puntadas hasta romperse las uñas y separó los trozos de tela que habían estado cosidos. Desgarró la lana delicadamente tejida con los dientes, la hizo jirones, le arrancó los hilos y empapó la tela con saliva y lágrimas sin dejar de llorar y de gritar el nombre de Baruch.

—Nunca querré a nadie como te quise a ti», gritaba tirando de la tela con todas sus fuerzas hasta que la hizo tiras. El sonido de los desgarrones invadía la cálida noche. Tamar no era consciente de que estaba de rodillas en el suelo, de que estaba cortándose con las piedras y las ramitas. La luz de la luna iluminaba su cuerpo desnudo mientras reducía el camisón a jirones. Tembló de angustia y empezó a anudar los extremos mojando la delicada lana con sus lágrimas.

—¿Por qué me abandonaste, Baruch? Te entregué mi corazón y me lo arrancaste. Me mataste.»

Con los dedos destrozados, ató uno a uno todos los trozos hasta formar una larga banda de tela. «¡Baruch! ¡Baruch!», gritó incorporándose y buscando entre las ramas más altas, como si fuera a encontrarlo allí. Lanzó un extremo de la tela por encima de una rama robusta y, como una loca, buscó una piedra por el suelo. Cerca encontró una pequeña roca. La arrastró rodando hasta colocarla casi debajo de la rama, aunque no exactamente debajo, y ató los dos extremos de la cuerda formando un lazo.

—Los dioses nos unirán algún día —dijo llorando. Se subió a la roca y se pasó el lazo por la cabeza—. Mi Baruch, amor mío.»

Cerró los ojos y se echó hacia delante para que el lazo soportara el peso

de su cuerpo. Solo pisaba la roca con las puntas de los dedos. «Asera, no me abandones», dijo llorando. Y saltó de la roca. Su cuerpo se balanceó. Oyó el crujido de la rama. El lazo le apretó el cuello y...

¡Mi niño!

¡No, no quiero morir!

¿Qué he hecho? ¡Asera!

Tamar se llevó las manos a la garganta y agitó las piernas. ¿Dónde estaba la roca?

¡No dejes que muera! ¡Quiero vivir! ¡Quiero a mi hijo!

Sus dedos rozaron la piedra. Movi6 los pies intentando alcanzarla. Tir6 del lazo y se rasgó el cuello hasta sangrar. Colgaba del extremo de la tela luchando por respirar. No podía. Le dolían los dedos de los pies. Seguía pataleando para encontrar un punto de apoyo, pero tenía los pies ensangrentados y resbaladizos.

Por favor... Asera... Quiero ver crecer a mi hijo... No quería hacerlo... Ayúdame... Que alguien me ayude...

A la mañana siguiente Lea volvió al olivar con comida y bebida, pero encontró a Tamar colgando de un árbol, fría y muerta. Corrió a casa para pedir ayuda sin saber que era el mismo árbol que había cobijado a los dos amantes la noche de primavera en que Tamar entregó su virginidad a Baruch.

Habían transcurrido siete días de luto. Abigaíl estaba rodeada de su familia, con el niño en brazos.

—Rezaremos cada día por Tamar y rogaremos a los dioses que acepten su alma y la cuiden —dijo—. No volveremos a hablar de lo que dijo la noche antes de morir, porque no estaba en su juicio y no sabía lo que decía. Este niño es hijo de Caleb. Es un hijo de la casa de Elías. Este precioso bebé es la señal de que los dioses no nos han abandonado y de que nunca debemos perder la esperanza. Los sabios dioses se han llevado a mi nieta, pero me han dejado a un bisnieto en su lugar. De esta manera nos recuerdan que son justos y compasivos. Lo llamaremos Baruch, como Tamar quería. Y él será la luz eterna de nuestra casa.

Ahora Daveed nunca podría tener a Lea.

Como Elías había declarado que el niño era de Caleb, y como a un niño solo podía criarlo un pariente, si Lea volvía a casarse debería hacerlo con un familiar. Ahora era «em» y estaba fuera del alcance de Daveed.

—Vete a la Casa de Oro, Daveed —le dijo ella—. Ya no hay razón para que te quedes aquí.

—Aparte de que te quiero —le contestó muy triste.

Sabía que estaban a punto de separar sus caminos. Quizá no volverían a verse.

—Tengo un regalo para ti —dijo Daveed entregándole una pesada tablilla—. Busqué en los archivos información sobre la epilepsia y he encontrado esta antigua tablilla. Es tan antigua que nadie sabe leer los símbolos. Pero pude traducir una sola palabra: «valeriana». Creo que es una receta para curar la epilepsia. Quizá si le mencionas la valeriana a tu tía, o le muestras la hierba, consigas que recuerde el remedio.

—Pero... la Hermandad, Daveed. Si curo a Yehuda...

—Lea, si un hombre sufre una enfermedad terrible y sé que podría curarse, pero se lo impido, no sería mejor que mis descarriados hermanos o que Yehuda. No seré rab a expensas de la vida de otra persona. Busca el remedio, Lea, y salva a tu familia. Si eso significa que no llego a ser el próximo rab, tendré que buscar otros medios para devolver la rectitud a la Hermandad. Está en manos de Shubat.

Lea se quitó un collar y se lo puso a Daveed. La piedra rosa de Asera, que, según el mercader del templo, estaba bendecida con el poder de la diosa, colgó sobre su pecho.

—Asera te protegerá —susurró Lea—, porque temo que tendrás que enfrentarte a la maldad y a grandes peligros.

—Creo, mi querida Lea, que el destino no está en nuestras manos, sino en las de los dioses —dijo sujetándole la cara con las manos—. Podemos esperar y soñar, hacer las cosas lo mejor posible aquí en la tierra y amarnos con todas nuestras fuerzas, pero cuando se trata de dirigir nuestros pasos y crear nuestro destino, ni sabemos ni tenemos herramientas. Debemos confiar en que nuestros dioses, Asera y Shubat, nos guiarán en esta prueba. Quiero que sepas, querida mía, que, aunque nunca podamos estar juntos como marido y mujer, siempre te amaré. Y quiero que sepas también que si algún día me necesitas, Lea, no tienes más que llamarme, y vendré.

La besó, y supo que era por última vez.

Capítulo 9

—El remedio para la epilepsia se come en un pastel —dijo la tía Raquel cosiendo el dobladillo deshilachado de una capa de Elías—. Se desmenuzan los cogollos secos de sueño de Moloch en un cuenco con almendras troceadas, dátiles e higos secos. Se añade mantequilla y miel, y se mezcla bien. Se mete en el horno y, cuando está frío, se corta el pastel a trocitos. Si se come pastel cada día, mañana y noche, los ataques desaparecen.

—Pero ¿cuánto sueño de Moloch se pone en la mezcla, tía Raquel? —le preguntó Lea—. Me dijiste que si se echa poco no hace efecto, pero que es peligroso echar mucho.

Raquel se acercó la prenda a los ojos y observó lo que acababa de coser.

—Rebeca, voy a contarte un secreto que las mujeres hacíamos en Jericó sin que nuestros hombres lo supieran. Cuando estás cansada de tener niños y no quieres más, pero tu marido se empeña en que sigas teniéndolos, coges un trocito de esponja, lo atas a una cuerda, lo sumerges en vinagre y te lo metes hasta el fondo. Eso impide la concepción, y como la esponja es muy suave, tu marido no se da cuenta. —Cortó el hilo y añadió—: También funciona meterse media piel de limón, sin la pulpa, como si fuera un tapón.

Estaban en el patio, haciendo sus labores al calor de la mañana de verano. Lea, la tía Raquel, Ester, Ana y Saloma, en avanzado estado de gestación. Cosían, bordaban, ensartaban cuentas o tejían con desánimo. El suicidio era la peor suerte que podía caer en una casa. Como un incidente tan terrible llamaba a los malos espíritus, Abigaíl se había gastado un dinero que les hacía mucha falta en llamar a un sacerdote para que purificara la casa con incienso y entonara cánticos para espantar la mala suerte.

Pero también estaban contentas. Por fin había nacido un niño en la casa de Elías. El hijo de Tamar estaba dormido en su cuna, entre cestas llenas de hilo y de lana. Abigaíl había contratado a una nodriza para el niño, pero en cuanto Saloma diera a luz, lo amamantaría junto con el suyo. El pequeño Baruch era ahora el centro de su universo. Las mujeres se turnaban para cogerlo y pasear con él. Les encantaba su sonrisa y sus risitas. Era la promesa de su futuro, su pequeña llama de esperanza, y por grandes que fueran las desgracias que Elías encontrara en su camino, las mujeres de la casa solo

tenían que mirar a Baruch para saber que los dioses seguían a su lado.

Ana cosía en silencio. Echaba de menos a su hija mediana y sabía que su pena jamás tendría fin. También Ester pensaba en Tamar mientras ensartaba cuentas de colores que le había proporcionado un vendedor ambulante a cambio de una jarra de vino. Como Saloma había pasado muy poco tiempo con Tamar, mientras hacía maravillas con lana de mala calidad y la convertía en hilo estupendo, agradecía a los dioses su buena suerte. Ana la había rescatado de una vida de esclavitud y trabajo duro, y estaba a punto de dar a luz un niño de cuyo padre se había enamorado en secreto. No le importaba que la llamara Ana cuando llegaba al clímax, ni que hubiera dejado de acostarse con ella en cuanto comunicó que estaba embarazada. Solo pensaba en la sonrisa que dibujarían los labios de Elías cuando dejara al recién nacido en sus brazos. Y si era una niña, entonces Elías volvería a su cama para intentar tener un niño.

Lea y la tía Raquel eran las únicas que charlaban sobre los viejos tiempos en Jericó y sobre un jardín del que obtenían muchos remedios medicinales. Para sorpresa de todos, los remedios de Raquel funcionaban. Lea le sacaba secretos a la anciana y los memorizaba cuidadosamente, y las mujeres de la casa de Elías probaban los remedios y descubrían que eran efectivos. Las náuseas matutinas de Saloma, los problemas de menstruación de Ana y una fiebre invernal que había arrasado Ugarit. Las recetas de hierbas de Raquel lo aliviaban todo.

Ahora rezaban para que Lea consiguiera que su tía recordara las cantidades exactas del remedio para la epilepsia. La situación de la familia era ya tan desesperada que Elías había puesto en venta la bodega.

Las demás no hablaban. Las moscas zumbaban en el aire húmedo, las abejas se abrían camino hasta la casa, y de vez en cuando del jardín llegaba una brisa que olía a flores.

Lea intentaba encontrar una manera de guiar los pensamientos de Raquel, pero su mente parecía carente de toda lógica. Solía mezclar temas y hacer largas pausas. Lea sentía que el tiempo apremiaba. Aunque Raquel estaba de buen humor y hablaba mucho, en los últimos tiempos parecía débil. Había dejado de beberse su tónico matutino, comía menos y llevaba días sin tocar el vino. Lea pensó que su tía no tenía buen color. Estaba pálida y tenía la mirada perdida.

Pensó en Daveed, que en aquellos momentos se preparaba para la ceremonia del orto helíaco de la Estrella Blanca, al amanecer del día siguiente, cuando el rab nombraría a su sucesor. La ciudad tenía los ojos

puestos en la Casa de Oro, porque todo el mundo sabía que la salud de la Hermandad reflejaba la de Ugarit. Sin hombres que supieran leer y escribir no podría haber gobierno, y sin gobierno todo sería un caos. Todos hablaban del anciano rab, que había decidido jubilarse y ceder su puesto a un hombre más joven. Los ciudadanos se preguntaban a quién elegiría. Casi todos coincidían en que el elegido sería Yehuda, aunque había varios candidatos. En última instancia, la decisión dependía de los dioses, y por eso el anciano rab rezaba y meditaba esperando la respuesta.

Bendita Asera, pensó Lea, por favor, pídeles a los dioses que elijan a Daveed, porque él sanará la enferma Hermandad y le devolverá su gloria. Si Yehuda sale elegido, la Hermandad sufrirá y será demasiado tarde para arreglar las cosas.

—Se mide por la cantidad de mezcla de almendras, higos y dátiles que cabe en la mano —dijo Raquel—. Esa es la medida. Mezclas cuatro medidas con sueño de Moloch y ya tienes el remedio para la epilepsia.

Cuatro caras sorprendidas se giraron hacia ella. Lea se quedó paralizada. Acababa de rezar a Asera. ¿Era su respuesta? La gran diosa ha abierto la mente de Raquel para que descubra el remedio. Si se la mando ahora mismo a Yehuda, mi padre no tendrá que vender la bodega. Pero si mando el remedio a Yehuda, Daveed no será el próximo rab y la Hermandad seguirá corrompiéndose.

Bendita Asera, ¿qué debo hacer?

Ana, Ester y Saloma observaban a la anciana. El pequeño Baruch se revolvió en su cuna.

—Tía Raquel —dijo Lea dejando a un lado la costura—, ¿cuántas medidas de sueño de Moloch hay que mezclar con...?

Abigaíl caminaba entre las vides que se extendían por la ladera de la montaña, detrás de la casa, cuando vio a su hijo con un posible comprador para la bodega. El hombre fruncía el ceño. Era la octava persona que iba a ver la propiedad, y negaba con la cabeza. Abigaíl se acercó.

—¿Y la casa? —preguntó el hombre de Ebla.

—La casa nos la quedamos —le contestó Elías—. Solo vendo los viñedos y la bodega.

—Lo siento, amigo, pero ¿para qué voy a comprar una propiedad en la que no puedo vivir? ¿Cómo voy a cuidar la cosecha, mantener alejados a los ladrones y protegerme contra los intrusos? Si cambia de idea sobre la casa,

aviseme. Me localizará en la taberna La Garza Azul, en el puerto.

El hombre se marchó. Abigaíl vio la expresión preocupada de su hijo, lo vio contemplando a la luz del sol los blancos muros que rodeaban el conjunto de edificios que formaban su hogar. Elías había dejado en aquel terreno su sudor y su sangre, y sus padres antes que él, y sus antepasados durante ocho generaciones. Había nacido en aquella casa y había pasado en ella toda su infancia y su juventud. Se había llevado a Ana a aquella casa, y sus hijas habían nacido allí. Y ahora también su nieto, Baruch.

Elías vio a su madre avanzando por el camino polvoriento, cuadró los hombros y mostró una expresión tranquila.

—¡Madre! Me alegro de que estés aquí. Tengo que hablar contigo de un tema importante. Me temo que el hombre de Ebla ha decidido no comprar la bodega, pero todavía no estamos acabados, madre, ni lo estaremos. He tomado una decisión importante. Como sabes, hasta ahora me he resistido a pedir un préstamo al tesoro real, pero mañana a primera hora iré al banco de la Casa de Oro y pediré un crédito. —Se apartó una abeja de la cara y carraspeó—. Voy a invertir en una fábrica que unos amigos y yo construiremos a las afueras de la ciudad.

—¿Una fábrica de qué? —preguntó Abigaíl mirándolo fijamente.

—Una fábrica de un nuevo tipo de armas.

- *Halla!* —exclamó Abigaíl llevándose las manos al pecho.

—Madre, los ciudadanos de Ugarit no pueden pasar por alto las nubes que se avecinan por el sur. Si Hatshepsut muere, su sobrino asumirá el control, y se rumorea que pretende recuperar los territorios que invadió su abuelo. Un grupo de hombres previsores, entre ellos yo mismo, sabemos que debemos estar preparados. Los hititas de las montañas del norte han inventado una técnica para convertir el mineral de hierro en el metal más duro que el mundo ha visto jamás. Están fabricando espadas mucho más resistentes que las de cobre y bronce. Tenemos que hacer lo mismo. El mundo está cambiando, madre. No podemos mirar hacia otro lado. Si Egipto invade Canaán, tenemos que estar preparados. —Vio el rostro afligido de su madre y añadió en tono más suave—: Madre, ya hay bastantes vinateros en el mundo. Quiero formar parte de los nuevos tiempos. Si lo que dicen de los hititas es verdad, que están cambiando el modo de hacer la guerra, no podemos quedarnos al margen de esa revolución.

—No me gusta que me hables de la guerra.

El rumor de los carros de guerra, los hombres a caballo, las antorchas

ardiendo en la noche y la sangre cananea derramándose...

—Ganaremos dinero, madre. Ya lo verás. Ofreceré los viñedos y la bodega como aval e invertiré en la fábrica el crédito que me dé el banco. Las espadas, los cuchillos y los escudos que fabriquemos se venderán en todas partes. Seremos ricos, madre.

Abigaíl se retorció las manos.

—Hijo mío, no es la manera...

—¡Padre! ¡Abuela!

Se giraron y vieron a Ester corriendo hacia ellos bajo el sol, con la melena al viento.

—¡Halla, niña! ¿Qué te pasa?

—¡La tía Raquel! —le contestó la chica sin aliento—. ¡Le ha dado a Lea el remedio para la epilepsia!

Corrieron a la casa.

—Tía Raquel —decía Lea—, habla más despacio, por favor. ¿Son cuatro medidas de la mezcla del pastel por una medida de sueño de Moloch o al revés? Cada vez me dices una cosa distinta.

Las mujeres habían dejado sus bordados y sus telares a un lado y observaban a Raquel con gran atención. Todas pensaban lo mismo —Zira nos recompensará—, aunque cada una albergaba una esperanza distinta. Ester: tendremos dinero para comprarme un marido. Saloma: envolveré a mi hijo en las sábanas más elegantes de Ugarit. Ana: podremos comprarle un buen marido a Ester. Abigaíl: al final no perderemos la bodega y mi hijo no fabricará armas de guerra.

Solo Lea no albergaba esperanzas, sino remordimientos. Curar a Yehuda significaría que no nombrarían rab a Daveed.

—¿Cómo se hace el remedio? —preguntó Abigaíl frotándose las manos e imaginando su entrevista con Zira.

¿Debo darle la fórmula directamente o pedirle algo a cambio? ¿Cómo hacerlo con elegancia? ¿Debo pedirle que Jotam esté presente?

Lea levantó la mirada con frustración.

—Creo que lo ha recordado, abuela, pero se dispersa. Cada vez que intento que me aclare la receta, me habla de otra. No estoy segura de cómo se prepara.

Abigaíl frunció los labios y pensó un buen rato. Estaban muy cerca de salvarse. Tenía que pensar con calma.

—Sigue hablando con ella —dijo por fin—. No podemos perder esta

oportunidad. Llamaremos a Daveed para que anote todo lo que dice Raquel.

—¡Abuela, no podemos llamar a Daveed! —exclamó Lea—. Está preparándose para la luna creciente, cuando se nombrará al nuevo rab. No estaría bien apartarlo ahora de la Hermandad. Sería incluso un sacrilegio. Memorizaré lo que me diga la tía Raquel y recordaré el remedio para la epilepsia.

Lea, sentada junto a la cama de su tía Raquel, alzó los ojos.

—¡Daveed! ¿Qué haces aquí?

—Me dijeron que me habías llamado.

—No se me ocurriría llamarte. Sé que estás preparándote para... —Se detuvo un momento—. Debe de haber sido mi abuela. Le dije que no debíamos molestarte.

Daveed se acercó mirando a la anciana, que estaba en la cama.

—¿Hay algo urgente?

Lea le explicó lo que había sucedido esa mañana, que Raquel les había contado el remedio para la epilepsia y algunos otros, así que no lograba recordarlos con exactitud.

—Mi abuela dijo que deberías anotarlos, pero la tía Raquel estaba cansada y quería hacer una siesta.

Daveed vio que Raquel estaba muy pálida, que apenas respiraba y que tenía una expresión ausente.

—Deberías haberme llamado antes. Quizá sea demasiado tarde.

Llevaba consigo su maletín y sus herramientas, de modo que de inmediato se preparó para que le dictaran.

—Nobu ha venido conmigo. Está esperándome abajo. Tengo que ir a decirle que vuelva a la Hermandad y me espere allí.

Nobu se inclinó hacia delante para coger agua de la fuente con las manos. Lanzó un gemido. Se sentía fatal y tenía mucha sed. Bebió ruidosamente y cogió más agua.

Tonto, ya ves lo que te pasa por querer acallarnos. El vino no nos cerrará la boca. Diremos lo que tengamos que decir.

—Por favor, dejadme en paz —susurró con los rayos del sol matutino clavándosele en los ojos.

Las resacas eran cada día peores. Quería dejar de beber vino, pero no se atrevía, porque en ese caso las voces de los dioses le invadirían el cerebro

noche y día.

—¿Estás bien?

—¡Os he dicho que me dejéis en paz!

Pero de repente alzó los ojos y vio que quien le hablaba era una persona de carne y hueso, Ester, la hija menor de la casa.

—Perdóname, por favor. Estaba invocando a los dioses. Creía que hablaba con los demonios de mi cabeza.

La chica se acercó a él. Su largo vestido y sus velos susurraban al rozarle las piernas. Nobu sintió el olor a perfume y vio que el velo le cubría la boca deformada. Aunque le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto, no pudo evitar observar que la chica tenía unos ojos preciosos.

—¿No te encuentras bien? —le preguntó—. No tienes buen color.

Nobu estaba sentado en un banco de mármol. El agua se le había escurrido entre los dedos y le había empapado la ropa.

—Es solo que ayer noche bebí demasiado vino. Pido a los dioses no volver a beber un trago, pero no puedo evitarlo.

Ester se sentó a su lado y Nobu vio que lo miraba preocupada.

—¿Por qué no?

Le explicó que las voces de los dioses lo acosaban desde que era un niño.

—El vino solía tranquilizarlos, pero en los últimos tiempos tengo que beber cada vez más, y eso hace que al día siguiente me sienta fatal.

—Pero ¿por qué luchas contra tus propios pensamientos?

—¿Cómo? ¿Mis pensamientos? No, no. Son los demonios los que me gritan día y noche, o dioses malvados. ¡Que Shubat me proteja!

—Pobre Nobu, ¿no te das cuenta de que lo que oyes son tus propios pensamientos? Yo también oigo mis pensamientos. Y no hay nada malo en contestar. Conozco a mucha gente que habla sola. No es una maldición. Creo que es una bendición, Nobu. Mucha gente no entiende sus propios pensamientos, se hace un lío, pero diría que tú eres una persona muy inteligente.

Nobu la miró con sus ojos de tortuga. Ahora se daba cuenta de que tenía una frente bonita y delicada, y unos pómulos exquisitos. Por debajo del velo de color naranja pálido asomaban mechones de pelo negro, y de pronto sintió deseos de tocarlos.

—¿Por qué no dejas el vino unos días y escuchas a tu cabeza? —le preguntó la chica—. Si necesitas beber, siempre puedes volver a hacerlo, pero

¿cómo vas a saberlo si no lo intentas?

—¿Quieres decir que escuche las voces en lugar de intentar acallarlas?

La chica asintió y Nobu vio una sonrisa en sus ojos. Deseaba levantarle el velo. Ahora que lo pensaba, la deformidad apenas se notaba.

—Reza por mí, querida muchacha. Voy a intentarlo.

—Por supuesto que rezaré por ti —le contestó Ester levantándose—. Y ahora el mensaje que he venido a traerte. Tu amo va a quedarse bastante rato y quiere que vuelvas a la Hermandad.

Mientras hablaba, Nobu alzó los ojos hacia aquella criatura encantadora y descubrió algo nuevo en él. En cierta ocasión había asegurado que no aguantaba en aquella casa ni un día más, pero de repente no quería marcharse.

Durante toda la tarde Lea animó a su tía a que hablara sobre su vida en Jericó, y en cuanto se desviaba hacia otros temas, volvía a hablarle del jardín de hierbas medicinales. Mientras la anciana hablaba, las manos de Daveed se movían rápidamente por las tablillas para capturar en símbolos la sabiduría y los conocimientos de Raquel. Detalló muchas fórmulas —desde remedios para el dolor de oídos hasta cómo vendar los esguinces de tobillo—, pero Lea no consiguió que hablara de la epilepsia.

Al anochecer, Raquel se quedó dormida y Lea encendió las lámparas y las velas de la habitación. Sonrió agradecida a Daveed.

—Tienes que volver ya a la Casa de Oro.

Daveed miró a Raquel, que en un día parecía haberse encogido. Estaba relajada y su piel había perdido el color. Tenía los ojos hundidos. Lo había visto antes, en Lagash, cuando le llamaron para que tomara nota de las últimas palabras de un anciano, para que redactara sus últimas voluntades y su testamento, y escribiera su última carta. Se preguntaba si Raquel sobreviviría a aquella noche.

—Tengo tiempo. Basta con que esté allí antes de que amanezca.

—Voy a buscar vino y algo para la tía Raquel.

De camino hacia la puerta miró los trozos de arcilla en los que Daveed había anotado las recetas de su tía. Observó las líneas incomprensibles, los puntos y los triángulos, y frunció el ceño. ¿Qué se supone que podría hacer con aquello? Cocerían las tablillas al sol y las guardarían en un lugar seguro, pero ¿cómo iba a leerlas después? ¿Cómo sabría qué tablilla era la del elixir para las úlceras de estómago y cuál la de la pomada para las quemaduras?

—Daveed, ¿qué voy a hacer con estas tablillas? ¿Cómo voy a saber qué

es cada una?

—Puedes buscar a un escriba que te las lea.

Pero mientras lo decía se dio cuenta de que era absurdo. Daveed estaba tan orgulloso de las tablillas en las que había consignado la sabiduría de Raquel que no había caído en la cuenta de que, si no tenían a un escriba, ni Lea ni su familia podrían hacer nada con aquellas tablillas. Si una enfermedad les azotaba, estarían en manos de un hombre que quizá esperaría un soborno. Se imaginó a Yehuda sin decir una palabra, esperando a que le entregaran el oro bajo mano.

Por primera vez en su vida se dio cuenta del inmenso poder de los escribas. Siempre había pensado en su profesión como un servicio a los demás, pero en realidad los ciudadanos estaban a merced de él y de sus hermanos. Por eso se habían establecido normas éticas y morales estrictas, para impedir que los escribas abusaran de personas en situación desesperada.

—¿Puedes enseñarme a leer? —le preguntó de pronto Lea.

La pregunta le sorprendió.

—No puedo enseñarte en un día lo que he tardado diecisiete años en aprender. Escribir es muy complicado. Hay cientos de símbolos, y cada uno tiene muchos significados distintos.

—Vuelve a la Casa de Oro, Daveed —le dio Lea apoyando la mano en su brazo—. Falta poco para el ritual con el rab.

—Tengo que estar aquí cuando tu tía se despierte. Subiré a la azotea y reflexionaré a la luz de las estrellas para preparar mi aparición ante el rab. Llámame cuando Raquel se despierte.

La besó —castamente, en la mejilla— y salió del dormitorio.

Cuando llegó a la azotea y salió a la luz de la luna, inhaló el perfume de las flores del verano y contempló las luces parpadeantes de la ciudad al calor de la húmeda noche, Daveed se planteó el problema de las tablillas que había escrito para Lea, porque en realidad no iban a servir de nada. Ni siquiera podía responder a las sencillas preguntas de la chica. Le recordaba a un episodio de su niñez, cuando le preguntó a un profesor por qué un símbolo tenía tantos significados distintos.

El profesor le contestó: «Si no fuera así, necesitaríamos miles de símbolos en lugar de cientos, y nadie podría memorizarlos todos».

Algo le daba vueltas en la cabeza. Cientos en lugar de miles. ¿No podría reducirse esa cantidad? ¿No podrían ser menos de varios cientos?

Extrañas ideas le invadieron la cabeza. Estaba confundido. No estaba

acostumbrado a pensar de forma tan analítica, a razonar un problema. El deber de los escribas era aprender y repetir lo que habían aprendido. Intentar resolver algo nuevo era ajeno a su mente, pero era lo que estaba haciendo, y sentía que un extraño entusiasmo le invadía los huesos. Se sentía como si hubiera recorrido muchos kilómetros y estuviera a punto de llegar a un lugar misterioso y desafiante.

Menos símbolos...

¿No podría un símbolo representar una sola cosa?, se preguntó. ¿Podría no ser un sonido, una sílaba, una palabra, un verbo, un nombre y un concepto a la vez? ¿Y si fuera una sola cosa?

Daveed abrió su maletín con manos temblorosas y sacó un trozo de arcilla húmeda. No sabía lo que iba a hacer. Lo único que sabía era que de repente un impulso lo arrastraba. Presionó el estilete y dibujó dos cuñas paralelas biseccionadas por una tercera, y dos triángulos a la derecha. Observó lo que acababa de escribir. Aquel símbolo podía equivaler al sonido «o». También significaba «buey», porque aquellas cuñas derivaban de un antiguo pictograma que parecía un buey. Pero también «poder» y «fuerza», «tirar» y «cargar». Daveed había olvidado lo complicado que era en realidad escribir.

Pero si tuviera que elegir...

Miró hacia el este. El cielo empezaba a clarear. No debía de faltar mucho más de una hora para que amaneciera. Pronto tendría que volver a la Casa de Oro.

Volvió a centrar sus pensamientos en el complicado problema que tenía ante sí. Si tuviera que elegir un solo valor para un símbolo, ¿con cuál se quedaría? Lo lógico sería elegir el símbolo con significado. El símbolo del buey solo debía designar un buey, y el de árbol, un árbol.

Frunció el ceño. Eso obligaría a recordar miles y miles de símbolos.

Pero si tuviera que elegir solo...

Si cada símbolo representara un sonido, y esos sonidos se combinaran para formar una palabra, ¿cuántos símbolos necesitaríamos?

Solo tantos símbolos como sonidos.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Daveed cogió el estilete y eligió un símbolo que significaba «agua», «lluvia», «fresco», «limpio» o sencillamente «j». Lo escribió en la arcilla. Luego volvió a escribir el símbolo de «buey», pero esta vez utilizándolo como una «o», y vio que había escrito la palabra «ojo».

Daveed observó lo que acababa de inventar y se estremeció. No había otro significado posible. No necesitaba contexto. Un sencillo código de letras, y todo el que lo aprendiera podría leer su palabra.

Contempló la tablilla atónito. Por Shubat, ¿era posible?

Cogió el estilete con mano temblorosa y sintió que el universo se movía y se transformaba a su alrededor. Dibujó en la arcilla cinco símbolos, cada uno de ellos con diversos significados, pero se quedó solo con los sonidos que representaban. Y escribió la palabra «árbol».

Es muy sencillo, pero ingenioso, pensó. ¿Por qué no se le había ocurrido a nadie?

Los dioses dieron la escritura a los hombres, así que era un sacrilegio cambiar la obra de los dioses.

Daveed recordó una tarde, cuando tenía once años, en que se puso a jugar con los símbolos, a inventarse nuevos dibujos. De repente sintió un fuerte dolor en el brazo. El profesor le había pegado con la vara. Se le puso el brazo rojo, pero intentó no llorar. El profesor le gritó: «¡Las palabras son sagradas! ¡No puedes jugar con ellas, porque las profanas!». Daveed nunca volvió a experimentar con los símbolos cuneiformes. Se ciñó al rígido código de lo que un escriba debía hacer.

Pero los dioses nos dieron la capacidad de pensar, de razonar y de solucionar problemas, argumentaba ahora para sus adentros. Nos dieron la imaginación.

Pensó que la Hermandad había degenerado porque los escribas se habían vuelto demasiado poderosos. Tenían el monopolio de la lectura y de la escritura. Incluso los médicos y los abogados dependían de ellos. Aquel poder los había corrompido.

Daveed alzó el rostro al viento de la mañana y pensó: Las cosas tienen que cambiar.

Recordó a varios hombres de Ugarit hablando de fundir mineral de hierro para fabricar armas mortíferas robando una técnica secreta que habían inventado los hititas del norte. Si puede cambiar la manera de hacer la guerra, ¿no puede cambiar también la manera de comunicarse?, se preguntó. Los egipcios crearon una escritura más eficaz, la escritura hierática. ¿Por eso conquistan territorios y los cananeos no? Nuestra manera de hacer las cosas es arcaica y torpe. Ugarit, como Lagash, está empantanada en costumbres y tradiciones que a los ciudadanos ya no les funcionan. Un sistema de escritura más eficaz, que permitiera que más personas supieran leer y escribir, solo

podría mejorar la situación de los gobiernos y de los ciudadanos. Y si los escribas perdieran su monopolio, perderían también su poder y dejarían de ser corruptos.

Daveed observó el cielo. Rezaré, decidió. Dejaré el problema en manos de Shubat y haré lo que mi dios me ordene.

El viento procedente del Mar Grande le golpeaba el rostro. Sintió su fresca salada, un olor que siempre le evocaba esperanzas y nuevos principios. Cerró los ojos y abrió su corazón a Shubat. Sintió que lo rodeaban seres invisibles y espíritus, como si las pálidas estrellas desaparecieran del cielo y bajaran a la tierra a guiar sus pasos, como mensajeras de los dioses. Por favor, contéstame, rezó Daveed. Revélame tu visión del mundo.

Y de pronto... algo más, una presencia más fuerte...

Daveed se estremeció. Gotas de sudor le resbalaban por la frente.

«¿Quién eres?», preguntó Daveed para sus adentros, porque sabía que no era Shubat.

Sintió sobre sus hombros el peso del cielo. Un hormigueo le recorría todo el cuerpo, como si las estrellas le picotearan la piel. Mantuvo los ojos cerrados, pero abrió su corazón.

«Háblame, Altísimo...»

Y de pronto supuso quién era.

¿Era posible?

Decían que El era el dios más antiguo, el padre de todos los dioses. Lo adoraban en todas partes, desde Canaán hasta Lagash, incluso en la lejana Babilonia y en Ur. Decían también que el dios sin nombre de los nómadas habiru era El, porque El no era un nombre, sino la palabra semítica para «dios». Y como la lengua de Lagash era muy parecida al cananeo, Daveed se dirigió al antiguo dios como El Shaddai, que significaba el Altísimo.

«Te ruego que lleves tu *elohim* a la Hermandad», susurró Daveed. *Elohim* era la palabra semítica que aludía al conjunto de los poderes divinos de El. Daveed sabía que no había fuerza mayor en el universo que el *elohim*. Como nunca antes lo había convocado, le aterrorizó hacerlo.

El sudor le resbalaba por la frente. Temblaba de miedo. Se decía que El podía destruir montañas. El había provocado el diluvio universal, que a punto estuvo de eliminar a toda la raza humana. Nadie hablaba directamente a un dios tan poderoso, pero Daveed se atrevió a hacerlo.

Y más que oír, sintió una voz que susurraba: *La humanidad debe leer y escribir para conocerme. La palabra escrita llevará a los hombres por el*

camino recto y les permitirá cumplir mis leyes. No es bueno que las palabras sigan secuestradas en manos de hombres codiciosos y corruptos. Se acerca el día del Libro, y mis hijos deben estar preparados.

—No te entiendo, Todopoderoso. ¿Qué es el día del Libro?

Esperó la respuesta del dios, pero no le llegó.

Abrió los ojos y parpadeó confundido. ¿Le ordenaban los dioses que desobedeciera? Jamás lo habría imaginado.

El sol empezaba a salir por el horizonte, un nuevo sol que traería un nuevo día, un nuevo año. Al darse cuenta de que el cielo empezaba a clarear, miró la ciudad y pensó que todavía tenía tiempo de llegar a la Casa de Oro, bañarse, vestirse y presentarse ante el rab, pero debería marcharse ya, en ese mismo momento, y correr a toda velocidad hasta la ciudad.

Entonces pensó en Raquel, todavía dormida. Se despertaría de un momento a otro y sus labios derramarían tesoros medicinales, un caudal de conocimiento y sabiduría tan grande que Lea no podría recordarlo.

Dio la espalda al rosado amanecer, hizo oídos sordos a la explosión de platillos y trompetas en la ciudad y apartó de su mente las celebraciones, las fiestas y el nombre del nuevo rab. Solo era consciente de que aquel era su primer gesto desafiante desde que recitara el voto de obediencia de los escribas, en Lagash. Cogió dos trozos de arcilla húmeda y dedicó la hora siguiente a crear dos nuevas tablillas. Cuando hubo terminado, bajó corriendo al dormitorio de Raquel.

Lea estaba sentada junto a la cama de su tía.

—¡Daveed! ¡Todavía estás aquí! La Hermandad...

—Lea, no ha sido casualidad que subiera a la azotea y me pusiera a pensar en la escritura desde otro punto de vista. Creo que me ha empujado una fuerza todavía mayor y más antigua que Shubat, quizá el Altísimo El me ha arrastrado con él bajo las estrellas. Se me han ocurrido ideas extrañas, pensamientos que nunca antes había experimentado, Lea. Mira —le dijo mostrándole una tablilla que todavía estaba húmeda—. Son los treinta símbolos de los treinta sonidos que hacemos al hablar. Lea, no necesitamos más. Cuando te los aprendas, podrás leer cualquier cosa que escriba con esta escritura.

—¿Cómo...?

Daveed sacó otra tablilla.

—Aquí están los remedios de tu tía. Los he vuelto a escribir en mi nuevo código. Mira este símbolo —le dijo señalando una letra de la otra tablilla,

larga y estrecha, con una hilera de símbolos impresos—. Este es el sonido de la «l». ¿Ves este símbolo en la tablilla de las fórmulas?

Lea recorrió la tablilla con los ojos. Se oyó el sonido lejano de un gran gong de bronce. Significaba que estaban abriendo las puertas de la Casa de Oro. Daveed y Lea sabían que también significaba que los ciudadanos empezaban a congregarse para que les dijeran el nombre del nuevo rab.

—Aquí —le dijo Lea señalando un símbolo.

—Ahora este —dijo Daveed indicándole la tablilla con el código y diciéndose a sí mismo que el sonido del gong solo era un sonido, nada más—. Es la «e». ¿Lo ves en la otra tablilla?

Lea lo buscó.

—Aquí, está justo después de la «l».

Le enseñó otro más, la «ch», y le pidió que lo buscara.

—Está detrás de la «l» y la «e».

—¿Puedes decírmelos juntos?

—No.

—Dilos en voz alta, Lea. Todos los sonidos de esta palabra. Dilos en voz alta, con los labios, la lengua y la voz, y tendrás la palabra que buscas.

—L... —empezó a decir—. E... e... ¡No! ¡Es imposible!

—Otra vez —le dijo Daveed señalando la «l» y pidiéndole que dijera el sonido, y luego la «e», y luego la «ch», y por último otra «e».

—Ll-eee-chch-e. ¡Daveed! ¡La palabra es «leche»! Es «leche», ¿verdad?

Miró alternativamente las dos tablillas, una y otra vez. De aquellos símbolos había surgido una palabra.

—La leche es un ingrediente de este remedio para las erupciones cutáneas. Lea, este será nuestro código secreto. Si memorizas estos treinta símbolos y sus sonidos, podrás leer todo lo que te escriba y todas las fórmulas medicinales de tu tía. No necesitarás que un escriba te las lea. Lea, podemos empezar ahora mismo, en cuanto tu tía se despierte y empiece a hablar. Tomaré notas mientras habláis, y después transcribiré mis notas con el nuevo código.

Lea se acercó a la cama y miró a su tía, que dormía plácidamente. La brisa de la mañana arrastraba tintineos procedentes de la ciudad. Daveed y Lea sabían que habían nombrado al sucesor del anciano rab.

—¿Tía Raquel? —dijo Lea tocando el hombro de la anciana dormida.

Raquel no se movió, pero Lea se tranquilizó al ver que su pecho subía y bajaba. Respiraba.

—¿Tía Raquel? —dijo en voz más alta y sacudiéndola por el hombro—.

¿Tía Raquel? ¡Tía! Daveed, algo no va bien. No se despierta.

Capítulo 10

—Abuela, ¿por qué no puedo casarme con quien yo quiera? —preguntó Lea.

Miró a Baruch, que ya tenía dos meses, dormido en sus brazos. Sus diminutos párpados aleteaban entre sueños. Rezó por Tamar para sus adentros y pidió a los dioses que el alma de su hermana descansara en paz.

—Eres la madre del hijo de Caleb —le contestó Abigaíl de mal humor—. Solo puedes casarte con un pariente.

Estaba sentada en un taburete, con un gran cuenco de madera en las rodillas, moliendo lentejas. Ahora tenían a muy pocos esclavos trabajando en la cocina, y ninguno tenía fuerza o energía suficiente para moler lentejas.

—Pero ¿por qué? —volvió a preguntarle Lea—. ¿Lo dice en la ley? ¿Está esa norma escrita en libros sagrados?

—Porque siempre ha sido así —le contestó Abigaíl bruscamente—. ¿Por qué te empeñas en ser desobediente? Una chica nunca debe cuestionar a sus mayores. Invoca a los dioses por haber dicho esas cosas, niña.

Abigaíl intentó que no se le notara el miedo. ¿Era otra señal? El mundo estaba cambiando y la asustaba. No podía apartar de su mente la escandalosa escena que había visto aquella mañana en el mercado. Un hombre y una mujer echando un vistazo entre los puestos de especias, susurrándose, cogiéndose de la mano con cariño y dirigiéndose el uno al otro como marido y mujer. Lo normal habría sido que la pareja de recién casados, sin duda enamorados, le hubiese arrancado una sonrisa, pero en aquel caso el marido era egipcio y la mujer cananea. Abigaíl no había sido la única que había mirado estupefacta a la pareja interracial. ¿No tenían sentido de la decencia? ¿Era ese el camino que estaba tomando el mundo, acabar con las tradiciones y las costumbres de los viejos tiempos?

Pensó en su hijo. Los banqueros de la Casa de Oro le habían concedido un crédito e iba a juntarse con otros hombres para construir una fábrica de armas. ¡Armas! Ahora la familia no tenía dinero y acumulaba grandes deudas. Faltaban dos meses para la cosecha de las uvas y nadie compraba las ánforas de vino almacenadas en el cobertizo. ¿Dónde guardaría su hijo el vino nuevo, que no podía quedarse en las cubas en las que fermentaba? Hablaba de los

beneficios que obtendría la fábrica de hierro, pero todavía no habían puesto una sola piedra de los cimientos.

La inquietud de Abigaíl se desplazó a Saloma, que estaba a punto de dar a luz, lo que significaba otro niño al que atender, junto con el hijo de la difunta Tamar. Y a Ester, que ya tenía catorce años y se dedicaba a ir a la ciudad con cualquier excusa y pasear por las calles con la mitad inferior de la cara cubierta por el velo, disfrutando de la atención que le prestaban los extraños. Y a la pobre tía Raquel, que llevaba siete días sumida en el «sueño del crepúsculo» y que solo traspasaba el umbral de la conciencia para beber agua, ni siquiera para comer, y volvía a sumirse en aquel sueño que no era un sueño.

Y a Ana... Desde que habían encontrado el cuerpo de Tamar en el olivar, la mujer de Elías estaba cada día más silenciosa. No se podía contar con ella para remendar, tejer y hacer pan. Se quedaba largas horas sentada, con la mirada perdida.

Abigaíl tenía que ocuparse de tantas cosas...

Y corrían rumores de que el rey de Ugarit estaba muy enfermo, que habían convocado a sacerdotes especiales y que junto a su lecho había escribas día y noche para tomar nota de sus últimas palabras. El palacio estaba sumido en el más absoluto secreto. Los sacerdotes no decían la enfermedad que padecía el rey por temor a que alguien utilizara la información para hacerle magia negra.

—Nuestros antepasados nos dieron normas por algo —le dijo a Lea—. ¿En qué va a convertirse la civilización si decidimos pasar por alto...?

—¡Abuela! ¡Abuela! —gritó Ester desde la puerta—. ¡La tía Raquel se ha despertado!

Mandaron llamar a un sacerdote y a Daveed, con su maletín de escriba. Estaba en la Casa de Oro, sometiéndose a entrenamientos rituales para ingresar en el noviciado, y como le había dicho a Lea que lo llamara en cuanto Raquel se despertara, se había mantenido física y espiritualmente puro.

Lea lo recibió en la puerta de la entrada.

—Se ha despertado de pronto y ha pedido su tónico. Cree que está en Jericó, esperando la visita de su prometido. Vamos.

Pero Daveed apoyó la mano en el brazo de la chica y lanzó una mirada a los pasillos y salas para asegurarse de que no había nadie.

—Te he echado de menos —le dijo.

—Y yo a ti.

Le abrió la mano y colocó la suya encima. Lea sintió el contacto de algo frío.

—No, Daveed, no puedo aceptarlo —le dijo al ver que eran aros de plata.

—Es lo que me han pagado por redactar un documento legal. Ya he entregado una parte a la Hermandad. No lo necesito.

Los ojos de Lea se llenaron de lágrimas. Con aquella plata podría comprar pan y sal, que tanto necesitaban.

—Gracias —le dijo.

Y añadió para sus adentros: Te quiero.

Abigaíl encendió las lámparas y los braseros de la habitación de Raquel. Como había mandado traer varios quemadores de incienso, el denso humo perfumado irritaba los ojos. Todos estaban reunidos alrededor de la cama, escuchando a Raquel hablar del pasado. La única excepción era Saloma, que estaba sentada en una esquina, con los pies hinchados por el embarazo. Tenía en brazos al pequeño Baruch.

Lea observó la mano de Daveed deslizándose por la tablilla, presionando la arcilla con el estilete. Aquella noche iba vestido diferente. Después de que el viejo rab nombrara a Yehuda su sucesor, Daveed había ingresado en la Hermandad como novicio, así que ya no llevaba las túnicas de una sola manga de Lagash, sino la camisa de lana marrón, que le ceñía el pecho y los hombros, y la falda plisada blanca de los escribas de Ugarit. Pero le permitían llevar la daga simbólica de zh'kwan-eth en el brazo izquierdo y no le habían obligado a cortarse el pelo, así que los largos tirabuzones negros seguían cayéndole sobre los hombros. Lea pensó que era el hombre más guapo de la ciudad.

—Mi marido perdió la fuerza en la cama —dijo Raquel incorporándose y tomándose su tónico de zumo de apio con bayas de enebro, perejil, zanahoria, semillas de amapola y comino.

Parecía no ver al sacerdote, que agitaba un sonajero y canturreaba en voz baja, ni al joven escriba, que tomaba nota de todo lo que decía. Raquel sonrió a Abigaíl, Lea, Ester y Ana, a las que llamaba con nombres diferentes, todos del pasado.

—Estaba tan desolado que me dijo que, si pedía el divorcio, no me lo reprocharía —siguió diciendo Raquel—. Pero lo quería tanto que busqué un remedio. Un hombre sabio del mercado me habló de una planta afrodisíaca que solo crece en la isla de Minos, en medio del Mar Grande. Una especie de menta con flores púrpura. La llaman díctamo. Era muy cara y muy difícil de

encontrar, pero no me rendí. Cuando conseguí el dicitamo, preparé una infusión y se la di a mi amado marido. En unos días recuperó la energía y desde entonces siempre me complació en la cama.

Intentaron hacerle preguntas concretas —la fórmula exacta del remedio para la epilepsia—, pero fue en vano. Raquel solo hablaba de lo que quería hablar. Abigaíl la escuchaba fascinada, sorprendida de que los recuerdos de su tía fueran tan nítidos. Había oído decir que solía pasar cuando el alma estaba preparándose para abandonar el cuerpo. Las cadenas de la vida se desprendían como capas de una cebolla y dejaban al descubierto el pasado.

La familia se quedó en el dormitorio de Raquel toda la noche, rezando, inhalando el embriagador incienso y escuchando maravillosas historias del pasado.

Hacia la medianoche, cuando los espíritus recorrían la tierra y los habitantes de Ugarit encendían lámparas y colocaban amuletos mágicos en las jambas de las puertas, Raquel cerró los ojos y empezó a respirar entrecortadamente.

—Recuerdo cuando nació Abigaíl... —susurró, y su voz adquirió un tono extraño, intemporal, como si fuera ya la voz de un antepasado—. El padre de Abigaíl, mi hermano, estaba casado con una mujer de Ugarit que decían que descendía de un rey. Un rey de Ugarit, creo... —Hizo un esfuerzo para respirar—. Pero era estéril... En casa teníamos a una esclava habiru que se llamaba Sara. Mi hermano se fijó en ella y la tomó como concubina.

Abigaíl frunció el ceño. Nunca había oído aquella historia. Seguro que no era verdad. Raquel debía de estar perdiendo el contacto con la realidad.

—Cuando la esclava habiru le dijo a mi hermano que estaba embarazada, la familia se trasladó a las montañas para librarse del calor del verano. Por aquella época yo estaba casada. Mi marido y yo fuimos con ellos. Allí nos quedamos seis meses. En Jerusalén, en las montañas al oeste del Mar Salado, la esclava Sara dio a luz...

Raquel se calló y todos los que la rodeaban esperaron expectantes. Solo Abigaíl se dio cuenta de la trascendencia de lo que su tía estaba contando, de lo que le faltaba por contar. Sintió que el suelo se abría a sus pies. No, pensó asustada. No lo cuentes.

Raquel respiró con dificultad.

—Cuando volvimos a Jericó, el padre de Abigaíl dijo a todo el mundo que el bebé era de su mujer. Era una niña y la llamaron Abigaíl. Echó a Sara y nos dijo a todos que debíamos mantenerlo en secreto. Nadie debía saber que

Abigaíl no era descendiente del rey Ozedia, sino de sangre habiru. Tiempo después Abigaíl se casó con Yosep y se quedó a vivir con él en Ugarit, donde tuvo a Elías, que se casó con Ana y tuvo tres hijas: Lea, Tamar y Ester. Me pregunto qué ha sido de ellos.

Raquel respiraba muy superficialmente, pero de pronto las respiraciones empezaron a distanciarse. Todos se quedaron en silencio, conmocionados. Las lámparas proyectaban luces y sombras en sus rostros. Las últimas palabras de Raquel quedaron suspendidas en el aire, y todos los ojos se volvieron lentamente hacia Abigaíl, su respetable matriarca, que estaba también atónita.

Aquel era el indescriptible miedo al que jamás había podido enfrentarse. Aquella era la razón por la que no quería que Lea preguntara a Raquel por el pasado y por la que siempre se había sentido extrañamente incómoda entre los habiru, nómadas del desierto que vivían en tiendas y que no tenían país. Por eso se había sentido tan inexplicablemente incómoda ante el vendedor ambulante que le ofrecía aves que ponían huevos cada día.

¿Había oído por casualidad a los mayores hablando, cuando era niña, y había vislumbrado la importancia de lo que decían, que no era descendiente del querido rey Ozedia de Ugarit, sino fruto de la unión de su padre con una esclava habiru? Con el paso del tiempo, seguramente había olvidado la conversación, que se le quedó grabada en el alma en forma de un miedo innato, un prejuicio que jamás había sabido explicar.

La noche que escaparon de Jericó, Abigaíl, que tenía quince años, dijo: «Los habiru no pueden construir monumentos de piedra para el faraón porque son un pueblo incivilizado que solo sabe hacer tiendas de piel de cabra». Su tía Raquel la riñó: «Nunca debes hablar con desprecio de gente de la que no sabes nada».

Abigaíl se llevó las manos al estómago. Ahora sabía el significado que encerraban las palabras que su tía le había dicho aquella noche, por qué Raquel defendía a los nómadas, que eran mal recibidos en todas partes. Hablaba mal de mi propia sangre...

—Ha muerto —dijo solemnemente el sacerdote cerrándole los ojos a Raquel—. Supliquemos a los dioses que acepten el alma de esta mujer.

Mientras Daveed tomaba nota de lo sucedido, la familia rezó con el sacerdote intentando digerir la sorprendente revelación que acababan de escuchar. Abigaíl sentía que el mundo se tambaleaba a su alrededor. Las paredes se le caían encima y el humo le invadía los pulmones y le obstruía el pecho. Desde el otro lado de la cama, Elías miró a su madre. Estaba tan pálido

que Abigaíl pensó que parecía un fantasma.

Bendita Asera, pensó Abigaíl aturdida. No somos descendientes de los reyes de Ugarit. Somos habiru, cuyo dios no tiene nombre ni forma y que rezan en una simple tienda.

¡Hijo mío, hijo mío!, gritó para sus adentros. ¿Podrás perdonarme? Te eduqué para que te sintieras orgulloso de tu linaje real, pero soy hija de una esclava habiru.

Abigaíl no podía mirar a sus nietas. A Ester, que a pesar de su deformidad seguía esperando encontrar marido, pero que ya no lo encontraría, y a Lea, que hasta hacía un instante todavía tenía posibilidades de volverse a casar, pero ya no.

Abigaíl pensaba estas cosas porque había visto la mirada del sacerdote, su sorpresa y su repulsión.

Cincuenta y ocho años guardando celosamente el secreto, y de repente... Ese hombre se lo dirá a todo el mundo.

Pese a los temores de Abigaíl, el sacerdote no podía contarle, porque había jurado discreción y tenía prohibido contar cualquier cosa que escuchara o presenciara en un lecho de muerte. Sin embargo, sus compañeros sacerdotes estaban excluidos de la norma, de modo que a ellos sí podía contarles la sorprendente confesión que había escuchado en la casa de Elías. Bastaba con que uno de ellos quisiera ganarse el favor del rab y le hiciera llegar el rumor para que Yehuda le contara a su madre las escandalosas noticias sobre Abigaíl y Elías. Y en cuanto Zira lo supiera, lo sabría todo el mundo.

Por lo tanto, cuando los habitantes de Ugarit abarrotaron la gran sala de ceremonias en la que iba a nombrarse a Yehuda nuevo rab de los escribas, no fue para celebrar que el hijo de Zira accediera a un puesto tan elevado y prestigioso, sino para ver si Abigaíl y su hijo se atrevían a asomar por allí.

La sala de ceremonias, pegada a la Casa de Oro, era amplia, más grande incluso que el palacio real, con altas columnas de capiteles con motivos florales, majestuosas flores que sostenían el techo de mármol. La sala tenía que ser grande, porque allí tenían lugar todos los importantes rituales de Ugarit, tanto religiosos como seculares, y como aquellos rituales estaban abiertos al público, se necesitaba espacio para acomodar a los espectadores. Daveed estaba con sus hermanos escribas en una zona especial reservada para ellos, pero, como la gente se metía por todas partes, no sabía dónde podrían estar Lea y su familia.

Si es que habían ido. ¿Estaban demasiado avergonzados para aparecer en público? Cuando Raquel murió, las chicas de la familia lloraron amargamente, pero Daveed se preguntó si era tanto por su marcha cuanto por la terrible confesión que había hecho. Sangre habiru en lugar de sangre real. Incluso Daveed se quedó atónito y le partió el corazón ver a Lea intentando consolar a su abuela y a su hermana. No sabía qué consecuencias podía acarrear aquella noticia para la familia, pero lo adivinaba. Todo el mundo despreciaba y miraba por encima del hombro a los habiru, tanto los cananeos como los egipcios.

¿Sería el golpe final que destruiría a la familia para siempre?

Daveed siguió buscando a Lea mientras la sala de las columnas se llenaba cada vez más de gente bulliciosa.

Nobu estaba detrás de él, en respetuoso silencio y escuchando las voces de los dioses, preguntándose si de verdad eran sus propios pensamientos, como le había dicho Ester.

Esta ceremonia no augura nada bueno para Ugarit. No confiamos en el hijo de Zira. Pide sobornos a cambio de sus sagrados servicios. Permite que sus hermanos lleven una vida inmoral. No hace nada por recuperar la veneración al sagrado emblema de la Hermandad, el disco del sol con el ojo humano. Permite las falsificaciones. Las mentiras y los engaños infestan la fraternidad. Ahora se pasará el día con chicos jóvenes, permitirá que los escribas hagan lo que les plazca y los ciudadanos quedarán a su merced. Volvamos a Lagash, donde el honor todavía significa algo.

—Por Shubat —le susurró Daveed—, ¿incluso aquí tienes que hablar entre dientes? Invoca a los dioses y cierra la boca.

Nobu agachó su cabeza de tortuga.

—Que los dioses se apiaden de mi desdichada alma —murmuró—. No volveré a hablar, amo.

La investidura de un rab, el jefe supremo de todos los hombres que sabían leer y escribir, era casi como una coronación, una ceremonia fastuosa. Como se trataba de una buena ocasión para saludar a viejos amigos y compartir noticias y cuchicheos, el rumor de miles de voces alborotadas invadía la sala. Todo el mundo hablaba de política, de lo que significaba aquel hombre para Ugarit, de por qué el rey Salomón no estaba presente, cuando nadie recordaba que hubiera faltado jamás a un evento importante.

Daveed vio por fin a Elías y a su madre sentándose en la zona especial para la aristocracia de Ugarit. No vio a Lea, ni a su hermana, ni a su madre,

pero sí vio las miradas que los ricos y poderosos de la ciudad lanzaron a Elías, cómo se llevaban la mano a la boca para disimular sus cuchicheos. Vio a algunos sonriendo con regocijo y a otros mirándolo con desprecio.

En boca de todo el mundo una palabra: «habiru».

Como cabeza de una de las familias importantes de Ugarit —aunque con graves problemas económicos—, Elías tenía derecho a estar en una zona reservada junto al trono. Y Abigaíl, por ser su madre, también gozaba de ese privilegio. Había estado tentada de quedarse en casa, porque sabía que a aquellas alturas toda la ciudad rumoreaba la impactante noticia de su auténtico linaje, pero no quiso dar esa satisfacción a los chismosos. Se había puesto para la ocasión su túnica y sus velos más elegantes y mantenía la cabeza alta, pese a que no llevaba la frente adornada con aros de oro y plata (las demás mujeres de la alta sociedad resplandecían) ni lucía joyas. Le dijo a su hijo que pasar por momentos difíciles no era ninguna vergüenza. Lo vergonzoso sería sucumbir ante las dificultades. Uno nunca debe olvidar su posición en la vida. Y debe siempre guardar las apariencias.

Ahora eran una casa con doble luto. Habían pasado dos meses escasos desde la vergonzosa muerte de Tamar, y solo hacía seis días que habían enterrado a la tía Raquel, que se había llevado a la tumba el remedio para la epilepsia. No importaba. En cualquier caso, Abigaíl dudaba que existiera dicha cura, y ahora que Yehuda ocupaba oficialmente el puesto de rab de la Hermandad, ahora que era el escriba más importante de la ciudad, se había convertido en el primer candidato a sucesor del trono. Con epilepsia o sin ella, sabía que la incansable campaña de Zira para conseguir coronar a su hijo, las promesas que había hecho y los favores que había comprado significaban que el adusto joven sería el siguiente rey.

Y además pronto, si los rumores no se equivocaban. Por primera vez en la historia, el rey de Ugarit no asistía a la ceremonia de investidura del nuevo rab. Al rey Salomón no se le veía por ningún sitio y todo el mundo cuchicheaba sobre su misteriosa enfermedad. Algunos incluso decían que estaba en el lecho de muerte y que solo era cuestión de días que los dioses se llevaran a uno de los reyes más queridos de la ciudad.

Abigaíl apartó de su mente aquellas negras expectativas y pensó en su nieto, Baruch, que gritaba con tantas fuerzas y tenía tanto apetito que estaba segura de que era un buen presagio para el futuro. Una tiene que pensar en los hijos, se recordó a sí misma con el pecho henchido de amor y felicidad. Y si

Saloma también tenía suerte y la casa de Elías contaba con dos niños varones, las dificultades y las tribulaciones palidecerían ante ellos, porque sería una señal de que los dioses seguían estando con Elías y su familia.

Un estruendo de trompetas silenció a la multitud. Todas las cabezas se giraron hacia el extremo de la sala, donde se abrió de par en par una gran puerta de cedro de doble hoja. Apareció una procesión de sacerdotes vestidos de blanco y con incensarios que despedían un humo acre. Los seguían los acólitos, que llevaban a hombros estatuas de los dioses de Ugarit. A continuación iban músicos tocando liras, flautas y tambores. Detrás, solo, descalzo y humilde, Yehuda, que avanzaba hacia el trono situado al fondo de la sala de ceremonias, donde lo esperaba el anciano y ciego rab.

Como Zira y Jotam eran familiares de Yehuda, gozaban del singular privilegio de estar a los pies del rab. Sonreían orgullosos mientras la procesión se acercaba, y los sacerdotes, los acólitos y los músicos ocupaban su lugar con ensayada precisión. Zira se había puesto una impresionante túnica púrpura con un velo a juego, de modo que todo el mundo la miraba, porque siempre la habían visto vestida de negro. Mantenía muy erguida la barbilla, como si tuviera que recurrir a todas sus fuerzas para aguantar el peso de los aros que le adornaban la frente. En sus brazos resplandecían las pulseras de oro, y gruesos collares con piedras preciosas le cubrían el pecho plano.

Yehuda se detuvo delante del anciano rab y recitó votos de honor y obediencia escritos hacía tanto tiempo que nadie sabía quién era su autor. Y mientras su voz, profunda y sonora, se alzaba hasta las columnas de colores, Zira pensaba en el día en que recitara los votos de la realeza.

Cuando concluyó el juramento, el rab bajó los escalones con la ayuda de sus asistentes, que lo cogieron de las manos. Llamaron entonces a los escribas —tanto a los novicios como a los veteranos—, y juntos, como un solo hombre, recitaron un voto de lealtad al nuevo rab y prometieron obedecerlo y reverenciarlo hasta el fin de sus días.

Concluidos los votos, la multitud prorrumpió en aclamaciones y aplausos. Gritaba los nombres de los dioses para mostrar que les complacía la divina elección del rab. Los hombres que leían y escribían tenían a un nuevo y joven líder. Ugarit seguía siendo fuerte. Los dioses volvían a sonreírles.

El antiguo rab había mandado llamar a Daveed a los aposentos en los que había hablado por primera vez con él, hacía diez meses. Estaban solos entre la penumbra y el humo. El emblema solar de oro apenas se veía por encima de la

cabeza del anciano.

—Me has defraudado mucho, Daveed de Lagash —le dijo—. Me hiciste albergar esperanzas solo para arruinarlas. Cuando no apareciste ante mí y me vi obligado a nombrar sucesor a Yehuda, entendí que mis temores se habían hecho realidad, que ya no queda honor en el mundo. Las viejas costumbres se mueren. Tú eres prueba de ello. Dejo la Hermandad en una situación mucho más débil que la encontré y ahora ya no hay esperanza de que se salve.

Daveed se arrodilló con lágrimas en los ojos.

—Tuve motivos para no presentarme, honorable rabí, y ninguno de ellos tenían nada que ver con usted ni con la Hermandad. Mi corazón tenía que responder a otra llamada. Pero no le pido que me perdone. Le falté al respeto a usted y a mi sagrada profesión de escriba, cosa que lamentaré siempre. Nunca me lo perdonaré. Pero le prometo, honorable rabí, si mis promesas aún tienen algún valor para usted, que de ahora en adelante serviré y protegeré la Hermandad. Serviré a Yehuda como le serví a usted. Me comprometo a salvar esta fraternidad. Honorable rabí, devolveré a mis hermanos al camino recto.

—¿Y qué pasará si el corazón te pide otra cosa? —le preguntó el anciano con voz cansada—. ¿Qué pasará si tienes que responder a «otra llamada» y rompes tu promesa?

—No volverá a pasar. Lo juro por el honor de mi familia, por este noble sello que llevo en la mano, por mi amor a mi profesión y a la palabra escrita. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Juro por la veneración que le tengo, honorable rabí, y sobre todo por mi amor a mi dios personal, el antiguo Shubat, que jamás volveré a incumplir una promesa a la Hermandad.

—Entonces vuelvo a recuperar la esperanza, Daveed de Lagash —dijo el rab cerrando los ojos y en tono agotado—, porque temo que bajo la dirección de Yehuda nuestra fraternidad muera. Me voy tranquilo con los dioses, hijo mío, porque creo en ti...

A Isaac, el banquero, no le gustaba nada lo que Jotam estaba obligándole a hacer.

Estaban solos, en su despacho de la Casa de Oro, pesando aros de oro en una balanza. Como era tarde, los empleados se habían marchado a su casa. Isaac lamentaba el día en que había pedido un favor a Jotam y le había prometido hacer cualquier cosa a cambio. Ahora tenía que devolvérselo haciendo tratos deshonorosos.

Las transacciones bancarias eran confidenciales, y los archivos se

guardaban bajo llave. Isaac había prometido que jamás traicionaría la confianza de un cliente, pero no tenía elección. El cliente era el vinatero Elías, y la información que estaba revelando era el crédito que Elías había pedido, avalado por su casa y su bodega, para invertirlo en una fundición de hierro. Isaac no sabía cómo se había enterado Jotam de que Elías había pedido un crédito, pero cuando el constructor de barcos se presentó en la puerta, hacía poco menos de una hora, con un baúl lleno de aros de oro y de plata, Isaac maldijo su debilidad, el día en que nació e incluso a los dioses.

—¡Eso es! —dijo Jotam con satisfacción cuando sus aros igualaron el peso de los lingotes de oro que Isaac utilizaba para contar el dinero, y la balanza se equilibró—. Esta es la cantidad que Elías debe al banco, con los intereses.

Le tendió la mano.

Isaac sintió náuseas. Las paredes de su despacho estaban cubiertas de estanterías llenas de tablillas. Eran los archivos de las transacciones comerciales, de créditos y pagos, de acuerdos comerciales y de escrituras depositadas como aval. Y ahí estaba también la tablilla en la que constaban los detalles del préstamo que Elías había pedido al banco. Jotam acababa de pagarlo y ahora quería aquella tablilla. La transacción no era ilegal, aunque sí carente de toda ética y deshonrosa. Y Jotam sabía que si algún día se descubría, Isaac perdería su bien remunerado puesto en el banco, de modo que no diría una palabra.

Isaac le entregó la tablilla con gran reticencia. Ambas caras estaban cubiertas de escritura cuneiforme que contenía los detalles del contrato de Elías con el banco y el compromiso firmado de devolver el crédito cuando se le solicitara. Isaac estaba al corriente de los problemas económicos de Elías —los conocía mejor que nadie—, de modo que sabía que aquello sería un gran golpe para él. Seguramente el golpe definitivo.

Isaac sabía que, además de la contienda entre Jotam y Elías por el tema de la hija del vinatero, en aquella calurosa noche de verano a Jotam lo impulsaba un deseo que ninguna mujer podía saciar. Quería ser el socio mayoritario de la fundición que iba a construir la sociedad de empresarios. Como acababa de comprar la parte de Elías, ahora disponía de la mayoría de las acciones. Y además arruinaría a su enemigo de una vez por todas.

Isaac observó a Jotam marcharse aferrando la valiosa tablilla en sus ávidas manos. Pensó que aquella era la peor noche de su vida. Se giró hacia la estatua de Dagan de la hornacina, encendió una bola de incienso y se puso a

rezar.

Jotam llegó a la casa de Elías y exigió verlo de inmediato.

—Aquí tienes una orden de pago que acabo de redactar —dijo sin la menor formalidad tendiéndole una tablilla—. Puedes ver mi firma y la de mi sobrino, el rab Yehuda, que la ha escrito. La orden dice que soy propietario del recibo que firmaste cuando pediste prestadas cinco medidas de oro a los prestamistas. El recibo está en mis manos, en un lugar seguro, y te lo entregaré cuando me devuelvas el dinero. La casa y la bodega, que ofreciste al banco como aval, volverán a ser tuyos, por supuesto. Sin embargo, si no me pagas ahora mismo, esta casa y la bodega serán mías, y echaré a tu familia a la calle.

Elías se quedó sin palabras. Miró la tablilla. Aunque no sabía leer, reconoció los sellos y los números. Además, no tenía razones para dudar de Jotam, de modo que no mandó llamar a Daveed. Pero en la casa no quedaba dinero, no quedaba nada que vender y ni siquiera podía contar con la bodega, porque técnicamente era de Jotam.

—Necesito un día —le contestó Elías.

Le faltaba el aire. Sintió un extraño dolor en el pecho y recordó que su abuelo había muerto porque un demonio se le había metido en el corazón y se lo había exprimido.

—¿Un día? —dijo Jotam—. Muy bien. Volveré mañana a esta misma hora.

Si Elías no tenía el dinero, Jotam vendería la propiedad. En cualquier caso, tendría dinero suficiente para comprar la mayoría de las acciones de la fundición de hierro.

Elías observó marcharse a aquel buitre gordo y satisfecho de sí mismo. Oyó a lo lejos las voces de las mujeres. Su madre decía a las chicas que tenían que hacer las tareas de la casa, tareas que normalmente hacían esclavos y criados, pero de las que ahora se ocupaban Ana, Lea, Ester y Saloma. Elías llegó a la terrible conclusión de que solo había una manera de pagar la deuda para que su familia pudiera seguir viviendo bajo aquel techo.

Debía venderse a sí mismo como esclavo.

La noche era cálida y perfumada. Las últimas flores del verano dormitaban en sus gruesos tallos. El padre de Lea había ido a la ciudad por un asunto urgente y todavía no había vuelto. Las mujeres se habían agrupado alrededor de la cama de Saloma, que estaba a punto de dar a luz. El hijo de

Tamar, Baruch, estaba con su nodriza.

Lea y Daveed estaban en la azotea tomando el fresco. En el piso de abajo, en la habitación de Saloma, Abigaíl y Ana rezaban a Asera para que el niño naciera sano y salvo. Daveed había dejado a Nobu en el dormitorio afilando sus estiletos y preparando la arcilla para los encargos del día siguiente.

Daveed había ido a ver a Lea para apoyarla en aquellos momentos difíciles por los que pasaba la familia, para ofrecerle su amistad y su amor, pero no podía evitar contarle sus propios problemas.

—Si Yehuda llega a ser rey, la corrupción se extenderá desde la Hermandad a otras áreas del gobierno. Hay que impedir que acceda al trono.

—Daveed, la gente no sabe que Yehuda es un corrupto. Han oído rumores de que es epiléptico, pero nada más. Zira se ha ocupado de que todo el mundo piense que su hijo es un pilar de moralidad y honor. Tú y yo sabemos que no es así, pero somos los únicos. Debes contárselo a la gente. Si los ricos y poderosos de Ugarit se enteran de quién es Yehuda de verdad, no lo elegirán rey.

Daveed negó con la cabeza.

—No se lo puedo decir a nadie, Lea, porque si se enteran de la corrupción que impera en la Hermandad perderán la fe en nosotros, y entonces ni siquiera yo podría sacarla de esa situación. Prometí solemnemente al anterior rab que haría todo lo que pudiera para ayudar a la Hermandad.

—Pero si no dices nada, Yehuda será coronado rey y la Hermandad se hundirá todavía más en la decadencia.

Daveed se dirigió al extremo de la azotea, donde el muro llegaba a la altura de la cintura. Apoyó las manos en el adobe, que todavía mantenía el calor que había acumulado a lo largo del día, y se inclinó hacia delante.

—Tiene que haber otra manera.

Lea se acercó a él.

—¿Seguro que el rey va a morirse?

—Dicen que no verá el amanecer. Que los dioses lo protejan.

—¿Qué tiene? No hace tanto estaba sano y fuerte.

—He oído decir que padece la enfermedad del demonio que aprieta la tráquea.

Lea lo miró. Frunció el ceño intentando recordar.

—Daveed, ¿no nos dio la tía Raquel el remedio para esa enfermedad?

—No lo recuerdo.

—En Jericó la llaman fuego en los pulmones, pero es exactamente lo mismo.

Daveed la miró. Como hacía mucho calor, Lea no se había puesto el velo. Llevaba el pelo recogido en la nuca con peinetas.

—¿Estás segura?

—Dime lo que le pasa al rey.

—Dicen que el demonio lo ataca cuando hace frío y hay humedad, cuando llueve y también cuando se enfada y está nervioso. En esos momentos el demonio invade su cuerpo y le cierra la garganta. No puede respirar, jadea y le duele el pecho. Antes sufría ataques muy de vez en cuando y pasaba largas temporadas sin problemas de salud, pero ahora cada vez le cuesta más llenar sus pulmones de aire. Los sacerdotes y los magos dicen que el demonio es cada vez más fuerte y que no tardará en matarlo.

Lea contempló las luces de la ciudad y pensó en los días que había pasado en el jardín con su tía Raquel.

—Mi tía me dijo una vez que de niña tenía un primo que sufría esa maldición, y la familia fue al Mar Salado, donde las curas milagrosas son legendarias. Los síntomas de su primo mejoraban cuando estaba allí, pero volvía a sufrir la enfermedad en cuanto regresaba a Jericó. Los egipcios dicen que los espíritus malignos que congestionan los pulmones, que causan dolor e hinchazón en las articulaciones y que obstruyen la tráquea, son espíritus que anhelan el sol y el aire seco. Por eso en días nublados y lluviosos a algunas personas las manos se les quedan rígidas y les duelen, les cuesta respirar y sienten presión en la tráquea, porque los demonios buscan un lugar cálido y aire que no esté lleno de humo.

—¿Y el enfado y la ansiedad?

—Eso es cuando el rey apenas se preocupa de protegerse de los espíritus dañinos. Olvida rezar e invocar a los dioses, y los demonios entran en su cuerpo. Estoy segura.

Lea se giró y salió corriendo de la azotea. Daveed la siguió. Bajó a su habitación y cogió un pequeño cofre de ébano en el que en otros tiempos guardaba sus joyas y objetos de valor. Levantó la tapa y sacó las tablillas que Daveed había escrito en su código especial el día que habían pasado junto al lecho de Raquel.

—Agradezco a los dioses que mi abuela te mandara llamar para que tomaras nota de lo que decía mi tía. Me dio tantas fórmulas que no habría recordado esta. Aquí está.

Daveed leyó la tablilla que él mismo había escrito.

—Es un remedio egipcio. Raquel dijo que antes de que Tutmosis I invadiera Canaán y sus soldados les robaran la casa, eran amigos de los egipcios. Dijo que su madre aprendió esta cura de un médico egipcio. Estoy segura de que funcionará.

Daveed se quedó pensativo.

—El problema es llegar al rey. Salomón está rodeado de médicos y sacerdotes, ministros y cortesanos, por no hablar de los guardias y los soldados del palacio. Han mantenido su enfermedad tan en secreto que el palacio será inexpugnable. Lea, es muy posible que el destino de Ugarit esté en tus manos, pero ¿cómo vamos a entrar en el palacio?

En cuanto el jefe de los esclavos vio quién había ido a verlo a aquellas horas, supo a qué se debía su visita. Todo el mundo hablaba de los apuros por los que estaba pasando el vinatero Elías. En las últimas semanas le había llevado esclavos para que los vendiera. El hombre se preguntó si le quedaba alguno por vender. ¿Quizá esta vez a su concubina?

- *Shalaam*, amigo mío —le dijo levantándose de su mesa, donde había estado contando dinero—. Que Dagan te bendiga.

- *Shalaam*, y que los dioses te bendigan a ti también. Vengo a proponerte un trato.

—Estoy a tu disposición —le dijo el jefe de los esclavos inclinándose—. ¿A quién quieres venderme?

—A mí mismo.

El hombre abrió mucho los ojos, que inmediatamente se le llenaron de codicia, porque por Elías podría pedir un buen precio. Era fuerte y varonil, y sabía de uvas y de vino.

—¿Cuánto pides?

Elías le tendió la orden de pago de Jotam, y el jefe de los esclavos, que sabía leer, frunció los labios y consideró la cantidad de oro que Elías necesitaba.

—Podemos conseguirlo —le dijo—. El precio es elevado, pero lo vales. Te advierto de antemano, amigo mío, que nadie de esta zona va a comprarte, pero tengo varios clientes ricos fuera de la ciudad que están buscando esclavos especiales. Creo que podremos conseguir el oro que necesitas.

—Volveré mañana al mediodía —le dijo Elías.

Al mediodía del día siguiente tendría lugar la subasta de esclavos

semanal.

Asesinar a un rey era el peor crimen que podía cometerse. Si atrapaban al asesino, la ejecución era lenta y dolorosa. Le cortaban las manos y los pies, luego los genitales, y por último lo despellejaban vivo como a un conejo.

Por mucho que el rab Yehuda deseara que Salomón muriera, el temor a ser ejecutado era mayor. Esperaba nervioso, en una habitación contigua a la sala del trono, a que lo llamaran para tomar nota de las últimas palabras de Salomón. Llevaba días allí encerrado, intentando no rezar para que Salomón falleciera lo antes posible. Yehuda temía a los dioses tanto como las ejecuciones, pero se le estaba acabando la paciencia. Ya casi había amanecido. Los médicos y los magos del rey habían pasado la noche haciendo rituales. ¿Por qué Salomón no se moría de una vez?

Un criado interrumpió las cavilaciones del rab Yehuda sobre la vida y la muerte, las coronas y los reyes. Entró para decirle que dos personas insistían en verlo. Llevaban horas esperando y aseguraban tener una cura para el rey.

—Son un escriba llamado Daveed y una chica que dice que conoce un remedio egipcio —añadió el criado con una mueca de desprecio.

—¿Un remedio egipcio?

Yehuda se frotó la prominente barbilla y pareció sumirse en sus pensamientos. Un remedio egipcio... Sus labios dibujaron una sonrisa.

—Que entren.

- *Shalaam*, y que los dioses lo bendigan, honorable rabí —dijo Daveed cuando acompañaron a Lea y a él ante su presencia.

—¿Aseguráis tener un remedio para la enfermedad del rey? —le preguntó Yehuda muy interesado.

Mientras Daveed le hablaba de la dolencia que en Jericó llamaban fuego en los pulmones y le decía que Lea y él conocían un remedio egipcio de demostrada eficacia, Yehuda apenas podía creerse la suerte que había tenido. Hacía un momento deseaba que el rey muriera, y ahora llegaban aquellos dos con un plan que sin duda era matar a Salomón, porque todo el mundo sabía que la medicina egipcia no funcionaba en Canaán. Yehuda intentó no sonreír y pensó: Dejemos que los asesinos sean estos dos...

Como Daveed era príncipe de Lagash y Lea era hija de una familia noble, podían entrar en la habitación del rey, tan llena de incensarios ardiendo y de braseros que despedían un humo acre que incluso a Daveed y a Lea les costaba respirar.

Todo el mundo los miró atónito.

El tratamiento para la oclusión de la tráquea era como todos los demás. Los sacerdotes y los médicos se disfrazaban de algo que asustara a los demonios que provocaban las enfermedades. En este caso, como se creía que al demonio que aprieta la tráquea le asustaban los leones, dos sacerdotes disfrazados de leones corrían hasta la cama del rey rugiendo con todas sus fuerzas, al llegar a la cama daban salvajes zarpazos al aire, y luego retrocedían y volvían a empezar.

Lea los miró sorprendida. Aquellos hombres llevaban puestas enormes pieles de león, con la cabeza, las garras y la cola intactas. La cabeza del león, rodeada de una enorme melena negra, les cubría la cara. Los sacerdotes habían metido los brazos en las patas delanteras del león, como si fueran mangas, y las patas y las garras traseras se arrastraban por el suelo. Su actuación era impresionante. Corrían, atacaban y rugían, pero no parecían asustar al demonio del pecho del rey. Su Majestad hacía grandes esfuerzos por respirar.

—Tenemos que trasladarlo al sol ahora mismo —dijo Lea a Daveed al ver que los labios del rey empezaban a ponerse azules.

Yehuda deliberó con los médicos y magos reales, que miraban a Daveed y a Lea con desconfianza. Cuando Daveed ya pensaba que Salomón se moriría en mitad de la conversación, Yehuda ordenó a gritos a los esclavos que trasladaran al rey a la azotea, donde un bonito jardín había convertido el adobe y la piedra en un paraíso verde. Los sacerdotes y los magos rezaban, canturreaban y seguían agitando amuletos mágicos y varitas mientras Lea observaba al rey en busca de signos de dolor o de mejoría. Le habló en voz baja, con cariño. Lo tranquilizó asegurándole que todo iría bien. Y al rato, bajo el cálido sol y por encima de la neblina de la ciudad, con la fresca brisa soplando sobre el cuerpo de Salomón y la voz de Lea tranquilizándolo, la tos y los jadeos empezaron a disminuir.

Para sorpresa de todos, la tos se detuvo por completo y el rey comenzó a respirar profundamente. Cuanto más inspiraba, más se relajaba su pecho, hasta que dejó de jadear, lo que significaba que los espíritus malignos habían escapado de su cuerpo.

El rey abrió los ojos, y la primera cara que vio fue la de Lea. Sonrió. Estaba curado.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —gritó Abigaíl cuando llegaron al concurrido mercado de esclavos—. ¡No lo hagas, por favor!

—Madre, invoca a los dioses y no te preocupes. Pagarán un buen precio, porque soy fuerte, tengo salud, tengo visión para los negocios y experiencia como vinatero. No seré un esclavo a golpe de látigo. Seré... —Buscó palabras que confortaran a su madre—. Como Daveed en nuestra casa.

—¡Daveed no era un esclavo!

—Era un criado contratado. Es casi lo mismo. Confía en mí, madre. En Canaán, en Jerusalén e incluso al este, en Lagash, todo el mundo me conoce. Tengo buena reputación. Los cultivadores de uva y los vinateros competirán por comprarme. El dinero irá directamente a Jotam, pero conservaréis la propiedad. Vende los viñedos si quieres, pero la casa no.

Abigaíl le había pedido a Ana que se quedara en casa, donde Saloma estaba a punto de dar a luz, pero Ana no quería separarse de su marido, de modo que Saloma se quedó al cuidado de Ester y de Lea.

Ana siempre había odiado el mercado de esclavos. Ahora, entrando en el recinto, en el que una multitud alterada y bulliciosa esperaba a que empezara la subasta, se preguntaba si había vivido toda su vida con la premonición de ese terrible día. No podía dejar de llorar mientras su marido desaparecía en la zona de los esclavos, una plataforma en la que los inspeccionaban.

Abigaíl vio a Jotam entre la multitud. Sabía que estaba allí para que le entregaran el dinero de la venta de Elías.

Salió el mercader de esclavos, un hombre corpulento y con el pecho muy peludo que llevaba una falda de piel y sujetaba en la mano el látigo típico de su profesión. Pidió a los dioses que les acompañaran en aquella sesión y anunció a voz en grito que empezaba la subasta. Los esclavos salían de uno en uno, y la multitud pujaba animadamente por hombres de anchas espaldas, a los que compraban para que trabajaran en el campo, en la construcción y en los muelles; por mujeres, destinadas a la cocina y a otras labores domésticas; y por niños, que trabajarían en tareas menores o en lugares en los que no cabía un adulto. A medida que avanzaba la mañana, la multitud estaba cada vez más agitada, porque sabía que las ofertas más interesantes y caras llegaban al final.

—Ahora tenemos algo especial —dijo el mercader de esclavos cuando le llevaron a Elías.

Abigaíl se cubrió la cara con las manos y lloró.

—¡Que Asera nos proteja!

En la plataforma estaba su hijo, vestido solo con taparrabos y con grilletes en las muñecas. Pero mantenía la cabeza alta, con expresión orgullosa. La multitud se quedó extrañamente en silencio. Un hombre rico y

poderoso se vendía a sí mismo. Y entonces empezaron los murmullos y las miradas de confusión. Algunos se marcharon a toda prisa de la subasta. Jotam se quedó a un lado, en la sombra, para asegurarse de que no le escatimaban ni un solo aro de cobre.

El mercader de esclavos alabó las virtudes del hombre que estaba a su lado y empezó la puja.

Nobu entró corriendo en la celda de Daveed.

—Es la hora, amo. Va a empezar la subasta. No podemos llegar tarde.

Daveed terminó su oración a Shubat, hizo un signo de reverencia en el aire y se levantó. Tenía tantas preocupaciones que no se dio cuenta del repentino interés de su esclavo por la situación de Elías y de su familia. No sabía que Nobu se había enamorado.

—Estoy listo —le contestó.

Daveed no sabía en qué iba a ayudar a Elías el hecho de que él asistiera a la subasta. Lo único que sabía era que no podía permitir que su respetable jefe apareciera en la tarima de los esclavos sin que estuviera presente al menos un amigo. Y si por casualidad alguien daba un paso adelante y rescataba a Elías de semejante calamidad, Daveed quería estar allí para ofrecer su consejo, leer cartas o contratos, o hacer cualquier cosa por ayudar al hombre que había sido su jefe durante un año.

Pero sobre todo quería estar allí por Lea. Sabía que se quedaría destrozada al ver que compraban a su padre y se lo llevaban encadenado.

Mientras corría con Nobu por el pasillo, vio al rab Yehuda al fondo, dando órdenes a dos escribas. Al acercarse, Yehuda lo miró con sus ojos hundidos.

—¿Dónde vas, Daveed? —le preguntó.

—Tengo un asunto personal, honorable rabí.

—Y yo tengo trabajo para ti —le contestó Yehuda—, en el campo de albaricoques de un cultivador llamado Xilus. Tiene que dictar varias cartas y redactar dos documentos legales.

—Pero, honorable rabí, la granja de Xilus está a muchos kilómetros al sur. Tardaré casi toda la mañana en llegar, y si tengo que escribir tantas cosas... —Daveed inclinó la cabeza—. Saldré ahora mismo, honorable rabí.

Nobu y él pasarían por la subasta antes de salir de la ciudad.

—Tienes que pasar la noche allí —añadió Yehuda.

Nobu empezó a protestar, pero Daveed le lanzó una mirada y se calló.

El rab Yehuda comenzó a girarse, pero se detuvo y volvió a dirigirse a Daveed.

—Sal ahora mismo —le dijo—. No hagas ningún otro recado en la ciudad. Xilus está esperándote.

Daveed apretó los dientes e inclinó la cabeza.

—Sí, honorable rabí. Que los dioses le acompañen.

- *Halla!* —gritó Saloma llevándose las manos a la barriga.

Lea y Ester se acercaron enseguida a ella, la tranquilizaron, le ofrecieron vino y rezaron en voz alta mientras esperaban nerviosas a que llegara el niño.

A medida que el rumor de que el vinatero Elías se había puesto en venta se extendía por la ciudad, la subasta de esclavos iba llenándose de gente. Algunos iban para verlo con sus propios ojos, otros para expresarle su compasión, y algunos también para regodearse. Los amigos de Elías deliberaban entre ellos para ver cuánto dinero podían reunir entre todos para comprarlo. Pero ¿qué harían con él? ¿Cómo iba a devolverles el dinero si estaba arruinado?

—¿Cuánto ofrecéis por este fantástico esclavo? —gritó el mercader.

—¡Diez medidas de plata! —gritó un comprador de Sidón.

—¡Eso es un robo! —gritó el mercader de esclavos, aunque estaba complacido—. ¿Hay alguien más inteligente?

—¡Veinte medidas de plata! —gritó un hombre vestido a la manera de la lejana Jerusalén.

—Los dioses nos están viendo —les advirtió el mercader—. Sed justos, amigos míos. Sed honestos.

—¡Una medida de oro! —gritó un hombre con la túnica con flecos y en forma de cono típica de los babilonios.

Jotam sonrió. La fundición de hierro no tardaría en estar bajo su control.

Saloma, acuclillada en el taburete de partos y con la cara bañada en sudor, gritaba los nombres de los dioses en cada contracción. Lea se arrodilló delante de ella y extendió las manos para coger al niño. Ester sujetó a Saloma por las muñecas para que no se moviera.

—Asera está con nosotras —dijo Ester—. Invócala, Saloma.

El patio en el que tenía lugar la subasta de esclavos estaba tan abarrotado que los postores se empujaban a codazos. Detrás de los que pujaban, los que

habían ido a mirar hacían apuestas entre ellos sobre quién ganaría la subasta del vinatero Elías.

—¡Dos medidas de oro!

—¡Tres!

—Amigos míos, los dioses están contentos. ¿Alguien ofrece cuatro medidas?

—Reza, Saloma. Ya casi está aquí.

—¡Empuja, Saloma!

—Que Asera nos acompañe.

—¡Vendido! —gritó el mercader señalando al babilonio—. Por cinco medidas de oro. Los dioses están complacidos.

—¡Asera! —gritó Lea en cuanto el niño se deslizó entre sus manos—. ¡Es un niño! Los dioses te bendigan, Saloma. Le has dado un hijo a nuestro padre.

Zira iba de un lado a otro, a la luz de una lámpara, preguntándose dónde estaba Yehuda. La cálida noche abrazaba la ciudad de Ugarit, cuyas luces se reflejaban en las aguas del puerto. La música ascendía hasta las estrellas, y el olor a comida, a jardín y a amantes perfumados invadía el aire. Pero Zira no estaba de humor para disfrutar de todo aquello. Esperaba angustiada a que volviera su hijo.

Yehuda entró en la habitación y su madre corrió hacia él.

—¿Hay novedades?

—El rey se ha curado.

—¿Estás seguro?

—El remedio que el escriba Daveed y una hija de Elías trajeron al palacio ha funcionado. El maleficio que asfixiaba al rey ha amainado y hasta ahora no ha vuelto.

—En nombre de Dagan, ¿por qué les permitiste acercarse al rey? —le preguntó Zira en tono estridente.

Yehuda apretó los labios. La jugada le había salido mal. Estaba totalmente seguro de que los remedios egipcios eran inútiles. Pero no se lo dijo a su madre.

—Protesté, pero los sacerdotes y los médicos del rey insistieron en dejar que probaran su magia, y funcionó.

Zira miró a su hijo.

—¿El rey se ha recuperado del todo?

—Salomón se ha recuperado mucho.

—¡Por Dagan! —gritó levantándose de golpe.

¿Cómo demonios había sucedido algo así? Estaba tan convencida de que el rey moriría antes de la luna llena que había presumido ante sus amigos de que en adelante tendrían que ir a visitarla al palacio.

Iba a convertirse en el hazmerreír de la ciudad.

Se detuvo en seco.

—¿Una hija de Elías?

Solo podía ser Lea, la chica que los había insultado hacía dos años.

En aquel momento sintió como si un frío viento la azotara, arrastrara consigo la cálida y perfumada noche y enfriara todavía más su ya gélido corazón.

Lo lamentarán...

—Tenemos una tablilla, un contrato de un préstamo que tu tío compró al banco. ¿Estás al corriente? —le preguntó a su hijo.

—Sí.

Yehuda había sido el que le había hablado a Jotam de aquel documento.

—Mi hermano ya ha entregado la orden de pago a la familia de Elías. Quiero redactar otra.

Yehuda arqueó una ceja.

—No hagas preguntas —le espetó Zira—. Ve a buscar ese documento y trae también tu maletín de escriba. Abigaíl em Elías se va a enterar de hasta dónde llega el poder de Zira em Yehuda.

A la mañana siguiente, Abigaíl estaba en el altar familiar, encendiendo caro incienso a Asera para agradecerle que hubiera dado otro hijo a la familia, cuando llegó la tablilla. Pensó que podría ser la esperanzadora noticia de que el babilonio al final no había comprado a Elías, que los amigos de su hijo habían reunido el dinero para rescatarlo. Pensó que podría ser cualquier cosa excepto lo que resultó ser.

—Es una orden de pago —le dijo Daveed, al que había hecho llamar con toda urgencia.

Daveed y Nobu acababan de llegar del sur, de la plantación de albaricoques de Xilus.

—¿Cómo es posible? Elías ha pagado todas las deudas. El mercader de esclavos entregó el dinero a Jotam. Debe de ser un error.

Daveed leyó la tablilla con atención.

—No es un error. Es una orden de pago del dinero del préstamo que Elías sacó del banco, pero... ¿puedo ver la copia del contrato de su hijo? —le preguntó a Abigaíl.

Abigaíl fue a buscarla al despacho personal de Elías. Daveed revisó el documento original y lo comparó con la copia de Jotam que acababa de llegar. Eran exactamente iguales.

Con una excepción.

—Esta —dijo Daveed señalando un símbolo cuneiforme en la copia de Elías— es la cantidad de oro que Elías sacó de la Casa de Oro. La consignaron en medidas de oro. Esta orden de pago, que es la copia del contrato del banco, es exactamente igual, excepto en las medidas de oro, que son diez veces más.

—¡Diez veces más! ¿Qué significa eso?

—Significa, em Elías, que Jotam intenta volver a engañarlos.

—¡Por Dagan! ¡No vamos a pagarlo!

Daveed frunció los labios y analizó cuidadosamente las dos tablillas. Lea se mantuvo en silencio, observando cómo intentaba resolver el problema. Ester, a su lado, se retorcía las manos pensando que la casa debería de estar alegrándose por el nacimiento de su hermano el día anterior.

—Me temo que no es tan sencillo —dijo por fin Daveed—. Em Elías, tendría que llevar su caso ante los tribunales, y sería su palabra contra la de Yehuda, que fue quien redactó esta orden. Aquí está su sello. Y ahora el rab Yehuda es muy poderoso. No disponen ustedes del dinero para abogados que necesitarían, y un caso como este puede alargarse años.

—Pero puedes decírselo tú. Los jueces te creerán, Daveed.

Daveed negó con la cabeza.

—Mi palabra es poca cosa comparada con la de Yehuda. No me harían caso.

—Los jueces no tienen más que comparar el documento original con esta orden.

—Pero a Yehuda no le costaría nada destruir el recibo del banco.

—Tenemos la copia de Elías del acuerdo. Y el banquero puede testificar.

Daveed volvió a negar con la cabeza.

—Dudo que lo hiciera, em Elías. Fue poco ético por su parte vender el recibo del préstamo de su hijo a Jotam. El banquero no testificará a favor de Elías para no meterse en problemas. Honorable Abigaíl —siguió diciendo en

tono amable—, su hijo es ahora un esclavo. Sus palabras no significarían nada para un tribunal. No hay nada que hacer.

—¿Por qué Jotam nos hace algo así?

Daveed se calló para no causarle más dolor. Sospechaba que quien había tramado aquella nueva venganza no había sido Jotam, sino su hermana, y sabía que sería porque Lea y él habían salvado la vida al rey. En la ciudad se comentaba que Salomón estaba tan sano que podría seguir reinando treinta años más, de modo que todos los planes y todas las aspiraciones de Zira respecto de su hijo se habían frustrado.

—Daveed, ¿puedes contarle... puedes contarle las noticias a mi hijo? —le preguntó Abigaíl enjugándose las lágrimas—. Yo no tengo valor...

Abigaíl, Ana, Lea y Daveed se prepararon para ir al mercado de esclavos. Como Daveed no quería dejar a Ester y a Saloma solas, sin nadie que las protegiera, pidió a Nobu que se quedara en la casa, cosa que a su esclavo le alegró mucho.

Ana cogió en brazos al niño de Saloma, Abigaíl a Baruch, y se dirigieron a las jaulas de los esclavos, donde Elías esperaba a que su nuevo amo, un cultivador de uva de Babilonia, fuera a reclamarlo.

Debido a su noble posición, y porque el mercader de esclavos no quería ofender a los dioses, a Elías lo habían metido en una jaula individual, separado de los demás esclavos. El suelo estaba cubierto de paja fresca y tenía sitio para andar. Se había vestido y le habían quitado los grilletes.

Cuando Elías vio al recién nacido, se echó a llorar.

—Mi hijo, por fin —dijo—. Lo llamaremos Aarón.

Elías se acercó a los barrotes de la jaula, apoyó su gran mano en la diminuta y tierna cabeza del niño y susurró una oración. Hizo lo mismo con Baruch. Luego dirigió la mano hacia la mejilla de Ana, que estaba bañada en lágrimas.

—Te quiero, esposa mía —le dijo—. Ya no eres isha Elías. De ahora en adelante puedes llevar el respetable título de em Aarón. Has honrado nuestra casa.

—Amor mío —dijo Ana sin dejar de llorar—, me duele tener que traerte malas noticias junto con la buena, pero debes oír lo que Daveed tiene que decirte.

Elías escuchó las nefastas noticias que le traía Daveed.

—Entonces ¿he perdido mi casa y mis propiedades?

—Todo, Elías. Todo es de Jotam.

—¡Por todos los dioses! ¿Cómo es posible? Me han engañado. —Se aferró a los barrotes de madera de su jaula y lloró—. ¡Es injusto! ¡Ve a buscar al mercader de esclavos! Debemos detener esta injusticia.

Daveed fue a buscarlo.

—Entiendo tu sufrimiento, amigo mío, pero los dioses son testigos de que no puedo hacer nada. Tú y yo llegamos a un acuerdo legal, Elías, y el babilonio te compró de buena fe. No puedo devolverle el dinero y romper el contrato. Es un problema entre Jotam y tú.

Elías se giró hacia Daveed, desesperado.

—Daveed, tienes que devolver mi casa a mi familia. Lleva a Yehuda ante los tribunales. ¡Prométemelo!

En ese momento apareció el babilonio. Había llegado la hora de marcharse. Daveed prometió a Elías cuidar de las mujeres —Abigaíl, Ana, Ester, Lea y la concubina— y de los niños, aunque, siendo un escriba novicio, no tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo.

Entonces Elías entregó a Daveed el anillo que tenía grabado a un hombre sentado debajo de un emparrado, rezando con las manos alzadas, y le pidió que lo guardara en un lugar seguro.

—Lo cuidaré, honorable Elías —le dijo con profunda tristeza.

Elías abrazó y besó a su madre y después a su mujer.

—Aunque me he vendido como esclavo, ruego que no sea para siempre. Algún día compraré mi libertad y volveré. Os lo prometo.

—Aunque me llena de tristeza perder a mi hijo, también me alegra tener a mi nieto en brazos. ¿Puede ser más intensa la vida de una mujer? Soy digna de envidia. No te desesperes, hijo mío. Baruch y Aarón son la prueba de que los dioses están con nosotros, la prueba de que en nuestra familia todavía hay esperanzas. Estos niños me dan fuerza y valor, y te ruego que si pasas por momentos de desesperación, pienses en ellos, ángeles que nos han enviado los dioses para que recordemos que nunca debemos perder la esperanza.

Lloraron viendo marcharse a Elías con grilletes en los tobillos y en las muñecas, aunque con el porte orgulloso que siempre lo había caracterizado.

Las mujeres —Abigaíl, Ana, Lea, Ester y Saloma, con los dos niños— estaban esperando a Jotam. No sabían lo que planeaba hacer ahora que era el dueño de la casa. Daveed no estaba porque lo habían llamado para que redactara el testamento de un panadero, pero les había asegurado que volvería lo antes posible.

Para sorpresa de Abigaíl, quien cruzó la puerta no fue Jotam, sino Zira. No sonrió ni saludó a las mujeres de Elías con respeto. Se limitó a pasar por delante de ellas como si no estuvieran. Se metió en las habitaciones y empezó a mirarlo todo, los baúles y las cajas. Rebuscaba entre la ropa colgada en las perchas y cogía objetos diversos y los observaba con atención. Olió botellas de perfume vacías y apartó de una patada unas sandalias usadas.

Abigaíl se sentía humillada.

Cuando volvió a la sala de las visitas, Zira levantó su larga nariz y dijo:

—Tenéis que limpiar las habitaciones y dejarlas listas para los nuevos inquilinos.

—¿Nuevos inquilinos? —preguntó Abigaíl parpadeando.

—Sí, inquilinos. Vamos a alquilar la casa.

—Por Asera, ¿por qué nos haces esto? —dijo Abigaíl.

—Mi hermano necesita el dinero. Está invirtiendo en una fundición de hierro. Casi se arruina comprando las deudas de Elías.

—Y mi hijo le pagó hasta el último aro de cobre, aunque no podíamos permitirnoslo.

—¿Puede pagar esto? —preguntó sacándose la orden falsificada de entre los pliegues del vestido, la que ascendía a diez veces el importe que Elías había pedido al banco.

—Sabes que no. Mi hijo...

Abigaíl no fue capaz de decir que a Elías se lo habían llevado encadenado.

—Entonces legalmente la casa es mía, aunque no voy a vivir aquí. Alquilaré la finca. Seguramente ya tengo inquilino. Vosotras seréis sus criadas.

—¡Criadas! —gritó Abigaíl levantando la barbilla—. No somos criadas.

—Eres habiru, así que no sirves para otra cosa. A menos que prefieras marcharte ahora mismo, tú y todas las demás —añadió Zira con mordacidad recorriendo con la mirada a Lea, Ana, Ester y Saloma, que tenía en brazos a los dos niños—. Podéis marcharos ahora mismo solo con vuestra ropa, a ver qué tal os va en las calles de Ugarit.

Abigaíl cerró los ojos. Jericó, los carros de guerra, la huida de su casa en plena noche. Su madre, a la que cortaron la cabeza como si fuera una espiga de trigo. La larga y triste travesía hacia el norte.

No, no volveré a pasar por algo así. No permitiré que mis nietas y los niños sufran esa horrible experiencia. No podemos marcharnos de esta casa. Es nuestra. Y con la ayuda de los dioses, encontraré la manera de recuperarla.

Daveed llegó a la casa y encontró a Lea ayudando a su abuela y a las demás a trasladar sus pertenencias a la zona de los esclavos, ahora vacía, donde Zira les había dicho que debían vivir.

Lea corrió hacia Daveed, que la abrazó y la besó. La cogió de la mano y la miró con ojos brillantes.

—He enviado una carta urgente a mi hermano pidiéndole dinero. No sé si me lo mandará, ni cuánto, pero si llega, es todo tuyo, Lea. Y te daré todo lo que gane como escriba.

Como novicio de la Hermandad, los encargos ingratos y poco apetecibles siempre recaían en él. Pero en cuanto pasara un año, sería un escriba con todos los derechos y privilegios propios de su profesión. Buscaría clientes, se establecería por su cuenta y le pediría a Lea que se casara con él.

—Pero quizá no necesitemos el dinero de mi hermano —añadió sonriendo—. Lea, tengo una sorpresa para ti. El rey nos ha mandado llamar. Cariño, creo que va a recompensarnos por haberle salvado la vida.

Lea se giró hacia Abigaíl.

—No pierdas la esperanza, abuela. El rey Salomón es famoso por su compasión y su bondad. Si me pregunta cómo quiero que me recompense, le pediré que nos devuelva la casa. Es un hombre sabio, abuela. Se dará cuenta de que su vida vale mucho más que una simple casa. Vamos a rezar.

Estaban ante el rey, en una audiencia privada. Salomón estaba rodeado de sacerdotes y médicos, además de varias de sus esposas. Iba vestido con ropa sencilla de color blanco y llevaba una sobria diadema de oro. Lea pensó que, aunque tenía mejor color, la dura experiencia lo había debilitado.

—En nombre de los dioses de Ugarit —dijo el rey Salomón en tono cansado—, os agradezco que hayáis salvado la vida de vuestro soberano. Los dioses os recompensarán. Exponed vuestros deseos.

Daveed tomó la palabra.

—Majestad, solo le pido que me permitan ingresar en la Hermandad como miembro de pleno derecho, sin pasar por el año de noviciado.

El rey debatió con sus consejeros, uno de ellos Yehuda, que tenía el ceño fruncido.

—Te concedo un noviciado más breve, Daveed de Lagash. Por venir a ayudar a tu rey, se te exigirá que seas novicio solo seis meses, y transcurrido ese plazo serás miembro de pleno derecho.

El rey se giró hacia Lea.

—Honorable soberano, yo pido que devuelvan mi casa a mi familia — dijo con el corazón latiéndole muy deprisa y sintiendo sobre sí la sombría mirada de Yehuda.

Salomón volvió a consultar con sus consejeros y luego se dirigió a Lea con una magnánima sonrisa.

—Cuando estaba a punto de morir asfixiado, cuando sentía que estaban arrancándome la vida, escuché una reconfortante voz que me tranquilizaba y convencía al demonio de que saliera de mi cuerpo. Eres una encantadora de demonios, Lea isha Caleb, y los dioses te enviaron para que protegieras al monarca de Ugarit. Por lo tanto, por haberme salvado la vida, Lea isha Caleb, nos complace concederte una recompensa todavía mayor que una simple casa. Te damos la posibilidad de que sirvas a tu rey. A partir de hoy, de ahora mismo, vivirás en el palacio real y siempre estarás al lado de tu soberano. Los dioses han hablado.

Lea lo miró atónita. Observó su sonrisa generosa y su gesto expectante. Sus ojos pasaron de Salomón a los poderosos hombres que flanqueaban el trono. Observó la ligera sonrisa de Yehuda. Lea sabía que, cuando el rey hablaba, sus palabras eran definitivas. Como nunca había hablado con una autoridad, no sabía cómo hacerlo en ese momento.

—Gracias, Majestad. Los dioses lo han hecho sabio y generoso.

Salomón chasqueó los dedos, y un enorme criado se acercó.

—Este hombre te llevará a tus nuevos aposentos. Cuando estés instalada, volverás a esta sala y comerás con la familia real.

Acompañaron a Daveed y a Lea por un largo pasillo hasta una pequeña habitación junto a la del rey. Entendieron que Lea iba a ser una especie de prisionera, mimada y cuidada, pero prisionera al cabo.

—El rey cree que lo que le salvó fue tu presencia —dijo Daveed desanimado—. Cuando el demonio salió de su pecho, Salomón te vio a su lado. Cree que eres una de esas pocas personas cuya mera presencia aleja a los espíritus malignos.

—Pero voy a estar encerrada aquí. ¿Cómo voy a cuidar de mi familia? ¿Cómo voy a recuperar nuestra casa?

—Como soy novicio, debo alojarme en el dormitorio de la Hermandad, pero pasaré cada día a ver a tu familia y me aseguraré de que los tratan bien. Les llevaré dinero cuando pueda. Y son solo seis meses.

—Daveed, tienes que conseguir que nos devuelvan la casa. No permitas

que Zira nos la quite.

—Lea, te quiero con toda mi alma y haré todo lo que pueda para...

—¡Ya puedes hacer algo! —gritó Lea—. ¡Hazlo! Sabes que Zira no tiene derecho a quedarse con nuestra casa, que la orden de pago es falsa. Denuncia a Yehuda y recuperaré mi casa.

—Por Shubat, Lea, por todos los dioses, no me pidas que lo haga. Prometí al rabí en su lecho de muerte que protegería la Hermandad. Denunciar a Yehuda la destruiría.

—Daveed —le dijo Lea llorando—, puedes salvarnos.

La cogió de las manos.

—Lea, hice una promesa y no puedo romperla. Todo hombre tiene su honor. Si lo pierdo, pierdo el alma.

—¿Y qué pasa con lo que me prometiste a mí, que nos protegerías?

—Yehuda es mi rabí —dijo Daveed con voz ahogada—. No puedo divulgar sus secretos. Pero te protegeré, Lea. Encontraré la manera. Daré dinero a tu familia. Iré a ver cómo están cada vez que pueda.

—¡No basta! Daveed, el rey te escuchará. Puedes salvar a mi familia y mi casa.

—Lea —le dijo llorando—, no puedo romper mi promesa.

—Por Asera —susurró Lea—, ¿mi padre se vendió como esclavo para nada?

Daveed le soltó las manos.

—Este soy yo, Lea, y para esto nací. Debo lealtad a mi profesión y a mi dios.

—Pensé que me querías.

—Te quiero, y con todo mi corazón. Zira no se quedará con la casa, te lo prometo.

—Prometes demasiado, Daveed, y no puedes cumplirlo todo. Mi padre se ha marchado, hemos perdido nuestra casa y ya no puedo contar contigo.

—No digas eso, Lea. No puedo respirar sin ti. Encontraré la manera.

Lea se apartó.

—No, no la encontrarás. La Hermandad siempre será lo primero. Si nos abandonas ahora, Daveed, nunca te lo perdonaré y siempre te odiaré.

Daveed la miró horrorizado. De repente sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor. Lo veía todo borroso y se quedó frío. Se veía a sí mismo en medio de un torbellino del que no veía cómo escapar.

—Lea —susurró sin apenas fuerzas para respirar—, Lea, no me digas que

me odias...

En aquel momento llegaron guardias reales para informarles de que Su Majestad quería que Lea se presentara ante él. Dieron un paso adelante, pero Daveed cogió a Lea de las manos.

—Retira tus palabras, Lea —le dijo—. Reza una oración ahora mismo y retráctate de tus palabras de odio, porque si las mantienes me matarás.

—¡Vamos! —gritaron los guardias separando a Daveed de Lea.

Uno de los guardias arrastró a la chica hasta la sala del trono. Daveed quiso seguirlos, pero otro guardia le cerró el paso con una lanza. Lea miró hacia atrás y vio su expresión angustiada. Ambos fueron conscientes de que su mundo había cambiado para siempre. Sus sueños se habían hecho pedazos. Los dioses los habían abandonado.

Zira llegó a la casa con un abogado que informó a Abigaíl de que su cliente había encontrado un inquilino.

Zira dejó atrás a Abigaíl y se detuvo a mirar el sello de Elías grabado en la jamba de la puerta, el que mostraba a un hombre sentado bajo una parra.

—Lo cubriré con el sello de mi hermano para que quede claro que la casa es suya —dijo Zira—. Preparad las habitaciones para el nuevo inquilino.

Entró en la casa con el abogado pegado a sus talones. Abigaíl siguió a Zira por las habitaciones y los pasillos hasta el despacho personal de Elías. Observó horrorizada a Zira abriendo cajas y rebuscando entre las abarrotadas estanterías. De pronto encontró un montón de tablillas.

—¡No las toques! —gritó Abigaíl—. Son documentos privados de mi hijo.

Zira entregó las tablillas al abogado para que las revisara.

—Ahora son mías.

—Es esta —dijo el abogado tendiéndole una tablilla a Zira.

La hermana de Jotam la tiró al suelo y la machacó con el pie.

Abigaíl contempló los trozos en silencio, estupefacta. No tenía que preguntar qué documento acababa de destruir Zira. Sabía que era la copia de Elías del acuerdo del préstamo del banco.

—Lucharé contra ti —dijo en tono furibundo.

Lucharía ya no por ella misma o por las chicas, sino por su nieto. Aquella propiedad le correspondía a Aarón.

—Enfréntate a mí y os venderé a todos como esclavos —le dijo Zira con aire de superioridad—. Legalmente estoy en mi derecho, así que no creas que

no lo haré. Preparaos para recibir al nuevo inquilino. Es egipcio.

Zira sonrió al ver a Abigaíl llevándose las manos al estómago.

—¿Egipcio? —susurró.

—Tu nuevo amo acaba de llegar del valle del Nilo. Si no lo obedecéis, os echaré a la calle y no podréis volver a pisar esta casa.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 11

Los despertó el estruendo de carros de guerra y de caballos al galope. Como la mañana era fría, Abigaíl y su familia se pusieron gruesas capas, corrieron hasta el final del camino y vieron a soldados acercándose a la ciudad por la carretera principal. Las corazas de piel en el pecho sobre túnicas verdes y los carros de dos caballos los identificaban como guerreros cananeos. Procedían del sur.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abigaíl.

—¡Ha caído Meguidó! —gritó un jinete tirando de las riendas de su caballo.

Por el yelmo de bronce, Abigaíl supo que era capitán. Llevaba en la espalda dos arcos y una aljaba de flechas. Cabalgó hacia el final de la carretera.

—¡El faraón ha invadido la ciudad y ahora su gran ejército avanza hacia el norte! Han masacrado y saqueado por todas partes, señora. Le doy un consejo: si el faraón llega hasta aquí —dijo dirigiendo los ojos al sur, como si todavía viera los banderines y los carros del ejército egipcio—, traslade a su familia dentro de las murallas de la ciudad, donde estará a salvo. Esta casa y los viñedos serán su primer objetivo. —Miró a las tres mujeres y los dos niños, tan asustados que se habían apiñado—. El faraón está acorralando a los fugitivos y haciéndolos prisioneros. A todos los que no tienen casa o pillan al aire libre. Ha lanzado una red invisible por toda la zona y está atrapando gente como si fueran peces en el mar. Dicen que los más atacados han sido los nómadas del desierto, los habiru, que ahora son prisioneros de Tutmosis.

Abigaíl tragó saliva, asustada. Otra vez Jericó.

—Dicen que el faraón necesita mano de obra para construir una nueva ciudad. Está llevándose a Egipto a todos los que puede, incluso mujeres. Que los dioses la acompañen y recuerde que en la ciudad estarán a salvo.

El jinete se despidió de Abigaíl y se marchó al galope.

Abigaíl alzó los ojos hacia el cielo, gris y plomizo. Aquella húmeda mañana de primavera amenazaba lluvia, lo que le recordó otro fatídico día lluvioso, siete años atrás, cuando había empezado su desgracia.

Giró la cara hacia el viento, procedente del Mar Grande, y sintió que su

pequeña familia se agrupaba a su alrededor como si fueran patitos: Ana, Ester, Saloma y los dos niños de cuatro años, que habían nacido con solo dos meses de diferencia, Baruch y Aarón. Atrajo a los niños hacia ella y miró al nordeste, donde grandes columnas de humo cubrían el cielo y lanzaban un olor repugnante sobre la ciudad. Era la fundición de hierro de Jotam, donde fabricaban armas. Por último miró hacia Ugarit, con sus enormes murallas, y pensó: Se acerca la guerra.

Y su familia estaba sola y desprotegida.

El inquilino egipcio que había alquilado la casa y la bodega durante los últimos cuatro años se había marchado. Cuando, hacía tres meses, llegaron a Ugarit las noticias de que la reina Hatshepsut había muerto y que su sobrino, Tutmosis III, era ahora el faraón de Egipto, los reyes de Qadesh y de Meguidó, considerando que era una oportunidad para librar Canaán de la influencia egipcia, se aliaron con otros gobernantes y se rebelaron. Cuando los egipcios de Ugarit se enteraron, empaquetaron sus cosas y se marcharon, porque temían por su vida.

Y ahora Meguidó había caído. Nada podría detener el avance del faraón y no había la menor duda de que Tutmosis llegaría hasta Ugarit, la puerta hacia el norte y el este, uno de los centros fundamentales de las rutas comerciales y puerto importante de todas las rutas marítimas. Cualquiera que pretendiera conquistar el mundo, como se rumoreaba que pretendía Tutmosis, debía controlar Ugarit. Y todo el mundo decía que Tutmosis tomaría la ciudad costara lo que le costara.

Abigaíl sintió un escalofrío. ¿Cómo iba a proteger a su familia?

La casa estaba vacía. El vinatero egipcio y su familia habían sido al menos una presencia, y no habían sido tiranos, como temía Abigaíl. Al principio la ponía enferma ver a egipcios por su casa. Le costaba dormir y perdió peso. Pero con el paso de las semanas y los meses, a medida que aceptaba que debía tolerar la presencia de los extranjeros, por el bien de su familia y por su supervivencia, su repugnancia y su miedo dieron paso a cierta tolerancia indiferente.

Odiaba reconocerlo, pero el egipcio había multiplicado las viñas y revitalizado el negocio, y aunque había tratado a su familia con indiferencia, no se había tomado la molestia de aprenderse sus nombres y apenas era consciente de su existencia, tampoco se había portado mal con ellos. Abigaíl, las mujeres y los niños comían bien y les permitían hacerse la ropa con los recursos de la casa, lana de oveja y pelo de cabra.

Pero ahora estaban solos, una pequeña familia de débiles mujeres.

Ana últimamente estaba muy silenciosa. Desde que había muerto su hijo, aquella fatídica noche de hacía siete años, hablaba cada vez menos. El suicidio de Tamar en el olivar le había arrebatado todavía más palabras de la garganta, y Abigaíl creía que su nuera había perdido las últimas cuando se llevaron a Elías encadenado, hacía poco más de cuatro años. Desde entonces no sabían nada de él. No sabían dónde estaba, ni siquiera si estaba vivo, pero rezaban cada día para que los dioses se lo devolvieran. El pequeño Aarón, un niño inteligente con la simpatía de su padre, no era consuelo para Ana, porque, aunque legalmente era su madre —Ana era ahora em Aarón—, había salido del cuerpo de Saloma.

Saloma era una mujer sana que intentaba alegrar a sus compañeras. Cuidaba no solo de Aarón, sino también de Baruch, el hijo de Tamar, porque, aunque tenía madre, Lea había entrado en el palacio hacía más de cuatro años y desde entonces no la habían vuelto a ver. Y Ester, que ya tenía diecinueve años, hacía lo posible por recordar a su familia que los dioses seguían estando con ellos.

Abigaíl sintió los brazos de los niños alrededor de sus muslos, abrazándola para tranquilizarse, y les acarició el pelo.

—No tengáis miedo, ángeles míos.

Y tras decir estas palabras y sentir en sus manos el suave tacto del pelo de sus nietos, dio las gracias a Asera para sus adentros. En aquellos tiempos difíciles, Baruch y Aarón eran dos faros de luz brillante. Cada vez que Abigaíl se desesperaba, no tenía más que oír sus risas corriendo por la casa para recuperar el ánimo. Bendecía a Tamar por haber vuelto a casa cuando estaba embarazada y haberles traído a Baruch. Y bendecía a Ana, su valiente nuera, por haberse ocupado personalmente del tema de la concubina. No era fácil para una mujer, pero había dejado al margen sus sentimientos desinteresadamente, por el bien de la familia, y ahora en la casa crecían dos niños robustos.

Abigaíl pensaba noche y día en el futuro de los dos niños de la casa de Elías. Decidió que no serían vinateros. Quizá el pequeño Aarón, un niño brillante, sería abogado.

Ay, Elías, hijo mío, ojalá estuvieras aquí y pudieras ver crecer a estos ángeles, disfrutar de enseñarlos a andar, jugar con ellos y hacerlos reír. ¿Dónde estás, hijo mío? ¿Volverás con nosotros? ¿Te tratan bien? Miró el cielo oscuro, que amenazaba lluvia, y se preguntó cómo era el cielo en Babilonia.

¿Trabajaba su hijo en un viñedo, bajo un cielo soleado? ¿Eran condescendientes con él los dioses de Babilonia? No perdería la esperanza de volver a verlo. Elías había dicho que trabajaría para comprar su libertad y volver a casa.

Elías no era el único al que esperaba volver a ver. Abigaíl rezaba a diario para que Lea volviera con ellos.

Su nieta estaba de viaje con el rey Salomón y su corte, que habían emprendido una gira para establecer alianzas y llegar a pactos y tratados con gobernantes del norte y del este. Los consejeros de Salomón le habían sugerido que reforzara Ugarit con amigos por si el joven Tutmosis decidía derrocar a su tía y reclamar los territorios que su abuelo había conquistado hacía cuarenta años. Salomón había partido con su corte —un gran convoy formado por su mujer, la reina, sus concubinas, muchos príncipes y princesas, ministros, cortesanos, médicos, sacerdotes, adivinos, escribas, músicos, cocineros y animadores— y había dado inicio a una gira por varias ciudades para expresar su buena voluntad y su amistad. En su círculo más íntimo estaba Lea, porque Salomón creía que mantenía a raya al demonio que apretaba la tráquea. Decía que sin ella sucumbiría al demonio y moriría.

Por eso la familia de Lea llevaba más de cuatro años sin verla, aunque sabían de ella, porque les mandaba cartas desde ciudades de exóticos y sonoros nombres. Cuando llegaban las tablillas, Abigaíl mandaba llamar a Daveed, aunque no siempre estaba disponible. A veces tenían que esperar días para que sus muchas obligaciones en la Hermandad le dejaran un hueco libre, pero siempre se alegraban mucho de verlo. Abigaíl lo llevaba a la cocina y le ofrecía vino y pasteles de miel que habían hurtado a su amo egipcio, y se sentaban a sus pies mientras leía los saludos y las noticias de Lea. Abigaíl echaba de menos a su nieta y temía no volver a verla. Es culpa mía, pensó recordando aquella noche lluviosa, hacía siete años, en que Ana tuvo el parto prematuro. Si no hubiera hablado a Zira como lo hice, las cosas ahora serían muy diferentes.

Suspiró. No era bueno obsesionarse por el pasado. Además, si era cierto que Meguidó había caído, el rey Salomón no tendría más remedio que interrumpir su gira de alianzas y regresar a Ugarit, lo que significaba que Lea volvería a casa.

Se dio la vuelta para meterse en casa, pero se detuvo y miró hacia el sur. Meguidó ha caído, pensó. Y de pronto entendió la envergadura del problema. ¿Qué pasará si cae Ugarit? ¿Nos convertiremos en egipcios? ¿Olvidaremos

quiénes somos? ¿Olvidaremos los nombres de nuestros antepasados y las tradiciones que nos entregaron hace mucho tiempo para que lleváramos una vida honorable y satisfactoria, y fuéramos rectos a los ojos de los dioses? Aprendamos de Jericó, una ciudad cananea invadida por Tutmosis I, en la que se estableció una guarnición de soldados egipcios, con agentes que se apoderaron de las casas y los negocios de los cananeos. ¿Cuánta gente en Jericó conoce todavía sus orígenes, su identidad? Porque he oído que los cananeos de Jericó llevan ropa egipcia, y los hombres se afeitan la barba y utilizan cosméticos. Las mujeres cocinan pato y ganso, como los egipcios, en lugar de cerdo y cabrito. Los dioses egipcios pueblan los templos. Los cananeos han adoptado incluso la costumbre egipcia de la circuncisión. Si Egipto nos conquista, Ugarit y nuestro pueblo desaparecerán y será como si nunca hubiéramos existido.

Pero los que huyeron de Jericó aquella fatídica noche, hacía mucho tiempo, todavía recordaban quiénes eran, y por eso Abigaíl recordaba a sus chicas a diario: «Soy la madre de Elías, tú eres la mujer de Elías, tú eres hija de Elías y estos niños son el hijo y el nieto de Elías. Esta es la casa de Elías y estos somos nosotros». A Baruch y a Aarón les decía: «Tu abuelo es Elías, y tú eres el hijo de Elías. Somos cananeos descendientes de Sem, el hijo de Noé. Adoramos a Asera y a Baal. Nunca lo olvidéis».

Al volverse para entrar en la casa vacía, preguntándose a quién se la alquilaría Zira ahora, Abigaíl vio que desde la carretera de la ciudad se acercaba un grupo de esclavos que llevaban a hombros un palanquín cubierto con tela elegante de color púrpura y dorado. Reconoció que era de la casa de Jotam.

Zira, sentada en blandos cojines bajo una cálida piel de oso, maldijo para sus adentros el frío clima primaveral. Llevaba zapatillas y gruesas manoplas de lana. Le dolían todas las articulaciones. Antes de que saliera de su casa junto al mar, habían metido en el palanquín piedras recién salidas del horno, pero apenas lograban disipar el frío, que le calaba hasta los huesos.

Zira sentía el paso del tiempo. Los años empezaban a discurrir más deprisa que antes, recordándole que tenía cincuenta y cinco años, y todavía no vivía en el palacio real de Ugarit.

Pero no había cedido en su determinación de ver a Yehuda en el trono de Ugarit. Después de que la hija mediana de Elías curara de la asfixia a Salomón, Zira empezó a hacer más campaña que nunca entre las familias

poderosas, que sabrían lo que hacer en cuanto vieran cómo iban las cosas. No perdía oportunidad de recordar a sus amigos que Salomón era un rey ausente que gobernaba Ugarit a cientos de kilómetros de distancia. «Nos deja solos y desprotegidos. Mi Yehuda jamás haría algo así. Sabe dónde está su lealtad y su deber. Y como rab de los escribas, mi Yehuda está al corriente de toda la correspondencia y los documentos reales. Sabe cómo funciona el gobierno y entiende de diplomacia. Si Salomón sucumbiera al demonio que aprieta la tráquea, mi hijo podría sustituirle y nadie se daría cuenta del cambio. ¿Qué otro hombre de Ugarit puede decir lo mismo?» Sus amigos estaban de acuerdo, pero le decían que Salomón gozaba de buena salud. Desde que la chica que mantenía alejados a aquellos demonios formaba parte de su círculo más íntimo, el rey no había sufrido ni un solo ataque. Y de eso hacía más de cuatro años.

Zira apenas pensaba en otra cosa. El problema de Salomón ocupaba su mente día y noche. Derrocar al rey con una revolución estaba descartado, al menos ahora que los egipcios blandían espadas al sur. Y ni pensar en asesinarlo, porque en Ugarit todo el mundo temía a los dioses. Zira decidió que tenía que tomar otro tipo de medidas.

Tenía un plan.

Los esclavos se detuvieron y dejaron el palanquín en el suelo. Zira asomó entre las cortinas púrpura. Dos esclavos se arrodillaron y colocaron a sus pies un escalón almohadillado. Desde aquella altura se dirigió a la madre de Elías.

—La casa está vacía —dijo pasando por alto las formalidades para subrayar el estatus de Abigaíl, ya que a los esclavos no se les saludaba, ni se les bendecía, ni se les hablaba con respeto—. Ahora que Meguidó ha caído en manos de Egipto, nadie querrá alquilar esta propiedad ni vivir aquí. Todo el mundo quiere vivir dentro de las murallas de la ciudad, así que ya no puedo seguir alimentando y vistiendo a tu familia.

Abigaíl levantó la barbilla con orgullo.

—El que nos alimentaba y nos vestía era el egipcio.

Zira miró a su alrededor.

—¿Dónde está ese egipcio que testificaría en tu favor ante un tribunal? Solo veo a cuatro holgazanas y a dos mocosos viviendo de gorra a mis expensas. —Hizo una pausa para disfrutar del momento—. Os llevaré a todos al mercado de esclavos.

Las tres mujeres que estaban detrás de Abigaíl sofocaron un grito.

—¡No puedes vendernos! —gritó Abigaíl indignada—. Somos libres.

Zira sonrió. Aquel era su inteligente plan. Antes de que el rey se marchara de Ugarit, hacía cuatro años, Zira metió en su círculo más íntimo a un espía, que regularmente le mandaba informes por correo sobre la salud del rey. También le contaba que Lea, la encantadora de demonios, le pedía cada día al rey que le permitiera volver a casa. Y cada día el rey se negaba. Ahora que Meguidó había caído en manos de Egipto, Salomón tendría que interrumpir su gira y regresar a Ugarit, y con él volvería Lea. Lo único que Zira tenía que hacer era alejar a Lea del rey, lo que lo dejaría indefenso ante el demonio que le apretaba la tráquea. No tardaría mucho en toser, respirar con dificultad y morir por falta de aire. Y Yehuda ocuparía su lugar.

—Sois parte de los bienes de la propiedad. No olvidéis que debéis a mi hermano diez medidas de oro. ¿Podéis pagárselas? ¿Ahora mismo?

—Sabes que no podemos.

—Entonces exijo que se me pague mediante el mercado de esclavos.

Zira había llegado ya a un acuerdo con el mercader de esclavos para mandarlos a una subasta de otra ciudad. En cuanto Lea se enterara, encontraría la manera de escapar de las garras del rey e ir en busca de su familia. Y entonces solo era cuestión de tiempo que el rey empezara a ahogarse de nuevo.

—Mis abogados pasarán por aquí mañana para inspeccionar la casa y cerrarla.

Abigaíl observó el palanquín de Zira alejándose a hombros de los esclavos.

—Ve corriendo a la Casa de Oro y pregunta por Daveed —dijo volviéndose hacia Ester—. Dile que venga ahora mismo, que tenemos un problema urgente.

Nobu pensó que el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Nunca había sentido tanto dolor, tanta tristeza. Nunca había imaginado que estar enamorado pudiera hacer a un hombre tan desgraciado.

Era como si se hubiera enamorado de la luna. En los cincuenta años que llevaba en el mundo, Nobu, el esclavo real, había gozado de los favores sexuales de putas, golfas de taberna, bailarinas, prostitutas del templo y amas de casa solitarias. Y aunque les había dedicado toda su atención, sus hábiles dotes haciendo el amor, y las dejaba a todas sonrientes y satisfechas, nunca había entregado su corazón.

Hasta ahora.

¿Cuándo había sucedido?, se preguntaba preparándole el baño a su amo.

¿Cuándo había dejado de pensar en Ester como una chica rara y deforme y había empezado a parecerle guapa?

Nobu sacó los peines y los afilados cuchillos para cortarle el pelo a su amo, el champú y el aceite para los rizos, e intentó pensar en sus últimos seis años, desde que había llegado con Daveed a la casa del vinatero Elías.

Al principio no prestaste la menor atención a la hija menor. Tenía trece años, y era delgada y discreta, con un labio leporino que le dejaba al descubierto los dientes. Era espantosa. Luego llegaron aquellos tiempos confusos en que Daveed intentaba entrar en la Hermandad, perdió al hombre que iba a recomendarlo y desperdició sus valiosas cartas de garantía sobornando a la gente para que asistiera a la boda de Lea. Observaste con impotencia cómo tu amo se enamoraba de una chica a la que nunca podría conseguir y se encariñaba con una familia que se precipitaba hacia una ruina segura. ¡El príncipe de Lagash! La hija mediana huyó con el marido de Lea, volvió embarazada y se ahorcó. La peor maldición para una casa. Daveed decidió quedarse a ayudar a Lea con su tía moribunda durante la investidura del nuevo rab. Por último, la sorprendente noticia sobre el verdadero linaje de la familia...

Nobu echó agua hirviendo en la palangana de bronce y la perfumó con jazmín, la fragancia preferida de su amo.

Durante todo ese tiempo, Nobu, tortuga atontada, Ester estaba ahí, en segundo plano, una chica discreta que se tapaba la cara con un velo. No pensaste en ella ni un segundo. Ni siquiera la veías. ¿Hasta cuándo? Sucedió en los últimos cuatro años, cada vez que Abigaíl mandaba llamar a Daveed, y los dos corríais a aquella trágica casa ocupada por egipcios. En cada ocasión florecía el amor. ¿O empezó el día en que se acercó a ti, que estabas con resaca en la fuente, esperando a Daveed, te oyó hablar contigo mismo, le explicaste lo que te pasaba y te dijo que escuchar los propios pensamientos con tanta claridad debía de ser maravilloso?

Nobu se detuvo a ver si escuchaba los pasos de su amo por el pasillo. Más allá de los gruesos muros del edificio de la Hermandad, la ciudad estaba conmocionada. Algo debía de haber sucedido.

Ester dijo que las voces eran mis pensamientos. ¿Era posible? Hasta aquel momento Nobu no se había dado cuenta, pero las voces sonaban en su cabeza cada vez que dejaba de pensar. ¿Estaba en realidad escuchándose a sí mismo, no a dioses traviesos que se empeñaban en atormentarlo?

Dejó de beber vino y bebidas fuertes, como le había sugerido Ester, y

escuchó las voces. Y descubrió algo sorprendente. Lo que decían aquellas voces era sensato y lógico. Le aconsejaban bien, observaban el mundo y comentaban todo lo que le rodeaba. Pensó, con sorpresa y orgullo, que si de verdad eran sus propios pensamientos, entonces era un tipo muy inteligente, por no decir absolutamente brillante. Desde aquel momento, la vida de Nobu cambió de forma radical en dos sentidos: no volvió a probar el vino, por lo que gozaba de una salud perfecta, y se enamoró.

Desde que se habían llevado a Elías encadenado, como esclavo, Nobu había visto a la madre del vinatero, a su mujer, a su concubina y a su hija viviendo en los aposentos de los esclavos de su propia casa y sirviendo a egipcios. Abigaíl mandaba llamar a Daveed, y tanto su amo como él eran recibidos en la casa con tanta impaciencia y calidez que le partía el corazón. Abigaíl, Ana, Ester y Saloma, incluso los dos niños, los recibían como a guerreros que regresaban de la batalla, los trataban como a héroes. Nobu nunca antes se había sentido como un héroe.

Cada vez que Daveed leía una carta o Abigaíl le dictaba, buscabas a Ester e intentabas no mirarla demasiado rato para que no descubrieran tus sentimientos. Cuando se quitaba el velo, ya no veías una boca deformada, sino unos labios que siempre sonreían. Sus ojos te parecían de lo más seductores. Y ahora era muy alta. No pensabas en otra cosa. Ester ocupaba todo tu pensamiento, elevaba tu alma e invadía tus sueños. Quieres protegerla del mundo, pero ella nunca te querrá como la quieres tú. Nunca podrás conseguirla.

El ruido de la calle se hizo más intenso. Se oía a gente gritar y los escribas corrían por las galerías. Algo había pasado...

—Invoca a los dioses, hermano Daveed. La corrupción es peor de lo que temíamos.

Los hermanos Daveed, Efram, Eli y Yosep —cuatro jóvenes escribas valientes, aunque con expresión preocupada— se habían reunido en secreto. Daveed los había elegido cuidadosamente y había cultivado su amistad. Eran jóvenes que creían en el honor y querían que la Hermandad volviera a ser una institución íntegra.

—Que el bendito Shubat nos ayude —dijo Daveed—. ¿Qué has descubierto, Efram?

Efram se quitó la capa de lana, se acercó al brasero, que luchaba contra el frío día de primavera, y se frotó las manos.

—He hablado con unos hombres que me han dicho que Yehuda dispone de información personal sobre el juez Urías —dijo en voz baja.

El rostro de Daveed se ensombreció. El juez Urías era cuñado de Salomón y la más alta autoridad en ausencia del rey.

—¿Qué tipo de información personal?

—Dicen que Urías tuvo un lío con la hija soltera de una importante familia de Ugarit y que la dejó embarazada. La familia se sintió ultrajada, y cuando la chica confesó quién era el padre, Urías se desesperó. No podía permitir que su mujer se enterara de que iba a tener un bastardo, porque era ella la que tenía dinero y la que procedía de un buen linaje. Pagó a la familia cierta cantidad de dinero y falsificó un certificado de matrimonio entre la chica y un hombre que no existe para salvar su honor y que el niño fuera legítimo. No sé cómo Yehuda se enteró y amenaza a Urías con contarlo. Daveed, Yehuda va a los archivos a diario y lee toda la correspondencia y los documentos legales.

—Como rab, tiene derecho a hacerlo.

—Pero utiliza la información en contra de la gente. Su poder es cada vez mayor. Pronto nadie podrá detenerlo, ni siquiera el rey.

—¿Habéis oído lo que se rumorea sobre Yehuda y su postura respecto de la misión diplomática de Salomón? —preguntó el hermano Eli.

Daveed asintió. Se decía que Yehuda creía que Ugarit debía atacar las ciudades del norte y convertir a sus habitantes en vasallos, no en aliados. Hacer la guerra en dos frentes era una locura, pero a Yehuda lo cegaba el poder, un poder que era cada día mayor.

—Tenemos que encontrar la manera de detenerlo —dijo el hermano Yosep.

Yosep era el más joven de los cuatro, todavía novicio, y en sus ojos brillaban el idealismo y la pasión. Él había llevado a Efram y a Eli al grupo secreto de Daveed.

Daveed miró el reloj de agua de la esquina, una gran urna llena de líquido que goteaba lentamente durante todo el día y señalaba las horas en función del nivel del agua.

—Cumplid ahora con vuestras obligaciones —dijo Daveed—. Volveremos a reunirnos esta noche, después de las oraciones.

Cuando se quedó solo, miró a un lado y a otro del pasillo. Tenía que bañarse antes de rezar a Shubat. Había pasado todo el día escribiendo. ¿Nobu no le había preparado el baño?

La noche anterior le habían dicho que tenía que ir a la casa de un orfebre a tomar nota de sus últimas voluntades y a redactar su testamento. Por la tarde debía escribir dos títulos de propiedad y un contrato entre ganaderos de cerdos que no se ponían de acuerdo sobre los límites de sus propiedades. No era el sagrado trabajo que había esperado hacer en la Hermandad, pero no le importaba. Las palabras eran palabras, las letras eran letras, y todas ellas eran sagradas. Además, vivir en la Hermandad y realizar encargos rutinarios le permitía dedicarse discretamente a su pasión: su nueva escritura.

También le dejaba tiempo para ir a la casa de Elías, donde leía las cartas de Lea...

A Daveed todavía le dolían las últimas palabras que le había dicho Lea, hacía cuatro años, cuando había ido al palacio con la esperanza de recibir una recompensa y lo único que había conseguido había sido convertirse en prisionera del rey Salomón. Las últimas palabras que le había dirigido habían sido: «Siempre te odiaré...».

Desde entonces no habían vuelto a hablar, aunque Daveed la había visto de lejos un par de veces los primeros meses después de que se llevaran a su padre como esclavo. La primera, en un ritual lunar en la gran sala de ceremonias, y la segunda, en una procesión para celebrar el día en que el rey había sido concebido. En ambas ocasiones Lea estaba al lado del rey.

Daveed le había escrito cartas, que había entregado a hombres que viajaban hasta cualquier ciudad que estuviera visitando el rey para entregarle la correspondencia y otros documentos que exigían su atención. Estaba seguro de que Lea recurría al escriba real para que le leyera lo que le había escrito, y también para dictarle cartas, pero en más de cuatro años no había recibido respuesta. Le dolía que todavía estuviera enfadada con él.

Como le había prometido, hacía lo posible por ayudar a su familia. Les llevaba dinero y se dejaba caer por la casa para que el vinatero egipcio supiera que tenían un amigo en la Casa de Oro, aunque el egipcio parecía un hombre honesto más preocupado por sus uvas que por la situación de sus criados. Sin embargo, el dinero no era mucho, porque Yehuda asignaba a Daveed tareas de poca importancia, le mandaba encargos rutinarios y ni siquiera le permitía dar clases. La petición de dinero a su hermano había quedado en nada. Su hermano le contestó diciéndole que los consejeros y los asesores militares de su padre decían que Lagash debía preparar su defensa por si Hatshepsut moría y su sobrino decidía invadir Canaán. Así, el dinero del tesoro real se destinaba a armas, carros, caballos y a incrementar el

ejército.

Ojalá el rey Salomón pensara lo mismo, porque en ese caso se quedaría en Ugarit y prepararía el ejército y la defensa en lugar de recorrer medio mundo forjando alianzas. Si el rey estuviera en Ugarit, Daveed y los hermanos que pensaban como él podrían formularle su petición y exponerle su causa. Le solicitarían que reformase la Hermandad.

Y si Salomón estuviera allí, también Lea lo estaría.

Daveed revisó su maletín de escriba para asegurarse de que llevaba suficientes tablillas y papiros, plumas y tinta, pinceles y estiletes. Se dijo a sí mismo que si Efram, Eli, Yosep y él no conseguían que el rey los ayudase, tomarían otro camino.

Daveed enseñaría al rey su nueva escritura.

El rey Salomón era famoso por su mente abierta y por su interés por las ideas innovadoras. Daveed estaba seguro de que si conseguía mostrar su código de solo treinta símbolos a Su Majestad, Salomón no podría frenar sus deseos de aprender a leer y escribir.

Daveed había intentado enseñar la nueva forma de escritura a sus hermanos escribas, pero estaban divididos en diferentes camarillas. No eran la fraternidad cohesionada que la gente creía. Muy pocos entendieron el valor de aquellos treinta símbolos, y muchos temían a Yehuda, que había prohibido expresamente experimentar con otros tipos de escritura. Daveed sabía que antes de convencer a sus hermanos de que aceptaran el código debía unirlos en un único credo, conseguir que volvieran a sentirse una auténtica alianza de hermanos. Pero ¿cómo?

No perdería la esperanza de que su nueva escritura fuera un instrumento para la reforma. Recordó la serpiente cambiando de piel y su revelación de que es preciso desprenderse de los viejos hábitos para que la vida siga su curso. El cuerpo de la Hermandad es como el de la serpiente. Si no nos desprendemos de los viejos hábitos, como la serpiente se desprende de su piel, nos estrangularán y moriremos. Por eso debemos desprendernos del viejo y arcaico sistema de escritura para sobrevivir. Al fin y al cabo, ¿no modernizaron nuestros enemigos, los egipcios, sus jeroglíficos con la escritura hierática? Los escribas de Canaán no pueden ser menos.

Daveed se daba cuenta ahora de que el día en que Abigaíl lo había mandado llamar para que tomara nota de los recuerdos de Raquel, la víspera del nombramiento del futuro rab, había sido una prueba de los dioses, porque ahora tenía algo maravilloso que ofrecer a la Hermandad, de hecho a cualquier

escriba y a cualquier persona. Aquella noche había mirado al este y había tomado una decisión. Podría haberse marchado de la azotea y haber ido a la Casa de Oro, donde lo habrían elegido rab. Habría devuelto a los hermanos a las viejas costumbres. Pero como decidió ayudar a Lea, creó un nuevo tipo de escritura. Así hacen los dioses sus milagros.

Quizá no los dioses, pensó, sino un solo dios. El que habló conmigo fue El... El Shaddai, el Altísimo.

Nobu entró corriendo en la celda y Daveed se sobresaltó.

—¡Amo! ¿Te has enterado? ¡Ha caído Meguidó! Dicen que el rey de Qadesh saltó una muralla, escapó de los soldados de Tutmosis y ahora es un fugitivo.

—¡Meguidó! Entonces Egipto está en guerra con Canaán.

Daveed había oído hablar de la coalición de gobernantes, liderada por el rey de Qadesh, que se había rebelado contra Egipto. Toda Ugarit, Daveed incluido, estaba seguro de que vencerían, porque el ejército de todos ellos juntos sería grande. Su derrota solo podía significar que el del faraón era todavía mayor.

—En ese caso el rey Salomón no tendrá más remedio que volver a Ugarit.

Es la oportunidad que estábamos esperando. Nuestra oportunidad para actuar contra Yehuda.

—Amo —dijo Nobu muy pálido—, la señora Abigaíl nos ha mandado llamar. Dice que es muy urgente.

—¿Nada más? —preguntó Yehuda al escriba—. ¿Eso es todo?

—Palabra por palabra, rabí —dijo el hermano Yosep esperando un gesto favorable del rab.

Yosep estaba tan ansioso por ganarse el favor de su superior que el más pálido atisbo de sonrisa habría sido para él como si le regalaran oro.

—¿Quiénes son los otros conspiradores?

—Además de Daveed, el hermano Efram y el hermano Eli.

—¿Y estás seguro de que no sospechan que eres un espía?

—En absoluto, rabí, lo juro por los dioses. Son tan tontos que creen que soy uno de los suyos y que estoy de acuerdo con sus traidoras conversaciones.

Yehuda digirió la información y asintió.

—Has hecho bien, hermano.

—¿Qué debo hacer ahora, rabí?

—Sigue reuniéndote con los traidores. Que no se te note que estás

informándome. Recibirás tu recompensa, hermano Yosep.

Yehuda observó a su cobarde espía retirándose discretamente de la habitación y decidió que había llegado el momento de actuar. Cogió su capa y se dispuso a salir a toda prisa. Daveed se siente cada día más seguro, pensó. Está haciendo demasiados amigos. Yehuda sabía de doce hermanos que apoyaban a Daveed en el tema de reformar la Hermandad. Tenían previsto solicitárselo al rey como grupo, y Yehuda ni siquiera estaba seguro de si podría enfrentarse a ellos.

Por si fuera poco, Daveed pretendía enseñar su nuevo sistema de escritura a Salomón, un hombre famoso por su amor a todo lo nuevo. Daveed no había conseguido convencer a los demás escribas de su manera de ver las cosas. Una escritura de treinta símbolos que permitiría que cualquiera, desde un pastor hasta el propio rey, leyera y escribiera. Ya no serían necesarios los escribas.

No debía permitir que Salomón viera la nueva locura de Daveed.

La lluvia caía sobre la ciudad y un frío viento soplaba hacia el puerto. Yehuda se cubrió con su capa de piel y se sumergió en la noche. No iba lejos. El viento lo empujaba mientras avanzaba por el camino que llevaba al muelle, donde las embarcaciones brincaban en las aguas revueltas, los faroles encendidos se balanceaban y las antorchas chisporroteaban. Entornó los ojos bajo el aguacero buscando alguna indicación encima de una puerta que mostrara cuál era la taberna La Bendición de los Dioses.

Tenía que librarse de Daveed, pero ni siquiera él estaba dispuesto a pasarse de la raya y asesinar. La idea se le había ocurrido escuchando un informe sobre una de las brillantes estrategias militares de Tutmosis: raptar a personas importantes, como los hijos de los reyes. Decían que los espías del faraón habían cabalgado ya hasta Sidón, Tiro y Qadesh para capturar a los hijos de los reyes, porque sabían que, mientras Tutmosis los tuviera retenidos, sus padres no ofrecerían resistencia a las tropas egipcias.

Yehuda había presenciado la apasionada discusión entre Daveed y Lea el día en que el rey se había curado, y después los había visto en alguna ocasión mirándose con deseo. Pero se había enterado de lo que de verdad sucedía por sus cartas, que había interceptado, por las que Daveed escribía a Lea y por las que la chica le escribía a él, llenas de disculpas, perdones y declaraciones de amor. Yehuda leía aquellas cartas y las rompía a pisotones, porque ¿por qué había que recompensarlos por haber salvado al rey y haberle robado a él el trono? Pero ahora, irónicamente, la solución a su problema estaba en aquellas

cartas.

El dueño de la taberna La Bendición de los Dioses era un hombre alegre y rechoncho llamado Kapta a quien nadie tomaría por un espía egipcio, pero Yehuda tenía noticias de él desde hacía algún tiempo, ya que interceptaba toda la correspondencia antes de enviarla. Estaba al corriente de los mensajes del faraón Tutmosis y de los informes de Kapta sobre la capacidad militar de Ugarit y sobre espionajes.

Yehuda se dirigió a la taberna, siguiendo la dirección del viento, empujó con fuerza la puerta y se sacudió la lluvia. Un par de cabezas se volvieron hacia él y recuperaron su posición con indiferencia, ya que el establecimiento era el lugar que frecuentaban marineros aburridos y putas hastiadas.

En el local había bancos y mesas bajas, braseros y lámparas, un mostrador lleno de jarras de cerveza y vino, platos de queso y aceitunas, y una panera con pan duro. Kapta, que estaba limpiando el mostrador, saludó al recién llegado efusivamente.

- *Shalaam*, y que los dioses te bendigan, amigo. Quédate, entra en calor y disfruta del mejor vino a este lado del Éufrates.

—¿Eres Kapta? —le preguntó Yehuda sin quitarse la capa y con la capucha todavía cubriéndole la cabeza.

—Sí. ¿Cómo puede este humilde servidor de los dioses alegrarte la noche? ¿Una mujer, quizá?

Yehuda levantó una mano.

—Sé que has recibido órdenes de raptar a dos príncipes.

Las gruesas manos del tabernero interrumpieron su labor. Kapta parpadeó.

—¿Cómo dices?

Yehuda guardó silencio mientras Kapta observaba con atención el lúgubre rostro del recién llegado. Sus ojos, que no pestañeaban, y sus dientes prominentes, como los de un animal, tenían algo de espeluznante.

Kapta resopló indignado.

—¿Lees correspondencia confidencial?

—Lo leo todo.

Kapta se encogió de hombros y siguió limpiando el mostrador.

—La indiferencia no va a funcionarte conmigo —le dijo Yehuda—. No me importan los delitos que estés maquinando. Raptar a todos los príncipes que quieras, incluso al rey, si te atreves. No es asunto mío. He venido a informarte sobre una persona del entorno personal del rey, una chica de la que Salomón

no se aparta en ningún momento. Si me haces el favor de raptarla mientras te llevas a los hijos del rey, no te detendré ni te ejecutaré por ser espía del enemigo.

El dueño de la taberna sumergió brevemente el trapo en un cubo de agua y siguió limpiando mientras digería lo que el recién llegado acababa de decirle y decidía qué contestarle.

—¿Es una princesa? —le preguntó por fin.

—Una bruja. Su sola presencia evita las enfermedades. Su Majestad ni siquiera se aparta de ella para vaciar sus intestinos. Le aterroriza la posibilidad de que se marche o se la lleven de su lado, porque el demonio que aprieta la tráquea volvería y lo mataría. Es el rehén más valioso que tu faraón pueda desear, mucho más que los hijos de Salomón. Se llama Lea. Te indicaré dónde está. Doy por sentado que tienes hombres en el entorno del rey.

Kapta frunció los labios y miró a su alrededor.

—No me hagas perder el tiempo, hombre —dijo Yehuda—. He dicho que doy por sentado que tus hombres están preparados para dar el golpe.

—Exacto.

—¿Cuál es vuestro plan?

Kapta observó con atención la lúgubre cara alargada, de ojos hundidos y dientes prominentes. No le gustaban las miradas del recién llegado, pero sospechaba que era una persona de alto rango y poderosa, así que decidió que lo mejor sería colaborar.

—Sabes que, al principio de la gira para hacer alianzas, Salomón tomó otra esposa, una princesa de una casa real. Un año después dio a luz gemelos. No solo Salomón odiaría perderlos, sino también el padre de la princesa, que es rey de una poderosa ciudad. Así, Tutmosis tumba a dos enemigos de un solo golpe.

—Un movimiento inteligente, pero golpear dos veces en el mismo momento es todavía más inteligente. ¿Cuándo tenéis previsto hacerlo?

—La primera noche que el rey pase en palacio. Tanto él como su entorno acabarán de llegar, así que no estarán bien organizados. Y como acabarán de llegar de un largo viaje, todos ellos dormirán como troncos. Mis hombres entrarán en el cuarto de los principitos y se los llevarán, y a las niñeras también. Cuando lo descubran, estaremos lejos de Ugarit.

Yehuda metió la mano en una bolsa de piel que llevaba a la cintura y sacó un aro de oro.

—Mientras tus hombres se llevan a los gemelos, que otro vaya a buscar a

la chica, Lea. Mis informadores me han dicho que duerme en un anexo de la habitación del rey. Que se la lleve sin hacer ruido. Pero te digo una cosa, debéis tratarla bien hasta que llegue al faraón. Si le sucede algo, dejará de tener valor. ¿Estás de acuerdo?

El hombre sonrió.

—Los dioses nos sonríen, amigo mío —dijo el tabernero dejando de un golpe una jarra de cerveza en el mostrador—. Bebe conmigo.

Pero el hombre de cara lúgubre no respondió. Lanzó al mostrador el aro de oro y salió de la taberna.

Cuando Daveed y Nobu llegaron, Abigaíl los llevó a la cocina, junto al fuego, para que entraran en calor. La noche era fría y lluviosa. Tenía poco que ofrecerles, pero de todas formas les sirvió el pan, el queso y el pescado salado con el que había pensado alimentar a su familia durante una semana. Daveed le dio las gracias, pero rechazó la comida. Le abrió la mano y le dejó en la palma unos aros de cobre, que Abigaíl aceptó con lágrimas en los ojos.

Le explicó entonces su difícil situación. Mientras su amo escuchaba, Nobu no quitaba ojo a Ester, la luz de su corazón, y se decía que estaba muy pálida. La chica estaba en un rincón oscuro de la cocina, como un fantasma, con el velo cubriéndole la cara. Deseaba estrecharla entre sus brazos y consolarla, pero habría estado fuera de lugar y no quería asustarla. Parecía muy tímida, y sin duda no tenía ni idea de lo que sentía por ella.

Ahora, con el nuevo plan de Zira para seguir torturando a la familia vendiéndolos como esclavos, Nobu tenía que hacer grandes esfuerzos para no ponerse a gritar de indignación.

—No se preocupe, querida señora —decía Daveed a Abigaíl en tono tranquilizador—. Zira puede tener derecho legal a venderlos como esclavos, pero también nosotros tenemos derecho legal a enfrentarnos a ella. En los últimos años he hecho amistad con abogados honrados. Recurriré a ellos. Detendré a Zira hasta que pueda llevar su caso ante los jueces.

—Que Asera te bendiga, Daveed —dijo Abigaíl abrazándolo—. Y benditos sean los dioses por haberte traído a esta casa hace seis años. Rezaremos para que lo consigas.

La llamaban la encantadora de demonios, y nada de lo que Lea dijera o hiciera podía convencer a nadie de que no lo era. Cada vez que intentaba explicarle al rey que lo que había expulsado de su cuerpo al demonio que le

apretaba la tráquea había sido el aire libre y el calor, Salomón se limitaba a hacer un gesto con la mano.

—Yo mismo escuché tu voz subyugando al demonio y sacándomelo del pecho. No puedes irte a casa, Lea. Tu recompensa es quedarte con tu soberano.

A Lea no le quedaba más remedio que escapar.

Era medianoche y el rey dormía. Lea no había planeado marcharse para siempre, porque eso solo serviría para que castigaran a sus seres queridos. Tenía previsto volver antes de que amaneciera y el rey Salomón se despertara. Era peligroso, pero tenía que ver a su familia.

Y tenía que encontrar un lugar seguro para las tablillas.

Durante sus jornadas con el rey Salomón, Lea había encontrado tiempo libre para estudiar concienzudamente la nueva escritura de Daveed. En cuanto supo presionar el estilete sobre la arcilla, anotó dieciocho remedios medicinales y sus conjuros mágicos en tablillas, que coció para que se endurecieran y guardó con sus pertenencias personales.

Pero ahora le preocupaba que estuvieran seguras, porque se alojaba en un espacio anexo al del rey, de modo que cualquiera que pasara por allí podría robarle sus valiosos bienes. Sabía que las tablillas estarían a salvo en casa de su padre, así que se las llevaría consigo.

Se vistió a oscuras y en silencio para no despertar al rey. Se le disparó el corazón al pensar que iba a volver a ver a los suyos, a su abuela, a su madre, a Ester y a los niños. Había echado de menos incluso a Saloma.

Pero sobre todo a Daveed... Ni una carta, ni una respuesta a las que ella le había escrito. ¿Las habría recibido? Estaba muy arrepentida de lo que le había dicho el día en que había curado la asfixia del rey. Recordaba la expresión de dolor de Daveed cuando le había dicho: «Siempre te odiaré». Durante su estancia en otras tierras había revivido aquel terrible momento muchas veces. Habría deseado volver atrás y cambiarlo todo. Llevaba a Daveed en su corazón día y noche, rezaba por él y soñaba con sus ojos oscuros, sus fuertes brazos y sus apasionados besos. Y ahora había vuelto a Ugarit.

Pronto, amor mío, pronto...

Metió sus bienes más preciados en la bolsa, entre prendas de ropa. Habían viajado con ella de una ciudad a otra, porque le recordaban a su hogar y a sus seres queridos: la tablilla con la receta de valeriana que le había dado Daveed, el poema de amor que había encontrado entre las cosas de su tía Raquel y el amuleto de oro de la fertilidad que se suponía que iba a darle

suerte siete años atrás.

Cerró los ojos y rezó una oración de agradecimiento a Asera. Había echado mucho de menos Ugarit y a su familia. Había pensado en ellos cada día, les había escrito cartas cada vez que había podido y había rezado por ellos. Ahora estaba de vuelta en la ciudad en la que había nacido, y su casa estaba a solo unos kilómetros hacia el sur. Por favor, le pidió a Asera, convence al rey de que me deje marcharme.

Habían recorrido muchas ciudades de Mitani, hacia el norte y hacia el este, incluso la lejana Carquemís, a orillas del Éufrates. Salomón había vuelto con tratados de paz, alianzas, pactos y acuerdos comerciales, todo ello anotado en cientos de tablillas que ahora enviarían al archivo de la Hermandad para que las guardaran en un lugar seguro. Como Salomón era listo, había previsto el conflicto con Egipto y había creado una alianza fuerte. Incluso se había casado con una princesa que le había dado dos hijos, un vínculo todavía más fuerte con otro reino. Les había llegado la noticia de que Tutmosis había conquistado Megidó y no dudaban de que avanzaría hacia el norte. Salomón y su alianza estarían preparados. Pero, por si acaso, cuando estaban a solo tres días de Ugarit, el rey había enviado órdenes de que la ciudad empezara a fortificarse, se convocara a todo el ejército y se llamara a filas temporalmente a todo hombre en buenas condiciones físicas para defender la ciudad.

Por la mañana empezarían a trabajar en las murallas de la ciudad y trasladarían comida, agua y otras provisiones por si era sitiada. El miedo flotaba en el ambiente, pero también la emoción. A Lea le preocupaba su familia, que vivía en una casa por la que tenía que pasar cualquiera que llegara a la ciudad por el sur. La razón por la que aquella noche salía del palacio a escondidas era no solo porque necesitaba volver a verlos —los había echado muchísimo de menos—, sino también para convencerlos de que buscaran un alojamiento temporal en la ciudad hasta que la amenaza egipcia hubiera pasado.

Lea salió de la habitación del rey de puntillas y recorrió pasillos secretos sin hacer ruido. De vez en cuando se detenía para asegurarse de que el palacio seguía en silencio y de que nadie se había dado cuenta de que se había escapado. Correría los diez kilómetros hasta su casa, cosa que no le supondría demasiado esfuerzo, ya que su corazón daría alas a sus pies. Abrazaría a su familia, escondería las dieciocho tablillas en un lugar seguro y al día siguiente encontraría la manera de enviar un mensaje a Daveed. Quería preguntarle por

qué no le había escrito, por qué no había contestado a sus cartas.

No vio una sombra saliendo de una puerta, ni oyó sus sigilosos movimientos. No se dio cuenta de que no estaba sola en el pasillo hasta que era demasiado tarde, porque una mano enorme le había tapado la boca. Intentó gritar, pero la mano le apretaba la boca, y un fuerte brazo la sujetó por la cintura cortándole la respiración. El secuestrador la levantó del suelo y Lea pateó. Vio a otro hombre e intentó darle una patada.

Vio acercarse un puño, sintió un golpe escalofriante, y la oscuridad la engulló.

Al amanecer, los gritos de que se había producido un secuestro despertaron a todos los habitantes de la Casa de Oro.

El rey estaba muy alterado, y cuando Daveed se enteró de las noticias, cuando le contaron quiénes eran los secuestrados —Lea y dos principitos—, supo en el acto que había sido obra de los egipcios.

Pero era evidente que lo habían tenido demasiado fácil. Habían elegido demasiado bien el momento y habían podido acceder a sus objetivos sin cometer ni un error. Nadie se había enterado del terrible delito hasta que los esclavos encontraron las camas vacías.

Sabía quién estaba detrás de todo aquello.

—¿Dónde está? —gritó entrando en los aposentos de Yehuda, la misma habitación en la que había hablado con el viejo rab—. ¿Dónde se la han llevado?

Yehuda no levantó la cabeza de su desayuno, a base de gachas de avena con miel, pan y leche de cabra.

—¿Qué te hace pensar que lo sé?

Daveed pegó un puñetazo en la mesa. Los platos tintinearón.

—¡Sabes todo lo que pasa en esta ciudad! ¿Dónde está?

Yehuda, muy tranquilo, dio un trago de leche y se pasó una servilleta por los labios. Alzó la cabeza hacia Daveed.

—Se la han llevado al sur, al campamento del faraón, en la meseta de Har Meguidó. Pero —añadió inmediatamente— te aconsejo que no vayas tras ella. El rey ha ordenado que todos los hombres de Ugarit de más de doce años y en buenas condiciones físicas se unan al ejército. A partir de ahora mismo nadie puede salir de la ciudad. Todo el que salga será ejecutado por desertor.

Daveed dio media vuelta y salió hecho una furia. Yehuda sabía que no haría caso de su consejo, que iría a buscar a Lea. Sonrió y siguió desayunando.

En el mercado de caballos, al otro lado de las murallas de la ciudad, compraron dos rápidas yeguas y dos animales de carga.

—Amo, si nos vamos, el rey nos perseguirá y nos cortará la cabeza por desertores —protestó Nobu—. Y si no lo hace, nunca podremos volver a Ugarit. Piensa bien lo que estás haciendo.

Daveed no le contestó. Siguió cargando a toda prisa sus cosas en un caballo, se quitó el oro y las piedras preciosas de las manos y de la frente, se quitó también el anillo de cornalina y escondió las joyas en un saco que contenía pan, frutos secos y pescado salado.

Nobu lo intentó con otro argumento.

—Amo, tengo que confesarte que estoy enamorado de la hermana de Lea, Ester. Si los dos vamos al sur, las dejamos sin nadie que las proteja.

—Pues ¡quédate! —le gritó Daveed—. ¡Yo voy a buscar a Lea!

Se quitó la elegante capa de angora, la metió debajo de la manta que utilizaría como esterilla para dormir, se puso otra capa tosca, de color marrón, que había comprado en el mercado para no parecer un hombre rico, y se montó en el caballo.

Nobu miró su montura. La última vez que había cabalgado había sido hacía seis años, cuando se habían trasladado de Lagash a Ugarit. Subió al caballo a regañadientes. Nada más nacer lo habían entregado a la casa real de Lagash, a la que desde entonces había servido lealmente. Ahora no podía hacer otra cosa. Rezó para sus adentros una oración a todos los dioses a los que pudo recordar, incluidos los que no tenían nombre, les rogó que protegieran a Ester y a su familia, agarró las riendas y suplicó no partirse el cuello antes de que hubieran vuelto a Ugarit.

Ante la atenta mirada de Yehuda, tres escribas inspeccionaron de arriba abajo la habitación de Daveed y destrozaron sistemáticamente todas y cada una de las tablillas que encontraron escritas en su nuevo código.

—Ya está, rabí —dijeron—. Hemos buscado por todas partes. No hay más tablillas. Esa escritura herética ha dejado de existir.

Yehuda sonrió. Daveed moriría intentando rescatar a Lea, y su adorado nuevo código moriría con él.

Abigaíl observaba la carretera principal desde el final del camino. El frío viento le golpeaba la capa. Empezaron a caer gotas de lluvia heladas.

Contemplaba como Daveed y Nobu se alejaban a caballo de la ciudad, en dirección al sur.

Habían pasado por su casa para informarles de que iban a buscar a Lea. Daveed había dado a Abigaíl una pulsera de oro y le había dicho: «Ojalá pudiera darle algo más, mi querida señora, pero quizá lo necesite para pagar el rescate de Lea. —Volvió a montar en su caballo y añadió—: Rezad por nosotros. Volveremos».

Para sorpresa de la mujer, Nobu, el del cuello de tortuga, que llevaba colgado a la espalda su habitual maletín de barbero, gritó: «¡Dígale a Ester que no se preocupe!». Luego azuzaron a los caballos y desaparecieron al galope por la carretera que se dirigía al sur.

Abigaíl contemplaba la carretera, que iba sumiéndose en la oscuridad. ¿Qué pasaría si no encontraban a Lea? ¿Qué pasaría si su nieta no volvía? Ahora estaba sola, con Ana, Ester, Saloma y los dos niños. Sola e indefensa ante la amenaza de que los subastaran como esclavos.

Capítulo 12

—No soy una niñera —volvió a protestar Lea—. No tengo nada que ver en esto. Deja que me vaya, por favor.

Pero el soldado egipcio siguió pasando vasos de agua y cuencos de gachas con miel a los pasajeros del carromato sin dignarse a contestarle. Lea cogió la comida, se la pasó a sus compañeras y vio a la luz del amanecer a un grupo de mujeres y niños desharrapados metiéndose en la carretera y acercándose al soldado. Eran cada vez más numerosos, refugiados huyendo del avance del ejército del faraón. Lea sintió lástima. Eran víctimas de la guerra, que habían perdido a sus hombres y sus hogares, y no tenían adónde ir. Una mujer pidió comida, pero otro soldado la atacó con el látigo y la apartó.

Los soldados cerraron la puerta trasera del carromato y dejaron a Lea y a las asustadas nodrizas medio a oscuras, preocupadas por su destino.

Llevaban diez largos días metidas en aquel carromato que se balanceaba y daba botes, y que solo se detenía para que las mujeres hicieran sus necesidades en algún rincón del camino. Después del espantoso secuestro, la huida del palacio había sido rápida, porque los carromatos y el contingente de guardias salieron disparados por la carretera del sur para estar muy lejos de Ugarit al amanecer. Las mujeres sabían que para cuando se descubriera su ausencia, los soldados del rey Salomón ya no podrían alcanzarlos. Y una vez atravesadas las montañas, había varias carreteras. Los que hubieran salido en su busca no sabrían cuál de ellas habían tomado los secuestradores.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó una nodriza con el cuenco de gachas intacto sobre sus rodillas.

Tenía profundas ojeras y había perdido peso.

—Lo sabremos cuando llegemos —dijo otra, que estaba dando de comer a uno de los niños de su propio cuenco—. Pero no van a matarnos. Nos necesitan para que cuidemos a los príncipes. Si los niños mueren, el faraón se quedará sin rehenes con los que chantajear a nuestro rey. Que los dioses nos acompañen.

—Los egipcios se comen a los niños. Todo el mundo lo sabe —murmuró la primera nodriza bajando la cabeza.

Lea se acercó y le acarició la mano.

—No te preocupes. Los egipcios te tratarán bien. Reza a Asera y no tengas miedo.

Pero incluso ella tenía miedo mientras lo decía. Aunque había protestado y había dicho a los guardias que se habían equivocado, sabía por qué la habían secuestrado. Era importante para el rey, y sin duda el faraón la mantendría como rehén para que Egipto ocupara Ugarit sin apenas resistencia.

Buscaba la menor ocasión para escaparse, y ya lo había intentado tres veces, pero en cada ocasión la habían pillado enseguida y la habían vuelto a meter en el carromato. No sabía cómo conseguiría volver a Ugarit, pero tenía que intentarlo. Si se convertía en prisionera del faraón Tutmosis, quizá nunca volviera a ver a su familia y a Daveed. Pero los guardias no le quitaban ojo de encima, y cuando la dejaban salir del carromato para que diera cuenta de sus necesidades naturales, le sujetaban el tobillo con una cuerda que ataban al carromato.

¿Cuándo llegarían a su destino? Levantó la solapa de piel que cubría la pequeña ventana del carromato y vio que ya no atravesaban bosques ni montañas, sino una llanura. De pronto notó que el vehículo reducía la velocidad. Oyó voces y ruidos diversos. El carromato se detuvo y la puerta trasera se abrió.

Lea y las nodrizas bajaron y se quedaron boquiabiertas.

La meseta entre dos cordilleras estaba cubierta, hasta donde le alcanzaba la vista, por un enorme, ruidoso, confuso e impresionante campamento de tiendas, hombres y animales. Había soldados por todas partes. El humo era tan denso que la luz del sol del mediodía apenas lo atravesaba. Su carromato se había detenido entre corrales con cientos de yeguas y sementales. Cerca había una multitud de camellos atados, y detrás, hileras de carros preparados para la guerra. Las tropas egipcias, los aurigas y los adiestradores de animales pululaban haciendo tanto ruido que Lea sentía deseos de taparse los oídos.

Se le heló la sangre. Los rumores eran ciertos: el ejército egipcio era el mayor que se había visto jamás.

Lea vio que se llevaban a las nodrizas, con los dos príncipes en brazos. Un guardia se acercó a ella, un oficial, pensó Lea al ver la coraza y el yelmo. Le dijo algo en egipcio, se dio media vuelta y se abrió paso entre tiendas y fogatas. Lea supuso que tenía que seguirlo.

Miraba a su alrededor sorprendida. La meseta junto a la ciudad de Meguidó era un imponente mar de tiendas y chozas, cobertizos y refugios improvisados, todos ellos con una hoguera que lanzaba humo al cielo. En el

denso aire oía risas y gritos, llantos, música, rebuznos y el sonido metálico de los herreros forjando armas. Vio a hombres haciendo arcos y flechas, a carniceros matando animales y a mujeres transportando jarras de agua en la cabeza. Lea pensó que era como una pequeña ciudad. Había ropa secándose en arbustos y rocas. Como estaban preparando cientos de comidas, los diversos olores impregnaban el aire. Vio a soldados desfilando, a jinetes adiestrando caballos y a hombres arreglando carros. Una ciudad militar. Pero más allá, al otro lado de un arroyo, se extendía hasta la ladera de la montaña otro campamento, todavía más grande, en el que vio a niños, viejos y mujeres removiendo cacerolas al fuego. Los prisioneros, pensó, porque había oído hablar de las redadas a refugiados y habitantes del desierto, todos ellos sin hogar. Decían que los llevaban a Egipto para que trabajaran en los nuevos monumentos del faraón.

El oficial la llevó a una tienda más grande que las demás, de deslumbrante tela azul y rodeada de guardias armados hasta los dientes.

El oficial le indicó que esperara, le gritó una orden y levantó la mano.

—No entiendo tu lengua —le dijo Lea.

El oficial se acercó a ella y tiró de la correa de la bolsa que llevaba colgada de un hombro, cruzada sobre el pecho. Por un segundo Lea pensó en protestar, pero se dio cuenta de que al hombre no le costaría nada quitársela, así que se soltó la bolsa, que contenía las tablillas y el amuleto de oro de la fertilidad, y se la tendió.

Entraron y Lea recorrió con la mirada el interior preguntándose si podría escapar de allí.

La tienda a la que la habían llevado era más grande que las demás, con espacio alrededor y vigilada por centinelas con armadura especial. ¿A qué importante cargo pertenecía?

—Bendita Asera, protégeme —susurró.

Daveed y Nobu cabalgaron día y noche durante diez días. Solo se detuvieron para dormir unas horas, comer algo y dejar descansar a los caballos. A medida que se acercaban a Har Meguidó se encontraban con más refugiados. Al pasar por un territorio llamado Galilea, vieron a familias enteras huyendo del ejército del faraón con todos sus bienes a cuestas. Luego Daveed y Nobu cruzaron un río y vieron humo de miles de fogatas, y ahora estaban sentados en una colina que daba a una meseta desde la que veían una imagen insólita. Toda Meguidó —cosmopolita, antigua, famosa y rica— estaba

en llamas. Soldados egipcios cruzaban las puertas de la ciudad con los botines que habían saqueado. Entre el humo, Daveed vio cómo expoliaban la noble Meguidó. Bulliciosos soldados se llevaban bonitos caballos, estatuas de oro y a mujeres al hombro, como si fueran sacos de trigo.

—Amo —dijo Nobu—, esto no va bien. Todas las rutas comerciales del mundo pasan por aquí, y ahora está en manos de Egipto.

Daveed no dijo nada. Pensaba que Ugarit, que también era núcleo de importantes rutas comerciales, era como aquella ciudad conquistada, con la diferencia de que Ugarit contaba además con un puerto de primer orden. La ciudad al norte era mucho más apetecible. El faraón Tutmosis no iba a detenerse allí.

Nobu, cada vez más asustado, pensaba lo mismo. Estaba muy preocupado por Ester. No había pensado en otra cosa desde que se había puesto en camino hacia Meguidó. *¿Estaba bien o la había vendido Zira como esclava? Cuando volvamos, iré directamente a ver a Ester, y si no está, la buscaré... hasta el fin del mundo, si es preciso.*

Bajaron la colina hasta el extremo oeste del enorme campamento, donde los hombres se ocupaban de las ovejas y las cabras de los corrales. Daveed y Nobu desmontaron y se pusieron ropa elegante. Daveed volvió a colocarse en el dedo su anillo real.

—Tenemos que encontrar a Lea —dijo preguntándose por dónde empezar a buscar en aquel caos y entre aquella aglomeración de gente—. No puede estar lejos. Habrá llegado ayer o esta mañana.

Mientras cruzaban el campamento, con las riendas de los caballos en la mano, observaron a gente de diferentes culturas, oyeron muchas lenguas y vieron ropas extrañas, lo que daba testimonio de la amplia red del faraón.

—Tenemos que encontrar el campamento del rey —dijo Nobu mirando a un lado y a otro cada vez más consternado.

¿Cómo pretendía el faraón controlar aquella multitud inconexa y desorganizada? ¿Cómo vamos a encontrar a Lea? Podemos tardar días, semanas. Y la pobre Ester sufriendo la infamia de que la vendan como esclava...

—Por aquí —dijo Daveed señalando un arroyo—. Aquello debe de ser el campamento militar. Estos son los prisioneros del faraón.

Se dirigieron hacia el embarrado arroyo.

—Allí hay un oficial —dijo Daveed señalando a un soldado que daba instrucciones a los centinelas.

El soldado llevaba una cota de malla de cobre y un bastón forrado con una cola de caballo. Sin duda era un hombre de alto rango.

Daveed y Nobu llevaban diez días comentando cómo iban a rescatar a Lea. Al principio pensaron que sería sencillo, que bastaría con descubrir dónde estaba, entrar sigilosamente por la noche, cogerla y salir corriendo, pero la fantasía había durado poco. A medida que se encontraban con fugitivos que les hablaban de las dimensiones del ejército del faraón, Daveed se daba cuenta de que Nobu y él habían salido de Ugarit con una idea de lo más ingenua.

Tendrían que recurrir a otro plan.

—¡Eh, tú! —dijo al hombre en la lengua del valle del Nilo—. ¡Capitán! Quiero hablar contigo un momento.

El oficial miró a los dos extranjeros con desconfianza, pero al ver sus caballos —que solo podían permitirse los ricos— y su ropa elegante, el oro y las joyas, pero sobre todo el porte orgulloso del más joven, su tono de autoridad y confianza, llegó a la conclusión de que merecía la pena dedicarles su atención.

—Quisiera hablar con tu superior de un asunto urgente de diplomacia internacional.

El capitán, un ignorante sin educación que lo único que sabía hacer era entrenar a soldados para la guerra, no entendió lo que Daveed le decía.

Daveed extendió la mano y le mostró su anillo.

—Es el sello de la casa real de Lagash. Soy príncipe de esa ciudad y te pido que me lleves ante tu rey, el grande y venerado faraón Tutmosis.

Ahora sí que lo entendió. El capitán miró a los extranjeros un instante y soltó una carcajada.

—¡Dos papanatas de Lagash que se creen que su culo es mejor que el de los demás! —Se golpeó la cota de malla y siguió diciendo—: Soy el jefe supremo de los centinelas del rey, y ni siquiera yo puedo obtener audiencia con el sagrado y eterno Tutmosis, hijo de los dioses y gloria del sol. —Escupió al suelo y se pasó una mano por la boca—. Vais a tener una audiencia con los barrotes de una jaula, y por la mañana os entregaré a mis hombres para que hagan prácticas de puntería.

Hizo una seña a dos fornidos soldados, que se acercaron con lanzas en la mano. Nobu gritó indignado, pero Daveed se mantuvo firme.

—Capitán, acaban de llegar rehenes, ¿verdad? De Ugarit, ¿verdad? Me envía el rey de esa ciudad para negociar un acuerdo con tu faraón respecto de

esos rehenes.

El capitán dejó de reírse y miró con atención al extranjero. Sin duda era noble, y un hombre rico. También educado, porque hablaba egipcio perfectamente.

—Harías bien haciéndome caso —añadió Daveed.

—Amo —dijo Nobu muy nervioso—, no tienes autoridad para hablar en nombre del rey Salomón. Nos cortará la cabeza.

—Cierra la boca —le contestó Daveed, aunque estaba seguro de que el capitán no entendía el cananeo.

Daveed sabía que era una jugada peligrosa. Si descubrían su engaño, los ejecutarían a los dos, pero si la estratagema funcionaba y conseguía recuperar a Lea sana y salva, Salomón no solo no se enfadaría, sino que lo recompensaría.

—Tengo que hablar con mi superior —dijo por fin el capitán.

Lea no sabía cuánto tiempo había pasado desde que la guardia real la había llevado a aquella impresionante tienda azul. El sol se había puesto detrás de las montañas, y por todo el campamento brillaban antorchas. Pensó en intentar escapar, pero había demasiados soldados, todos ellos armados, y algunos a caballo. No llegaría muy lejos.

Por fin salió un hombre de la tienda. Su larga túnica de lino, su peluca negra y sus ojos pintados de color verde le recordaron al médico egipcio con el que había hablado hacía seis años en la Casa de Oro. Impresionaba, con su largo bastón de ébano y oro y su collar de lapislázuli alrededor del cuello. La sorprendió dirigiéndose a ella en perfecto cananeo.

—Da las gracias a los dioses y humíllate ante el que cuida la sangre y el aliento de Su Majestad, el que preserva los intestinos de Su Majestad, el que protege la digestión y el estado general de Su Majestad. Muestra humildad ante el médico más importante de Egipto, mano derecha de Su Majestad, el honorable Reshef. Da las gracias a los dioses.

Apareció otro hombre alto y delgado, también con peluca negra y con una larga túnica blanca de lino. Llevaba los ojos pintados de azul, y los gruesos labios de rojo. Llamaba la atención su enorme nariz aguileña.

El médico jefe se colocó delante de Lea e hizo algo extraño. Levantó rápidamente la mano hasta su cara, con la palma hacia fuera, y susurró algo en egipcio. Bajó la mano e hizo una pregunta, que el ayudante tradujo al cananeo para Lea.

—¿Eres la encantadora de demonios?

—Así me llaman, señor, pero no soy encantadora de demonios —le contestó suponiendo que alguno de los exploradores con los que sus secuestradores se habían cruzado en el camino debía de haber vuelto al campamento e informado al médico Reshef sobre su valiosa rehén—. Curé al rey Salomón con un remedio de Jericó. No tengo ningún valor para usted, señor.

El médico no se lo creyó.

—El tema no es si espantas o no a los demonios. Lo valioso para mi faraón es el hecho de que tu rey crea que vive gracias a ti. Serás nuestra prisionera hasta que se negocie la paz con Ugarit.

—¿Cuándo se negociará?

—No sabría decírtelo. Pueden ser meses, y pueden ser años. O quizá todo esto acabe en una guerra y nunca vuelvas a tu ciudad. Depende de tu rey.

Chasqueó los dedos y apareció un guardia con la bolsa de Lea, que tendió a Reshef.

El médico jefe la abrió y sacó las tablillas.

—¿Qué son? —le preguntó por medio del intérprete.

—Una es un poema, señor. Otra es un remedio para curar la enfermedad del demonio que aprieta la tráquea. Y la otra es una receta a base de valeriana, pero está escrita en una lengua antigua y no he sabido traducirla.

—¿Eres curandera?

—No, señor. En Ugarit las mujeres no podemos practicar la medicina.

Arqueó las cejas, que también llevaba pintadas.

—Entonces, como siempre he oído decir, tu pueblo está realmente atrasado —dijo el médico jefe—. En Egipto hay muchas mujeres médicos, y algunas son profesoras en la Casa de la Vida. Llevas otras tablillas en la bolsa. Dime qué son.

Reshef sabía leer y escribir, pero solo en su lengua y en jeroglíficos. Aun así, había visto la suficiente correspondencia de países extranjeros como para reconocer el antiguo sumerio de la tablilla sobre la valeriana. Pero las dieciocho tablillas que había en la bolsa estaban escritas en símbolos que nunca había visto.

—¿Qué lengua es?

—Ugarítico —le contestó. Al ver que fruncía el ceño, añadió—: Es una escritura nueva.

Los ojos oscuros del médico, bajo sus gruesas cejas negras, la miraron

atentamente.

—¿Una escritura secreta?

A Lea le dio un vuelco el corazón. El tono del médico era escalofriante, y de repente recordó que estaba prisionera en un campamento militar.

Antes de que hubiera podido contestar, les interrumpió un mensajero que tenía que hablar urgentemente con Reshef. El médico le dio una orden, y el mensajero se marchó. Luego se dirigió al intérprete, que le dijo a Lea:

—Acaban de informarnos de que ha llegado un representante del rey Salomón para negociar tu rescate.

Lea siguió al médico y al intérprete hasta un palanquín. Le sorprendía que Salomón hubiera enviado tan pronto a alguien a buscarla y se preguntaba quién sería.

Reshef avanzaba en el palanquín, con Lea y el intérprete andando a su lado. Frente a ellos, las llamas de Megidó teñían el cielo de escarlata. Aunque Lea no veía a los muertos tirados por los campos de los alrededores, le llegaba el olor a cuerpos en descomposición y se preguntaba si no permitían que las familias enterraran a sus seres queridos.

Pasó por casas de campo destruidas por el fuego y por ruinas silenciosas envueltas en humo. Así quedará la casa de mi padre, pensó Lea imaginándose su hogar después de que el faraón les invadiera. ¿Dónde habían ido los habitantes de aquella casa? Se estremeció solo de pensarlo.

Atravesaron las murallas de la ciudad y se introdujeron por calles llenas de escombros y cadáveres que todavía no habían recogido. De casas a oscuras llegaba el sonido de lamentaciones y rezos desesperados. Lea se preguntaba a quién había enviado Salomón para que negociara su liberación, y si tendría éxito. ¿Pediría el faraón Tutmosis que Ugarit se rindiera totalmente antes de devolver a la encantadora de demonios de Salomón? ¿Y aceptaría Salomón unas condiciones tan drásticas? ¿Qué pasaría si anteponía la salvación de Ugarit y decidía no capitular y enfrentarse a Egipto? ¿Sería Lea prisionera de Tutmosis para siempre?

Bendita Asera, no permitas que me ejecuten para dar ejemplo.

Los esclavos bajaron el palanquín de Reshef frente a la escalera del palacio, donde las destrozadas estatuas de los dioses y los reyes de Megidó, esparcidas por el suelo, daban testimonio de que Egipto los había conquistado. El médico subió la escalera en dirección a una enorme puerta de cedro con incrustaciones de marfil y de bronce. Estaba abierta, con soldados egipcios

haciendo guardia. Mientras Reshef la conducía a una puerta lisa de madera, que un guardia abrió en cuanto se acercaron, Lea se preguntó dónde estaba el rey de Meguido. ¿Habría escapado después de que el rey de Qadesh hubiera saltado por la muralla norte y hubiera huido para salvarse, como decían? No había duda de que los príncipes que hubiera dejado atrás ahora eran prisioneros del faraón.

Recorrieron fríos pasillos de piedra iluminados por candelabros. Al bajar una escalera y pasar ante puertas cerradas desde las que llegaban voces de hombres gritando, llorando y suplicando que los soltaran, Lea entendió que estaban en la cárcel de la ciudad. Tuvo un mal presentimiento y se le erizó la piel. No tenía duda de que las negociaciones diplomáticas se llevaban a cabo en la sala del trono, no en las mazmorras.

Entraron en una gran sala subterránea de paredes húmedas y mohosas. Lea vio cadenas, grilletes e instrumentos de tortura. Pobres desdichados, agachados en jaulas muy pequeñas para ellos, apenas vivos, suplicaban que les dieran agua. Había prisioneros tirados por el suelo, inconscientes y gimiendo, algunos sin manos, otros sin pies, cuyos brazos y piernas acababan en muñones cubiertos de una sustancia negra.

Los soldados egipcios levantaban la mirada al ver llegar a Reshef. Lea miró a su alrededor aterrorizada. ¿Dónde estaba el embajador de Salomón? ¿Por qué la habían llevado a aquel espantoso lugar?

De repente un hombre se acercó a una zona iluminada. Lea parpadeó. Era alto y ancho de hombros. La túnica le dejaba al descubierto el brazo izquierdo, y una elegante capa azul le colgaba hasta las pantorrillas. Cuando vio su largo pelo negro y su barba recortada, gritó «¡Daveed!», y corrió hacia él.

Daveed la estrechó entre sus brazos y la besó.

—Lea, mi Lea, agradezco a Shubat que estés bien.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Reshef en egipcio.

El intérprete repitió la pregunta en cananeo.

—Vuestra rehén es mi mujer —contestó Daveed en cananeo.

El intérprete tradujo su respuesta. Lea se preguntó por qué Daveed hablaba en cananeo cuando sabía hablar la lengua de Reshef, pero enseguida entendió que mantenerlo en secreto podría darle ventaja.

—Aseguras ser príncipe de Lagash y representante del rey Salomón de Ugarit. ¿Es eso cierto?

—Sí —le contestó Daveed extendiendo la mano para mostrar a Reshef el anillo de cornalina con los ángeles alados grabados en la piedra—. Mi mujer,

Lea, es descendiente de Ozedia, un rey muy querido de Ugarit.

Como Daveed no estaba acostumbrado a mentir, observó al médico para comprobar si había sido convincente.

—¿Y eres escriba? —preguntó el médico señalando el maletín junto a Nobu, que, muy pálido, temblaba entre dos guardias.

—Sí.

—Entonces estás al corriente de los planes militares de tu soberano, así que nos los contarás ahora mismo.

Dos guardias agarraron a Daveed por los brazos y lo llevaron ante una tabla llena de sangre. Lea vio horrorizada cómo le colocaban la mano derecha encima de la tabla. El médico Reshef se situó junto a un cubo que contenía brea fundida. Lea se daba cuenta ahora de que aquella era la sustancia negra que cubría los miembros amputados de los desdichados prisioneros.

—Tenemos noticias de una fábrica en la que se funde mineral de hierro. ¿Cuántas armas han fabricado hasta ahora?

Reshef preguntaba por medio de su ayudante, que traducía al cananeo para Daveed. Los guardias sujetaban a Daveed por los brazos y le ataban la mano derecha a la madera sangrienta. Otro guardia mantenía en alto un hacha, lista para dejarla caer sobre la muñeca.

—No lo hagáis, por favor —suplicó Lea—. Él no sabe nada.

El intérprete no se molestó en traducir los ruegos de la chica a Reshef, que siguió preguntando.

—¿Con qué reyes ha firmado pactos Salomón? ¿Son pactos para la guerra? ¿Planea la alianza lanzar un ataque contra las fuerzas egipcias?

Hizo una pausa y observó el rostro de Daveed. De pronto le tendió una tablilla de Lea.

—¿Qué es este código secreto? ¿Para quién era este mensaje? Lo llevaba tu mujer. ¿Hay un espía cananeo entre los consejeros del faraón?

—Señor, no es un código secreto —dijo Lea—. Se lo puedo demostrar.

El médico hizo un gesto con la mano.

—No me importa cómo escriben los demás, porque la escritura egipcia es la mejor. Por eso llamamos a nuestros sagrados jeroglíficos «la palabra de los dioses». —Se volvió hacia Daveed, que seguía inmóvil y en silencio—. Háblame de los planes militares de Salomón.

Lea miraba impotente, intentando pensar en algo que decir para salvar a Daveed de la tortura, cuando de pronto le invadió la sensación de que los estaban observando. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se giró muy

despacio y dirigió la mirada hacia una parte de la mazmorra que estaba a oscuras. Había alguien allí. Alguien al acecho, observando. Alguien malvado.

Sus ojos recorrieron la oscuridad hasta que vislumbró algo. Un grotesco hombrecillo cuyos ojos brillantes observaban con gran interés. No estaba segura de que fuese humano. Recordó un episodio de su niñez, en el mercado. Una multitud se había congregado alrededor de una atracción. Un barco extranjero había llegado al puerto con un cargamento de extraños y exóticos animales de África. Una criatura de largo cuello a la que llamaban jirafa, un par de leones, un caballo a rayas blancas y negras, y un ser deforme y achaparrado que andaba a dos patas y cubierto de pelo de la cabeza a los pies. El comerciante lo llamó chimpancé.

Apartó la mirada, pero dio un respingo, asustada. Miró a Reshef, escuchó sus preguntas y vio que Daveed se mantenía estoicamente en silencio. Pero no podía dejar de pensar en la deforme criatura. No pudo evitar volver de nuevo la cabeza y echar un vistazo. Recorrió con los ojos la oscuridad, pero la grotesca figura había desaparecido.

—¿Con cuántos hombres cuenta el ejército del rey Salomón? —volvió a presionar Reshef.

Daveed siguió sin contestar. El médico hizo una seña al soldado que sujetaba el hacha, que la aferró con fuerza.

—Volveré a preguntártelo —dijo Reshef a Daveed—. Si no me contestas, perderás la mano.

—Nunca traicionaré un secreto —dijo por fin Daveed—, porque lo prometí ante mi dios personal cuando me convertí en escriba en Lagash. Daría mi vida antes de traicionar esa promesa.

—Muy bien —contestó Reshef haciendo un gesto al soldado del hacha—. Veremos lo bien que te va la vida de escriba con una sola mano.

—¡Espere! —gritó Lea—. Yo puedo decirle lo que quiere saber, señor.

—¡No, Lea!

—Daveed, yo no he hecho ninguna promesa.

—Lea, no sacrifiques tu ciudad y a tu gente por salvarme a mí.

Reshef hizo una seña, y el hacha empezó a descender. Lea corrió hacia el soldado y le agarró del brazo. Otro soldado dio un salto adelante y golpeó a Lea en el omoplato con la parte posterior de la lanza. Lea salió despedida hacia el suelo viscoso y maloliente.

—Señor —dijo Daveed—, le suplico que la deje marchar. Soy un rehén más valioso que ella. Mi padre es el rey de Lagash. El faraón no necesita a

esta mujer. Puede tenerme a mí en su lugar. Y estoy dispuesto a quedarme a cambio de la libertad de esta mujer. No tendrá que temer que intente escapar.

—¡Le diré lo que quiere saber! —exclamó Lea a los pies del médico—. ¡He pasado cuatro años con el rey Salomón!

Reshef dudó y lanzó a Lea una mirada terrible.

—No se lo crea, señor —intervino rápidamente Daveed—. No es más que una mujer. Todo el mundo sabe que los egipcios conceden demasiado poder a sus mujeres. Incluso les permiten heredar propiedades, dirigir negocios, leer y escribir. Permitieron a su última reina, a la que hace poco se llevaron los dioses, autoproclamarse rey. Los cananeos no son tan permisivos. El rey Salomón jamás habría comentado un asunto importante delante de esta mujer.

El médico lanzó a Daveed una mirada desconfiada.

—Sospecho que no estás diciéndome la verdad. Dime la verdad ahora mismo, príncipe de Lagash, y no te cortaré la mano. Cuéntame los planes militares de Salomón.

La frente de Daveed se cubrió de sudor y su rostro perdió el color.

—No puedo —le contestó.

—Muy bien —dijo Reshef—, que los dioses se apiaden de ti.

Dio la señal y el hacha descendió. Daveed respiró hondo y Lea gritó. Pero el filo se detuvo en la muñeca. Daveed y Lea se miraron perplejos. De pronto, de la oscuridad surgió un hombre vestido con una túnica blanca y con una piel de leopardo sobre los hombros. Llevaba en la mano una gran pluma de garza, que introdujo en tinta roja. Luego trazó una línea en la muñeca de Daveed murmurando un conjuro.

—Es la Pluma de la Verdad —dijo Reshef en voz alta—. Con esta pluma arrancamos la mano a las falacias. Cortamos la mano a las mentiras. Amputamos la mano a las falsedades. ¡Mira, el gran dios Tutmosis te corta la mano! ¡Mira, el gran dios Tutmosis te devuelve la mano!

Los dos guardias soltaron a Daveed, al que se le doblaron las rodillas. Lea corrió hacia él y lo sujetó para que no se cayera. Daveed se apoyó en la tabla para recuperar la respiración.

—¡Gracias, Shubat! —exclamó Nobu sin poder contener las lágrimas.

—Todo el mundo sabe que los cananeos no se bañan —dijo Reshef arrugando la nariz—. Sería una abominación llevar a estas criaturas nauseabundas ante mi rey.

—Hemos pasado diez días cabalgando —gimió Nobu—. Pase usted tanto

tiempo cabalgando y verá si huele a rosas.

—¡Nobu! —dijo Daveed en voz baja.

Pero Reshef no le había prestado atención.

—Preparadlos para Su Majestad —dijo a los guardias.

Se los llevaron a los tres.

Lea, aturdida, permitió que dos soldados la sujetaran por los fríos y húmedos pasillos. Daveed y Nobu iban detrás con un vigilante. Subieron una escalera, cruzaron una puerta y Lea vio que estaban en el palacio, en una sala bien iluminada, con columnas a los lados. Cortesanos y esclavos corrían de un lado a otro, y soldados y guardias murmuraban entre sí. Recordó que Meguidó era ahora el cuartel general del rey que la había conquistado.

Sus guardias se detuvieron ante una puerta con dibujos de oro incrustados y la golpearon con el puño. La puerta se abrió y unas mujeres, que parecían estar esperándola, la metieron en la sala. Sabía dónde estaba. El aire perfumado, las voces femeninas, las columnas de oro, las sillas de mármol, los sillones, las cortinas de lino, las risas de niños... Estaba en el harén.

Estaba lleno de mujeres. Se preguntó dónde dormían todas aquellas mujeres, cómo se las arreglaban para comer, y a medida que se le aclaraban las ideas y se desvanecía el terrible miedo que había pasado en la mazmorra, empezó a observar que muchas chicas lloraban, otras tenían el ceño fruncido, algunas daban órdenes, incluso varias se peleaban junto a una fuente de la que brotaba una bruma perfumada. Había mujeres de todas las edades y razas, delgadas y rollizas, vestidas y peinadas de mil maneras diferentes. Mientras la llevaban a una bañera y le quitaban la ropa, Lea pensó que muchas de aquellas mujeres debían de ser prisioneras del faraón, y otras eran seguramente las mujeres y las concubinas del rey de Meguidó.

Intentaba imaginarse el caos que debía de reinar en aquellas circunstancias, el odio, el rencor y las envidias. Lea sabía que en los harenes había jerarquías, que entre aquellas paredes apartadas del mundo imperaba un orden establecido hacía mucho tiempo, y suponía que las recién llegadas, que contaban con sus propios órdenes jerárquicos, alteraban aquel mundo perfectamente estructurado.

Lea se concentró para no escuchar el ruido, cerró los ojos para no ver aquel caos de mujeres y dejó que la bañaran, la perfumaran, la embadurnaran de aceite, la vistieran con una elegante túnica de lino y le pusieran un collar y pulseras de oro egipcias. No sabía de quién eran, pero no le importaba. Solo quería volver a estar con Daveed y encontrar la manera de acabar con aquella

pesadilla.

Cuando estuvo lista, los eunucos que vigilaban la puerta principal —dos obesos cananeos, barrigudos y con grandes pechos llenos de aceite, perfumados como las mujeres a las que vigilaban— abrieron la puerta. Al otro lado la esperaba Reshef. Daveed y Nobu estaban al lado del médico, con el pelo limpio y arreglado, con el cuerpo desprendiendo un suave aroma a jabón y con túnicas bordadas típicas de los cananeos de Meguidó. Lea miró nerviosa a Daveed.

—¿Estás bien?

Pero el que le contestó fue Nobu.

—¡Querían peinar a mi amo, pero todo el mundo sabe que los egipcios se afeitan la cabeza y llevan peluca! Sus barberos solo saben arañar mandíbulas y cráneos lisos. No permitiría que tocaran a mi amo.

—Nobu —dijo Daveed soltando un suspiro—, como sigas yéndote de la lengua, perderemos todos la cabeza. Mantén la boca cerrada cuando nos lleven ante el faraón.

Como Lea formaba parte de la corte de Salomón, y en los últimos cuatro años había estado en muchas salas del trono, sabía que los reyes solo recibían a miembros de la realeza y de la nobleza. Les habían concedido audiencia porque Daveed era de sangre real, y Lea era descendiente del famoso Ozedia. ¿Qué pasaría si descubrían su verdadero linaje, si se enteraban de que no era descendiente de Ozedia, sino de una habiru? Nos cortarían la cabeza, y esta vez no pintarían una línea roja simbólica.

Como en el harén —Lea suponía que como en todo el palacio y en toda la ciudad—, en la sala del trono reinaba el caos. Representantes sumisos de ciudades y provincias cercanas se empujaban para llamar la atención del conquistador, impacientes por inclinarse ante él. Cortesanos que parecían importantes iban de un lado a otro con pergaminos y tablillas. Un grupo de generales discutían entre sí. Y había también prisioneros de guerra, desnudos, de rodillas, con las manos sujetas a la espalda y los tobillos atados.

Daveed y Lea vieron las estatuas que sustituían a los dioses de Meguidó, en pedestales y con incienso ardiendo a sus pies. Eran dioses con cabeza de chacal, de gato y de escarabajo, un hipopótamo andando a dos patas, una mujer con el pecho desnudo y con cuernos de vaca que le brotaban de la cabeza, halcones y buitres, monos y cocodrilos. Los tres forasteros de Ugarit sabían que aquella era solo la primera de muchas ciudades que caerían en manos de un hombre que aspiraba a conquistar Babilonia. Y la puerta a aquella

legendaria ciudad por el este era Ugarit. Tutmosis se sentaba ahora en el trono de Meguidó, pero el de Ugarit controlaba un puerto que recibía barcos de miles de ciudades, y en Ugarit tenían inicio carreteras que llevaban a ciudades tan lejanas como Mitani y Hatti, y al golfo en el que el poderoso Éufrates vertía sus aguas.

Es solo cuestión de tiempo que estos extraños dioses de Egipto sustituyan a Dagan, Baal y Asera, pensaron Daveed y Lea con temor.

El trono real de Meguidó estaba en un estrado de mármol al que se accedía por una escalera de mármol y oro. El trono era de ébano tallado y estaba decorado con tanto oro que casi anulaba la luz de las antorchas. Hombres muy elegantes —con las omnipresentes túnicas blancas de lino y las pelucas negras— flanqueaban el trono junto a militares con brillantes yelmos de bronce y armaduras. En la pared de detrás del trono se veían coloridas escenas de batallas y conquistas de antiguos reyes de Meguidó. Y en el trono, con las coronas del Alto y del Bajo Egipto en la cabeza, y el cayado y el mayal, símbolo de la realeza, en las manos cruzadas, estaba sentado el faraón Tutmosis, sucesor de la tristemente célebre Hatshepsut. Llevaba los brazos y los tobillos cargados de oro, y el cuello rodeado de oro y piedras preciosas. Su ropa era del más delicado lino y cubría su escuálido cuerpo casi con elegancia. Detrás de él, varios esclavos sostenían magníficos abanicos de plumas de avestruz.

Lea miró al faraón atónita. Él era la grotesca criatura que había observado el interrogatorio de Daveed en la mazmorra. Se quedó perpleja al ver que el hombre más poderoso del mundo era tan bajito. Apenas le llegaría a ella a los hombros. Además, era el hombre más feo que había visto nunca, incluso diría que repulsivo. La frente del faraón Tutmosis era tan estrecha que prácticamente ni se veía, cruzada por una pronunciada arruga, y tenía los ojos muy hundidos. Tenía la nariz pequeña, como si se la hubieran aplastado, y la mandíbula era desproporcionadamente grande respecto del cráneo. Por un momento se preguntó si era humano. De pronto aquella boca enorme se movió y el rey habló.

—Traedme a los representantes de Ugarit.

Lea volvió a presenciar aquel curioso gesto. Tutmosis alzó la mano a la altura de su cara, con la palma hacia fuera, y susurró palabras que nadie tradujo al cananeo.

Un cortesano con un largo bastón gritó:

—Inclinaos ante el señor de las dos tierras, el que domina el sol y el

viento, soberano de todo el mundo, rey del cielo y de la tierra, de radiante esplendor.

—Bajad los ojos —susurró Reshef a sus tres rehenes—. Está prohibido mirar a la cara al dios vivo de Egipto.

El faraón Tutmosis habló en egipcio, y el intérprete se dirigió a Daveed en cananeo.

—Príncipe Daveed de Lagash y Ugarit, has sido digno de la Pluma de la Verdad.

Lea pensó que la voz del faraón era sorprendentemente grave para alguien tan joven. Todo el mundo sabía que el faraón Tutmosis apenas tenía veintidós años.

—Nos has demostrado tu integridad, príncipe Daveed de Lagash y Ugarit. Nos satisface que estuvieras realmente dispuesto a dar tu vida antes que traicionar tu voto de confidencialidad. Por lo tanto, te consideraremos un amigo y escucharemos lo que tengas que decir en nombre de tu rey. Si tus términos son aceptables, redactaremos cartas y elegiremos a los mejores representantes para que os acompañen de vuelta a Ugarit. Deseo forjar una alianza pacífica con el rey Salomón.

—Majestad —dijo Daveed en cananeo—, mi soberano está deseando dialogar con el poderoso rey de Egipto. Está seguro de que es posible llegar a un acuerdo amistoso. Pero el rey Salomón tiene gran necesidad de su encantadora de demonios, de modo que estaría muy agradecido si Su Majestad, famosa por su gran compasión y benevolencia, permitiera que devolvieran a esta mujer a su presencia.

Los dos ojos hundidos bajo la gruesa arruga de la frente se clavaron en el rostro de Daveed como dos malvados alfilerazos. Lea no se fiaba del feo rey de Egipto, ni del médico Reshef. No se fiaba de nadie en aquella corte. Solo quería marcharse con Daveed y con Nobu lo antes posible.

—La solicitud es razonable —le contestó Tutmosis—. Debemos rezar y pedir a los dioses que nos guíen.

El faraón se calló un momento. De pronto señaló la daga que Daveed llevaba sujeta al brazo desnudo.

—¿Qué significa esa arma?

—Es un símbolo del pasado, Majestad —le contestó Daveed intentando alejarse lo menos posible de la verdad.

—¿No eres un guerrero?

—No lucho, Majestad.

Tutmosis giró la muñeca. Reshef y dos guardias se adelantaron y se colocaron al lado de Lea, Daveed y Nobu.

—No es necesario que traduzcas lo que voy a decir —dijo el faraón al intérprete.

El hombre asintió y se quedó en silencio mientras Tutmosis se dirigía a Reshef.

Cuando el faraón terminó de hablar, Reshef se inclinó, indicó a Daveed, Lea y Nobu que hicieran lo mismo, y salieron de la sala del trono. En la sala contigua les dijo, por medio del intérprete, que podían acomodarse donde quisieran.

—Hay muchas habitaciones. Alguna encontraréis. Estamos todavía instalándonos, así que no hemos podido organizarnos. En cuanto Su Majestad designe a su ministro y a personal que le sea leal, el palacio estará mejor organizado y funcionará perfectamente al modo egipcio. No puedo malgastar guardias con vosotros esta noche, pero el palacio está cerrado. Por la seguridad de todos los que están dentro, por la noche nadie entra ni sale. Quizá los dioses os mantengan a salvo.

Cuando Reshef y el intérprete se hubieron marchado, Lea se giró hacia Daveed.

—¿Qué ha dicho el faraón al final, cuando no han traducido?

—Ha dicho que no saldremos del palacio. Que nos mantendrán prisioneros hasta que Tutmosis haya destruido Ugarit y convertido en esclavo a su rey. —Se llevó la mano a la daga—. Por eso no le he dicho toda la verdad sobre mi arma, por si en algún momento la necesitamos.

—Tenías razón, amo —dijo Nobu recorriendo a toda prisa con Daveed el laberinto de pasillos y galerías del palacio de Meguidó—. Fue inteligente no decirles a los egipcios que sabías su lengua, pero ¿cuánto tiempo podrás mantenerlo en secreto? Tarde o temprano se darán cuenta de que entiendes lo que dicen, y entonces seguro que nos cortan la cabeza.

—Espero que hayamos salido de Meguidó mucho antes de que lo descubran, amigo mío. Ruega a los dioses que se apiaden de nosotros y que nos ayuden.

—No confío en los egipcios —refunfuñó Nobu.

—Yo tampoco. No te equivoques. Somos prisioneros de guerra.

Encontraron habitaciones vacías y salas llenas de gente. Como les había advertido Reshef, todas las puertas que daban al exterior estaban cerradas y

fuertemente vigiladas, pero Daveed no pensaba rendirse. Tenían que escapar.

Cuando llegaron a la cima de un largo tramo de escalones de mármol, Daveed empujó la puerta y los tres se encontraron en la terraza del palacio, bajo la luna y las estrellas. La terraza era un frondoso jardín lleno de arbustos, árboles pequeños, flores y una fuente de la que brotaba agua. Daveed se dirigió directamente al muro de la terraza, desde donde se veía a los guardias acampados alrededor del palacio.

Volvió con Lea y Nobu.

—No podemos hacer nada desde aquí. De momento estamos atrapados.

—Encontraré una salida, amo —dijo Nobu golpeándose el pecho.

Nadie tenía más ganas de volver a Ugarit que él.

Nobu bajó las escaleras deprisa para que Daveed y Lea pudieran estar solos por primera vez desde aquella ocasión, en el palacio de Ugarit, en que Lea le había dicho que lo odiaría siempre.

Desde entonces había pensado en él cada día y había soñado con él cada noche. Se le había disparado el corazón al verlo hacía una hora, y luego había pensado que él iba a morir. Daveed era su amor, su pasión, pero ahora, al mirarlo desde tan cerca, se sintió incómoda y no supo qué decir.

—Temía no encontrarte —dijo Daveed—. Nobu y yo cabalgamos noche y día. Cuando me enteré de que te habían raptado...

—Daveed, te enteraste de la orden de Salomón, ¿verdad? Que todos los hombres en buenas condiciones físicas debían unirse al ejército y que todo el que huyera de la ciudad sería ejecutado por desertor. Es peligroso que vuelvas. Salomón podría ejecutarte antes de haber tenido tiempo de darle explicaciones. —Dio un paso hacia él—. Eso si nos dejan salir de aquí, sobre todo si Reshef descubre que le has mentado. No una, sino tres veces.

Daveed deslizó suavemente la mano por la mejilla de Lea.

—No le he mentado, porque prometí no hacerlo. Cuando le he dicho que eras mi mujer, Lea, le he dicho la verdad, porque en mi corazón lo eres. Y cuando le he dicho que eras descendiente del legendario rey de Ugarit Ozedia, le he dicho la verdad. Nominalmente lo eres, y cualquiera de Jericó puede decírselo. Y aunque el rey Salomón no me mandó a negociar tu liberación, me gusta pensar que lo habría hecho —añadió sonriendo—. Sé que cuando volvamos me recompensará. Pero, Lea, ¿por qué nunca respondiste a mis cartas? He esperado cuatro años.

- *Halla!* ¡No recibí ninguna carta tuya! ¿No recibiste las mías? Te escribí muchas.

Daveed movió la cabeza.

—Sospecho que Yehuda las interceptó. Seguramente era otro de sus planes para debilitarme. Por Shubat, te he echado mucho de menos.

Lea vio la luz de las estrellas reflejada en sus ojos oscuros.

—Daveed, siento mucho lo que te dije el último día.

Daveed se quedó inmóvil bajo las estrellas, incapaz de apartar los ojos de la larga melena de Lea, que llevaba suelta. Muy pocas veces la había visto con la cabeza descubierta.

—Me han ofrecido una peluca egipcia —dijo la chica al ver cómo la miraba—. Les he pedido un velo, pero las que me han vestido son egipcias, así que no utilizan velos.

Verla así era demasiado para él. Parecía un espíritu libre, una hija de la naturaleza, pura y libre de la moda y de la tradición, de las normas de hombres tan posesivos con sus mujeres que las obligaban a cubrirse.

Daveed se acercó todavía más a ella, inclinó la cabeza y la besó. Al apartar los labios de su boca, murmuró:

—«Los pechos de mi amor son como dos lunas. Me deleitan. Están llenos de miel. Espero a mi amante bajo el tamarisco. Espero sus besos y sus abrazos. Me abraza toda la noche y me vacía. Su marcha es el más frío de los amaneceres. Vivo sumido en el dolor hasta que vuelve a traerme la alegría».

Lea se rió suavemente.

—Por poco enseñé al médico Reshef a leer este poema. —Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el tranquilizador latido de su corazón—. Ojalá fuera tu mujer, amor mío. Ojalá pudiéramos casarnos. Pero legalmente sigo siendo esposa de Caleb.

Daveed deslizó los dedos por su pelo y le levantó la cara.

—Eres mi mujer. Has sido la mujer de mi vida casi desde el momento en que te vi, y ni las leyes de los hombres ni las antiguas tradiciones conseguirán apartarme de ti. —Inclinó la cabeza y volvió a besarla, al principio con ternura, pero luego con urgencia. Retiró la cara de mala gana y añadió—: El mundo está cambiando, Lea. Lo sé ahora, que estamos siendo testigos de la fuerza más poderosa del mundo. No hay ejército más grande que el del faraón. Avanzará hasta Ugarit, y después hacia Babilonia, y eso señalará el final de los viejos tiempos.

—Te quiero —susurró Lea con lágrimas en los ojos.

Cuando Daveed se inclinaba para volver a besarla, oyeron pasos y una respiración entrecortada. La puerta que daba a la escalera se abrió.

—¡Tenías razón, amo! —gritó Nobu entrando en la terraza—. ¡Este palacio está más sellado que el culo del maldito médico!

Daveed se apartó de Lea con mirada sombría.

—Por la mañana, cuando abran el palacio, habrá mucha gente entrando y saliendo, visitas, exploradores militares, generales y diplomáticos que querrán que el faraón los escuche. No podrán vigilar todas las puertas. En ese momento encontraremos la manera de salir.

Nobu les había llevado comida: pan, aceitunas, pasteles de higo, almendras y queso.

—Me quedaré al pie de las escaleras, amo, y vigilaré.

Pero bostezó. Se había pasado diez jornadas cabalgando, y el día había estado lleno de emociones, así que sabía que se quedaría dormido.

Cuando estuvieron solos de nuevo, Daveed ofreció a Lea algo de comer, pero ella negó con la cabeza. No había comido desde la mañana, de camino hacia Meguidó, pero no tenía hambre. Aunque otro apetito empezaba a despertarse en su cuerpo a medida que los horrores de la mazmorra y el peligro de los guardias del palacio se alejaban del mágico jardín de la terraza.

Pasaron la cálida noche de primavera bajo la luna llena, respirando el aire perfumado y sintiendo la suave brisa en el rostro. El viento del este arrastraba fuera de la ciudad el humo de los incendios. Por un momento olvidaron que estaban atrapados en medio de una guerra.

Daveed cogió a Lea por los brazos.

—Eres parte de mí. Sin ti no soy un hombre completo —le dijo.

Dio un paso atrás, se quitó la túnica y se quedó solo con la falda. Lea vio colgándole del cuello, sobre el pecho, el medallón con el símbolo del árbol sagrado de Asera que le había dado. Sonrió.

—La diosa te ha protegido. Rezaré cada día para agradecérselo, hasta que me muera.

Vio la daga a la luz de la luna, todavía sujeta a la parte superior de su brazo. Sabía que no se la quitaría, porque la casta de los escribas guerreros hacía votos sagrados de que jamás se la quitaría.

Daveed la atrajo hacia él. Lea se aferró con fuerza, pegó cada centímetro de su piel a la de Daveed para sentir todo su calor y su vitalidad. Daveed la apretaba contra su cuerpo con tanta fuerza que Lea casi no podía respirar, y su boca le presionaba tanto los labios que tenía que inclinar la cabeza hacia atrás. Nunca se había sentido tan viva. Nunca había sentido tanto deseo. Enlazó las manos alrededor de su cuello, apretó muy fuerte y prometió que

jamás permitiría que lo alejaran de ella. No importaba lo que pasara después de aquella noche, las traiciones que el faraón les tuviera preparadas o los peligros que les esperaran fuera. Daveed era suyo, y ella era de Daveed. Dos corazones unidos que nunca volverían a separarse.

Daveed llevó a Lea a un cenador de madera destinado a aliviar al rey del sol del verano para poder extender su capa en el suelo y tomarla en sus brazos, alejados de miradas indiscretas.

Lea lloró de felicidad. Daveed suspiró extasiado. Cuando Daveed se durmió, Lea se quedó despierta, maravillándose de la intensa pasión de su unión. Estaban tumbados de lado, Daveed pegado a su espalda y con el brazo derecho por debajo de ella, tan extendido que Lea colocó la mano entre sus dedos. Él le había pasado el brazo izquierdo por encima. Lea escuchó su rítmica respiración, sintió su cálido aliento en el cuello y en la mejilla, y supo que había nacido para vivir aquel momento, que aquel momento siempre iría con ella.

Daveed, su dulce protector, la luz de su corazón y el guardián de su alma.

Lea se despertó y vio que todavía era de noche. Daveed estaba apoyado en un codo, contemplándola. Le apartó un mechón de pelo de la cara y sonrió. Luego se puso serio.

—Encontraré la manera de que volvamos a Ugarit. Yehuda es cada día más corrupto, pero, ahora que Salomón ha vuelto, puedo exponerle la situación.

—Y te nombrará rab.

—Solo si estás de acuerdo en ser la mujer del rab. —La besó dulcemente—. No tendríamos que vivir en la Hermandad. Podríamos tener una casa para nosotros. Necesitaremos muchas habitaciones para todos los niños que tendremos. Y tú serás mis ojos, querida Lea.

Lea lo miró extrañada.

—¿Tus ojos?

—Es el sacrificio que hay que hacer por servir a esta profesión. El anterior rab se quedó ciego, y lo mismo sus antecesores. Me dijo que todos los rabs pierden la vista. Así ha sido durante generaciones.

- *Halla*, es un precio injusto —dijo Lea preguntándose por qué los dioses de la escritura negaban a sus fieles el don de leer.

—Perdóname, Lea. Debería haber denunciado a Yehuda hace cuatro años, pero me cegaba la lealtad a la fraternidad. Ahora me doy cuenta de que estaba

equivocado. Creía que protegiendo la reputación de Yehuda protegía a mis hermanos, pero lo único que he conseguido es hacerles más daño, y a tu familia también. Fui injusto con ellos por no hacer nada, Lea, pero te prometo que lo arreglaré.

—Recuperaremos nuestra casa —dijo Lea, feliz de sentir su contacto, su cercanía—. En cuanto demuestres que la orden de pago de Zira...

—No estoy hablando de la casa —dijo Daveed. Se incorporó y la miró—. ¿No lo sabes? Lea, ¿cuáles fueron las últimas noticias que recibiste de tu familia?

Lea intentó recordar.

—Estábamos en Harrán, justo antes de que llegaran las noticias sobre Meguidó. Recibí una carta de mi abuela diciendo que estaban bien y que su amo egipcio era un hombre justo.

—¡Por Shubat! —exclamó Daveed poniéndose en pie de un salto—. Pensé que lo sabías.

Lea lo miró. Parecía un dios musculoso brillando a la luz de la luna.

—¿Que sabía el qué?

—El inquilino egipcio se ha marchado de Ugarit y Zira va a vender la casa. Lea, quiere vender a tu familia como esclavos.

- *Halla!* —gritó levantándose también—. Invoquemos ahora mismo a los dioses por ellos.

Mi abuela, mi madre, Ester, Saloma, el pequeño Baruch y Aarón... vendidos como esclavos.

—¡Tenemos que ir ahora mismo!

—Encontraré la manera, aunque tenga que pagar sobornos o hacer promesas que el rey Salomón no pueda cumplir. Aunque tengamos que escapar en plena noche, Lea, encontraremos la manera de volver a Ugarit.

Se vistieron a toda prisa, porque el cielo empezaba a iluminarse por el este, lo que significaba que el palacio debía de estar despertándose. Mientras Daveed se ajustaba el cinturón de piel alrededor de la cintura y cogía del suelo su capa azul, la puerta se abrió de golpe y Nobu entró como una flecha, seguido de cuatro soldados con lanzas y escudos.

—¡Amo, el faraón está buscándote! El rey Tutmosis pide que te unas a él. Esta escolta es para llevarte con él ahora mismo.

Daveed frunció el ceño.

—Que me una a él ¿en qué?

—Amo, he oído que Tutmosis se pone en camino ahora mismo, con cinco

divisiones de infantería y carros, hacia un monte llamado Carmelo. Dicen que es una invasión. ¡Ay, amo, te llevan a la guerra!

Capítulo 13

Allí estaba, al final de la carretera flanqueada por árboles. Una casa particular llamada El Jardín de los Placeres de Hathor. Abigaíl no sabía leer, pero los dibujos pintados en las paredes blancas y en la puerta no podían inducir a error: representaciones gráficas de órganos genitales masculinos y femeninos.

El Jardín de los Placeres de Hathor era un burdel.

Abigaíl había cambiado la pulsera de oro de Daveed por aros de cobre, plata y oro, que eran más prácticos, y por medio de un empleado del Tribunal Supremo había solicitado tiempo para impugnar la reclamación de Zira de que la casa de su familia era de su propiedad. Pero el plazo había concluido y ya no era posible prolongarlo. Ese día Zira se presentaría con el mercader de esclavos para llevárselos.

Abigaíl había rezado para que Daveed hubiera regresado ya. O Elías. Había recurrido a amigos, pero todos ellos le habían dicho que no podían hacer nada. Su familia y ella estaban solos, sin un hombre que les protegiera. Zira los había acorralado. Abigaíl estaba desesperada, dispuesta a hacer cualquier cosa por salvar a su familia y su casa.

Durante muchos días había intentado encontrar a un abogado que llevara su caso, había ido cada mañana al patio de la Casa de Oro y preguntado a uno tras otro, pero todos la rechazaban. No podía permitirse sus servicios, ni tenía la menor posibilidad de ganar. Pero a dos abogados les había dado lástima y le habían hablado de un hombre llamado Faris que quizá podría ayudarla, porque era conocido como el abogado más agudo de todo Canaán. Abigaíl fue a su casa, donde el mayordomo le dijo que encontraría a Faris en El Jardín de los Placeres de Hathor, en el barrio norte de la ciudad.

Y ahora estaba en el umbral, intentando no perder el control. Su agudo sentido del orgullo y de la decencia la impulsaba a darse media vuelta y regresar a casa. Había llegado hasta allí saltándose lo que para ella eran las normas de conducta de una señora, dispuesta a recurrir a un extraño sin que un hombre la acompañara y la protegiera, sin compañía ninguna. Y tenía que cruzar el umbral de un establecimiento egipcio... No todos los egipcios habían huido de Ugarit. Una mujer llamada Nefer Merit se había quedado. Su nombre

y su casa eran conocidos hasta Tiro, en el sur, y Carquemís, en el norte. Por último, y quizá era lo peor, Abigaíl nunca en su vida había pisado un burdel.

También le habían dicho que el hombre al que había ido a ver era un tipo con mala fama, expulsado de la fraternidad de abogados por aceptar sobornos y escupir a un juez. En otras circunstancias, Abigaíl no habría tenido nada que ver con Faris, ni habría alargado la mano hasta la cuerda para tocar la campana de la puerta, como hacía ahora, dejando de lado su dignidad por el bien de su familia.

El corazón le latía muy deprisa y rogaba que ningún transeúnte la reconociera. Abigaíl tenía solo una túnica y un velo decentes, de lana elegantemente tejida, gracias a las habilidades de Saloma con el huso, y teñida con zumo de bayas rojas silvestres que crecían al pie de las montañas, detrás de la casa. Abigaíl había cosido meticulosamente las prendas para el día en que regresara Elías, porque sería una ocasión especial y quería recibir a su hijo vestida de forma adecuada.

Pero ese día podría no llegar nunca, y hoy era un día en que debía dar un paso importante y desagradable para salvar a su familia, de modo que se puso su ropa nueva con orgullo, aunque sin aros en la frente ni pulseras en las muñecas. Estaba ante la puerta del infame burdel con el corazón latiéndole muy deprisa, pidiéndole valor a Asera. También rogaba que el extraño al que estaba a punto de pedirle un favor no se diera cuenta de que iba descalza.

Un mayordomo egipcio, con una falda plisada de lino, sandalias y collar de piel, abrió la puerta. Llevaba los ojos pintados de azul, y los labios de rojo. La peluca negra le llegaba a los hombros desnudos. Abigaíl le expuso la razón por la que estaba allí, y el mayordomo se apartó para que entrara y cerró la puerta.

Abigaíl apenas podía creerse lo que estaba viendo. Las altas y lisas paredes de la casa de Nefer Merit encerraban un paraíso impresionante. Había oído decir que los jardines egipcios eran los más bonitos del mundo, pero nunca se lo había creído y se había empeñado en seguir pensando que los egipcios eran una raza sucia e inmoral. Aunque la habían sorprendido la observancia de la etiqueta y la limpieza por parte del vinatero egipcio y su mujer, pensó que eran la excepción que confirmaba la regla, pero ahora, en aquel exuberante, amplio y agradable jardín, se preguntaba si había una faceta de los egipcios que nunca había conocido.

El estanque principal era grande y rectangular, lleno de agua clara en la que brillaban peces de colores, con nenúfares flotando en la superficie y

majestuosos tallos de juncos y papiros decorando los bordes. Los árboles frondosos estaban espaciados entre sí, de modo que entre los sombreados estanques había zonas con luz dorada. Frutas exquisitas y maduras colgaban de las ramas, y el suelo estaba cubierto de pétalos. Pájaros rojos y azules de colas magníficas se posaban mansamente entre las hojas. El aire olía a incienso y a perfume, y se oían los acordes de instrumentos musicales tocando dulces melodías.

Pero lo más sorprendente era la gente: hombres recostados en tumbonas, atendidos por guapas mujeres. Se quedó atónita al ver que no todas las mujeres servían comida y vino. Muchas acariciaban y besaban a los hombres. Se puso roja como un tomate al ver a un hombre desnudo a la sombra de un tamarisco, al que cuatro chicas proporcionaban placer.

Apartó rápidamente la mirada y se preguntó cómo iba a encontrar al tal Faris en aquel jardín del desenfreno. Aunque muchos clientes estaban desnudos o medio desnudos, vio a uno totalmente vestido, un hombre enorme, reclinado en una tumbona a la sombra de un sicomoro, comiendo con las dos manos. Por la descripción que le habían dado en la Casa de Oro, supuso que era el hombre al que estaba buscando. Los dos abogados le habían dicho también que era un libertino disoluto con una risa que podría hacer temblar la nieve del monte Líbano.

Dos chicas, ataviadas solo con pulseras, collares y largas pelucas negras, rodeaban su corpulento cuerpo con las manos, le acariciaban las ingles y los muslos y ronroneaban como gatos. Miraron divertidas a Abigaíl cuando se acercó y preguntó al hombre si podía hablar un momento con él.

Faris dio un gran mordisco a una grasienta chuleta de cordero y la miró de arriba abajo. Tenía las pestañas excepcionalmente gruesas y largas, lo que le daba un aspecto casi femenino, aunque tenía entradas pronunciadas y barba de un par de días. No pareció importarle que lo interrumpiera, ni pareció sorprenderle que aquella mujer, que evidentemente no era del establecimiento, se dirigiera a él. Abigaíl se preguntó si siempre hacía sus negocios en aquel burdel.

—¿Quién la envía?

—Dos abogados que trabajan en el patio de la Casa de Oro —le contestó Abigaíl intentando pasar por alto las risas casi borrachas y los ruidos del sexo.

El hombre sonrió.

—Los abogados me conocen, es verdad, y los jueces también... —Soltó

una carcajada, y trozos de comida se le resbalaron de la boca—. Cuénteme su problema.

Abigaíl le explicó su situación, y cuando mencionó los nombres de Jotam y Zira el hombre soltó una risotada.

—¡Esos dos! Son un par de serpientes escurridizas. Así que están a punto de venderla a usted y a su familia como esclavos...

—¿Puede ayudarme?

Faris movió la cabeza y una miga de pastel de miel le cayó de la barbilla al pecho.

—Invoque a los dioses, querida señora, porque no hay consejo legal que pueda salvarlos. No puede ganar contra Zira. Ella y su hermano son demasiado poderosos. Jotam es el dueño de la fundición de hierro y tiene el monopolio del transporte marítimo, y Zira es la madre del rab Yehuda, el primer candidato a suceder al rey Salomón. La bruja y su hermano controlan también a los jueces. El juez supremo, Urías, votará sin duda contra usted, porque Yehuda posee información comprometedor sobre él. No tendrá un juicio justo e imparcial. Los jueces decidirán fallar en su contra antes incluso de que haya pisado el tribunal. Que los dioses me perdonen. Lo siento.

Pese a sus escasos modales y a su conducta lujuriosa, a Abigaíl le dio la impresión de que lo sentía de verdad, y aunque estaba más gordo incluso que Jotam y tenía fama de pasarse el día en el burdel, parecía tener buen corazón, porque había escuchado su historia con interés, la había considerado y había hablado con ella mirándola a los ojos. Pero a Abigaíl le gustó sobre todo su risa.

—Tengo que salvar a mi familia y mi casa —le dijo.

Faris frunció los labios, miró la carne que quedaba en la chuleta y levantó los ojos hacia el cielo, el sol y las ramas del sicomoro.

—Puedo hacer algo, pero tiene que pagarme. No podría vivir como vivo sin dinero.

Abigaíl sacó una bolsita, que tintineó, y metió la mano.

—Toda la bolsa —le dijo Faris.

—Pero tengo que comprar pan para mi familia.

—Toda, o ya puede marcharse.

Abigaíl vació la bolsa sobre la mesa, cubierta de trozos de carne, migas de pan, espinas de pescado y pieles de granadas. Los agudos ojos de Faris calcularon rápidamente el valor.

—¿Es todo lo que tiene?

—Le he dicho que ahora ni siquiera puedo comprar una barra de pan.

—Está muy lejos de mi tarifa. Cobro mucho más que esto, y me lo pagan con gusto, porque soy el abogado más inteligente y hábil al oeste de Babilonia.

—Hizo una pausa para sonreír a una de las chicas que lo atendían, le acarició la mejilla y la besó suavemente en los labios—. ¿Qué más puede ofrecerme?

Abigaíl pensó un momento. Luego se puso muy recta.

—Gracias a los dioses, hay algo que puedo ofrecerle, señor, y es algo que nadie más en el mundo podría darle.

El hombre la miró con expresión escéptica.

—¿De qué se trata?

—De la posibilidad de derrotar a Zira y a Jotam en un tribunal.

Los ojos femeninos de Faris se posaron en Abigaíl y la observaron desde detrás de sus largas pestañas negras. Al final, echó la cabeza hacia atrás y se rió, y lo hizo con tantas ganas y tan ruidosamente que Abigaíl imaginó la nieve del monte Líbano cayendo ladera abajo.

—¡De acuerdo! ¡Pongo a los dioses por testigos! —dijo extendiendo la mano, recogiendo los aros con su mano rolliza y metiéndoselos entre los pliegues de su ancha túnica—. Hay tres cosas que tiene que hacer, querida señora. Escúcheme con atención, porque debe seguir mis instrucciones al pie de la letra y en el orden que yo le diga. Si no lo hace así, fracasará.

A Abigaíl se le quedó la boca seca escuchándolo.

—Hable por mí, señor. Yo no puedo hacer estas cosas —dijo Abigaíl en cuanto Faris hubo acabado su explicación—. ¿Me defenderá en el juicio? Encontraré la manera de pagárselo.

—Me han expulsado de los tribunales de Ugarit. Que los dioses se apiaden de usted, Abigaíl em Elías. Tendrá que hacerlo usted misma.

—¡Bendita Asera, no puedo!

—Entonces saque a su familia de Ugarit y escóndanse. No puedo hacer nada más por usted.

Pero Abigaíl no iba a darse por vencida. Habían raptado a su nieta mayor, y su hijo se había vendido como esclavo. No iba a perder la familia que le quedaba ni su hogar.

—Que Dagan lo bendiga —dijo Abigaíl.

Y se dio la vuelta para marcharse.

—Espere —dijo Faris cogiendo una crujiente barra de pan cubierta de aceitunas negras y verdes, brillante de aceite, y ofreciéndosela—. Rezaré por usted.

Abigaíl se peleaba con su conciencia mientras esperaba la llegada de Zira y los mercaderes de esclavos. No quería hacer lo que Faris le había aconsejado. Iba en contra de todos sus principios. Pero allí, al final del camino, observando a los transeúntes, los carromatos y los caballos pasar por la carretera principal, abrazó con fuerza al pequeño Aarón. Vio a Baruch algo apartado, le indicó con un gesto que se acercara y lo rodeó con el brazo. Mientras los abrazaba, pensó que por aquellos pequeños debía enfrentarse a Zira como Faris le había aconsejado. Debía dejar de lado su conciencia y sus valores personales para asegurar los derechos de aquellos niños.

Abigaíl no apartaba la mirada de la puerta de la ciudad.

En Ugarit cundía el pánico. La tensión invadía el aire. Los rumores proliferaban hasta el punto de que nadie sabía realmente lo que estaba sucediendo. Las tropas cananeas se entrenaban con armas en los campos que rodeaban la ciudad, donde habían montado tiendas militares, se alineaban los carros y se habían improvisado corrales para los caballos. Se preparaban para la guerra. Abigaíl había oído decir que las familias ricas estaban cargando provisiones y esclavos en barcos, incluso algunas se habían trasladado ya al puerto, listas para zarpar si el ejército egipcio se acercaba a Ugarit. El comercio de esclavos estaba en pleno auge, porque los ricos compraban personal que los protegiera y que los ayudara a escapar.

Abigaíl sabía que si Zira conseguía llevarlos al mercado de esclavos los venderían a todos, muy probablemente los separarían y los llevarían a ciudades diferentes.

No volveremos a vernos, pensó Abigaíl divisando por fin el palanquín de cortinas púrpura a hombros de esclavos. No lo permitiré.

La hermana de Jotam se bajó del palanquín, seguida por un hombre con una larga túnica plisada y un sombrero en forma de cono. Zira se había presentado con su abogado sin duda para mostrar a todo el mundo que el robo de la propiedad de Elías y la persecución de su familia eran completamente legales, que no estaba siendo injusta ni engañando a nadie. También la acompañaban cuatro hombres fuertes del mercado de esclavos, con látigos enroscados en la mano.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Zira sin ceremonias.

—Están dentro. Zira, ¿por qué no podemos quedarnos y servir al próximo inquilino?

—No habrá próximo inquilino.

—¿De verdad piensas vender la propiedad?

Abigaíl esperaba que Zira hubiera cambiado de opinión.

—El rey Salomón sufre ataques de asfixia en los últimos tiempos. No son episodios serios, pero, por lo que sabemos, en cuanto el demonio invade el pecho se va fortaleciendo hasta que mata a su portador. Es solo cuestión de tiempo que los dioses se lleven al rey, y cuando suceda, los generales nombrarán a mi Yehuda en su lugar. —Extendió los brazos—. Mi hijo cree que esta casa será un perfecto puesto de mando desde el que supervisar la defensa de Ugarit ante la invasión egipcia.

Abigaíl abrió los ojos horrorizada.

—¿Va a convertir esta casa en un cuartel militar?

Imaginó a los soldados, las rudas tropas y los caballos corriendo por todas partes.

—No lo hagas, por favor. Te lo suplico.

Zira chasqueó los dedos y los hombres del mercado de esclavos se acercaron con grilletes y cadenas.

—Por Asera —dijo Abigaíl—, no puedo evitar que mi nieta curara la asfixia al rey Salomón.

Zira la miró atentamente.

—Se suponía que mi hijo iba a ocupar el trono hace cuatro años. Pero ahora el demonio ha vuelto a apoderarse del rey Salomón y esta vez tu entrometida nieta no está aquí para interferir en lo que los dioses han ordenado.

Abigaíl se puso muy recta y cuadró los hombros.

—Detén todo esto ahora, em Yehuda, y déjanos en paz. Créeme. Te interesa tanto como a mí acabar con este conflicto. Si insistes, no me quedará más remedio que enfrentarme a ti.

Zira se rió.

—¿Enfrentarte a mí? No tienes a hombres que te protejan, ni amigos, ni casa, y no tienes dinero. Sé que el período de gracia que solicitaste ha concluido. No te queda nada. ¿Con qué piensas enfrentarte a mí? —le preguntó intercambiando una engreída sonrisa con su abogado.

Abigaíl alzó la barbilla.

—Con mi condición de ciudadana de Ugarit. Me he enterado de que, por ley, no necesito solicitudes, ni tengo que pagar nada, ni siquiera necesito abogados. Es perfectamente posible impugnar tu reclamación sobre mi propiedad en un tribunal, ante los jueces supremos.

—La verdad, es indigno por tu parte, Abigaíl. Una táctica de distracción que no va a funcionarte.

—No quiero distraer a nadie. Llama a los jueces ahora mismo. Eres lo bastante rica y poderosa para presentar tu caso ante ellos sin dilación. Deseo tanto como tú que todo esto acabe cuanto antes.

Zira la miró.

—No tienes defensa. No tienes la menor posibilidad de ganar. ¿Por qué sigues perdiendo el tiempo?

—Conozco mis derechos.

—Estoy segura de que sí. Me han dicho que pasaste días enteros en el patio de la Casa de Oro hablando con abogados, como un ciudadano cualquiera. Es indigno por tu parte, Abigaíl. —Zira suspiró—. Muy bien. Al fin y al cabo, el tribunal está muy cerca del mercado de esclavos. Te aconsejo que lleves a toda tu familia contigo, porque así el traslado al edificio de los esclavos será rápido.

Capítulo 14

—El conductor de la caravana de elefantes ha aceptado llevaros a Ugarit.

- *Halla!* ¡Qué buenas noticias! —exclamó Lea—. Que los dioses te bendigan, Paki. ¿Y se sabe algo de la campaña al monte Carmelo del faraón Tutmosis?

Habían pasado veinte días desde que Daveed y ella habían hecho el amor en la terraza del palacio, veinte largos y angustiosos días desde que se había despedido de ella con un beso y le había dicho que se iba a la guerra.

—He visto a exploradores procedentes del noroeste —siguió diciendo Lea—. ¿Has oído algo?

—Todavía no, pero si no hay malas noticias quiere decir que todo va bien, ¿no? —dijo el eunuco Paki.

Lea había descubierto que, en todos los palacios del mundo, la fuente más fiable de información, noticias, chismorreos y rumores eran los eunucos del harén. Paki era de África, el primero de su raza al que había visto Lea. No sabía que los hombres podían tener la piel tan negra. Paki era alto y barrigudo. Llevaba un turbante de colores y una larga falda blanca sujeta a la cintura con un cinturón ancho de piel. No llevaba camisa ni túnica, sino un peculiar chal de lana blanca que le cubría los grandes hombros, atado a la altura de sus grandes pechos femeninos.

Paki no recordaba cómo se llamaba su pueblo ni el país en el que había nacido. Unos egipcios que comerciaban con extraños animales, marfil y esclavos lo habían raptado cuando era un niño, Nilo arriba, y lo habían llevado por barco y por tierra a un lugar llamado Beersheba. Allí habían castrado a Paki y a otros niños como él y los habían convertido en medio hombres destinados a servir en harenes de todo el mundo. No maldecía su vida ni su suerte. Solo maldecía a los egipcios.

Odiaba especialmente a las egipcias que se habían unido al harén real de Meguidó, las esposas y concubinas del faraón Tutmosis, mujeres arrogantes que se limitaban a instalarse en las ciudades conquistadas con sus propios eunucos, lo que alteraba una jerarquía establecida hacía mucho tiempo. Paki había tenido poder, pero ahora era un subalterno, y por eso estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por desbaratar los planes de Tutmosis, aunque solo fuera

ayudar a un rehén a escapar.

—La caravana tiene previsto ponerse en marcha durante el festival de verano.

Como todos los buenos líderes militares, Tutmosis se aseguraba de que las caravanas comerciales pudieran transitar con seguridad por los territorios que había conquistado, fueran de donde fuesen. Si se dificultaba el comercio, se reducía el movimiento de bienes y de dinero. Las caravanas se consideraban neutrales, de modo que las tropas no las molestaban. Lea sabía que podrían escapar en una caravana, pero ¿regresaría Daveed a tiempo? Se moría por volver a casa, encontrar a su familia, liberarlos de la esclavitud y llevárselos a todos a su hogar de los viñedos. Pero ¿qué pasaría si Daveed no llegaba a tiempo? No se marcharía sin él.

Al despedirse en la terraza del palacio, hacía veinte días, Daveed se había quitado el anillo de cornalina y se lo había entregado diciéndole: «Mientras tengas este anillo, siempre volveré a tu lado». Ahora Lea apretó el anillo en su mano y se dirigió a la ventana, desde la que se veía la ciudad, más allá de las murallas.

El harén estaba en una elevada torre, apartado y protegido del mundo, y desde allí las mujeres gozaban de una buena vista de un mundo al que no podían acceder. Meguidó estaba rodeada de campos cubiertos de tocones, porque habían devastado los bosques para suministrar leña a los numerosos campamentos. Más allá de los troncos cortados había un pantano desde el que un arroyo se derramaba en pequeños riachuelos que se dirigían al río principal. Al pie de las montañas, verdes y fértiles, habían instalado los dos grandes campamentos, uno para los soldados y el otro para los prisioneros.

Desde una ventana de la torre, Lea veía el enorme campamento militar. Le maravillaba que las cananeas de aquella zona, que habían perdido a sus hombres y sus casas, vivieran en los alrededores de aquel asentamiento de soldados y se unieran a sus conquistadores de una manera que suponía tan antigua como la propia guerra. Eran cocineras, lavanderas y compañeras de cama, y servían a sus amos para sobrevivir. Había tantas víctimas de la guerra como soldados a los que las sanguinarias tropas del faraón habían roto la cabeza. Se habían agrupado para sobrevivir.

Como Lea no tenía intención de quedarse, no se había unido a nadie. Se apartaba de las demás mujeres del harén para dormir y para comer. Había una fuerte rivalidad entre las esposas y concubinas del rey de Meguidó, al que habían hecho prisionero, y las esposas del faraón, que recurrían a tácticas

despiadadas. Paki le había explicado que los egipcios creaban la imagen de un enemigo y la mutilaban o la dañaban para reducir el poder de esa persona. Lea había visto por sí misma que las celosas esposas de Tutmosis recurrían constantemente a la lucrativa (para los eunucos, que les vendían bajo mano muñecas de cera y agujas) magia negra. No quería verse enredada en aquellos conflictos pasionales, así que no hizo ni amigas ni enemigas en el harén.

Las mujeres de aquella torre pasaban largas horas arreglándose el pelo unas a otras, pintándose la cara delante de un espejo o extendiéndose una cola dulzona por el cuerpo para arrancarse el vello. Se daban largos y lánguidos baños que más tenían que ver con el placer que con la limpieza. Jugaban a un juego de mesa con bastones y dados llamado Perros de caza y Chacales, que se parecía mucho al de los cincuenta y cinco agujeros de Ugarit. Escuchaban música, comían exquisiteces, bebían vino, jugaban con sus hijos y por la noche esperaban a que llegara el faraón y eligiera a una para llevársela a la cama.

Pájaros enjaulados, pensó Lea. Mimados y olvidados. Entretanto, en los campos chamuscados y en los pantanos, cautivos hambrientos luchaban por sobrevivir en toscas tiendas, a poco más de un kilómetro, aunque como si fueran mil. Hasta aquel momento Lea nunca se había planteado las desigualdades de la vida, en qué medida podía la vida ser diferente en función del lugar donde te hubiera tocado nacer. Los niños que nacieran en aquella torre tendrían una vida fácil y lujosa, mientras que un niño que naciera fuera de ella podría darse por satisfecho con sobrevivir al parto.

Las mujeres del rey de Meguidó eran cananeas, así que Lea conocía sus costumbres y sus tradiciones, pero las de las egipcias le resultaban extrañas y desconcertantes. Hablaban muy deprisa y se interrumpían, alzaban la voz y gesticulaban. Tenían aquella curiosa costumbre de alzar la mano derecha, con la palma hacia fuera, frente al rostro, como si fuera un escudo, y susurrar algo parecido a un juramento. Paki, que sabía un poco de egipcio, le había explicado que los conjuros mágicos imperaban en la vida de los habitantes del valle del Nilo.

—Pronuncian conjuros con muchísima frecuencia, como si tejieran a su alrededor un manto invisible que los protegiera. La mano delante de la cara repele a los malos espíritus. Su juramento favorito parece ser «Te conozco. Sé cómo te llamas». Creo que es para ganarse el favor de todo espíritu al acecho, tanto bueno como malo. Los egipcios creen que a los espíritus les gusta saber que los reconocen, que eso les complace. Es menos probable que los demonios hagan daño a alguien que sabe quiénes son. —Paki arrugó la nariz

— Los egipcios son muy supersticiosos, mientras que vosotros, los cananeos, sois religiosos. Es muy diferente.

Desde la ventana, Lea veía a exploradores llegando al campamento, saltando del caballo y metiéndose corriendo en la tienda azul. Había observado divisiones saliendo bajo estandartes, con jefes a la cabeza, para reprimir pequeñas rebeliones que estallaban en la zona. Corrían rumores sobre el rápido y terrible castigo de las tropas del faraón. A los rebeldes los asesinaban allí mismo o los mandaban con el grupo cada vez mayor de esclavos destinados a construir monumentos.

Si llega a Ugarit, sucederá lo mismo.

Entre los campos chamuscados veía a mujeres a orillas del arroyo, metiendo ropa en el agua y golpeándola con piedras para lavarla. Lea pensó que seguramente eran cananeas o habiru, y se preguntó por su dura vida, por la vida de servidumbre que las esperaba en Egipto. Pensó en la concubina habiru de la que había hablado Raquel en su lecho de muerte, una mujer llamada Sara, la verdadera madre de Abigaíl. Después de que naciera Abigaíl, mandaron a Sara con los suyos. ¿Tuvo más hijos? ¿Había descendientes de aquella habiru en aquel miserable campo de prisioneros? ¿Son mis primas aquellas mujeres harapientas que se mueren de hambre?

—Que los dioses nos protejan —murmuró Paki—. Aquí llega el perro egipcio.

Lea se apartó de la ventana. Aquellas pobres criaturas no eran cosa suya. Debía centrarse en escapar de Meguidó con Daveed y volver a Ugarit, con su madre, su abuela, Ester, Saloma y los dos niños. Estaba más decidida que nunca. Cuantas más familias destrozadas veía, más se convencía de que debía reunir a la suya. Y aquello implicaba buscar a su padre en Babilonia y encontrar la manera de comprar su libertad. Somos la casa de Elías el cananeo. Tenemos que estar juntos.

Como médico del faraón, Reshef tenía libre acceso al harén, por el que había pasado cada día desde que había llegado Lea. Iba a comprobar la salud de las mujeres, concubinas y niños del faraón, y a interrogar a Lea sobre las dieciocho tablillas.

Los escribas reales egipcios habían descifrado la tablilla sobre la valeriana y el poema de amor, pero no las demás, entre las que se contaba la de la cura del demonio de la asfixia que Daveed había transcrito hacía cuatro años. Por más que lo intentaron, no consiguieron descifrar la nueva escritura, y por eso Reshef iba cada día al harén a pedirle a Lea que le tradujera las

tablillas.

Insistía en que era pura curiosidad, ya que todo el mundo sabía que la medicina egipcia era superior a todas las demás, pero Lea no le decía lo que quería saber. Cuando le dijo a Reshef que había buscado la cura de la epilepsia, y que había hablado del tema con curanderos de las ciudades del Éufrates, le pidió que compartiera con él esos conocimientos. Lea le habló de varias recetas, pero al ver que el intercambio no era recíproco, que Reshef no tenía la menor intención de proporcionarle información sobre la medicina egipcia, empezó a decirle que las había olvidado. Como Daveed, que había ocultado que sabía egipcio para que sus captores hablaran libremente delante de él, Lea decidió que sus secretos —fórmulas medicinales que había ido acumulando durante los cuatro años que había viajado con el rey Salomón— podrían ser valiosos en el futuro.

El médico se acercó con tanto sigilo que Lea se preguntó si andaba de puntillas para escuchar a la gente a escondidas. Se acercó con la mano levantada, con la palma hacia fuera, y dijo algo que Paki tradujo como «No puedes hacerme daño porque estoy protegido».

—Dijiste que, cuando fuisteis a visitar al rey de Harrán, te hablaron de una extraña hierba que crece en una isla del Éufrates —dijo el médico.

Mientras Paki se lo traducía, Lea observó el ojo de Horus que Reshef llevaba en el pecho y recordó algo que Paki le había dicho: «Los egipcios creen que, hace mucho tiempo, el malvado dios Set arrancó los ojos a Horus y lo dejó ciego. Llamaron a Thot, el curandero, para que devolviera la vista a Horus. Desde entonces, el curandero Thot y el curado Horus son dos de sus dioses más reverenciados y poderosos. Llevan el ojo de Horus para que los demonios sepan que están bajo su protección».

Lea pensó que el ojo de Horus era un símbolo hermoso. Era de oro y de lapislázuli de un impresionante tono azul. El párpado inferior era plano, y el superior, arqueado. La elegante ceja seguía el trazo del párpado superior, y de la comisura del ojo brotaba una lágrima que se extendía formando una elegante espiral. Un recordatorio de lo valiosa que era la vista.

La vista, de la que Daveed quedaría privado en sus últimos años, porque le había dicho que todos los rabs de la Hermandad habían sacrificado la vista por servir a sus hermanos.

Paki tradujo su respuesta a Reshef.

—No recuerdo qué hierba era, señor, pero quizá recupere la memoria si puedo preguntar por un remedio para la ceguera del que he oído hablar. Todo

el mundo sabe que Egipto sabe curar las enfermedades del ojo como nadie y...

Reshef respiró hondo por su larga y huesuda nariz.

—¿Qué extraña hierba encontraste en la isla del Éufrates?

Lea se preguntaba hasta qué punto podría desafiar al arrogante médico cuando entró un mensajero que tenía que hablar con Reshef urgentemente.

El médico del faraón dio media vuelta, sin decir una palabra, y se marchó con el mensajero.

—Paki, ¿qué ha pasado?

—Algo muy raro —le dijo el eunuco—. Su Majestad ha mandado llamar a Reshef.

Lea abrió los ojos como platos.

—¿Su Majestad? ¿Estás seguro?

—Hablo el egipcio perfectamente. El mensajero le ha dicho: «Su Majestad el rey ordena que te presentes ante él de inmediato».

—Pero no hemos tenido noticias de que Tutmosis haya regresado a la ciudad.

—Ninguna, Lea.

—¿Qué significa eso?

—Me aventuraría a decir que, por razones secretas que solo sabe Tutmosis, el faraón nunca ha salido de la ciudad.

Lea corrió a la ventana y se asomó. Vio a Reshef y al mensajero cruzando las puertas de la ciudad a toda prisa y dirigiéndose al campamento militar. Llegaron a la tienda azul y entraron.

Lea parpadeó confusa. Si el faraón Tutmosis estaba en aquella tienda, si todavía estaba en Meguidó, ¿dónde estaba Daveed?

No había apartado los ojos de la tienda azul desde primera hora de la tarde, cuando había visto a Reshef entrar a toda prisa. Ya había anochecido, pero estaba segura de que seguía dentro. Su Majestad lo había mandado llamar urgentemente. ¿Por qué? ¿Estaba el rey enfermo? ¿Habían herido a Tutmosis en la batalla y había vuelto a Meguidó?

Bendita Asera, no permitas que maten a Daveed en el campo de batalla...

Abandonó su puesto en la ventana y fue a buscar a Paki.

—Necesito una capa —le susurró—. Tengo que salir.

—No puedes —le contestó el eunuco.

—Tengo que saber qué le ha pasado a mi marido y a su esclavo.

—Te acompañaré, querida Lea, y así podrás salir del palacio.

Si el que hubiera ordenado que Lea no saliera del palacio hubiera sido el rey de Meguidó, Paki no le habría permitido asomar un pie fuera del harén, pero como la orden era del despreciable rey egipcio, el eunuco estaba encantado de desobedecer.

Lea cogió una capa sencilla de entre las muchas elegantes que había en el harén para no llamar la atención y siguió al eunuco por el laberinto de galerías hasta que llegaron a una puerta lateral. Paki dio unas monedas de cobre al soldado que la vigilaba y al segundo los dos avanzaban por las calles oscuras en dirección a la tienda azul.

La enorme tienda, llena de antorchas y lámparas, brillaba bajo las estrellas. Lea vio sombras que se movían dentro, sombras de personas que iban de un lado a otro. Los ayudantes de Reshef, pensó. Tutmosis no debía de ser diferente de Salomón ni de cualquier otro gobernante al que había conocido. Si estaba enfermo o herido, seguramente estaría rodeado de médicos, sacerdotes y magos intentando salvarlo.

Lea y Paki se deslizaron entre dos centinelas buscando una manera de colarse en la tienda. Lea pasó la mano por la tela azul y descubrió que era lino grueso. Recordó una reunión de su padre con un hombre de negocios, hacía años. El importador intentaba convencer a Elías de que invirtiera en el comercio de lino. «Ahora mismo los egipcios tienen el monopolio del lino — dijo el hombre a Elías—, la segunda industria más importante, después de la cerveza, de su economía. Son tan expertos manufacturando lino que saben fabricar tejidos tan finos que transparentan, y tan gruesos que los utilizan para las velas de los barcos.»

—Me temo que no hay manera de entrar —susurró Paki pensando que había sido un error acompañar a la chica.

Una cosa era ser un molesto mosquito zumbando alrededor de la cara del faraón, y otra muy distinta que lo descubrieran figando en su territorio sagrado.

—Invoca a los dioses, Paki —susurró Lea recorriendo con las manos las paredes de tela en busca de un agujero en alguna costura—, no sea que tus palabras nos traigan mala suerte. Más adelante, creo.

Al girar la esquina se toparon con Reshef, que los miró con expresión seria.

Unos guardias sujetaron a los intrusos y Reshef gruñó algo en egipcio.

—El médico dice que la condena por entrar en la tienda personal de Su Majestad es la pena de muerte.

—Pregúntale si Su Majestad está ahí —dijo Lea señalando hacia la tienda.

Paki lo preguntó y Reshef parpadeó.

—Sí.

—Pregúntale por Daveed.

Paki tradujo la pregunta, pero Reshef negó con la cabeza.

—Tu marido no está —dijo Paki—. El médico jefe no sabe dónde está.

Lea intentó soltarse y correr hacia la puerta.

—¡Estás loca! —exclamó Reshef cuando un guardia la atrapó.

Dijo algo en egipcio y a Paki le temblaron las piernas.

—El médico dice que si se nos ocurre entrar, nos cortarán la cabeza. Por favor, Lea, te lo suplico. Arrodillémonos, digámosle que lamentamos haberle ofendido y pidámosle que nos deje volver al harén.

—Gracias por tu ayuda, amigo mío —le contestó Lea—. Rezaré a los dioses para que te bendigan. Pero ahora, por favor, pide a Reshef que me conceda una audiencia con Su Majestad y que te permita a ti volver a tus obligaciones en el harén. Dile que te obligué a venir conmigo, por favor.

El eunuco hizo lo que le pedía. Reshef habló y Paki tradujo:

—Dice que no es culpa mía, porque soy solo un esclavo que obedece los caprichos de una mujer que está loca. Puedo marcharme si quiero. Pero dice que solo te concederá la audiencia porque Su Majestad está interesada en las tablillas escritas en tu código secreto. Ya que no respondes a las preguntas del médico supremo, quizá respondas a Su Majestad. Pero nunca debes hablar de lo que veas esta noche en la tienda.

—Dile que lo juro solemnemente ante mis dioses.

Paki tradujo y Reshef le contestó en tono burlón.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Lea.

—El perro egipcio dice que todo el mundo sabe que los cananeos son un pueblo supersticioso que no respeta a sus dioses como los egipcios. Por los sagrados espíritus de mi pueblo africano, juro que son un pueblo atrasado.

Reshef dio una orden, y Lea y Paki fueron escoltados hasta el interior de la tienda azul, donde de pronto sintieron una agradable fragancia y el brillo acogedor de las numerosas antorchas y lámparas.

Dentro había varios hombres, todos ellos militares de diversos rangos. Estaban en el centro, formando un corro, mirando al suelo y hablando todos a la vez. A la parpadeante luz de las antorchas, Lea intentó descubrir el objeto de su atención. Vio que era un mapa enorme. Los generales movían figuras en

el mapa con largos bastones.

Lo había visto antes, en el palacio de Harrán, al norte del Éufrates. En aquella zona de la tienda se analizaba la estrategia militar, los movimientos de tropas y carros, la localización de poblaciones y de puntos clave. Diminutos soldados se alineaban en divisiones, junto con caballos y carros. Había figuras aisladas, más grandes que las demás, repartidas por el mapa, con corona, que representaban a los reyes de ciudades extranjeras. Todas ellas estaban atravesadas por una flecha, lo que hizo pensar a Lea en las muñecas de cera en las que las celosas mujeres de Tutmosis clavaban agujas para debilitar a su rival.

Y de repente vio...

Estuvo a punto de gritar, pero se tapó la boca de inmediato.

En un trono elevado estaba sentada una persona que daba órdenes a los generales y recibía informes de los exploradores que entraban corriendo, señalaban puntos en el mapa y se marchaban. Lea no entendía lo que decían, porque hablaban en egipcio, pero sabía quién era esa persona.

No era el faraón Tutmosis.

Lea estaba paralizada, hipnotizada. La mujer sentada en el trono que daba órdenes a los oficiales no podía ser otra que Hatshepsut, aunque habían asegurado que había muerto.

No podía creer lo que veían sus ojos, y de hecho se preguntó si no sería otra persona. La mujer no iba vestida lujosamente. Llevaba una túnica blanca de lino, un chal también blanco anudado al pecho, una peluca negra con una melena recta hasta los hombros y una diadema de oro con una cobra en la frente.

Y de repente le vino otro recuerdo. La noche lluviosa, hacía siete años, antes de que Zira dijera aquellas envenenadas palabras que provocaron el parto prematuro de su madre y desencadenaron la serie de acontecimientos que la habían llevado hasta aquel preciso instante. Jotam y el padre de Lea hablaban sobre la mujer faraón de Egipto, y Jotam dijo que había oído decir que se empeñaba en que se dirigieran a ella en masculino.

Contempló boquiabierto el rostro bajo la peluca recta. Tenía cierto parecido con Tutmosis, en la mandíbula varonil y los ojos hundidos, pero aunque el sobrino era feo, su tía era majestuosa.

Lea calculó que la reina tendría unos cincuenta años, y aunque parecía fuerte, tenía el rostro arrugado y ensombrecido por el cansancio. Lea entendió que aquella era la razón por la que Reshef no dejaba de preguntarle por las

dieciocho tablillas.

El poder de aquella mujer sobre todos los hombres que había en la tienda era incuestionable. Lea no imaginaba que una mujer pudiera tener tanto poder. En el palacio real de Carquemís, cuando el rey Salomón ofrecía regalos al rey, Lea había observado a la reina a su lado, una mujer rígida y silenciosa, sentada como una estatua mientras su marido recibía a sus distinguidos visitantes. En la ciudad de Harrán, al norte, donde Abraham, padre de los semitas, apacentaba su ganado, la reina ni siquiera había aparecido por la sala del trono, en la que una multitud de cortesanos espléndidamente vestidos se reunió entre majestuosas columnas cubiertas de oro, malaquita y turquesa. En la venerable ciudad de Mari, la reina se quedó en el harén con sus criadas mientras su marido recibía al rey Salomón y a la corte que viajaba con él. Lea solo pudo ver a una reina en la ciudad de Palmira, en el desierto, pero estaba rodeada de consejeros varones que le decían lo que tenía que hacer.

Hatshepsut era única. Lea sentía su carisma, como si de su persona emanara energía física. Observó cómo afectaba a aquellos hombres, también poderosos. La reina se levantó del trono, y todos los hombres de la tienda se inclinaron y levantaron el brazo derecho para saludarla. Dio un paso adelante y los hombres, tanto los que llevaban casco y coraza como los vestidos como sacerdotes y con pieles de leopardo, dieron un paso atrás.

¿De dónde procedía aquel poder? ¿Era realmente Hatshepsut fruto de la relación sexual de su madre, mortal, con el dios Amón-Ra, como aseguraba? En todo el mundo se contaban miles de historias sobre dioses que habían adoptado forma humana para mantener relaciones con mortales, pero Lea se preguntaba si eran ciertas.

¿O sencillamente aquella mujer tenía una personalidad tan fuerte y estaba tan segura de sí misma que nadie se atrevía a cuestionar su autoridad?

Lea oyó a Reshef diciendo algo en egipcio, y la reina le contestó con una voz profunda que resonó en toda la tienda y que hizo que la chica temblara. Se preguntó si la reina había ordenado que la ejecutaran.

Lea no quería morir. No podía permitirlo. Su familia la necesitaba. No era su intención presentarse ante la gobernante más importante del mundo, porque seguro que la que daba las órdenes era Hatshepsut, no Tutmosis.

Tengo que dirigirme a ella, pensó Lea. Puedo explicarle que no pretendía faltarle al respeto. Le pediré que se apiade de mí.

Pero el miedo no le dejaba abrir la boca.

Si hubiera hablado con el rey Salomón la mañana en que lo curé y me

convirtió en su prisionera, quizá me habría permitido volver a casa y quizá habría evitado que Zira vendiera a mi familia como esclavos, pero mantuve la boca cerrada y la calamidad se abatió sobre mi familia.

Pero ahora la necesitaban más que nunca.

Temblando de miedo, Lea pensó: El poder de Hatshepsut está en su interior, en su alma. Su poder es su propia esencia, un poder que procede de los dioses...

¡Asera!, exclamó Lea para sus adentros. Dame ese poder. Si una mortal puede canalizar la fuerza divina, ¿por qué no puede hacerlo también otra? Dame fuerza, bendita Asera. No te alejes de mí ahora, madre de todas las cosas. Escucha la súplica de tu devota hija. Tengo que hablar en mi defensa, pero me da miedo.

Lea vio que Hatshepsut la miraba fijamente. No podía apartar la mirada de sus penetrantes ojos pintados con khol negro, que no pestañeaban, como los ojos de un chacal, formidables, como si la gran reina pudiera atravesar la piel, la carne y los huesos de Lea y ver directamente su alma.

Quiere que hable. Está dándome el poder de hablar.

Lea respiró profundamente.

—Oh, Majestad radiante, hija de Amón-Ra, hija del sol, que lleva la corona de Egipto...

No tenía ni idea de lo que la reina esperaba que dijera, pero había presenciado las suficientes entrevistas entre el rey Salomón y otros monarcas para saber que debían abundar las alabanzas.

Al principio nadie tradujo sus palabras. Los hombres se sobresaltaron, pero enseguida se quedaron en absoluto silencio, helados, esperando la reacción de la reina. Ni siquiera Reshef habló o se movió, y tampoco los guardias que flanqueaban a la desvergonzada intrusa.

—Su fulgor me ciega —dijo Lea—. Su gloria ciega el mundo, oh, grande y magnífica hija de los dioses. No era mi intención faltar el respeto a su sublime presencia. He venido a rendir homenaje a la diosa viva de Egipto.

Al ver que Hatshepsut no decía nada, pero seguía mirándola sin pestañear, Lea se dio cuenta de que la reina entendía perfectamente lo que estaba diciéndole.

—No soy una plebeya, Majestad —siguió diciendo Lea, en tono algo más seguro—. No soy una mujer cualquiera. Mi bisabuelo se casó con una hija del gran rey Ozedia, y yo soy la esposa de un príncipe de la casa real de Lagash. —Hizo una reverencia—. Sin embargo, me inclino ante su magnífica y

gloriosa Majestad.

Esperó, inclinada y con los ojos clavados en la elegante alfombra bajo sus pies. Los militares, sacerdotes, magos y consejeros cubiertos con pieles de leopardo permanecieron en silencio. El incienso invadía el aire. Lea sintió que todo el mundo la miraba. Por el rabillo del ojo vio la luz titilante de las antorchas. Contenía la respiración y esperaba que en cualquier momento llegara la orden de ejecución. Pero de pronto escuchó la voz profunda de la reina hablando en cananeo.

—Te conozco. Sé cómo te llamas.

Lea, perpleja, levantó los ojos y vio a Hatshepsut con la mano frente al rostro. Repitió las palabras en cananeo y luego dijo: «Au-a rej kua-ten. Rej kua ren-ten», que Lea supuso que era la traducción en egipcio.

—Le traigo regalos, Majestad Radiante —dijo Lea, cada vez más segura de sí misma—. Mi tía Raquel llegó a los ochenta y siete años de edad, y el día en que los dioses se la llevaron todavía gozaba de perfecta salud. Atribuía su larga vida a un tónico que se tomaba cada mañana. Yo conozco la fórmula secreta de esa bebida.

Mientras esperaba la respuesta, se preguntó por qué Hatshepsut había fingido su propia muerte. Y luego pensó: Aunque la reina se haga llamar rey y lleve ropa de hombre y barba falsa ante el pueblo egipcio, seguramente su arrogancia acaba ahí. A los monarcas de todo el mundo siempre se los representaba en los monumentos como a héroes conquistadores, y los reyes egipcios no eran distintos. Probablemente Hatshepsut sospechó que su pueblo no aceptaría la imagen de una mujer blandiendo un mazo y golpeando en la cabeza a sus enemigos. Debía esconderse para hacer la guerra, y había esperado a que su sobrino estuviera listo.

—Sabia y poderosa hija de Amón-Ra, cuyo brillo ciega a esta humilde servidora de Canaán: temo que si su sobrino avanza hacia Ugarit con un ejército invasor, mi rey destruirá todos los objetos de valor para impedir que caigan en manos enemigas. Y eso incluye nuestra famosa biblioteca. Los centenares de recetas reunidas y archivadas quedarán convertidas en polvo. — Lea se envalentonó—. Recuerde, Majestad Radiante, que Ugarit es un puerto internacional, de modo que nuestros médicos han hablado con gente de todo el mundo y han reunido sus secretos sobre medicina. Hombres del lejano norte, con el pelo del color del trigo y los ojos del color del lapislázuli, llegaron con sus extrañas recetas y nos contaron sus curas. Nuestros médicos las valoran más que ninguna otra cosa, Majestad, porque nunca han visto un pueblo más

sano y fuerte.

Hatshepsut dio una orden, y los dos guardias sujetaron a Lea por los brazos. Reshef se dirigió a ella. Paki tradujo con voz temblorosa:

—El médico dice que tu locura va a costarte la vida. Por haberse atrevido a mirar el sagrado resplandor de Su Majestad, por haberse atrevido a hablar al gran rey Hatshepsut, Lea la cananea debe morir.

Sus compañeros lo llamaban Gozer, aunque era su sexto nombre en seis años. Se había hecho llamar Datán y Jafet, entre otros nombres, y se había hecho pasar por albañil, panadero, domador de camellos, marinero y tintorero. Aquella noche, junto a la hoguera en la que hombres de lugares distintos y con destinos diferentes se habían reunido para protegerse entre sí y compartían la comida, era el platero Aram. Mientras sus compañeros hablaban de las últimas noticias, de la guerra y de política, Aram se preguntaba adónde iría. Se le pasó por la cabeza Ugarit, donde lo habían conocido como Caleb y donde todavía tenía una esposa y una familia que vivía en una casa junto a un viñedo.

Necesitaba dinero y un lugar para esconderse. ¿Sería prudente volver? Sin duda Tamar había vuelto a casa cuando él se embarcó hacia Minos. ¿Qué había contado a su familia?

Se cerró la capa y miró las estrellas. Aquella tierra montañosa estaba dejada de la mano de los dioses. Los habitantes del lugar la llamaban Jerusalén, que significaba «la morada de Salem», un antiguo dios cananeo. Pero Caleb no veía dioses en aquellas montañas. Solo veía edificios de madera, chozas de piedra, tiendas pequeñas, corrales de ovejas y de cabras y, al final de la carretera, un tosco cuartel que albergaba a los soldados del jefe de la tribu, un hombre grosero llamado Hadad. A los pies de las murallas de la fortaleza, alrededor del fuego, se reunían viajeros que comían, se reían, gritaban, roncaban y contaban con la protección de Hadad en aquellos tiempos peligrosos.

Caleb estaba sentado con cinco hombres cuyos nombres y oficios no le interesaban. No iba a quedarse mucho tiempo. Mantuvo la boca cerrada y los oídos atentos a la espera de una oportunidad. Tenía que seguir adelante.

Había pasado una agradable temporada en la isla de Minos, hasta que los demonios azules lo encontraron. Irrumpió en la casa de tres hermanas, lasató y las hizo gritar una a una hasta que los demonios azules se callaron y se marcharon, pero no borró suficientemente su rastro, de modo que lo pillaron

en el puerto. El príncipe mandó torturar a Caleb casi hasta la muerte. Varios meses después consiguió escapar y meterse de polizón en un barco.

Al recordarlo, miró la fogata con el ceño fruncido. Tres chicas que vivían solas en una cabaña al final de un campo de olivos. ¿Cómo iba a saber que eran bailarinas sagradas, consagradas a un dios toro que vivía en un laberinto subterráneo? Toda la isla se había alzado en armas contra él.

—Con Meguidó a sus pies —decía uno de sus compañeros—, y todas las tierras al norte, este y oeste de Meguidó sometidas al poder de Egipto, el faraón se dirigirá hacia el sur, sin duda volverá a Egipto, y nosotros estamos exactamente en su camino.

Meguidó estaba a casi cien kilómetros al norte. El ejército del faraón había avanzado en esa dirección bordeando la costa y había pasado por alto la insignificante Jerusalén porque su objetivo era apoderarse de territorios más ricos. Viajeros procedentes del norte informaban de que el faraón se había llevado varias divisiones al monte Carmelo, al norte de Meguidó, así que de momento la zona de Jerusalén y de los pueblos de los alrededores, gobernados por jefes tribales y señores de la guerra divididos, estaba a salvo, pero eso no significaba que siguiera estándolo mucho tiempo.

Los viajeros se quedaron en silencio, pensando en su futuro. Oyeron ruido de cascos y el chirrido de ruedas, levantaron la cabeza y vieron en el camino lleno de baches a un hombre delante de una carreta tirada por un burro.

—¡Hola! —gritó en tres lenguas—. ¡Vengo a alegraros el hígado! Tengo la mejor cerveza egipcia y vino de Jericó. ¿A quién le interesa?

Vieron los barriles en el carro, del que colgaban botas de vino. Los compañeros de Caleb, muy contentos, sacaron aros de cobre, y el vendedor descargó un barril del carro y lo dejó junto a la hoguera. Mientras el comerciante abría la tapa haciendo palanca, Caleb consideró cuál sería el uso más sabio de su último aro de cobre. No podía quedarse allí sin beber, y necesitaba que los hombres hablaran para decidir lo que hacer, y a quién.

Entregó al vendedor su aro de cobre y cogió la larga caña que el hombre ofreció a cada uno de los sedientos viajeros. El vendedor de cerveza se trasladó con su burro y su carreta al siguiente grupo. Caleb y sus compañeros introdujeron en el barril las largas cañas huecas y empezaron a sorber.

No tardaron en hablar por los codos. Y Caleb los escuchó.

Uno de ellos se limpió la boca con la manga y señaló el cuartel.

—El caso es que el jefe Hadad tiene tanto miedo al faraón Tutmosis que ha decidido mandar a su hija menor a Meguidó como garantía de buena

voluntad, para que el faraón no dude de su lealtad y como prueba de que no ofrecerá resistencia si Egipto quiere ocupar Jerusalén.

—Todos los señores de la guerra cananeos temen al faraón —gruñó otro—. Nadie esperaba que Meguidó cayera, y ahora les preocupa su miserable pescuezo.

El que había hablado primero dio un largo sorbo de cerveza y se relamió.

—Dicen que Tutmosis trata bien a sus rehenes. Viven en el palacio y les dan la misma comida y los mismos lujos que a los miembros de la familia real. Un príncipe de Jabneel y su mujer están como invitados, por así decirlo. Los raptaron de su palacio y se comenta que no tienen ningunas ganas de volver a su casa. Se llevaron a los príncipes de Ugarit, y ahora viven en el harén de Meguidó con sus nodrizas. No les han hecho ningún daño y están bien alimentados.

Caleb prestó atención al oír hablar de Ugarit.

—He oído decir que el rey Salomón está furioso —dijo otro—, porque también secuestraron a una mujer que dicen que es su encantadora de demonios personal. La hija de un rico vinatero que curó a Salomón.

Caleb le dio vueltas en su cabeza. La hija de un vinatero...

¿Era posible? En el poco tiempo que había pasado en la casa de Elías, Caleb se había enterado de que Lea tenía un jardín medicinal para preparar los remedios de la anciana de la casa. ¿Y aquella chica había curado al rey Salomón? Parecía poco probable que se tratase de la hija de algún otro vinatero.

Caleb dio un sorbo de cerveza y se limpió las gotas de la barba.

—Amigo, yo viví un tiempo en Ugarit. ¿Sabes cómo se llama esa mujer, la encantadora de demonios?

El hombre se encogió de hombros.

—¿A quién le importa cómo se llama una mujer? Pero si de verdad es una encantadora de demonios, Tutmosis la mantendrá a su lado y vivirá muy bien.

En su viaje hacia el este, Caleb había oído muchas historias sobre la conquista de Meguidó y la ocupación de la antigua ciudad por parte del faraón. Decían que había trasladado a sus propias esposas egipcias al harén de Meguidó. Seguramente los príncipes y la encantadora de demonios estaban también en aquel harén.

Una vida fácil llena de lujos, pensó Caleb, escondido en un mundo de mujeres en el que a nadie se le ocurriría buscarlo. Una vida que le proporcionaría víctimas cuando los demonios azules lo acosaran. Un harén

lleno de mujeres y niños, vigilado por débiles y gordos eunucos.

—He oído esta tarde —dijo otro— que el jefe Hadad tiene problemas para reclutar a hombres de confianza que acompañen a su hija a Meguidó. Teme que abandonen la caravana en cuanto salgan de Jerusalén, porque no tienen ningunas ganas de luchar y temen a los egipcios.

Caleb murmuró que tenía que orinar, se levantó tambaleándose y se alejó de la hoguera. Al acercarse a las puertas de madera, fuertemente vigiladas, enderezó la espalda y caminó con paso sobrio, porque apenas había bebido cerveza. Comunicó a los vigilantes que el platero Aram tenía que hablar urgentemente con su jefe. Lo metieron en el edificio, donde soldados que refunfuñaban junto al fuego miraron al intruso con desconfianza.

El cuartel del jefe Hadad era el único edificio de ladrillo dentro de la fortaleza de madera. Era de una sola planta, con una escalera que llevaba a la azotea. Hadad estaba sentado en una sala poco iluminada, mirando un mapa, y dos hombres con falda y coraza de piel intentaban descifrarlo.

—¡Que Dagan se lleve al tipo que me trajo este mapa! —gritó Hadad—. ¡No sirve para nada!

Levantó la cabeza. Un hombre con cara de cerdo y labios amoratados. El jefe supremo de los señores de la guerra de aquella zona no impresionó a Caleb.

- *Shalaam*, y que los dioses lo bendigan —dijo Caleb.

—¿Quién eres?

—Soy la respuesta a sus súplicas, noble Hadad. He oído decir que desea enviar a su hija a Meguidó, pero que no encuentra a hombres honestos que la lleven. Tiene ante usted al hombre más honesto del mundo —dijo golpeándose el pecho—. Pregunte a cualquiera de aquí a Babilonia. Le cantarán las alabanzas del platero Aram. Y resulta que me dirijo a Meguidó por negocios importantes. Sería un honor para mí acompañar a su encantadora hija y asegurarme de que llega ilesa a manos del faraón. —Observó la mirada desconfiada de Hadad y añadió con su sonrisa más encantadora—: Espero que se me pague bien por mis esfuerzos, por supuesto, pero juro por Sem, protector de Jerusalén, que no se arrepentirá.

Casi se rió al pensar en las vueltas que daba el destino. Hacía un momento era un fugitivo que escapaba. Ahora reclamaría a Lea como su esposa y viviría a todo lujo.

—Amo, ¿vas a luchar? —preguntó Nobu señalando la daga del brazo de

Daveed.

No importaba que el conductor del carro los oyera, porque no hablaba cananeo.

—No lucharé si no me obligan —le contestó Daveed—. No confío en el faraón. Temo que si descubre mis habilidades para la lucha, me mantendrá en su círculo. Incluso puede presionarme para que enseñe a sus hombres las técnicas del zh'kwan-eth. Si queremos que nos libere y nos deje volver a casa, debo mantener en secreto mi arte marcial.

Sin embargo, cada vez que tenía ocasión, Daveed se alejaba del campamento para practicar sus ejercicios. No quería luchar, pero sí estar preparado por si tenía que defenderse.

Avanzaban al pie de una cordillera llamada Carmelo, que tanto en habiru como en cananeo significaba «tierra fructífera». Daveed sentía el Mar Grande frente a ellos, porque sabía que aquel era su destino. El aire era fresco y vigorizante, y de vez en cuando alguna gaviota perdida cruzaba el cielo azul. Intentaba imaginar por qué el faraón lo había llevado a aquella guarnición remota.

Hacía veinte días que se había despedido de Lea en la terraza del palacio, tras su primera noche de amor. La llevaba en el corazón día y noche, y sus labios no dejaban de repetir su nombre. Deseaba regresar a su lado y no volver a separarse de ella. El recuerdo de Lea entre sus brazos, su entrega sin reservas, sus dulces besos y sus suaves gemidos, que lo habían llevado al éxtasis, ocupaban todos sus pensamientos, pero también le habían proporcionado una nueva motivación. Aunque siempre había soñado con formar parte de la Hermandad de Ugarit, y aunque aquel sueño se había ampliado hasta convertirse en deseo de que lo nombraran rab, aquellos sueños eran para sí mismo o por el bien de sus hermanos escribas. Ahora, avanzando en el carro, bajo el cielo azul y rodeado de miles de soldados, Daveed se daba cuenta de que todos sus objetivos eran por Lea. Quería que lo nombraran rab por ella, para que estuviera orgullosa de que su marido fuera uno de los hombres más importantes de Ugarit, para que gozara de buena posición entre las mujeres de Canaán.

Estaba impaciente por volver a Meguidó, llevarse a Lea a casa y empezar su vida en común. No quería participar en aquella insensata campaña militar. Daveed viajaba en la columna de las provisiones, junto a carros de bueyes que transportaban cereales, cerveza, aceite y cebollas. El faraón le había explicado que en los acantilados que daban al mar habían construido un

cuartel, un puesto aislado de difícil acceso para sus enemigos, pero que no era autosuficiente, y por eso aquella columna era vital. Las provisiones iban acompañadas de cinco divisiones de infantería y dos de carros, más de mil soldados armados hasta los dientes e impacientes por luchar.

Daveed y Nobu iban en carros distintos, vehículos arrastrados por cuatro caballos pensados para que viajaran dos personas: el conductor y un arquero. Nobu se agarraba con fuerza y maldecía cada piedra y cada agujero que sacudían su carro. Llevaba colgado a la espalda el maletín de escriba de Daveed y su equipo de barbero. Por la noche, cuando acampaban, los egipcios se burlaban de los dos hombres de Ugarit porque Nobu arreglaba el pelo y la barba a su amo, y Nobu los insultaba para sus adentros por ser unos incivilizados con la cabeza afeitada y peluca.

El grueso del ejército egipcio era infantería, y Daveed se había enterado de que los habían reclutado patrullas que recorrían el valle del Nilo obligando a los hombres a incorporarse al servicio militar. Las principales armas de la infantería eran las jabalinas y las espadas pequeñas, y los oficiales llevaban un bastón para diferenciarse de la tropa. Muchos se protegían con yelmos y túnicas de estera. Todos llevaban un escudo de piel de buey sobre una estructura de madera cuadrada por abajo y redondeada por arriba. Aunque la mayoría de los soldados de infantería eran egipcios, los arqueros eran nubios e iban armados con arcos hechos con láminas de hueso y de madera. Avanzaban en filas que se identificaban por medio de bandas de tela de diferentes colores atadas en varas bifurcadas que encabezaban la formación: azul, roja, naranja, amarilla, blanca y negra.

Daveed tenía ahora una visión más clara del poder de Egipto, porque cada noche, en el campamento, observaba a soldados, conductores de carro y jinetes entrenándose. En cuanto los mandos gritaban sus órdenes, los hombres empezaban a combatir con espadas, sables, hachas y garrotes. Vio a soldados egipcios practicando con hombres vestidos con falda verde y collarín de piel, el uniforme del ejército cananeo. Eran prisioneros o desertores de alguna batalla reciente a los que se habían llevado consigo para obligarlos a luchar o para utilizarlos en las prácticas, de modo que caían ante las dagas, los arcos y las hondas. Cuando se entrenaban para el combate, los soldados egipcios llevaban solo una funda que les cubría el pene y una cuerda alrededor de la cintura.

Cada noche Daveed escuchaba los insufribles alardes de Tutmosis y sus generales. Ahora que el faraón sabía que Daveed estaba dispuesto a dar su

vida antes de desvelar un secreto, no se privaban de hablar delante del escriba. Daveed se enteró de los secretos militares del enemigo de Ugarit y observó las costumbres egipcias. También se enteró de que, como en las ciudades del Éufrates, Egipto utilizaba el antiguo sistema de escritura cuneiforme de Babilonia, en tablillas, para su correspondencia internacional y para sellar acuerdos. No sabía por qué, aunque suponía que tenía que ver con el hecho de que el papel se quemaba, mientras que la arcilla duraba para siempre, lo que daba testimonio de lo poco que tardaban los gobernantes en olvidar sus tratados y sus promesas.

A lo largo del camino habían saqueado pueblos y asentamientos, se habían apoderado de comida, ganado y carros, y habían reclutado a los hombres en buenas condiciones físicas. Como sucedía siempre en tiempos de guerra, las mujeres y los niños los seguían con sus palanganas, sus cazuelas y sus telares. Por la noche, cuando el ejército egipcio acampaba, acampaban también los que lo seguían, y no tardaban en mezclarse. Las mujeres ofrecían sus servicios a cambio de comida y protección. Daveed sabía que surgirían romances, o quizá solo relaciones de mutua conveniencia, y que algunos soldados se casarían y volverían a Egipto con sus esposas. Así, a lo largo de los siglos, la guerra diseminaba los pueblos, las tradiciones y los credos.

Pero como hasta el momento aquella columna solo había librado pequeñas escaramuzas, sin grandes saqueos con los que recompensar a la tropa, a medida que pasaban los días, Daveed veía a los soldados cada vez más hoscos y descontentos.

Aunque Daveed era un príncipe y había aprendido a cazar, a montar a caballo y a conducir un carro, y aunque dominaba el arte marcial zh'kwan-eth, no estaba familiarizado con la guerra y nunca había presenciado una batalla. Aun así, sabía que los soldados del faraón estaban desanimándose. No estaban allí voluntariamente y, a medida que pasaban los días, iban convirtiéndose en un ejército de hombres insatisfechos y decepcionados que no dejaban de quejarse. Los soldados de a pie caminaban con los hombros caídos, cargados con armas, y avanzaban a un ritmo tan descompasado que más parecían una fila de prisioneros arrastrando los pies que orgullosos soldados. ¿Cómo aquella panda de hombres sin el menor entusiasmo había conseguido derrotar al ejército cananeo en Meguido? ¿Y cómo esperaba el faraón Tutmosis luchar contra los habiru, que todo el mundo sabía que eran fieros y orgullosos, y estaban sedientos de sangre? Daveed imaginaba que, al primer toque de trompeta, aquellos soldados tirarían las armas y huirían a las montañas.

Por Shubat, ¿sobreviviremos a la batalla?, se preguntó por primera vez desde que había salido de Megidó.

Daveed interrumpió sus reflexiones cuando una trompeta rompió el silencio y la marcha se detuvo bruscamente. Vio a jinetes acercándose desde una montaña, exploradores a los que el faraón había ordenado que se adelantaran, y hablando con Tutmosis. El faraón dio órdenes y las tropas formaron filas. Los oficiales avanzaron entre ellas a grandes zancadas, con látigos en las manos para que los reacios soldados se pusieran firmes. Daveed intercambió una mirada nerviosa con Nobu, sentado junto al conductor de su carro como una estatua de mármol. Daveed vio a su viejo amigo pálido y temblando de miedo.

El faraón Tutmosis, en su carro plateado tirado por cuatro caballos con penacho, levantó los brazos. Pese al numeroso ejército, el valle se quedó en completo silencio. Lo único que se oía era el grito solitario de un halcón en el cielo.

—¡Soldados de Egipto! —gritó el faraón.

A Daveed le sorprendieron el tono y la fuerza de su voz. Aunque Tutmosis era muy bajito, su voz recorrió el aire como el sonido de una trompeta, de modo que incluso la caballería, al final de la columna, podía oírla.

—Hoy os conduciré a la batalla —siguió diciendo Tutmosis—, porque mis exploradores me han informado de que los habiru están acampados al otro lado de las montañas. Son tan numerosos como granos de arena en el desierto, como estrellas en el firmamento. Son más numerosos que nosotros, de modo que cada uno de vosotros tendrá que luchar contra diez hombres. Pero ¡los habiru no son nada comparados con los guerreros de la Tierra de Kem! ¡Son como niños y viejas comparados con los guerreros de Amón-Ra, el dios más grande del mundo! ¡Hoy os conduciré a la gloria! Hoy los dioses sabrán vuestro nombre y os aclamarán como a los mejores soldados del mundo. Si hoy morís, cruzaréis a Occidente conducidos por Anubis. Colocarán vuestros corazones en la balanza de la verdad y os juzgarán merecedores de una vida eterna que ni siquiera podéis imaginar.

Los soldados se miraron entre sí sonriendo y asintiendo.

—Si hoy morís —continuó el faraón—, seréis elevados por los rayos del sol. Navegaréis eternamente en la barca solar de Ra, bebiendo vino dulce y disfrutando del abrazo de hermosas vírgenes. Esa será vuestra recompensa por derrotar a los enemigos de Egipto.

Los soldados murmuraron impacientes.

—Pero si hoy no morís, si lucháis con valor y hacéis que la sangre habiru corra por esta llanura, el día en que regresemos a Egipto haréis una entrada triunfal. Vuestras madres y esposas gritarán orgullosas y felices hasta quedarse afónicas. Las mujeres se lanzarán a vuestros brazos, porque seréis héroes de una gran conquista. Todas querrán acostarse con vosotros. Estarán ansiosas por recibir vuestra semilla entre sus piernas, porque seréis los hombres más valientes del mundo. Cada uno de vosotros será recompensado con una granja, tinajas de miel y campos de trigo. Y nunca más tendréis que trabajar duro.

Los soldados estallaron en ovaciones y golpearon las espadas y las dagas contra los escudos. Un ruido ensordecedor invadió el valle. Incluso Daveed sintió que se le ensanchaba el corazón de entusiasmo, que la voz y las palabras del faraón le vigorizaban los huesos. Miró a Nobu, ahora radiante de alegría, como si también él estuviera impaciente por matar al enemigo habiru y conseguir una granja en el Nilo.

Tutmosis hizo una señal y los hombres que encabezaban las columnas, con sus estandartes guarnecidos con bandas de colores, echaron a correr hacia un carro enganchado a bueyes. De debajo de una funda sacaron estandartes nuevos, largos, rectos y pulidos, con una insignia de oro en la punta. Volvieron al frente de sus tropas alzando los estandartes de oro.

Daveed sabía que colocaban aquellas efigies en largas varas para que se vieran por encima del polvo de la batalla. Cada estandarte llevaba la efigie del dios protector del regimiento. Los halcones, cocodrilos y gavilanes de oro servían no solo para mantener las tropas organizadas en sus compañías respectivas, sino también para inspirarles valor y heroísmo.

El oro brillaba tanto al sol del mediodía, que despedía rayos que cegaban a los hombres. Gritaban, se tapaban los ojos y caían de rodillas. Daveed, haciendo visera con la mano, vio con qué habilidad los portaestandartes giraban ligeramente las varas en distintas direcciones para atrapar el sol y lanzar destellos brillantes hacia todas las divisiones. Un espectáculo impresionante que causaba un gran efecto.

Pero observó con curiosidad que no todas las efigies eran dioses. Algunas eran símbolos abstractos que él no sabía identificar, pero que aquellos hombres, que no sabían leer ni escribir, sabían perfectamente lo que significaban, porque en cuanto el faraón dio la orden, los hombres, que hasta aquel momento habían estado desanimados, se incorporaron de un salto, se congregaron bajo los estandartes de oro, saltaron y gritaron con todas sus

fuerzas. Cuando volvió a sonar la trompeta, los carros de guerra de las primeras filas empezaron a moverse, los arqueros se prepararon, la caballería avanzó al galope y los soldados de infantería echaron a correr, impacientes por enfrentarse al fiero enemigo que los esperaba al otro lado de la montaña.

De pronto el enemigo se les echó encima por sorpresa. Corrían montaña abajo, aparecían detrás de las rocas y los árboles y emergían desde barrancos a lomos de camellos. Aullaban, blandían espadas y lanzaban flechas. Las espadas y las dagas metálicas brillaban al sol. Daveed y Nobu se agarraron en cuanto los conductores de sus carros se abalanzaron hacia la horda sedienta de sangre. Pero vieron que los soldados que habían sospechado que saldrían corriendo en cuanto vieran al enemigo corrían hacia delante con sus armas en alto y lanzando alaridos inhumanos.

Los habiru eran famosos por su habilidad con las hondas. Lanzaban rocas y piedras con tanta precisión que decían que podían sacarle un ojo a un hombre al pasar junto a él en un carro. Daveed pensó que no había sonido más estremecedor que una piedra pasándole tan cerca de la oreja que sentía en la cara el aire que movía a su paso.

—¡Amo! —gimió Nobu en su carro.

—¡Reza a los dioses! —le gritó Daveed mientras una gran piedra impactaba en el suyo.

Daveed se agarró. El carro voló por los aires y cayó con tanta fuerza que sintió que le tintineaban los dientes. El conductor no pareció asustado. Sujetó las riendas con sus grandes manos y sus brazos musculosos. Tampoco los caballos tenían miedo, porque siguieron avanzando hacia el enemigo mientras las flechas, las piedras y las lanzas volaban por encima de sus cabezas. Daveed se aferró al carro con todas sus fuerzas y recitó los nombres de todos los dioses a los que pudo recordar. Evocó incluso a dioses cuyo nombre no sabía.

Se le encogieron las tripas de miedo. Oyó un agudo gemido y supo que era de Nobu. Miró a su alrededor y entre nubes de polvo vio a su amigo agachado en el carro. Solo se le veía la cabeza.

Pero los soldados del faraón no retrocedían. Si un portaestandarte caía, otro ocupaba rápidamente su lugar y alzaba al dios o el símbolo de oro para animar a las tropas, para que el fuego siguiera ardiendo en sus venas. Cargaban contra los habiru con una ferocidad que sorprendió mucho a Daveed. ¿De dónde salía aquel fervor? Sin duda no solo del discurso del faraón.

No, pensó mientras su cuerpo se balanceaba de un lado a otro con cada

giro brusco del carro. Hay algo más...

Cuando Daveed ya pensaba que sin duda lo esperaba la muerte —rezó a Shubat y murmuró una despedida para Lea—, los conductores de pronto giraron y subieron una pendiente desde la que Tutmosis y sus generales observaban la batalla.

A Daveed aquel caos le resultaba tan fascinante como repulsivo. Los hombres se enfrentaban con garrotes y hachas, se apaleaban y se rebanaban. Los gritos de los heridos y los moribundos invadían el aire. Los caballos y camellos caían al segarles las piernas desde el suelo. El aire no tardó en apestar a sangre. El ruido era ensordecedor y se había levantado tanto polvo que Daveed se preguntaba cómo era posible saber a quién se atacaba. Pero Tutmosis y sus oficiales observaban en silencio, imperturbables.

Aunque los habiru luchaban ferozmente, pronto se vieron superados por las tropas entusiastas del faraón. La batalla amainó cuando había más hombres esparcidos por el suelo que en pie, y al disiparse el polvo Daveed vio que los muertos eran mayoritariamente habiru. Incluso antes de que el combate hubiera concluido, mientras en los alrededores todavía había hombres luchando mano a mano, los soldados egipcios destrozaban los cadáveres de los enemigos para desvalijarlos, gritaban cuando encontraban una pulsera de bronce o un broche de cobre sujetando una capa. Recogían sobre todo armas, y bailaban y gritaban entre los habiru caídos hasta que el faraón se levantó, pidió silencio y ofreció otro hermoso discurso sobre el valor, las recompensas y las bendiciones de los dioses.

Después de la batalla, Daveed y Nobu vieron horrorizados a unos egipcios atando entre sí a cinco prisioneros habiru por el pelo. Con un golpe de espada, Tutmosis les cortó el cuello de tal manera que, al caer los torsos al suelo, levantó triunfalmente la mano con las cinco cabezas sangrantes. Un general explicó a Daveed que aquella maniobra, propia de los faraones desde hacía muchísimo tiempo, se llamaba «recolectar lino».

El personal militar que no luchaba empezó a montar un campamento junto al campo de batalla. Reunieron a los supervivientes habiru y los ataron en corrales improvisados. Daveed había oído que Tutmosis tenía previsto erigir monumentos a su persona a lo largo de todo el valle del Nilo, de modo que iba a necesitar a todo hombre en buenas condiciones físicas que tuviera a mano. Daveed sintió lástima por los prisioneros. En lugar de tener la honrosa muerte del guerrero —en el campo de batalla, tras haber luchado con valor—, estaban destinados a morir en una tierra lejana, tallando piedra en canteras extranjeras,

quizá reducidos a cargar con el odre de agua para calmar la sed de los trabajadores más fuertes.

Daveed se preguntaba si el invisible dios de los habiru era lo bastante poderoso como para llegar tan lejos. Si no tenía forma, ni nombre, ¿cómo iba a oír las oraciones de su pueblo en el remoto Egipto?

El sol se hundió detrás de las montañas. A medida que la sombra se extendía por la llanura en la que se había producido la carnicería, los soldados cazaron animales, encendieron hogueras, montaron tiendas y no tardaron en celebrar la victoria. Las risas, los cantos de los borrachos, los gritos fanfarrones, las discusiones y los insultos invadieron el campamento. Daveed preparó trozos de arcilla húmeda y anotó todo lo que había visto, no solo la batalla, sino también lo que sucedió después, cuando los egipcios se abalanzaron sobre los enemigos caídos y les cortaron las manos y los pies para llevárselos al faraón como trofeos y para asegurarse de que los espíritus de los muertos no podrían andar y vengarse de los vencedores.

Los cocineros, que repartían comida y bebida, ofrecieron a Daveed y a su esclavo jarras de cerveza aguada y pan con carne y cebolla. Nobu se bebió la floja cerveza egipcia contemplando las llamas del campamento y escuchando las voces de su cabeza. Hubo un tiempo en que habría recurrido al alcohol para silenciar aquellas voces, pero ahora, gracias a Ester, se mantenía sobrio y escuchaba. Así entendió lo que tenía que hacer.

—Amo —dijo a Daveed, que estaba escribiendo—, hoy he estado a punto de morir, y la mente de un hombre nunca es tan clara, ni su visión tan aguda, como cuando se enfrenta a su propia mortalidad. Amo, me duele el corazón. Estoy en la situación más lamentable en que puede estar un hombre. Estoy enamorado. Y necesito estar junto a esa querida alma que ilumina mi corazón. Necesito estar a su lado.

Daveed miró a su viejo amigo ligeramente sorprendido. Estaba al corriente de las correrías nocturnas de Nobu con mujeres por las calles y las tabernas, aunque nunca habían hablado del tema. Pero ¿enamorado?

—¿Quién es la afortunada?

Nobu agachó la cabeza. Daveed vio las llamas de la hoguera brillando en la coronilla calva de su amigo y pensó que era una ironía que un experto barbero perdiera el pelo.

—Te hablé de ella cuando salimos de Ugarit, pero no me escuchaste. Es la hermana de la mujer a la que amas, Ester. Ay, solo con decir su nombre se me inflama el corazón. —Levantó los ojos, desolado—. Necesita mi

protección, amo. Si no vuelvo inmediatamente a Ugarit y hago algo, la venderán como esclava. Amo, llevaré a la familia a Lagash. Allí tengo amigos que nos ayudarán.

Ahora Nobu sabía algo más: que las voces no eran una maldición, sino un regalo, que no eran voces de los dioses, sino tuyas. Aquellas voces eran un regalo que le habían hecho al nacer para que en lo sucesivo expresaran en su cabeza pensamientos de los que no era consciente y le recordaran algo que ni siquiera sabía que había olvidado: que Ester lo necesitaba.

Daveed apoyó una mano en el hombro de Nobu, su fiel compañero durante tantos años.

—Entiendo tu agonía, viejo granuja, pero sería una locura que volvieras a Ugarit solo. Estamos en un territorio devastado por la guerra. En estas circunstancias abundan los bandidos que atacan a los viajeros desprotegidos. No sobrevivirías. Pero ánimo. Te prometo que cuando volvamos a Ugarit te daré la libertad. Redactaré un documento de manumisión para librarte de la esclavitud. Y cuando seas libre, podrás declararle tu amor a la chica.

Los ojos de Nobu expresaron tanto agradecimiento que Daveed sintió lástima por él. Nobu era bastante mayor que Ester, y al fin y al cabo un esclavo, aunque consiguiera la libertad. Pero como nunca había imaginado que él mismo llegaría a enamorarse tanto y para siempre de una mujer, entendía a Nobu y le deseaba lo mejor.

Daveed siguió anotando la batalla en arcilla. Mientras lo hacía, algo le daba vueltas en la cabeza. Algo importante. La misma idea que por un momento se le había pasado por la cabeza en el campo de batalla, pero que no había podido concretar, y tampoco podía ahora. Se sentía como si estuviera atravesando un bosque y de pronto notara que algo lo acechaba, pero, al girarse, no viera nada.

Seguramente tenía que ver con el sorprendente fervor de las tropas después del discurso del faraón. No... era algo más. Cuando los soldados reaccionaron al ver sus estandartes de oro, los símbolos y las efigies de los dioses. Aquel era el momento que les había infundido valor.

Habían visto un símbolo que reconocían, que para ellos tenía sentido y que les daba fuerza, que los unía.

Daveed pensó en la Hermandad y en el lamentable estado del ojo solar. Los hermanos deberían reaccionar ante el emblema de su fraternidad como las tropas del faraón, que hasta aquel momento no habían dejado de quejarse, reaccionaron al ver sus estandartes de oro. Pero no era así.

Y de repente entendió lo que estaba dándole vueltas en la cabeza. Lo había analizado al revés. Había pensado que el emblema del sol de la Hermandad había caído en el abandono por la desidia de los hermanos, pero era exactamente lo contrario. Los hermanos habían abandonado el camino de la rectitud porque el ojo solar había perdido su poder.

Estuvo a punto de gritar. Durante mucho tiempo había pensado que la Hermandad necesitaba sencillamente a un líder fuerte, que se había debilitado porque el anterior rab era viejo y se había quedado ciego, pero ahora, tras haber observado que soldados sin entusiasmo y decepcionados se convertían en valientes guerreros con solo ver un símbolo, se daba cuenta de que aquello era lo que necesitaba la Hermandad.

Un nuevo símbolo que los uniera.

Movió la cabeza, sorprendido de cómo funcionaba la mente humana —¿o era Shubat el que se lo inspiraba?—, y de pronto descubrió algo más. Mientras estaba sumido en sus pensamientos, dando vueltas a las reacciones de las personas ante los símbolos, sus manos habían actuado por su cuenta, porque en la arcilla húmeda, recién marcada por su estilete, había un símbolo que había encontrado hacía poco tiempo en un rincón del antiguo archivo de Ugarit. No sabía quién había creado aquel símbolo, pero imaginaba lo que significaba. Había pensado seguir investigando cuando volviera de Meguidó, pero lo que le sorprendió fue que sus tercas manos habían actuado por sí solas y habían grabado en la arcilla aquel símbolo antiguo y olvidado, un dibujo de elegantes curvas y círculos que nada tenía que ver con los típicos triángulos y puntos de la escritura cuneiforme.

Contempló aquel símbolo antiguo del archivo de la Casa de Oro y supo lo que tenía que hacer con él. Por medio de la guerra y de los militares egipcios, Shubat le había mostrado lo que debía hacer para salvar realmente la Hermandad. Y supo también que nada debía interponerse en su camino de regreso a Ugarit para alcanzar su nuevo objetivo.

A la mañana siguiente, cuando Daveed se despertó, vio que Nobu se había marchado. La esterilla en la que dormía no estaba en el suelo, y también había desaparecido su petate y su equipo de barbero. Daveed imaginó que si iba a echar un vistazo a los caballos que habían llevado con ellos desde Meguidó, el de Nobu no estaría atado con los demás.

—Que Shubat te proteja y te mantenga a salvo, viejo amigo —susurró—. Rezaré para que llegues a casa.

Cargaron los muertos egipcios en carros y la columna siguió avanzando. Daveed miró atrás, a la luz de la mañana, y vio cientos de cadáveres esparcidos por la llanura. Los buitres les picoteaban los ojos y se daban un festín con las cavidades torácicas. Suponía que en cuanto los egipcios se hubieran alejado lo suficiente, las mujeres y los niños, que se habían mantenido ocultos, saldrían a enterrar a sus hombres.

¿Cómo se llama este lugar?, se preguntó mientras la columna se adentraba en un paso de montaña que ascendía hasta el cielo. ¿Se recordará esta batalla y a los heroicos guerreros que son ahora alimento de las aves y los insectos? ¿Cómo se llamaban?

Escribiré sobre lo que he visto, y contaré la verdad. Anotaré todo lo que vea y oiga para las generaciones futuras.

Pero cuando la marcha se detuvo en la cima de una montaña, cuando el camino se ensanchó y apareció ante ellos una magnífica imagen del mar —un mar azul y reluciente que se extendía hasta el horizonte—, Daveed abrió la boca, ahogó un grito y supo sobre lo que iba a escribir exactamente, porque la escalofriante vista que tenía ante sí eclipsaba totalmente una insignificante batalla en una llanura sin nombre.

Y de pronto sintió un escalofrío, tuvo una corazonada y entendió por qué el faraón Tutmosis lo había llevado a él, el príncipe Daveed de Lagash y Ugarit, a aquella cima del monte Carmelo.

—Shubat —susurró Daveed bajándose del carro y dirigiéndose al borde del acantilado.

Daveed sabía que a los ricos de Ugarit no les preocupaba que los egipcios los invadieran. Antes de que Nobu y él salieran de la ciudad para ir a rescatar a Lea, había oído decir que los ricos estaban cargando provisiones y oro en barcos privados del puerto de Ugarit. Si Egipto atacaba, los exploradores emplazados en el sur les avisarían con tiempo más que suficiente para evacuar la ciudad condenada y ponerse a salvo.

Pero Daveed veía ahora con temor que no había salvación posible para los habitantes de Ugarit, ni para los ricos ni para los demás. El rey Salomón era como todos los reyes del norte de Canaán. No temía que Egipto los invadiera por mar. Los barcos egipcios raramente se alejaban del Nilo, y los que recorrían las costas de Canaán eran pequeñas embarcaciones diseñadas para el comercio pacífico.

Pero los que ocupaban el puerto natural, al pie de los acantilados del monte Carmelo, en ningún caso podían confundirse con barcos mercantes.

Mientras Canaán levantaba murallas defensivas frente a la carretera, Egipto había construido sigilosamente una flota de guerra.

Daveed se estremeció. Era imposible contar los barcos, que eran grandes y con velas tan gigantescas que los marineros del Mar Grande jamás habían visto nada similar. Ningún barco de Ugarit podía compararse con ellos.

—Como ves con tus propios ojos, príncipe de Lagash, ningún país del mundo puede decir que tiene una flota como esta —se jactó Tutmosis—. Ni siquiera los pueblos de Minos y Micenas. ¿Ves cómo están protegidos los remeros? Las flechas están cubiertas de resina, de modo que nosotros podremos prenderles fuego y lanzarlas, pero las flechas de Ugarit no tocarán a mis marineros.

Daveed sabía cuál sería el resultado. En primer lugar, todos los barcos del puerto de Ugarit arderían. Después, las flechas ardiendo llegarían a los numerosos edificios de madera del muelle. El fuego, imparable en el calor del verano y empujado por los vientos procedentes del mar, arrasaría la ciudad. Ugarit lanzaría barcos para defenderse, pero Daveed sabía por la cantidad de remos, las protecciones especiales, las jarcias y los grandes timones, diseñados para que los manejaran cuatro hombres, que los barcos egipcios serían más rápidos y que las embarcaciones cananeas no podrían vencerlos. Ganarían la batalla antes de haber empezado a luchar. La victoria de Egipto y la total aniquilación de Ugarit estaban garantizadas.

Pensó en las armas de hierro que estaba fabricando Jotam y se dio cuenta de que la manera de hacer la guerra estaba cambiando. Sospechaba que si el conflicto entre Egipto y las ciudades de Canaán alcanzaba la máxima intensidad, el mapa del mundo y sus pueblos cambiarían para siempre.

Ahora sabía por qué Tutmosis se lo había llevado a aquella campaña: para mostrarle el auténtico poder de Egipto.

—Le prometo, Excelencia, que cuando vuelva a Ugarit informaré con exactitud sobre lo que he visto. Le hablaré al rey Salomón del poder de Egipto, porque ahora tengo claro por qué me hizo venir.

Tutmosis se rió.

—¿Eso piensas? Príncipe Daveed, quiero que informes a tu rey y a tu padre en Lagash de lo que has visto sobre el poder egipcio, pero lo escribirás. No se lo dirás en persona. No puedes marcharte. Eres mi rehén más valioso, así que te quedarás a mi lado hasta que llegue a Babilonia.

Capítulo 15

Era el día del festival de verano, y Abigaíl había conseguido por fin, tras muchos esfuerzos y pedir muchos favores, presentarse ante un tribunal. En diez días expondría su caso ante los jueces, que decidirían en su favor o en el de Zira.

Pero mientras se acercaba a su casa, en la carretera del sur, Abigaíl pensaba que el problema ahora era qué hacer con la familia. El empleado del juzgado había revisado su caso y le había dicho que llevara a toda su familia con ella el día del juicio. No le explicó por qué, pero Abigaíl lo sabía: en el caso de que Zira ganara, los guardias del juzgado se los llevarían rápidamente al mercado de esclavos. Así, si el demandante perdía, no tendría la oportunidad de fugarse.

Para sorpresa de Abigaíl, aunque Zira la había acusado de pretender retrasar y obstaculizar su inevitable venta como esclavos, había sido Zira la que había frenado el proceso en los últimos días, desde que Abigaíl había exigido su derecho a hablar ante el Tribunal Supremo. Abigaíl sospechaba que era por los rumores de que el rey Salomón estaba enfermo. Sin duda Zira esperaba que muriera antes de que tuviera que enfrentarse a Abigaíl ante los jueces, porque en ese caso Yehuda sería nombrado rey y legalmente podría anular el fallo de los jueces.

Pero Zira ya no tenía elección. Faltaban diez días para que se vieran las caras en el juzgado. En diez días el destino de Abigaíl y de su familia estaría en manos de los dioses.

O de jueces corruptos, pensó acercándose a la puerta de su casa y recordando lo que el desacreditado abogado Faris le había dicho en El Jardín de los Placeres de Hathor: que Yehuda disponía de información secreta y escandalosa sobre el juez supremo del tribunal, Urías. Pero ya resolvería ese problema cuando llegara el momento. Entretanto, tenía que solucionar varios asuntos, sobre todo el tema de Baruch y Aarón. Tenían cuatro años y un brillante futuro por delante. En ningún caso iba a permitir que los vendieran como esclavos.

- *Shalaam*, y que los dioses la bendigan, querida señora.

Abigaíl se detuvo ante la puerta y miró al extraño que avanzaba por el

camino con una sonrisa más resplandeciente que el sol de mediodía. Al principio no lo reconoció, porque había perdido peso y tenía la piel muy bronceada, pero habría identificado aquellos andares lentos y aquella cabeza inclinada hacia delante, como la de una tortuga, en cualquier rincón del mundo.

—¡Nobu! —gritó mirando fijamente la carretera en busca de otro rostro familiar.

—Desgraciadamente, querida señora, Daveed y Lea no han venido conmigo. Pero le aseguro que su nieta está sana y salva en el palacio de Meguidó y que la cuidan bien.

Mientras hablaba, Nobu miraba impaciente más allá de Abigaíl, buscando el objeto de su deseo. Y lo encontró. Ester estaba debajo de un emparrado, con un niño a cada lado, observando tímidamente.

—Entra —le dijo Abigaíl.

Le había decepcionado que Lea no estuviera con él, pero se alegraba de ver un rostro conocido. Hubo un tiempo en que Nobu, que siempre hablaba entre dientes, la molestaba, pero ahora lo consideraba un buen amigo.

Lo llevó a la cocina, donde Ana y Saloma estaban hirviendo puerros y cebollas para la cena. Recibieron a Nobu con alegría, y los dos niños vencieron su timidez, tiraron de la capa del recién llegado y le hicieron un millón de preguntas. Aunque a Nobu le habría gustado que las mujeres hicieran callar a los dos diablillos, no dijo nada, porque sabía que Baruch y Aarón eran las únicas alegrías de su vida.

Había comprado comida. Abigaíl miró el queso, el pan y el pescado salado con expresión hambrienta, pero dijo:

—Los niños primero. Yo comeré lo que quede.

Dio su ración a Aarón y a Baruch, a los que advirtió que no se la comieran de golpe, y luego a Ester, que agradeció en voz baja a Nobu su generoso regalo. No quedó mucho para Saloma y Ana, pero ambas dieron una parte a Abigaíl, de modo que todos comieron.

—Demos gracias a los dioses —dijo Abigaíl saboreando el delicioso pan con aceite de oliva—. Y ahora cuéntanos novedades, Nobu. Hemos estado muy preocupadas.

Seguro que la abuela oía los intensos latidos de su corazón —¡todavía no habían vendido como esclava a su querida Ester!— mientras les contaba que los dioses lo habían favorecido en su viaje desde el sur de Canaán, porque lo habían guiado a una caravana que necesitaba urgentemente a un buen barbero.

—Así pagué mi viaje a Ugarit, y así también conseguiré los pasajes para

Lagash, porque he venido a llevaros a todos a mi bonita ciudad, donde tengo amigos que nos alojarán y nos ofrecerán un lugar seguro en el que escondernos. Empaquetad vuestras cosas ahora mismo. Encontraré una caravana que vaya en esa dirección. En cuanto lleguemos avisaré a Daveed, que seguro que se reunirá con nosotros. Y también Lea, si el faraón es generoso.

Nobu no dijo nada más sobre el tema porque no quería preocupar a Abigaíl ni a la hermana de Lea, pero en Meguidó había oído decir que en el palacio tenían como rehenes a otros príncipes, y aunque llevaban una vida de privilegios, no dejaban de ser prisioneros de Egipto y estaban destinados a no volver a ver su casa y a sus familias.

Abigaíl dio un mordisco al queso y lo masticó dando vueltas al ofrecimiento de Nobu.

—Es tentador —le dijo—, pero seríamos esclavos fugados. Delincuentes. Seríamos fugitivos el resto de nuestra vida, sin hogar. Los dioses no me regalaron a estos dos niños para que lo echara todo por la borda por miedo a la esclavitud. Y no deshonraré el nombre de mi hijo hasta ese punto, porque sé que Elías volverá algún día. Recuerda, Nobu, que Elías no huyó de sus responsabilidades. Aceptó su destino con la cabeza alta, y nadie en Ugarit puede decir que no es un hombre honorable.

Se comió una aceituna. Los demás esperaron en silencio.

—Pero es verdad que me preocupa la seguridad y el bienestar de los niños —siguió diciendo—, así que te agradezco tu ofrecimiento. Te diré lo que vamos a hacer. Me han ordenado que lleve a mi familia al tribunal para que esté presente en mi comparecencia ante los jueces. Quédate con ellos, Nobu, y escucha la decisión de los jueces. Si dictaminan en favor de Zira, márchate inmediatamente de Ugarit y llévate a Ester y a los niños contigo.

—Pero puedo llevarlos a todos, querida señora.

Abigaíl negó con la cabeza.

—Bendita sea Asera por haberte traído a esta casa, querido Nobu, pero viajarás más deprisa con Ester y los niños. Ana, Saloma y yo os retrasaríamos. Y llamaríamos mucho la atención, porque Zira montaría un escándalo, y todas las ciudades al este estarían pendientes de un hombre que viajara con cuatro mujeres y dos niños. Llévate a Ester y a los niños a Lagash y busca la manera de avisar a Daveed y a Lea. Rezo para que no suceda, pero si sucede, protege a mi nieta y a mis queridos Aarón y Baruch, que son el futuro de mi linaje. Y rezaré, querido Nobu, para que llegue el día en que, gracias a la compasiva

voluntad de los dioses, mi familia vuelva a reunirse en nuestra casa.

Capítulo 16

—¿Cómo ese perro cananeo se atreve a ignorarme?

Los cortesanos, sacerdotes, magos, escribas y oficiales se quedaron en silencio mientras su rey montaba en cólera al recibir la noticia de que no había llegado respuesta de Ugarit.

Tutmosis recorría la tienda azul a grandes zancadas. Pese a su corta estatura, tenía un temperamento explosivo, e iba de un lado a otro con una energía que aterrorizaba a todos los presentes. Algunos incluso se preguntaban si la mera fuerza de su ira prendería fuego a las paredes de lino y los postes de la tienda, a los muebles y las alfombras, incluso a la ropa que llevaban puesta. Después de todo, era el faraón, hijo de Amón-Ra, un descendiente directo del sol.

Se giró hacia el médico Reshef.

—¿Qué rehén es el más importante para Salomón?

Reshef lo pensó un momento antes de contestar. No había acabado con la chica cananea. Aunque había traducido por fin las dieciocho tablillas escritas en el código secreto, todavía sabía muchas cosas que se negaba obstinadamente a contar: curas, hechizos y conocimientos antiguos que había aprendido en las ciudades del Éufrates.

—Los dos principitos, Majestad. Los gemelos que tuvo con una princesa con la que Salomón se casó para forjar una alianza con un rey. Significan más para él que la chica cananea que cree que es encantadora de demonios.

Tutmosis lo pensó un momento rascándose distraídamente el brazo. Como no estaba en la sala del trono ocupándose de temas de gobierno o recibiendo a dignatarios extranjeros, el rey conquistador de Egipto llevaba solo una falda plisada blanca y un cinturón de oro. Lo único que le cubría el torso era un gran collar de oro con piedras preciosas incrustadas. No llevaba corona, solo una diadema de oro con la cobra sagrada en la frente. Pero su humilde atuendo no engañaba a nadie. La falda, el cinturón y la diadema pertenecían al hombre más poderoso del mundo. La vida de todo ser vivo estaba en manos de Tutmosis. Una palabra suya bastaba para asesinar a todos los hombres que estaban en aquella tienda. Con un gesto podía arrasar Meguidó.

—Entonces le enviaré la cabeza de la encantadora de demonios —dijo

por fin.

Reshef lo miró atónito. No era lo que pretendía. Había pensado que Tutmosis elegiría a uno de los gemelos, no a la chica.

Quería que la chica fuera su regalo a la mujer a la que amaba.

Reshef no solo veneraba, adoraba y admiraba a la reina Hatshepsut. También estaba enamorado de ella. Iba más allá de lo físico. Ni siquiera se atrevía a imaginarse con ella como amante, porque habría sido una blasfemia. Era su diosa, y le entristecía ir a su tumba y a su templo funerario, la casa del millón de años, a controlar cómo evolucionaban las obras, porque le recordaba que su reina era mortal y que llegaría un día en que la luz de su corazón dejaría de pisar la tierra.

Quería ofrecerle a Hatshepsut un regalo que ningún otro hombre —ni siquiera un dios— podía ofrecerle: la inmortalidad.

La chica cananea había presumido de haber accedido a la sabiduría de magos, curanderos, escribas y sacerdotes de ciudades lejanas. Aunque los médicos egipcios eran muy superiores a todos los demás, Reshef albergaba la esperanza de que algún dios antiguo de un país extranjero hubiese desvelado el secreto de la vida eterna a un mortal. Todo el mundo sabía que, cuando los dioses vivían en la tierra, eran inmortales. También decían que los antepasados de los hombres eran gigantes que vivían cientos de años. En algún lugar del amplio mundo, bajo un sol extranjero, quizá en una cueva olvidada desde hacía mucho tiempo, o enterrado en una montaña sin nombre, aquel secreto permanecía escondido, esperando que alguien lo redescubriera.

Reshef quería ese secreto para la mujer a la que amaba. Quería que Hatshepsut no muriera. No solo por ella, sino también por Egipto. La invasión de Canaán era fruto de su brillante estrategia. Cuando decidió que había llegado el momento de que Egipto conquistara el mundo, su sobrino y corregente, Tutmosis, pretendía sencillamente lanzarse a invadir, pero la inteligente y astuta Hatshepsut pensó que era mejor que los cananeos hicieran el trabajo sucio. La gran reina era famosa por sus expediciones pacíficas, y muy ventajosas, a la tierra de Punt. No quería pasar a la historia como una agresora, y por eso decidió que debía «morir». Como había previsto, en cuanto las noticias de su muerte llegaron a Canaán, las ciudades se rebelaron. Y ahora había empezado la conquista del mundo.

Egipto no tardaría en gobernar todos aquellos territorios y llegaría a ser la potencia más rica y poderosa del mundo. Reshef deseaba ver a Hatshepsut en aquel glorioso trono durante generaciones.

—Tráeme a la encantadora de demonios —gruñó Tutmosis—. Y un hacha.

Reshef maldijo para sus adentros. No podía hacer nada. Si el faraón había hablado, no era posible replicar. Los secretos de la chica cananea morirían con ella.

—Y tráeme también al escriba cananeo, Daveed —añadió Tutmosis—, para que escriba la carta que enviaré a Ugarit junto con la cabeza de la encantadora de demonios.

Los habiru se habían marchado.

El día anterior había sido el festival de verano, pero en Meguidó no se celebró. El faraón hizo su entrada triunfal en la ciudad y trasladaron a los varios cientos de cautivos al campamento de prisioneros. Hacia el atardecer empezó la gran marcha hacia Egipto.

Lea pensó que era extraño asomarse a la ventana de la torre del harén y ver solo, a la tenue luz de la mañana, el campamento militar, animado con música, hogueras, gritos y risas de los soldados que habían vuelto de la batalla, felices de estar vivos. Del otro campamento solo quedaban toscos refugios y hogueras casi apagadas. Con las grandes dotes egipcias para la organización y la eficacia, todos los prisioneros habiru habían plegado sus tiendas, habían reunido sus animales y se habían puesto en camino hacia el paso de montaña que los llevaría a la ruta comercial que se dirigía a Egipto. Formaban una masa de hombres, mujeres, niños, cabras, ovejas, camellos, burros, jinetes egipcios, carros y soldados a pie.

Lea se preguntaba cuántos llegarían al final del viaje vivos, cuántos llegarían a Gosén, donde, bajo el látigo del faraón, trabajarían duro para construir una ciudad dedicada a Amón-Ra.

Ahora Lea esperaba noticias de Daveed. No lo había visto en el desfile que había cruzado la ciudad, pero varios generales de Tutmosis se habían apartado de la columna al llegar a la tienda azul. Lea había visto a hombres desmontando del caballo o bajando de carros y marchándose al campamento militar a hacer sus cosas. Rogaba a Asera que Daveed estuviera entre ellos.

—¿Señorita Merit? —dijo una joven criada acercándose con una jarra de vino dulce.

Lea negó con la cabeza. No estaba de humor para beber vino. Solo quería ver a Daveed.

—¿Quiere algo la señorita Merit?

Hatshepsut había decretado la muerte de Lea. Se trató de una decapitación simbólica, en la que aseguraron muchas veces que arrancarían los ojos a la cananea que había infringido las normas, que cortarían la respiración de la blasfema extranjera y silenciarían la lengua de la espía enemiga. Con una pluma de garza, sumergida en tinta roja, trazaron una línea en el cuello de Lea, donde habría golpeado el hacha, y los magos aseguraron que le habían devuelto la cabeza y que había vuelto a la vida egipcia. Incluso le pusieron otro nombre: Merit.

Así descubrió Lea que los egipcios creían en el poder de la palabra. Ahora entendía por qué a Daveed le habían cortado simbólicamente la mano en la mazmorra. Reshef y los sacerdotes creían que, al proclamar en voz alta que estaban amputándole la mano, la amputación se producía realmente. Para Lea era extraño, pero era solo una de las muchas cosas extrañas que había visto en sus captores.

Lea pidió a la criada que se marchara y observó el harén, a las mujeres peinándose y maquillándose, reclinadas en tumbonas y bañándose en bañeras gigantes. Mujeres consentidas, con todos los caprichos asegurados, menos la libertad. Pero Lea sabía que muy pocas querían marcharse, porque ¿dónde iban a vivir mejor que allí? Las mujeres, las concubinas y los hijos del faraón estaban mimados, tenían todos los lujos a su alcance, incluida una plantilla de mujeres médicos que se ocupaban de que estuvieran en perfecto estado de salud.

A Lea le fascinaban aquellas mujeres médicos. Llevaban túnica blanca de lino y peluca negra, y en el pecho el ojo de Horus, que decían que tenía un gran poder. Estudiaban diez años en la Casa de la Vida y eran tan escrupulosas con la limpieza que se bañaban y se cambiaban de ropa cuatro veces al día siguiendo complejos rituales.

Lea se había relacionado con ellas para aprender todo lo que pudiera, y había descubierto que en muchos aspectos la medicina egipcia era igual que la cananea. Elaboraban fórmulas medicinales con hierbas, pero cada receta debía ir acompañada de un conjuro. Como los médicos cananeos, los egipcios sabían que la medicina solo curaba los síntomas. La causa de la enfermedad solo podían curarla los conjuros mágicos y los cánticos de los magos y los sacerdotes. Sin embargo, los egipcios añadían un tercer elemento a sus prácticas médicas. Después de que el paciente se recuperaba, le daban un amuleto protector para evitar que la enfermedad volviera.

Lea vio al africano Paki entrando en el harén y corrió hacia él.

—Paki, ¿se sabe algo de Daveed? ¿Has oído si el escriba de Lagash ha vuelto con el rey?

El negro rostro de Paki adoptó un tono ceniciento y sus ojos se desplazaron de un lado a otro. Lea se preocupó al ver que, por debajo del turbante de colores, la frente se le cubría de sudor.

—¿Qué sucede?

—Te han mandado llamar de la tienda azul. Tenemos que ir ahora mismo, Lea. Dicen que el faraón está muy enfadado con tu rey, que está furioso porque el rey Salomón no ha contestado a ninguna de sus demandas, que Tutmosis va a dar un escarmiento al desafiante rey de Ugarit.

—¿Qué escarmiento? —le preguntó Lea, aunque se temía que ya lo sabía.

En los últimos veinte días había traducido a regañadientes sus dieciocho tablillas al médico Reshef. Se había tomado mucho tiempo con cada una, le aseguraba que no era capaz de leer lo que había escrito ella misma y fingía haberlo olvidado con la esperanza de prolongar su estancia en el harén del rey hasta que Daveed volviera. Reshef no dejaba de recordarle que era una rehén de Egipto, una ficha en un juego a muerte, y que seguía viva gracias a Su Majestad Hatshepsut. Pero Lea no pudo seguir dándole largas. Había traducido las últimas tablillas hacía dos días y ahora sabía que su vida ya no estaba en manos de Hatshepsut, sino en las de su poderoso sobrino.

Paki le dijo que la iban a decapitar.

—Quizá sea simbólico.

El eunuco negó con la cabeza.

—Me temo que esta vez no será con pluma de garza y tinta roja.

—Ya veremos —dijo Lea cogiendo su velo—. Que los dioses nos acompañen.

Los guardias que esperaban a la puerta del harén se llevaron a Lea a la tienda azul. Dejaron a Paki esperando fuera, preocupado.

La última vez que había entrado en aquella tienda había sido hacía veinte días, ante la reina Hatshepsut. Ahora estaba llena de gente, y había tantos incensarios y antorchas que el humo le irritaba los ojos. Los dos guardias, uno a cada lado, la llevaron ante el trono y la obligaron a arrodillarse. Ante ella estaba el grotesco hombrecillo que pretendía gobernar el mundo. Lea tembló al verlo levantarse y avanzar hacia ella. Al acercarse, Lea detectó un ligero olor dulzón procedente de su cuerpo. Le recordó a la muerte.

Tutmosis se colocó la mano delante de la cara, con la palma hacia fuera, y recitó un conjuro. Lea sabía que era un conjuro popular: «Au-a rej kua-ten.

Rej kua ren-ten», que significaba: «Te conozco. Sé cómo te llamas». Los cananeos recurrían a las palabras para invocar el poder de los dioses, pero los egipcios creían que las propias palabras tenían poder. «Anj-a en maat» significaba «Vivo en la verdad», y «Au ju-nua», «Estoy protegido».

Lea sabía que Tutmosis elegía el conjuro del «Te conozco» por si acaso su poder para encantar demonios procedía de un demonio que ella llevaba dentro. Al asegurar que sabía quién era, Tutmosis anulaba el poder del demonio sobre él. Lo sabía porque el intérprete estaba detrás del rey y traducía las palabras en egipcio al cananeo.

—Encantadora de demonios de Canaán —dijo Tutmosis—, tienes que saber que tu poder aquí no funciona. Los dioses de Egipto son más fuertes que los de Canaán. Mi radiante poder es más fuerte que cualquiera en la tierra. Estoy protegido contra tu mala suerte y tu poder maléfico. ¿Por qué tu rey se ha negado a contestar mis cartas?

—No lo sé, Majestad —le contestó Lea sin levantar los ojos del suelo—. Quizá esté enfermo. Sin mí, el rey Salomón será víctima del demonio que aprieta la garganta.

—Tu rey me ha insultado. Debe contestar al hijo de Amón-Ra incluso en su lecho de muerte. No he recibido respuesta, de modo que voy a demostrarle mi poder y que mi propósito es serio. Le regalaré tu cabeza y veremos lo bien que se las arregla con el demonio que aprieta la tráquea. —Tutmosis miró a su alrededor—. ¿Dónde está el escriba cananeo? ¿Dónde está el príncipe Daveed de Lagash?

—Estoy aquí, Majestad —dijo una voz familiar a través del humo—. Necesitaba purificarme antes de presentarme ante su radiante presencia.

A Lea le dio un vuelco el corazón. ¡Daveed!

Aunque Lea no levantó los ojos del suelo, sintió a Daveed acercándose. De pronto le llegó el familiar aroma de su jabón, del aceite de su pelo. Por el rabillo del ojo vio sus pies, con sandalias, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para seguir arrodillada.

Daveed se dirigió a Tutmosis por medio del traductor.

—Majestad, le solicito permiso para hablar antes de tomar nota de las palabras que desea enviar al rey de Ugarit. He estado en mi tienda escribiendo todo lo que vi, oí y viví en su radiante y gloriosa marcha al monte Carmelo. He cantado sus alabanzas y he escrito palabras que harán que los dirigentes militares de Ugarit tiemblen de miedo. He hablado del ilimitado poder del faraón, de su valor y su heroísmo, y de cómo los miserables habiru dejaron de

luchar en cuanto su esplendor, más brillante que el del sol, cegó sus ojos. No soy más que un humilde escriba, Majestad, aunque es cierto que soy un príncipe, y mandaré estos mismos elogios sobre el poder de Egipto a mi propio padre, el rey de Lagash. Pero quiero pedir un favor a Su Radiante Majestad.

Tutmosis miró fijamente a Daveed con expresión casi divertida.

—Eres muy valiente, príncipe de Lagash, y como has descrito con tanta exactitud mi brillante campaña en el monte Carmelo, escucharé tu petición.

—La vida de esta mujer, señor.

Todo el mundo se quedó boquiabierto e intercambió miradas.

—¿Por qué te importa? —le preguntó Tutmosis bruscamente.

—Es mi mujer, Majestad, y me dolería mucho perderla.

—Es fácil sustituir a las mujeres —le contestó Tutmosis haciendo un gesto despectivo con las manos—. Prepara la arcilla para mi carta a Salomón.

—Señor —dijo Daveed, y los cortesanos murmuraron ante su imprudente descaro—, puedo ofrecerle algo valioso a cambio de la vida de esta mujer.

—No puedes tener nada que me interese o de lo que no pueda apoderarme cuando desee.

—Lo que le ofrezco está escondido, y solo yo sé dónde.

—Habla, y di la verdad o los dioses te darán muerte.

—Nuestro archivo contiene muchos tesoros, Majestad. La leyenda habla de un joven rey llamado Ozedia, que accedió al trono de Ugarit en una época en la que las ciudades del norte de Canaán estaban siempre en guerra entre sí y no había paz en su territorio, ni comercio. Las ciudades y los pueblos estaban asolados. Ozedia era un hombre con visión de futuro y gran fe, y en su vigésimo cumpleaños encabezó una expedición a las montañas del lejano norte en busca del arca que albergó a un hombre llamado Noé y a su familia durante el diluvio universal. Ozedia encontró el arca, regresó con doce trozos de madera y ofreció uno a cada uno de los reyes del norte de Canaán. La madera era tan sagrada, y recordaba al pueblo que El nunca volvería a provocar un diluvio, que los reyes sellaron la paz. Pero se dice que los trozos de madera de ciprés, todavía cubiertos de pez, son tan mágicos que cada uno garantiza la vida eterna a todo el que lo toque.

—Ya me espera la vida eterna —dijo Tutmosis. Se llevó la mano a la cara, con la palma hacia fuera, y añadió—: Estoy protegido.

—Hay una piedra azul translúcida muy antigua. Se dice que procede de las estrellas y que cualquiera que la sujeta en sus manos y la mira puede ver su

futuro.

—Mis adivinos me cuentan el futuro. Me dicen que Egipto será grande durante un millón de años.

—En el gran archivo de Ugarit hay una antigua daga de un metal desconocido que, cuando se cuelga de una cuerda, siempre señala el norte.

Tutmosis resopló impaciente.

—Quizá a Su Majestad le gustaría un cristal redondo de una misteriosa tierra más allá del valle del Indo que hace que los objetos pequeños parezcan grandes y que, si se coloca al sol, enciende fuego.

—Prepara la arcilla, escriba —dijo Tutmosis—. Ha llegado el momento de informar a tu rey de que ha agotado mi paciencia. He sido indulgente con él y me ha respondido con una ofensa. Voy a derrocar a tu rey. Se arrodillará ante mí. Toda Ugarit será arrasada.

—Señor —dijo Daveed—, tenemos las antiguas tablas sumerias del destino, robadas de aquella tierra hace siglos. Sin duda ha oído hablar de sus grandes poderes.

Antes de que el faraón le pidiera que se callara, un extraño sonido invadió la sala y todas las cabezas se giraron. Era el sagrado sistro, el instrumento con el que la sacerdotisa de Isis anunciaba la presencia de la diosa. Lea levantó la cabeza y vio detrás del trono las cortinas de lino moviéndose como si las empujara el viento. Todo el mundo se quedó en silencio. Lea sintió el terror que causaba aquel hombre poderoso. El sistro volvió a sonar, las cortinas se abrieron y de la oscuridad surgió una figura que avanzó hacia la luz dorada de las antorchas.

Muchos se hincaron de rodillas. Lea vio que solo los hombres de mayor rango se quedaron de pie, aunque abrieron la boca y desviaron la vista al suelo. Lea miró a Daveed y vio su expresión atónita. Los ojos estaban a punto de salirse de las órbitas y se había quedado boquiabierto. Se dio cuenta de que no sabía que Hatshepsut estaba viva.

Como su sobrino, la reina iba austeramente ataviada, con un vestido que iba desde por debajo del pecho hasta los tobillos, con dos tirantes anchos que le cubrían los senos. La peluca negra y recta le llegaba a los hombros, ceñida por la diadema de oro con la habitual cobra en la frente.

Habló en voz grave y tan densa como el aire de la tienda.

—Queremos que nos sigas contando —ordenó en cananeo.

Al principio Daveed no pudo hablar. Solo podía mirar a la mujer que era una leyenda y a la que creía muerta. Hizo un esfuerzo por mantener la

compostura y carraspeó.

—Majestad eterna, radiante hija del sol, sepa que en Ugarit tenemos raíces secas del árbol de la vida original, y un frasco de sangre del primer hombre, Adán.

La reina no pareció impresionada, así que Daveed añadió:

—Majestad, encontré un escarabajo que su reverenciada antepasada la reina Tetisheri regaló al rey de Ugarit. El escarabajo sigue vivo.

Hatshepsut se llevó la mano a la cara, con la palma hacia fuera, y susurró un conjuro. Luego lo miró fijamente.

—¿Por qué nos hablas de esos tesoros secretos?

—Son vuestros a cambio de la vida de la mujer cananea humildemente arrodillada ante Su Majestad.

—¿Por qué tu rey iba a renunciar a esos tesoros?

—No sabe que existen, Majestad. Me avergüenza decir que, cuando ingresé en la Hermandad de Escribas, encontré el archivo sagrado en lamentable desorden. He pasado los últimos cuatro años organizándolo y colocándolo. Mientras lo hacía, encontré tesoros olvidados desde hacía tiempo. Para evitar que volvieran a olvidarse, se perdieran o se destruyeran, los guardé en un lugar seguro. El rey Salomón ha estado ausente de Ugarit en los últimos cuatro años. Volvió hace poco, así que no tuve ocasión de informarle de mis descubrimientos, que pongo a su disposición, Majestad, si perdona la vida a esta mujer.

—¿Cómo sabemos que dices la verdad? —le preguntó.

Daveed se llevó la mano a un amuleto que le colgaba en el pecho.

—Me entregaron esta Pluma de la Verdad cuando pasé una prueba bajo la vigilancia del médico Reshef. Me impide mentir. También me comprometí con sagrados votos personales a decir solo la verdad.

Hatshepsut abrió la boca para replicar, pero un repentino grito la detuvo. Todo el mundo se quedó paralizado. Los guardias, los oficiales, los cortesanos e incluso el faraón Tutmosis miraron a la reina esperando una señal. Hatshepsut desvió los ojos hacia Reshef, que salió de inmediato y desapareció detrás de las cortinas por las que había entrado Su Majestad.

Se quedaron en silencio, escuchando. Otro grito desde el otro lado de las cortinas, y al momento otro más. Lea vio que el dolor invadía el rostro de Hatshepsut. Observó una arruga entre sus cejas pintadas y una mirada atormentada en sus ojos. Alguien estaba enfermo. Alguien cercano a la reina.

—Majestad —dijo Lea.

Los que estaban a su alrededor contuvieron la respiración.

Hatshepsut dirigió los muy maquillados ojos hacia Lea y se quedó inmóvil, impassible e inexpresiva.

—Quizá pueda ayudar —siguió diciendo Lea con el corazón latiéndole a toda velocidad—. Como sabe, en mis viajes por la Tierra de los Dos Ríos he presenciado muchas curas. No es mi intención ofender a los dioses de Egipto ni cuestionar la reputación de sus médicos, pero algunas veces hay ojos que ven cosas que otros no ven.

El tiempo se hizo interminable, hasta que por fin Hatshepsut se dio la vuelta y se alejó, pero antes hizo una sutil seña a dos guardias, que inmediatamente se colocaron a ambos lados de Lea, la levantaron y la escoltaron detrás de la reina. Daveed los siguió y nadie lo detuvo.

Detrás del trono había una pequeña habitación del mismo lino azul grueso y con el aire lleno de humo y de incienso. Al principio Lea no vio nada, porque la sala estaba totalmente a oscuras, pero sus ojos no tardaron en acostumbrarse y vislumbró la imagen borrosa del vestido blanco de Hatshepsut. Luego vio a hombres con ropa de médico, y por último una cama. Se preguntó por qué no había lámparas encendidas, avanzó y giró la cara para escuchar.

Alguien gemía de dolor en la cama.

La luz se abría paso por varias aberturas de la tienda y por debajo de las paredes, donde estaba clavada al suelo. Cuando los ojos de Lea se acostumbraron a la penumbra, le bastó para ver a un chico joven tumbado en la cama. Llevaba solo un taparrabos y tenía la cabeza afeitada, excepto un largo mechón de pelo negro en la sien derecha. Un chico guapo, pensó Lea, y se preguntó si sería un amante de la reina.

Pero al ver la actitud de Hatshepsut, al verla inclinarse hacia el chico, su expresión tierna y su preocupación, rectificó. No, no es su amante. Es su hijo. Y recordó que una vez había oído el rumor de que la reina de Egipto, que no estaba casada, había tenido un hijo.

—¿Qué le pasa al chico? —preguntó Lea.

—Un demonio se ha apoderado de la cabeza del príncipe. Los zumbidos son tan ensordecedores que le provocan un intenso dolor.

—¿Cómo le entró el demonio en la cabeza? —preguntó Lea acercándose.

—Por el oído —le contestó Reshef—. Algunas veces el chico se queda dormido y se siente algo mejor, pero luego el demonio se despierta y los zumbidos son peores que el dolor.

—Majestad —dijo Lea a la reina—, presencié el exorcismo de un demonio de este tipo en Harrán. Puedo intentarlo, pero necesitaré luz. Una vela o una lámpara.

—Majestad —intervino Reshef—, la luz solo conseguirá que el demonio se introduzca todavía más en el cráneo del chico, y entonces podría no salir nunca. Por eso el príncipe debe estar a oscuras.

—No sé tanto ni tengo tanta experiencia como sus médicos, Majestad —dijo Lea—, pero en Ugarit sufrimos más enfermedades que en la Tierra de Kem. He oído decir que el demonio que aprieta la tráquea no afecta a los egipcios, porque vuestra tierra es seca, cálida y soleada. En Ugarit, que está al norte, en las costas del Mar Grande, hace frío y tenemos estaciones húmedas, y por eso los demonios buscan el calor en el pecho de las personas y les impiden respirar hasta que mueren.

—Pero los demonios prefieren la oscuridad —replicó el médico Reshef—. Todo el mundo lo sabe, porque los espíritus malignos nacen en el frío y en la oscuridad.

—En Ugarit pensamos lo mismo, pero también que la luz atrae a los demonios. Salen de su mundo frío y oscuro en busca del calor y del sol. —Al ver que no le había convencido, añadió—: He aprendido mucho de los médicos de Canaán porque, como todo el mundo sabe, en Canaán hay más espíritus malignos que en Egipto.

—Eso es cierto —dijo Reshef inclinando la cabeza.

—Creo que puedo sacar el demonio del cráneo del chico.

El médico y los que estaban alrededor de la cama se giraron hacia la reina, que asintió.

Mientras iban a buscar una vela, Daveed dijo a Lea en voz baja:

—Si lo consigues, Hatshepsut no dejará que te marches, como hizo Salomón.

—El chico está sufriendo y es fácil curarlo. Quizá Su Majestad es diferente y nos deja marchar.

—Cura al chico —suspiró Daveed—, y ya encontraré la manera de que volvamos a casa.

Cuando le llevaron la vela, Lea vio la mirada escéptica de Daveed y pensó: Tiene razón. Hatshepsut será como todos los monarcas, siempre dispuestos a apropiarse de lo que no es suyo.

—Hay que sujetarle las manos —dijo Lea—. Colocadlo de lado, con el oído por el que entró el demonio hacia arriba.

Lea avanzó hacia la cama y acercó la vela, que desprendía un fuerte olor a cera, a la cara del chico. Todos la observaron en silencio, muy nerviosos. El chico gimió, hizo una mueca de dolor y gritó. Pero de pronto se quedó quieto, aunque siguió gimiendo. Respiró profundamente.

—El demonio se ha marchado —susurró.

Lea retrocedió maravillada ante lo que acababa de aprender. Había presenciado algo que nadie más en la habitación había visto y que tampoco ella había observado cuando exorcizaron al demonio de la oscuridad en el Éufrates. Mientras sujetaba la vela junto a la cabeza del chico, había visto que del oído salía un insecto volando, una pequeña mosca negra. Debía de habersele metido en el oído y se había quedado atrapada, lo que provocaba un espantoso zumbido en la cabeza del pobre chico. Pero la luz de la vela había mostrado al insecto perdido el camino de salida, y ahora zumbaba libre por el aire.

Pero nadie lo oyó, porque todos empezaron a hablar a la vez, corrieron hacia la cama, rezaron a los dioses y les dieron las gracias por la milagrosa cura.

Pediré que me permitan volver a casa, pensó Lea anticipándose a la recompensa que iba a recibir.

Dejaron a la reina con el chico y se dirigieron a la sala del trono. Al momento Hatshepsut apareció entre las cortinas de lino.

—Lea de Canaán, es verdad que eres una encantadora de demonios. ¿De dónde procede tu poder? —Antes de que Lea pudiera contestarle, Su Majestad levantó una mano y dijo—: No importa. Si me lo dijeras, podría robarte ese poder. Lo que procede de los dioses es solo suyo, aunque yo sea hija de Amón-Ra, el dios más grande. Te recompensaremos, a ti y a tus benéficos espíritus, por tu cura de hoy. ¿Qué deseas?

—Volver a Ugarit, Majestad, lo antes posible. Con mi compañero, Daveed de Lagash.

El faraón Tutmosis, que al parecer no tenía el menor interés por el hijo de su tía, habló en voz baja con sus generales junto a un enorme mapa desplegado en el suelo.

—Tengo otros planes para la chica —dijo por fin—. Voy a utilizarla para dar un escarmiento al rey Salomón.

Hatshepsut miró a su sobrino fijamente un buen rato. Los demás esperaron en silencio. La reina, que hasta hacía poco había sido rey, y el faraón, que había sido corregente, se sostuvieron la mirada. De pronto

Hatshepsut se volvió hacia Lea.

—Mi médico me ha hablado de unas tablillas que le has traducido. Dice que están escritas en una escritura que mis escribas no conocen. ¿Es cierto?

Lea, a la que el cambio de tema pilló desprevenida —la reina no había respondido a su petición de volver a casa—, no supo qué decir.

—Es una escritura inventada por Daveed de Lagash, Majestad.

Miró a Daveed, que estaba tan aturdido como ella.

Hatshepsut se volvió hacia Daveed.

—Has hablado de los tesoros de tu archivo. Has hablado de antiguos conjuros, fórmulas y libros. ¿En qué escritura están?

—¿Majestad?

—¿Cómo están escritos? ¿En los incomprensibles y engorrosos garabatos de Canaán?

—Me temo que sí... y en otras escrituras antiguas.

—¿Y en tu código secreto?

—Todavía no, Majestad, pero espero traducir algún día esos valiosos textos a una escritura más sencilla, del mismo modo que la excelente escritura de Egipto evolucionó de los complicados jeroglíficos al inteligente código hierático que se utiliza ahora.

—Tienes razón —dijo la reina—. La escritura egipcia, nuestra manera de hacer las cosas, es muy superior a como las hacen en el resto del mundo, pero, como soberanos del país más grande de la tierra, debemos estar al corriente de lo que hacen los países inferiores a nosotros. Quizá algún día las cartas, los documentos y los tratados se escriban en ese nuevo código, aunque sea inferior. Alguien debe quedarse y traducirnos esos textos.

—¡Quedarme aquí! —exclamó Daveed.

—Tú no —dijo Hatshepsut con desprecio—. Merit, que antes se llamaba Lea, debe vivir con la reina, porque confío en ella. No es adecuado que un hombre, un extranjero, por noble que sea su linaje, ande merodeando en mi gloriosa presencia.

Halla!, pensó Lea. ¡Ahora seré prisionera de otro monarca egoísta! Tengo que volver a casa. Mi familia me necesita. ¡Van a venderlos como esclavos!

—¿Puedo hablar? —preguntó Lea—. Quizá Su Majestad no desee confiar en mi defectuosa capacidad de leer y escribir. Quizá preferiría leer ella misma las cartas y los documentos escritos en el nuevo código.

Los presentes ahogaron un grito y luego se quedaron en absoluto silencio. Se intercambiaron miradas. ¿Se había atrevido la chica a desafiar a la

gobernante más poderosa del mundo?

—¿Estás insinuando que puedes enseñarme a leer esa escritura? — preguntó Hatshepsut en tono tajante.

Lea sintió todas las miradas centradas en ella.

—No, Majestad. Yo no soy digna de pisar el polvo bajo sus pies. Lo que intentaba decir torpemente es que no hay hombre en la tierra que pueda enseñar algo a Su Radiante Majestad, porque sin duda la hija del gran dios Amón-Ra ya lo sabe todo. Sencillamente, Su Majestad debe de haber olvidado temporalmente este código, porque Su Divina Majestad debe pensar en multitud de cosas cada día, muchas más cosas que estrellas hay en el cielo. Para mí sería un honor refrescar la memoria de Su Divina Majestad. Eso es todo. Y en cuanto recupere la memoria, ya no necesitaré que alguien tan insignificante como yo le traduzca, sino que poseeré una habilidad que solo dos personas en el mundo conocen: Daveed y yo.

La sala se quedó en silencio.

—¿Salomón no conoce el nuevo código? —preguntó la reina por fin.

—No, Majestad. Ningún hombre. Tampoco ninguna mujer. Oh, Suprema Majestad, este nuevo código es tan sencillo y claro que seguramente se extenderá por todo el mundo, y los reyes y príncipes de Canaán temblarán al pensar que Su Divina Majestad lo conoce y lee por sí misma sus cartas. Se dirán que es verdad que Egipto es grande, que es verdad que Amón-Ra es tan grande que su hija en la tierra leía un código secreto que ellos acaban de aprender.

Los maquillados ojos de la reina buscaron los de Lea.

Lea siguió presionando, con el corazón latiéndole muy deprisa.

—Los reyes y príncipes de Canaán, Mitani, Babilonia e incluso la lejana Hatti asegurarán que Su Majestad es la gobernante más inteligente del mundo, muy superior a los demás, porque será la única que no necesite confiar en un traductor. ¿No asombra ya Su Radiante Majestad por su conocimiento de lenguas extranjeras? Cuánto más sorprendente sería que además supiera leer escrituras extranjeras. ¿No es lo que la señalaría como monarca realmente universal?

Hatshepsut observó con expresión inexpresiva a Lea, que agachó la cabeza. Incluso Tutmosis esperaba la respuesta de su tía.

La reina lo pensó un instante.

—Muy bien —dijo por fin—. Me ayudarás a recordar lo que ya sé, porque, como dices, la hija del gran dios Amón-Ra es omnisciente.

Dio una orden en egipcio, los esclavos desaparecieron de inmediato y volvieron al momento con una pequeña caja con incrustaciones de marfil. Se la dieron al médico Reshef, que la abrió y sacó un impresionante ojo de Horus de oro brillante y lapislázuli tan azul que rivalizaba con el cielo. El ojo colgaba de una cadena de oro. Reshef se la entregó a Su Majestad, que se la pasó por la cabeza y se la colocó sobre el pecho, desde donde reflejó la luz de las antorchas.

—Las palabras tienen poder —dijo—. El ojo sagrado nos protegerá si escribes algo dañino sin darte cuenta. Empecemos.

Hatshepsut se dio la vuelta y se dirigió a su trono.

Lea miró a la reina.

—¿Ahora?

Hatshepsut se sentó en su regio asiento y apoyó las manos en los reposabrazos de ébano con cabezas de pantera esculpidas.

—Solo existe el ahora. Coge arcilla y estiletos. Siéntate aquí, a mis reales pies, y muestra a la hija de Amón-Ra la nueva escritura de Canaán. Muéstrame palabras y yo las reconoceré.

Lea miró a Daveed, que inmediatamente abrió su maletín de es criba. Mientras le tendía un trozo de arcilla húmeda y una caña triangular, oyó a Tutmosis farfullando palabras en egipcio que por su tono parecían maldiciones. El faraón y sus generales siguieron mirando el mapa y hablando de estrategias y conquista. Lea miró a Daveed con gesto interrogante y se acercó al trono.

Sin embargo, los cortesanos y los oficiales centraron su atención en la reina, sin duda dispuestos a alabarla en cuanto «recordara» el código. El médico Reshef se colocó detrás del trono.

Lea se sentó en el extremo de la tarima. Daveed se acercó a ella y se apoyó en una rodilla.

—Te ayudaré —murmuró—. Quizá así iremos más rápido.

—Escribe la palabra «dios» —dijo Hatshepsut antes de que Lea hubiera podido sacar la tablilla con los treinta símbolos.

Lea presionó el estilete contra la arcilla, escribió lo que la reina le pedía y le tendió la tablilla para que lo viera. Un esclavo se acercó con una antorcha. La reina se inclinó hacia delante y miró la tablilla iluminada.

—Sí —dijo—. Es esa palabra. La reconozco. Escribe la palabra «padre».

Lea la escribió y le tendió la tablilla.

Hatshepsut asintió.

—Estoy recuperando la memoria. Escribe la palabra «eternidad».

Lea presionó el estilete contra la arcilla, dibujó cuñas y triángulos cada vez más preocupada. ¿Iba Hatshepsut a pedirle que escribiera todas y cada una de las palabras? ¡Así no se aprende una escritura! Daveed y yo seremos prisioneros hasta el fin de nuestros días.

—Permítame hacerle una humilde sugerencia, Majestad —se arriesgó a decir Lea—. El código solo tiene treinta símbolos. En cuanto Su Majestad los haya aprendido, quiero decir, recordado, podrá leer todas las palabras que quiera.

—Escribe la palabra «poder» —dijo la reina.

Lea presionó el estilete contra la arcilla.

—Escribe la palabra «rendirse».

¡Que Asera me salve! La extrema vanidad y el egocentrismo de la reina de Egipto rivalizaban con los del rey Salomón. Era rehén de alguien con normas distintas de las de su soberano, pero ambos eran déspotas jactanciosos que utilizaban a los seres humanos como objetos para su provecho y beneficio personal. Por supuesto, era aquella exagerada vanidad lo que los convertía en gobernantes temidos y poderosos, pero...

Lea escribió más símbolos en la arcilla y pensó: Extrema vanidad...

Se preguntó si acaso los rasgos que otorgaban fuerza a Hatshepsut eran también su debilidad.

Cuando la reina le pidió que escribiera otra palabra, Lea escribió rápidamente en la tablilla los treinta símbolos del código de Daveed. Le tendió la tablilla.

—La recuerdo —dijo Hatshepsut.

—Majestad, los dioses sin duda se alegran —replicó Lea—, porque lo que ha recordado ha sido todo el código. Ahora que ha recuperado la memoria, Su Majestad podrá leer todo lo que quiera.

La reina se quedó en silencio. Lea estaba segura de que todos oían los latidos de su corazón y se preguntaba si había ido demasiado lejos. Bajó humildemente la cabeza y observó las sandalias que protegían los pies de la reina, unas tiras de oro con perlas y piedras preciosas incrustadas. Sintió a Daveed detrás de ella, paralizado, mientras la reina seguía sentada en su trono como una estatua.

De pronto un guardia entró en la tienda, se acercó a Tutmosis, se inclinó y anunció la llegada de una delegación del distrito de Jerusalén.

—Traen un regalo para el faraón del jefe Hadad.

Tutmosis miró el mapa del suelo, encontró el símbolo de la fortaleza de los señores de la guerra cananeos, en el sur, asintió secamente y se sentó en su trono. Los guardias de la entrada apartaron las cortinas de lino y entró la delegación extranjera, formada por ocho hombres y una mujer con velo.

Lea miró atónita al hombre que encabezaba el grupo. ¡No podía ser Caleb!

Pidieron a sus compañeros que se detuvieran, pero acompañaron al hombre, vestido con una túnica marrón y una capa negra, ante el faraón y la reina, y le pidieron que se inclinara. El hombre lo hizo con gran formalidad y servilismo, pero Lea vio que sus ojos pasaban de Hatshepsut a Tutmosis, y viceversa. Y de repente vio a Lea, sentada a los pies de la reina. Lea vio en sus ojos que la había reconocido. Era, en efecto, el marido que la había abandonado.

Sintió que la cara le ardía de miedo. ¿Cómo había llegado hasta allí aquel malvado? Seguro que era una coincidencia. Bendita Asera, que la repentina aparición de Caleb no tenga nada que ver conmigo. No permitas que me reclame como su esposa. No permitas que me separe de mi amado Daveed...

Por medio del intérprete, Caleb expuso el objetivo de su misión: comunicar a la Gloriosa Majestad de Egipto los deseos de paz de su humilde jefe, Hadad de Jerusalén. Tras recitar toda una serie de elogios a Sus Majestades, y señalando a la joven que era ahora su rehén, y repitiendo que el jefe Hadad rogaba que lo consideraran un amigo... cuando parecía que Caleb había transmitido ya su mensaje y no tenía nada más que decir, Tutmosis indicó con un gesto que se marchara y los dos guardias avanzaron hasta Caleb.

—Pero entonces este añadió:

—Quisiera decir algo más, Majestad. Esta mujer es mi esposa. —Señaló a Lea—. He venido a reclamarla.

Tutmosis frunció el ceño y se giró hacia Daveed.

—Nos dijiste que era tu mujer. Es normal que un hombre tenga dos esposas, pero una mujer con dos maridos es una abominación. ¿Quién de los dos dice la verdad?

—Yo digo la verdad, porque yo recité los votos del matrimonio con esta mujer en Ugarit, y ese hombre —dijo Caleb señalando a Daveed, que se había apartado de los tronos— fue testigo.

—¿Es eso cierto? —preguntó el faraón en tono brusco.

—Es cierto, Majestad, pero este hombre abandonó...

Tutmosis levantó la mano para que se callara.

—¿Por qué has venido a contárnoslo? —preguntó a Caleb—. Esta mujer es nuestra rehén. ¿Por qué la reclamas? Sin duda sabes que no puedes llevártela y que tienes que volver a Jerusalén con tu jefe.

—No tengo que volver a Jerusalén, Majestad. Los hombres que han venido conmigo pueden volver y entregar al jefe Hadad su mensaje. Yo quiero quedarme con mi mujer.

—¿Quieres quedarte con nosotros como rehén? —le preguntó Hatshepsut.

—Sí, si así puedo estar con mi querida esposa —dijo Caleb observando que Lea parecía bien alimentada y cuidada, y vestida con ropa elegante.

Lo que los viajeros habían comentado en Jerusalén era verdad. El faraón trataba bien a sus rehenes.

—Además —añadió Caleb—, me ocuparé de que no intente escapar. Este hombre —dijo señalando a Daveed— quiere devolverla al rey Salomón y lanzar el ejército de Ugarit contra Sus Majestades. Me encargaré de que esta mujer se quede aquí como rehén, y por lo tanto Salomón estará a vuestra merced.

—Majestad —dijo Lea levantándose—, no quiero estar con este hombre. Daveed de Lagash es el marido al que he elegido.

El faraón se quedó un momento pensativo.

—Estoy dispuesto a luchar por mis derechos —dijo Caleb.

Se enderezó para que todo el mundo viera que era corpulento y musculoso, mucho más alto que Daveed.

—Acepto el desafío —dijo Daveed.

Los militares se rieron entre dientes.

—¡No! —gritó Lea—. No puedes aceptarlo.

Se le disparó el corazón. ¿Se había mantenido Daveed en forma? ¿Había hecho sus ejercicios de zh'kwan-eth? Seguía llevando la daga en el brazo, pero era simbólica.

—Este hombre que ha llegado de Jerusalén no es mi marido, Majestad. Me abandonó...

Tutmosis le indicó con un gesto que se callara.

—Será una pelea a muerte —ordenó. Y mirando a Daveed añadió—: Sin armas.

—Majestad, como escriba guerrero, juré que nunca...

—Daveed de Lagash —dijo Tutmosis atravesándolo con los ojos—,

cuando te pregunté por el arma que llevas en el brazo, me dijiste que era solo simbólica. Ahora te quitarás los símbolos. Y la ropa. Los dos.

Se quedaron en taparrabos y Daveed entregó las dagas. Así, casi desnudos, las diferencias entre los dos hombres eran impresionantes. Caleb era grande, con brazos musculosos y pecho ancho. Sus muchas cicatrices daban fe de las trifulcas y peleas en las que se había metido durante años, mientras que Daveed tenía la piel delicada de un hombre que se pasaba el día entre papiros y arcilla. El fornido Caleb parecía un gigante comparado con Daveed, que era más bajo y delgado.

Lea, temerosa, se mordió el labio. Quizá Daveed sea más rápido con los pies y con las manos, pensó. Pero si Caleb lograba encajarle un buen puñetazo... Sus puños parecían garrotes.

A la luz titilante de las antorchas de la tienda real, Caleb y Daveed se colocaron frente a frente como luchadores. La lucha era un deporte que conocían tanto los egipcios como los cananeos. Flexionaron las rodillas, doblaron los brazos, abrieron las manos y empezaron a girar.

Lea miró a Daveed —que parecía poca cosa al lado de Caleb—, sintió que el corazón le subía a la garganta y rogó que no muriera. Caleb le pegó un puñetazo, lo pilló desprevenido y lo lanzó hacia atrás tambaleándose. Lea se llevó las manos a la boca.

Lo único que se oía en la tienda era el ruido de la pelea, de los pies descalzos dando vueltas por la alfombra. Los dos contendientes se miraban. Daveed estaba muy serio, y Caleb sonreía confiado. Intentó golpearle de nuevo, pero esta vez Daveed lo esquivó y en un rápido movimiento se inclinó y encajó el puño en el estómago de Caleb. Empezaron a llover los golpes, se daban puñetazos, saltaban de un lado a otro, se movían de arriba abajo y zigzagueaban. Daveed daba puñetazos, Caleb daba puñetazos, y ambos conseguían evitar el golpe definitivo que los habría tirado al suelo.

Aunque los militares admiraban los rápidos reflejos de Daveed, su rapidez, su habilidad para inclinarse, esquivar los enormes brazos de su oponente y darle puñetazos, Caleb era más grande y más fuerte. Y todos los guerreros que observaban la pelea sabían que Caleb solo tenía que cansar a Daveed, obligarlo a moverse, a esquivar y a balancearse hasta que se quedara sin energía. Los dos hombres sudaban. Daveed intentó dar una patada a Caleb, pero lo único que consiguió fue que saltara hacia atrás. Su enorme puño derecho voló hacia Daveed, que lo esquivó por un pelo.

Lea jadeó. Si el puñetazo le hubiera alcanzado en la sien, sin duda lo

habría tirado al suelo, quizá lo habría matado. Los generales de Tutmosis observaban con gran interés y pensaban que la defensa del escriba era excelente, aunque la ofensiva de su oponente era superior.

Daveed pegó los codos a las costillas y dio vueltas alrededor de Caleb esquivando los fuertes puños que volaban hacia él ininterrumpidamente y golpeándole en las costillas y el estómago. De repente, en un rápido movimiento, le pegó un fuerte golpe en la mandíbula. Caleb empezó a sangrar y dejó de sonreír. Contraatacó con un puñetazo a Daveed en la cabeza que le hizo un corte. La sangre le goteaba sobre el hombro.

Tutmosis se inclinó hacia delante en su trono, con las manos en las rodillas y sin apartar los ojos de Daveed.

Caleb embistió y golpeó en el cuello a Daveed, que se tambaleó y se frotó los ojos con las manos. Ahora los dos sudaban copiosamente. Caleb volvió a sonreír al ver a Daveed balanceándose y sacudiendo la cabeza. Otro puñetazo lanzó a Daveed al suelo. Cayó a cuatro patas, y todos contuvieron la respiración mientras Caleb echaba el pie derecho hacia atrás para pegarle una fuerte patada. Pero Daveed le cogió del pie, tiró hacia arriba y derribó a Caleb, que cayó boca arriba. Caleb se levantó al momento, pero Daveed tardó unos segundos más en recuperar la posición. Se tambaleó. Parpadeó.

Para gran consternación de Lea, y desilusión de muchos de los espectadores, incluido el faraón Tutmosis, que había tomado cierto partido por el príncipe de Lagash, era evidente que iba a ganar Caleb. Pero mientras se disponía a asestar su último y letal golpe, para sorpresa de todos Daveed se apartó rápidamente, se giró, corrió hacia un escriba de Hatshepsut, y antes de que nadie hubiera entendido lo que estaba haciendo, arrebató al escriba el estilete de caña, dio media vuelta y lo lanzó como si fuera un dardo hacia el cuello de Caleb.

Caleb gritó, se llevó las manos a la garganta y se tambaleó hacia atrás. Los dos monarcas, los cortesanos, los generales, los esclavos y Lea lo miraron estupefactos preguntándose qué había pasado. Todo había sido muy rápido.

Daveed, empapado en sudor y jadeando, se acercó a la reina y a su sobrino.

—Lea es mi mujer —les dijo.

Tutmosis sonrió y miró a Daveed con admiración.

—Nunca había visto pelear así. ¡Qué agilidad! Y tu puntería con la caña es asombrosa. Te nombraré oficial de mi ejército y entrenarás a mis hombres...

—Podéis marcharos. Los dos.

Todos los ojos se giraron hacia Hatshepsut.

Su sobrino se puso rojo de ira.

—Me quedaré con Daveed y mandaré la cabeza de la chica a Salomón como escarmiento —replicó el faraón.

Hatshepsut se levantó del trono muy despacio, deliberadamente, y se quedó de pie en la tarima mirando desde arriba a su sobrino, que le sostuvo la mirada. De pronto Lea entendió algo de la pareja real: Hatshepsut había accedido al trono de Egipto cuando su sobrino tenía solo dos años. Ahora que Tutmosis sucedía legalmente a su padre en el trono, Hatshepsut debía ceder parte del poder que había tenido, pero no le resultaba fácil. Y como todo el mundo podía ver, Tutmosis tenía cada día más poder. Lea se dio cuenta de que, en aquella batalla por el poder, Hatshepsut no estaba dispuesta a entregarle al escriba guerrero para que entrenara las tropas, quizá a sus guardaespaldas personales.

Pese a su amor a Egipto y el objetivo común de que gobernara el mundo, los egos reales estaban por encima.

—Podéis marcharos —repitió la reina.

Tutmosis no dijo nada.

Daveed se inclinó.

—La generosidad de Su Majestad es todavía mayor que la de los dioses.

Hatshepsut dio un paso atrás.

—Acabad con él —dijo a sus guardias, refiriéndose a Caleb, que estaba tirado en el suelo, gimiendo y sangrando.

—Majestad —dijo Daveed—, la herida no es mortal. He lanzado a propósito...

Pero la reina no le hizo caso, y un guardia hundió su espada en el estómago de Caleb. Mientras se llevaban el cuerpo, Lea pensó en los días que había pasado con aquel hombre, en las noches con él en la cama. Luego pensó en el hombre que estaba a su lado, Daveed, su verdadero marido. Daveed se vistió. La sangre de la herida en la cabeza se le había coagulado, de modo que ya no sangraba. Lea recordó algo.

—Majestad, quisiera...

La reina esperó. Lea sintió todas las miradas sobre ella y se preguntó si estaba yendo demasiado lejos. Pero debía hacerlo.

—Quisiera pedirle un favor, Majestad. Todo el mundo sabe que los médicos egipcios dominan el tratamiento para las enfermedades de los ojos y la ceguera. Desearía saber un solo remedio, Majestad. El de la ceguera del

lector. Se lo pido humildemente.

—Mi médico jefe, Reshef, se ocupará de dártelo. A cambio le entregarás el nuevo código de treinta símbolos para que pueda aprenderlo y me libre de la agotadora tarea de leer. —Hatshepsut se dirigió a Daveed—. Príncipe de Lagash, nada más llegar a Ugarit, comprobarás que los tesoros de los que has hablado estén a salvo y organizarás su inmediato traslado a mi palacio de Tebas. En cuanto amanezca me pondré en camino hacia Egipto para asistir al inicio de la construcción de una nueva ciudad en honor de mi divino padre, Amón-Ra. Espero que los tesoros lleguen a mi reino lo antes posible.

—Así lo haré, Majestad —dijo Daveed inclinándose.

El faraón Tutmosis habló por fin.

—El príncipe de Lagash puede marcharse, pero la mujer cananea no. Es una rehén.

—Tenemos a los dos príncipes —replicó Hatshepsut—. Y he dado mi palabra. La mujer puede marcharse.

Tutmosis expresó su descontento.

—Meguidó está en ruinas, sobrino —dijo Hatshepsut—. Hemos derrotado a su pueblo y destrozado su espíritu. Esto no beneficia a Egipto. Los aliados fuertes hacen fuerte a Egipto. Mandaremos representantes a Salomón y le ofreceremos acuerdos comerciales y tributos. Mandaremos a sacerdotes que llevarán nuestros dioses a Ugarit. Mandaremos a ministros y a gente que se instale allí. Y mandaremos a un pequeño ejército para protegerlos. Pero iremos a Ugarit como amigos.

Dio media vuelta y salió, seguida por sus cortesanos, sacerdotes, magos y escribas.

—Te mandaré a casa con cartas de paz y saludos —dijo el faraón a Daveed con el ceño fruncido—. Y con una escolta armada para que puedas regresar a Ugarit sin que te molesten.

—Su Majestad es de una generosidad sin medida —le contestó Daveed inclinándose—. Que la buena suerte y los espíritus benéficos lo acompañen todos los días de su vida.

Tutmosis le indicó que se marchara y se giró hacia su general para deliberar con él. Daveed se detuvo en la entrada y se hizo a un lado para que Lea pasara delante. Se volvió un momento hacia el faraón y su oficial y escuchó lo que decían. Luego se alejó de la tienda detrás de Lea.

—Daveed... —empezó a decir Lea.

Pero Daveed la estrechó entre sus brazos y la besó.

—Tengo mucho que contarte —le dijo.

—Daveed, estás herido. —Le tocó la sangre ya seca de la cabeza—. Déjame ver esa herida.

—Lea, escúchame.

—Seguro que tienes más...

—Lea, estoy bien. No es nada. Las heridas pueden esperar. Escúchame. Estos últimos cuarenta días he visto muchas cosas y he aprendido mucho.

Delante de los guardias y centinelas que rodeaban la tienda, en medio de militares y mensajeros que iban y venían, y de un aliviado eunuco africano llamado Paki, Daveed sujetó el rostro de Lea con las manos.

—Todo lo que he visto y vivido me ha hecho entender que debería haber denunciado a Yehuda por corrupción hace mucho tiempo. Fui un tonto al creer que manteniendo en secreto su conducta inmoral estaba protegiendo la Hermandad. Si lo hubiera denunciado cuando me lo pediste, habría salvado a tu familia y la Hermandad, pero me cegaban una lealtad y un idealismo erróneos. Ahora me doy cuenta, querida Lea, de que la vida es corta y de que mientras disfrutamos de nuestra corta vida en la tierra, debemos trabajar por hacer el bien. Te prometo por lo más sagrado que cuando volvamos a Ugarit denunciaré a Yehuda, revelaré la corrupción que impera en la Hermandad y prometeré al rey Salomón devolver mi fraternidad al camino recto.

—Volvemos a casa —susurró Lea con lágrimas en los ojos.

—Pero hay más, y ni siquiera sé cómo explicártelo. Lea, estoy impaciente por contarte las novedades. En la noche que siguió a una sangrienta batalla con los habiru, Shubat me transmitió un mensaje.

Le habló de los apáticos soldados que se quejaban y no tenían ganas de luchar, de cómo recuperaron el ánimo en cuanto aparecieron sus estandartes de oro, de cómo se transformaron ante sus ojos, de cómo se unieron de repente y se olvidaron de sí mismos y de su pellejo por la gloria y el honor.

—Lea, se me ocurrió que la Hermandad es débil porque el ojo solar ha perdido su poder. Así salvaré la Hermandad, sustituyendo el ojo solar.

Lea sintió en su piel la energía que brotaba de los dedos de Daveed y tembló.

—¿Con qué?

—Mientras buscaba en los archivos y encontraba los tesoros de los que he hablado, di con la parte más antigua del archivo. Creo que la crearon hace mil años. Allí encontré un símbolo extraño. Al verlo, recordé que lo había visto antes, cuando mi padre me llevó a contemplar las ruinas de Sumeria, la

ciudad más antigua del mundo. Allí, en un muro antiquísimo, vi el mismo símbolo: serpientes en una vara con alas. Mi padre me dijo que era el símbolo sagrado de Ningishzida, el dios sumerio de la medicina. Era también Señor del Buen Árbol, que simboliza el conocimiento. Fue el primer símbolo que los dioses entregaron a los hombres, porque engloba tres elementos divinos: la sabiduría, la vida eterna y la promesa de que los dioses hablarán con nosotros. Lea, creo que es el mismo símbolo del que te hablé una vez, el que los dioses entregaron al hombre pero se perdió, un símbolo de la escritura y el conocimiento, un símbolo que nos recuerda que los dioses siempre nos mandan mensajes y que tenemos que escribirlos para las generaciones futuras. Creo que Shubat me ha guiado en todo momento: al archivo, al muro de Sumeria y a la llanura junto al monte Carmelo, donde me comunicó sus deseos. Lea, nunca he visto nada tan claro, nunca he estado tan seguro de mi objetivo. Porque ahora sé que así salvaré la Hermandad, sustituyendo el ojo solar, que ya no tiene poder, por el antiguo árbol con serpientes y alas.

Agarró a Lea por el brazo y la apartó para que los demás no lo oyeran.

—Pero antes tenemos que salvar Ugarit y a tu familia —siguió diciéndole en voz baja—. Y tenemos que llegar cuanto antes. ¿Has visto al faraón deliberando con su general? No hablaban en voz baja, así que he oído lo que decían. El faraón le indicaba al general que se dirigiera a toda prisa a la costa y ordenara al almirante Hayna que zarpara rumbo a Ugarit. Lea, Tutmosis ha dado órdenes al almirante de que la flota egipcia incendie Ugarit y destruya tanto la ciudad como a sus habitantes. Temo que, con los vientos del sur, los barcos de guerra del faraón llegarán antes que nuestros caballos.

Capítulo 17

Abigaíl llamó a Ana, Ester, Saloma y los dos niños, Aarón y Baruch, y les dijo que no se alejaran de Nobu mientras estuvieran en la ciudad. Se pusieron todos en camino, cruzaron las puertas y se dirigieron al edificio del Tribunal Supremo. Los guardias de la imponente entrada indicaron a Abigaíl que cruzara un estrecho pasillo y llamara a una puerta verde. Abigaíl besó a las mujeres y a los niños.

—Que los dioses te bendigan, Nobu, por haber vuelto a casa. Recuerda tu promesa de cuidar a Ester y a los niños. Ahora entrad, y enseguida me veréis ante los jueces.

Cruzó el pasillo y llamó a la puerta. Un empleado malhumorado, que se quejaba de que aquel día tenían mucho trabajo, la hizo entrar a una sala llena de gente sentada en bancos o paseando de un lado a otro. Casi todos eran hombres con sus abogados. Abigaíl se quedó en un rincón retorciéndose las manos y rezando para no olvidar todo lo que el poco honorable Faris le había explicado y para que los nervios no le impidieran recordar el orden en que debía contarle.

La llamaron por fin a la gran Sala de la Ley, que era una sala típica de Ugarit, con altos techos, columnas y el suelo de mármol brillante. Pidieron a Abigaíl que se colocara delante de una tarima con tres tronos en los que estaban sentados tres hombres que sabía que eran jueces.

Sus altos tocados, decorados con flecos de oro y borlas de plata, eran casi tan majestuosos como la corona del rey Salomón, llevaban túnicas de colores de varias capas y sandalias con piedras incrustadas. Estaban sentados en sillas de respaldo alto con reposabrazos de madera tallados en forma de leones. Detrás de ellos, en la pared, habían imágenes esculpidas de los numerosos dioses de Ugarit, junto con columnas de escritura cuneiforme que proclamaban la autoridad de aquel tribunal sobre todos los temas en litigio y que aseguraban que en aquella sala se administraba justicia con imparcialidad y compasión.

Un hombre vestido con túnica azul y con un bastón de ébano en la mano se colocó junto a la tarima.

—¡Ciudadanos de Ugarit, escuchad y haced caso a los dioses de Ugarit!

—gritó—. Que Dagan, Baal y Asera bendigan a estos hombres de justicia. ¡Invocad a los dioses y sed humildes! —Se volvió hacia el abogado de Zira—. Puede dirigirse al tribunal.

—Que los dioses los bendigan, señores —dijo en voz alta el abogado principal de Zira. Se había llevado consigo a otros dos letrados tan bien vestidos como él, que parecían muy importantes—. Les ruego que acepten las humildes disculpas de mi cliente, Zira em Yehuda, que no quería hacerles perder su precioso tiempo. Sin embargo, no es culpa suya que les robemos hoy sus valiosas horas.

El juez principal, Urías, sonrió a Zira.

—Es siempre un placer y un privilegio ver a nuestra amiga, Zira em Yehuda —dijo—. ¿Qué tal está su hijo? Últimamente, tal como están las cosas, no hemos tenido ocasión de comer con él.

—El rab Yehuda está bien, señoría —le contestó Zira inclinándose—. Los dioses lo bendigan por interesarse por él.

El Tribunal Supremo estaba abierto al público. La multitud de espectadores que se abrían paso a codazos estaba impaciente por ver lo que sucedía. Algunos se rieron al reparar en que la mujer que se enfrentaba a la tristemente célebre hermana de Jotam iba descalza. Muchos otros se quedaron consternados al verla sola frente a Zira, que estaba flanqueada por tres abogados elegantemente vestidos y enjoyados. La consternación no era por Abigaíl, sino por el hecho de que, teniendo Zira tanta ventaja, el juicio no solo sería aburrido, sino que además no tenía sentido apostar por el resultado.

Al fondo de la sala, bajo la atenta mirada de Nobu, la familia de Abigaíl observaba muy nerviosa, temiendo que el resultado no iba a serles favorable.

El juez Urías volvió la cabeza hacia Abigaíl muy despacio, como si su tocado pesara más que todas las leyes y castigos de Ugarit.

—¿Quién es usted?

—Señores, que Baal los bendiga. Soy la madre del vinatero Elías, cuya casa está junto a la carretera que se dirige hacia el sur.

—¿Dónde está su abogado? —le preguntó frunciendo el ceño.

—No me puedo permitir un abogado, señor.

—¿Y dónde está el pariente que hablará por usted?

—Hablaré yo misma, señor.

Los tres jueces se miraron entre sí.

—No es lo normal. Sin duda tiene a un pariente lejano o a un vecino en buena posición. Son los hombres los que suelen hablar ante este tribunal.

—No tengo a ningún hombre que me proteja y que pueda representarme, señores —dijo Abigaíl rogando que su voz no traicionara su miedo—. Estoy sola. Pero creo que, aunque no es frecuente, puedo hacerlo, porque soy una ciudadana de pleno derecho de Ugarit.

Los jueces deliberaron.

—Hay un precedente —dijo por fin Urías—, aunque fue hace mucho tiempo. Muy bien, buena mujer; aunque le aconsejaríamos que buscara ayuda de un pariente o un amigo, o que contratara a un portavoz, porque eso le beneficiaría, le permitiremos que se represente a sí misma. —Se giró hacia el escriba del tribunal, sentado con arcilla y un estilete en las manos—. Tome nota.

»¿Qué caso trae ante este tribunal? —le preguntó Urías.

Abigaíl, muy nerviosa, carraspeó.

—Señores, no estoy acostumbrada a hablar en público. Soy una mujer que se ha criado a la antigua usanza y que ha dejado estos temas en manos de los hombres. Conocen ustedes a mi hijo, Elías, y conocían a mi marido, Yosep, ambos honorables. También yo soy una mujer honorable. Pero me veo obligada a dejar de lado el decoro y la dignidad porque debo luchar por los derechos de mi familia. Les suplico que sean indulgentes con mi falta de experiencia para dirigirme a este noble tribunal.

—Sí, sí —le contestó Urías—. Exponga su caso.

—Señores, esta mujer, Zira, y su hermano, Jotam, engañaron a mi hijo comprando el contrato de un préstamo que había pedido al banco y presentándose ante mi hijo con una orden de pago diez veces superior a su valor real. Ahora esta mujer se ha quedado con mi casa y amenaza con venderme a mí y a toda mi familia como esclavos.

El juez Urías arqueó sus largas cejas negras.

—Es una acusación grave. ¿Qué tiene que decir Zira em Yehuda?

—Es absurdo, señores —dijo el abogado de Zira—. La suma es verdadera y exacta. Elías no podía pagarla, de modo que el poseedor del contrato del préstamo tiene derecho a quedarse con sus bienes, es decir, la casa, la bodega y su familia. Su madre está actuando de forma deshonrosa.

—Eso parece —dijo el juez muy serio—. Le aconsejo que tenga cuidado y que invoque a los dioses, buena mujer, por haber puesto en cuestión la reputación de Zira y de su hermano, ambos de elevada posición en esta ciudad. ¿Tiene pruebas de sus acusaciones?

—El archivo del banco posee una copia de la transacción original. —

Respiró hondo y rogó a los dioses que le permitieran exponer los hechos tal y como le había indicado Faris—. Solicito el derecho a verla y compararla con la orden de pago.

El juez frunció el ceño.

—No tiene ese derecho. Ningún ciudadano corriente puede hacerlo, y menos una mujer. Solo los cabezas de familia pueden ver los documentos del banco. De no ser así, el archivo estaría desbordado de ciudadanos que creen que los han engañado, que son la mayoría de los habitantes de Ugarit.

El público de la sala se rió. Cuando volvió a quedarse en silencio, el juez supremo dijo:

—¿Dónde está la copia de su hijo?

—La destruyeron, señor, y el recibo del banco que Jotam compró está en manos de Zira, pero no va a permitir que la compare con la orden de pago. Sin embargo, me han comentado que el banco toma nota de todas las transacciones que realiza, con los nombres, las cantidades y el mes en que tiene lugar la transacción. Quisiera ver ese documento. —Se dio golpecitos en la barbilla—. Tengo derecho a ver documentos oficiales, señor, porque soy la cabeza de familia. Y no soy una ciudadana cualquiera. Pertenezco a una familia de alto nivel, como saben los señores.

Un juez se inclinó hacia delante.

—¿De qué familia dice que es cabeza? —le preguntó en tono incrédulo.

—De la mía, de la casa de Elías.

La sala se quedó en absoluto silencio.

—No tienes casa, Abigaíl —dijo Zira—. Formas parte de la casa de tu hijo. Y además las mujeres no son cabezas de familia.

—Ahora soy la cabeza de la casa de mi hijo, porque él está ausente, así que tengo derecho a llamarla mi casa.

Zira no pudo evitar hablar, pese a que sus abogados le aconsejaban prudencia.

—¿Y quién te ha nombrado cabeza de esa familia?

—Vosotros mismos, cuando obligasteis a Elías a venderse como esclavo.

Zira hizo un gesto despectivo con la mano.

—No puedes ser la cabeza de familia, porque Elías puede seguir vivo y volver.

—Aun así, soy la cabeza de familia, y por lo tanto reclamo esa casa como mía.

En la sala estallaron las discusiones y los gritos. Los guardias se

acercaron al público e hicieron gestos para que se callara.

—Señores —dijo Zira a los jueces—, ¿vamos a perder el tiempo con esta farsa? Abigaíl solo intenta detener lo inevitable.

—Em Yehuda tiene razón —dijo un juez—. La reclamación de esta mujer es ridícula.

—Además —intervino Zira con impaciencia—, Elías se marchó hace más de cuatro años. Si tu reclamación es legal, ¿por qué has esperado hasta ahora?

—Las circunstancias han cambiado —le respondió Abigaíl recordando lo que Faris le había dicho, la segunda de las tres cosas que debía recordar. Se dirigió a los jueces—. Señores, ¿no ha decretado el rey que todos los hombres deben ingresar en el ejército? ¿No ha declarado el rey el estado de guerra?

—Sí —le contestó Urías frunciendo los labios.

—¿Y no hay en los libros una antigua ley que dictamina que, en tiempos de guerra, cuando los hombres se han marchado de la casa y solo quedan mujeres, la mujer de más edad puede reclamar la casa y llamarla suya?

Urías observó a Abigaíl detenidamente, moviendo los labios bajo el bigote.

—Es curioso que sepa estas cosas, Abigaíl em Elías, porque se trata de una vieja ley que no se aplica desde hace mucho tiempo. Sin embargo, aunque técnicamente todavía no estamos en guerra, la ley es pertinente, porque es cierto que se ha llamado a los hombres para que se preparen para luchar. Se trata de una antigua ley que se remonta a los tiempos en que las ciudades de Canaán siempre estaban en guerra, y cuando los hombres morían, muchas familias perdían su casa. Por eso se decretó que las mujeres pudieran proclamarse cabezas de familia, para que su linaje no se perdiera. ¿De qué casa es cabeza?

—De la casa de Abigaíl isha Yosep.

Zira se dirigió a su abogado.

—Di algo, hombre. Esta reclamación es ridícula.

El abogado carraspeó.

—Está en su derecho, querida señora. Lo dice la ley.

—Por lo tanto, reclamo mi derecho a ver...

—Eres habiru —la interrumpió Zira—. Ni siquiera eres cananea. No tienes derechos ante este tribunal.

Abigaíl miró a Zira a los ojos.

—¿Por qué dices eso, cuando toda Ugarit sabe que soy descendiente del

rey Ozedia? Si quieres pruebas, podemos pedir los documentos de Jericó. El rey Ozedia fue antepasado de mi madre.

—¡Toda Ugarit sabe que eres habiru! —gritó Zira levantándose de un salto.

—¿En qué te basas?

Zira abrió la boca, pero no dijo nada. La escandalosa noticia que había dado Raquel en su lecho de muerte la había filtrado el sacerdote que la había atendido, y que había hecho votos de confidencialidad. No se atrevía a desvelar su fuente.

—Lo sé perfectamente, eso es todo —dijo Zira malhumorada.

Abigaíl dio la espalda a Zira y dirigió a los jueces en voz alta y tono seguro la tercera demanda que el disoluto abogado Faris le había indicado.

—Como cabeza de mi familia y descendiente de un rey, solicito el derecho a llevar mi caso ante el rey Salomón.

—¡Cómo te atreves! —gritó Zira.

La multitud se animó y el dinero de las apuestas empezó a circular de mano en mano. Los guardias se acercaron con lanzas y empujaron a los de las primeras filas. Nobu, al fondo, intercambió sonrisas con Ester.

—¡Di que no es posible! —gritó Zira a su abogado.

El hombre, muy nervioso, volvió a carraspear.

—Sí que lo es, señora. Abigaíl tiene derecho. Señores —dijo dirigiéndose a los jueces—, ¿puedo hablar un momento con mi clienta?

Se apartaron y se pusieron a cuchichear muy deprisa. Abigaíl captó varias palabras. El abogado: «Me dijo... muy fácil... habiru...». Zira: «No pensé que...».

—¿Podemos continuar? —gritó Urías.

Zira y su abogado volvieron ante los tres jueces.

—Abigaíl isha Yosep, ¿tiene algo más que reclamar?

—Sí, señores. Si se revisa la falsa orden de pago, se verá que el hombre que falsificó la tablilla es el propio hijo de Zira, que fue quien la selló.

Los jueces se quedaron boquiabiertos y se miraron entre sí atónitos.

—Buena mujer, ¿es consciente de que está acusando al rab de la Hermandad?

—Sí.

La multitud volvió a aclamar a la mujer que se enfrentaba sola a una mujer poderosa y a sus tres abogados.

—¡Cómo te atreves! —gritó Zira.

Abigaíl vio que la hermana de Jotam se había quedado pálida.

—Retiraré mi denuncia si me devuelves mi casa y nos dejas a mi familia y a mí en paz —dijo Abigaíl en tono tranquilo.

La palidez de Zira quedó sustituida por un rubor que ascendió desde el cuello hasta la frente.

—No tiene derecho a cuestionar la reputación de mi hijo —dijo Zira a los jueces—. No tiene derecho a trasladar sus demandas al rey Salomón. Señores, ¿van a convertir este tribunal en un hazmerreír? ¿Están dispuestos a dar muestras de debilidad ante toda esta gente? Juzguen a esta escandalosa mujer ahora mismo. Quizá tenga que pedirle a mi hermano que me apoye —añadió en tono mordaz.

A nadie se le escapó la velada amenaza, y a Urías menos que a nadie.

Zira y el juez se miraron fijamente. Abigaíl recordó lo que le había dicho Faris de que Zira y su hijo estaban al corriente de un secreto, de información incriminatoria sobre el juez principal del Tribunal Supremo de Ugarit. Todo el mundo contuvo la respiración y la sala se quedó en absoluto silencio. Urías apartó por fin la mirada de Zira y recorrió los rostros de la multitud, de los guardias alineados a lo largo de las paredes, de los escribas y empleados, y por último de Abigaíl. Todos se dieron cuenta de que estaba sopesando algo, algo al margen de la legalidad de lo que se había expuesto. Cuando por fin habló, el público detectó una tensión muy poco frecuente en Urías.

—Lo que reclama esta mujer es legítimo. Tiene derecho a que la escuche el rey. Pediremos el documento al banco y transferiremos el caso al trono de Ugarit.

—Pero, señores... —balbuceó Zira en tono suplicante.

—Los dioses han hablado —dijo el juez Urías sin mirarla a los ojos.

Zira salió a la sala de las columnas hecha una furia, argumentando que Abigaíl no tenía derecho a presentarse ante el rey. Cuando sus abogados le aseguraron que era justo y legal, se dirigió a Abigaíl.

—Al parecer, los viejos jueces están decididos a vivir con viejas leyes y no puedo hacer nada por evitarlo. Pero no creas que has ganado. Expondré mi caso muy claramente a Salomón y buscaré más abogados si es preciso.

Zira estaba decidida a que la extorsión no quedara al descubierto, y menos la implicación de su hijo, pero estaba segura de que, aunque Salomón pudiera favorecer a Abigaíl porque su nieta era su encantadora de demonios, no se atrevería a desobedecer la ley por intereses personales, especialmente

en la sala del trono llena de gente.

—Vamos ahora mismo al palacio a coger sitio —dijo a Abigaíl con aires de superioridad—. Si es necesario, me quedaré una semana para limpiar la porquería que has vertido sobre el nombre de mi familia.

Zira se marchó a toda prisa con sus consejeros. Abigaíl indicó a Nobu con un gesto que se acercara con su familia.

—Las audiencias ante el rey empiezan a mediodía —dijo muy tranquila—. Esperaré a que me llamen con Zira. Nobu, lleva a los demás a casa y espera a que te avise. Ánimo. Los dioses están con nosotros.

Daveed y Lea se acercaban a la casa vigilando que no hubiera soldados patrullando la zona. Habían cabalgado sin detenerse durante días, pero ahora redujeron la velocidad y se aproximaron con precaución. Podrían considerar a Daveed un desertor, que en tiempos de guerra suponía pena de muerte sin juicio. Y a juzgar por los campamentos militares y las tropas ejercitándose fuera de las murallas de la ciudad, estaba claro que el rey Salomón estaba preparándose para la guerra.

Estaban solos con sus caballos y su animal de carga. La escolta egipcia los había abandonado a la altura de Qadesh quejándose de que ya no querían ser soldados y que buscarían pasaje en un barco con destino a las islas del Mar Grande.

Recorrieron rápidamente la casa, pero no encontraron a nadie. Lea temió lo peor.

—Voy al mercado de esclavos —dijo a Daveed—. Tú ve a palacio y cuéntale al rey lo de la flota egipcia.

Para reducir el riesgo de llamar la atención, dejaron los caballos en la casa —porque pocos ciudadanos iban a caballo— y se dirigieron a la puerta de la ciudad a pie. Al ver la cantidad de gente cargando con sus posesiones, muchos con niños, Daveed y Lea se dieron cuenta de que las familias intentaban ponerse a salvo dentro de las murallas.

Los soldados detenían a todo el mundo en la puerta para comprobar quiénes eran y registrar los bultos y los paquetes, de modo que Daveed y Lea rodearon las murallas en dirección a la puerta del este. Allí vieron a más gente, pero no entraba en la ciudad, sino que salía.

—Temen que empiece la guerra —observó Daveed—. Se van a ciudades del este con la esperanza de estar seguros.

—Tenemos que entrar —dijo Lea al descubrir que también aquella puerta

estaba vigilada por soldados.

Seguro que también había soldados en la puerta norte, y probablemente centinelas vigilando las calles procedentes del puerto.

—Les diré quién soy —dijo Lea al acercarse a la gran arcada que podía cerrarse con enormes puertas de madera en caso de ataque—. Les diré que el rey Salomón querrá verme inmediatamente.

Pero cuando dieron el nombre de Lea al vigilante, un escriba consultó una tablilla con una lista de nombres e informó al oficial de que había que detenerlos a los dos.

Cuatro guardias con lanzas y escudos los escoltaron por calles llenas de gente en las que todo el mundo hablaba de la guerra. Se preguntaban entre sí a qué distancia estaba el ejército egipcio. ¿Tenía Ugarit suficientes hombres protegiendo la carretera del sur? Lea vio alarmada que la gente se dirigía a los muelles con la esperanza de encontrar refugio en los barcos anclados. Y se le heló la sangre al pensar en la poderosa flota que se acercaba al vulnerable puerto de Ugarit.

La cárcel, como la de Meguidó, había sido construida hacía mucho tiempo debajo del palacio, con oscuras escaleras de piedra que llevaban a un húmedo laberinto subterráneo de pasillos y celdas. Daveed y Lea aseguraron que eran inocentes, pidieron hablar con una autoridad superior e intentaron que los guardias entendieran que debían llevarlos ante Salomón de inmediato, pero la cárcel estaba llena de detenidos con cargos de espionaje, traición, sedición, insubordinación e instigación a la revolución. El caos de gemidos, gritos y protestas que clamaban por su inocencia desde las celdas era insoportable. La voz de Daveed apenas se oía entre el estrépito cuando les cerraron la puerta en las narices y oyeron caer la barra que la bloqueaba.

Lea se pegó a la puerta y gritó por la pequeña abertura. Daveed inspeccionó rápidamente la celda, palpó las paredes cubiertas de moho y oyó ratas que huían a su paso.

Volvió junto a Lea.

—No hay salida.

Lea apenas le veía la cara, porque por la pequeña abertura de la puerta entraba muy poca luz. Empezó a temblar de miedo y Daveed la abrazó con fuerza.

Daveed era un desertor. En tiempos de guerra, era un delito castigado con la ejecución sumaria, pero solo el rey podía dar la orden.

—Salomón no dará la orden en cuanto entienda que salí de la ciudad para

ir a buscarte —dijo.

—¿Hay noticias del faraón Tutmosis? —preguntó bruscamente el rey Salomón cuando el rab Yehuda entró en la habitación.

El rey estaba preparándose para sus audiencias diarias en la sala del trono. Sus esclavos le aceptaron el pelo y la barba y lo ayudaron a ponerse su túnica púrpura. Salomón estaba de mal humor. No había dormido bien y volvía a sentir opresión en el pecho.

—¿Dónde están mis hijos? —gritó Salomón—. ¿Dónde está Lea, mi encantadora de demonios? ¿Por qué el egipcio no ha escrito pidiendo un rescate?

Yehuda se inclinó respetuosamente.

—Majestad, han llegado todos los correos reales, pero seguimos sin recibir correspondencia de Meguidó.

Yehuda observó el rostro sombrío del rey y pensó que ser rab de la Hermandad tenía muchas ventajas. Sin duda le sería mucho más sencillo acceder al trono. Leer y romper tablillas del faraón Tutmosis, que había mandado numerosas ofertas de tratados de paz a cambio de los príncipes y la encantadora de demonios, era un lujo que solo Yehuda podía permitirse, porque un escriba de menor rango jamás se atrevería a interceptar la correspondencia del rey.

—Lo siento, Majestad. Quizá mañana llegue una carta.

—¡Quiero que me devuelvan a mis hijos! —gritó Salomón.

Los esclavos y ayudantes, que sabían que el rey era un hombre tranquilo, se asustaron.

—Majestad, debe tranquilizarse —le dijo Yehuda—. Los demonios están siempre al acecho, esperando un momento de debilidad.

—¡No voy a permitir que se me ignore y se me desprecie! Ese demonio que se sienta en el trono de Egipto pagará caros estos insultos. —Se llevó las manos al pecho e hizo grandes esfuerzos por respirar. Se puso rojo y abrió mucho los ojos—. No puedo... —Trató de hinchar el pecho y jadeó—. No puedo...

Llamaron inmediatamente a los médicos y a los magos. Al momento, Jotam, que había mantenido una reunión privada con el rey, estaba junto a su soberano. Cuando los curanderos y demás obradores de maravillas llegaron, encendieron velas, lámparas, antorchas e incienso que llenaron la habitación de un humo acre que irritaba los ojos.

Los criados llevaron a Salomón a la cama para que descansara. Al rey le costaba respirar. Los médicos empezaron a entonar cánticos, y sus voces monótonas se mezclaron con el embriagador aroma a sándalo e incienso.

Yehuda se quedó en un rincón, a oscuras, observando. De pronto entró un criado, le susurró algo y el rab se dio media vuelta y salió a toda prisa de la habitación.

Lea oyó pasos en el pasillo y se acercó a la abertura de la puerta.

—¡Por favor, decidle al rey que la encantadora de demonios está aquí! —gritó.

Para su sorpresa, lo que apareció a la luz de las antorchas fue el rostro taciturno del rab de la Hermandad, con una sonrisa inquietantemente fría.

—Te informo de que Salomón ha caído enfermo —le dijo—. Solo es cuestión de tiempo. En cuanto sucumba al demonio, yo seré el rey, y mi primera orden será que os ejecuten.

—Tiene que dejarme hablar con él —dijo Daveed—. Dispongo de información de la mayor importancia sobre el ejército egipcio.

—No tienes nada importante que ofrecer. Cuando esté al mando, que será pronto, me ocuparé de que Ugarit esté protegida. Mi primera orden como jefe supremo de esta ciudad será hacer que vuelvan las tropas que Salomón desperdicia tontamente en lugares en que no son necesarias, en los acantilados frente a la costa, en el puerto y en el litoral. En cuanto me proclamen rey, ordenaré que esas tropas vuelvan de inmediato y las desplegaré en el sur de la ciudad.

—¡No debe hacerlo! Escúcheme...

—Por supuesto, todos rezamos para que Salomón se recupere. Mi tío Jotam está con él pidiendo misericordia a los dioses.

Lea intercambió una mirada con Daveed. Acababa de ocurrírsele una idea.

—Rab Yehuda, dígame a su tío que tengo información muy importante para él —dijo Lea.

Yehuda alzó las cejas.

—¿Qué información puedes tener que interese a mi tío? —Sus labios volvieron a dibujar una fría sonrisa—. No creas que ofrecerte a Jotam te sacará de esta celda. Dejaste de interesarle hace mucho tiempo.

—Daveed y yo estamos al corriente de secretos sobre el nuevo proceso egipcio de fundición del hierro.

Yehuda no dijo nada.

—¿No pensó que los egipcios se enterarían? —siguió diciendo Lea—. ¿Pensó que los egipcios no iban a enterarse de que los hititas habían descubierto una manera de extraer metal del mineral de hierro, un metal superior al bronce? Pero hay algo en su técnica que Jotam no sabe, algo que hace que el hierro egipcio sea mucho más resistente.

—Puedes decírmelo a mí. Al fin y al cabo, pronto seré el rey de Ugarit.

—Solo se lo diré a Jotam.

Yehuda se rió sin alegría.

—No te concederé la libertad, así que no intentes negociar con mi tío. Te sacaré lo que sabes mediante tortura. Será divertido.

Se dio media vuelta y se marchó.

La habitación del rey era un caos. Los exploradores militares entraban y salían. Los cortesanos deambulaban de un lado a otro retorciéndose las manos. Los médicos y obradores de maravillas entonaban cánticos, y el denso humo del incienso invadía el aire. Salomón, tumbado en la cama, respiraba con dificultad, jadeaba. Cuando tomaba aire, su pecho emitía extraños silbidos. Los sacerdotes rezaban y agitaban sonajeros para asustar al demonio alojado en el pecho de Salomón.

Allí estaba Jotam. Había visto a un sirviente susurrando algo a su sobrino, que inmediatamente había salido de la habitación. Se preguntaba qué podía ser tan importante para que Yehuda se hubiera marchado en aquel crítico momento. Jotam sabía que su ambicioso sobrino esperaba que el demonio que apretaba la tráquea acabara con Salomón. Y varios otros en aquella habitación deseaban lo mismo, hombres que obtendrían grandes beneficios si Yehuda era coronado rey. A Jotam no le importaba quién se sentara en el trono. La guerra era un buen negocio. Aunque Egipto no atacara, Ugarit seguiría fabricando armas de hierro y almacenándolas para protegerse de la amenaza. Sería leal a cualquiera que llevara la corona.

—¡Traed más incienso sagrado! —gritó el médico principal.

Sus ayudantes llegaron corriendo con incensarios, lo que hizo que el aire se llenara todavía más de nubes de humo acre e irritante.

Yehuda entró silenciosamente en la habitación del rey y preguntó a un médico ayudante sobre la evolución del rey.

—Está empeorando, señor.

El rab observó entre el humo a su tío, que estaba con los consejeros

militares de Salomón. Pensó en lo que Lea le había dicho en la celda. Aunque Yehuda esperaba ser rey pronto, Jotam seguía siendo muy poderoso en Ugarit. Quizá no le iría mal ganarse el favor de su tío en aquel momento crucial. Y enterarse de los secretos metalúrgicos de Egipto solo podría beneficiar a la ciudad.

—Tío —dijo Yehuda acercándose a Jotam y a los consejeros—. Hay algo que debes saber.

Jotam escuchó lo que su sobrino quería decirle. Su expresión pasó del disgusto —no le gustaba estar allí parado, esperando a que el rey muriera— a la sorpresa y la curiosidad. El gordo constructor de barcos pidió a sus compañeros que lo disculparan un momento y salió a toda prisa de la habitación.

En aquel momento el rey se puso peor. Respiraba ruidosamente y los ojos se le salían de las órbitas hasta el punto de que todos pensaron en un pez tirado en la cubierta de un barco. Los generales deliberaron en voz baja. Como creían que los espías egipcios debían de estar ya corriendo hacia el sur con las últimas noticias —que el rey de Ugarit se había puesto enfermo de repente, lo que dejaba la ciudad en situación muy vulnerable—, dieron órdenes de retirar las tropas de la costa y del puerto, y desplegarlas frente a la muralla sur.

Yehuda sonrió. Era exactamente la orden que habría dado él.

—Daveed, tengo miedo —dijo Lea en la oscuridad de la celda—. Yehuda no dejará que me acerque al rey. Dejará morir a Salomón.

Daveed la abrazó y la consoló.

—Shubat no me ha traído hasta aquí, no me salvó de las flechas y las hondas de los habiru para que muera en la cárcel. Los dioses tienen planes para nosotros, amor mío. Estoy seguro.

Oyeron una voz conocida avanzando por el pasillo, unos pasos resonaron en el suelo de piedra y de pronto apareció un rostro redondo en la pequeña abertura de la puerta.

—¿Qué queréis decirme? —preguntó Jotam en tono impaciente.

—Sácanos de esta celda y lo sabrás —le contestó Daveed.

—No voy a negociar con vosotros. Mi sobrino me ha dicho que tenéis información sobre el hierro egipcio. Contadme lo que sabéis si no queréis que os eche a las ratas.

Antes de que Daveed hubiera podido contestarle, Lea se acercó a la

puerta.

—Jotam, me conoces.

—Sí, Dagan me salvó de ti. Ojalá jamás hubiera pisado la casa de Elías hace siete desdichados años.

—Jotam, Daveed y yo hicimos amistad con el faraón Tutmosis.

—¡Tonterías! ¿Creéis que soy tonto? Que Dagan me proteja.

—Como sabes, me raptaron y me hicieron rehén. Daveed fue a Meguidó a rescatarme y, por una serie de circunstancias, se ganó la confianza del faraón y tuvo la oportunidad de ser testigo del poder de Egipto con sus propios ojos. Podría informar a Salomón y convencerlo de que se rinda pacíficamente.

—Sigue —dijo Jotam frunciendo los labios.

Daveed dio un paso adelante y le contó lo que había visto en el monte Carmelo, la poderosa flota anclada en una bahía del Mar Grande. En cuanto mencionó los barcos, Jotam empezó a interesarse. Cuando le describió cómo eran los barcos, los mejores barcos de guerra del mundo, construidos expresamente para combatir, el interés de Jotam fue total.

—¡Barcos de guerra! —exclamó.

Le brillaron los ojos solo de pensarlo. La guerra era sin duda un buen negocio.

—Pero eso no es todo —dijo Daveed—. Tutmosis ha ordenado que la flota se dirija a Ugarit. Los barcos están a punto de llegar y el almirante tiene órdenes de prender fuego a todos los barcos del puerto de Ugarit. Jotam, quemarán todos tus barcos.

- *Halla!* —exclamó Jotam—. ¡Que los dioses me protejan! Ahora mismo tengo muy pocos barcos fuera de Ugarit. Egipto destrozará casi toda mi flota. ¡Mis preciosos barcos! —Se le salieron los ojos de las órbitas—. ¡Y los generales han ordenado retirar toda la protección militar del puerto!

—Llévame con Salomón —le dijo Lea—. Si todavía respira, podría salvarlo. Si Salomón se recupera, anulará la orden y desplegará nuestro ejército en el puerto.

En cuanto el rumor de que el rey estaba enfermo salió del palacio, se extendió por la ciudad como si tuviera vida propia. En la gran sala de las audiencias, dignatarios extranjeros esperaban a Salomón, junto con embajadores con regalos y tratados, y ciudadanos que iban a presentar sus reclamaciones ante el trono. Zira, sus abogados y Abigaíl esperaban también, muy nerviosos, ante la multitud. La noticia pasó de boca en boca hasta que el

rumor se convirtió en un leve rugido. Ahora incluso los cortesanos que rodeaban el trono intercambiaban miradas de preocupación.

El rey estaba enfermo.

Las puertas de la habitación se abrieron de par en par y entró Jotam, seguido por los dos prisioneros.

—¡Detened a esos dos! —gritó Yehuda.

Pero Jotam se adelantó y levantó una mano.

—Deprisa, ve con el rey —le dijo a Lea.

Lea corrió hasta la cama y se asustó al ver el lamentable estado de Salomón. Tenía la cara roja, los labios azules y las venas del cuello y de la frente muy hinchadas. Observó que, cada vez que intentaba respirar, se le hundía la piel de las clavículas.

—Retirad todo el incienso —dijo a los sacerdotes y a los médicos— y traed abanicos de alas de avestruz para limpiar el aire.

Nadie se movió.

—¡Haced lo que os pide! —gritó Jotam—. ¡La encantadora de demonios volverá a salvar al rey!

—Que nadie se mueva —replicó Yehuda—. Este hombre es un desertor y será ejecutado por traición. Y esta chica escapó con su amante y abandonó a nuestro querido rey.

Entre los reunidos en la habitación para rezar por el rey estaba el juez Urías, que de pronto dio un paso adelante, con su impresionante túnica y su tocado lleno de borlas.

—Los dioses todavía no se han llevado a Salomón, Yehuda, así que todavía no eres rey —dijo en voz alta.

Cruzó la habitación con paso decidido y todos los presentes se apartaron para dejarle pasar. Cuando el juez llegó hasta el rab, se inclinó y le dijo en voz baja:

—Se acabaron tus chantajes. No volverás a intimidarme con tus amenazas de contar mi vergonzoso secreto. Y me ocuparé personalmente de que si los dioses se llevan hoy a nuestro querido Salomón, jamás llegues a sentarte en el trono de Ugarit.

El juez Urías se giró hacia los médicos que rodeaban al rey.

—Retirad el incienso y traed los abanicos —les dijo.

Mientras se llevaban a toda prisa los incensarios, los braseros y las velas humeantes, Lea se sentó al borde de la cama, cogió de la mano al rey, que

respiraba con dificultad, y le habló con dulzura. Llegaron los abanicos de avestruz y enseguida el aire empezó a aligerarse.

—El demonio saldrá de su pecho, Majestad —dijo Lea en tono tranquilo, apretando la mano del rey entre las suyas.

Al poco tiempo, ante las miradas de los presentes, la respiración de Salomón empezó a calmarse. Observaron maravillados que el rey al que tanto querían empezaba a mejorar.

Lea pidió a los sacerdotes que ayudaran al rey a sentarse y a inclinarse un poco hacia delante.

—Rece conmigo, Majestad —le dijo suavemente—. Que los dioses oigan sus oraciones.

Pero al rey seguía costándole respirar y su pecho emitía preocupantes silbidos. Todos sabían que el demonio estaba luchando contra Lea.

—Abrid las cortinas y traed una silla para sacar al rey al balcón.

Seis cortesanos llegaron al momento con una silla decorada con oro, ayudaron a Salomón a sentarse y lo trasladaron al balcón. El dorado sol de la mañana teñía toda Ugarit de un cálido brillo.

La respiración de Salomón se calmó y recuperó el color. Lea se sentó a su lado y lo ayudó diciéndole lentamente, en tono acompasado:

—Coja aire despacio, y ahora suéltelo despacio. Controle su cuerpo, Majestad. Domínese a sí mismo. Muéstrole al demonio quién es el rey.

Poco a poco los silbidos se redujeron y Salomón empezó a respirar normalmente. Los médicos lo examinaron y aseguraron que el demonio que apretaba la tráquea se había marchado. Casi todos los presentes dieron gracias a los dioses, pero varios salieron sigilosamente de la habitación.

—Doy gracias a Dagan por haberte devuelto a mi lado, Lea —dijo Salomón, sentado al sol e inhalando el aire fresco del mar—. ¿Cómo es posible que Tutmosis te dejara marchar?

—Es una larga e interesante historia, Majestad, pero antes tenemos noticias urgentes para usted.

Daveed se acercó y le informó sobre la flota egipcia. Yehuda replicó que era mentira, pero los generales se pusieron nerviosos. Los detalles que ofrecía Daveed sobre los barcos eran demasiado exactos. ¿Cómo iba a saber aquellas cosas un escriba? Estuvieron de acuerdo en que Egipto suponía una gran amenaza por mar y en que, desgraciadamente, Ugarit era vulnerable por la costa, que no estaba protegida. Varios oficiales salieron corriendo para volver a desplegar las tropas en la costa y asegurarse de que los centinelas vigilaban

el puerto.

Aunque Salomón estaba muy débil y necesitaba descansar, llamó a Jotam.

—Coge tu barco más rápido y ve al encuentro de la tropa egipcia. Ondeala bandera blanca. Haz lo que tengas que hacer para evitar que nuestro puerto arda.

Jotam salió de la habitación, pero antes miró a Lea, que se quedó atónita. La había mirado con... admiración.

Lea pidió vasos de agua fresca para el rey. De repente pareció que los silbidos amenazaban con volver, pero habló al rey en tono dulce hasta que se le pasó el ataque de pánico.

—Majestad, tiene que salir de vez en cuando de esta habitación llena de humo y respirar aire fresco en la terraza. Debe exponer el pecho a los benéficos rayos del sol, porque el demonio que aprieta la tráquea no soporta la luz y el calor. Así estará sano muchos años, y si me necesita, solo tendrá que llamarme y vendré inmediatamente. Asera está con nosotros.

El sol estaba casi en el cenit cuando un mensajero entró corriendo en la habitación, se arrodilló, saludó al gran rey Salomón y gritó en tono aterrorizado que el ejército egipcio estaba invadiendo el puerto y empezaba a avanzar hacia la ciudad.

El pánico se apoderó de la habitación, pero Salomón tuvo fuerza para llamar al orden a sus cortesanos y médicos, y tranquilizarlos.

—Recibiré a los egipcios en la sala de audiencias —dijo a Lea—. No puedo permitir que el enemigo me vea en este estado. Ayúdame, Lea.

En la sala de audiencias corrían tantos rumores que Zira ya no sabía qué creer: el rey se había recuperado, el rey había muerto, el rey había huido a una provincia del este... Los guardias mantuvieron en orden a la multitud, pero a medida que avanzaban las horas y el rey no acudía a su comparecencia diaria, la tensión aumentaba. Abigaíl se preguntaba si debería irse a casa y asegurarse de que Nobu y su familia estaban a salvo cuando el estruendo metálico de las trompetas invadió la sala. Todas las cabezas se volvieron hacia las cortinas situadas a la derecha del trono, unas gruesas cortinas de color púrpura por las que siempre habían hecho su entrada los reyes de Ugarit.

La sala se quedó en silencio. Zira y Abigaíl contuvieron la respiración con la mirada clavada en las cortinas. De pronto vieron salir al juez Urías, con su impresionante tocado de oro y plata y su túnica de colores. Detrás de él iban dos guardias reales con escudos cubiertos de oro, luego los cortesanos

del rey, y por último Salomón. La sala estalló en vítores al ver a su querido monarca, que, aunque andaba despacio y estaba pálido, iba espléndidamente vestido con una túnica púrpura ribeteada en oro y llevaba sobre la frente la antigua corona de Ugarit, con piedras preciosas incrustadas. Avanzó con dignidad y desenvoltura hacia el trono, y cuando se detuvo y se giró, toda Ugarit le perdonó que se tambaleara ligeramente. Acababa de sufrir uno de sus ataques.

Entonces vieron a la chica que iba a su lado, a la que muchos conocían como su encantadora de demonios. Y algunos vieron también una cara que les resultaba familiar: Daveed, el escriba de Lagash. Detrás de él iba Yehuda, el famoso rab de la Hermandad. Se colocaron alrededor del trono y Salomón se sentó muy despacio en la sólida silla desde la que muchas generaciones de monarcas habían gobernado Ugarit. Levantó la mano para pedir a los dioses que bendijeran a la concurrencia, pero, antes de que hubiera podido decir una palabra, la gran puerta de la sala de audiencias se abrió de par en par y apareció un hombre impresionante.

Abigaíl exclamó «Halla!» y trazó el sagrado signo de Asera en el aire al darse cuenta de que el hombre era egipcio, y alguien de alto rango. Mientras el hombre recorría el suelo de mármol desde la puerta hasta el trono, entre la multitud se extendió el rumor de que era el almirante Hayna, comandante de la flota que se decía era la más grande del mundo.

Y estaba allí para conquistar Ugarit para el faraón Tutmosis.

A su lado iba el constructor de barcos Jotam, que avanzaba tan recto como le permitía su corpulencia, y los que iban detrás de ellos solo podían ser los ayudantes del almirante, vestidos con falda de lino y tocado blanco de tela, como el propio Hayna. Para los ciudadanos de Ugarit, donde el clima era mucho más frío que en el país del Nilo, iban casi desnudos y tenían la piel bronceada y curtida propia de los hombres que se pasaban la vida en el mar.

La sala estaba tan silenciosa que se oía el leve susurro de las sandalias egipcias rozando el suelo. Todos los ojos siguieron al recién llegado, que, aunque llevaba ropa muy formal y sin colores, impresionó mucho a los ciudadanos, aunque solo fuera por la amenaza que representaba. Se detuvo delante del trono, se quedó un momento inmóvil, en silencio, y después se inclinó con elegancia. Todo el mundo se dio cuenta de que su gesto no había sido servil, pero sí respetuoso.

—Los dioses de Egipto bendigan a los dioses de Canaán —dijo en voz alta—. El dios vivo de Egipto, el faraón Tutmosis, manda saludos al rey de

Ugarit, el rey Salomón, cuyo nombre significa «paz».

La multitud se quedó atónita. El almirante Hayna hablaba cananeo. Y se había dirigido a Salomón en tono amistoso. Todos observaron que no iba armado. La verdad era que no parecía haber llegado para conquistar la ciudad.

Esperaron inmóviles la reacción de Salomón. El momento se hizo eterno. Una cálida brisa vespertina recorrió la magnífica sala agitando los abanicos de avestruz y los dobladillos de las túnicas y las capas. Zira y Abigaíl, casi en primera fila, observaban asombradas. Por un momento, conscientes de presenciar una entrevista de la que se hablaría durante años, olvidaron su conflicto personal.

Llevaban tanto tiempo temiendo la amenaza egipcia que no se les había pasado por la cabeza la posibilidad de un acuerdo pacífico.

Solo Jotam sabía la verdad: que Hayna ya había dado a sus capitanes la orden de incendiar la ciudad cuando él sacó la bandera blanca. Hayna abordó el *Edrea*, el barco más querido de Jotam, como si pretendiera apropiarse de él, y escuchó la apasionada súplica del constructor de barcos, que le rogó que no atacara Ugarit, le recordó sutilmente que una ciudad llena de riquezas era mucho más provechosa para el faraón que una ciudad reducida a cenizas y le insinuó que también los almirantes obtendrían más beneficios. Y Hayna aceptó la invitación de Jotam a hacer una visita diplomática al rey Salomón.

El rey se levantó, ante la atenta mirada de Lea. Se tambaleaba ligeramente, aunque mantenía el control.

—Damos la bienvenida a nuestros honorables invitados egipcios —gritó en tono firme por encima de las cabezas de la multitud congregada en la sala— y ofrecemos las bendiciones de nuestros dioses a nuestro hermano en Egipto, el faraón Tutmosis. Hoy es un día importante.

La gente empezó a murmurar, pero poco a poco fue animándose y hablando cada vez más alto, hasta que los gritos pidiendo la bendición de los dioses en aquel momento excepcional ascendieron hasta el techo. Mientras los ciudadanos de Ugarit respiraban aliviados y empezaban a hacer planes para celebrarlo y mandar a buscar a los parientes y amigos que habían huido de la ciudad, mientras personas que no se conocían de nada se abrazaban e incluso Zira y Abigaíl intercambiaban una expresión de alivio, Salomón y Hayna — cananeo y egipcio— se miraban fijamente sabiendo lo que todos los reyes y militares sabían: de cara a la galería daremos grandes muestras de amistad, y después ya discutiremos los términos del nuevo tratado. No somos vuestros vasallos, decía la regia mirada de Salomón, y los ojos de Hayna, muy pintados

de khol negro, transmitían la silenciosa convicción de que Egipto y Canaán nunca iban a ser «hermanos».

Era una paz inestable, pero paz al cabo. Y aunque todos sabían que la flota egipcia entraría en el puerto y echaría el ancla, dando muestras de la presencia del faraón, Ugarit tenía ante sí una nueva era de alianzas y prosperidad.

El juez Urías, el constructor de barcos Jotam, los generales y los consejeros de Salomón se reunieron para acompañar a los huéspedes desde la sala del trono hasta las salas en las que tendrían lugar las negociaciones y las conversaciones políticas. Pero a la multitud no le importaba. El peligro llegó, se marchó y los vítores no cesaron.

Por eso nadie oyó a Yehuda, que de pronto pegó un grito y cayó al suelo. Pero cuando Zira corrió hacia él y lo abrazó, los que lo rodeaban vieron con repugnancia cómo agitaba las extremidades y echaba espuma por la boca. Nadie se movió. Estaban siendo testigos de un ataque que muchos habían pensado que no era más que un rumor.

Cuando Yehuda se quedó por fin inmóvil, los guardias lo cogieron y se lo llevaron, seguidos por Zira y sus abogados.

Lea le dijo algo a Salomón, que asintió, de modo que bajó corriendo del estrado y abrazó a Abigaíl.

—¡Alabados sean los dioses! —exclamó su abuela—. ¡Pensaba que no volvería a verte!

Se besaron y se abrazaron con lágrimas resbalándoles por las mejillas.

El rey Salomón pidió silencio y ordenó a Lea que se colocara a su lado.

—Que los dioses te sonrían, hija. Te han devuelto a mí sana y salva. Ya una vez te recompensé por sacarme el demonio, y ahora volveré a recompensarte.

—Pongo a Asera por testigo de que estaré a su servicio, Majestad, y lo ayudaré en su enfermedad —dijo Lea—. Pero no volveré a ser su prisionera. Tiene que permitirme que vuelva a casa. Es la única recompensa que pido.

Su tono y su actitud dejaron atónita a la multitud, que no se creía que una chica se hubiera dirigido al rey de aquella manera. Pero no sabían que Lea había estado en presencia de la poderosa Hatshepsut y había visto que la mera presencia de la reina infundía en sus súbditos respeto, admiración y confianza. Por eso Lea agradeció a los dioses que le hubieran dado la oportunidad de pasar aquella breve temporada en Meguidó.

Estaban todos en el jardín delantero de la casa, disfrutando del día de verano. Ana y Saloma, vestidas de nuevo con ropa elegante, se reían mientras Baruch y Aarón correteaban entre las flores, y Abigaíl, sentada al sol, observaba con satisfacción a Daveed y a Lea paseando entre las viñas. La finca volvía a ser suya. Zira les había devuelto las escrituras y la orden de pago falsa.

Como Ugarit y Egipto habían firmado un tratado de paz, ya no había soldados en los alrededores de la ciudad. Todos habían oído decir que Tutmosis se había marchado de Meguidó y había regresado a Egipto para dar inicio a sus proyectos de construcción recurriendo al trabajo de miles de prisioneros de guerra. El almirante Hayna se había marchado y se había llevado de vuelta a Egipto casi toda su flota. Había dejado solo tres barcos armados y a un grupo de representantes del faraón. El rey Salomón envió una misión diplomática a Tebas para negociar la liberación de los príncipes gemelos. A cambio, prometió construir en Ugarit un templo dedicado al faraón Tutmosis, el dios vivo de Egipto.

Abigaíl ya no temía la presencia egipcia en Ugarit. Había entendido que no debía temer los cambios, porque los cambios no eran necesariamente malos. Había vencido en el juicio porque había encontrado el valor para salirse de su papel tradicional y no tener en cuenta las antiguas costumbres. Se puede cambiar con el paso del tiempo y mantener tradiciones valiosas, pensó. De hecho, la mezcla de dos culturas puede incluso sacar lo mejor de cada una, de manera que la suma sea mayor que las partes. Surge una cultura más rica, y los ciudadanos se benefician. Solo hay que ver a Ana y Saloma, tan elegantes y frescas, pese al calor del verano, con sus nuevos vestidos de lino importado. Es mucho mejor que la lana, pensó Abigaíl.

No a todo el mundo le había ido tan bien. Las falsificaciones y corrupciones de Yehuda salieron a la luz, y fue detenido, pero, gracias a su elevado estatus y al talante compasivo del rey Salomón, le permitieron vivir bajo arresto domiciliario hasta el fin de sus días, y se decía que su madre lo cuidaba a todas horas. Por su parte, Jotam casi nunca estaba en su casa frente al mar. Prefería supervisar el rápido crecimiento de su fábrica, a las afueras de la ciudad, y su nuevo proyecto: construir barcos de guerra.

Abigaíl sonrió y cerró los ojos. Nunca volverán a quitarnos nuestra casa. Faltaban unos días para que Ugarit celebrara el año nuevo. En la casa de Elías se daría una gran fiesta para todos los amigos. Abigaíl pensó: Serviremos chuletas de cerdo, cochinillo y morcillas.

Suspiró satisfecha. Los acontecimientos desencadenados hacía tiempo, la noche en que había caído Jericó, habían llevado a Abigaíl y a su familia a aquel maravilloso momento de felicidad, paz y seguridad. El mundo volvía a ser casi perfecto. Con la ayuda de Daveed, había mandado cartas a Babilonia preguntando por un vinatero que había comprado a un esclavo llamado Elías. Abigaíl estaba segura de que no tardarían en recibir noticias.

Ester salió de la casa vestida en tonos rosa y se dirigió directamente a la puerta de la entrada para echar un vistazo a la carretera. Abigaíl sabía a quién buscaba su nieta menor. Había visto surgir la amistad entre Ester y Nobu, que ya no era esclavo. Daveed había ido al tribunal y redactado documentos declarando libre a Nobu, que ahora quería establecerse como barbero en la ciudad.

Abigaíl sonrió y movió la cabeza. Los planes de los dioses nunca dejaban de maravillarla. No le sorprendería que en la casa se celebrara pronto otra boda.

Daveed y Lea paseaban entre las viñas charlando sobre todo lo que habían visto y sobre la vida en común que tenían por delante. Daveed era ahora el rab de la Hermandad, y sabía que recuperar el honor y el camino recto sería una tarea monumental, y que quizá tendrían que pasar años, incluso generaciones, antes de que su nuevo sistema de escritura se aceptara. Pero poco a poco la Hermandad recuperaría alumnos que adoptarían la nueva escritura, más rápida, más sencilla y más eficaz.

Para enseñar mi nuevo código, pensó paseando de la mano de Lea, debo poner nombre a los símbolos, y así será más fácil recordarlos. Empezaré por el primero, al que, como corresponde al sonido de la *A*, llamaré *aleph*. Como el segundo representa el sonido *B*, lo llamaré *bet*...

Ester lanzó una exclamación, y Daveed se giró para ver a Nobu llegando a la puerta, resoplando bajo el sol del verano. El antiguo esclavo se detuvo a saludar a Ester y darle un pequeño regalo que le había comprado en la ciudad. Luego se reunió con Daveed y Lea bajo las parras.

—Estaba listo, como me dijiste —dijo Nobu tendiendo a Daveed un pequeño paquete de piel—. Me he tomado la libertad de echar un vistazo. ¡Es digno de los más grandes dioses!

Daveed sonrió y le pasó el paquete a Lea.

—El honor es tuyo.

Daveed le había contado sus planes, pero Lea no había visto el dibujo

final ni los detalles que habría añadido el platero. Desató la cuerda del paquete, muy nerviosa, y se colocó el contenido en la palma de la mano.

- *Halla!* —exclamó al ver la plata brillando al sol.

El colgante le ocupaba toda la mano. Era una pieza de plata delicadamente trabajada, en la que se distinguían claramente todos los detalles: el báculo, las alas y las serpientes enroscándose. El antiguo símbolo de Shubat y de Ningishzida, el símbolo de la escritura, la sabiduría y la medicina que los dioses entregaron a los hombres en la noche de los tiempos y que resucitaba en aquel brillante y próspero verano de Ugarit para dar nueva vida a una Hermandad enferma. El resultado de la revelación de Daveed en un sangriento campo de batalla.

—Por Asera —dijo Lea—. Es precioso.

Daveed apoyó la mano en la mejilla de Lea y la besó.

—Es un buen símbolo, amor mío, y cuando lo haga en arcilla, cuando esté pintado sobre las puertas y grabado en piedra, el poder de las alas, la serpiente y el árbol adquirirá vida y colmará las habitaciones y las galerías, los corazones y las almas de la Hermandad. Mis hermanos recuperarán el camino recto y el honor.

Daveed volvió a cubrir la pieza de plata con el trozo de piel.

—Ahora me doy cuenta, mi querida Lea, de que todo sucede por algo. Incluso las tragedias pueden acabar con resultados positivos. Ahora sé que el objetivo de mi nueva escritura es ser un instrumento de reforma. La Hermandad necesitaba no solo un nuevo símbolo, sino también una nueva forma de escribir, por eso el código me vino a la mente al amanecer, con luna creciente. Sin mi nueva escritura, los hermanos se habrían quedado anclados en las antiguas costumbres, y por lo tanto podrían volver a corromperse. Por eso convertiré a Shubat en el patrón de los escribas y de la escritura.

Pero no, pensó recordando aquel amanecer de revelaciones, hacía cuatro años. El que me habló no fue Shubat. Fue el antiguo y poderoso El Shaddai — el Todopoderoso— y su *elohim* el que me reveló la nueva escritura y me dijo que se acercaba el día del Libro.

¿Qué es el Libro?, se preguntó Daveed. Imaginó que sería algo parecido a las tablas del destino o el pergamino de los antiguos.

Cuando Salomón se hubo recuperado del todo de su terrible experiencia con el demonio que le apretaba la tráquea y se reunió con los emisarios egipcios para negociar el tratado de paz, Daveed le informó del almacén secreto de tesoros que había creado en los archivos para impedir que robaran

o destruyeran antigüedades y tablillas muy valiosas: trozos de madera del arca de Noé, que garantizaban la vida eterna; una piedra azul procedente del cielo que desvelaba el futuro; una daga de un misterioso metal que siempre señalaba el norte... todos los increíbles tesoros que Daveed había ofrecido a la reina Hatshepsut a cambio de la vida de Lea. A Salomón le maravilló aquella sorprendente colección y mandó construir una cámara secreta para guardarla. Cuando Hatshepsut reclamó los tesoros y recordó a Salomón que eran legítimamente suyos, el rey le contestó con educada diplomacia, pero con evasivas. Daveed sabía que la negociación podría alargarse muchos años. Salomón le había asegurado que el tesoro jamás saldría de Ugarit.

Y quizá algún día, pensó ahora Daveed, el Libro que le había prometido El Shaddai, fuera lo que fuese, formaría parte de aquellos tesoros antiguos.

Se detuvo debajo de una pérgola de lozanas parras y estrechó a Lea entre sus brazos. La chica se aferró a su fuerte, guapo, valeroso e inteligente Daveed y contempló los blancos muros de la casa por encima de su hombro. De repente vio en el camino a alguien que le resultaba familiar, un hombre ancho de hombros, con una túnica que le llegaba a las rodillas y una capa, andando con un bastón y con un petate al hombro.

Lo miró sin creérselo.

—¡Padre!

Daveed se volvió.

—¡Por Shubat! ¡Es Elías!

Los demás lo vieron también y corrieron a saludarlo con tanto ímpetu que el sonriente cananeo casi se cae al suelo.

—¡Los dioses son grandes! —gritó Elías—. ¡Me han devuelto con mi familia!

Pero al momento Abigaíl se apartó.

—Hijo mío, ¿te has escapado? —le preguntó horrorizada, porque a los esclavos que huían los ejecutaban sin juicio.

—El babilonio que me compró es un hombre justo. Hice vino blanco para él, y a sus clientes les encantó. Me pidió que le enseñara a hacerlo, y le dije que le enseñaría el secreto a cambio de mi libertad. —Mostró a su madre una tablilla—. Aquí tienes la prueba de mi manumisión.

Los niños se acercaron tímidamente.

—Este es Aarón, tu hijo, y este Baruch, tu nieto.

Elías se arrodilló y los abrazó con lágrimas en los ojos.

Lea observó a su familia besando y abrazando a su recién llegado padre

—o abuelo, o marido, o hijo— y pensó que hacía siete años su perfecto mundo se había desmoronado por culpa de las palabras de Zira. Aquellas palabras desencadenaron el parto prematuro de su madre y provocaron su desobediencia, lo cual enfureció a Jotam, que decidió vengarse. Incluso la llegada de Daveed a Ugarit tenía su origen en aquella fatídica noche.

Pero quizá no todo fue consecuencia de las palabras de Zira, pensó Lea. En realidad, había sido ella misma la que había desencadenado la serie de acontecimientos que los habían llevado hasta el momento actual. Un pequeño acto de desobediencia. Si hubiese vuelto cuando su padre se lo ordenó, si no hubiese salido corriendo de la sala de las visitas, ninguno de aquellos acontecimientos habría tenido lugar. Lea se habría casado con Jotam. Daveed no habría llegado a Ugarit. El faraón Tutmosis habría atacado la ciudad y la habría reducido a cenizas, porque Daveed y ella no habrían conocido al rey de Egipto y salvado en el último momento la ciudad y a sus ciudadanos.

Lea pensó: Pero mi extraño y feliz camino no acaba aquí. Por orden de Hatshepsut, el médico Reshef me dio la receta de un líquido para los ojos que previene la ceguera, el conjuro que hay que recitar cuando se administra y el ojo protector de Horus, que Daveed llevará toda su vida. Yo seguiré reuniendo curas y fórmulas. Las buscaré por todas partes y las anotaré en arcilla con la nueva escritura de Daveed para las futuras generaciones. Y como el dibujo de las serpientes en una vara con alas era el símbolo de Ningishzida, el dios sumerio de la medicina, grabaré este símbolo en mis fórmulas para que la gente sepa que las tablillas contienen las respuestas para gozar de buena salud y de una larga vida.

Pensó en el nuevo símbolo y se dijo: Pediré que hagan uno de marfil y se lo enviaré al médico Reshef a cambio de su regalo.

Al pensar en el médico egipcio, Lea se volvió hacia el mar. No tenía la menor duda de que, por primera vez en la historia de la humanidad, pronto habría más barcos del faraón anclados en su ciudad, un signo del mayor imperio que el mundo había conocido jamás, un signo de que surgirían otros imperios y de que el mundo nunca volvería a ser el mismo. Entonces se giró hacia el este, vio la gran nube de humo negro elevándose desde la fundición de hierro y pensó en las nuevas armas que se forjaban, un signo de las guerras futuras. Y pensó: El nuevo emblema de Daveed no solo representa la Hermandad y su nueva escritura. Es un signo de los nuevos tiempos.

Nacimos para ver el ocaso del mundo antiguo y el amanecer del nuevo mundo. Le asustó un poco pensar qué nuevas maravillas les esperaban, pero

también le entusiasmaba saber que se enfrentaría a ellas con Daveed y con su familia a su lado.

FIN

Nota de la autora

Tres fascinantes misterios de la historia me inspiraron a escribir *La serpiente y el báculo*.

El primero es el que da título a la novela: el caduceo. Los orígenes de este conocido símbolo se pierden en la noche de los tiempos. El emblema de una serpiente, o dos, enroscándose en un árbol o una vara, en ocasiones con alas, o flanqueada por ángeles o grifos alados, es muy antiguo y universal. Aparece en Egipto y Mesopotamia mucho antes de que los griegos adoptaran el báculo alado como símbolo del dios Hermes. La imagen más antigua que conocemos se remonta cuatro mil años atrás, a la antigua Sumeria, donde la encontramos grabada en muros de piedra. Nadie sabe lo que significaba originariamente, pero el símbolo ha acabado representando la curación y la medicina (en el Antiguo Testamento se menciona a Moisés curando las mordeduras de serpientes venenosas con un báculo de bronce con serpientes). En la actualidad vemos la serpiente y el báculo en hospitales, ambulancias, frascos de medicamentos, bombonas de oxígeno y recetas. Me pregunto qué pensarían Daveed y Lea.

El segundo es el origen del alfabeto. El primer alfabeto consonántico (es decir, símbolos que no equivalen a objetos o ideas, sino a sonidos), que tiene su origen en el antiguo Egipto hacia el 2000 a.C., se cree que surge para representar la lengua de los trabajadores semitas en Egipto. Según la Biblia, los israelitas de la época de Yosep. Sin embargo, casi dos mil kilómetros al norte, en la ciudad siria de Ugarit, surgió un alfabeto secreto que solo conocía un pequeño grupo de escribas de esta antigua ciudad. Nadie sabe quién creó este alfabeto, ni por qué, ni la razón por la que se mantuvo en secreto. Tanto en Egipto como en Mesopotamia, los sistemas de escritura de la época eran engorrosos y difíciles de aprender, ya que estaban formados por miles de símbolos, cada uno de ellos con diversos significados. El alfabeto parece un método de comunicación práctico y sencillo. ¿Por qué guardarlo en secreto?

La tercera inspiración para esta novela son los personajes. Elías y su familia, Daveed, Jotam, Zira y el rey Salomón son producto de mi imaginación, pero dos personajes existieron realmente: el faraón Tutmosis (al

que los egiptólogos llaman «el Napoleón del antiguo Egipto») y su fantástica tía, Hatshepsut, famosa por su templo de Deir el-Bahari (y sí, insistía en que se dirigieran a ella en masculino). Aunque estos dos personajes brillan con especial fuerza en la historia de Egipto, plantean un misterio que ha intrigado a los egiptólogos durante décadas, y que todavía hoy sigue sin haberse resuelto: por qué, siendo Tutmosis el legítimo heredero de la corona y el trono de su padre, permitió que su tía asumiera el gobierno de Egipto hasta su muerte. Un interrogante todavía mayor (y que quizá respondería al primero) es cómo murió Hatshepsut. Se sabe mucho de estas dos importantes figuras históricas, pero a la vez, paradójicamente, muy poco. ¿La asesinó su ambicioso sobrino tras haber cumplido los veintidós años, cansado de estar sometido a su tía? Existen pruebas arqueológicas de que Tutmosis estuvo en una especie de cautiverio durante el reinado de Hatshepsut. ¿Cómo se liberó? Tutmosis III fue uno de los reyes más poderosos de Egipto. ¿Qué lo mantuvo en silencio e inactivo durante veinte años, mientras una mujer gobernaba en su lugar?

Preguntas eternas que podrían inspirar muchos libros.

Y, por cierto, el faraón Tutmosis raptaba realmente a hijos de gobernantes enemigos. Los cuidaban bien, crecían en un palacio extranjero y les otorgaban puestos importantes. Al parecer, sus soberanos padres se lo tomaban con calma, pero la historia nada dice sobre lo que pensaban las madres de los príncipes.

La autora

Barbara Wood nació en el norte de Inglaterra, pero de pequeña emigró con su familia a Estados Unidos. Se educó en California y desempeñó trabajos muy variados antes de dedicarse a la literatura. Como manifiesta claramente en sus novelas, Barbara es una viajera incansable y una entusiasta de las culturas exóticas, que investiga a fondo antes de escribir.

La serpiente y el báculo es su vigesimocuarta novela. Su obra se ha traducido a más de treinta idiomas y ha sido publicada en casi todos los países del mundo.

Vive en California.

Para más información, la autora invita a sus lectores a visitar su web:

www.barbarawood.com

Título original: The Serpent and the Staff Edición en formato digital: julio de 2013 © 2012, Barbara Wood Publicado por acuerdo con Lennart Sane Agency, AB. © 2013, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2013, Helena Trías Bello, por la traducción Diseño de la cubierta: Manuel Esclapez / Random House Mondadori, S. A. Fotografía de la cubierta: © Frans Lemmens / Getty Images ISBN: 978-84-253-5159-4 Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L. www.megustaleer.com

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

17/07/2013